# BIBLIOTECA DE EL CATOLICO.

TOMO XV.—II.

# EJERCICIO

DE

# PERFECCION

# Y VIRTUDES CRISTIANAS.

II.

# EJERCICIO

DE

# PERFECCION

Y VIRTUDES CRISTIANAS.

II.

# EJERCICIO

DE

# PERFECCION

# Y VIRTUDES CRISTIANAS,

POR

EL V. P. ALONSO RODRIGUEZ,

DE LA COMPAÑIA DE JESUS, NATURAL DE VALLADOLID.

DIVIDIDO EN TRES PARTES.

Dirigido á los religiosos de la misma Compañia.

NUEVA EDICION.

TOMO II.

MADRID: 1851.

IMPRENTA DE EL CATOLICO, A CARGO DE D. JOSE MARIA CAÑADA,
*calle de Colon, número 10, cuarto bajo.*

# EJERCICIO

DE

# PERFECCION

## Y VIRTUDES CRISTIANAS,

POR

EL P. ALONSO RODRIGUEZ,

DE LA COMPAÑIA DE JESUS, NATURAL DE VALLADOLID.

DIVIDIDO EN TRES PARTES.

Dirigido á los religiosos de la misma Compañía.

NUEVA EDICION.

MADRID: 1851.

IMPRENTA DE EX. CATOLICO, A CARGO DE D. JOSE MARIA CAÑADA,
calle de Cotton, número 10, cuarto bajo.

# EJERCICIO

DE

## PERFECCION Y VIRTUDES CRISTIANAS.

### PARTE SEGUNDA.

(CONTINUA.)

## TRATADO QUINTO.

### De la aficion desordenada de parientes.

#### CAPITULO PRIMERO.

**Cuánto le importa al religioso huir visitas de parientes y las idas á su tierra.**

Acerca del amor y aficion que habemos de tener á parientes, nos pone nuestro Padre una regla (1) que dice bien á todos los religiosos: «Cada uno de los que entran en la Compañía, siguiendo el consejo de Cristo nuestro Señor. *Qui dimiserit patrem* (2) *etc.*, haga cuenta de dejar el padre y la madre, hermanos y hermanas, y cuanto tenia en el mundo; antes tenga por dicha á sí aquella palabra: *Qui non odit patrem suum, et matrem, adhuc autem, et animam suam, non potest meus esse discipulus.* Y asi, debe procurar de perder toda la aficion carnal y convertirla en espiritual con los deudos, amándolos solamente del amor que la caridad ordenada requiere: como quien es muerto al mundo y al amor propio, y vive á Cristo nuestro Señor solamente, teniendo á él en lugar de padres y hermanos y de todas las cosas.» No basta dejar el mundo con el cuerpo, es menester que le dejemos tambien con el corazon,

(1) Cap. IV, *exam.* §. 7; et Regul. 8 *Summarii.*
(2) Matth. XIX, 29.

perdiendo todas las aficiones, que travan de él y le inclinan á las cosas del siglo. No es malo amar al deudo porque es deudo, antes por ese respeto debe ser amado mas que otro que no lo es: mas si este amor se funda solamente en la naturaleza, no es amor propio del cristiano, y mucho menos del religioso: pues todos los hombres, aunque sean inhumanos y bárbaros, quieren bien á sus padres y á los que están conjuntos consigo en sangre. Pero el cristiano y mas el religioso, dice San Gregorio (1), ha de subir de punto este amor natural, y apurarle como en crisol con el fuego del amor divino; y amar á los suyos, no tanto porque la naturaleza le inclina á amarlos, cuanto porque Dios le manda que los ame, cercenando del todo lo que le puede dañar y apartar del amor del sumo bien, y amándolos solamente para lo que Dios los ama y para lo que quiere que nosotros los amemos. Y esto es lo que dice la regla: que habemos de perder toda la aficion carnal y convertirla en espiritual, haciendo de amor propio, amor de caridad; y de amor de carne, amor de espíritu. Y dá la razon de esto, porque el religioso debe ser muerto al mundo y al amor propio; y asi no ha de vivir ya en él el amor del mundo, sino solo el amor de Cristo. Y apoya nuestro Padre esta regla con autoridades de la Sagrada Escritura, que es cosa que no suele hacer en otras reglas y constituciones, aunque lo pudiera fácilmente hacer, porque la doctrina de nuestras constituciones es tomada del Evangelio; mas no quiso, sino darnos esta doctrina con la llaneza y sinceridad con que de Dios la habia recibido; pero en llegando á tratar de parientes, luego apoya lo que dice con autoridades de la Escritura, como vemos lo hace tambien cuando trata del dejar la hacienda á los parientes, luego trae la (1) Escritura que dice: "Repartió y dió á pobres (2)." Y el consejo de Cristo: "Da á los pobres (3)." No dijo «dálo á tus parientes,» sino «dálo á pobres.» Vió muy bien nuestro Padre que todo esto era aquí menester, por ser este afecto tan natural, y con el cual nacemos todos, y está tan arraigado en nuestras entrañas y tan apoderado de nosotros.

Esta es una materia de mucha importancia para el religioso, y asi muy tratada de los Santos Basilio, Gregorio, Bernardo y otros muchos. Recogeremos aquí brevemente la sustancia de ella. Cuanto á lo primero, San Basilio trata muy bien cuánto le conviene al religioso huir el trato y conversacion de parientes y escusar sus visitas y las idas á su tierra. Y trae muchas razones que muestran bien la importancia de esto (4). Porque fuera de que nosotros, dicen, no hacemos fruto ninguno con esto en nuestros parientes, recibimos de ello mucho daño en nuestras almas: porque ellos nos cuentan sus cuitas, sus pleitos y la pérdida de la hacienda y de la honra y todos sus duelos y lástimas; y asi volvemos nosotros á nuestra casa cargados de todo lo que á ellos les da pena. Y mas: ponémonos con esto en muchas ocasiones de pecados, por muchas vias y maneras: porque de este trato y conversacion de parientes se suele recrecer, lo primero, el acordarse y traer á la memoria las cosas de la vida pasada, que suele ser no pequeña ocasion de pecados, porque de aquí suele proceder el renovarse las llagas viejas y el refrescarse la sangre, trayendo á la memoria tal

(1) Greg. *hom.* 27.

(1) Cap. 4 exam. §. 1 et 2.
(2) Dispersit dedit pauperibus. *Ps.* CXI, 9.
(3) Da pauperibus. *Matth.* XIX, 22.
(4) Nam supra hoc quod illis nullam utilitatem exhibemus, insuper, et nostram ipsorum vitam tumultibus, et turbatione replemus, et peccatorum occasiones attrahimus. *Basil. in quaesi. fusius. disp.* 32.

casa, tal lugar, tal paso, y unas cosas van trayendo y llamando á otras; y de lance en lance, y de treta en treta, nos vienen á dejar inquietos y hacer mucho daño. Y es una razon fuerte del daño que esto hace, que aconsejan los maestros de la vida espiritual que no nos acordemos de los pecados de la vida pasada en particular, aun cuando tratamos de tener dolor y contricion de ellos, sino solamente en general, haciendo como un manogito de ellos, para que no nos tornen á inquietar. Cuánto mas será dañoso el tomar nosotros esa ocasion sin necesidad: no teneis que quejaros despues de la inquietud y daño que sentís, pues vos os lo buscastes, vuestro merecido teneis.

Mas: dice San Basilio (1) que los que gustan de tratar y conversar con parientes, con aquel trato y conversacion van embebiendo poco á poco en sus almas las malas costumbres y aficiones de ellos, y ocupada el alma con pensamientos mundanos, se va resfriando en el fervor del espíritu, y perdiendo la estabilidad y firmeza de sus primeros deseos, y se va aseglarando y volviendo al mundo sin sentir; conforme á aquello del Profeta: "Mezcláronse con los gentiles y aprendieron sus costumbres, y esto les sirvió de ruina (2)." ¿Qué se les podia pegar á los hijos de Israel de morar con los filisteos, sino adorar sus ídolos y que ellos les fuesen escándalo y ruina? Asi se os pegará á vos, si tratais con parientes, su lenguage seglar, el no andar en verdad, sino con ficciones, con fruncimientos y cumplimientos, como se usa en el mundo; ya sus ídolos os contentan, su honrilla y regalo, y estais lleno de presuncion, y deseais salir con la vuestra, que es otro mundillo que os han pegado.

(1) Basil. *in const. Monast. cap.* 21.

(2) Commixti sunt inter gentes, et didicerunt opera eorum, et servierunt sculptilibus eorum, et factum est illis in scandalum. *Ps.* CV, 35.

Trae otra razon muy principal San Basilio (1) por la cual nos conviene mucho huir el trato y conversacion de los parientes, que es por el daño grande que causa la compasion y ternura natural: porque de tratar y conversar uno con sus parientes, naturalmente se sigue el alegrarse con sus prosperidades, y entristecerse con sus adversidades y trabajos, y cargarse de pensamientos y cuidados, si tienen bien lo que han menester, qué es lo que falta, si les sucederá bien aquel empleo, si saldrán bien del otro negocio de honra ó hacienda: los cuales pensamientos y cuidados van debilitando y apocando la virtud y fuerzas espirituales, de tal manera, que cualquiera tentacion le viene despues á derrocar: porque viene, dice San Basilio, á quedar como una estátua, que está vestida de hábito de religioso, sin tener la verdad y espiritu de Religion (2). No tiene uno mas que el cuerpo en la Religion, y el corazon está allá en el mundo entre sus parientes. Casiano cuenta (3) de un monge que hizo su asiento y morada cerca de sus parientes, y ellos le proveian allí de todo lo necesario; de manera que él no tenia que hacer sino vacar á la oracion y leccion. Y estaba él muy contento con esto, pareciéndole que era aquella una vida muy quieta y sosegada. Fué una vez á visitar al gran Antonio, y preguntóle el Santo dónde moraba. Él respondió que cerca de sus parientes, y que ellos le acudian con todo lo necesario, y él no tenia otra ocupacion, sino vacar á Dios. Preguntóle: «díme, hijo, cuando á tus parientes les vienen algunas adversidades y trabajos ¿entristéceste? Y cuando les vá bien ¿huélgaste de sus prosperidades?»

(1) Basil. *in const. Monast. cap.* 21.

(2) Eoque promovet, ut habitum Religionis tantum instar statuae circumferamus, illi nullo pacto virtutum studio correspondentes *Basil. ib.*

(3) Cas. *coll.* 14, *cap.* 11.

«Eso, Padre, por fuerza; no puede ser menos.» Confesó llanamente la verdad, que de uno y otro participaba. «Pues entiende, hijo, dice el Santo, que en la otra vida serás contado tambien en el número de esos de quien en esta vida fuiste compañero en sus gozos y tristezas.» Con los seglares será contado en la otra vida el que con ellos y de sus cosas trata en esta. Pues por esta causa, dice San Basilio, que nos importa mucho huir el trato y conversacion de parientes: porque al fin, lo que ojos no ven, corazon no quiebra. Y asi como el dejar con efecto la hacienda, como la dejamos por el voto de la pobreza, dicen los Santos que nos ayuda á perder la aficion de ella: asi el dejar con efecto los parientes, y no los tratar, ni conversar, nos hará olvidar esta aficion carnal; y asi nos libraremos de los peligros grandes que de ella se siguen. Importa mucho el despegarnos de ellos con la obra, para despegarnos de ellos con el corazon; y si no hay lo primero, no habrá lo segundo. Aun acontece estar muy apartados ó írsenos el corazon allá; ¿qué será si tratamos y conversamos con ellos?

Por eso en nuestra Religion están prohibidas las idas de los nuestros á sus tierras, tan estrechamente como todos saben. Pero para que esta tan santa y provechosa prohibicion se pueda poner en ejecucion, es menester que ayudemos nosotros á ello, y que cuando vuestros parientes piden á los superiores que os dén licencia para ir allá, vos seais el primero que resistais y les satisfagais y persuadais que en ninguna manera os conviene; que no os faltarán razones bastantes para ello, si vos quereis. Y con esto se cumple con los parientes y quedan satisfechos por vuestro contento y algunas veces por el suyo. Y esto es lo que desean los superiores; y se edifican mucho, cuando vos decís que no es necesario y que deshareis eso con ellos. Porque los superiores muchas veces no pueden cumplir de otra manera con quien se lo pide, y con los intercesores que algunas veces echan, si vos no salís á esto, y asi condescienden y dan una licencia como estrujada, que no es obediencia, sino permision, que mas quisiera el superior que no fuérades. Este es un aviso muy bueno, asi para esto como para otros muchos casos. Cuando vuestros parientes ú otros amigos ó devotos os piden que hagais ó entendais en algun negocio que no es conforme á nuestra vocacion ó instituto, no echeis toda la carga al superior, que le obligais ó á romper con ellos ó á conceder lo que piden. No traigais las cosas á esos términos; desviadles vos de su pretension con buenas palabras, dándoles á entender que no es cosa aquella de nuestra profesion. Esto es de buenos religiosos, y no como hacen algunos, que por no dejar al otro disgustado contra sí, quieren echar la carga sobre los superiores. Dice San Gerónimo, sobre aquellas palabras de Cristo: "Sed prudentes como la serpiente (1):" «Pónesenos ejemplo de la serpiente, que con el cuerpo defiende la cabeza, en la cual está la vida (2).» Asi nosotros siempre habemos de defender la cabeza, que es el superior; y no al revés, que porque no dé el golpe en el cuerpo, descubrimos la cabeza, y por escusarnos á nosotros, echamos muchas veces la culpa al superior. Pues con esto se ha de tener muy particular cuenta en el caso de que vamos hablando. Y comunmente, todo el punto de este y otros semejantes negocios está en nosotros. Quiera uno, que fácilmente se desharán las dificultades. Y asi, lo que yo aconsejaria en este particular á quien desease acertar es, lo

(1) Estote prudentes sicut serpentes. *Matth.* X, 16.
(2) Serpentis ponitur exemplum qui toto corpore occultat caput, ut illud, in quo vita est, protegat. *Hyron.*

primero, que procure cuanto pudiére escusar estas idas y visitas; y cuando no las pudiere escusar, sea el hacerlas, forzado por la obediencia, y diciendo al superior si siente algun peligro en ello: y con todo eso, hay bien de qué temer, y es menester ir bien preparados. Del abad Teodoro cuenta Surio, que viniéndole á ver su madre con muchas cartas de los obispos y prelados para que se le dejasen ver, y dándole licencia el santo abad Pacomio, que era su superior, para verla, él respondió: «Padre, asegúrame que no daré cuenta á Dios el dia del juicio de esta visita, y yo la haré.» Entonces el santo abad dijo: «hijo, si tú entiendes que no te conviene, yo no te obligo á ello.» No le quiso asegurar, y él no quiso hacer la visita, si no lo tomaba el superior sobre su conciencia; y así se quedó. Y sucedió bien, porque su madre determinó de quedarse en un monasterio de monjas, que estaba cercano, de que tenian cuidado aquellos monges, con esperanza de ver alguna vez entre ellos á su hijo. Este andaba bien, que no queria hacer estas visitas, sino era por pura obediencia y que lo tomase el superior sobre su conciencia. De esa manera ha de ir á su tierra el buen religioso cuando fuere. Y si entendiésemos bien lo que en semejantes idas suele acontecer, temeriámoslas mas y las procurariamos escusar y estorbar con mayor diligencia. Llenas están las historias y las vidas de los PP. de ejemplos de monges que venian perdidos de semejantes jornadas. Y será razon que escarmentemos en cabeza agena, para que no vengamos á esperimentar el daño en la propia.

Dice San Basilio: «Si habeis muerto ya al mundo y á vuestros padres y parientes, ¿para qué tornais á tratar y conversar con ellos? Mirad que es mal caso volver á tomar lo que habeis ya dejado por Cristo; por eso guardaos de dejar vuestro puesto y vuestro sosiego y recogimiento, por vuestros parientes, porque no dejeis juntamente con eso el espíritu y las buenas costumbres, que es cosa que suele acontecer (1).» «No se halla Jesus entre parientes (2),» dice muy bien el glorioso San Bernardo: «¿cómo te hallaré, oh buen Jesus, entre mis parientes, pues entre los tuyos no te pudo hallar tu Sacratísima Madre (3)?» Pues si quereis hallar á Jesus no le busqueis entre parientes, sino buscadle en el templo, en la oracion, en el recogimiento, y ahí le hallareis. Del P. San Francisco Javier leemos en su vida (4), que cuando vino de Roma á Portugal para de allí ir á las Indias, pasando cuatro leguas de su tierra, nunca quiso llegar á ella ni visitar á sus parientes, ni á su madre que aun vivia, por mucho que se lo importunaron; cuando sabia que, pasada aquella ocasion, nunca tendria otra para por derlos ver. Y lo mismo hizo el P. maestro Pedro Fabro, pasando cinco leguas de la suya. Y nuestro bienaventurado P. San Ignacio, cuando por necesidad fué á Loyola, nunca quiso posar en casa de su hermano, sino en el hospital.

## CAPITULO II.

Que el religioso ha de evitar tambien, cuanto pudiere, el ser visitado de parientes y la comunicacion por cartas.

El buen religioso que de veras desea servir á Dios y tratar de su aprovechamiento y del fin á que vino á la Religion, no

(1) Si mortuus es cum Christo a cognatis tuis secundum carnem, quid rursus inter ipsos conversari cupis? Si vero quae destruxisti propter Christum rursus aedificas propter cognatos tuos, transgressorem te ipsum constituis: ne igitur ob cognatorum tuorum necessitatem secesseris a loco tuo, nam discedens e loco, fortassis ex aequo discedes a moribus tuis. *Basil. Epist. ad Chilon.*

(2) *Luc.* II, 44.

(3) Non invenitur Jesus inter cognatos, et notos; quomodo te bone Jesu inter meos cognatos inveniam, qui inter tuos minime es inventus? *Bernard.*

(4) Lib. 1, c. 9 *vitae S. P. F. Xavier.*

solamente ha de huir estas visitas de parientes é idas á su tierra, aunque sean con buen título, sino ha de procurar cuanto pudiere evitar todo el trato y conversacion de los deudos; y no se ha de contentar con no irles él á visitar, sino ha de procurar no ser visitado de ellos. San Efrén dice (1) que amonestemos y persuadamos á nuestros parientes que no nos visiten, sino, cuando mucho, una ó dos veces al año: «pero si pudiésedes, dice (2), evitar del todo su conversacion inútil, mucho mejor seria.» Y llámala con mucha razon inútil, y nuestro Padre tambien en las Constituciones (3) usa de ese término, porque lo es; y no solo es sin provecho sino de mucho daño, como habemos dicho. Y para que entendamos cuánto agrada á Dios esta sequedad y este despego y desvío de parientes, y el no querer ser visitado de ellos, lo ha querido el Señor mostrar y confirmar con milagros. En el *Prado Espiritual* se cuenta de un santo monge llamado Ciriaco, que viniendo una vez sus padres y parientes á verle llamaron á la puerta de su celda: él, sabiendo ya la gente que era y á lo que venian, hizo primero oracion á nuestro Señor pidiendo le librase de ellos, y diese órden cómo no le viesen: hecha esta oracion, abrió su puérta y salió de su celda sin que le viese nadie de aquella gente, ni echasen de ver si salia alguno, y apartóse bien, entrándose por el desierto adentro, sin querer volver hasta que supo de cierto que se habian ido. Y del santo abad Pacomio cuenta Surio, que viniéndole á visitar una hermana suya, no la quiso salir á ver, ni que le viese, sino envióle á decir con el portero: «Ya has oido que soy vivo y estoy bueno, vete en paz (1).» Y aprovechóle mucho la respuesta, como á la madre de Teodoro (2), porque se quedó en un monasterio de monjas que estaba allí acerca, haciéndose religiosa.

No solamente las visitas, sino la comunicacion por cartas ha de procurar escusar el buen religioso, cuanto pudiere; porque tambien inquieta y desasosiega: y asi como no les visitando vos, os librais de muchas visitas, asi no les escribiendo, os librariades de muchas cartas suyas. Dice muy bien aquel santo (3): «Si tú sabes dejar los hombres, ellos te dejarán hacer tus hechos.» Todo está en que vos querais; que si quereis, hallareis medios para todo lo que quisiéredes. Ya dejamos nuestra tierra, casa y parientes por Dios, acabémoslos de dejar del todo, y olvidémonos de ellos, para que asi estemos libres y desembarazados para acordarnos mas de Dios y para amarle y servirle mas. Cuenta Casiano (4) de un santo monge, que era muy dado á la oracion y contemplacion, y tenia mucho cuidado de guardar la puridad y limpieza de su corazon, como para tales ejercicios se requeria. Habia quince años que estaba en el desierto, y al cabo de ellos trajéronle un grande mazo de cartas de su tierra, de la provincia del Ponto, de sus padres y de todos sus parientes y amigos: recibe su pliego, y comienza á pensar y revolver entre sí: si leo estas cartas, ¡de cuántos pensamientos me serán causa! ¡qué diversidad de olas se levantarán luego en mi corazon! de alegría vana, si hallo que á mis parientes les vá bien; ó de tristeza inútil y desaprovechada, si hallo que les ha sucedido mal! ¡Cuántos dias me llevará tras sí la memoria de

(1) Efren, tom. 2, tratc. *de varia doct.* cap. 53.
(2) Sed si inutilem illorum conversationem penitus praecideris, melius ages. *Ib.*
(3) Cap. 4 *exam.* §. 2.

(1) Ecce audivisti me vivere, ubi. *Surio 14 de Mayo; et legitur in vitis Patrum.*
(2) Cap. praecedenti.
(3) Thomas de Kempis.
(4) Cassian. *lib. 5 de instit. renunt. cap.* 32.

aquellos que me han escrito, y me apartarán del reposo y sosiego de mi oracion y contemplacion! ¡cuántos dias se me representarán y pondrán delante las figuras y facciones de sus rostros, y los dichos que me dijeron, y las cosas de que me escribieron! ¡cuándo se me acabarán de olvidar y raer de la memoria aquellas especies! ¡con cuánto trabajo volveré yo al estado de la tranquilidad y olvido de las cosas del mundo que ahora tengo! ¿Qué me aprovechará haber dejado los parientes con el cuerpo, si con el corazon y con la memoria me torno á ellos, y me estoy conversando y entreteniendo con ellos? Y diciendo y revolviendo estas cosas en su corazon, toma su mazo de cartas, así como venía, y dá con él en el fuego, diciendo: «Apartaos de mí, pensamientos de carne y sangre, y quemaos todos aquí juntamente con estas cartas, porque no hagais que me vuelva á lo que ya he dejado (1).» No solo no quiso leer carta alguna, pero ni desenvolver el pliego, ni ver los nombres y firmas de los que le escribian, ni aun mirar los sobrescritos; porque reconociendo la letra, no se le representase la memoria de ellos, y le impidiese aquello la tranquilidad y paz de su corazon. De nuestro bienaventurado Padre San Ignacio leemos otro ejemplo semejante (2). Esto es muy bueno para los que aun no se contentan con leer una vez las cartas, sino que las tienen muy guardadas para tornarlas á leer otra y otra vez, y relamerse y saborearse en ellas, refrescando la memoria de sus deudos. Ya que no la quemastes antes de leerla, ¿por qué no la quemais luego en leyéndola, y con ella todos los pensamientitos de carne y sangre para que no os inquieten mas?

(1) Ite cogitationes patriae, pariter concremamini: ne me ulterius ad illa, quae fugi, revocare tentetis. *Cas. ubi supr.*

(2) Lib. 5, cap. 1, *vitae S. P. N. Ignatii.*

## CAPITULO III.

Que aunque sea con título de predicar, ha de huir el religioso el trato de parientes y las idas á su tierra.

Algunos les viene esta tentacion de ir á su tierra y visitar y tratar sus parientes con título de predicarles y hacer fruto espiritual en sus almas. Y cuando las tentaciones vienen de esta manera, disfrazadas con color y apariencia de bien, suelen ser mas peligrosas; porque no se suelen tener por tentaciones, sino por buenas razones. San Bernardo, sobre aquellas palabras: "Cogedme las pequeñas raposas que destruyen las viñas (1);" dice (2) que esta es una de las raposillas que, entrando con engaño y con apariencia de bien, suele destruir y echar á perder á muchos. Y algunos dice el Santo que conoció él que se vinieron á perder por aquí; pensaron ganar á otros, y perdiéronse á sí. Especialmente, que para hacer fruto espiritual en parientes, comunmente no son aptos parientes; porque como ayer los conocieron, que andaban jugando con ellos, no los tratan con la estima y respeto que es necesario para el predicador evangélico; y así dijo Cristo nuestro Redentor: "Ningun Profeta es acepto en su tierra (3)." Y queriendo Dios hacer de Abraham un gran predicador y padre de los fieles, le mandó que saliese de su tierra y de entre sus parientes, amigos y conocidos, y se fuese á Mesopotamia, donde de nadie fuese conocido. Y á San Pablo (que es cosa digna de consideracion), estando él en Jerusalen en oracion en el templo, le dijo Dios que saliese de allí, y fuese á predicar á la gentilidad; porque aquí en Jerusalen, dice, no harás fruto (4). «¡Oh, Señor, que aquí me conocen, criado á los

(1) Capite nobis vulpes parvulas, quae demoliuntur vineas. *Cant.* II, 15.

(2) Bern. *serm.* 64, *sup. Cantica.*

(3) Amen dico vobis, quia nemo Propheta facceptus est in patria sua. *Luc.* IV, 24.

(4) Non recipient testimonium tuum de me. *Act.* XXII, 18.

pies de Gamaliel, y saben que yo perseguia á los que creian en vos, y que cuando los otros apedreaban á San Esteban, guardaba sus vestiduras.» «Anda, que no lo entiendes; sal de esta tierra, donde eres conocido, que te quiero hacer predicador de las gentes (1). Allá, á donde no te conocen, harás mucho fruto.» ¿Y paréceos á vos, que hareis fruto en vuestra tierra? ¿y qué fruto podeis hacer ahí entre parientes? ¿cómo les podreis predicar y persuadir el desprecio del mundo y del regalo, viéndoos ellos á vos regalado y entretenido en el mundo entre carne y sangre?

El P. Pedro de Ribadeneyra, en unos Diálogos manuscritos, cuenta un ejemplo gracioso que le aconteció á uno de la Compañía, que vencido de la ternura de su madre, se fué á su tierra, en Mesina. Dice que estando un dia un sacerdote conjurando en la iglesia un demonio, que tenia una pobre muger, delante de mucha gente, entró á deshora este, y quiso ayudar al sacerdote, y comenzó á amenazar al espíritu maligno, y mandarle en nombre de Dios que saliese de aquel cuerpo. El espíritu le respondió solamente: *mamá, mamá*. Cayóles á todos muy en gracia la respuesta, como le conocian y sabian la causa de su venida, y él quedó muy confuso y corrido. Pues lo mismo os podrán responder á vos, quando en vuestra tierra predicais á los otros que se mortifiquen y que dejen los regalos y entretenimientos del mundo.

Severo Sulpicio cuenta (2) otro ejemplo á este propósito, no gracioso, sino temeroso. Dice que un mancebo de Asia, muy rico de bienes temporales, y de muy ilustre linage, casado y ya con un hijo, era tambien tribuno de Egipto, y en viajes que solia hacer algunas veces, sobre negocios que pertenecian á su oficio, una de ellas le fué necesario pasar por el Yermo, donde vivian los Padres, adonde vió muchos monasterios y celdas de monges. Tuvo plática con el abad Juan, el cual le trató de las cosas de su alma y salvacion; y de la plática quedó tan movido, que no volvió mas á su casa: antes, renunciando el mundo, comenzó una vida tan admirable en aquel desierto, y tomó tan á pechos el negocio de la virtud, que en breve tiempo hacia ventaja á muchos de los viejos. Yendo tan viento en popa, vínole una récia tentacion, que seria mejor volver al mundo y salvar su muger é hijos, pues él estaba ya tan desengañado, y no ser para sí solo. Con esta apariencia de caridad engañado del demonio, despues de haber estado cuatro años en el desierto, toma el camino para su tierra; y pasando por un monasterio, como visitase á los monges y les dijese su intencion, todos le decian ser tentacion del demonio y que muchos habian sido burladosde aquella manera. Él no les dió crédito, antes obstinado en su parecer, se despidió de los monges y queria ya proseguir su camino: apenas habia salido del monasterio, cuando permitió nuestro Señor que un demonio entrase en su cuerpo y le atormentase fuertemente, haciéndole despedazarse con los dientes y echar espumarajos por la boca. Fué traido en brazos al monasterio, y alli fué forzoso por su fiereza echarle en prisiones y atarle de pies y manos, digna pena del fugitivo. Y aunque los monges rogaban á Dios por él y conjuraban al demonio, permitió el Señor que no le dejase hasta pasados dos años; al cabo de los cuales, siendo libre, volvió bien escarmentado á su primer lugar y vida de monge, siendo para los otros grande escarmiento para que perseverasen en lo comenzado, y para que no se deje nadie

(1) Ego in nationes longe mittam te. *Ib.*
(2) Severus Sulpicius, *dial.* 1.

engañar de estas falsas apariencias de piedad. De aqui se verá cuán lejos debe estar el religioso de estas idas á su tierra y visitas de parientes; porque si aun con título de predicarles y hacer fruto en sus almas, dicen los Santos que es tentacion y que hay en ello muchos inconvenientes y peligros; ¿qué será, cuando uno vá solamente por consolarlos y por consolarse?

## CAPITULO IV.

**Que particularmente se ha de guardar mucho el religioso de ocuparse en negocios de parientes.**

Sobre todo, se debe guardar mucho el religioso de encargarse de negocios de parientes y de ocuparse en ellos, por los muchos y grandes inconvenientes y peligros que en ello hay. Dice San Gregorio: «Muchos hay que, despues de haber dejado sus haciendas y todo cuanto poseian en el siglo, y lo que es mas, á sí mismos, despreciándose y teniéndose en poco, y hollando con igual constancia la prosperidad y la adversidad, se hallan atados con el vínculo del amor del deudo y sangre; y queriendo indiscretamente cumplir con esta obligacion, vuelven con el afecto de carne y parentesco á las cosas que ya tenian dejadas y olvidadas, y amando mas de lo que deben á sus deudos, olvidados de su profesion, se ocupan en negocios y cosas esteriores de ellos, entran en las audiencias y tribunales, y se enredan en los pleitos y marañas de las cosas terrenales; y dejada la paz y quietud interior, se engolfan de nuevo en los negocios seglares, con mucho peligro de sus almas (1).» Lo mismo dice San Isidoro: «Muchos religiosos por amor de sus parientes se enredan, no solo en negocios terrenos, mas en pleitos y litigios, y por la salud temporal de ellos, pierden la eterna de sus almas (1).»

Este es uno de los mayores barrancos y atolladeros que hay en esta materia, cuando la aficion carnal se enseñorea tanto del religioso que le hace cuidar de los negocios de sus parientes y encargarse de ellos, como lo vemos y esperimentamos, mas de lo que quisiéramos, por nuestros pecados. Dice San Basilio (2) que esto nace de que el demonio, envidioso de ver que en el mundo hace un religioso vida celestial; y viviendo en carne, vive sin ella y va ganando lo que él perdió, procura con pretesto de piedad, y aun de obligacion, embarazar á los religiosos con estos cuidados, para que asi pierdan la paz y quietud de sus almas, y se vayan resfriando en el amor que tenian puesto en Dios, y en el fervor con que caminaban á la perfeccion. Y es cosa de ver el ahinco que en esto pone el demonio, tomando por instrumento á los mismos parientes, que parece que no saben en todos sus negocios, trampas y diferencias, y en todos sus casamientos y embarazos, sino acudir luego al pariente religioso. Aquel ha de ser como el obligado á la carnicería; paréceles que aquel es mas á propósito, y está mas desocupado, y que no tiene en qué entender, sino en acudir á sus negocios. Dice muy bien el Cartusiano (3), aun hablando de los prelados y clérigos seglares: «quitó Dios los hijos á los clérigos, y el demonio les dió sobrinos.» Y trae aquello que dijo el otro:

(1) Greg. *lib. 7 Mor., c. 14.*

(1) Multi Monachorum amore parentum, non solum terrenis curis, sed etiam forensibus jurgiis involuti sunt, et pro suorum temporali salute, suas animas perdiderunt. *Isidor. lib. 1 de summo bono.*

(2) Basil. *in constit. Monast. c. 21.*

(3) Ludolph. de Saxonia Carthusiensis, *in vita Christi, p. 1, c. 68.*

A los clérigos Dios de hijos privó;
No por eso fué el diablo defraudado,
La turba de sobrinos sucedió (1).

Para eso procura Satanás el negocio del sobrino, y el poner en estado á la sobrina, y meteros á vos en la danza, para sacaros de vuestro puesto y de vuestra profesion. Eso es lo que él pretende, no el bien de vuestros parientes, sino vuestro mal y daño. Pues ¡cuitado del religioso! dejó él su hacienda y su honra, y sus comodidades y regalo, por librarse de esos cuidados y embarazos, ¿y háse de encargar acá de los agenos, y ser como él obligado á todas las cosas que tocan á la carne y sangre, y perder por eso el fruto de su vocacion? Muy bien respondió el abad Apolo, como refiere Casiano (2); el cual, como estuviese en su celda, vino á él un hermano suyo una noche á pedirle que saliese de ella y le fuese á ayudar á sacar un buey que se le habia atollado en un buhedal ó pantano, porque él solo no le podia sacar. Díjole el abad Apolo: ¿por qué no fuisteis á llamar al otro hermano que quedó allá? Respondió él: «ese ya há quince años que es muerto.» Entonces dijo el abad Apolo: «pues, hermano mio, yo há veinte años que soy muerto, y estoy sepultado en esta celda, y asi no puedo salir de ella á ayudarte.» De esta manera se ha de haber el religioso en semejantes ocasiones, y si no se sabe sacudir de cuidados y negocios de parientes, tenga por cierto que recibirá muy grande daño en su ánima, aunque sea con título de piedad y cuanto mas justificado quisiere.

Concuerda muy bien con esto lo que dice San Gerónimo: «¡Oh cuántos religiosos, con pretesto de piedad y con una falsa compasion de sus parientes, perdieron sus ánimas y acabaron mal (1)!» La esperiencia cotidiana nos lo muestra, y ejemplos hay muchos de religiosos que ha derrocado esta falsa compasion de los parientes. ¡Cuántos han faltado en su vocacion y dejado de ser religiosos, por enfrascarse en semejantes cuidados de la hacienda de los suyos ó de ponerlos en estado! ¡Cuántos por consolar á sus padres, los vemos apóstatas por esas calles, que despues no sirven, sino de comerles las haciendas y darles mala vejez con su mala vida! Y asi llama San Basilio á esta, arma ó saeta del demonio, de la cual debemos huir mucho (2), porque la toma él por instrumento y medio para hacernos grande mal.

Y no se escuse, ni asegure nadie en estas cosas, ni piense que está todo santificado con decir que lo que hace está ya colado y pasado por la obediencia; porque como deciamos de las visitas de parientes é idas á las tierras, asi es en esto; que muchas veces los superiores no querrian que vos os entremetiésedes en los negocios de vuestros parientes, porque eso entienden que seria lo mejor; pero permitenlo, porque no ven virtud en vos para otra cosa. No es obediencia esa, sino permision: condesciende el superior con vos y con vuestra flaqueza, y mas hace él vuestra voluntad en eso que vos la suya. Y si el otro monge no quiso visitar á su madre, porque el superior no lo tomaba sobre su conciencia, ¿cuánto mas será razon que vos no os engolfeis, ni entremetais en negocios de vuestros parientes, si no es puramente por obediencia, y que el superior diga que lo

(1) Cum factor rerum privaret semine clerum,
Ad Satanae votum, successit turba nepotum.

(2) Cassian. *col.* 24, *cap.* 29.

(1) Quanti Monachorum, dum patris, matrisque miserentur, suas animas perdiderunt! *Hieron. in Regul. Monachor. quam colegit Lupus de Oliveto.*

(2) Scientes itaque intolerabile detrimentum hujus erga cognatos affectus fugiamus illorum curam, tanquam diabolicam ad impugnandum nos armaturam habentem. *Basil. in const. Monast. c.* 24.

toma sobre su conciencia, habiendo tanto peligro en ellos?

## CAPITULO V.

En que se confirma lo dicho con algunos ejemplos.

Del santo abad Pemenés contaban (1) aquellos Padres antiguos, que en un cierto tiempo habia ido á Egipto un juez, el cual oyendo la fama y opinion de este Santo, le deseó ver, y para esto le envió un mensajero á suplicarle que tuviese por bien de recibirle, porque le queria ir á visitar. Pemenés se entristeció y desconsoló con este recaudo, pensando entre sí que si las personas nobles comenzaban á irle á visitar y á honrar, luego acudirian muchos de los populares, y le inquietarian en su vida y ejercicios solitarios, y perderia y le robaria el demonio la gracia de la humildad que con tanto trabajo, favoreciéndole el Señor, habia procurado alcanzar y conservar desde su mocedad hasta entonces, y caeria en los lazos de la vanagloria. Pensando, pues, en sí estas cosas, se determinó de escusarse y no recibirle. De lo cual el juez quedó desconsolado y dijo á un su oficial: «á mis pecados imputo el no poder ver á este hombre de Dios.» Y de allí adelante deseó verle por cualquier ocasion que fuese. Y al cabo dió en una traza, que le pareció ser bastante para forzarle á que le recibiese de buena gana, ó él viniese del Yermo á visitarle; y fué, que prendió á un su sobrino, hijo de una hermana suya, y le pusó en la cárcel, y secretamente dijo á su oficial que, porque no se desconsolase el santo viejo por la prision del sobrino, le enviase á decir que si venia á visitar al juez, luego le sacaria de la cárcel, aunque la causa era tan grave y criminal que no podia pasar sin ser ásperamente castigado. Como esto oyó la madre del preso, y entendió que si su hermano venia á visitar al juez, su hijo seria suelto y libre, fué al Yermo, y comenzó á dar á la puerta de la celda de su santo hermano muchas voces y sollozos, y con abundancia de lágrimas desde allí le rogaba que fuese á ver al juez y le rogase por su hijo. San Pemenés, aunque la oyó, ni le dijo nada, ni le quiso abrir la puerta para que entrase. Viendo esto la hermana, se enojó y le comenzó á maldecir y á decir: «durísimo y cruelísimo, que tienes las entrañas de acero; ¿cómo mi gran dolor, ni mis llantos no te inclinan á misericordia, entendiendo que un hijo único que tengo, está puesto en peligro de muerte?» Pemenés, que esto oyó, dijo al monge su compañero, que le servia: «anda, dile estas palabras: Pemenés no engendró hijos, y asi no se duele.» Con esto se volvió la hermana desconsolada, y el juez supo lo que habia sucedido en el desierto; y viendo que era escusado irlo á visitar, dijo á ciertos amigos suyos: «persuadidle, que á lo menos me escriba una carta de ruego, para que le pueda soltar.» Muchos fueron con este recaudo á Pemenés, y le rogaron que escribiese al juez, y él molestado de sus ruegos, le escribió de esta manera: "Mande tu nobleza inquirir diligentemente la causa de ese mancebo; y si ha hecho alguna cosa digna de muerte, muera, porque pague en este presente siglo la culpa de su pecado, y con esto se escape de las penas eternas del infierno.» Del santo abad Pastor se cuenta en las *Vidas de los Padres* otro ejemplo semejante: que no pudieron alcanzar de él que intercediese por un sobrino suyo, que estaba condenado á muerte, por no embarazarse en cosas que tocaban á la carne y sangre.

De nuestro bienaventurado Padre San

(1) *Prat. spirituale.*

Ignacio leemos (1), que nunca se quiso encargar del casamiento de su sobrina, que era heredera y señora de su casa, ni aun escribir una carta para ello, por mucho que se lo rogaron algunos grandes señores, como los duques de Nájera y Alburquerque, á los cuales respondió que ya aquellos negocios no le tocaban á él, ni eran conforme á su profesion, por haber ya tantos años antes renunciado estos cuidados y ser muerto al mundo, y que no le estaba bien volver á tomar lo que tanto antes habia dejado, y tratar cosas agenas de su vocacion y vestirse otra vez la ropa (2) que ya habia desnudado, y ensuciar los pies que con la gracia divina, á tanta costa suya, desde que de su casa partió, habia lavado.

De nuestro Padre San Francisco de Borja leemos en su vida (3), que nunca se pudo acabar con él que suplicase á Su Santidad dispensase con don Alvaro de Borja, su hijo, para que se casase con su sobrina, hija de su hermana doña Juana de Aragon, que habia heredado el marquesado de Alcañices, yéndole tanto en ello á su hijo, pues le iba heredar un estado tan principal; y sabiendo por otra parte la voluntad grande que tenia el Papa de favorecerle á él y á todas las cosas que le tocasen. Y con el emperador, se dice allí, que le aconteció en esto otro caso, del cual quedó el emperador muy edificado, y conoció que era verdad lo que le habian dicho del despegamiento del P. San Francisco para con sus hijos: que se habia con ellos, como si no lo fueran. Consideremos aquí de qué negocios se estrañaban aquellos Santos, y pudiéndolos concluir tan brevemente; y miremos por otra parte en qué negocios se embarazan ahora algunos religiosos. Si aquellos ilustres varones, siendo tan santos, temian tanto de tratar semejantes negocios, ¿cómo no tememos los que no somos tan santos que así corremos mayor peligro? Y aun esa creo que es la causa por que no tememos, porque no somos tan santos; que si de veras tratásemos de santidad y perfeccion, temeríamos los peligros grandes que hay en estos negocios, y huiríamos de ellos, como vemos que lo hacian los Santos.

(1). Lib 5, *cap.* 3, *vitae P. N. S. Ignatii.*

(2) Expoliavi me tunica mea, quomodo induar illa? lavi pedes meos, quomodo inquinabo illos? *Cant.* V, 3.

(3) Lib. 4, *cap.* 6 *de la vida de N. P. S. Francisco de Borja.*

## CAPITULO VI.

De otros males y daños que causa la aficion á los parientes, y cómo nos enseñó Cristo nuestro Redentor el desvío de ellos.

El bienaventurado San Basilio dice (1) que este afecto y compasion natural á los parientes suele algunas veces poner en tal estado al religioso, y llegarle á tales términos, que viene á hacer sacrilegio, hurtando á la Religion para socorrerles. Y ya que no tome uno de la Religion para dar á sus parientes, toma de lo que los devotos habian de dar á la Religion; y de aquí y de allí, de penitentes y amigos busca para darles, y algunas veces con detrimento de los ministerios; porque no puede uno tener tanta libertad con aquellos que ha menester y de quien de esa manera está prendado. Otras con algun escrúpulo de conciencia contra el voto de la pobreza, si me lo dan á mí, ó se lo dan á otros; si lo doy yo, ó si se lo da el otro. Y añádese á esto que esta aficion de parientes ciega de tal manera que hace que no repare uno en esas cosas, y que le parezca lícito lo que algunas veces es ilícito, y que le parezca que no es contra el voto de la pobreza lo que en realidad de verdad lo es. Y aunque no llegue uno á hurtar otra cosa á la Religion, sino el tiem-

(1) Basil. *in const. Monast. cap.* 21.

po que gasta en los negocios de sus parientes, en eso hurta y la defrauda harto, porque ya, dice S. Basilio, no sois vuestro, sino de la Religion, á la cual ofrecistes tambien vuestro cuerpo y todas vuestras obras y trabajos, y por eso ella tiene cuidado, no solo de vuestra alma, sino tambien de vuestro cuerpo, dándoos todo lo necesario; y vos tomais el sustento de la Religion, y ocupais-os en servir á vuestros parientes. Todo eso le hurtais, fuera de la desedificacion que en esto dais á los que os ven tan pegado y asido á parientes.

No sin gran razon dijo Cristo nuestro Redentor en el Evangelio: "Si alguno quisiere venir en pos de mí, y no aborreciere á su padre, madre, hijos, muger, hermanos, y tambien á sí mismo, no puede ser mi discípulo (1)." Advierte aqui muy bien San Gregorio (2) que de la misma manera que manda que nos aborrezcamos á nosotros mismos, manda que aborrezcamos á nuestros padres y parientes. De manera, que asi como habeis de tener un ódio santo contra vos mismo, mortificándoos y contradiciéndoos en todo aquello que la carne pidiere contra el espíritu y contra la razon, y no condescendiendo con ello, porque ese es el mayor enemigo que teneis; asi tambien habeis de tener un ódio santo á vuestros padres y parientes, no condescendiendo con ellos, sino contradiciéndoles en todo aquello que fuere impedimento para vuestra salvacion y para vuestro aprovechamiento y perfeccion; porque esos son parte de vos y son tambien vuestros enemigos (3). En las Crónicas de San Francisco se cuenta (4) que un hombre dijo al santo Fr. Gil que en todo caso determinaba ser religioso. Respondió el siervo de Dios: «si determinas de hacer eso, ve primero y mata cuantos parientes tienes.» Y aquel hombre díjole llorando que no le obligase á hacer tantos pecados. Respondió Fr. Gil: «¿por qué eres de tan poco saber y entendimiento? Yo no digo que los mates con la espada material, sino con la mental. Porque, segun la palabra del Señor, el que no tiene ódio al padre y á la madre y á los parientes, no puede ser su discípulo.»

Es cosa digna de consideracion ver qué de veces nos repite el Salvador esta doctrina en el Sagrado Evangelio. Y nota muy bien San Basilio (1), y trae aquellos dos ejemplos que en él leemos. El primero, de aquel mancebo que queria seguir á Cristo y le pidió licencia para ir á disponer de su hacienda y legítima, al cual respondió: "El que echa mano al arado y vuelve atrás, no es apto para el reino de los cielos (2)." De manera, que es volver atrás, habiendo comenzado á echar mano del arado de los consejos evangélicos, tornaros á embarazar en los negocios del siglo que dejastes. Por eso temed la sentencia de Cristo, que es no ser apto para el reino de los cielos. El segundo ejemplo es del otro mancebo que queria tambien seguir á Cristo, y pidióle licencia para ir á enterrar á su padre, cosa tan honesta y que tan en breve se podia hacer, y no se la dió; sino respóndele: "Deja á los muertos enterrar sus muertos (3)." Dice Teofilato sobre estas palabras: «Si aun para enterrar á su padre no le dió licencia, ¡ay de aquellos que profesan Religion y tornan á negocios mundanos y seglares (4)!»

(1) Si quis venit ad me, et non odit patrem suum, et matrem, et uxorem, et filios, et fratres, et sorores, adhuc autem, et animam suam non potest meus esse discipulus. *Luc.* XIV, 26.

(2) Greg. *lib.* 7 *Mor., cap.* 14.

(3) Et inimici hominis domestici ejus. *Michaeae* VII, 6; *et Matth.* X, 36.

(4) Part. I, cap. 20 de la *Crónica de S. Francisco.*

(1) Basil. *in Const. Monast. cap.* 21.

(2) Nemo mittens manum suam ad aratrum, et respiciens retro, aptus est Regno Dei. *Luc.* XCVI, 2.

(3) Sine ut mortui sepeliant mortuos suos. *Luc.* IX, 60.

(4) Si autem illi, neque patrem sepelire licuit,

Y no se contentó Cristo nuestro Redentor con avisarnos de esto de palabra y con ejemplos agenos, sino con su propio ejemplo nos quiso encomendar este desvío de parientes, como se ve en muchos lugares del Evangelio, que en lo esterior parece que muestra rigor y aspereza á su Santísima Madre; como en aquel desvío, al parecer, que le dió, habiéndole hallado en el templo: "¿Para qué me buscábades? ¿No sabíades que me conviene estar en las cosas de mi padre (1)?" Y en las bodas, cuando faltó el vino: "¿Qué tenemos nosotros que ver con eso (2)?" Para enseñarnos á nosotros, dice San Bernardo (3), el modo con que habemos de tratar á los parientes, cuando nos quisieren apartar del fin de nuestra profesion, les demos de mano diciendo: «Conviénenos atender al negocio de Dios y de nuestra salvacion (4).» Y al otro que le dijo: «Maestro, dí á mi hermano que parta conmigo la herencia,» le respondió sacudidamente: "¿Quién me ha hecho á mí juez de partijas (5)? No me enviaron á mí á averiguar y componer esas diferencias." Para enseñarnos que habemos de huir de semejantes negocios, porque no son conformes á nuestra profesion.

## CAPITULO VII.

Cómo se suele disfrazar esta tentacion con título, no solo de piedad, sino de obligacion, y del remedio para esto.

Porque esta tentacion se suele algunas veces valer y ayudar, no solo de título de piedad, sino de obligacion, que son las mas peligrosas tentaciones, nuestro Padre, para prevenir y obviar el daño grande que de aquí podia resultar en la Compañía, manda en las constituciones (1) que á todos los que entran en ella, se les pregunte si cuando hubiere duda si están obligados á socorrer á sus padres ó parientes, se dejarán regir por lo que la Compañía y superiores de ella les ordenaren, no dejándose llevar de su propio juicio. Porque en negocio de parientes como en cosa propia, la aficion ciega, y suele ser causa de errar; y asi no pueden ser ellos buenos jueces en esa causa. Pues para que estén todos quietos, y no tengan que tener escrúpulo ninguno, proveyó nuestro Padre de este remedio. Y asi está uno obligado á quietarse con lo que la Compañía le digere en esta parte; pues hay en ella tantas letras y tanto temor de Dios, y lo mirará bien, conforme á ciencia y conciencia. Y para eso se le propone y pregunta esto al principio al que quiere entrar en la Compañía, y no le reciben si no es contento de pasar por esto. Y debe dar muchas gracias á Dios de que se pueda seguramente descuidar con esto, para tratar mas de veras de su aprovechamiento y perfeccion.

Por esta misma razon manda tambien nuestro Padre, que cuando la distribucion de la hacienda se hubiere de hacer á parientes, por ser pobres, se deje á juicio de dos ó tres personas de ciencia y conciencia, que cada uno eligiere con aprobacion del superior, los cuales han de juzgar si son verdaderamente pobres y si es verdadera necesidad la que tienen, porque la aficion de la carne y sangre no le haga errar. De manera, que para dar uno su hacienda á pobres estraños, no es menester esta con-

---

vae his, qui monastycem professi, ad mundana regrediuntur negotia! *Theophil.*

(1) Quid est quod me quaerebatis? nesciebatis quia in his, quae Patris mei sunt, oportet me esse? *Luc.* II, 49.

(2) Quid mihi, et tibi est mulier? *Joann.* II, 4.

(3) Bernard. *serm.* 2, *dominica* 1, *post. octav. Epiphaniae.*

(4) In his, quae Patris mei sunt, oportet me esse. *Luc. ubi sup.*

(5) Homo, quis me constituit judicem, aut divisorem super vos? *Luc.* XII, 14.

(1) Cap. III *exam.* §, 3.

sulta ; y para darla á parientes pobres, sí, por el peligro que hay del amor y aficion natural. Asi nota San Gregorio (1) en aquel ejemplo en que prohibió Cristo á aquel mancebo que fuese á enterrar á su padre (2). Advertid, que lo que no prohibiera hacer con un estraño, antes lo aconsejara y fuera obra de misericordia, lo prohibe para con su padre. Para que entendamos que lo que se puede hacer con los estraños, muchas veces no conviene que se haga con los parientes, por el peligro que suele haber en ello, y por la desedificacion de los que ven á un religioso envuelto y embarazado en cosas de carne y sangre. Claro está que de otra manera hace uno el negocio del estraño que el de sus deudos y parientes; porque aquel no le inquieta, ni desasosiega; pero estotro, bien esperimenta que le causa grande inquietud, y le roba la paz de su alma, y le es grande impedimento para los ejercicios espirituales. Y asi, cuando alguna vez fuese necesario ayudar uno en algo á sus parientes, era mejor y mas seguro para él, y de mas edificacion para los prójimos, que otro Padre se encargase de eso, y no él. Y en la Compañía tenemos orden de que se haga asi, y es doctrina de San Basilio (3). Fuera de que, cuando él propio entiende en esos negocios, si en él hay alguna cosa del mundo y carne, querria que los suyos no fuesen pobres, ni padeciesen, y Dios quiere que sean pobres y que padezcan necesidad; porque aquello les conviene mas á ellos para su salvacion, y á él para su humillacion. Y aun suele en esto entrarse algunas veces otra vanidad y locura, que algunos religiosos quieren y procuran que sus padres y parientes sean y tengan mas de lo que fueran y tuvieran si ellos no fueran religiosos. En lo cual dan claras muestras de no serlo, sino solamente en el nombre: pues habiendo de ser mas humildes, tienen mas vanidad y presuncion.

Finalmente, el que quisiere alcanzar el fin á que vino á la Religion, conviene que se sacuda del trato y negocios de parientes, y que les dé de mano: «El que por mas servir á Dios se olvida de sus parientes, y dice á su padre, madre y hermanos, *no os conozco*, ese guardará bien los Mandamientos de Dios, y los consejos que ha profesado (1).» Dice muy bien San Bernardo, y es doctrina comun de los Santos, que el religioso ha de ser como otro Melquisedec, del cual dice el Apóstol San Pablo (2) que no tenia padre, ni madre, ni linaje; no porque careciese de esto, que siendo, como era, verdadero hombre, no podia carecer de ello; pero dícese que no lo tenia, porque la Sagrada Escritura, cuando habla de él en razon de sacerdote, no hace mencion de esto, ni del principio y fin de sus dias, para darnos á entender que los sacerdotes, y mucho mas los religiosos, han de estar tan despegados de todo esto, como si no lo tuviesen; y tan dedicados á las cosas espirituales y divinas, como si hubieran venido del cielo; de manera que sean en su corazon como otro Melquisedec, sin tener cosa en este mundo que trabe de ellos y les impida y retarde su apresurado caminar á Dios. Pues concluyamos con lo que concluye San Bernardo: «Recogeos y sentaos á solas, y apartaos, no solamente de la demas multitud, sino olvidaos tambien de vuestro pueblo y de la casa de vuestro padre, y codiciará Dios vuestra hermosu-

(1) Greg. *lib.* 7 *Mor.*, *c.* 14.
(2) Lucae IX, 60.
(3) Basil. *in quaest. fusius disp.* 32.

(1) Qui dixit patri suo, et matri suae nescio vos, et fratribus suis ignoro vos, et nescierunt filios suos, hi custodierunt eloquium tuum, et pactum tuum servaverunt. *Deuter.* XXXIII, 9.
(2) Ad Hebr. VII, 3.

ra (1).» San Gerónimo, sobre estas palabras del Profeta, dice: «Grande cosa debe ser el olvidarse uno de sus padres y parientes; pues tan gran premio se le promete, que codiciará Dios su hermosura (2).»

En las Crónicas de la órden de San Francisco se cuenta (3), que entró en Paris en la órden un maestro en teología, al cual habia sustentado su madre con limosnas y mucha pobreza, hasta ponerle en aquel estado; y oyendo que su hijo era fraile, vino al convento y con muchas lágrimas é importunaciones pedia á voces á su hijo descubriéndose los pechos y diciéndole los trabajos con que le habia criado, representándole la necesidad y miseria en que la dejaba. Por estas lágrimas fué movido el maestro á dejar su propósito, y determinó el dia siguiente salirse de la Religion; y sintiendo sobre este caso grande contienda en su corazon, acudió á la oracion como lo tenia de costumbre, y postrado ante la imágen de un crucifijo, decia con angustiado corazon: «Señor, no os quiero yo dejar, ni vos permitais tal cosa; mas solamente quiero remediar á mi madre, que está en grande necesidad.» Y como diciendo estas cosas, levantase los ojos á la imágen, vió que del lado del Señor manaba verdadera sangre, y luego oyó una voz que le decia: «Mas caro me costaste á mí que á tu madre, pues te crié, y redimí con mi sangre; no me debias tú dejar por amor de tu madre.» Con este aviso quedó el maestro espantado, y prefiriendo el amor de Cristo al amor natural de su madre, que le movia por su necesidad á dejar aquel estado, perseveró en la órden, acabando en ella con mucho loor.

Aunque en este tratado parece que habemos hablado solamente con los religiosos; pero si los seglares sacasen de él, como deseamos, no inquietar á los religiosos, ni embarazarlos en sus negocios, ni entremeterse en el gobierno de la Religion, pidiendo y procurando que su pariente ó amigo vaya ó resida en tal parte, no seria de pequeño fruto, asi para ellos como para nosotros.

## TRATADO SESTO.

### De la tristeza y alegría.

#### CAPITULO I.

De los daños grandes que se siguen de la tristeza.

"Echa muy lejos de tí la tristeza," dice el Sábio (1), "porque la tristeza ha muerto á muchos, y no hay en ella provecho alguguno." Casiano hace un libro del espíritu de la tristeza, porque dice (2) que, para curar y remediar este mal y enfermedad, no es menester menor cuidado y diligencia que para las demas enfermedades y tenta-

(1) Sede itaque solitarius sicut turtur, nihil tibi, et turbis, nihil cum multitudine caeterorum, etiamque ipsum obliviscere populum tuum, et domum patris tui, et concupiscet rex decorem tuum. (*Ps.* XLIV, 11). Bern. *serm.* 40 *in Cantica.*

(2) Grande praemium est parentis oblivisci, quia concupiscet rex decorem tuum. *Hier. in Regul. Monachor. quam colegit Lupus de Olivelo.*

(3) P. 2, cap. 13 de *la Crónica de San Francisco.*

(1) Tristitiam longe repelle a te, multos enim occidit tristitia, et non est utilitas in illa. *Eccl.* XXX, 24.

(2) Cas. *lib. 9 de instit. renunt.*

ciones espirituales que se nos ofrecen en esta vida, por los muchos y grandes daños que se siguen de ella, los cuales va allí poniendo y fundándolos muy bien en la Escritura Sagrada. Guardaos, dice, de la tristeza, no la dejeis entrar en vuestro corazon; porque si le dais entrada, y se comienza á enseñorear de vos, luego os quitará el gusto de la oracion, y hará que os parezca larga la hora, y que no la cumplais enteramente: y aun algunas veces hará que os quedeis del todo sin oracion y que dejeis la leccion espiritual. Y en todos los ejercicios espirituales os pondrá un tédio y un hastío que no podais arrostrar á ellos: "Dormitó mi alma por el tédio," decia David (1); y en este verso, dice Casiano (2), declara muy bien el Profeta estos daños que se siguen de la tristeza. No dice que se adormeció su cuerpo, sino su ánima: porque con la tristeza y accídia espiritual cobra el ánima tanto tédio y hastío á todos los ejercicios espirituales y á todas las obras de virtud, que está como dormida, inhábil y torpe para todo lo bueno. Y algunas veces es tan grande el fastidio que tiene uno con las cosas espirituales, que le vienen á enfadar y dar en rostro los que tratan de virtud y de perfeccion; y aun algunas veces los procura retraer y estorbar de sus buenos ejercicios.

Tiene tambien otra cosa la tristeza, dice Casiano, que hace al hombre desabrido y áspero con sus hermanos. San Gregorio dice: «La tristeza mueve á ira y enojo (3);» y asi esperimentamos que cuando estamos tristes, fácilmente nos airamos y nos enfadamos luego de cualquiera cosa: y mas, hace al hombre impaciente en las cosas que trata; hácele sospechoso y malicioso, y algunas veces turba de tal manera al hombre la tristeza, que parece que le quita el sentido y le saca fuera de sí, conforme á aquello del Eclesiástico: "Donde hay amargura y tristeza, no hay juicio (1)." Y asi vemos muchas veces que cuando reina en uno la tristeza y melancolía, tiene unas aprensiones tan fuera de camino, y unas sospechas y temores tan sin fundamento, que los que están en su seso se suelen reir y hacer conversacion de ellas como de locuras. Y á otros habemos visto, hombres gravísimos, de grandes letras y talentos, tan presos de esta pasion, que era gran compasion verlos unas veces llorar como criaturas, y otras dar unos suspiros que no parecia sino que bramaban. Y asi, cuando están en su seso, y sienten que les quiere venir esta locura, que bien se puede llamar asi, se encierran en su aposento para allí á solas llorar y suspirar consigo, y no perder la autoridad y opinion con los que les vieren hacer tales cosas.

Si quereis saber de raiz los efectos y daños que causa la tristeza en el corazon, dice Casiano, el Espíritu Santo nos lo declara brevemente por el Sábio: "Lo que hace la polilla en la vestidura, y el gusano y carcoma en el madero, eso hace la tristeza en el corazon del hombre (2)." La vestidura comida de polilla no vale nada, ni puede servir para nada; y el madero lleno de carcoma no es de provecho para el edificio, ni se puede cargar sobre él peso alguno, porque luego se hace pedazos: asi el hombre lleno de melancolía, triste y desgraciado, se hace inútil para todo lo bueno. Y no pára aqui el mal, sino lo que peor es, la tristeza en el corazon es causa

(1) Dormitavit anima mea prae tedio. *Psalm.* CXVIII, 28.
(2) Cas. *lib.* 10, *cap.* 4.
(3) Tristis ex propinquo habet iram. *Greg. lib.* 31 *Mor.*, c. 31.

(1) Non est sensus, ubi est amaritudo. *Eccl.* XXI, 12.
(2) Sicut tinea vestimento, et vermis ligno, ita tristitia viri nocet cordi. *Prov.* XXV, 20.

y raiz de muchas tentaciones y de muchas caidas. A muchos ha hecho caer la tristeza en pecados (1). Y asi llaman algunos á la tristeza «nido de ladrones y cueva de demonios,» y con mucha razon. Y traen para esto aquello que dice el Santo Job del demonio: "Duerme en la sombra y oscuridad (2)." En esas nieblas y tinieblas de esa confusion que teneis cuando estais triste, ahí duerme y se esconde el demonio, ese es su nido y su madriguera, y ahí hace él sus mangas, como dicen; esa es la disposicion que él está aguardando para acometer con todas cuantas tentaciones quisiere. "Asi como las serpientes y bestias fieras están aguardando la oscuridad de la noche para salir de sus cuevas (3)," asi el demonio, serpiente antigua, está esperando esa noche y oscuridad de la tristeza, y entonces acomete con todo género de tentaciones (4).

Decia el bienaventurado San Francisco que se alegra mucho el demonio cuando el corazon de uno está triste; porque fácilmente, ó le ahoga en la tristeza y desesperacion, ó le convierte á los placeres mundanos. Nótese mucho esta doctrina, porque es de mucha importancia. Al que anda triste y melancólico, unas veces le hace el demonio venir en gran desconfianza y desesperacion, como hizo con Cain y con Judas. Otras veces, cuando por ahi le parece que no tiene buen juego, le acomete con deleítes mundanos: otras con deleites carnales y sensuales, so color que con aquello saldrá de la pena y tristeza que tiene. Y de aqui es, que cuando está uno triste, le suelen venir unas veces tentaciones de la vocacion; porque le representa el demonio que allá en el mundo viviera alegre y contento: á algunos ha sacado de la Religion la tristeza y melancolía. Otras veces suele traer el demonio pensamientos carnales y deshonestos que dan gusto á la sensualidad y procura que se detenga en ellos, so color de que con eso desechará la tristeza y se aliviará en su corazon. Esta es una cosa mucho de temer en los que andan tristes y melancólicos, porque suelen ser muy ordinarias en ellos estas tentaciones. Y lo advierte muy bien San Gregorio. Dice que como todo hombre naturalmente desea alguna delectacion y contento, cuando no lo halla en Dios, ni en las cosas espirituales, luego el demonio, que sabe bien nuestra inclinacion, le representa y pone delante cosas sensuales y deshonestas, y le ofrece gusto y contento en ellas, con que le parece que se mitiga y alivia la tristeza y melancolía presente. Entended, dice el Santo (1), que si no teneis contento y gusto en Dios y en las cosas espirituales, le habeis de ir á buscar en las cosas viles y sensuales, porque no puede vivir el hombre sin algun contento y entretenimiento.

Finalmente, son tantos los males y daños que se siguen de la tristeza, que dice el Sábio: "Todos los males vienen con la tristeza (2)." ¿Y en otro lugar: "La muerte viene con ella (3)," y aun la muerte eterna, que es el infierno. Asi declara San Agustin aquello que dijo Jacob á sus hijos: "Echareis mis canas por dolor al infierno (4)." Dice (5) que temió Jacob no hiciese tanta

(1) Multos enim occidit tristitia. *Eccl.* XXX, 23.
(2) Sub umbra dormit. *Job.* XL, 16.
(3) Posuisti tenebras, et facta est nox: in ipsa pertransibunt omnes bestiae silvae. *Ps.* CIII, 20 et 22.
(4) Paraverunt sagittas suas in pharetra, ut sagittent in obscuro rectos corde. *Ps.* C, 2.

(1) Sine delectatione anima nunquam potest esse, nam aut infimis delectatur, aut summis. *Greg. lib.* 18, *moral. cap.* 8.—Idem notat S. Bonav. *tom.* 2, *opusc. lib.* 2 *de profectu Religiosor. cap.* 2.
(2) Omnis plaga tristitia cordis est. *Eccl.* XXV, 17.
(3) A tristitia enim festinat mors. *Eccl.* XXXVIII, 19.
(4) Deducetis canos meos cum dolore ad inferos. *Gen.* XLII, 38.
(5) Aug. *lib.* 82, *sup. Gen. ad lit. cap.* 33.

impresion y causase en él tanto daño la tristeza de carecer de su hijo Benjamin, que le pusiese en contingencia su salvacion, y diese con él en el infierno de los condenados. Y por eso, dice, nos avisa el Apóstol San Pablo (1) que nos guardemos de ella. Por ser tan grandes los daños y peligros que se siguen de la tristeza, nos previene y avisa tanto la Sagrada Escritura y los Santos que nos guardemos de ella. No es por vuestro consuelo, ni por vuestro gusto; que si no hubiera mas que eso, poco importaba que estuviésedes triste ó alegre. Y por eso tambien la desea y procura tanto el demonio, porque sabe que es causa y raiz de muchos males y pecados.

## CAPITULO II.

En que se ponen algunas razones por las cuales nos conviene mucho servir á Dios con alegría.

"Gozáos siempre en el Señor; otra vez os torno á decir que os goceis y regocijeis," dice el Apóstol San Pablo (2). Lo mismo nos repite muchas veces en los Salmos el Profeta David: "Alégraos en el Señor, y saltad, justos; gloríaos todos los de recto corazon (3)." "Salten y alégrense en tí, Señor, todos los que te buscan (4)." "Alegraos en el Señor toda la tierra, servid al Señor con alegria: entrad á su presencia con consuelo (5)." "Alégrese el corazon de los que te buscan (6)." Y en otros muchos lugares nos exhorta á menudo á que sirvamos á Dios con alegría. Y con esto saludó el ángel á Tobías: "Dios te dé siempre mucho gozo y alegría (1)." Solia decir el bienaventurado San Francisco: al demonio y á sus miembros pertenece estar tristes, mas á nosotros alegrarnos siempre en el Señor. En las moradas de los justos, siempre se ha de oir voz de alegría y de salud (2). Hános traido el Señor á su casa, y escogido entre millares; ¿cómo habemos de andar tristes?

Bastaba para entender ser esta cosa de mucha importancia, ver qué de veces nos la encomienda y repite la Sagrada Escritura; y el ver por otra parte los daños grandes que dijimos se siguen de la tristeza. Pero para mayor abundancia, y para que, viendo al ojo el provecho, nos esforcemos mas á ello, diremos algunas razones por las cuales nos conviene mucho andar siempre en el servicio de Dios con esta alegría de corazon. Y sea la primera, porque asi lo quiere el Señor. Dice San Pablo: "Quiere Dios un dadivoso alegre (3);" conforme á lo que dijo por el Sábio (4); asi como acá en el mundo vemos que cualquier señor quiere que sus criados le sirvan con alegría, y cuando vé que andan encapotados, y le sirven con ceño y con tristeza, no le es agradable su servicio, antes le enfada; asi Dios nuestro Señor gusta de que le sirvamos con mucha voluntad y alegría; no con ceño, ni tristeza.

Nota la Sagrada Escritura que ofreció el pueblo de Israel mucho oro y plata y piedras preciosas para el edificio del templo con grande voluntad y alegría (5). Y

(1) Ne quae radix amaritudinis sursum germinans impediat, et per illam inquinentur multi. *Ad Heb.* XII, 15.
(2) Gaudete in Domino semper, iterum dico gaudete. *Ad Philip.* IV, 4.
(3) Letamini in Domino, et exultate justi, et gloriamini omnes recti cordi. *Ps.* XXXI, 11.
(4) Exultent, et laetentur in te, omnes, qui quaerunt te. *Ps.* XCVI, 5.
(5) Jubilate Deo omnis terra, servite Domino in laetitia, introite in conspectu ejus in exultatione. *Ps.* XCIX, 1.
(6) Laetetur cor quaerentium Dominum. *Ps.* CIV, 3.

(1) Gaudium tibi sit semper. *Tobiae*, V, 11.
(2) Vox exultationis, et salutis in tabernaculis justorum. *Ps.* CXVII, 15.
(3) Non ex tristitia, aut ex necessitate, hilarem enim datorem diligit Deus. *II. ad Cor.* IX, 7.
(4) In omni dato hilarem fac vultum tuum. *Eccl.* XXXV, 15.
(5) Cum ingenti gaudio. *I. Paral* XXIX, 9 et 17.

el rey David dió gracias á Dios de ver al pueblo ofrecer sus dones con tan grande gozo. Eso es lo que estima mucho Dios. No estima tanto la obra que se hace, cuanto la voluntad con que se hace. Aun acá solemos decir: «la voluntad con que lo hace vale mas que todo,» y aquello estimamos en mucho, aunque el servicio haya sido pequeño. Y por el contrario, por grande que sea, si no fué hecho con voluntad y alegria, no lo estimamos ni agradecemos, antes nos descontenta. Dicen muy bien que es como quien sirve un buen manjar, pero con salsa amarga, que lo hace todo desabrido.

La segunda razon es, que redunda en mucha gloria y honra de Dios el servirle con alegria, porque de esta manera muestra uno que hace aquello de buena gana y que le parece todo poco para lo que desea hacer. Los que sirven á Dios con tristeza, parece que dan á entender que hacen mucho y que andan reventando con la carga y que apenas la pueden ya llevar por ser grande y pesada, y eso desagrada y da en rostro. Y asi, una de las causas porque el bienaventurado San Francisco no queria ver en el rostro de sus frailes tristeza, era porque da á entender que hay pesadumbre en la voluntad y pereza en el cuerpo para el bien. Pero esos otros, segun van de alegres y ligeros, parece que están diciendo que no es nada lo que hacen para lo que desean y querian hacer. Como decia San Bernardo: «Señor, lo que yo hago por vos, apenas es trabajo de una hora; y si mas es, con el amor no lo siento (1).» Eso da mucho contento al Señor, y asi dice él en el Evangelio: "Cuando ayunáredes, ungid la cabeza y lavaos el rostro (2)." Quiere decir: poneos de fiesta, y andad alegres, que parezca que no ayunais, ni haceis nada. No andeis tristes, como los hipócritas (1), que quieren dar á entender á todos que ayunan y que echen de ver que hacen algo. De camino se ha de advertir aqui que hay algunos, que para andar con modestia y recogimiento, les parece que es menester andar cabizbajos y con semblante triste, y engáñanse. Dice San Leon Papa: «La modestia del religioso no ha de ser triste, sino santa (2). Ha de traer siempre el religioso una modestia alegre y una alegría modesta. Y saber juntar estas dos cosas, es gran decoro y grande ornato del religioso.

Lo tercero, no solamente redunda esto en mucha honra de Dios, sino tambien en provecho y edificacion de los prójimos y en abono de la virtud. Porque los que de esta manera sirven á Dios, persuaden mucho á los hombres con su ejemplo que en el camino de la virtud no hay la pesadumbre y dificultad que los malos imaginan; pues les ven á ellos caminar por él con tanta suavidad y alegría. Con lo cual los hombres que naturalmente son amigos de andar alegres y contentos, se animan mucho á darse á la virtud. Por esta razon particularmente nos conviene mucho á nosotros andar con alegría en nuestros ministerios, por tratar tanto con prójimos y ser nuestro fin é instituto el ganar almas para Dios. Porque de esta manera se ganan y aficionan muchos, no solo á la virtud, sino á la perfeccion y á la Religion. De algunos sabemos que han dejado el mundo, y entrado en Religion, por ver la alegría y contento con que andan los religiosos. Porque lo que desean los hom-

(1) Opus meum vix unius est horae, et si plus, prae amore non sentio. *Bern. serm. 14 sup. Cant.*

(2) Tu autem cum jejunas, unge caput tuum, et faciem tuam lava, ne videaris hominibus jejunans. *Matth.* VI, 16.

(1) Nolite fieri sicut hipocritae tristes. *Ib.*

(2) Religiosorum modestia, non sit maesta, sed sancta. *Leo Papa, serm. 4 quadrages.*

bres es pasar esta vida con contento; y si entendiesen el que tiene el buen religioso, creo se despoblaria el mundo y se acogerian todos á la Religion; sino que es este un maná escondido, que le escondió y guardó Dios para los que él quiso escoger: á vos os descubrió el Señor este tesoro escondido, y no se le descubrió á vuestro hermano, y asi él se quedó allá, y á vos os trajo acá: por lo cual le debeis infinitas gracias.

La cuarta razon por que nos conviene andar con alegria, es porque la obra comunmente es de mayor mérito y valor cuando se hace con esta alegria y prontitud, porque eso hace hacer la obra mejor y mas perfectamente. Aun allá dijo Aristóteles: «La alegria y gusto con que se hace la obra, es causa que se haga con perfeccion; y la tristeza, de que se haga mal hecha (1).» Y asi vemos por esperiencia que hay mucha diferencia del que hace la cosa con gusto, al que la hace de mala gana; porque este no parece que atiende mas de á poder decir que la hizo; pero aquel estáse esmerando en hacer bien lo que hace y procura hacerlo lo mejor que puede. Añádese á esto lo que dice San Crisóstomo (2), que la alegria y contento del ánima da fuerzas y aliento para obrar. Y asi decia el Profeta David: «La alegria dilata y ensancha el corazon;» pues dice el Profeta: "Señor, cuando vos me dábades aquella alegria con que se dilataba mi corazon, corria yo con grande ligereza por el camino de vuestros Mandamientos (3)." Entonces no se siente el trabajo (4). Y por el contrario, la tristeza estrecha, aprieta y encoge el corazon: no solo quita la gana de obrar, sino tambien las fuerzas, y hace que se le haga á uno pesado lo que antes le era fácil. Y asi confesó su flaqueza el sacerdote Aaron, que habiéndole Dios muerto dos hijos de un golpe, y siendo reprendido de su hermano Moisés por no haber ofrecido sacrificio al Señor, respondió: "¿Cómo podia yo agradar con el sacrificio al Señor con ánimo lloroso y triste (1)?" Y los hijos de Israel, en el destierro de Babilonia decian: "¿Cómo cantaremos el Cántico del Señor en tierra agena (2)?" Y por esperiencia vemos cada dia que cuando estamos con tristeza, no solo se disminuyen las fuerzas espirituales, conforme á aquello del Sábio: "En la tristeza decae el ánimo (3)," sino tambien las corporales: porque no parece sino que cada brazo y cada pie nos pesa un quintal. Por esto aconsejan los Santos (4) que en las tentaciones no nos entristezcamos; porque eso quita el vigor del corazon, y hace al hombre cobarde y pusilánime.

Otra razon se puede colegir de las pasadas, por la cual es mucho de desear que el siervo de Dios, y especialmente el religioso, ande con alegría; y es, porque cuando se ve que uno anda con alegría en las cosas de la virtud y de la Religion, da aquello grande satisfaccion y esperanza que aquel perseverará y llevará adelante lo comenzado; pero cuando le vemos andar triste, sospecha da y temor si ha de perseverar. Como cuando veis á uno que lleva á cuestas una gran carga de leña y que va con pesadumbre, anhelando y suspirando, y aquí pára, y allí se le cae un palo y acullá otro; luego decís «este no ha de poder con tanto; creo que lo ha de dejar á medio camino;» pero cuando le veis ligero con la

(1) Delectatio perficit operationem, tristitia corrumpit. *Arist. lib.* 10 *Ethic. cap.* 4 *et* 5.
(2) Chrisost. *hom.* 41 *sup. Gen.*
(3) Viam mandatorum tuorum cucurri, cum dilatasti cor meum. *Ps.* CXVIII, 32.
(4) Current, et non laborabunt; ambulabunt, et non deficient. *Isai.* XL, 31.

(1) Quomodo potui placere Domino in ceremoniis mente lugubri? *Levit.* X, 19.
(2) *Ps.* CXXXVI, 2 *et* 4.
(3) In maerore animi dejicitur spiritus. *Prov.* XV, 13.
(4) Véase el trat. 4, caps. 10 y 11.

carga, y que va cantando y alegre, luego decís: «este aun mas que aquello llevaria.» Pues de la misma manera, cuando uno hace con tristeza y pesadumbre las cosas de la virtud y de la Religion, y parece que va gimiendo y rebentando con la carga, sospecha da de que no ha de durar; porque ir siempre remando y forcejando agua arriba, es vida de galera y cosa muy violenta. Pero cuando anda alegre en los oficios humildes y en los demas ejercicios de la Religion, asi corporales como espirituales, y todo se le hace fácil y ligero, da muy buenas esperanzas que irá adelante y perseverará.

## CAPITULO III.

Que no han de bastar las culpas ordinarias en que caemos, para quitarnos esta alegría.

Estiman tanto los Santos que andemos siempre con este ánimo y alegría, que aun en las caidas dicen que no habemos de desmayar, ni desanimarnos, ni andar tristes y melancólicos: con ser el pecado una de las cosas por que con razon podemos tener tristeza, como luego diremos; con todo esto, dice San Pablo que esta tristeza ha de ser templada y moderada con la esperanza del perdon y misericordia de Dios para que no cause desmayo ni desconfianza: "No sea, dice (1), que por la tristeza nimia se sofoque el triste." Y asi, el bienaventurado San Francisco, que aborrecia mucho esta tristeza en sus frailes, reprendió á uno de sus compañeros que andaba triste; diciendo: «no debe el que sirve á Dios andar triste, si no es por haber cometido algun pecado; si tú le has cometido, arrepiéntete, y confiésate, y pide á Dios perdon y misericordia, y suplícale con el Profeta (1) que te vuelva la alegria primera. «Tornadme, Señor, aquella »alegria y prontitud que sentia en vuestro »servicio antes que pecara, y sustentadme, »y confirmadme en eso con el espíritu mag»nífico y poderoso de vuestra gracia.» Asi declara tambien San Gerónimo este lugar (2). El P. maestro Avila reprende (3), y con mucha razon, á algunos que andan en el camino de Dios llenos de tristeza desaprovechada, aheleados los corazones, sin gusto en las cosas de Dios, desabridos consigo y con sus prógimos, desmayados y desanimados; y muchos, dice, hay de estos que no cometen pecados mortales, sino dicen que por no servir á Dios como deben y desean, y por los pecados veniales que hacen, están de aquella manera. Este es un engaño grande; porque mucho mayores son los daños que se siguen de esa pena y tristeza demasiada, que los que se siguen de la misma culpa; y lo que pudieran atajar, si tuvieran prudencia y esfuerzo, lo hacen crecer y que de un mal caigan en otro. Y eso es lo que pretende el demonio con esa tristeza: quitarles el vigor y esfuerzo para obrar, y que no acierten á hacer cosa bien hecha.

Lo que habemos de sacar de nuestras faltas y caidas, ha de ser, lo primero, que nos confundamos y humillemos mas, conociendo que somos mas flacos de lo que pensábamos. Lo segundo, que pidamos mayor gracia al Señor, pues la habemos menester. Lo tercero, que vivamos de ahí adelante con mayor cautela y recato, tomando avisos de una vez para otra, previniendo las ocasiones y apartándonos de

(1) Ne forte abundantiori tristitia absorbeatur qui ejusmodi est. *II. ad Cor.* II, 7.

(1) Redde mihi laetitiam salutaris tui, et spiritu principali confirma me. *Ps.* L, 14.

(2) Id est, redde mihi illam exultationem, quam in Christo habui, prius quam peccarem. *Hieron.*

(3) M. Ávila, c. 23 del *Audifilia.*

ellas. De esta manera haremos mas que con desmayos y tristezas desaprovechadas. Dice muy bien el P. maestro Avila: «si por las culpas ordinarias, que hacemos, hubiésemos de andar decaidos, tristes y desanimados, ¿quién de los hombres tendria descanso, ni paz, pues todos pecamos (1)?» Procurad vos de servir á Dios y de hacer vuestras diligencias; y si no las hiciéredes todas, y cayéredes en faltas, no os espanteis por eso, ni desmayeis, que asi somos todos: hombre sois, y no ángel; flaco, y no santificado. Y bien conoce Dios nuestra flaqueza y miseria, y no quiere que desmayemos por eso, sino que nos levantemos luego, y pidamos mayor fuerza al Señor; como el niño que cae, que luego se levanta y corre como primero. Dice San Ambrosio: «las caidas de los niños no indignan á su padre, sino enternécenle (2).» De esa manera, dice, se há Dios con nosotros, conforme á aquello del Profeta: "Conoce Dios muy bien nuestra enfermedad y miseria, y ámanos como á hijos flacos y enfermos; y asi, esas caidas y flaquezas nuestras, antes le mueven á compasion que á indignacion (3)." Uno de los grandes consuelos que tenemos los que somos flacos en el servicio de Dios, es entender qué es Dios tan rico en amor y misericordia, que nos sufre y ama, aunque nosotros no le correspondamos tan por entero como era razon. "Es rico en misericordia (4);" sobrepuja su misericordia nuestros pecados. Asi como se derrite la cera delante del fuego, asi se deshacen todas nuestras faltas y pecados delante de su misericordia infinita. Esto nos ha de animar mucho para andar siempre con grande contento y alegría; entender que Dios nos ama y nos quiere bien, y que por todas esas faltas ordinarias que hacemos no perdemos un punto de gracia y amor de Dios.

(1) Si iniquitates observaveris Domine, Domine quis sustinebit? *Ps.* CXXIX, 3.

(2) D. Ambros. lib. 2 *de reparatione gentium, cap.* 3 *et ult.*

(3) Quomodo miseretur pater filiorum, misertus est Dominus timentibus se quoniam ipse cognovit figmentum nostrum. Et recordatus est quoniam pulvis sumus. *Ps.* CII, 13.

(4) Qui dives est in misericordia. *Ad Eph.* II, 4.

## CAPITULO IV.

### De las raices y causas de la tristeza, y sus remedios.

Pero veamos las raices y causas de donde suele nacer la tristeza, para que asi apliquemos los remedios necesarios. Casiano y San Buenaventura dicen (1) que la tristeza puede nacer de muchas raices. Algunas veces nace de enfermedad natural de humor melancólico que predomina en el cuerpo, y entonces el remedio mas pertenece á los médicos que á los teólogos; pero háse de advertir que ese humor melancólico se engendra y aumenta con los pensamientos melancólicos que uno tiene. Y asi, dice Casiano (2), que no menor cuidado habemos de poner en que no entren ni nos lleven tras sí estos pensamientos tristes y melancólicos, que en los pensamientos que nos vienen contra la castidad y contra la fé, por los daños grandes que digimos nos pueden de eso venir.

Otras veces, dice, que sin haber precedido causa alguna particular que provoque á ello, de repente se suele hallar uno tan triste y melancólico que no gusta de nada, ni aun de los amigos y conversaciones que antes solia gustar; sino todo le enfada y le dá en rostro, y no querria tratar ni conversar con nadie; y si trata y habla, no es con aquella suavidad y afabilidad que solia, sino con sacudimiento y desgracia. De donde podemos colegir, dice Casiano, que nuestras im-

(1) Cas. *lib. 9 de instit. renunt.*—Bonav. *tract. de reforma mentis, cap.* 12.

(2) Cap. I.

paciencias y palabras ásperas y desabridas no nacen siempre de ocasion que nos dén nuestros hermanos para ello, sino de acá dentro; en nosotros está la causa: el no tener mortificadas nuestras pasiones es la raiz de donde nace todo eso. Y asi, no es el remedio para tener paz, el huir el trato y conversacion de los hombres, ni nos manda Dios eso, sino el tener paciencia y mortificar muy bien nuestras pasiones; porque si estas no mortificamos, donde quiera que vayamos y á donde quiera que huyamos llevamos con nosotros la causa de las tentaciones y turbaciones.

Bien sabido es aquel ejemplo que cuenta Surio (1) de un monge, el cual por razon de su cólera é ira poco mortificada, era pesado á sí y á los otros; determinóse de salir del monasterio del santo abad Eutimio, en el cual vivia, pareciéndole que estando quitado de tratar con otros y viviendo solo, cesaria la ira, pues no tendria ocasiones con que airarse. Hácelo así, y encerrándose en una celda, llevó consigo un cántaro de agua, y por arte del demonio se le derramó; levantóle y volvióle á llenar de agua, y segunda vez se derramó cayendo en el suelo; volvió tercera vez á llenarle y ponerle bien, y tercera vez se le derramó; entonces, con mas cólera que solia, coge el cántaro y dá con él en el suelo haciéndole pedazos. Acabando de hacer esto, cayó en la cuenta y echó de ver que no era la compañía de los monges y la comunicacion con ellos la causa de su caida en impaciencias é iras, sino su poca mortificacion, y al fin se volvió á su monasterio. De manera que en vos está la causa de vuestra inquietud é impaciencia, y no en vuestros hermanos: mortificad vos vuestras pasiones, y de esa manera, dice Casiano, aun con las bestias fieras tendreis paz, conforme á aquello de Job: "Las bestias de la tierra te serán pacíficas (1)," cuanto mas con vuestros hermanos.

Otras veces, dice San Buenaventura, que suele nacer la tristeza de algun trabajo que sobreviene, ó de no haber alcanzado alguna cosa deseada. Y San Gregorio y San Agustin y otros Santos ponen tambien esta raiz, y dicen (2) que la tristeza del mundo nace de estar uno aficionado á las cosas mundanas; porque claro está que se ha de entristecer el que se viere privado de lo que ama. Pero el que estuviere desasido y desaficionado de todas las cosas del mundo, y pusiere todo su deseo y contento en Dios, estará libre de la tristeza del mundo. Dice muy bien el P. maestro Avila: «no hay duda sino que el penar viene del desear, y asi, á mas desear, mas penar; á menos desear, menos penar; á ningun desear, descansar.» De manera, que nuestros deseos son nuestros sayones; esos son los verdugos que nos atormentan y dan garrote.

Descendiendo en esto mas en particular y aplicándolo á nosotros, digo, que muchas veces la causa de la tristeza del religioso es no estar indiferente para todo aquello en que le puede poner la obediencia; eso es lo que le suele traer muchas veces triste y melancólico, y lo que le hace que ande con pena y con sobresalto: «si me quitaran esto, en que me hallo bien; si me mandaran aquello, á que tengo repugnancia.» Asi lo dice San Gregorio: «Porque desea uno tener lo que no tiene, ó teme perder lo que tiene, por eso anda con pena y con sobresalto (3).» Pero el religioso que está indi-

(1) Surius *in vita Sancti Eutimii, mense Januarii.*

(1) Bestiae terrae pacificae erunt tibi. *Job.* V, 23.
(2) Greg. *lib.* 22 *Mor., cap.* 14.—Aug. *sup. illud Ps.* 7, «concepit dolorem, et peperit iniquitatem;» *et tract.* 14 *super Joann.*
(3) Quia aut non habita concupiscit, ut habeat; aut adepta metuit, ne amittat; et dum in adversis sperat prospera, in prosperis formidat adversa, huc illucque, quasi quibusdam fluctibus volvitur, ac per modos varios rerum alternantium mutabilitate versatur. *Greg. lib.* 22 *Mor., c.* 14.

ferente para cualquier cosa que le ordenare la obediencia, y tiene puesto todo su contento en hacer la voluntad de Dios, siempre anda contento y alegre, y nadie le podrá quitar su contento; bien podrá el superior quitarle de este oficio y de este colegio; pero no podrá quitarle el contento que en eso tiene; porque no le ha puesto él en estar aquí ó allí, ni en hacer este oficio ó aquel, sino en hacer la voluntad de Dios. Y así consigo lleva siempre su contento, donde quiera que fuere y en cualquiera cosa que le ocuparen. Pues si quereis andar siempre alegre y contento, poned vuestro contento en hacer la voluntad de Dios en todas las cosas, y no le pongais en esto ó aquello, ni en hacer vuestra voluntad, porque ese no es medio para tener contento, sino para tener mil descontentos y sinsabores.

Declarando esto mas, lo que suele ser muy comunmente causa y raiz de nuestras melancolías y tristezas, es, no el humor de melancolía, sino el humor de soberbia que reina mucho en nuestro corazon, como dijimos tratando de la humildad (1); y mientras ese humor reinare en vuestro corazon, tened por cierto que nunca os faltarán tristezas y melancolías, porque nunca faltarán ocasiones; y asi, siempre vivireis con pena y con tormento. Y á esto podemos reducir lo que acabamos de decir, de estar uno muy indiferente para cualquier cosa que la obediencia le quisiere mandar; porque muchas veces no es el trabajo, ni la dificultad del oficio, lo que se nos pone delante, que mayor trabajo y mayores dificultades suele haber en los oficios y puestos altos que nosotros apetecemos y deseamos; sino la soberbia y el deseo de honra. Eso es lo que nos hace fácil lo trabajoso, y pesado lo que es mas fácil y ligero, y lo que nos trae tristes y melancólicos en ello: y aun solo el pensamiento y temor si nos han de mandar aquello, basta para eso.

El remedio para esta tristeza bien se ve que será ser uno humilde y contentarse con el lugar bajo. Ese tal estará libre de todas estas tristezas y desasosiegos, y gozará de mucha paz y descanso. "Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazon, dice Jesucristo (1), y hallareis descanso para vuestras almas." De esta manera declara San Agustin estas palabras, dice: «si imitamos á Cristo en la humildad, no sentiremos trabajo ni dificultad en el ejercicio de las virtudes, sino mucha facilidad y suavidad (2).» Porque lo que hace eso dificultoso, es el amor propio, la voluntad y juicio propio, el deseo de la honra y estimacion y del deleite y comodidad; y todos estos impedimentos quita y allana la humildad, porque ella hace que el hombre se tenga en poco á sí mismo, y niegue su voluntad y juicio, y desprecie las honras y estimacion y todos los bienes y contentos temporales; y quitado esto, no se siente trabajo, ni dificultad en el ejercicio de las virtudes, sino grande paz y descanso.

## CAPITULO V.

**Que es muy gran remedio para desechar la tristeza acudir á la oracion.**

Casiano dice (3) que para todo género de tristeza, por cualquier via ó causa que venga, es muy buen medio acogernos á la oracion y pensar en Dios y en la esperanza de la vida eterna que nos está pro-

(1) Trat. 3, c. 22.

(1) Discite a me, quia mitis sum, et humilis corde, et invenietis requiem animabus vestris. *Matth.* XI, 29.
(2) Aug. *super Ps.* 93.
(3) Casian. *lib. de instit. renunt. cap. último.*

metida; con lo cual se quitan y aclaran todos los nublados, y huye el espíritu de la tristeza, como cuando David tañia con su harpa y cantaba, huia el espíritu malo de Saul, y le dejaba. Y asi el Apóstol Santiago en su Canónica nos pone este remedio: "¿Estais triste? acudid á la oracion (1)." Y el Profeta David dice que usaba de él: "Cuando me siento triste y desconsolado, el remedio que tengo, es acordarme de Dios, y con eso quedo consolado (2)." El pensar, Señor, en vos y en vuestros Mandamientos y en vuestras promesas, eso es para mí cantar de alegría; eso es lo que me recrea y consuela en este destierro y peregrinacion, en todos mis trabajos y desconsuelos (3). Si el conversar acá con un amigo basta para desmelancolizarnos y alegrarnos, ¿qué será el conversar con Dios? Y asi el siervo de Dios y el buen religioso no ha de tomar por medio para desechar sus tristezas y melancolías el parlar y el distraerse y derramar sus sentidos, ni leer cosas vanas y profanas, ni menos cantarlas, sino el acudir á Dios y el recogerse á la oracion; ese ha de ser su consuelo y descanso. (4) Ponderan los Santos aquello que cuenta la Escritura Divina, que despues del diluvio, pasados cuarenta dias, abrió Noé la ventana del arca y envió el cuervo para ver si estaba ya seca la tierra para poder desembarcar, y no tornó mas (por eso dicen «el mensajero del cuervo»); envió luego tras él la paloma, la cual, dice la Sagrada Escritura, que "no hallando dónde poner los pies, se volvió al arca (5)." Preguntan los Santos: pues el cuervo no volvió, claro está que halló donde poner los pies; ¿cómo dice la Escritura que la paloma no halló donde los poner? La respuesta es que el cuervo, sobre aquellos lodazares y sobre aquellos cuerpos muertos, hizo su asiento, pero la paloma simple, blanca y hermosa, no se ceba de cuerpos muertos, no hace su asiento en lodazares, y asi se volvió al arca, porque no halló dónde poner los pies, no halló dónde descansar. Pues asi el verdadero siervo de Dios y el buen religioso no halla contento ni recreacion en esas cosas muertas, en esos entretenimientos vanos del mundo, y asi se vuelve como palomica al arca de su corazon, y todo su descanso y consuelo en todos sus trabajos y tristezas es acudir á la oracion, acordarse de Dios, irse un rato al Santísimo Sacramento á consolarse con Cristo, y darle allí cuenta de sus trabajos y decirle: ¿Cómo puedo yo, Señor, estar triste estando en vuestra casa y compañía?

Sobre aquellas palabras del Real Profeta: "Diste alegría en mi corazon (1)", dice San Agustin: «Enséñanos aquí el Santo Profeta que no se ha de buscar la alegría fuera en las cosas esteriores, sino allá dentro, en la celda secreta del corazon, donde dice Cristo nuestro Redentor (2) que habemos de orar al Padre Eterno (3).»

Del Bienaventurado San Martin, obispo, cuenta Severo Sulpicio, que el alivio de sus trabajos y cansancios era la oracion. A la manera de los herreros que para aliviar un poco su trabajo suelen dar en vacío algunos golpes en la yunque, asi él, cuando parecia que descansaba, oraba. De otro siervo de Dios se cuenta (4) que estando en su celda

(1) Tristatur aliquibus vestrum, oret. *Jacob.* V, 13.
(2) Renuit consolari anima mea, memor fui Dei, et delectatus sum. *Ps.*. LXXVI, 4.
(3) Cantabiles mihi erant justificationes tuae, in loco peregrinationis mae (id est, erant mihi cantica, et solatium). *Ps.* CXVIII, 54.
(4) *Trat.* 2, *cap.* 13 *in fine.*
(5) Quae cum non invenisset, ubi quiesceret pes ejus, reversa est ad eum in arcam. *Gen.* VIII, 9.

(1) Dedisti laetitiam in corde meo. *Ps.* IV, 7.
(2) Matth. VI, 6.
(3) Non ergo foris quaerenda est laetitia, sed intus, in interiori homine, ubi habitat Christus, in ipso corde, id est, in illo cubiculo, ubi orandum est. *Aug.*
(4) Enrique Suso, *in horologio sapientiae, cap.* 14,

lleno de gravísima tristeza é increible aflicion, con la cual Dios á tiempos le quiso ejercitar, oyó una voz del cielo que en lo interior de su alma le dijo: «¿qué haces ahí ocioso consumiendote? Levántate y ponte á considerar en mi Pasion.» Levantóse luego, y púsose con cuidado á meditar los misterios de la Pasion de Cristo, y luego se le quitó la tristeza y quedó consolado y animado; y continuando esta consideracion, nunca jamás sintió en toda su vida tal tentacion.

## CAPITULO VI.

**De una raiz muy ordinaria de la tristeza, que es, no andar uno como debe en el servicio de Dios; y de la alegría grande que causa la buena conciencia.**

Una de las causas y raices principales de las tristezas y melancolías suele ser el no andar uno á las derechas con Dios (1), el no hacer lo que debe conforme á su estado y profesion. Por esperiencia vemos, y cada uno lo esperimenta en sí, que cuando anda con fervor y cuidado en su aprovechamiento, anda tan alegre y tan contento que no cabe de placer; y por el contrario, cuando no hace lo que debe, anda triste y desconsolado (2). Dice el Sábio: "Es propiedad y condicion natural del mal y del pecado causar tristeza y dolor en el alma (3)." Esta propiedad del pecado intimó Dios á Caín en pecando, porque luego que tuvo envidia de su hermano Abél, dice la Sagrada Escritura (4), traia consigo una ira y una rabia interior que le hacia andar muy triste y cabizcaido, echábasele bien de ver en el rostro la amargura y tristeza interior de su alma. Y pregúntale Dios: "¿Qué es la causa que andas de esa manera turbado, triste y cabizcaido (1)?" Y como no respondiese Caín, responde el mismo Dios que es aquella la condicion del pecado, diciendo. "¿Por ventura, no es cierto que si hicieres bien, recibirás contento y alegría (2)?" Y asi dice otra letra: «Si bien hicieres, levantarás el rostro (3),» que es andar alegre. «Pero si mal hicieres, luego á la puerta está tu pecado, dando golpes para entrar á te atormentar (4).» Y tambien luego se te echará de ver por de fuera, en el semblante del rostro. Asi como la virtud, porque es conforme á razon, naturalmente causa grande alegría en el corazon, así el vicio y el pecado naturalmente causa grande tristeza; porque pelea uno contra sí mismo y contra el dictámen natural de su razon; y luego, el gusano de la conciencia le está dando latidos allá dentro, remordiendo y royendo las entrañas.

Dice San Bernardo: «Ninguna pena hay mayor, ni mas grave, que la mala conciencia: porque aunque los otros no vean vuestras faltas, ni las sepan, basta que vos las sabeis: ese es el testigo que os está siempre acusando y atormentando, no os podeis esconder, ni huir de vos mismo: por mas que hagais y por mas entretenimientos y recreaciones que busqueis, no os podeis librar del remordimiento y latidos de la conciencia (5).» Y asi decia el otro filósofo (Séneca) que la mayor pena que se

(1) Trat. I, c. 10.
(2) Cor nequam gravabitur in doloribus. *Eccl.* III, 29.
(3) Cor pravum dabit tristitiam. *Eccl.* XXXVI, 22.
(4) Iratus est Cain vehementer, et concidit vultus ejus. *Gen.* IV, 5.

(1) Quare iratus es, et cur concidit facies tua? *Gen.* IV, 6.
(2) Nonne si bene egeris, recipies? *Ib.* 7.
(3) Nonne si bene egeris, levabis caput tuum?
(4) Sin autem male, statim in foribus peccatum aderit. *Gen.* IV, 7.
(5) Nulla poena gravior est prava conscientia. Mala conscientia propriis agitur stimulis; si publica fama te non damnat, propria conscientia te condemnat, quoniam nemo potest seipsum fugere. *Bern. de inter. domo. cap.* 15.

puede dar á una culpa es haberla cometido, por el tormento grande con que la propia conciencia está atormentando al que hace el mal. Y Plutarco (1) compara esta pena y tormento al calor y frio de la calentura. Dice que asi como los enfermos reciben mucho mayor pena con el frio y calentura que nace de la enfermedad que los sanos cuando acá por razon del tiempo tienen frio ó calor, asi las tristezas y melancolías que vienen de nuestras propias culpas, de que nos está remordiendo la conciencia, causan mucho mayor pena y tormento que las que vienen de casos fortuitos y desastrosos, pero sin culpa nuestra. Y particularmente tiene esto mas lugar en el que comenzó ya á gustar de Dios y en algun tiempo andaba bien, con fervor y diligencia, y despues viene á desdecir y proceder con tibieza; porque venir uno á empobrecer, despues de haber sido rico, es vida mas trabajosa y triste que la de los que nunca supieron qué cosa eran riquezas. Cuando uno se acuerda que en otro tiempo andaba con devocion y con cuidado de servir á Dios, y que le hacia el Señor merced, y ahora se ve tan diferente de entonces, no puede dejar de causarle aquello gran sentimiento y darle gran golpe en el corazon.

Pues si quereis desterrar de vos la tristeza y vivir siempre alegre y contento, el remedio es vivir bien y hacer lo que debeis conforme á vuestro estado. «¿Quereis nunca estar triste? dice San Bernardo (2): vivid bien.» Entrad en cuenta con vos y quitad las faltas que causan esa tristeza, y de esa manera cesará ella y vendrá la alegría. «La buena vida siempre anda acompañada de gozo y alegría; como la mala, de pena y tormento (3).» Asi como no hay mayor pena y tormento que el remordimiento y latidos de la mala conciencia, asi no hay mayor contento y alegría en esta vida que el testimonio de la buena conciencia. Dice el Sábio: "No hay alegría en la tierra que se le pueda comparar (1)," "es, dice (2), como un banquete perpétuo." Asi como el que está en un convite se alegra con la variedad de los manjares y con la presencia de los convidados; asi el siervo de Dios, que hace lo que debe, se alegra con el testimonio de la buena conciencia y con el olor de la presencia divina, de la cual tiene grandes prendas y conjeturas en su ánima; conforme á aquello de San Juan: "Si nuestra conciencia no nos reprendiere, tendremos confianza en Dios (3)." El Apóstol S. Pablo dice que la buena conciencia es un paraiso y una gloria y bienaventuranza en la tierra (4). San Crisóstomo dice (5) que la buena conciencia, causada de la buena vida, quita y deshace todas las tinieblas y amarguras del corazon, como el sol cuando sale quita y deshace todos los nublados; de tal manera, que toda abundancia de tristeza cayendo en una buena conciencia, asi se apaga como una centella de fuego cayendo en un lago muy profundo de agua. San Agustin añade que asi como la miel no solamente es dulce en sí, sino hace dulces las cosas desabridas con que se junta, asi la buena conciencia no solo es alegre y dulce en sí, sino alegra en medio de los trabajos y los hace dulces y sabrosos; conforme á aquello del Profeta: "Los juicios de Dios, que son sus Santos Mandamientos y el

(1) Plutarch. *Epist. ad Pacium.*
(2) Vis nunquam esse tristis? bene vive. *Bern.*
(3) Bona vita semper gaudium habet; conscientia rei semper in poena est. *Bernard.*

(1) Non est oblectamentum super cordis gaudium. *Eccl.* XXX, 16.
(2) Secura mens, quasi juge convivium. *Prov.* XV, 15.
(3) Si cor nostrum non reprehenderit nos, fiduciam habemus ad Deum. *I. Joann.* III, 21.
(4) Gloria nostra haec est: testimonium conscientiae nostrae. *II. ad Cor.* I, 12.
(5) Chrysost., *hom.* 25 *ad populum Ant.*

cumplimiento de su Ley, son mas dulces que el panal de miel (1); no solo es en sí dulce el servir á Dios, sino hace tambien dulces todos los trabajos y molestias de esta vida.

Leemos en las Historias Eclesiásticas (2), que los perseguidores de la Fé hicieron una cosa muy nueva que no hay memoria que otros hiciesen en tiempos pasados; y fué, que á todos aquellos que primero, siendo llamados ó puestos á tormento, habian negado la Fé, pusieron juntamente con los santos mártires en la cárcel, y para que su castigo fuese sin consuelo, no ya acusados por cristianos, sino por matadores de hombres y malhechores. Y nótase allí la diferencia que habia aun en lo esterior en el gesto y en los ojos de los unos á los otros; porque los Santos salian á la audiencia y al tormento regocijados, y en sus rostros parecia no sé qué de divinidad, y sus prisiones los hermoseaban como collares de perlas, y de la suciedad de la cárcel salian olorosísimos á Cristo y á sus ángeles y á sí mismos, como si no hubieran estado en cárceles, mas en jardines. Los otros salian tristes, la cabeza baja, y en sus acatamientos espantables, y sobre toda fealdad disformes. A estos su propia conciencia les fatigaba y atormentaba mas ásperamente que los grillos y cadenas y el hedor de la carcel; pero á los otros su buena conciencia y la esperanza del descanso y de la gloria les aliviaba los dolores y los recreaba. Y asi lo esperimentan comunmente los buenos; porque es tan grande la alegría de la buena conciencia, que muchas veces, cuando el bueno se halla triste y atribulado, y volviendo los ojos á todas partes no ve cosa que le consuele, volviéndolos hácia dentro, y mirando la paz de su conciencia y el testimonio de ella, se consuela y esfuerza; porque entiende bien que todo lo demas, como quiera que suceda, ni hace, ni deshace á su negocio, sino solo esto.

De aqui se sigue una cosa de mucho consuelo; y es, que si la buena conciencia y el andar bien con Dios es causa de andar alegre, que tambien esta alegría espiritual será señal é indicio muy grande de que uno tiene buena conciencia y anda bien con Dios y está en gracia y amistad suya; porque por el efecto se conoce la causa. Y asi lo nota San Buenaventura: «La alegría espiritual, dice (1), es gran señal de que mora Dios en un alma y que está en su gracia y amor.» "Para los justos nació la luz; y para los rectos de corazon la alegría (2)," pero las tinieblas, la oscuridad y tristeza, esa es para los malos (3). Y asi, una de las causas principales por que el bienaventurado San Francisco deseaba ver en sus religiosos esta alegría espiritual, era por esto; porque era indicio de que moraba Dios en ellos y que estaban en su gracia y amistad (4). "El gozo es fruto del espíritu," dice San Pablo (5). Esa alegría espiritual, que proviene y nace, como de fuente, de la limpieza de corazon y de la pureza de vida, es fruto del Espíritu Santo; y asi es señal de que mora él allí. Y holgábase tanto San Francisco de ver á sus religiosos con esta alegría, que decia él: si alguna vez me

(1) Judicia Domini vera justificata in semetipsa: desiderabilia super aurum, et lapidem pretiosum multum, et dulciora super mel, et favum. *Ps.* XVIII, 10.

(2) *Hist. Eccles.* p. 1, lib. 4, cap. 3.

(1) Maximum inhabitantis gratiae signum est spiritualis laetitia. *Bonav. in spec. disciplin. p.* 1, *cap.* 3.

(2) Lux orta est justo, rectis corde laetitia. *Ps.* XCVI, 12.

(3) Impii autem in tenebris ambulant. *Ps.* LXXXI, 5.—Contritio, et infelicitas in viis eorum, et viam pacis non cognoverunt. *Ps.* XIII, 3.

(4) P. I, lib. 1, cap. 26 de la *Crónica de S. Francisco.*

(5) Fructus autem spiritus est gaudium. *Ad Gal.* V, 22.

tienta el demonio á mí con accidía y tristeza de espíritu, póngome á mirar y considerar el alegría de mis frailes y compañeros, y luego con su vista quedó libre de la tentacion como si viese ángeles. Ver la alegría de los siervos de Dios que están en gracia y amistad suya, es como ver ángeles en la tierra, conforme á aquello de la Escritura: "te ví como ángel de Dios," "tú eres en mis ojos tan bueno como un ángel de Dios (1)."

## CAPITULO VII.

### Que alguna tristeza hay buena y santa.

Pero dirá alguno, «¿siempre habemos de andar alegres? ¿nunca nos habemos de entristecer? ¿no hay alguna tristeza que sea buena?» A esto responde S. Basilio (2) que alguna tristeza hay buena y provechosa. Porque una de las ocho bienaventuranzas que pone Cristo nuestro Redentor en el Evangelio, es, "bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados (3)." Dice San Basilio y San Leon Papa, y trácelo tambien Casiano (4), que hay dos maneras de tristeza; una mundana, que es cuando alguno se entristece de alguna cosa del mundo, como de sucesos adversos y trabajos; y esta dicen que no la han de tener los siervos de Dios. De San Apolonio se lee en las vidas de los Padres, que predicaba á sus discípulos que los siervos de Dios que tienen puesto su corazon en él y esperan el reino de los cielos, no conviene que se entristezcan. Entristézcanse los gentiles y los judíos y los demas infieles, y lloren tambien sin cesar los pecadores; pero los justos, que con fé viva esperan gozar de aquellos bienes eternos, alégrense y regocíjense (1). Porque si aquellos que aman las cosas caducas y terrenas, se alegran y regocijan del buen suceso de ellas, ¿cuánto mayor razon tenemos nosotros de alegrarnos y regocijarnos en Dios y en la gloria eterna que esperamos? Y asi el Apóstol, aun de la muerte de nuestros amigos y parientes quiere que no nos entristezcamos demasiado. "Queremos informaros, oh hermanos, acerca de los cristianos que mueren, para que no os entristezcais como los demas que no tienen esperanza (2)." No dice absolutamente que no nos entristezcamos, porque mostrar algun sentimiento de eso, es cosa natural, y no es malo, sino bueno y señal de amor. Cristo nuestro Redentor lo mostró y lloró en la muerte de su amigo Lázaro, y dijeron los circunstantes: "Mirad cómo le amaba (3)." Pero lo que dice San Pablo es, que no nos entristezcamos como los infieles que no esperan otra vida, sino que la tristeza sea moderada, consolándonos con que presto nos veremos todos juntos con Dios en el cielo: aquel va delante, luego iremos nosotros tras él. De manera, que las cosas presentes de esta vida, aunque no las podemos dejar de sentir como hombres; pero no habemos de reparar mucho en ellas, sino tomarlas como de paso. Los que lloran, dice (4), como si no llorasen; y los que se gozan, como si no se gozasen.

Otra tristeza hay espiritual y segun Dios; y esta es buena y provechosa, y conviene á los siervos de Dios. Esta, dicen San

(1) Vidi te quasi Angelum Dei. *Esther* XV, 16.— Et bonus es tu in oculis meis sicut Angelus Dei. *I. Reg.* XIX, 9.
(2) Basil. in *Regul. brev.* 192 *et* 194.
(3) Beati qui lugent, quoniam ipsi consolabuntur. *Matth.* V, 5.
(4) Cass. *lib.* 9 *de instit. renunt.*

(1) Laetamini in Domino, et exultate justi, et gloriamini omnes recti corde. *Ps.* XXXI, 11.
(2) Nolumus autem vos ignorare fratres de dormientibus, ut non contristemini, sicut et caeteri, qui spem non habent. *I. ad Thes.* IV, 12.
(3) Ecce quomodo amabat eum. *Joann.* XI, 25.
(4) I. ad Cor. VII, 30.

Basilio y Casiano (1), que se engendra de cuatro maneras ó de cuatro cosas; lo primero, de los pecados que habemos cometido contra Dios, conforme á aquello del Apóstol: "Me alegro, no porque estais tristes, mas porque os entristeceis con la penitencia que haceis, y asi estais tristes segun Dios; y esta tristeza, que es segun Dios, causa una penitencia que sirve para la eterna salud (2)." El llorar uno sus pecados, y entristecerse, y dolerse por haber ofendido á Dios, esa es muy buena tristeza, y segun Dios. Dice San Crisóstomo una razon digna de su ingenio. Ninguna pérdida hay en el mundo que se restaure con el dolor, pesar y tristeza, sino sola la del pecado: y asi, en todas las otras materias es mal empleado el dolor y la tristeza, sino es en esta. Porque todas las demas pérdidas, no solo no se remedian con llorar y estar tristes, antes se aumentan y acrecientan con eso; pero la pérdida del pecado remédiase con la tristeza y dolor, y asi habemos de llorar.

Lo segundo, se engendra y nace esta tristeza de los pecados de otros, de ver que Dios es ofendido y menospreciado y que es quebrantada su ley. Esta es tambien muy buena tristeza, porque nace de amor y celo de la honra y gloria de Dios y bien de las almas. Y asi vemos á aquellos santos Profetas y amigos grandes de Dios, enflaquecidos y consumidos de esta tristeza y dolor, viendo los pecados y ofensas que se cometian contra Su Magestad, y que ellos no lo podian remediar; era tan grande la afliccion que por esta causa sentia el Profeta David, que el dolor del ánima le enflaquecia el cuerpo y le corrompia la sangre. Pudríasele la sangre en el cuerpo de ver las injurias y ofensas que se hacian contra Dios (1). Y el Profeta Jeremias está lleno de semejantes llantos y gemidos. Esta tristeza nos está muy bien á nosotros y nos es muy propia; porque el fin de nuestro Instituto es que el Nombre de Dios sea santificado y glorificado de todo el mundo; y así el mayor de nuestros dolores ha de ser ver que esto no se haga asi, sino muy al revés.

Lo tercero, puede nacer esta tristeza del deseo de la perfeccion, que es tener una ánsia tan grande de ir adelante en la perfeccion, que siempre andemos suspirando y llorando porque no somos mejores y mas perfectos, conforme á aquello que dice Cristo en el Evangelio: "Bienaventurados los que andan con esta hambre y sed de la virtud y perfeccion, porque ellos serán hartos (2)." Dios les cumplirá sus deseos.

Lo cuarto, suele nacer tambien una tristeza santa en los siervos de Dios, de la contemplacion de la gloria y del deseo de aquellos bienes celestiales, viéndose desterrados de ellos y que se les dilatan, como lloraban los hijos de Israel en su destierro de Babilonia (3), acordándose de la tierra de promision. Y el Profeta lloraba el destierro de esta vida: "¡Ay de mí, que se me dilata mi destierro (4)!" Aquel «á tí suspiramos los desterrados hijos de Eva, gimiendo y llorando en este valle de lágrimas,» suspiros son que hacen muy buena y suave música á los oidos de Dios.

---

(1) Idem Aug. *serm.* 11 *ad fratres in eremo.*

(2) Gaudeo non quia contristati estis, sed quia contristati estis ad poenitentiam, contristati enim estis secundum Deum; quae enim secundum Deum tristitia est, poenitentiam in salutem stabilem operatur. *II. ad Cor.* VII, 9.

(1) Defectio tenuit me pro peccatoribus derelinquentibus legem tuam. Tabescere me fecit zelus meus, quia obliti sunt verba tua inimici mei. Vidi praevaricantes, et tabescebam, quia eloquia tua non custodierunt. *Psalm.* CXVIII, 53, 139, 158.

(2) Beati qui esuriunt, et sitiunt justitiam, quoniam ipsi saturabuntur. *Matth.* V, 6.

(3) Super flumina Babilonis illic sedimus, et flevimus, cum recordaremur tui Sion. *Psalm.* CXXXVI, 1.

(4) Heu mihi, quia incolatus meus prolongatus est! *Psalm.* CXIX, 5.

Casiano pone las señales para conocer cuál sea tristeza buena y segun Dios, y cuál mala y del demonio. Dice que la primera es obediente, afable, humilde, mansa, suave y paciente. Al fin, como nace de amor de Dios, contiene en sí todos los frutos del Espíritu Santo, que cuenta San Pablo (1) que son Caridad, Gozo, Paz, Longanimidad, Bondad, Fé, Mansedumbre, Continencia. Pero la tristeza mala y del demonio es áspera, impaciente, llena de rencor y amargura infructuosa, y que nos inclina á desconfianza y desesperacion, y nos retrae y aparta de todo lo bueno. Y mas, esta tristeza mala no trae consigo consuelo ni alegria ninguna; pero la tristeza buena, y segun Dios, dice Casiano, es en cierta manera alegre (2), y trae consigo un consuelo y un conforte y aliento grande para todo lo bueno, como se ve discurriendo por todas esas cuatro maneras de tristeza que habemos dicho. El mismo andar uno llorando sus pecados, aunque por una parte aflige y dá pena, por otra consuela grandemente. Por esperiencia vemos cuán contentos y satisfechos quedamos cuando habemos llorado muy bien nuestros pecados. Una de las cosas en que se echa mucho de ver la diferencia y ventaja grande que hay de la vida espiritual de los siervos de Dios á la vida de los del mundo, es en esto, en que sentimos mayor gozo y regocijo en nuestra alma, cuando acabamos de llorar nuestros pecados, que el que sienten los mundanos en todas las fiestas y placeres del mundo. Y así pondera esto muy bien San Agustin, diciendo: «si esta, que es la primera de las verdaderas obras del que comienza á servir á Dios, si el llorar de los justos, si su tristeza les dá tanto contento, ¿qué será el alegria y contento que sentirán cuando el Señor los consuele en la oracion, y les dé aquellos júbilos espirituales que él suele comunicar á sus escogidos? ¿qué será cuando del todo les enjugue y limpie las lágrimas de sus ojos (1)?» Pues el andar siempre hecho un Jeremías llorando los pecados agenos, bien se ve el sabor, gusto y satisfaccion que causa en el alma, porque es señal de buenos hijos ser muy celosos de la honra de su padre. Pues el andar siempre anhelando y suspirando por la perfeccion y con deseos de vernos ya en aquella patria celestial, ¿qué cosa puede haber mas suave y mas dulce? Dice San Agustin: «¿Qué cosa mas dulce que estar siempre suspirando por aquella gloria y bienaventuranza que esperamos, y tener nuestro corazon á donde está el verdadero gozo y contento (2)?»

De aquí se verá tambien que la alegría que pedimos en los siervos de Dios no es alegría vana de risas y palabras livianas, ni de donaires y gracias, y que ande uno parlando con todos cuantos encuentra; porque esa no seria alegria de siervos de Dios, sino distraccion, libertad y disolucion. Lo que pedimos es una alegría esterior que redunde de la interior, conforme á aquello del Sábio: «Así como la tristeza del espíritu redunda en el cuerpo, de tal manera que viene á secar y consumir, no solo las carnes, pero aun los huesos (3); así la alegría interior del corazon redunda tambien en el cuerpo y hace que se eche de ver en el rostro (4).» Y así leemos de muchos Santos que parecia en su rostro una alegría y serenidad que daba testimonio de la alegría y paz interior de su alma. Esta es la alegria que habemos nosotros menester.

(1) Ad Gal. V, 22.
(2) Est quodammodo laeta.

(1) Absterget Deus omnem lachrymam ab oculis eorum: et mors ultra non erit, neque luctus, neque clamor, neque dolor erit ultra. *Apoc.* XXI, 4.
(2) Quid enim pulchrius, quidve dulcius, quam inter tenebras hujus vitae, multasque amaritudines, divinae dulcedini inhiare, et aeternae beatitudini suspirare, illicque teneri mente, ubi vera haberi gaudia certissimum est? *Aug. cap. 37, Meditat.*
(3) Spiritus tristis exiccat ossa. *Prov.* XVII, 22.
(4) Cor gaudens exhilarat faciem. *Prov.* XV, 13.

# TRATADO SEPTIMO.

## Del tesoro y bienes grandes que tenemos en Cristo, y del modo que habemos de tener en meditar los misterios de su sagrada Pasion, y frutos que habemos de sacar de ellos.

### CAPITULO I.

#### Del tesoro y bienes grandes que tenemos en Cristo.

Cuando vino la plenitud del tiempo, dice el Apóstol San Pablo (1), enviónos Dios á su Hijo. Todos los demas tiempos fueron como vacíos de gracia; este tiempo es lleno de ella y de dones espirituales, y por eso con mucha razon se llama Ley de Gracia, porque en él se nos dió esta gracia, que es fuente, principio y manantial de todas las gracias. Envió Dios á su Unigénito Hijo hecho hombre, para que nos librase del pecado, para que nos redimiese y rescatase del poder y servidumbre del demonio, en que estábamos (2), para que nos reconciliase con Dios, para que nos hiciese hijos adoptivos suyos, para que nos abriese la puerta del cielo que el pecado tenia cerrada. Despues de aquella miserable caida de nuestros primeros padres, con la cual perdieron para sí y para nosotros el estado dichoso de justicia original, en que Dios les habia criado, y quedaron sujetos, y en ellos todos sus descendientes, á infinitas miserias (1), un consuelo les quedó entre tantos trabajos, y fué, que luego que pecó Adan, maldiciendo Dios á la serpiente, allí prometió de dar en cierto tiempo á su Unigénito Hijo, para que hecho hombre, y padeciendo por nosotros, nos librase de los males en que caimos por el pecado: "Pondré enemistades, dijo (2), entre tí y la muger, y entre tu simiente y la suya, y ella quebrantará tu cabeza." Esta promesa les consoló mucho, y con esto hicieron penitencia, y enseñaban á sus hijos el estado dichoso que habian tenido y cómo le habian perdido por el pecado; pero que habia de venir un Redentor en cuya virtud se salvarian. Esta promesa la confirmó Dios despues muchas veces (3), especialmente á algunos que le agradaron mas particularmente, como á Abrahan, Jacob y David, prometiéndoles que de su linaje naceria, y toda la religion de los judios profesaba eso; y los Profetas decian; maravillas de esta venida; estábanle aguar-

(1) At ubi venit plenitudo temporis, misit Deus Filium suum, factum ex muliere, factum sub lege, ut eos, qui sub lege erant, redimeret, ut adoptionem filiorum reciperemus. *Ad Galat.* IV, 4.

(2) Nunc princeps hujus mundi ejicietur foras. *Joann.* XII, 31.

(1) Deus fecit hominem rectum, et ipse se infinitis miscuit quaestionibus. *Eccl.* VII, 30.

(2) Inimicitias ponam inter te, et mulierem, et semen tuum, et semen illius, ipsa conteret caput tuum. *Gen.* III, 15.

(3) Sapientiae X, 2.

dando con clamores, gemidos y oraciones: "Acabad ya, cielos, de enviarnos ese divino rocío. Acabad, nubes, de echar acá al que es por sí enteramente justo. Acabad ya, tierra, de abriros y darnos al Salvador (1)." Y la Esposa en los Cantares, deseaba y decia (2): "¡Oh, si te tuviese acá fuera, hecho ya hermano mio, en los pechos de la madre, para que allí te pudiese besar, y abrazarme contigo, y ya nadie me menosprecie, que tengo á Dios por hermano!" Esta era toda la esperanza de las gentes (3). Estaban esperando como cautivos el rescate, y esta esperanza los sustentaba. Y en virtud del que habia de venir, se les perdonaban los pecados; como nosotros creemos que vino, asi ellos creian que habia de venir, y asi le llamaban: *El que ha de venir*, y eso es lo que preguntaron á San Juan Bautista: "¿Eres tú el que ha de venir, ó esperamos á otro (4)?"

Pues cuando vino el cumplimiento del tiempo, cuando llegó la hora en que Dios habia determinado de hacer esta misericordia tan grande al mundo, enviónos á su Unigénito Hijo. No quiso Dios enviarle luego, porque conociesen mas los hombres su miseria y deseasen su remedio, y le estimasen mas cuando se le diesen. Muchas veces no nos quiere Dios remediar, ni dar el consuelo luego, para que echemos de ver nuestra poquedad y la necesidad que tenemos de acudir á él, y no nos atribuyamos nada á nosotros. Pues cuando determinó Dios de remediarnos, y llegó aquel tiempo dichoso y tan deseado, porque aquella caida y daño ninguno la podia reparar digna y debidamente, sino el mismo Dios, no bastaban las fuerzas del hombre para levantarse, ni bastaban fuerzas de ángeles para levantarle, eran menester fuerzas divinas; y porque la redencion se habia de obrar con satisfaccion de la culpa, y esta satisfaccion habia de ser penosa, y Dios en su sustancia y naturaleza no podia padecer, halló la infinita sabiduría este medio é invencion maravillosa de hacerse el Hijo de Dios hombre, y unidas ambas naturalezas, divina y humana, en una misma persona, ella obrase este importantísimo negocio de la redencion de los hombres; invencion llena de sabiduría y bondad, manifestadora de la grandeza y poder infinito de Dios, mas que ninguna de todas las otras obras que ha hecho en el mundo. Y asi pide el Profeta: "Despertad, Señor, vuestro poder; manifestad vuestra omnipotencia y venid á salvarnos (1)." Pídele que muestre su potencia en esta venida, porque la obra era de la mayor fuerza que Dios podia hacer en el mundo. Asi lo dice San Agustin (2). Grande obra fué criar este mundo; criar tan perfectas criaturas, señal fué de su poder, y asi lo canta la Iglesia: «Creo en un Dios Padre, todo poderoso, Criador del cielo y de la tierra (3);» pero comparada la redencion del mundo con esta obra, es como cifra. Y asi David llama á la creacion obra de los dedos de Dios (4); pero cuando se habla de la redencion del linaje humano, llámase obra de su brazo: "Hizo fuerza en su brazo (5)."

(1) Emitte agnum, Domine, Dominatorem terra. *Isai.* XVI, 1.—Utinam disrumperes coelos, et descenderes. *Isai.* LXIV, 1.—Rorate coeli desuper, et nubes pluant justum, aperiatur terra, et germinet Salvatorem. *Isai.* XLV, 8.

(2) Quis mihi det te fratrem meum sugentem ubera matris meae, ut inveniam te foris, et deosculer te, et jam me nemo despiciat? *Cant.* VIII, 2

(3) Et ipse erit expectatio gentium. *Genes.* XLIX, 10.

(4) Tu es, qui venturus est, an alium expectamus? *Matth.* XI, 3.

(1) Excita potentiam tuam, et veni, ut salvos facias nos. *Ps.* LXXIX, 3.

(2) Aug. *lib.* 10 *de Civit., cap.* 29.

(3) Credo in unum Deum Patrem omnipotentem Creatorem coeli, et terrae.

(4) Quoniam videbo coelos tuos, opera digitorum tuorum, lunam, et stellas, quae tu fundasti. *Ps.* VIII, 4.

(5) Fecit potentiam in brachio suo. *Luc.* I, 41.

diferencia que hay del brazo al dedo, esta hay de la una obra á la otra. Y no solamente esta obra fué manifestadora del poder y grandeza de Dios, sino tambien de la grandeza del hombre y del caudal que Dios hace de él, mucho mas que lo fué la de la creacion. Y asi dice la Iglesia: «Dios, que admirablemente criaste la dignidad de la sustancia humana, y mas admirablemente la reformaste etc. (1).» Mucho dió Dios al hombre cuando le crió, pero mucho mas le dió cuando le redimió. Dice San Leon Papa: «A altísimo ser levantó Dios al hombre, haciéndole á su imágen y semejanza; pero mucho mas le levantó y ennobleció, haciéndose Dios, no solo á imágen y semejanza del hombre, sino verdadero hombre (2).»

Son tantos y tan grandes los bienes que se nos han seguido de haberse hecho Dios hombre, para redimirnos, que á trueque de ellos, habemos de tener por buena para el mundo la culpa de Adan, como la Iglesia en el Sábado Santo con un esceso de amor arrebatada en espíritu, enterneciéndose y regalándose con su esposo Cristo, canta: «¡Oh dichoso mal, por el cual vino tanto bien á los hombres! ¡Oh dichosa enfermedad, que con tal medicina sanó (3)!» Mas se nos dá por Cristo que se nos quitó por Adan; mayor es la ganancia de la redencion que la pérdida de la culpa. "No fué el don como el delito," dice el Apóstol San Pablo (4), ponderando que mas fué la gracia que Cristo comunicó al mundo que el daño que en él causó la culpa de Adan. Y San Bernardo, trayendo este testimonio de San Pablo, dice: «Mucho daño nos hicieron un hombre y una muger; pero, infinitas gracias sean dadas á Dios, que por medio de otro hombre y de otra muger, que son Cristo y la Virgen, se restauró todo ese daño, y con tan grande ventaja que escede en infinito la grandeza del beneficio y don, que se nos dió, al daño que habíamos recibido (1).»

No se pueden contar, ni decir los bienes y tesoros grandes que tenemos en Cristo. El Apóstol San Pablo dice (2) que le habia el Señor dado esta gracia de predicar y declarar á las gentes estas riquezas y tesoros inestimables. Esta gracia habíamos menester nosotros ahora. Dijo el mismo Cristo á la Samaritana: "¡Oh muger, si supieses el don de Dios (3)," la merced que ha hecho al mundo! Aquella dádiva tan señalada que tenia prometida, de dar á su Hijo, ya la dió. Este don es merecedor de este vocablo *don*, porque en él se encierran todos los dones divinos (4). ¡Oh! ¡si conociésemos y entendiésemos este don y los bienes grandes que tenemos en él! ¡Oh! ¡si el Señor nos abriese esta vena y nos descubriese esta mina y este tesoro tan escelente! ¡Qué ricos quedariamos y qué dichosos seriamos! A San Agustin le habia hecho Dios esta merced, y asi decia él: «Señor, quien no te sirve por el beneficio de la creacion, bien merece el infierno; mas el que no te sirve por el de la redencion,

(1) Deus, qui humanae substantiae dignitatem mirabiliter condidisti, et mirabilius reformasti.

(2) Leo Papa, et Aug. *serm.* 9 *de tempore.*

(3) O felix culpa, quae talem, ac tantum meruit habere Redemptorem! O certe necessarium Adae peccatum, quod Christi morte deletum est!

(4) Non sicut delictum, ita et donum. *Ad Rom.* V, 15.

(1) Vehementer quidem nobis, dilectissimi, vir unus, et mulier una nocuere, sed gratias Deo, per unum nihilominus virum, et mulierem unam omnia restaurantur, nec sine magno foenore gratiarum, neque enim sicut delictum ita et donum, sed excedit damni aestimationem beneficii magnitudo. *Bern. serm.* 7 *de B. Maria de verb.* (*Apoc.* 12.) signum magnum, *in initio.*

(2) Mihi omnium sanctorum minimo data est gratia haec, in gentibus evangelizare investigabiles divitias Christi. *Ad. Eph.* III, 8.

(3) Si scires donum Dei, et quis est, qui dicit tibi, da mihi bibere! *Joann.* IV, 10.

(4) Omnia nobis cum illo donavit. *Ad Rom.* VIII, 32.

menester es nuevo infierno para él.» Y del P. maestro Avila se dice que andaba tan actuado en esto que cuando alguno se maravillaba de alguna merced que el Señor le habia hecho, decia: «no os maravilleis de eso, sino maravillaos y espantaos de que os amó Dios tanto que se hizo hombre por vos.» No supo el Apóstol y Evangelista San Juan decir, ni esplicar el grado de la alteza del amor que Dios nos tuvo, sino midiendo el amor conforme al don. Por la soberanía del don, que nos dió, por ahí vereis el amor que nos tuvo: cuan grande fué el don, tan grande fué el amor; pues amó Dios tanto al mundo, que nos dió á su Unigénito Hijo que se hiciese hombre para que muriendo él viviésemos nosotros (1). Canta la Iglesia: ¡Oh maravilloso amor! ¡Oh caridad inestimable, que entregastes, Señor, á vuestro Hijo, para redimir al esclavo (2)!» ¿Quién pudiera imaginar tal cosa? ¿qué hombre se atreviera, estando cautivo en Berbería á pedir á su rey: «Señor, enviad acá á vuestro único hijo que venga á morir entre estos infieles para rescatarme á mí?» Pues lo que vos no osárades boquear, y lo que no pudiérades pensar ni imaginar, ni pudiera caer en vuestro entendimiento, eso hace Dios por vos.

Y mas: no solamente nos sacó del cautiverio en que estábamos, sino levantónos á dignidad de hijos de Dios: tomó nuestra naturaleza para hacernos participantes de la suya: hízose Dios hombre, para hacernos á nosotros hijos de Dios. Dice San Juan: "Mirad la caridad y bondad del Señor, y la merced tan grande que nos hizo, que no solamente nos llamamos hijos de Dios, sino que verdaderamente lo somos (1); y con verdad llamamos á Dios, Padre, y á Jesucristo su Hijo, hermano. Y asi no se desdeña él, dice San Pablo (2), de tenernos por hermanos y llamarnos así, antes parece que se precia de ello. Y asi muchas veces usa de ese término, y nos llama hermanos á boca llena. Pues quien tiene á Dios por Padre, y por hermano á Jesucristo, en cuyas manos está todo el poder del cielo y de la tierra (3); ¿qué mas tiene que desear? Cuando los hermanos de José vieron á su hermano entronizado en Egipto, y que mandaba toda la tierra, y que Faraon todas las cosas despachaba por su medio (4); despues que José les quitó el miedo por la ofensa que le habian hecho, y les ofreció todo lo necesario (5), ¿qué alegres, qué contentos, qué confiados estarian? A todos los llevó allá consigo, dióles carros en que llevasen su hacienda: "Venios conmigo, les dijo (6), y daros hé todo lo bueno que hay acá." Pues eso hace con nosotros Cristo nuestro Redentor, que es hermano nuestro, y nos ama mas que José á sus hermanos: á todos nos quiere llevar consigo. Dice él por San Juan: "Padre, los que me diste, quiero que donde yo estoy, estén ellos conmigo (7)." Dános carros para que vayamos allá, que son tantos Sacramentos y tantas ayudas de costa como tenemos para ello.

Y si se os pusieren delante las ofensas y pecados que contra él habeis cometido, para haceros desconfiar y desmayar, ya por

(1) Sic Deus dilexit mundum, ut Filium suum Unigenitum daret. *Joann.* III, 16.

(2) O mira circa nos tuae pietatis dignatio! O inaestimabilis dilectio charitatis! Ut servum redimeres, Filium tradidisti! *In Sabbato Sancto.*

(1) Videte qualem charitatem dedit nobis Pater, ut filii Dei nominemur, et simus. *I. Joann.* III, 1; *ad Gal.* IV, 5.

(2) Propter quam causam non confunditur fratres eos vocare!, dicens: nuntiabo nomen tuum fratribus meis. *Ad Hebr.* II, 11.

(3) Data est mihi omnis potestas in coelo, et in terra. *Matth.* XXVIII, 18.

(4) Ite ad Joseph. *Gen.* XLI, 55.

(5) Nolite timere, ego pascam vos. *Gen.* L, 21.

(6) Venite ad me, et ego dabo vobis omnia bona Aegypti. *Gen.* XLV, 18.

(7) Pater, quos dedisti mihi, volo, ut ubi sum ego, et illi sint mecum. *Joann.* XVII, 24.

la penitencia los tiene olvidados. Y no solo eso, sino él mismo es nuestro medianero é intercesor con su Padre Eterno para alcanzarnos misericordia y perdon. Y asi nos esfuerza con esto el Apóstol y Evangelista San Juan: "Hijos mios, no pequeis; pero si alguno pecare, no desconfie, porque tenemos por abogado, delante del Padre, á Jesucristo su Hijo (1)." Y el Apóstol San Pablo dice que subió Cristo al cielo para hacer oficio de abogado y procurador nuestro en la audiencia del Padre (2). Dice San Bernardo que está allá en el cielo, mostrando y representando al Padre Eterno sus llagas, diciéndole que por nosotros las recibió y por su mandado, que no permita se pierda quien tan caro le costó. Asi como la Sacratísima Reina de los Angeles muestra á su Hijo benditísimo los pechos que le criaron, intercediendo por nosotros: asi el Hijo muestra al Padre Eterno las heridas y llagas que por nosotros recibió. Y esa, dicen los Santos, que es una de las causas por que quiso él que le quedasen las señales y agujeros de ellas despues de su gloriosa Resurreccion.

Cuando murió Jacob, dice la Sagrada Escritura (3) que fueron sus hijos á su hermano José temerosos no quisiese vengar entonces las injurias que en vida del padre no habia vengado. Y dijéronle: nuestro Padre, á la hora de su muerte, no deseó para sus hijos otro mayor bien sino que su hermano les perdone, y se olvide de las injurias pasadas; y nosotros tambien os suplicamos que perdoneis á vuestro padre esta maldad (4). Es mucho de notar que las injurias no las habia hecho el padre, mas el amor paternal los yerros de sus hijos hace suyos. Asi Cristo nuestro Redentor, por el grande amor que nos tuvo, los yerros y pecados nuestros hizo suyos; porque se cargó de ellos y salió por fiador nuestro. "Puso el Señor en él las iniquidades de todos nosotros: las iniquidades de todos él las llevó," dice Isaías (1). Pues vamos nosotros con esta misma embajada y peticion al Padre Eterno, y digámosle: «Padre Eterno, perdonad estos mis pecados á vuestro Hijo Jesucristo, que no dejó él cosa mas encomendada á la hora de su muerte (2).» Pues ¿quién con esto desconfiará de ser perdonado? Dice el Apóstol San Pablo: "Tenemos la sangre de Cristo, que está clamando y dando voces por nosotros mejor que la de Abel (3):" porque aquella clamaba pidiendo venganza; pero la sangre de Cristo está clamando misericordia, para aquellos por quien se derramó y para aquellos mismos que la derramaron. Pues cuando el demonio os pusiere delante la muchedumbre de vuestros pecados y miserias para haceros desmayar y desconfiar, poned vos los ojos en Jesucristo, imaginad que él os toma luego por la mano, y os lleva delante de su Padre, y que responde y habla por vos como abogado y procurador vuestro, y que cubre vuestra confusion y vergüenza con los méritos y servicios que á su Padre hizo. Y con esto cobrareis luego otro nuevo corazon, y vuestra desconfianza se mudará en esperanza, y vuestra tristeza en alegría: porque él es nuestra justicia, santificacion y redencion, como dice el Apóstol (4).

(1) Filioli, haec scribo vobis, ut non peccetis; sed, et si quis peccaverit, advocatum habemus apud Patrem Jesum Christum justum. *I. Joann.* II, 1.

(2) Ut appareat nunc vultui Dei pro nobis. *Ad Hebr.* IX, 24.

(3) Gen. L, 15.

(4) Nos quoque oramus ut servo Dei patri tuo dimittas iniquitatem hanc. *Vulgat. correcta legit:* aut servis Dei patris tui.»

(1) Posuit Dominus in eo iniquitatem omnium nostrum. Et iniquitates eorum ipse portavit. *Isaiae,* LIII, 6 *et* 11.

(2) Pater dimitte illis, non enim sciunt quid faciunt. *Luc.* XXIII, 34.

(3) Habemus sanguinis aspersionem melius loquentem quam Abel. *Ad Hebr.* XII, 24.

(4) Qui factus est nobis justitia, et sanctificatio, et redemptio *I. ad Cor.* I, 30.

San Ambrosio dice: «Todas las cosas tenemos en Cristo, y todas ellas nos es Cristo. Si deseais ser curado de vuestras llagas, médico es; si ardeis con calenturas, fuente es; si os fatiga la carga de los pecados, justicia es; si teneis necesidad de ser ayudado, fortaleza es; si temeis la muerte, vida es; si deseais ir al cielo, camino es; si quereis huir las tinieblas, luz es; si teneis necesidad de manjar, mantenimiento es. Todo lo que deseáredes, y hubiéredes menester, hallareis en él (1).» Y en otra parte dice: «Si se levantare contra vos el lobo, tomad la Piedra, que es Cristo; si acudís á él, huirá el lobo, y no os podrá ni aun espantar, cuanto mas hacer mal: á esta Piedra acudió San Pedro, cuando en medio de las olas comenzó á temer, y luego halló lo que buscaba; porque le tomó Cristo de la mano y le libró del peligro (2).»

San Gerónimo, sobre aquello de San Pablo: "Hermanos mios, de aquí adelante confortaos en el Señor y en el poder de su virtud, y vestios de las armas de Dios, para que podais resistir á las asechanzas y tentaciones del demonio (3);" dice que de lo que luego se sigue, y de todo lo que en la Sagrada Escritura hallamos de Cristo nuestro Redentor, se colige claramente que todas las armas de Dios, de que nos manda vestir aquí el Apóstol, son Cristo nuestro Redentor. De manera, que es lo mismo decir, «vestios todas las armas de Dios», como si dijera: «vestios de Jesucristo.» Y va probando cómo Cristo es nuestra lóriga, nuestra celada, y nuestro arnés, y nuestro escudo, y nuestra espada de dos filos (1), y todo lo demas. Y asi, las armas que nos habemos de vestir y con que nos habemos de armar, para resistir á todas las tentaciones del demonio y para defendernos de todos sus engaños y asechanzas y salir con victoria, son la virtud de Cristo. De manera, que todas las cosas nos es Cristo y todas las tenemos en él. Y para que mejor entendamos esto, la Escritura divina le atribuye innumerables nombres y titulos, llamándole: Rey, Maestro, Pastor, Sacerdote, Médico, Amigo, Padre, Hermano, Esposo, Luz, Vida, Fuente y otros semejantes. Asi como el Apóstol dice que en él están encerrados todos los tesoros de la sabiduría y ciencia del Padre (2), asi tambien en él están encerrados todos nuestros tesoros y riquezas: porque en él está librado todo nuestro bien y remedio; y todas nuestras obras, si tienen algun merecimiento, es por él; teñidas en su sangre son de valor, como le fué dicho á San Juan en el Apocalipsi (3), de aquella tan grande multitud que vió estar ante el Trono de Dios, que no se podia contar, vestidos con vestiduras blancas y resplandecientes y con palmas en sus manos: "estos son los que lavaron sus vestiduras y las blanquearon con la sangre del Cordero." Todos nuestros bienes son unos como pedazos y sobras de las riquezas de Cristo. Todos los bienes y dones, que nos vienen, nos vienen por medio de él y por sus merecimientos. Por él somos libres de las tentaciones y de los peli-

(1) Omnia igitur habemus in Christo, et omnia Christus est nobis. Si vulnus curare desideras, Medicus est. Si febribus aestuas, fons est. Si gravaris iniquitate, justitia est. Si auxilio indiges, virtus est. Si mortem times, vita est. Si coelum desideras, via est. Si tenebras fugis, lux est. Si cibum quaeris, alimentum est. *Ambr. lib. 3 de virgin.*

(2) Si in te insurrexerit lupus petram cape, et fugit, petra tua Christus est; si ad Christum confugias, fugit lupus, nec terrere te poterit. Hanc petram quaesivit Petrus, cum titubaret in fluctibus, et invenit quod quaesivit, quia dexteram amplexus est Christi. *Ambr. lib. 6 exam. cap. 4.*

(3) De caetero fratres confortamini in Domino, et in potentia virtutis ejus, induite vos armaturam Dei, ut possitis stare adversus insidias diaboli. *Ad Ephes.* VI, 10.

(1) Utraque parte acuta. *Apoc.* I, 16; II, 12.

(2) In quo sunt omnes thesauri sapientiae, et scientiae absconditi. *Ad Colos.* II, 3.

(3) Apoc. VII, 14.

gros; por él alcanzamos todas las virtudes; finalmente, todo lo tenemos en Cristo, y todo lo habemos de alcanzar por Cristo, y todo se lo habemos de atribuir á Cristo. Y asi la Iglesia remata y concluye todas las oraciones y peticiones, diciendo: *Per Dominum nostrum Jesum Christum*, conforme á aquello del Profeta: "Mirad, Señor y Protector nuestro, y poned los ojos en el rostro de vuestro Cristo (1)." «Señor, concedednos esto por Jesucristo vuestro Hijo. Perdonad nuestros pecados, por el amor que le teneis, pues murió por ellos en una cruz. Poned los ojos en aquellas llagas que por nosotros padeció, y tened de nosotros misericordia.» Si los servicios de Abrahan, Jacob y David, bastaban en el acatamiento de Dios para aplacarle y tenerle la mano que no castigase á su pueblo; y no solo para eso, sino para que por respecto de ellos les hiciese muchos favores y mercedes, como vemos que el Señor lo decia á cada paso (2); ¿cuánto mas hará el Padre Eterno por Jesucristo su Hijo en el cual tanto se agradó (3)? Y asi dice el Apóstol San Pablo: "Nos hizo graciosos á sí en su amado Hijo (4)." Y el mismo Cristo dice y nos asegura que cualquier cosa que pidiéremos al Padre en su nombre, se hará, para que el Padre sea glorificado en el Hijo (5).

¡Oh! con cuánta razon dijo el ángel á los pastores, el dia que nació este Señor, y en ellos á nosotros: "Traígo-os una nueva de grande gozo y alegria para todo el pueblo, que ha nacido hoy el Salvador para vosotros, que es Cristo nuestro Señor (1)." Y no es un gozo este, sino muchos gozos y muchos bienes. Pregunta Orígenes por qué diciendo Isaías en singular: *Del que anuncia el bien* (2), refiriendo San Pablo este lugar, dice en plural: *De los que anuncian los bienes* (3). Y responde: porque Jesucristo no es solo un bien, sino todos los bienes. Él es nuestra salud, nuestra vida, nuestra resurreccion, luz del mundo, verdad, camino, puerta del cielo, sabiduría, poder, y tesoro de todos los bienes: para nosotros nació y murió, para que nosotros vivamos: para nosotros resucitó, para que nosotros resucitemos; para nosotros subió á los cielos. Dijo él: "Voy á prepararos el lugar y conviéneos á vosotros que vaya (4)." De allí nos envió el Espíritu Santo. Y allí donde está sentado á la diestra del Padre, nos está haciendo contínuos favores y mercedes (5). Dice San Cipriano que para eso tambien le quedaron abiertos los agujeros de las llagas, para mostrar que los caños quedaron como fuentes, manando tesoros y gracias, y siempre están manando con grandísima liberalidad, y no se pueden agotar. Tiene manos de oro y llenas de piedras preciosas (6), y como es manirroto, cuélanse por aquellos agujeros los dones. Pues concluyamos con lo que concluye el Apóstol San Pablo: "Teniendo un Pontífice y un medianero ó intercesor tan grande como á Jesucristo, Hijo de Dios, que penetró los cielos y está sentado á la diestra del Padre, y es igual con él, acudamos al trono de su gracia con grande confianza, que al-

(1) Protector noster aspice Deus, et respice in faciem Christi tui. *Ps.* LXXXIII, 10.
(2) Propter servum meum Jacob, et Israel electum meum, et propter David servum meum. *Isaiae* XLV, 1; *IV. Reg.* XIX, 34.
(3) In quo mihi bene complacui. *Matth.* XVII, 5.
(4) Gratificavit nos in dilecto Filio suo. *Ad Eph.* I, 6.
(5) Quodcumque petieritis Patrem in nomine meo, hoc faciam, ut glorificetur Pater in Filio. *Joann.* XIV, 13.

(1) Ecce enim evangelizo vobis gaudium magnum quod erit omni populo, quia natus est vobis hodie Salvator, qui est Christus Dominus. *Lucae*, II, 10.
(2) Annuntiantis bonum. *Isaiae.* LII, 7.
(3) Evangelizantium bona. *Ad Rom.* X, 15.
(4) Vado parare vobis locum. *Joann.* XIV, 2.—Expedit vobis, ut ego vadam. *Joann.* XVI, 7.
(5) Dedit dona hominibus. *Ad Eph.* IV, 8.
(6) Manus ejus tornatiles aureae, plenae hyacinthis. *Cant.* V, 14.

canzaremos misericordia y favor en todas nuestras necesidades (1)."

Del bienaventurado San Bernardo se lee en su historia, que en una enfermedad grave que tuvo, se arrobó, y estando como en éxtasis le pareció que le llevaban delante del Tribunal de Dios, y que el demonio le acusaba alli, y le hacia sus cargos, diciendo que no era merecedor de la gloria. Respondió el Santo: «yo confieso que no soy digno de la gloria eterna; mas á mi Señor Jesucristo se le debe, y posee el cielo por dos títulos; lo uno, por ser Unigénito del Eterno Padre, y heredero del reino celestial; y lo otro, por haberle comprado con su sangre, obedeciendo á su Padre hasta la muerte: él se contenta con el primero de estos dos títulos, y este solo le basta; y del segundo me hace á mí donacion, y en virtud de ella tengo yo derecho al cielo; y asi en eso tengo confianza.» Con esto quedó el perverso acusador confuso, y aquella forma de juicio y tribunal desapareció, y el Santo volvió en sí. Pues en eso habemos de confiar nosotros, y esta ha de ser toda nuestra esperanza. Jacob, vestido de las vestiduras de su hermano mayor, alcanzó la bendicion de sus padres: vistámonos nosotros de Jesucristo, nuestro hermano mayor; cubrámonos con las pieles de este Cordero sin mancilla; valgámonos de sus méritos y Pasion, y de esta manera alcanzaremos la bendicion del Padre Eterno.

## CAPITULO II.

**Cuán provechosa y agradable sea á Dios la meditacion de la Pasion de Cristo nuestro Redentor.**

El bienaventurado San Agustin dice: «No hay cosa que tan saludable y provechosa nos sea como pensar y considerar cada dia lo que padeció por nosotros el Hijo de Dios (1).» Y San Bernardo dice: «No hay cosa tan eficaz para curar las llagas de nuestra conciencia y purgar y perfeccionar nuestra alma, como la frecuente y continua meditacion de las llagas de Cristo y de su Muerte y Pasion (2).» Y para todas las tentaciones, y especialmente contra las deshonestas, dicen los Santos que es singularísimo remedio el acogernos á pensar en la Pasion de Cristo y escondernos en sus Llagas. Finalmente, para todo hallaremos remedio y ayuda en la Pasion de Cristo. Dice San Agustin: «En ninguna cosa hallé tan eficaz remedio como en esto (3).» Y San Buenaventura dice: «El que se ejercita con devocion en la Vida y Pasion Santísima del Señor, alli halla abundantemente todo lo que ha menester, y fuera de Jesus no hay que buscar (4).» Y asi vemos que los santos y siervos de Dios han usado muy continuamente este ejercicio; y por este medio vinieron á alcanzar grande santidad y perfeccion.

Aunque no hubiese en este ejercicio otra cosa, sino acordarnos de Dios y traer á la memoria los beneficios que de su mano habemos recibido, y estar pensando en ellos, seria de mucha estima y valor delante del Señor. Porque condicion es del amor hacer al que ama, que desee y estime en mucho que la persona en quien tiene puesto su

(1) Habentes ergo Pontificem magnum qui penetravit coelo Jesum Filium Dei. Adeamus cum fiducia ad tronum gratiae ejus, ut misericordiam consequamur, et gratiam inveniamus in auxilio opportuno. *Ad Hebr.* IV. 14 et 16.

(1) Nihil tam salutiferum nobis est, quam quotidie cogitare quanta pro nobis pertulit Deus, et homo. *August. serm.* 32 *ad fratres in eremo.*

(2) Quid enim tam efficax ad curanda conscientiae vulnera, nec non ad purgandam mentis aciem, quam Christi vulnerum sedula meditatio? *Bernard. serm.* 62 *super Cantica.*

(3) In omnibus non inveni tam efficax remedium quam vulnera Christi. *Aug. in manuali, c.* 32.

(4) Qui se intente, et devote in sanctissima vita, et Passione Domini exercet, omnia utilia, et necessaria sibi abundanter ibi invenit, nec opus est, ut extra Jesum aliquid quaerat. *Bonav. Collat.* 7.

amor se acuerde mucho de él y piense muy á menudo en las buenas obras que de él ha recibido, y que muchas veces trate y hable de estas cosas; y el que de veras ama, se agrada y gusta de esto, mucho mas que si la persona amada le enviase muchos presentes y dones de su hacienda. Lo cual vemos en una madre, señora principal y rica, que ama mucho á su hijo ausente; que si le dicen que el hijo se acuerda y trata mucho de ella, y que siempre le hallan hablando de los regalos con que le criaba, y de los beneficios y buenas obras que siempre le ha hecho, y de los trabajos que por él ha padecido, mas lo aprecia, y mas contento y gusto recibe en oir esto de su hijo, que si le enviase muchas piezas de seda y joyas de oro, sin tener tal memoria de ella. Pues de la misma manera, Dios nuestro Señor, que en todas las demas cosas guardó las propiedades y leyes del amor, tambien las guarda en esto, que es propiedad de los que mucho aman; y asi desea y estima en mucho que siempre nos acordemos de él, y pensemos en él y en los beneficios y maravillas que por nosotros ha obrado. Especialmente, que si nos ejercitamos en la memoria de estos beneficios, no se pasará mucho tiempo sin que se despierte en nosotros el deseo de servir de veras al Señor por ellos.

Blosio refiere (1) de la santa virgen Gertrudis, que entendió del Señor que cuantas veces uno mira con devocion la imágen de Cristo Crucificado, tantas es mirado amorosamente de la benignísima misericordia de Dios. Pues saquemos siquiera de aqui, que pues á él no se le hizo de mal el padecer por nuestro amor, que no se nos haga á nosotros de mal el acordarnos de lo que padeció por nosotros. De San Francisco se cuenta (1) que una vez andando él junto á nuestra Señora de la Porciúncula, llorando y lamentándose en altas voces, acertó á pasar por alli un hombre honrado, siervo de Dios, que le conocia; el cual, viendo a Santo tan triste y lloroso, pensando haberle sucedido alguna desgracia y trabajo, se llegó á él y le preguntó qué tenia ó qué le daba pena. Respondió el Santo con muchas lágrimas y sollozos: «Duélome mucho y lloro por los grandes tormentos y penas que dieron á mi Señor Jesucristo, tan sin culpa, y de ver cuán olvidados estamos los hombres de tan sumo beneficio, habiendo nosotros sido la causa de su Pasion.»

(1) Blos. cap. 2 *monil. spir.*

(1) Part. VI, lib. 1, cap. 86 de la *Crónica de San Francisco.*

## CAPITULO III.

**Del modo que habemos de tener en meditar la Pasion de Cristo Nuestro Redentor, y del afecto de compasion que habemos de sacar de ella.**

El modo que habemos de tener en la meditacion de la Pasion de Cristo nuestro Redentor es el que los maestros de la vida espiritual enseñan comunmente que habemos de tener en la oracion. En el cual advierten que no se nos ha de ir todo en meditar y discurrir por la historia, sino que lo principal ha de ser mover nuestra voluntad con afectos y deseos, los cuales se forman primero en el corazon, para que despues á su tiempo salgan en obra, y eso ha de ser en lo que habemos de insistir y detenernos mas en la oracion. Asi como el que cava y ahonda para sacar agua y para descubrir algun tesoro, en topando con lo que busca pára y no da mas azadonada, asi en descubriendo con la meditacion y consideracion del entendimiento el oro y tesoro de la verdad y afecto que buscais, en topan-

do con el agua viva de que está deseosa y sedienta vuestra ánima, no habeis de cavar ni ahondar mas con el entendimiento, sino deteneros en esos afectos y deseos de la voluntad hasta hartaros de esa agua, y matar vuestra sed, y quedar satisfecho; porque ese es el fin que se pretende en la oracion, y el fruto que habemos de sacar de ella, y á eso se han de ordenar y enderezar todas las meditaciones y consideraciones y discursos del entendimiento. Pues este mismo modo habemos de guardar en la meditacion de la Pasion de Cristo nuestro Redentor. Y asi iremos diciendo los afectos que habemos de sacar de esta meditacion y en que habemos de insistir, apuntando juntamente algunas consideraciones que nos despierten á ellos.

Muchos son los afectos en que podemos aqui ocuparnos y detenernos con mucho fruto; pero comunmente los reducen, los que tratan de esto, á siete géneros ó maneras de afectos. El primero es, compasion. Compadecerse uno de otro, es recibir pena de su pena y dolor de su dolor, acompañándole en sus trabajos con sentimiento y lágrimas de corazon, con lo cual parece que se reparte el trabajo y dolor, y con el que yo tomo compadeciéndome, queda el otro mas aliviado y con menor dolor y afliccion; como por el contrario, cuando uno muestra holgarse de su mal y trabajo, y se rie y hace burla de él, hace que su trabajo y dolor sea mayor y que lo sienta mas. Y aunque es verdad que no podemos nosotros de esta manera hacer que los dolores y trabajos de Cristo le sean mas ligeros, porque ya son pasados; pero con todo eso, le es á él muy agradable esta nuestra compasion, porque por ella en cierta manera hacemos nuestros sus dolores y trabajos. Y asi dice el Apóstol San Pablo: "Si tomamos y traspasamos en nosotros los dolores de Cristo, compadeciéndonos de ellos, seremos herederos de la gloria juntamente con él (1)."

Para despertar en nosotros este afecto de compasion, nos ayudará considerar la grandeza de los dolores, penas y tormentos que Cristo nuestro Redentor padeció: porque, como dicen los teólogos y los Santos, fueron los mayores que se han padecido y se pueden padecer en esta vida; conforme á aquello del Profeta Jeremías: "¡Oh vosotros, los que pasais por el camino, atended y considerad si hay otro dolor como el mio (2)!" Lo primero, en su cuerpo no hubo parte que no padeciese gravísimos dolores y tormentos. "Desde la planta del pie, hasta la coronilla de la cabeza, no hay en él cosa sana (3)," dice Isaías. Los pies y las manos, enclavadas; la cabeza, traspasada con la corona de espinas; el rostro, afeado con salivas y herido con bofetadas: todo el cuerpo, acardenalado con azotes y descoyuntado con el tormento de la cruz, habiéndole contado todos sus huesos á tormentos (4).

Y no solamente fué su dolor en el cuerpo, sino tambien en el ánima; porque, aunque la naturaleza humana estaba unida con la Persona Divina, empero asi sintió la acerbidad de su Pasion, como si no hubiera aquella union. Añádese á esto, que para que este dolor fuese mayor, quiso él carecer de todo consuelo. Y eso es lo que dijo estando en la cruz: "Dios mio, Dios mio; ¿por qué me desamparas (5)?" Los santos mártires en sus tormentos eran recreados

---

(1) Si autem filii, et haeredes, haeredes quidem Dei, cohaeredes autem Christi; si tamen compatimur, ut et conglorificemur. *Ad Rom.* VIII, 17.

(2) O vos omnes, qui transitis per viam, attendite, et videte si est dolor similis, sicut dolor meus. *Tren.* I, 12.

(3) A planta pedis usque ad verticem non est in eo sanitas. *Isaiae*, I, 6.

(4) Dinumeraverunt omnia ossa mea. *Ps.* XXI, 18.

(5) Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me? *Matth.* XXVII, 46.

con un consuelo celestial y divino que les hacia sufrirlos, no solo con ánimo, sino con alegría; y Cristo nuestro Redentor, para padecer mas por nuestro amor, cerró las puertas por todas partes á todo género de alivio y consolacion, asi del cielo como de la tierra, cuanto á la porcion inferior; y asi fué desamparado, no solo de sus amigos y discípulos, sino tambien de su propio Padre. "Fuí hecho, dice por David (1), como hombre sin favor y ayuda," siendo yo solo el que entre los muertos estaba libre del pecado y de merecer muerte y pena.

Basta para entender la grandeza de los dolores de Cristo que, solo de imaginarlos y pensar en ellos, sudó en el Huerto sudor de sangre, con tanta copia y abundancia, que corria en tierra: pues ¿qué seria padecerlos, si solo el pensarlos causó tanta pena y agonía en él? Finalmente, fueron tales y tan rigorosos sus trabajos y dolores, que dicen los Santos que ninguno pudiera vivir con ellos sin milagro que le conservase la vida, y asi fué necesario valerse Cristo de su divinidad para no morir en ellos. Pero lo que la divinidad alli obraba, no era no sentir los trabajos, sino que el escesivo dolor y sentimiento no le acabase la vida, para asi poder padecer mas. Donde podemos tambien considerar y ponderar la misericordia y liberalidad del Señor, que para que los santos mártires no sintiesen los tormentos hacia milagros, y en sí los hace para padecer y sentirlos mas por nuestro amor.

Fuera de estos dolores esteriores que, atormentando su cuerpo, atormentaban juntamente su ánima, como habemos dicho, tuvo Cristo nuestro Redentor otros dolores interiores que inmediatamente atormentaban su ánima santísima, que fueron mucho mayores que esotros; porque desde el instante de su concepcion, hasta el punto en que murió, tuvo siempre presentes todos los pecados de los hombres hechos desde el principio del mundo y todos los que se habian de hacer hasta el fin de él; y como por una parte amaba tanto á Dios y veia que eran injurias y ofensas suyas, y por otra parte amaba tanto las almas, y veia que eran daño y perdicion de ellas, y que con ofrecer él su Pasion y Muerte para su remedio, con todo eso, tanta infinidad de almas no se habian de querer aprovechar de ella, sino qne habian de querer mas la muerte que la vida, érale esto una espada de dos filos que le heria por ambas partes; la una, por la ofensa de Dios; y la otra, por el daño y condenacion de las almas. Y asi no se pueden decir ni pensar los dolores incomparables que de esto recibia aquella ánima santísima. Pues todo esto, junto con los tormentos, dolores y afrentas que representándosele en la oracion del Huerto le hicieron sudar sangre en tanta abundancia que corria en tierra, y todo lo demas, que en su vida santísima padeció, tuvo siempre delante de sus ojos, desde el instante de su concepcion hasta que espiró en la cruz, conforme á aquello del Profeta: "Mi dolor lo tengo siempre delante (1)." De donde podemos entender que toda su vida fué como el dia de su Pasion; y aun algunas veces suele dar mas pena y tormento el estar esperando la adversidad y trabajo que el padecerlo. De manera, que toda su vida fué un mar de inmensos dolores que, sin cesar de noche y de dia, sin medida atormentaban aquella alma santísima.

Pues quien por menudo considerare y ponderare todas estas cosas, y que el que las padece es el mismo Hijo de Dios, y que

(1) Factus sum sicut homo sine adjutorio inter mortuos liber. *Ps.* LXXXV, 5.

(1) Et dolor meus in conspectu meo semper. *Ps.* XXXVII, 18.

las padece por nosotros y por puro amor nuestro, corazon mas que de piedra ha de tener si no se mueve á compasion. Y asi dice San Bernado: «pues la tierra tiembla, y las piedras se quiebran, y los monumentos se abren, y el velo del Templo se rompe, y el sol y la luna se oscurecen, razon será que nosotros nos compadezcamos de lo que el Señor padeció por nosotros (1).» No es razon que seamos mas duros que las piedras y mas insensibles que las criaturas irracionales: pártasenos el corazon de dolor, rómpansenos las entrañas. "Hijo mio Absalon, Absalon hijo mio, ¿quién me diese que yo muriese por tí (2)." Si esto decia el rey David, sintiendo la muerte del hijo que murió por perseguirle y quitarle el reino, ¿cuánto mayor razon será que lo digamos nosotros, sintiendo la muerte del Hijo de Dios, que murió por librarnos del cautiverio del demonio y darnos el reino de su Padre Eterno?

## CAPITULO IV.

**Del afecto del dolor y contricion de nuestros pecados, que habemos de sacar de la meditacion de la Pasion de Cristo nuestro Señor.**

El segundo afecto en que nos habemos de ejercitar y procurar sacar de la meditacion de la Pasion del Señor, es dolor y contricion de nuestros pecados. Este es uno de los frutos mas propios que podemos sacar de ella, por descubrirsenos en ella tanto la gravedad y malicia del pecado: la consideracion del remedio nos ha de abrir los ojos y hacer que echemos de ver la gravedad de la enfermedad. Dice San Bernardo: «¡Oh hombre, conoce y entiende cuán grande es la llaga que tuvo necesidad de tan costosa medicina (1)!» No hay cosa que tanto declare la gravedad del pecado, aunque entre en ello el infierno que se le debe para siempre jamás, como es que es tan grande mal el pecado que fué menester que Dios se hiciese hombre para pagar esta deuda; porque de otra manera no se pudiera pagar ni satisfacer de todo rigor de justicia, y quedára menoscabada la justicia de Dios. Porque la ofensa habia sido en cierta manera infinita, porque habia sido contra Dios infinito, y asi hombre puro no podia satisfacer por ella, por la distancia grande que hay entre Dios y hombre puro; era menester que el que satisfaciese fuese persona de infinita dignidad, igual al injuriado y ofendido, y tan bueno como él. Declaran esto los teólogos con un ejemplo: Dá un pastor ó labrador, hombre comun y bajo, de palos, ó un bofeton al rey; claro está que no quedará el rey satisfecho con hacer dar de palos ú otro bofeton á aquel, ni aunque le haga dar doscientos azotes, ni aunque le ahorquen; porque hay mucha distancia de él al rey; ¿qué tiene que ver bofeton é injuria del rey, con bofeton ó muerte de un pastor? Pues ¿cómo se podria satisfacer aquel rey? ¿Sabeis cómo? Si aquel fuera, ó le hicieran rey tan grande como él, y entonces le ofreciera satisfaccion igual, con eso quedara satisfecho. Pues asi es acá; habia el hombre vil, y bajo, y apocado, polvo y ceniza, ofendido é injuriado al rey del cielo y de la gloria; habia, como si dijésemos, dado un bofeton á Dios; porque eso hace uno, cuanto es de su parte, cuando hace un pecado mortal: aunque muera este hombre vil y bajo, no quedará satisfecha la injuria. Pues ¿có-

(1) Bernard. *serm. feriae 4 Hebdomadae Sanctae. Matth.* XXVII, 45 *et* 51.

(2) Fili mi, Absalon, Absalon, fili mi, quis mihi tribuat, ut ego moriar pro te? Absalon, fili mi, fili mi, Absalon. *II. Reg.* XVIII, 33.

(1) Agnosce, o homo, quam gravia sunt vulnera, pro quibus necesse est Dominum Christum vulnerari. *Bernard. serm. 3 de Nativitate.*

mo se satisfará? Si ese hombre fuera Dios, igual con el injuriado; padeciendo ese hombre, quedará satisfecha la injuria. Pues ¿qué remedio, que no hay otro Dios, porque no hay mas que un solo Dios verdadero? Esa fué la misericordia infinita de Dios, y la invencion y artificio maravilloso que halló para poder perdonar al hombre sin menoscabo de su justicia: que habiendo sido él el ofendido, y no habiendo otro Dios que pudiese satisfacer, se hizo Dios hombre para que padeciese y muriese el hombre, pues el hombre habia ofendido é injuriado á Dios; y para que el padecer sea de infinito valor, pues la ofensa y culpa habia sido en cierta manera infinita, sea el que padece tambien Dios, cuyas obras son de valor infinito, porque son obras de Dios infinito. Esta fué la necesidad de la Pasion de Cristo que declara bien la gravedad y malicia del pecado. Y así dice San Juan Damasceno (1) que si por el pecado echara Dios en el infierno, para siempre jamás, á todos cuantos hombres ha tenido el mundo y tendrá hasta que se acabe, no quedara tan satisfecha, ni tan pagada la justicia divina, como encarnando Dios y muriendo. Y no es esta hipérbole, ó exageracion, sino una verdad muy llana; porque todo el infierno y sus tormentos perdurables no es paga igual á la Vida y Muerte de Cristo; con la cual, como era Dios el que pagaba, se hizo á la justicia entera satisfaccion de todo lo que se debia, y aún mas; pero en el infierno jamás se acaba de pagar un solo pecado.

Pues conforme á esto, digo que uno de los principales frutos que habemos de sacar de la meditacion de la Pasion, ha de ser llorar y aborrecer mucho nuestros pecados que tanto costaron á Jesucristo. Esas espinas y azotes, Señor, mis pecados los causaron; yo, Señor, os puse en esos trabajos (1). Esa cruz, Señor, yo la merecia; yo soy el que habia de ser escupido, azotado y escarnecido.

San Bernardo pone una consideracion muy buena á este propósito (2). Estábame yo jugando en la plaza con mis compañeros, y allá en la recámara Real se estaba dando sentencia de muerte contra mí; oyó esto el Hijo único del Rey, quítase la corona de la cabeza, y desnúdase de sus vestiduras Reales, y sale vestido de un saco, cubierta la cabeza de ceniza, y los pies descalzos, llorando y lamentando porque habian condenado á muerte á su siervo; véole salir súbitamente de esta manera, quedé atónito de la novedad, pregunté la causa, oigo decir que va á morir por mí. ¿Qué será bien que haga en este caso? ¿Quién será tan loco, ó tan descomedido, que se vuelva al juego, no vaya siquiera acompañándole y llorando juntamente con él? Pues de esta manera, con estas y otras semejantes consideraciones nos habemos de detener en la oracion, llorando y doliéndonos de nuestros pecados, que fueron causa de la Pasion de Cristo. Y así nuestro Padre, en los ejercicios de la Pasion (3), pone esto por peticion: «Dolor, sentimiento y confusion; porque por mis pecados padeció tanto el Señor.» Y la peticion que nuestro Padre pone en los ejercicios por preámbulo, siempre es lo que quiere que procuremos sacar de ellos.

Este ejercicio es muy encomendado de los Santos; y es razon que no nos olvidemos de él, sino que le usemos y ejercitemos mucho, así los que comienzan como

(1) Joann. Damascenus, lib. 1, cap. 5.

(1) Ego sum, qui peccavi, ego inique egi; vertatur, obsecro, manus tua contra me. *Reg.* XXIV, 17.—Tolli te me, et mittite in mare, scio enim ego, quoniam propter me tempestas haec grandis venit. *Jon.* I, 12.

(2) Bern. serm. 3 *de Nativit. Domini.*

(3) S. P. N. Ignatius, *lib. Exercit. spiritualium.*

los que van adelante, porque hay grandes provechos en él. Lo primero, es un ejercicio con que se conserva uno mucho en humildad y temor de Dios. Una de las mas fuertes y eficaces consideraciones que podemos traer para andar siempre humillados y confundidos, es la consideracion de los pecados y el dolor y el sentimiento de ellos. Quien ofendió á su Criador y Señor, y merecia estar en los infiernos para siempre jamás, ¿qué deshonras, qué injurias, qué desprecios, no recibirá de buena voluntad en recompensa y satisfaccion de las ofensas que ha cometido contra la Magestad de Dios? Lo segundo, es este un ejercicio que asegura mucho del perdon. Una de las cosas que mas satisfaccion puede dar á uno de que le ha Dios ya perdonado sus pecados, es haberse dolido y arrepentido mucho de ellos: si vos traeis delante de los ojos vuestros pecados, doliéndoos y confundiéndoos de ellos, no los mirará Dios, sino olvidarlos há. Por eso se acordaban tanto los Santos de sus pecados, y los traian siempre delante de sus ojos. "Porque yo conozco mi maldad, y siempre traigo á la vista mi pecado," decia el Profeta (1), para que Dios los olvidase y apartase sus ojos de ellos (2). Y asi lo nota San Gerónimo, sobre estas palabras, diciendo: «Si tú pones tu pecado delante de tí, Dios no lo pondrá delante de sí (3).» No hay cosa que asi haga apartar á Dios los ojos de nuestros pecados, como mirarlos nosotros y confundirnos y avergonzarnos de ellos. Y asi, esa es una de las cosas que mas nos asegurará y mas contento nos dará á la hora de la muerte, y por eso es menester tenerlo prevenido de atrás. Lo tercero, no solamente es remedio este para los pecados pasados, sino es una medicina muy preservativa para no caer de ahí adelante en pecado; porque el que anda continuamente confundiéndose y doliéndose de haber ofendido á Dios, muy lejos está de pecar de nuevo. Lo cuarto, es gran remedio para poder consolar y asegurar á uno que no consintió en las tentaciones y escrúpulos de que es molestado; porque el que se anda ejercitando en actos de contricion, aborreciendo mucho el pecado, y haciendo propósitos firmes de dar la vida antes de hacer un pecado mortal, seguro puede estar que no consintió en las tentaciones y escrúpulos que le vienen, porque no consiente uno tan fácilmente en lo que tanto aborrece. Y mas: el andar en este ejercicio, es andar en un ejercicio de amor de Dios; porque la verdadera contricion nace de amor de Dios, por haber ofendido á un Señor tan bueno y tan digno de ser amado y servido. Y asi, cuanto uno mas conoce y ama á Dios, tanto mas le pesa de haberle ofendido.

Del glorioso Apóstol San Pedro cuenta San Clemente (1), que acordándose que habia negado á Cristo, lloraba tanto que las lágrimas le quemaban el rostro y tenian hechas canales en sus mejillas. Y dice que al primer canto del gallo se levantaba cada noche á oracion y no dormia mas en toda la noche, y que por toda su vida guardó esta costumbre. Pues eso es lo que nosotros habemos de imitar. Y uno de los mas provechosos ejercicios que uno puede tener en la oracion y fuera de ella, es ejercitarse en actos de contricion, aborreciendo mucho el pecado, y haciendo propósitos firmes de dar la vida, y mil vidas, antes que hacer un pecado mortal, y pidiendo con mucha instancia al Señor que antes le lleve

(1) Quoniam iniquitatem meam ego cognosco, et peccatum meum contra me est semper; id est, coram me. *Ps.* L, 5.

(2) Averte faciem tuam a peccatis meis, et omnes iniquitates meas dele. *Ibid.* 11.

(3) Quia si tu ponis illud ante te, Deus illud non ponit ante se. *Hieron.*

(1) Clemens, *lib.* 2 *Recognitionum.*

que tal permita. «No permitais, Señor, que me aparte jamás de vos (1).» ¿Para qué quiero yo, Señor, la vida, sino para serviros? Si no os tengo de servir, no la quiero: llevadme, Señor, antes que os ofenda.

## CAPITULO V.

### Del afecto de amor de Dios.

El tercero afecto en que nos habemos de ejercitar y sacar de la meditacion de los misterios de la Pasion, es amor de Dios. No hay cosa que mas mueva á uno á amar que verse amado; ni hay grillos, ni cadenas que asi le aten de pies y manos. Pues considerando el alma y ponderando muy de espacio y con atencion el sumo amor de Cristo, que aqui tanto resplandece, háse de ir inflamando y encendiendo en amor de quien tanto amó. Dice el Apóstol y Evangelista San Juan: "En esto se manifestó el amor grande de Dios para con nosotros, que envió á su Unigénito Hijo al mundo para que por él vivamos (2)." Y el Evangelista San Lucas, por ser tan grande este amor, le llama esceso de amor. Cuando se transfiguró el Señor delante de sus tres discípulos, dice (3) que aparecieron alli Elías y Moisés, y que hablaban del esceso que habia de cumplir en Jerusalen, que era de su Pasion y Muerte. Con mucha razon le llamó esceso de amor, lo uno, porque murió por sus enemigos. Grande amor es el que llega á dar la vida por los amigos; tanto, que dice el Salvador del mundo que es el mayor amor que uno les puede mostrar (1). Pues á mas que eso llegó el amor del Hijo de Dios, porque llegó á darla por sus enemigos. Y asi dice el Apóstol San Pablo, que en esto nos descubrió Dios mucho su amor. "Manifiesta mucho, dice (2), su caridad Dios para con nosotros, porque aun cuando todavia éramos pecadores, murió Cristo por nosotros."

Lo segundo, llámase esceso de amor, porque una sola gota de sangre de las que derramó en su Circuncision y de su sudor en el Huerto, y la menor obra que hiciera para redimirnos, bastaba y era justísima satisfaccion, de todo rigor de justicia, por todo el mundo y por mil mundos, como dicen los Santos, porque era obra de infinito valor, por ser Dios infinito; y no se contentó con eso aquella bondad y misericordia infinita, sino que quiso dar por nosotros toda su sangre y vida. El Apóstol San Pablo le llama amor nímio (3), porque escede infinitamente este amor todo cuanto se puede decir y pensar. El Profeta Zacarías, padre del glorioso Bautista, tratando de este beneficio, no se contentó con decir que salia de la misericordia de nuestro Dios, sino añadió que salia de las entrañas y de lo mas íntimo y retirado de ellas (4).

Pues ¿quién no amará á quien tanto le amó? Y asi dice el amado Discípulo: "Hermanos mios, amémosle nosotros á él, pues él nos amó primero á nosotros (5):" correspondamos siquiera con el retorno, y procuremos mostrarle el amor de la manera que él nos le mostró á nosotros; él nos le mostró

(1) Ne permittas me separari a te.
(2) In hoc apparuit charitas Dei in nobis, quoniam Filium suum unigenitum misit Deus in mundum, ut vivamus per eum. *I. Joann.* IV, 9.
(3) Et loquebantur cum illo, et dicebant excessum ejus, quem completurus erat in Jerusalem. *Lucae* IX, 30.

(1) Majorem hac dilectionem nemo habet, ut animam suam ponat quis pro amicis suis. *Joann.* XV, 13.
(2) Commendat autem charitatem suam Deus in nobis, quoniam cum adhuc peccatores essemus, Christus pro nobis mortuus est. *Ad Rom.* V, 8.
(3) Propter nimiam charitatem suam, qua dilexit nos. *Ad Ephes.* II, 4.
(4) Per viscera misericordiae Dei nostri: in quibus visitavit nos, oriens ex alto. *Luc.* I, 78.
(5) Nos ergo diligamus Deum, quoniam Deus prior dilexit nos. *I. Joann.* IV, 19.

con obras, y con obras muy costosas, que es en lo que mas se descubre y echa de ver el amor; y asi dice San Ambrosio: «Mas os debo, Señor, por lo que hicistes por mí en redimirme, que por lo que hiciste en criarme (1).» Gran beneficio fué el criarnos; pero al fin eso no os costó trabajo ninguno, no fué menester mas de decirlo, y luego fué hecho (2). Pero el redimirnos mas os costó que decirlo, porque os costó la sangre y la vida.—Pues mostremos nosotros el amor que le tenemos, no con palabras, sino con obras, dice San Juan (3). El Hijo de Dios nos mostró el amor que nos tiene, en ser despreciado y abatido por nosotros: mostrémosle á él el amor que le tenemos, en desear ser despreciados y tenidos en poco por él, y en holgarnos cuando se ofrece la ocasion de la humillacion y de la mortificacion. Él nos mostró el amor que nos tenia, en ofrecerse á sí mismo enteramente en sacrificio al Padre Eterno en la cruz, en tanto que no le quedaba cosa que no lo ofreciese todo por nuestro amor. Mostremos tambien nosotros el amor que le tenemos, ofreciéndonos y entregándonos enteramente á él y dándole todo nuestro corazon, deseando que se haga su voluntad en nosotros en todo y no la nuestra. En esto se echa de ver el amor, no en palabras, ni en decir con la boca: «Señor, mucho os amo.» Y asi declaran los Santos aquello del Apóstol Santiago: "La paciencia tiene obra perfecta (4)," porque el que abraza y lleva bien el trabajo, la mortificacion y humillacion, da testimonio que el amor que tiene no es palabrero, sino obrador y verdadero, pues no falta en el tiempo de la tribulacion y tentacion, que es el tiempo donde se prueban los verdaderos amigos.

Este es uno de los mas principales frutos que habemos de procurar sacar de la meditacion de la Pasion, y asi habemos de procurar ejercitarnos mucho en esto en la oracion, y particularmente en ofrecernos enteramente y de todo corazon á Dios para que haga de nosotros lo que quisiere, como quisiere, cuando quisiere, y de la manera que quisiere, descendiendo en esto á casos particulares y dificultosos que se nos podrian ofrecer, no dejando lugar, ni oficio, ni grado, por bajo é ínfimo que sea, á que no nos ofrezcamos por su amor; porque este es un ejercicio de grandísimo provecho, y de muy grande perfeccion, y en que se muestra mucho el verdadero amor.

## CAPITULO VI.

### Del afecto de gratitud y hacimiento de gracias.

El cuarto afecto, en que nos habemos de ejercitar en la oracion y meditacion de la Pasion, es en hacimiento de gracias. Dice San Agustin: «¿Qué cosa mejor podemos traer en el corazon, pronunciar con la boca y escribir con la pluma, que esta palabra: *Gracias á Dios*? No hay cosa que se pueda decir con mas brevedad, ni oir con mas alegría, ni sentir con mayor alteza, ni hacer con mayor utilidad (1).» Estima Dios tanto este agradecimiento y hacimiento de gracias, que en haciendo él algun señalado beneficio á su pueblo, luego queria (2) que le cantasen un cántico de alabanzas. Y tenemos llena la Escritura de cánticos

(1) Plus igitur, Domine Jesu, injuriis tuis debeo, quod redemptus sum, quam operibus quod creatus sum. *Ambr. lib.* 2, *super Luc.*

(2) Ipse dixit, et facta sunt; ipse mandavit, et creata sunt. *Ps.* XXXII, 9; CXLVIII, 5.

(3) Filioli mei, non diligamus verbo neque lingua, sed opere, et veritate. *I. Joann.* III, 18.

(4) Patientia autem opus perfectum habet. *Jacob.* I, 4.

(1) Quid melius, et animo geramus, et ore promamus, et calamo exprimamus, quam *Deo gratias?* Hoc nec dici brevius, nec audiri laetius, nec intelligi grandius, nec agi fructuosius potest. *August. Epist.* 77.

(2) Immola Deo sacrificium laudis. *Ps.* XLIX, 14.

que hacian los Santos y los hijos de Israel en hacimiento de gracias por los beneficios que recibian de la mano del Señor. San Gerónimo dice (1) que era tradicion de los hebreos, que aquella enfermedad (2) que tuvo el rey Ezequías, que le puso á punto de muerte, fué porque despues de aquella tan insigne y milagrosa victoria que Dios le habia dado contra los asirios, matando el Angel del Señor en una noche ciento y ochenta mil de ellos, no habia cantado á Dios cántico de alabanza, como solian hacer los demas en semejantes beneficios. San Agustin, tratando de aquellos diez leprosos, que Jesucristo sanó, pondera muy bien que alabó el Redentor del mundo al que volvió á darle gracias por el beneficio recibido, y reprendió á los demas que habian sido ingratos y desagradecidos (3). Pues no seamos nosotros ingratos á los beneficios que habemos recibido de la mano de Dios, y especialmente al mayor de los beneficios, que es haberse hecho hombre y puesto en una cruz por nosotros. "La gracia que te hizo tu fiador, no la olvides; porque dió su vida por tí," dice el Sábio (4). Salió Cristo por nuestro fiador y pagó por nosotros, dando su sangre y su vida: razon es que no nos olvidemos de tan gran merced y beneficio, sino que seamos agradecidos.

Santo Tomás, tratando de la gratitud, dice (5) que de tres maneras puede ser el hacimiento de gracias; la primera, interiormente con el corazon, reconociendo y estimando la grandeza del beneficio, y teniéndose por muy obligado á tal bienhechor. La segunda, alabándole y dándole gracias con palabras. La tercera, recompensando con obras el beneficio, conforme á la facultad del que lo recibe. Pues de todas estas tres maneras nos habemos de procurar ejercitar en este hacimiento de gracias, en cualquier misterio de la Pasion. Lo primero, reconociendo con el corazon la grandeza de tales y tantos beneficios como en cada misterio se encierran, y estimándolos en mucho; ponderando muy por menudo todas las circunstancias de ellos y todos los bienes que por ellos nos han venido y vendrán para siempre, y estarnos conociendo y confesando por obligados á servirle perpétuamente por ellos con todas nuestras fuerzas. Lo segundo, alabando y glorificando tambien con nuestros lábios á Dios, y deseando que todo lo criado nos ayude á alabarle y darle gracias por ellos, conforme á aquello de San Pablo: "Por él, pues, ofrezcamos hostia de alabanza siempre á Dios; esto es, el fruto de los lábios que confiesen su santo Nombre (1)." Lo tercero, procurando de corresponder con obras á tantos beneficios, ofreciéndole y entregándole todo nuestro corazon, como deciamos en el capítulo pasado.

Dice San Bernardo que en cualquier misterio que consideremos habemos de hacer cuenta que nos dice Cristo nuestro Redentor aquellas palabras que dijo á sus discípulos despues de haberles lavado los pies: "¿Sabeis lo que he hecho con vosotros (2)? ¿Entendeis ese misterio? ¿Entendeis ese beneficio de la creacion, de la redencion, de la vocacion? ¡Oh! que no conocemos ni entendemos lo que Dios ha hecho por nos-

(1) S. Hyeron., *lib.* 11 *super Isai. cap.* 39.
(2) Ægrotavit Ezechias usque ad mortem. *IV. Reg.* XX, 1.—*Isai.* XXXVIII, 1.—*IV. Reg.* XIX, 35.—*II. Paral.* XXXII, 21.
(3) Nonne decem mundati sunt? et novem ubi sunt? non est inventus, qui rediret, et daret gloriam Deo, nisi hic alienigena. *Luc.* XVII, 18.—*Aug. serm.* 10 *de verbis Apostoli.*
(4) Gratiam fidejussoris tui ne obliviscaris, dedit enim pro te animam suam. *Eccl.* XXIX, 20.
(5) S. Thom. 2ª2, q. 107, art. 2.

(1) Per ipsum ergo offeramus hostiam laudis semper Deo. Id est, fructum labiorum confitentium nomini ejus. *Ad Hebr.* XIII, 15.
(2) Scitis quid fecerim vobis? *Joann.* XIII, 12.

otros, que si yo conociese y ponderase bien que vos, Señor, siendo Dios, os hicistes hombre por mí, y os pusistes en una cruz por mí, no habia menester otro motivo para derretirme en vuestro amor y entregaros todo mi corazon, y ese seria el verdadero agradecimiento.

Nota aqui San Crisóstomo una cosa de mucho provecho. Dice (1) que es afecto y sentimiento de siervo fiel estimar los beneficios de su Señor, que son comunes á todos, y agradecerlos como si á él solo se hicieran y él solo fuera el deudor y estuviera obligado á satisfacer por todos ellos, como lo hacia el Apóstol San Pablo cuando decia: "Que me amó á mí, y se entregó á la muerte por mí (2)." Con mucha razon decia esto, y lo podemos decir nosotros, dice San Crisóstomo, pues tanto me aprovecha el beneficio á mí, como si á mí solo se hubiera hecho. Como la lumbre del sol tanto me alumbra á mí, como si á mí solo alumbrase, y el alumbrar á otros no disminuye el don, antes le acrecienta, porque alumbrando á otros me dá compañeros que me ayuden y consuelen y me hagan bien. Asi el haberse hecho Dios hombre, y padecido muerte de cruz, tanto me aprovecha á mí, como si por mí solo se obrara. Y el aprovechar á otros no disminuye mi provecho; antes le aumenta mucho, porque me dá compañeros que me amen y alegren, y ayuden á merecer y á acrecentar la gloria. Y mas: que fué tan grande el amor de Dios para con cada uno, como si á él solo y no á otro amara; y cuanto fué de parte de la voluntad y amor de Cristo, tan dispuesto estaba á padecer y obrar estos misterios por cada uno, si fuera menester, como por todos. Y de hecho, dice San Crisóstomo (1), fué tanto el amor de Cristo que no rehusara hacer por uno solo lo que hizo por todo el mundo. Y mas: que es verdad que se acordó Dios de mí en particular, y me tuvo presente delante de sus ojos cuando se hizo hombre y cuando murió en la cruz, segun aquello: "Te amé con perpétua caridad (2);" y dió por bien empleada su muerte, por darme á mí vida. De manera, que cada uno ha de considerar los misterios y beneficios del Señor, como si por él solo se hubieran obrado. Y tambien el amor de donde nace el beneficio, le ha de considerar cada uno como si á él solo hubiera Dios amado; y decir con San Pablo (3), que me amó á mí y se entregó á la muerte por mí. Considerados de esta manera los beneficios y el amor de donde procedieron, despertarán en nuestra alma grande agradecimiento y grande amor á aquel que siempre y con caridad perpétua nos amó.

Añaden los Santos (4) que el pedirnos Dios que le hagamos gracias por sus beneficios, no es porque él haya menester que se lo agradezcamos; sino todo es para mayor bien y provecho nuestro: para que de esa manera nos hagamos dignos de nuevos beneficios. Dice San Bernardo que asi como la ingratitud y olvido de los beneficios recibidos es causa de que Dios vaya despojando al hombre de ellos, pues «la ingratitud es un viento abrasador que todo lo seca, y consume, y detiene, y cierra la fuente de la divina misericordia (5):» asi la gratitud, el dar gracias á Dios por los beneficios, es causa que Dios los vaya conservando y acrecentando. Como los rios cor-

(1) Chrysost. *lib. 2 de compunct. cordis.*
(2) Qui dilexit me, et tradidit semetipsum pro me. *Ad Galat.* II, 20.

(1) Chrys. ad Galat.
(2) In charitate perpetua dilexi te. *Jerem.* XXXI, 3.
(3) Ad Galat. II, 20.
(4) Chrys. *hom.* 25 *in Gen.*
(5) Ingratitudo est ventus urens fontem pietatis; exsicans rorem misericordiae, et gratiae fluenta non recipiens. *Bern. serm. contra vitium pessimum ingratitudinis, et serm. 1 in cap. jejunii.*

ren á la mar, que es como fuente de ellos, para volver á salir de ella: asi cuando volvemos á Dios los beneficios recibidos con hacimiento de gracias, vuelven á manar en nosotros nuevos dones y beneficios.

## CAPITULO VII.

### De los afectos de admiracion y esperanza.

El quinto afecto, en que nos podemos ejercitar en la oracion y meditacion de la Pasion, es admiracion; deteniéndonos y admirándonos de que padezca y muera Dios, que es impasible é inmortal; admirándonos de que padezca y muera por aquellos mismos que le dan la muerte, y tan indignos eran de todo bien; admirándonos que padezca tantos y tales dolores y tormentos cuales ningun hombre mortal jamás padeció; admirándonos de la inmensa caridad y piedad de Dios, y de su infinita sabiduría, y del consejo altísimo que de ella salió, escogiendo un remedio tan convenientísimo para salvar al hombre, con el cual cumpliese juntamente con su misericordia y con su justicia. Estarse uno considerando estas cosas y otras semejantes, que aquí resplandecen, muy de espacio, ponderándolas y admirándose de ellas y de la bondad infinita del Señor que por criaturas tan viles y tan indignas é ingratas las obró, es muy buena oracion. Y aun esa tienen por muy alta contemplacion estarse uno embebecido y absorto, considerando y ponderando las obras maravillosas de Dios. Y cuanto uno tuviere mayor luz y conocimiento de estos misterios, y mas los ponderare, mas se admirará, y en aquella admiracion está encerrado un amor grande de Dios y un reconocimiento y agradecimiento grande de sus beneficios, y una confusion grande nuestra. Y asi habemos de procurar ejercitarnos muchas veces en este santo afecto, porque sacaremos de ello grandes provechos. En los Salmos pone muchas veces la Sagrada Escritura, en el hebreo, al fin de los versos, aquella palabra: *Selá*, que denota pausa, ponderacion y admiracion de aquel misterio, para enseñarnos que nos habemos de detener en este afecto en los misterios que meditamos.

Lo sesto que podemos sacar de la meditacion de la Pasion, es una esperanza y confianza grande en Dios, porque considerando el alma lo mucho que Dios ha hecho por ella, sin haberlo merecido; antes habiéndolo desmerecido, y considerando la voluntad y gana tan grande que muestra Cristo nuestro Redentor de mi salvacion, pues esa es la sed que en la cruz dijo que tenia; levántase con esto á esperar de tal bondad y misericordia que le dará todas las cosas necesarias y convenientes para su salvacion. Dice el Apóstol San Pablo: "El que nos dió á su Unigénito Hijo y le entregó por nosotros á muerte de cruz, todo nos lo dió con él (1)." Y si esto hizo Dios por nosotros, aun siendo enemigos, ¿qué hará cuando procuramos ser amigos? Nótese mucho esta razon, que es del Apóstol, y es grandísimo consuelo: "Si siendo enemigos y andando nosotros ofendiendo á Dios, nos miró él con ojos de misericordia y nos reconcilió tan á costa suya, ahora que somos amigos y que no le ha de costar la sangre y la vida como entonces, sino que está ya hecha toda la costa, ¿con qué ojos nos mirará (2)?" El que nos amó estando afeados por nuestros pecados, haciéndonos tanto bien, ¿cómo no nos amará ahora que nos ha limpiado y emblanquecido con su sangre preciosa? Si cuando nos-

(1) Qui etiam proprio Filio suo non pepercit, sed pro nobis omnibus tradidit illum, quomodo non etiam cum illo omnia nobis donavit? *Ad Rom.* VIII, 32.

(2) Si enim, cum inimici essemus, reconciliati sumus Deo per mortem Filii ejus, multo magis reconciliati salvi erimus in vita ipsius. *Ad Rom.* V, 10.

otros huiamos de él y resistíamos á sus inspiraciones, todavía nos buscaba y nos convidaba, y no nos dejó hasta traernos á su casa, ¿cómo nos dejará y olvidará despues de traidos?

Ayudarános tambien mucho para sacar este afecto de confianza, cavar y ahondar en la misericordia grande de Dios, que para eso nos canta la Iglesia que es propio de Dios tener misericordia y perdonar (1). Es verdad que Dios tambien es justiciero, y tan grande es en él su justicia como su misericordia, porque en Dios todo es una misma cosa; pero la obra mas propia de Dios, y lo que él hace de suyo y mas de voluntad, y la virtud que mas usa, es la misericordia, como lo canta el Real Profeta: "Para todos es bueno y suave el Señor; pero sobre todas sus obras la misericordia es la que campea y resplandece mas (2)." Esa es la obra que se dice mas suya: tanto, que por antonomasia y escelencia se llama obra de Dios. Y el Apóstol llama á Dios "rico en misericordia (3)." Es manera de hablar, para significar escelencia en aquello. Como decimos acá: «Fulano es rico en ganado,» asi Dios en lo que es mas rico, en lo que tiene escelencia y eminencia grande su riqueza, es en misericordia. «Dios, que principalmente manifiestas tu omnipotencia, perdonando y teniendo misericordia (4),» le canta la Iglesia. Eso es en lo que se manifiesta mas la omnipotencia y grandeza de Dios, en perdonar y tener misericordia, y de eso se precia él mas. Como vemos que suele tambien acá un caballero, que tiene muchas gracias, preciarse mas de la una, uno de justo, otro de liberal, asi Dios se precia mas de ser misericordioso. Y asi, dice San Bernardo (1), el tener misericordia es obra propia de Dios y lo que él hace de suyo; porque de su naturaleza está manando misericordias y beneficios. Y no ha menester nuestros merecimientos, ni depende de eso para usar con nosotros de misericordia; pero el castigar, es como ageno de Dios; porque para eso es menester que nosotros le provoquemos y compelamos á ello con nuestros pecados. Como la abeja, que su condicion y propiedad es hacer miel; pero el punzar, eso no lo hace ella sino cuando la molestan y provocan á ello; como por fuerza, y provocada con injuria, viene á hacer eso; asi Dios, cuando viene á castigar á uno y condenarle, es como por fuerza, provocado y como compelido de nuestros pecados. Y aun entonces, cuando muy provocado y como compelido viene á castigar, declara muy bien su misericordia en el dolor y sentimiento que muestra, como se ve en muchos lugares de la Escritura. Cuando creciendo la maldad en los hombres, quiso Dios enviar el diluvio, dice el texto: "Tocado de un íntimo dolor del corazon, quitaré, dijo (2), al hombre que crié, de sobre el haz de la tierra." Parece que le llegaba al corazon haber de asolar el mundo. Y cuando anunció la ruina de Jerusalen, dice el Sagrado Evangelio (3), que lloró Cristo nuestro Redentor. Y por Isaías dice: "¡Ay! que me tengo de vengar de mis enemigos (4)," como el juez, que no puede dejar de firmar la sentencia de muerte; pero firmala con lágrimas.

(1) Deus, cui proprium est misereri semper, et parcere.
(2) Suavis Dominus universis, et miserationes ejus super omnia opera ejus. *Ps.* CLXIV, 9.
(3) Deus autem, qui dives est in misericordia. *Ad Eph.* II, 4.
(4) Deus, qui omnipotentiam tuam parcendo, et miserendo maxime manifestas.

(1) Bernard. *serm.* 3 *de Nativit. Domini.*
(2) Et tactus dolore cordis intrinsecus, delebo, inquit, hominem, quem creavi, a facie terrae. *Gen.* VI, 6.
(3) Videns civitatem flevit super illam. *Luc.* XIX, 41.
(4) Heu! consolabor super hostibus meis, et vindicabor de inimicis meis. *Isai.* I, 24.

Y no solo en esto, sino en el mismo castigo y juicio con que Dios nos amenaza y nos quiere poner temor, se echa bien de ver su amor y misericordia infinita y el deseo grande que tiene de nuestra salvacion. San Crisóstomo nota esto muy bien sobre aquello del Profeta: "Si no os convirtiéredes, su arco ha tendido, y en él ha prevenido los instrumentos de la muerte, sus saetas las ha forjado para los que arden (1)." Clemencia y piedad grande es del Señor, dice el Santo, amenazarnos con arco y espantarnos, y exajerar con palabras el castigo para que no vengamos á caer en él. Iláse Dios con nostros á la manera que se suelen haber acá los padres que aman mucho á sus hijos, que muestran su enojo con palabras encarecidas, y dicen que harán y acontecerán para que el hijo tema, y se enmiende con aquello, y no sea menester venir al castigo. Y mas, que la espada hiere de cerca; pero el arco y la ballesta hieren de lejos; y para herir con la espada, no es menster sino echar mano y dar el golpe; pero para herir con el arco, es menester armarle primero, y sacar las saetas del aljava, y ponerlas en él, y al armar y desarmar hace ruido, y por eso nos amenaza el Señor con arco, para que tengamos tiempo de huir el castigo y librarnos de él, conforme á aquello del Profeta: "Diste señas á los que te temen, para que huyan del furor del arco y para que se libren tus amados (2)." Y para destruir el mundo con el diluvio, dió el pregon cien años antes, para que se recogiesen los hombres, como quien quiere soltar el toro. Todo es amor y deseo de no castigar, si pudiese ser. Y en la Homilía diez y siete sobre el Génesis, tratando de cómo Dios castigó á la serpiente, porque habia engañado á Eva, dice el mismo San Juan Crisóstomo: mirad la misericordia grande de Dios, que asi como acá un padre, que ama mucho á su hijo, no se contenta con castigar al que le mató, si no toma la espada ó lanza con que le mató y hácela mil pedazos: asi hace Dios nuestro Señor con la serpiente, que fué como la espada y el instrumento de la malicia del demonio, condenándola á pena perpétua. Que no quiere Dios la muerte del pecador, ni se huelga con la perdicion de los hombres; que si eso fuera, harta ocasion habeis dado; porque si os hubiérades muerto cuando vos sabeis, ya estuviérades en el infierno muchos años há, y no quiso aquella bondad y misericordia infinita dar licencia á la muerte, ni al demonio para eso. Dice Dios por el Profeta Ecequiel (1), que no quiere él que os condeneis, que le costastes muy caro; su sangre y vida le costastes, y asi no querria que se perdiese tan caro precio, sino que todos se convirtiesen y salvasen, como dice el Apóstol San Pablo (2). De estas y otras semejantes consideraciones, de que tenemos llena la Sagrada Escritura y los Santos, nos habemos de ayudar para confiar mucho en la misericordia de Dios, y especialmente de lo que ahora tratamos que es acogernos á la Pasion y méritos de Jesucristo.

(1) Nisi conversi fueritis, arcum suum tetendit, et paravit illum. Et in eo paravit vasa mortis, sagittas suas ardentibus effecit. *Ps.* VII, 13.

(2) Dedisti metuentibus te significationem, ut fugiant a facie arcus, ut liberentur dilecti tui. *Ps.* LIX, 6.

## CAPITULO VIII.

De la imitacion de Cristo que habemos de sacar de la meditacion de sus misterios.

Lo sétimo que habemos de sacar de la

(1) Numquid voluntatis meae est mors impii, dicit Dominus Deus: et non ut convertatur a viis suis et vivat? *Ezech.* XVIII, 23.

(2) Qui omnes homines vult salvos fieri, et ad agnitionem veritatis venire. *I. ad Tim.* II, 4.

meditacion y oracion de la Pasion y en que nos habemos de ejercitar en ella, es imitacion de las virtudes que allí resplandecen en Cristo. Dos son las causas principales, dicen los Santos (1), para que el Hijo de Dios vino al mundo, haciéndose hombre y obrando estos sacratísimos misterios. La primera y principal fué para redimir al hombre con su Muerte y Pasion. La segunda, para dar á los hombres ejemplo perfectísimo de todas las virtudes y persuadirles con él que le imitasen y siguiesen en ellas. Y por eso, habiendo hecho en la última cena aquella obra de tan profundísima humildad, como fué hincarse de rodillas delante de sus discípulos, y lavarles los pies con sus divinas manos, les dijo luego: "Héos dado ejemplo, para que hagais de la manera que yo he hecho (2)." Y lo que entonces avisó de aquella obra, quiso que entendiésemos de todas las demas, como lo significó el Apóstol San Pedro en su primera Canónica, donde hablando de la Pasion del Señor, dice: "Cristo padeció por nosotros dejándoos ejemplo para que sigais sus pisadas (3)." Y así dice el bienaventurado San Agustin: «La cruz, no solo es cama en que muere Cristo, sino es tambien Cátedra de la cual nos está enseñando con su ejemplo lo que habemos de hacer é imitar (4).» Y aunque toda la vida de Cristo fué un perfectísimo ejemplo y dechado de virtud; pero en su Pasion parece que quiso recopilar lo que en toda su vida por palabra y ejemplo nos habia enseñado, haciendo que resplandeciesen en ella en sumo grado todas las virtudes. Y así habemos de procurar sacar de la consideracion de estos misterios afectos de imitacion de las virtudes de Cristo, considerando y ponderando despacio y con atencion, cada virtud de por sí, y sacando de allí en la voluntad una aficion y deseo grande de ella, y una determinacion y propósito eficaz de ejercitar y poner por obra sus actos y operaciones, y un ódio y aborrecimiento grande del vicio contrario. Como considerando la humildad de Cristo, que siendo Dios se abajó tanto y se ofreció de voluntad á los desprecios y afrentas de los hombres, y á tales afrentas; háse de estar el hombre allí despreciando á sí mismo, teniéndose por cosa pequeña y vil, y estar deseando de corazon que no le honren, ni le estimen, ni le dén ventaja sobre los otros, y estar proponiendo que si le sucediesen algunas afrentas y desprecios de los hombres, los sufriria de buena gana, y se holgaria que se le ofreciesen, por imitar y parecer en algo á Cristo nuestro Señor. Y de la misma manera, considerando la paciencia de Cristo, ha de estar allí proponiendo con la voluntad sufrir y aceptar de buena gana cualesquiera cosas adversas que le sucedieren, y desear que se le ofrezcan, y que Dios le envie trabajos y penas en esta vida, por imitar á Cristo nuestro Señor. Decia San Buenaventura: «No quiero, Señor, vivir sin llagas y dolores, pues os veo á vos tan lleno de ellas (1).» De esta manera habemos de ir discurriendo por todas las demas virtudes, por la obediencia, por la caridad, por la mansedumbre, por la castidad, por la pobreza, por la abstinencia, pues todas resplandecen allí, ejercitándonos en deseo de imitar á Cristo en todas ellas.

Y háse de advertir aquí, y lo tocamos tambien arriba (2), que en cada virtud ha-

(1) Bas. *in constit. Monast. cap.* 2.
(2) Exemplum enim dedi vobis, ut quemadmodumego feci vobis, ita et vos faciatis, *Joann.* XIII, 15.
(3) Christus passus est pro nobis, vobis relinquens exemplum, ut sequamini vestigia ejus. *I. Petri* II, 21.
(4) Crux Christi non solum est lectulum morientis, sed et Cathedra docentis. *Aug. trat.* 119 *in Joann.*

(1) Nolo, Domine, sine vulnere vivere, quia te video vulneratum. *Bonav.*
(2) Trat. 3, cap. 27.

bemos de descender á los casos particulares que se nos pueden ofrecer, aceptándolos y holgándonos con ellos por amor de Dios, porque eso es lo que aprovecha mas que las generalidades y lo que habemos mas menester. Como si tratais de la virtud de la humildad, habeis de descender á imaginar los casos particulares que se suelen ó pueden ofrecer de vuestro desprecio y desestima. Primero los mas fáciles, y despues otros mas dificultosos que os parece que sentiriádes mas si se os ofreciesen; y habeisos de estar allí actuando y holgando en ellos como si los tuviésedes presentes. Y de la misma manera, cuando tratais de la indiferencia, paciencia, mortificacion ó conformidad con la voluntad de Dios, porque de esa manera se va poco á poco embebiendo la virtud en el alma, y remitiendo y mitigando la pasion y vicio contrario: y de esa manera se os hará mas fácil la obra despues cuando se os ofrezca la ocasion, como á quien estaba ya prevenido y apercibido para ella, y para eso son los deseos y propósitos de la oracion.

Con esto habemos dado muy copiosa y abundante materia, y muy rica y provechosa, para detenernos en la oracion y meditacion de la Pasion de Cristo nuestro Señor, y tambien en los misterios de su vida santísima. Y no podrá decir nadie con razon, que no sabe qué hacer, ni en qué entretenerse en ella; pues habemos dicho tantos afectos en que en cada punto nos podemos detener. A lo cual se añade, que en cada misterio y en cada afecto de esos, para movernos mas á él, podemos considerar y ponderar las cosas siguientes: lo primero, quién es el que padece; lo segundo, qué es lo que padece; lo tercero, el modo con qué lo padece; conviene á saber, la paciencia, humildad, mansedumbre y amor con que sufre y abraza aquellos trabajos y afrentas; lo cuarto, por quién lo padece; lo quinto, de quién; lo sesto, el fin por qué lo padece: que son unos puntos que comunmente ponen y ponderan aqui los Santos, en que nos podemos detener con mucho provecho.

Y aunque no hubiera otra cosa, en solo el postrero afecto de la imitacion tenemos materia para toda la vida, lo cual se verá claramente por dos vias. Lo primero, porque podemos discurrir por todas las virtudes, pues de todas tenemos necesidad y todas las hallaremos allí en Cristo. Lo segundo, porque si en cada virtud vamos discurriendo por los casos particulares que se suelen y pueden ofrecer, y los habemos de dejar todos allanados, y tan allanados que no solamente los llevemos con paciencia, sino con gozo y alegria, conforme á lo que decíamos arriba (1), tenemos bien en qué entender toda la vida, aun en una sola virtud, cuanto mas en tantas. Y asi digo, que aunque los demas afectos son muy principales, pero este de la imitacion es mas principal, mas necesario que todos, porque contiene el afecto del amor de Dios y abraza todos los actos de las virtudes. De manera, que la imitacion no es un afecto solo, sino un compendio y suma de todos los afectos santos en que consiste la vida cristiana y la perfeccion de ella. Y asi, este ha de ser nuestro entretenimiento ordinario en la oracion de la Pasion de Cristo y de su vida santísima, y el fruto principal que habemos de procurar sacar de ella, insistiendo cada uno en la imitacion de aquella virtud de que tiene mas necesidad, deteniéndose, y cavando, y ahondando, y actuándose en ella, hasta que se le vaya embebiendo, y arraigando, y entrañando en el corazon, y se vaya mitigando y apaciguando la pasion y vicio contrario, y despues pasar á otra virtud, y despues á otra. Y esto es mejor y de mas provecho que pi-

(1) Trat. III; cap. 27.

car en la oracion en muchas cosas y pasar ligeramente por ellas.

## CAPITULO IX.

En que se confirma con algunos ejemplos cuán provechosa y agradable sea á Dios la meditacion de la Pasion de Cristo nuestro Redentor.

Silvestro refiere de Santa Maria Magdalena (1), que habiéndose retirado, despues de la Ascension de Cristo nuestro Redentor, á un desierto, donde perseveró por espacio de treinta y dos años, quiso nuestro Señor enseñarle en qué ejercicio se habia de ocupar en aquella soledad con que mas le agradase y le fuese mas acepta. Y para esto le envió al principio al arcángel San Miguel, con una hermosísima Cruz en las manos, la cual puso á la puerta de su cueva, para que teniéndola delante la Santa á todas horas, sin poderla perder de vista, tampoco pudiese perder de vista los sagrados misterios que ella representaba y en ella se habian obrado. Y asi, todo el tiempo que estuvo en la soledad, meditaba contínuamente en estos misterios de la Pasion y muerte de su Redentor y Maestro. Esto reveló la Santa á un siervo de Dios de la orden de santo Domingo, como mas largamente lo refiere el mismo Silvestro.

Ludolfo Cartusiano cuenta de un siervo de Dios (2) que vivia en soledad con vida muy perfecta y santa, que deseaba mucho servir á nuestro Señor, y saber en particular qué obras y servicios le eran mas agradables para hacerlos por su amor; pedia al Señor con mucho fervor é instancia se lo manifestase; y estando una vez en oracion pidiendo lo que solia, se le apareció Cristo todo llagado, todo desnudo y temblando, con una pesada cruz sobre sus hombros, y le dijo: «Una de las cosas que mas me agradan, y en que mis siervos me harán mayor servicio, es en ayudarme á llevar esta cruz; lo cual harán acompañándome con la consideracion en todas mis penas y trabajos, y sintiéndolos tiernamente en su corazon.» Y dichas estas palabras desapareció.

Vincencio, San Antonino y Surio, en la vida de San Etmundo, arzobispo de Conturbel, en Inglaterra, cuenta (1), que siendo este Santo niño de poca edad, y estudiando en la universidad de Oxonia los principios de gramática, yendo un dia solo por el campo, ocupado en santas meditaciones, repentinamente se le apareció el niño Jesus blanco y colorado, como le pinta la Esposa (2), y dándosele á conocer, y trabando con él algunas suavísimas pláticas, entre otras cosas le aconsejó y encomendó mucho que de alli adelante pensase todos los dias en algun misterio de su Vida, Pasion y Muerte sacratísima; asegurándole que esto le seria de grande ayuda y socorro contra el demonio y sus asechanzas, y eficacisimo remedio para alcanzar y conservarse en toda virtud, y para despues tener una buena y dichosa muerte. Y dicho este tan saludable consejo desapareció, dejando al niño Etmundo con gran consuelo en su corazon. Y desde entonces puso diligencia en meditar todos los dias á las noches algun misterio de la Vida ó Pasion de Cristo nuestro Señor; y de esta meditacion sacaba gran devocion, y no menos provecho y remedio para todas sus cosas.

En la Historia de santo Domingo (3) se escribe de un religioso de aquella sagrada

(1) Silvester *in Rosa Aurea de Sancta Maria Magdalena.*

(2) Ludolphus de Saxonia, Cartuxiensis, in *Vita Christi*, in prooemio Passionis.

(1) Vincentius *in Speculo historiali.*—Antonino, 3 *part. histor.*—Quos refert Surius, tom. 6.

(2) Cant. V, 10.

(3) Part. 1, lib. 1, cap. 61 de la *Historia de la orden de los Predicadores.*

orden, aleman de nacion, y de mucha virtud y santidad, que desde muy mozo tuvo particularísima devocion á la Pasion de Cristo, en la cual solia pensar muy á menudo con gran sentimiento y lágrimas, y reverenciar sus Sacratísimas Llagas, diciendo á cada una de ellas aquellas palabras de la Iglesia (1): «Adorámoste Cristo, y bendecímoste, porque por tu Santa Cruz redimiste al mundo.» Y diciéndolas, hincaba cinco veces las rodillas en el suelo, rezando cada vez la oracion del *Pater noster* y suplicando á Dios le diese su santo temor y amor. Y cuán acepta y agradable le fuese esta devocion, lo mostró bien en una singular merced y regalo que le hizo, estando en oracion, apareciéndosele Cristo nuestro Redentor muy benigno y humano, y convidándole á que llegase sin miedo á gozar de sus Llagas: lo cual él hizo con profunda reverencia y humildad, llegando la boca á ellas, y de ello fué tanta la suavidad y dulzura que sintió en su ánima, que de allí adelante todo lo que no era Dios le era amargura y tormento increible.

Lipomano y Surio cuentan (2) del santo abad Palemon, maestro de San Pacomio, que habiéndole un dia de Pascua de Resurreccion aderezado Pacomio, para la comida, las hortalizas ordinarias con un poco de aceite y sal, por ser el dia que era, soliendo los demas dias comer solas yerbas con un poco de sal: viéndolas el santo viejo guisadas con aceite, comenzó á llorar y derramar muchas lágrimas acordándose de la Pasion del Señor, y diciendo: «Mi Señor fué puesto en una cruz, y ¿habia yo de atreverme á comer aceite? nunca Dios tal quiera (3).» Replicóle su discípulo Pacomio, que era Pascua, y que por serlo, se podia permitir aquel regalo; pero por mucha instancia que le hizo á que las probase, no lo pudo acabar con él.

Cuéntase de un cautivo cristiano (1), que era muy devoto de la Pasion de Cristo, y por la contínua memoria que de ella traia, andaba siempre triste y lloroso: viéndole asi el tirano, á quien servia, preguntábale algunas veces por qué andaba triste y no se alegraba con los demas compañeros: él siempre le respondia que no podia mas, porque traia en su corazon impresa la Pasion del Señor. Oyendo esta respuesta el tirano, quiso ver si decia verdad; y haciéndole abrir el pecho y sacar el corazon, hallaron dentro de él una imágen de Cristo crucificado, perfectísimamente formada, la cual maravilla fué parte para que el tirano se convirtiese á la fé.

Semejante es á esto lo que se cuenta de la Santa Vírgen Clara de Monte Falco (2), que habiendo sido en su vida muy devota de la Pasion de Cristo, despues de muerta fué hallado en su corazon, á la una parte de él, una imágen de Cristo crucificado con tres clavos, lanza, esponja y caña, todo hecho de la misma carne de la Santa perfectísimamente; y á la otra parte estaban los azotes de cinco ramales, la columna y corona de espinas, la cual maravilla hasta hoy dia se muestra en Monte Falco, lugar de Italia.

---

(1) Adoramus te, Christe, et benedicimus tibi, quia per Crucem sanctam tuam redemisti mundum.

(2) Lipom. et Surius, *in vita S. Pacomii, mense junii.*

(3) Dominus meus crucifixus est, et ego nunc pleum comedam?

(1) Fr. Thom. Cantipatrensis, *lib. 1 de apibus, cap. ultim.*

(2) Part. 2, lib. 4, cap. 22 de la *Crónica de San Francisco.*

# TRATADO OCTAVO.

## De la Sagrada Comunion y Santo Sacrificio de la Misa.

### CAPITULO I.

**Del beneficio inestimable y amor grande que el Señor nos mostró en instituir este divino Sacramento.**

Dos obras nos ha mostrado Dios las mas insignes, y que mas pasman y atajan los juicios de los hombres que todas cuantas ha hecho, y tan artificiosas, que hablando de ellas Isaías, las llama invenciones de Dios. "Haced, dice (1), notorias en los pueblos sus invenciones." Obras que parece se puso á pensar en que mostrarse comunicador y derramador de sí mismo. La primera obra fué su Encarnacion; en la cual el Verbo del Padre se juntó y unió con nuestra naturaleza con una trabazon tan trabada y con un nudo tan apretado y tan junto, que en una Persona quedó Dios y Hombre. Nudo ciego á toda la razon del mundo, y á solo él claro; á todos tinieblas y oscuridades, y á solo él luz y claridad: nudo insoluble, que lo que una vez juntó, nunca jamás se desatará, ni desató (2). Dice San Dionisio (3) que el amor es virtud unitiva, que transforma al amante en el amado y hace de los dos uno. Pues lo que jamás pudo hacer amor alguno que hubiese en la tierra, eso hizo el amor de Dios por el hombre. Jamás se vió, de los cielos abajo, que el amor hiciese verdaderamente uno al que amaba y al amado: de los cielos arriba bien se vé; la misma naturaleza del Padre es la del Hijo, y son uno; pero de los cielos abajo, tal union jamás se hizo. Pues fué tan grande el amor que Dios tuvo al hombre, que se juntó y unió con el hombre, de tal suerte, que de Dios y del hombre quedó sola una Persona; y tan una, que el hombre es verdadero Dios, y Dios es verdadero hombre: y todo lo que es propio de Dios, con verdad y con propiedad se dice del hombre. Y por el contrario, lo que es propio del hombre, se dice tambien de Dios. De manera, que el que veian los hombres, era Dios; el que veian hablar con instrumento de boca corporal, era Dios; el que veian comer, andar y afanar, era Dios. Tenia naturaleza humana realmente, y operaciones humanas, y el que las hacia era Dios. Dice el Profeta Isaías: "¿Quién jamás vió ni oyó tal cosa (1)?" Dios niño, Dios envuelto en pañales, Dios llorar, Dios tener flaqueza, y cansarse y sufrir dolores y tormentos! Allá dice el Real Profeta que pusiste, Señor, vuestro asiento muy alto, y que no llegaria á vos azote ni trabajo (2); pero ahora, Señor, vemos que han

(1) Notas facite in populis adinventiones ejus. *Isaiae* XII, 4.
(2) Quod semel assumpsit, numquam dimisit.
(3) Dionis. Areop. *cap. 4 de div.*

(1) Quis audivit unquam tale, et quis vidit huic simile? *Isaiae*, LXVI, 8.
(2) Altissimum posuisti refugium tuum, non accedet ad te malum, et flagellum non appropinquabit tabernaculo tuo. *Ps.* XC, 6.

llegado á vos los azotes, los clavos, las espinas, y que os han puesto en una cruz; cosa tan agena de Dios. Dice Isaías: "Cosa peregrina (1);" obra que pasma y ataja los juicios de los hombres y de los ángeles.

Otra obra hizo Dios (invencion propia de su infinito amor), que fué la institucion del Santísimo Sacramento. En la primera cubrió su Ser Divino con una cortina de carne para que le pudiésemos ver: en esta cubre, no solo lo divino, sino tambien lo humano, con la cortina de los accidentes de pan y vino, para que le podamos comer. En la primera, entrañó Dios al hombre, uniendo la naturaleza humana con el Verbo Divino; entróle en las entrañas de Dios: en esta segunda quiere que vos le entrañeis á él en las vuestras. Antes estaba el hombre unido con Dios; ahora quiere Dios y hombre unirse con vos. En la primera, la comunicacion y union fué con sola una naturaleza singular, que es la Sacratísima Humanidad de Cristo nuestro Señor, que personalmente está unida con el Verbo Divino: en esta segunda únese con cada uno que le recibe singularmente, y hácese una cosa con él, ya que no por union hipostática ó personal, que eso no convenia, por la union mas íntima y mas estrecha que se pudo imaginar fuera de aquella. "El que come mi Carne y bebe mi Sangre, está en mí y yo en él," dice el mismo Señor (2). ¡Obra maravillosa! No solo es la mayor de sus maravillas, como dice Santo Tomás (3), sino es una cifra y recopilacion de todas ellas (4). Del rey Asuero cuenta la Sagrada Escritura que hizo un grande y solemne convite, que duró ciento y ochenta dias, para mostrar sus grandes riquezas y la gloria de su poder (1): asi este gran rey Asuero, Cristo nuestro Redentor, quiso hacer un convite Real, en el cual mostrase la grandeza de sus tesoros y riquezas y el poder y magestad de su gloria: porque el manjar que nos dá en este convite es el mismo Dios, obra que admira y espanta tambien al mundo, no menos que la primera. Y aun en sola la sombra de este admirable misterio, que fué el maná, se admiraron: "¡Ay! ¿qué es esto (2)?" Y despues decian: "¿Cómo este puede darnos á comer su propia carne? ¿Qué? ¿es posible que habemos de comer su carne (3)?" Y no dura este convite ciento y ochenta dias, como duró el del rey Asuero, sino mil y seiscientos años, y durará hasta el fin del mundo, y siempre comemos y siempre dura. Con razon se admira y esclama el Profeta: "Venid, y ved las obras del Señor, los prodigios que ha hecho sobre la tierra (4)." Pasma el artificio y sabiduría de los consejos de Dios que tomó para la salud de los hombres. De esta segunda obra habemos de tratar ahora: dénos el Señor su gracia para ello, que bien la habemos menester.

El glorioso Apóstol y Evangelista San Juan, en su Sagrado Evangelio, tratando de la institucion de este Santísimo Sacramento, dice: "Como amase Cristo nuestro Redentor á los suyos, que tenia en el mundo, en el fin señaladamente los amó (5):" porque entonces les hizo mayores beneficios y les dejó mayores prendas de amor, entre las cuales una de las prin-

(1) Peregrinum est opus ejus ab eo. *Isaiae*, XXVIII, 22.
(2) Joann. VI, 57.
(3) Miraculorum ab ipso factorum maximum. *S. Thom. serm. festi Corporis Christi.*
(4) Memoriam fecit mirabilium suorum, misericors, et miserator Dominus, escam dedit timentibus se. *Ps.* C, 4.

(1) Ut ostenderet divitias gloriae Regni sui. *Esther.* I, 4.
(2) Manhu, quid est hoc? *Exod.* XVI, 15.
(3) Quomodo potest hic nobis carnem suam dare ad manducandum? *Joann.* VI, 53.
(4) Venite, et videte opera Domini, quae posuit prodigia super terram. *Ps.* XLV, 9.
(5) Cum dilexisset suos, qui erant in mundo, in finem dilexit eos. *Joann.* XIII, 1.

cipales ó la mas principal fué este Santísimo Sacramento, quedándose en él Su Magestad verdadera y realmente; en lo cual nos declaró bien el amor grande que nos tenia; porque la condicion del amor verdadero es querer tener siempre presente al que ama y gozar siempre de su compañía. Y asi, habiéndose de partir Cristo nuestro Redentor de este mundo á su Padre, quiso de tal manera partirse, que del todo no se partiese; y de tal manera irse, que tambien se quedase. Asi como salió del cielo, sin dejar el cielo; asi sale ahora de la tierra, sin dejar la tierra. Y asi como salió del Padre, sin dejarle (1); asi sale ahora de sus hijos, sin dejarlos. Mas: es tambien condicion del amor desear vivir en la memoria del amado y querer que siempre se acuerde de él, y para eso se dan los que se aman, cuando se apartan, algunos memoriales y prendas que despierten esta memoria. Pues para que no nos olvidemos de él, nos dejó por memorial este Santísimo Sacramento, en que se queda él mismo en persona, no queriendo que entre él y nosotros haya otra menor prenda que despierte esta memoria que él mismo. Y asi, en acabando de instituir este Santísimo Sacramento, dijo: "Cada vez que celebráredes este misterio, celebradlo en memoria de mí (2)," acordándoos de lo mucho que os amé, de lo mucho que os quise, y de lo mucho que por vuestra causa padecí.

Engrandecia mucho Moisés al pueblo de Israel, que no habia nacion tan grande que tuviese á Dios tan cercano á sí como ellos (3). Y Salomon habiendo edificado el Templo, se espantaba y decia: "¿Es posible que more Dios con los hombres en la tierra? Si el cielo y los cielos de los cielos, con toda su anchura, no bastan Señor, para daros lugar, ¿cuánto menos bastará esta pequeña casa que yo he edificado (1)?" ¿Con cuánta mayor razon podemos nosotros decir esto, pues ya no la sombra y la figura, sino al mismo Dios tenemos en nuestra compañía? "Veis aqui que estoy con vosotros todos los dias, hasta que se acabe el mundo (2)." Gran consuelo y favor fué querer quedarse Cristo nuestro Redentor en nuestra compañía para consuelo y alivio de nuestra peregrinacion. Si acá la compañía de un amigo nos es consuelo en nuestros trabajos y aflicciones, ¿qué será tener en nuestra compañía al mismo Jesucristo, y ver que éntre Dios por nuestras puertas, y se pasee por nuestros barrios y calles, y se deje llevar y sea portátil, y que le tengamos de asiento en nuestros templos, y que le podamos visitar muchas veces y á todas horas, de dia y de noche, y tratar alli con él nuestros negocios cara á cara, dándole cuenta de nuestros trabajos y comunicándole nuestras tentaciones, y pidiéndole remedio y favor para todas nuestras necesidades, confiados que quien nos amó tanto, que quiso estar tan cerca de nosotros, no estará lejos para remediarnos? "Andaré y pondré mi asiento en medio de vosotros; iré donde me quisiéredes llevar; pasearme hé por vuestras calles, honraros hé (3)." ¿Qué corazon hay que no se enternezca é inflame viendo á Dios tan casero?

No se contentó el Señor con que le tuviésemos en nuestros templos y casas, sino que le tuviésemos dentro de nosotros

(1) Exivi a Patre, et veni in mundum: iterum relinquo mundum, et vado ad Patrem. *Joann.* XVI, 28.

(2) Hoc facite in meam commemorationem. *Luc.* XXII, 19.—*I. ad Cor.* XI, 24 *et* 26.

(3) Neque est alia natio tam grandis, quae habeat Deos appropinquantes sibi, sicut Deus noster adest cunctis obsecrationibus nostris. *Deut.* IV, 7.

(1) III. Reg. VIII, 27.

(2) Ecce ego vobiscum sum omnibus diebus usque ad consummationem seculi. *Matth.* XXVIII, 20.

(3) Ponam tabernaculum meum in medio vestri; ambulabo inter vos, et ero Deus vester. *Levit.* XXVI, 11.

mismos: quiso entrañarse en nuestro corazon; quiso que vos mismo fuésedes el Templo, y el Cáliz, y la Custodia, y Relicario donde estuviese y se depositase este Santísimo Sacramento (1). No nos le dan aquí á besar como á los pastores y reyes, sino para recibirle en nuestras entrañas. ¡Oh amor inefable! ¡Oh largueza nunca oida! ¡Que reciba yo en mi pecho y en mis entrañas al mismo Dios en persona! ¡Al mismo Jesucristo, verdadero Dios y verdadero Hombre! ¡Al mismo que recibió y trajo la Sacratísima Reina de los Angeles nueve meses en sus entrañas purísimas! Si Santa Isabel, madre del glorioso Bautista, por entrar en su casa la Virgen vuestra Madre, en cuyas entrañas íbades vos, maravillada y llena de Espíritu Santo, dió voces, diciendo: "¿De dónde á mí, que venga la Madre de Dios á mí (2)?" ¿qué diré yo, viendo que, no por las puertas de mi casa material, sino de mi cuerpo y alma, dentro de mí mismo, entrais vos, Señor, Hijo de Dios vivo? ¿Con cuánta mayor razon diré: "¿De dónde á mí? *¿Et unde hoc mihi?*" ¿A mí, que tanto tiempo he sido morada del demonio? ¿A mí, que tantas veces os he ofendido? ¿A mí, tan desconocido é ingrato? ¿De dónde á mí, sino de la grandeza de vuestra misericordia, de ser vos quien sois, tan bueno, tan amador de los hombres? ¿De dónde, sino de ese infinito amor vuestro?

Añaden y ponderan aquí los Santos, y con mucha razon, que si este beneficio concediera el Señor á solos los inocentes y limpios, aun fuera dádiva inestimable: mas ¿qué diremos que, por el mismo caso que quiso comunicarse á estos, se obligó á pasar por las manos de muchos malos ministros; y así como permitió ser crucificado por manos de aquellos perversos sayones por nuestro amor, así permite ahora ser tratado con manos de malos y perversos sacerdotes y entrar en las bocas y cuerpos sucios y hediondos de muchos malos y pecadores, por visitar y consolar á sus amigos? A todo esto se pone el Señor, y quiere ser otra y otras muchas veces vendido, y escarnecido, y crucificado, y puesto entre ladrones: al modo que dice San Pablo, que los que pecan, tornan á crucificar á Jesucristo, cuanto es de su parte (1); todo por comunicárseos á vos. Mirad si tenemos bien qué agradecerle, y buen por qué para servirle. Canta la Iglesia, y espántase que no tuviese horror este gran Señor de entrar en el vientre de una Doncella (2); pues cotejad la pureza de aquella Doncella, y la impuridad nuestra, y vereis cuanta mayor razon tenemos para espantarnos que no tenga horror de entrar en el pecho de un pecador.

(1) Inter ubera mea commorabitur. *Cant.* I, 12.
(2) Et unde hoc mihi, ut veniat Mater Domini mei ad me? *Luc.* I, 43.

## CAPITULO II.

De las escelencias y cosas maravillosas que la fé nos enseña que habemos de creer en este Divino Sacramento.

Muchas cosas maravillosas nos enseña la fé católica que obran aquí las palabras de la Consagracion. La primera es, que habemos de creer que, en acabando de pronunciar el sacerdote las palabras de la Consagracion sobre la Hostia, está allí el verdadero cuerpo de Cristo nuestro Redentor; el mismo que nació de las entrañas virginales de la Sacratísima Virgen, y el mismo que estuvo en la cruz y resucitó, y el mismo que ahora está sentado á la diestra de Dios Padre. En acabando de pro-

(1) Crucifigentes sibimetipsis Filium Dei. *Ad Hebr.* VI, 6.
(2) Non horruisti Virginis uterum.

nunciar el sacerdote las palabras de la Consagracion sobre el Cáliz, está allí su verdadera y preciosa Sangre. Y diciéndose en una misma hora cien mil misas en toda la Iglesia, en el punto que acaba el sacerdote de pronunciar las palabras de la Consagracion, obra Dios esta conversion maravillosa; y en todas ellas está real y verdaderamente el Cuerpo y Sangre de nuestro Redentor, y aquí le están consumiendo, y allí le están consagrando, y en todas partes es uno.

La segunda cosa maravillosa que aqui habemos de creer, es que despues de las palabras de la Consagracion no queda allí pan ni vino; aunque á nuestros ojos, tacto, gusto y olfato parezca que sí, pero la fé nos dice que no. Dijo el Patriarca Isaac á su hijo Jacob, cuando para alcanzar la bendicion y mayorazgo cubrió sus manos con unos pellejos de cabrito para parecer á su hermano Esau: "La voz es de Jacob; pero las manos son de Esau (1)." Asi aqui, lo que palpamos con las manos y tocamos con nuestros sentidos, parece pan y parece vino; pero la voz, que es la fé (2), otra cosa nos dice. La fé suple aqui la falta de los sentidos (3). Y allá en el maná, sombra y figura de este Sacramento, hubo tambien esto, que sabia el maná á todas las cosas; sabia á perdiz, y no era perdiz; sabia á trucha, y no era trucha: asi este divino maná, sabe á pan, y no es pan; sabe á vino, y no es vino. En los demas Sacramentos no se muda la materia en otra, sino el agua en el Bautismo se queda agua, y el óleo, óleo en el Sacramento de la Confirmacion y Extrema-Uncion; pero en este Sacramento múdase la materia. De manera, que aquello que parece pan, no es pan; y aquello que parece vino, no es vino: sino la sustancia del pan se mudā y convierte en el verdadero Cuerpo de Cristo nuestro Salvador; y la sustancia del vino, en su Sangre preciosa. Dice muy bien San Ambrosio: «quien pudo hacer algo de nada, criando los cielos y la tierra, mucho mas podrá hacer una cosa de otra y mudar una sustancia en otra (1).» Y mas; vemos el pan que cada dia comemos, por virtud del calor natural, en breve espacio se muda en nuestra carne, mucho mejor podrá la virtud omnipotente de Dios hacer en un instante esta conversion maravillosa. Y para que con un espanto se nos quite otro, mucho mas es que Dios se haya hecho hombre, sin dejar de ser Dios, que no que el pan, dejando de ser pan, se vuelva en carne. Pues con aquella virtud divina, con la cual el Hijo de Dios se hizo hombre, con esta misma el pan y el vino se convierten en la Carne y Sangre de Cristo: "A Dios ninguna cosa le es imposible," como le dijo el Angel á nuestra Señora (2).

Lo tercero, hay otra cosa particular en esta conversion, que no es al modo de las demas conversiones naturales, en las cuales, cuando una cosa se convierte en otra, queda algo de la sustancia de la cosa que se muda; porque la materia se es la misma, y solamente se muda la forma, como cuando la tierra se convierte en plata, y el agua en cristal: es como cuando de un poco de barro ó cera haceis una vez un caballo, otra un leon. Pero en esta admirable conversion, despues de la Consagracion, en la Hostia no queda nada de la sustancia del pan, y en el Cáliz no queda nada de la sustancia del vino, ni de la forma, ni de la materia, sino que toda la sustancia del pan

(1) Vox quidem, vox Jacob est; sed manus, manus sunt Esau. *Gen.* XXVII, 22.
(2) Auditus autem per verbum fidei. *Ad Rom.* X, 18.
(3) Praestet fides supplementum sensuum defectui.

(1) Ambros. *lib. de his qui initiantur minist.* cap. 9.
(2) Quia non est impossibile apud Deum omne verbum. *Luc.* I, 37.

se convierte y muda en todo el Cuerpo de Cristo; y toda la sustancia del vino, en toda su Sangre preciosa. Y asi la Iglesia, con mucha conveniencia y propiedad, como dice el Concilio Tridentino (1), para significarnos esta total conversion, la llama transustanciacion, que quiere decir: mudanza de una sustancia en otra; porque asi como la generacion natural, porque en ella se muda la forma, se puede llamar transformacion; asi en este sacramento, porque toda la sustancia del pan y del vino se convierte en toda la sustancia del Cuerpo y Sangre de Cristo, se llama con mucha razon «transustanciacion.»

De manera, que no queda en el Sacramento cosa alguna de la sustancia del pan, ni de la sustancia del vino, sino solamente queda alli el color, olor y sabor, y los demas accidentes del pan y del vino, que llaman especies sacramentales. Y esa es otra maravilla grande, que resplandece en este Santísimo Sacramento, que están alli estos accidentes sin estar en sustancia y sugeto alguno; siendo propio de los accidentes el estar juntos y pegados con la sustancia, como lo enseña toda la filosofia; porque la blancura, claro está que naturalmente no puede estar por sí, sino junta y pegada con alguna sustancia. Y el sabor y olor tambien: pero aquí, sobre todo órden de naturaleza, se quedan los mismos accidentes del pan y del vino, siendo sobrenaturalmente sustentados por sí solos, como en el aire; porque la sustancia del pan y del vino ya no está allí, como habemos dicho; y en el Cuerpo y Sangre de Cristo, que sucede en su lugar, no pueden estar aquellos accidentes, y asi los tiene y sustenta Dios de por sí con un pérpetuo milagro.

Mas: habemos de creer que en este Santísimo Sacramento, debajo de las especies y accidentes de pan, está, no solo el Cuerpo de Cristo, sino todo Cristo, verdadero Dios y verdadero Hombre, como está en el cielo. De manera que en la Hostia, juntamente con el Cuerpo, está tambien la Sangre de Cristo nuestro Redentor, y su Anima Sacratísima, y su Santísima Divinidad. De la misma manera en el Cáliz, debajo de las especies de vino, está, no solamente la Sangre de Cristo, sino tambien el Cuerpo, Anima y Divinidad. Pero advierten los teólogos, que no están aqui todas estas cosas por una misma razon y manera; sino unas están en este Sacramento por virtud y eficacia de las palabras de la Consagracion, y otras por via de concomitancia ó compañía. Aquello se dice estar en este Sacramento por virtud y eficacia de las palabras que se significa y esplica por las mismas palabras de la forma de la Consagracion. Y de esta manera no está en la Hostia mas que el Cuerpo de Cristo, ni en el Cáliz mas que la Sangre, porque las palabras hacen lo que significan, y eso solo es lo que significan: «Este es mi Cuerpo:» «Esta es mi Sangre.» Aquellas cosas se dicen estar por via de concomitancia ó compañía, que están juntas y en compañía de aquello que se esplica y declara por las palabras; y porque el Cuerpo de Cristo no está ahora solo, sino juntamente con la Sangre, y con el Anima, y con la Divinidad, por eso están alli tambien en la Hostia todas estas cosas; y porque la Sangre tampoco está ahora sola, sino juntamente con el Cuerpo, y con el Anima, y con la Divinidad; por eso están tambien en el Cáliz todas estas cosas. Entenderse há esto bien por aquí. Dicen los teólogos que si en aquellos tres dias que Cristo estuvo en el sepulcro consagrára San Pedro ú otro de los Apóstoles, que no estuviera en el santísimo Sacramento el Anima de Cristo, porque entonces no estaba el Anima junta con

(1) Concilium Tridentin, ses. 13 *de Sanctisimo Eucharist. Sacramento*, cap. 4.

el Cuerpo, sino solamente estuviera allí el Cuerpo muerto, como estaba en el sepulcro, aunque junto con la Divinidad, porque esa nunca la dejó. De la misma manera, cuando consagró Cristo el jueves de la Cena, estaba allí en el Sacramento Cristo nuestro Rendentor, verdadero Dios y verdaro Hombre; pero pasible y mortal, como entonces lo era; mas ahora está en el Sacramento vivo, glorioso y resucitado, inmortal é impasible, como está en el cielo.

Empero, aunque eso es asi, que en la Hostia está la Sangre, y en el Cáliz el Cuerpo de Cristo nuestro Redentor; con todo eso, convino que se hiciesen estas dos consagraciones distintas cada una de por sí, para que asi se representase mas al vivo la Pasion de Cristo, en la cual la Sangre se apartó del Cuerpo; y así se hace mencion de esto en la misma consagracion de la Sangre (1). Y tambien, pues se instituía este Sacramento para alimentar y sustentar nuestras ánimas, convino que se instituyese, no solo en manjar, sino tambien en bebida, porque el perfecto alimento del cuerpo, de estas dos cosas consta; pero una cosa podemos sacar de aqui para consuelo de los que no son sacerdotes, y es, que aunque no comulgan debajo de ambas especies, como los que dicen misa, sino solamente debajo de las especies de pan, por muchas y muy graves razones que para esto tuvo la Iglesia; pero recibiendo en la Hostia el Cuerpo de Cristo nuestro Redentor, reciben juntamente su Sangre, su ánima y su divinidad; porque todo entero y perfectamente está debajo de cualquiera de las especies. Y dicen los teólogos y los Santos que reciben tanta gracia como los sacerdotes que comulgan debajo de ambas especies, llegando con igual disposicion. San Hilario dice que asi como en el maná, que fué figura de este Santísimo Sacramento, ni el que cogia mas hallaba por eso mas, ni el que cogia menos hallaba por eso menos, como dice la Escritura (1): asi tambien en este divino Sacramento, ni el que le recibe debajo de especies de pan y vino recibe por eso mas, ni el que le recibe solamente debajo de especies de pan, recibe por eso menos. Todos son iguales en esto.

Mas: hay otra maravilla grande en este altísimo Sacramento, y es, que no solamente está Cristo todo entero en toda la Hostia, y todo entero en el Cáliz, sino en cada particula de la Hostia y en cada partecica de las especies del vino está tambien todo Cristo, tan entero como está en toda la Hostia, y tan entero como está en el cielo, por minima que sea la particula, como se colige claramente del Evangelio; porque Cristo nuestro Señor no consagró de por sí cada bocado de aquellos con que comulgó á sus Apóstoles, sino consagró de una vez tanta cantidad de pan que, dividida, bastase para comulgarlos á todos. Y asi del Cáliz, dice espresamente el Sagrado Evangelio que le dió Cristo á sus discípulos, diciendo: "Tomad y divididle entre vosotros (2)." Y no solo cuando se parte y divide la Hostia ó el Sanguis, sino tambien antes que se parta, está el Cuerpo de Cristo todo entero en toda la Hostia y todo entero en cualquier particula de ellas. Algunos ejemplos y comparaciones hay acá en lo natural, que nos pueden dar alguna luz en esto; porque nuestra ánima está tambien toda en todo el cuerpo y toda en cualquier parte de él. Y la voz que yo hablo, que es ejemplo de San Agustin, está toda en vuestros oidos y toda en los de todos los oyentes: y si tomais un espejo, vereis en él vuestra figura toda entera, aunque el

(1) Qui pro vobis, et pro multis effundetur.

(1) Exod. XVI, 18.
(2) Accipite, et dividite inter vos. *Luc.* XXII, 17

espejo sea pequeño y mucho menor que vos; y si dividís el espejo en muchas partes, en cada parte vereis tambien vuestra figura, ni mas ni menos como la víades en todo el espejo. Estos y otros semejantes ejemplos y comparaciones traen los doctores y Santos para declararnos estos misterios, aunque ninguna hay que del todo tenga semejanza; pero todavia ayudan y dan alguna luz.

Y hay aqui otro misterio, que cuando se parte y divide la Hostia ó el Sanguis, los accidentes del pan y del vino son los que alli se parten y dividen; pero Cristo no se parte, ni divide, sino entero se queda en cualquier partícula, por pequeña que sea. Y de la misma manera, cuando mascais, no mascais ni desmenuzais á Cristo. Dice San Gerónimo: «¡Oh engaño é ilusion de nuestros sentidos! parece que os partimos y mascamos como el pan material que comemos; mas la verdad es que no partimos, ni mascamos, sino aquellos accidentes que vemos; pero vos, Señor, entero y perfecto os quedais en cualquier partícula, sin corrupcion ni division alguna, y entero os recibimos (1).» Y asi lo canta la Iglesia:

No lo parte el que comulga,
No lo quiebra, ni divide,
Todo entero lo recibe.
Quebrántase el Sacramento;
Mas no Cristo, que está dentro (2).

Acontécenos en este convite al revés que en los convites de acá, en los cuales cortais un manjar, pero no cortais los platos, ni vasija: pero en esta divina Mesa no es asi, pártese el plato y la vasija, que son los accidentes, y quédase el manjar y la sustancia entera. Mas: en las otras mesas comeis la vianda y el manjar, pero no comeis las vasijas, ni los platos: pero en esta Mesa soberana comemos el manjar, y es tan sabroso que nos comemos el plato tras él.

Todas estas cosas que la fé nos enseña, nos habemos de contentar por ahora con creerlas y venerarlas, sin quererlas escudriñar curiosamente, yendo siempre en aquel fundamento de San Agustin: «Este ha de ser como primer principio, que puede Dios mas de lo que nosotros podemos alcanzar (1).» Porque, como dicen muy bien los Santos, no fueran grandes las cosas de Dios si nuestro entendimiento y razon las pudiera comprender. Y asi, ese es el mérito de la fé, creer lo que no vemos. Y aun en los misterios de este Santísimo Sacramento hay una cosa especial, que no hay en los demas misterios de la fé; porque en los demas, creemos lo que no vemos, que es mucho de loar (2); mas aqui no solo habemos de creer lo que no vemos, sino contra lo que nos parece que vemos, porque segun nuestros sentidos parécenos que hay alli pan y vino, y habemos de creer que no lo hay. Es semejante la fé que tenemos de este misterio á la que tuvo Abrahan, que tanto encarece San Pablo, en la que venció la esperanza sobrenatural á la desconfianza natural que los ojos veian (3), porque creyó y esperó que tendria hijo, contra todo lo que le prometia la esperanza natural, pues naturalmente no le podia tener por ser él y su muger tan viejos. Y despues, queriendo sacrificar ese hijo, como Dios se lo habia mandado, con todo eso

(1) Oh humanorum illusio sensuum! franguntur illa, quae humanis sensibus in te videntur accidentia; et tamen nec corrumperis, nec frangeris: te dentes videntur masticare, velut materialem panem, et tamen nunquam masticaris; perfectus, et integer, sub qualibet quantumcumque minima contineris particula. *Hieron. tom. 4, pag. 358 apud Eusebium.*

(2) A sumente non concisus,
Non confractus, non divisus,
Integer accipitur.
Nulla rei fit scissura,
Signi tantum fit fractura.

(1) Demus aliquid Deum posse, quod nos fateamur illud investigare non posse. *Aug. trat. 12 super Joann.*

(2) Beati, qui non viderunt, et crediderunt. *Joann. XX, 29.*

(3) Qui contra spem in spem credidit. *Ad Rom. IV, 18.*

creyó que le habia el Señor de cumplir la promesa que le habia hecho de multiplicar en él su generacion. Asi en este divino Sacramento, creemos contra lo que naturalmente nos dicen todos nuestros sentidos: y asi es de gran mérito lo que aquí creemos. Dijo Dios á su pueblo: "á la mañana comereis pan, y á la tarde os daré carne (1)." La mañana es esta vida presente. Dásenos Dios en especie de pan y vino; pero cuando asome la tarde, por la cual es significada la gloria, vereis la carne de Cristo, y entendereis claramente cómo y de qué manera está allí: romperáse entonces el velo, correránse las cortinas, y veremos todas estas cosas claramente cara á cara.

Muchos milagros y muy auténticos pudiéramos aquí traer en confirmacion de lo que habemos dicho, porque están los Santos y las historias llenos de ellos; pero solo quiero decir uno, que se refiere en la Crónica de la Orden de San Gerónimo (2). Un religioso llamado Fray Pedro Cavañuelas, que despues fué Prior de Guadalupe, fué muy combatido de tentaciones de fé, y especialmente acerca del Santísimo Sacramento del Altar, diciéndole el pensamiento cómo podia ser que hubiese Sangre en la Hostia; quiso el Señor librarle del todo de esta tentacion con un modo maravilloso, y fué, que diciendo un sábado misa de nuestra Señora, despues que hubo consagrado, inclinándose á decir la oracion que comienza: *Supplices te rogamus*, vió una nube que descendió de lo alto y cubrió todo el altar donde él decia misa; de manera, que con la oscuridad de la nube él no podia ver la Hostia ni el Cáliz. Y como se espantase mucho de este acaecimiento y fuese lleno de grandísimo temor en ver lo que veia, rogó á nuestro Señor, con muchas lágrimas, que le quisiese librar de este peligro, y manifestar por qué causa habia aquello acaecido. Y estando asi llorando y con gran temor, poco á poco se fué quitando la nube, y esclareciendo el altar del todo; y mirando al altar, vió que le faltaba la Hostia consagrada, y que el Cáliz estaba descubierto y vacío, porque tambien le habia sido de él tomada la Sangre. Y fué tan grande el espanto y temor que recibió cuando esto vió, que quedó como muerto: y tornando en sí, comenzó con gran dolor de su corazon, y derramando muchas lágrimas de sus ojos, á rogar de nuevo á nuestro Señor y á su Santísima Madre, cuya misa decia, que le perdonasen, si lo que habia acaecido era por su culpa, y le librasen y sacasen de aquel tan grande peligro. Y estando en esta congoja, vió venir por el aire la Hostia, puesta en una Patena muy resplandeciente, y púsose encima de la boca del Cáliz, y comenzaron luego á destilar y salir de ella gotas de Sangre dentro del Cáliz, y salió en tanta cantidad como antes estaba. Y acabada de salir la Sangre, tornóse la hijuela de los Corporales á poner sobre el Cáliz, y la Hostia á su lugar, sobre el Ara, donde estaba primero. El sacerdote, estando muy espantado en ver tan grandes misterios, y no sabiendo qué se hacer, oyó una voz que le dijo: «Acaba tu oficio, y séate en secreto todo esto que has visto.» Y de ahí adelante nunca mas sintió aquella tentacion. El acólito y ministro que servia á la misa, no vió ninguna cosa de estas, ni oyó la voz; mas sintió las lágrimas del sacerdote, y cómo se tardó mucho mas en la misa que solía. Todo lo susodicho se halló despues de su muerte escrito en una cédula de su mano, puesta entre su confesion general; lo cual él hizo en señal del secreto que le fué mandado guardar.

(1) Exod. XVI, 12.
(2) Lib. 1, cap. 9 *de la Crónica de San Gerónimo.*

## CAPITULO III.

Comiénzase á tratar de la preparacion que pide la escelencia y dignidad de este divino Sacramento.

Esta ventaja tiene este divino Sacramento sobre todos los demas, que está aquí real y verdaderamente el mismo Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre. Y por esto es el mas escelente de los Sacramentos, y el que mayores gracias y efectos obra en nuestras almas; porque en los otros Sacramentos participamos la gracia que se nos comunica allí; pero en este participamos la misma fuente de la gracia: en los otros Sacramentos bebemos como de arroyo que mana de la fuente; pero en este bebemos en la misma fuente, porque recibimos al mismo Cristo, verdadero Dios y hombre. Y asi se llama este Sacramento, *Eucaristía*, que quiere decir *buena gracia*; porque todo el bien y el principio de la gracia aquí está. Y porque aquí se nos da el mismo Hijo de Dios, que con verdad se llama gracia y don hecho al linaje humano por el misterio de la Encarnacion; por esto tambien se llama, por antonomásia, *Comunion*, conforme á aquello de San Lúcas, que dice de los fieles en los Actos de los Apóstoles: "Perseveraban en la comunicacion del partir el pan (1)." Porque recibiendo este Santísimo Sacramento, participamos del sumo y mayor bien que hay, que es Dios, y con él todos los bienes y gracias espirituales. Dándonos su Carne y Sangre, nos hace participantes de todos aquellos tesoros que con esta Sagrada Carne y Sangre nos adquirió. Aunque tambien se dice comunion porque une los fieles entre sí, porque recibiendo todos un manjar y una mesa nos comunicamos y juntamos, y hacemos una misma cosa, á lo menos en la fé y Religion, y somos todos un cuerpo, conforme á aquello que dice San Pablo: "Todos somos un pan y un cuerpo aquellos que participamos de un mismo pan (1)." Y por eso dice San Agustin que instituyó Cristo este Sacramento debajo de especies de pan y de vino, para denotar que como el pan se hace de muchos granos de trigo que se unen en uno, y el vino de muchos granos de uvas, asi de muchos fieles que comunican y participan de este Sacramento, se hace un cuerpo místico.

San Juan Damasceno compara este Santísimo Sacramento á aquel carbon ó brasa encendida con que uno de los serafines purificó los lábios del Profeta Isaías (2) y quitó todas sus imperfecciones. Asi, dice, este manjar celestial, por estar unido con la divinidad, que es fuego consumidor (3), consume y purifica todas nuestras imperfecciones y maldades, y nos llena de dones y bienes espirituales. Finalmente, este es aquel convite del Evangelio en el cual manda Dios decir á los convidados: "Ya he preparado mi convite; mis terneros y aves están muertas y dispuesto todo (4)." Diciendo que todas las cosas están á punto y preparadas, da á entender que aqui en este sagrado convite tenemos todas las cosas que se pueden desear. Y asi dijo el Profeta David de este manjar: "Preparaste, Dios, con tu dulzura al pobre (5)." No dice qué es lo que nos preparó, porque es tan grande el bien que allí se encierra que no se puede con palabras esplicar. Y asi, con razon esclama la Iglesia: «¡Oh sagrado

(1) Erant perseverantes in communicatione fractionis panis. *Actor.* II, 42.

(1) Unus panis, unum corpus, multi sumus, omnes, qui de uno pane participamus. *I. ad Cor.* X, 17.

(2) Isaiae VI, 6.

(3) Deus noster ignis consumens est. *Deut.* IV, 24; *ad Hebr.* XII, 29.

(4) Ecce prandium meum paravi; tauri mei, et altilia occisa sunt, et omnia parata. *Matth.* XXII, 4.

(5) Parasti in dulcedine tua pauperi Deus. *Ps.* LXVII, 11.

convite en el cual recibimos á Dios (1)! El mismo nombre de convite nos dice el alegría y contento y la abundancia y hartura que hay en él. ¡Oh sagrado convite, en el cual se nos refresca la memoria de su Pasion: de aquel esceso de amor con que Dios nos amó, entregándose por nosotros á la muerte, y muerte de cruz! ¡Oh sagrado convite, en el cual nuestra alma se harta y queda llena de gracia! ¡Oh sagrado convite, en el cual se nos dá una prenda de la gloria, y tal, que no es cosa distinta de lo que nos han de dar despues, como lo suelen ser acá las prendas, sino el mismo Dios, que ha de ser nuestro premio y galardon, se nos dá por prenda en este soberano convite: salvo, que aqui nos sirven á plato cubierto, y en aquel convite y cena de la gloria nos servirán á plato descubierto!

Pues la escelencia de tan alto Sacramento y la magestad tan grande del Señor que habemos de recibir, pide que la disposicion y preparacion para eso sea muy grande. Tratando el Real Profeta de edificar el templo de Jerusalen, decia: "Grande cosa es esta, porque no tratamos de preparar morada para hombres, sino para Dios (2)." Y habiendo preparado gran cantidad de oro, plata, vasos y piedras preciosas, todo le parecia nada. Y todo esto era para el templo, donde se habia de poner el arca, y en ella el maná, figura de este divino Sacramento. ¿Pues qué será de la preparacion del templo y morada en que habemos de recibir al mismo Dios en persona, que tanto habia de ser mayor cuanto escede lo figurado á la figura y lo vivo á lo pintado?

Y fuera de lo que se debe á la magestad de tan gran Señor, á nosotros nos importa mucho ir muy preparados para recibir este Santísimo Sacramento; porque cual fuere la preparacion y disposicion que lleváremos, tal será la gracia que recibiremos: como el que va á coger agua de la fuente, tanta coge, cuan grande vaso lleva. Y para que se entienda mejor lo que queremos decir en esto, notan aqui los teólogos que no solamente recibe uno mayor gracia por el mayor mérito de los actos y buenas obras con que se llega á recibir el Sacramento que llaman *Ex opere operantis*, (y es modo de hablar del Concilio Tridentino) (1), sino la gracia sacramental que fuera de esto da de suyo el Sacramento por privilegio é institucion divina, que llaman *Ex opere operato*. Será mayor, cuanto mayor fuere la disposicion con que nos llegáremos á él; porque obra Dios las obras de gracia conforme á las de naturaleza, y en lo natural vemos que todas las cosas obran conforme á la disposicion que hallan en los sugetos; asi el fuego luego se enciende en la leña seca; mas si no lo está, mas tarde se encenderá; de modo, que segun fueren los grados de la sequedad, asi será la operacion del fuego. Pues á este modo es tambien en este divino Sacramento. Y asi, por todas partes nos importa mucho llegarnos á él muy preparados.

(1) O sacrum convivium, in quo Christus sumitur, recolitur memoria Passionis ejus, mens impletur gratia, et futurae gloriae nobis pignus datur.

(2) Opus namque grande est: neque enim homini praeparatur habitatio, sed Deo. *I. Paralip.* XXIX, 1.

(1) Concilium Trident. ses. 7, cap. 8.

## CAPITULO IV.

De la limpieza y puridad, no solo de pecados mortales, sino tambien de veniales é imperfecciones, con que nos habemos de llegar á la Sagrada Comunion.

Tres cosas principales trataremos aqui: la primera, de la disposicion y preparacion que se requiere para llegar á recibir este divino Sacramento; la segunda, de lo que habemos de hacer despues de haberle reci-

bido y cuál ha de ser el hacimiento de gracias; la tercera, qué es el fruto y provecho que habemos de sacar de la sagrada Comunion. Y comenzando de lo primero: la disposicion y preparacion que para esto se requiere, es mucho mayor que para los demás Sacramentos; porque cuanto son mas escelentes los Sacramentos, tanto piden mayor preparacion y pureza para haberlos de recibir. Y asi, algunos Sacramentos hay que, para recibirse dignamente, basta tener dolor y arrepentimiento verdadero de los pecados, sin ser necesaria la confesion; mas este divino Sacramento es de tanta dignidad y escelencia, por estar en él encerrado el mismo Dios, que demás de lo dicho pide otro Sacramento, que es el de la confesion, cuando precedió algun pecado mortal. De manera, que no basta llegarse con dolor y contricion, sino es menester que preceda la confesion, como lo determinó el Concilio Tridentino (1), conforme á aquello del Apóstol S. Pablo: "Pruébese á sí mismo el hombre y beba asi de aquel Cáliz y de aquel Pan coma (2)." Las cuales palabras declara el Concilio de esta manera: que es menester que vaya uno probado y examinado con el exámen y juicio de la confesion. Esta disposicion y preparacion es necesaria á todos los cristianos, so pena de pecado mortal, y basta ella para recibir gracia en el Sacramento.

Mas: aunque sea verdad que por los pecados veniales, y por otras faltas é imperfecciones que no llegan á pecado mortal, no pierde el hombre del todo el fruto de este Santísimo Sacramento, sino que recibe aumento de gracia, como dicen los teólogos; pero pierde aquel fruto copioso y abundante de gracias y virtudes, y otros efectos admirables que suele él obrar en las almas mas limpias y devotas; porque aunque los pecados veniales no quitan la caridad, amortiguan su fervor y disminuyen la devocion, que es la mas propia disposicion que para este divino Sacramento se requiere. Y asi, si queremos participar del copioso fruto de que suelen gozar los que se llegan á comulgar como deben, es menester ir limpios, no solo de pecados mortales, sino tambien de los veniales. Y así, el mismo Jesucristo nos enseñó esta disposicion con aquel ejemplo de lavar los pies á sus discípulos antes de comulgarlos (1), dándonos á entender, como dice San Bernardo (2), la limpieza y puridad con que nos habemos de llegar á este Santísimo Sacramento; no solo de pecados mortales, sino tambien de veniales, que es el polvo que se nos suele pegar á los pies.

San Dionisio Areopagita dice (3) que no solo de los pecados veniales, sino tambien de las demas faltas é imperfecciones pide el Señor limpieza con este ejemplo: *Exigit*, dice, *extremam munditiem*. Y trae á este propósito aquella ceremonia santa que usa la Iglesia en la misa, de lavarse el sacerdote las manos antes de ofrecer aquel sacro santo Sacrificio. Y pondera muy bien que no se lava todas las manos, sino solamente las estremidades de los dedos, para significar que no solamente habemos de ir limpios de los pecados graves, sino tambien de los ligeros y de las faltas é imperfecciones. Si allá Nabucodonosor mandó que escogiesen niños puros, limpios y hermosos (4), para darles y mantenerles de los manjares de su mesa; ¡cuánta mayor razon será que, para llegarnos á esta Mesa Real

(1) Concilium Trident. *sess.* XIII, *cap.* 7.
(2) Probet autem se ipsum homo, et sic de pane illo edat, et de calice bibat. *I. ad Cor.* XI, 28.

(1) Coepit lavare pedes discipulorum. *Joann.* XIII, 5.
(2) Bern. *serm. de Coena Domini.*
(3) D. Dionis. *cap.* 3 *de Eccles. hierar.*; et S. Thom. 3. *p. quaest.* 83, *art.* 5 *ad* 1.
(4) In quibus nulla esset macula. *Dan.* I, 4.

y Divina, vayamos con gran limpieza y puridad! Al fin, es Pan de ángeles, y así nos habemos de llegar á él con pureza de ángeles.

Pedro Cluniacense cuenta (1) de un sacerdote, en una parte de la Alemania que llaman de los Teutones, que habiendo primero sido de buena y santa vida, despues vino á caer miserablemente en cierto pecado deshonesto, y añadiendo pecados á pecados, se atrevia á llegar al altar y decir misa, sin haberse enmendado ni confesado; que este suele ser engaño de algunos que han vivido bien, que cuando les acontece alguna cosa vergonzosa, no se atreven á confesarla, ni á dejar de comulgar, por no perder la opinion y crédito que antes tenian: ciégales la soberbia. Quiso Dios castigarle piadosamente como Padre, con una cosa que le hizo abrir los ojos, y fué, que al tiempo de consumir, teniendo á Cristo en sus manos, se le desapareció de ellas: y de la misma manera el Sanguis se desapareció del Cáliz, quedando aquel dia sin comulgar y no poco espantado. Esto mismo le acaeció otras dos veces en que quiso volver á decir misa, por ver si Dios nuestro Señor mostraba la misma señal de indignacion con él que la primera. Y con esto conoció cuán grandes eran sus pecados y con cuánta razon tenia provocada contra sí la ira de Dios. Y lleno de muchas lágrimas se fué á los pies de su obispo, y con gran sentimiento y dolor le contó lo que le habia acaecido, confesó con él y recibió de su mano la penitencia que merecia de ayunos, disciplinas y otras asperezas, en las cuales se ejercitó mucho tiempo sin atreverse á llegar á celebrar, hasta que su prelado y pastor se lo vino á mandar ó dar licencia, cuando le pareció que ya habia bastantemente satisfecho á Dios por sus pecados. Y fué cosa maravillosa la que le acaeció en la primera misa que dijo; que despues de haber dicho la mayor parte de ella, con grandísimo sentimiento y lágrimas, queriendo consumir, súbitamente se le aparecieron delante las tres Hostias que antes por su indignidad se le habian desaparecido, y en el Cáliz halló toda aquella cantidad del Sanguis, queriendo con esta tan evidente señal mostrarle el Señor cómo ya sus pecados eran perdonados. Quedó muy agradecido á esta misericordia del Señor, y con mucha alegría recibió tambien las otras tres Hostias, y de allí adelante perseveró en muy perfecta vida. Este caso dice Pedro Cluniacense que se le contó el obispo de Claramonte delante de muchas personas. Cesario en sus Diálogos cuenta otro ejemplo semejante (1).

(1) Petrus Cluniacensis, *lib. 1 de miracul., cap. 2.*

## CAPITULO V.

### De otra disposicion y preparacion mas particular con que nos habemos de llegar á este divino Sacramento.

Para gozar cumplidamente de los frutos admirables que trae consigo este divino Sacramento, dicen los Santos y maestros de la vida espiritual que nos habemos de procurar preparar con otra disposicion mas particular, que es con actual devocion. Y así declararemos aquí qué devocion ha de ser esta y cómo la despertaremos en nosotros. Para esto dicen que nos habemos de llegar á la Sagrada Comunion: lo primero, con grandísima humildad y reverencia; lo segundo, con grandísimo amor y confianza; lo tercero, con grande hambre y deseo de este Pan celestial. A estas tres cosas se pueden reducir todas las maneras de afec-

(1) Cesarius, *lib. 2, dialog. cap. 5.*

tos con que podemos despertar la actual devocion, así antes de recibir este Santísimo Sacramento, como al tiempo de comulgar y tambien despues de la Comunion. Y están llenos los libros de consideraciones á este propósito, muy buenas y muy bien dilatadas; y así, solamente tocaremos algunas de las mas ordinarias que suelen ser las mas provechosas, abriendo el camino para que sobre ese fundamento pueda cada uno discurrir por sí; porque eso le moverá mas y le será de mas provecho, conforme á la doctrina que de esto tenemos en el libro de los Ejercicios Espirituales (1).

Pues lo primero, habemos de llegar á este Santísimo Sacramento con grandísima humildad y reverencia, la cual se despertará en nuestra ánima, considerando por una parte aquella Soberana Magestad y grandeza de Dios que verdadera y realmente está en aquel Santísimo Sacramento, y es el mismo Señor que con sola su voluntad crió, conserva y gobierna los cielos y la tierra, y con sola ella lo puede todo aniquilar; en cuya presencia, los ángeles y mas altos serafines encogen las alas, tiemblan y se estremecen con profundísima reverencia, segun aquello de Job: "las columnas del cielo tiemblan y se espantan á una seña suya (2);" y por otra parte, volviendo luego los ojos á nosotros mismos, mirando nuestra bajeza y miseria. Y así, unas veces nos podemos llegar con el corazon de aquel publicano del Evangelio, que no osaba acercarse al altar, ni alzar los ojos al cielo, sino de lejos, con mucha humildad, heria sus pechos, diciendo: "Señor, habed misericordia de mí, que soy gran pecador (3)." Otras veces nos podemos llegar con aquellas palabras del hijo pródigo: "Señor, pequé contra el cielo y contra vos, ya no merezco llamarme hijo vuestro; recibidme como á uno de los jornaleros de vuestra casa (4)." Otras, con aquellas palabras de Santa Isabel: "¿De dónde esto á mí (2)?" como dijimos arriba (3). Será tambien muy bueno considerar con atencion aquellas palabras que tiene instituidas la Iglesia para el tiempo de comulgar, tomadas del Sagrado Evangelio: "Señor, no soy digno que entreis en mi morada, mas decid con vuestra palabra y quedará sana mi alma (4)." Señor, no soy digno; pero por eso me llego para que vos me hagais digno. Señor, flaco soy y enfermo; pero por eso me llego, para que vos me saneis y me esforceis; porque, como vos digistes (5), no tienen los sanos necesidad de médico, sino los enfermos, y para eso señaladamente venistes vos.

Eusebio, escribiendo la muerte de San Gerónimo, que se halló á ella y fué su discípulo, dice que, estando para recibir este Santísimo Sacramento, admirado por una parte de la magestad y bondad inmensa del Señor, y volviendo por otra parte los ojos á sí, decia: «¿Cómo, Señor, os humillais ahora tanto que quereis venir y descender á un hombre publicano y pecador, y no solo quereis comer con él, sino que mandais que él os coma á vos (6)?» En el libro segundo de los Reyes cuenta la Sagrada Escritura que dijo David á Mifiboset, hijo de Jonatás: "Tú comerás siempre á mi mesa (7)." Respondió él: "¿Quién soy

(1) S. P. N. Ignatius, lib. *Exercit. spirit. in annotationibus in principio positis, annotat.* 2.

(2) Columnae coeli contremiscunt, et pavent ad nutum ejus. *Job.* XXVI, 11.

(3) Deus propitius esto mihi peccatori. *Luc.* XVIII, 13.

(4) Domine non sum dignus, ut intres sub tectum meum; sed tantum dic verbo, et sanabitur anima mea. *Matth.* VIII, 8.

(5) Matth. IX, 12.

(6) Cur nunc tantum te humilias, ut patiaris ad hominem descendere publicanum, et peccatorem: et non solum cum illo manducare vis, sed te ipsum manducari ab illo jubes? *Hieron.*

(7) Tu comedes panem in mensa mea semper. *II. Reg.* IX, 7.

yo, para poner los ojos en mí, sino como un perro muerto (1)?" Si dice esto Mifiboset, por verse convidado á la mesa de un rey; ¿qué será bien que diga un hombre convidado á la mesa de Dios? Ya que no podemos llegar á este divino Sacramento con la disposicion que él merece, suplámoslo con humildad y reverencia, y digamos con el Real Profeta y con el Santo Job: "¿Quién es, Señor, el hombre, para que le visiteis y magnifiqueis y engrandezcais tanto (2)?" Con razon se admira y canta la Iglesia: «¡Oh cosa admirable, que el siervo pobre y bajo reciba en su boca y en su pecho á su Dios (3)!»

Lo segundo, habemos de llegar á este Santísimo Sacramento con grandísimo amor y confianza; y para avivar este afecto en nosotros, habemos de considerar la bondad y misericordia y amor infinito del Señor, que tanto aquí resplandece, como al principio dijimos (4). Porque ¿quién no amará á quien tanto nos amó? ¿Quién no confiará en quien tanto bien nos hizo? El que nos dió á sí mismo, ¿qué no nos dará? Dice muy bien San Crisóstomo: «¿Qué pastor hubo que apacentase sus ovejas con su propia sangre? ¿Y qué digo pastor? Muchas madres hay que despues de los dolores del parto, entregan á sus propios hijos á otras mujeres que les den leche y los crien; mas esto no lo consintió él, sino con su propia Sangre nos mantiene, y uniéndonos consigo nos realza y ennoblece y hace crecer en todo (5).»

La tercera cosa que pide este Santísimo Sacramento, es que nos lleguemos á él con grande hambre y deseo. «Este pan, dice San Agustin (1), busca la hambre del hombre interior.» Asi como el manjar corporal entonces parece que entra en provecho, cuando se come con hambre; asi tambien este divino manjar nos entrará en grande provecho, si va el alma á él con grande hambre, ansiosa de unirse con Dios y de alcanzar algun don y merced particular. "Al ánima hambrienta harta Dios de bienes (2)." Y lo mismo dijo la Santísima Reina de los Angeles en su Cántico: "A los hambrientos llenó de bienes (3)." Para despertar esta hambre y deseo en nuestras almas, nos ayudará considerar, por una parte, nuestra grande necesidad, y por otra, los efectos admirables que obra este Santísimo Sacramento. Asi como cuando Cristo nuestro Redentor andaba acá en el mundo, á todos los que llegaban á él los sanaba de todas sus enfermedades, y no se lee que alguno le pidiese salud y se la negase: llegó á él aquella mujer que padecia flujo de sangre, tocó el ruedo de su vestidura, y luego quedó sana; llegó á sus pies aquella pecadora del Evangelio, y quedó perdonada; llegaban á él los leprosos, y quedaban limpios; llegaban á él los endemoniados, los ciegos, los paralíticos, y todos quedaban buenos y sanos; "porque salia de él virtud que los sanaba (4)." Así hará tambien en este Santísimo Sacramento, si llegamos con esta hambre y deseo, pues es el mismo que entonces y no ha mudado de condicion.

---

(1) Quis ego sum servus tuus, quoniam respexisti super canem mortuum similem mei? *Ib.*

(2) Quid est homo, quod memor es ejus; aut filius hominis, quoniam visitas eum? *Ps.* VIII, 5.—Quid est homo, quia magnificas eum? *Job.* VII, 17.

(3) O res mirabilis, manducat Dominum pauper servus, et humilis. *Eccl.*

(4) Cap. 1.

(5) Quis pastor oves proprio pascit cruore? Et quid dico pastor? Matres multae sunt, quae post partus dolores, filios aliis tradunt nutricibus; hoc autem ipse non est passus; sed ipse nos proprio Sanguine pascit, et per omnia nos sibi coaugmentat. *Chrys. hom.* 60, *ad populum, et hom.* 83 *in Matth.*

(1) Panis iste esuriem quaerit hominis interioris. *Aug.*

(2) Et animam esurientem satisvit bonis. *Ps.* CVI, 9.

(3) Esurientes implevit bonis. *Luc.* I, 53.

(4) Quia virtus de illo exibat, et sanabat omnes. *Luc.* VI, 19.

## CAPITULO VI.

En que se ponen otras consideraciones, y modos de prepararse para la Sagrada Comunion, muy provechosas.

Entre otras consideraciones con que nos podemos preparar para la Sagrada Comunion, es muy propia la memoria de la Pasion, considerando aquella inmensidad de amor con que el Hijo de Dios se ofreció por nosotros en la cruz: porque una de las razones principales por que Cristo nuestro Redentor instituyó este Divino Sacramento, fué para que tuviésemos siempre presente y viva en la memoria su Pasion, y asi nos mandó que cada vez que le celebrásemos, nos acordásemos de ella: "Haced esto en memoria mia (1)." Y nos lo repite el glorioso Apóstol San Pablo: "Cuántas veces comiéreis este pan, ó bebiéreis este Cáliz, anunciareis la muerte del Señor (2)." Y asi S. Buenaventura aconseja mucho esta devocion; que cada vez que vamos á comulgar, consideremos un paso de la Pasion. Y él dice que usaba hacerlo asi y que con esto su ánima se derretia en amor de Dios (3). El bienaventurado San Crisóstomo dice que el que llega á comulgar, ha de hacer cuenta que todas las veces que comulga pone la boca en aquella preciosa llaga del costado de Cristo, y chupa su Sangre, participando de todo lo que él nos ganó con ella. Santa Catalina de Sena cada vez que comulgaba hacia cuenta que iba, como cuando era niña, al pecho de su madre. Otros, como este Soberano Sacramento es memoria de la Pasion de Cristo, imaginan á Cristo crucificado, y hacen calvario de su corazon, y fijan alli la cruz del Señor, y abrazándose con ella, recogen en si las gotas de Sangre que por ella caen. Otros hacen cuenta que se hallan en aquella cena que cenó Cristo nuestro Redentor con sus discípulos la noche de su Pasion, como si estuvieran alli sentados entre los Apóstoles y que reciben de su mano su sagrado Cuerpo y Sangre. Y esta no es solamente consideracion y representacion de aquella Cena, sino en realidad de verdad esta es aquella misma mesa, el mismo convite; y el mismo Señor, que dió entonces su Cuerpo y Sangre á sus Apóstoles, él mismo nos le dá ahora á nosotros por ministerio de los sacerdotes y con el mismo amor que entonces lo dió.

Tambien es muy buena preparacion ejercitarse en la consideracion de los puntos siguientes: lo primero, quién es el Señor que viene, que es el Criador de todas las cosas, Rey y Señor de los cielos y tierra, Dios de infinita Magestad y perfeccion. Lo segundo, á quién viene, que es á mi que soy polvo y ceniza y que muchas veces le he ofendido. Lo tercero, á qué viene, que es á comunicarme el fruto de su Pasion y los dones preciosísimos de su gracia. Lo cuarto, qué le mueve á venir, que es, no su interés, porque es Señor de todas las cosas y no tiene necesidad de nadie, sino puro amor y deseo de que mi alma se salve y esté siempre acompañada de su gracia. Lo quinto, se ha de ejercitar uno en los actos de las tres virtudes teologales, fé, esperanza y caridad.

Y porque nosotros no podemos dignamente prepararnos para recibir este Señor si él no nos lo da, habémosle de pedir que él disponga y atavíe nuestra alma con la humildad, limpieza, amor y reverencia que conviene, alegando para ello aquella razon comun: «Señor, si un rey poderoso y rico se hubiese de hospedar en casa de una viu-

---

(1) Hoc facite in meam commemorationem. *Luc.* XXII, 19.

(2) Quotiescunque manducabitis panem hunc, et calicem bibetis, mortem Domini annunciabitis. *I. ad Cor.* XXI, 24 *et* 26.

(3) Liquefiebat anima ejus. *D. Bonav. de præparatione ad missam, c.* 6, *et in fasciculario, c.* 8. *Cant.* V, 6.

da pobre, no esperaria que ella le aderezase el palacio donde habia de reposar, sino enviaria delante su recámara y criados que lo aderezasen. Pues hacedlo Vos así con mi alma pobre, pues venís á hospedaros en ella; enviad, Señor, vuestra recámara delante y vuestros ángeles para que aderecen y adornen esta posada, que tan sucia ha estado y tan llena de telarañas de pecados, y la hagan digna morada vuestra.» Y volviéndonos á la Soberana Virgen y á los Santos, nuestros devotos, pidámosles con humildad nos alcancen el cumplimiento de esta peticion.

Fuera de estas preparaciones, añadiremos aquí una muy fácil y muy provechosa, y de mucho consuelo para todos. Cuando no llegáredes á tener aquel fervor y aquellos deseos encendidos que querriades y era razon tener para recibir tan gran Señor, ejercitaos en tener gran voluntad y deseo de tener estos deseos, y con eso suplireis lo que os falta; porque Dios mira el corazon, y recibirá y aceptará lo que deseais tener como si lo tuviésedes, conforme á aquello del Profeta: "El deseo de los pobres oyó el Señor; la preparacion de sus corazones oirá tu oido (1)." Esta devocion y preparacion, dice Blosio (2), que enseñó Dios á Santa Matilde. Díjole una vez el Señor: «Cuando has de recibir la Sagrada Comunion, desea, á gloria de mi nombre, tener todo el deseo y amor con que ardió algun tiempo para conmigo el mas encendido corazon, y de esta manera te puedes llegar á mí; porque pondré yo los ojos en aquel amor, y lo recibiré conforme á como deseas tenerlo.» Lo mismo se lee de Santa Gertrudis (3). Estando esta Santa un dia para recibir el Santísimo Sacramento, como recibiese mucha pena por no estar tan preparada, rogó á la gloriosa Vírgen María y á todos los Santos que ofreciesen á Dios por ella toda la preparacion y merecimientos con que cada uno de ellos se habia preparado algun dia para recibirle; por lo cual la dijo el Señor: «Verdaderamente que delante de los cortesanos del cielo pareces con aquel aderezo que pediste (1).» De manera que será muy buena disposicion y preparacion desear llegar á recibir este Santísimo Sacramento con aquel fervor y amor con que los grandes Santos se llegaban á él, y desear y pedir al Señor que lo que á nosotros nos falta, lo supla de los merecimientos y virtudes de Jesucristo y de sus Santos. Y de esto mismo nos podemos ayudar para el hacimiento de gracias, como luego diremos en el capítulo siguiente; y tratando de la oracion dimos tambien este medio para suplir nuestras faltas (2).

Con estas ú otras semejantes consideraciones habemos de despertar en nosotros la actual devocion con que los Santos dicen que nos habemos de llegar á la Sagrada Comunion, unas veces con unas y otras con otras, como cada uno mejor se hallare; pero háse de advertir que, para prepararnos de esta manera y hacer en esta parte lo que debemos, es menester que tomemos algun tiempo para gastar en ello. Nuestro P. San Francisco de Borja, en el tratado que hace de la preparacion para la sagrada Comunion, pone tres dias antes para prepararse y tres dias despues para hacimiento de gracias, y da muchas consideraciones y ejercicios en que se ocupen estos dias; y seria ese un medio muy bueno para andar toda la semana y toda la vida devo-

(1) Desiderium pauperum exaudivit Dominus; praeparationem cordis eorum audivit auris tua. *Ps.* IX, 38.

(2) Ludovicus Blosius, *c.* 6, *Monilis spiritualis.*

(3) Blosius, *ubi supra.*

(1) Jam vere omnibus coeli civibus appares in eo ornatu, quem tibi petisti. *Blos. ubi supra.*

(2) 1 p. trat. 5, cap. 19.

tos y recogidos, parte con la esperanza de recibir tan gran Señor, parte con la memoria del beneficio recibido. Porque solo pensar mañana tengo de comulgar ó acordarme que hoy ó ayer comulgué, basta para traer recogido el corazon; pero si no fuere tanto como eso el tiempo que tomáremos para esta preparacion, á lo menos es razon que aquella mañana que uno ha de comulgar, gaste la oracion ó parte de ella en alguna ó algunas de las consideraciones dichas. Y ayudará mucho que la noche antes de la comunion, cuando nos vamos á acostar, sea con aquel cuidado y pensamiento que tengo de comulgar mañana; y cuantas veces despertáremos sea con el mismo pensamiento. Y á la mañana, apenas habemos de haber abierto los ojos, cuando ya estemos abrazados con el mismo pensamiento. Porque si para la oracion de cada dia pide esto nuestro Padre en las advertencias que para ella da (1); ¿cuánta mayor razon será que se haga el dia que habemos de recibir tan alto Sacramento?

## CAPITULO VII.

De lo que habemos de hacer despues de recibido este divino Sacramento, y cuál ha de ser el hacimiento de gracias.

Así como antes de comer suele ser provechoso algun ejercicio corporal que avive el calor natural, así lo es antes de la comunion tener algun ejercicio de la meditacion y consideracion que avive el calor del alma, que es la devocion y amor, de lo cual habemos ya dicho. De la misma manera, sobre comida tener un rato de conversacion es cosa muy saludable, y lo será tambien despues de esta divina comida; y de esto trataremos ahora. Este es el mejor tiempo para negociar con Dios y para abrazarle dentro de nuestro corazon. Y así es razon que nos sepamos aprovechar de él y que no dejemos pasar en valde ni una partecica de él, conforme á aquello del Sábio: "No seas defraudado del buen dia: y ni una parte de este buen don se te pase (1)." En lo que se ha de gastar este tiempo, ha de ser en algunas consideraciones y afectos semejantes á los que dijimos que habian de preceder á la sagrada Comunion. Y particularmente nos habemos de ocupar, lo primero, en alabanzas y hacimiento de gracias por todos los beneficios recibidos, y señaladamente por el beneficio inestimable de nuestra redencion, y por este que aquí nos hace el Señor, dándosenos á sí mismo y entrando en nuestras entrañas. Y porque nosotros no sabemos, ni podemos dar las debidas gracias por tan alto beneficio, para suplir nuestra insuficiencia habemos de ofrecer al Señor todas las gracias y alabanzas que le dieron y dan todos los serafines y coros de los ángeles desde el principio del mundo, y todos los Santos bienaventurados mientras vivieron en el mundo, y mas principalmente las que ahora le dan en la gloria y las que le han de dar por toda la eternidad, y juntar nuestras voces con las suyas, deseando alabarle con los corazones y lenguas de todos (2); y convidar á todas las criaturas á que nos ayuden á lo mismo (3). Y porque ni aun todo eso llega á lo que se debe á Dios, porque es mayor que toda alabanza, habemos de querer y estarnos holgando y regocijando de que él se ame y alabe á sí mismo, que

(1) Ignat. *lib. Exercit. spiritual. in Additionibus primae Hebdomadae.*

(1) Non defrauderis a die bono. Et particula boni doni non te praetereat. *Eccl.* XIV, 14.

(2) Cum quibus, et nostras voces ut admitti jubeas deprecamur. *Praef. Mis.*

(3) Magnificate Dominum mecum, et exaltemus nomen ejus in idipsum. *Ps.* XXXIII, 4.

solo se puede amar y alabar bastantemente.

Lo segundo, habemos de ocupar este tiempo en actos de amor de Dios; porque aquí principalmente há lugar el ejercicio de aquellas santas inspiraciones, que no son otra cosa que unos actos amorosos y unos deseos entrañables de aquel sumo bien, cuáles eran los del Profeta, cuando decia: «Amete yo, Señor, fortaleza mia (1).» «Así como el ciervo, herido de los cazadores, desea las fuentes de las aguas, asi mi ánima, herida de amor, desea á tí, Dios mio (2).»

Lo tercero, habemos de ocupar este tiempo en peticiones; porque es muy propio tiempo para despachar nuestros negocios y alcanzar mercedes de Dios. De la reina Ester cuenta la Sagrada Escritura (3) que no quiso declarar al rey Asuero su peticion, sino pídele que sea su convidado y que allí se la declarará. Hácese asi y allí alcanzó todo lo que pidió: asi aquí en este convite, donde el Rey de los reyes es nuestro convidado, ó por mejor decir, nosotros suyos, alcanzaremos todo lo que pidiéremos, porque llegamos en buen dia (4) y en buena coyuntura. Y podemos decir lo que Jacob, luchando con Dios, dijo: "No os dejaré, Señor, si primero no me dais vuestra bendicion (5)." Cuando entrastes en casa de Zaqueo dijistes: "Hoy ha venido la salud á esta casa (6);" decid ahora, Señor, otro tanto de esta casa donde habeis entrado: "Sea hecha hoy salud en mi ánima (7)."

Aquí habemos de pedir á Dios perdon de nuestros pecados, fortaleza para vencer nuestras pasiones y resistir á las tentaciones; gracia para alcanzar las virtudes, la humildad, la obediencia, la paciencia, la perseverancia: y no solamente ha de pedir uno para sí, sino ha de rogar á Dios por las necesidades de la Iglesia, generales y particulares, por el Papa, por el rey y por todos los que gobiernan la república cristiana, en lo espiritual y temporal, y por otras personas particulares, á quien tiene obligacion ó devocion, á manera que lo hacemos en el Memento de la misa, y diremos despues (1).

(1) Diligam te, Domine, fortitudo mea. *Ps.* XVII, 1.
(2) Quemadmodum desiderat cervus ad fontes aquarum, ita desiderat anima mea ad te, Deus. *Ps.* XLI, 2.
(3) Esther V, 8; VII, 3.
(4) In die enim bona venimus, *I. Reg.* XXV, 8.
(5) Non dimittam te, nisi benedixeris mihi. *Gen.* XXXII, 26.
(6) Hodie salus domui huic facta est. *Lucae* XIX, 9.
(7) Dic animae meae salus tua ego sum. *Ps.* XXXIV, 3.

## CAPITULO VIII.

### De otra manera de accion de gracias.

Algunos dan gracias despues de la Sagrada Comunion, de la manera siguiente: imaginan y consideran á Cristo nuestro Señor dentro en sus entrañas como en un estrado ó sitial, y llaman á todas sus potencias y sentidos para que le reconozcan y reverencien por su Señor y su Rey; á la manera que acá, cuando uno hospeda en su casa alguna persona principal, suele llamar á todos sus hijos y allegados para que le reverencien y reconozcan. Y con cada uno de sus sentidos y potencias hacen tres cosas: la primera, darle gracias porque les dió aquella potencia ó sentido; la segunda, acúsanse y duélense de no haberle empleado en aquello para que el Señor se le dió; la tercera, piden favor y gracia para enmendarse de ahí adelante; y es muy buena y provechosa manera de dar gracias. Y en efecto, es el primer modo de orar de los tres que nuestro Padre pone en el libro de los Ejercicios Espirituales (2).

Otros, imaginándose enfermos en todos

(1) Cap. XV.
(2) S. P. N. Ignatius, *lib. Exercit. spirit.*

sus sentidos y potencias, como Cristo es médico que sana todas las enfermedades (1), le llevan por todas ellas, como al médico por las enfermerías, pidiéndole: «Señor, mirad estos mis ojos enfermos, esta lengua, etc., y compadeceos de mí, y sanadme (2); ten misericordia de mí, Señor, porque estoy enfermo: sana á mi alma que pecó contra tí (3).»

Adviértase aqui que, para ejercitarnos en estos ejercicios y en otros semejantes, en este tiempo, no es menester fingir la composicion de lugar, ni buscarla fuera de nosotros, pues tenemos presente y dentro de nuestro pecho al mismo Jesucristo, no solamente cuanto á la presencia de su Divinidad, la cual está en todo lugar, sino tambien cuanto á la presencia de su santísima Humanidad, la cual está realmente en nuestras entrañas por todo el tiempo que duran las especies sacramentales, que es por todo el tiempo que durara la sustancia del pan, si allí estuviera: pues si el mirar una imágen de Cristo nos recoge para tener oracion, ¿qué será mirar al mismo Cristo, que está aqui presente, no en dibujo como en el Crucifijo, sino en su propia persona? Y así, cada uno se ha de convertir á sí mismo, considerando dentro de sí á Cristo, como lo hacia la Sacratísima Reina de los Angeles cuando le traia en sus entrañas, y tratar allí con su Amado, diciendo con la Esposa: "Hallado hé al que ama mi ánima: téngole, no le dejaré (4)."

Para que nos animemos á detenernos y gastar mas tiempo en el hacimiento de gracias, nos podrá ayudar una cosa que dicen aqui los teólogos (1); y es, que por todo el tiempo que duran las especies sacramentales y la real presencia de Cristo en nuestro pecho, mientras mas uno se ejercitare en semejantes actos, recibirá mayor gracia, no solamente por el mayor mérito de los actos que llaman *Ex opere operantis*, sino *Ex opere operato*, por la virtud del Sacramento, de la manera que deciamos tratando de la disposicion (2).

De lo dicho se verá cuán mal hacen los que dejan perder este tiempo en que tanto podian ganar; y en acabando de recibir tal huésped en su casa, luego le vuelven las espaldas, y apenas ha entrado él por una puerta, cuando ellos se salen por otra, dejándole, como dicen, con la palabra en la boca. Si acá tendríamos por muy mala crianza recibir en su casa un huésped de respeto, y despues de recibido, no le hablar, ni ofrecer servicio alguno, ¿qué será á un tal huésped como este?

De la gloriosa virgen Margarita, hija del rey de Ungría, cuenta Surio, que cuando habia de comulgar, el dia antes no comia mas de pan y agua, en reverencia de aquella comida y manjar celestial que esperaba, y luego toda la noche entera pasaba en oracion; despues de comulgar gastaba todo aquel dia en rezar y orar, hasta la noche, que tomaba alguna poca de comida.

## CAPITULO IX.

Del fruto que habemos de sacar de la sagrada Comunion.

Las virtudes y efectos admirables que los Santos declaran de este divino Sacra-

(1) Qui sanat omnes infirmitates tuas. *Ps.* CIII, 3.
(2) Domine, veni, et vide. *Joann.* XI, 34.
(3) Miserere mei, Domine, quoniam infirmus sum; sana animam meam, quia peccavi tibi. *Ps.* VI, 3.—*Ps.* XL, 5.
(4) Inveni quem diligit anima mea: tenui eum, nec dimittam. *Cant.* III, 4.

(1) Cayet. Gab. Major. Paludanus, et alii quos refert P. Fr. Suarez, *tom.* 3, *in* 3 *part. disput.* 63, *sect.* 7, dicens esse valde probabile.
(2) Cap. III.

mento, no solamente son para descubrirnos su escelencia, y el amor y caridad inmensa que nos tuvo el Señor, sino tambien para que pongamos los ojos y el corazon en ellos, para sacar ese fruto de la sagrada Comunion; y asi iremos diciendo algunos de ellos para este fin. Este divino Sacramento, asi como todos los otros, tiene un efecto comun con todos los demas Sacramentos, que es dar gracia al que dignamente le recibe; y tiene otro efecto propio, con que se diferencia de los demas Sacramentos, el cual llaman los teólogos *refeccion espiritual*, que es ser mantenimiento del alma, con el cual ella se rehace, restaura y toma fuerzas para resistir á sus apetitos y abrazarse con la virtud; y asi, sobre aquellas palabras que dijo Cristo nuestro Señor: "Mi Carne es verdadero manjar, y mi Sangre verdadera bebida (1)," dicen comunmente los Santos, y dícelo tambien el Concilio Florentino, que todos los efectos que obra el mantenimiento corporal en los cuerpos, obra espiritualmente este divino manjar en las almas. Y por esto dicen que quiso Cristo nuestro Señor instituír este Santísimo Sacramento en especie de mantenimiento, para que en la misma especie en que le instituia nos declarase los efectos que obraba y la necesidad que nuestras almas tenian de él. Pues conforme á esto, asi como el mantenimiento corporal sustenta la vida del cuerpo, y renueva las fuerzas, y en cierta edad hace crecer, asi tambien este Santísimo Sacramento sustenta la vida espiritual, rehace las fuerzas del alma, repara la virtud enflaquecida, fortalece al hombre contra las tentaciones del enemigo, y hácele crecer hasta su debida perfeccion. Este es el pan que conforta y esfuerza el corazon del hombre (1), y con el cual esforzados, como Elias, habemos de caminar hasta llegar al monte de Dios, Horeb (2).

Mas: tiene otra propiedad el manjar corporal, que es dar gusto y sabor al que come; y tanto mayor, cuanto es mejor y mas precioso el manjar y el paladar está mas bien dispuesto: asi tambien este divino manjar, no solamente nos sustenta, conserva y esfuerza, sino tambien causa un gusto y suavidad espiritual, conforme á aquello que dijo el Patriarca Jacob en aquellas bendiciones proféticas que á la hora de su muerte echó á sus hijos, anunciando lo que habia de ser en la Ley Evangélica; cuando llegó á su hijo Aser, dice: "Aser, fértil es su pan y dará delicias á los reyes (3)." Cristo es Pan fertilísimo, suavísimo y gustosísimo. Dice Santo Tomas (4) que es tan grande el gusto y deleite que causa este Pan celestial en aquellos que tienen purgado el paladar de su ánima, que con ningunas palabras se puede esplicar, por gustarse aqui la dulzura espiritual en su misma fuente, que es Cristo nuestro Salvador, fuente de toda suavidad y vida de todas las cosas; el cual, por medio de este Sacramento, entra en el ánima del que comulga. Y muchas veces es tanta esta suavidad, que no solo recrea el espíritu, sino redunda tambien en la misma carne, conforme á aquello del Profeta: "Mi corazon y mi carne se alegraron en Dios vivo (5)."

De ahí nace lo que dice San Buenaventura (6), que muchas veces acaece llegar una persona muy debilitada y flaca á la sagrada Comunion, y ser tan grande la ale-

(1) Joann. VI, 56.

(1) Ps. CIII, 15.
(2) III. Reg. XIX, 8.
(3) Aser, pinguis panis ejus, et praebebit delicias regibus. *Gen.* XLIX, 20.
(4) S. Thom., opusc. 57.
(5) Cor meum, et caro mea exultaverunt in Deum vivum. *Ps.* LXXXIII, 3.
(6) Bonav. *lib. de perfect. ad sororem suam.*

gria y consolacion que recibe con la virtud de este manjar, que se levanta de ahí tan esforzada como si ninguna flaqueza tuviera. Guimando Adversano, obispo, autor antiguo, escribe de aquellos monjes antiguos, que era tanto el consuelo y fortaleza que sentian con la sagrada Comunion, que algunos con solo este sustento se pasaban sin ninguna otra comida, siéndoles este todo su consuelo y sustento, asi para el alma como para el cuerpo; y el dia que no comulgaban, sentian en sí una flaqueza y desmayo grande, y les parecia desfallecian y que no podian vivir. Y dice que á algunos les llevaba un ángel la Comunion á su celda. En las Crónicas de la Orden Cisterciense les cuenta de un monge que siempre que comulgaba le parecia recibir un panal de miel, cuya suavidad le duraba tres dias.

Pues conforme á esto, el fruto que nosotros habemos de sacar de la Sagrada Comunion ha de ser un ánimo varonil para caminar é ir adelante en el camino de Dios, una fortaleza muy grande para mortificar nuestras pasiones y resistir y vencer las tentaciones. Para eso nos preparó el Señor esta mesa (1). En las demas mesas, quien tiene enemigos, teme y no osa estar; pero en esta recibe el hombre esfuerzo y fortaleza para vencer á todos sus enemigos. Y asi dice San Crisóstomo que nos habemos de levantar de esta sagrada mesa como unos leones, echando fuego por la boca con que espantemos y nos hagamos terribles á los demonios (2). Y este efecto nos significó Cristo nuestro Redentor, cuando acabando de comulgar á sus discípulos, les dijo: "Levantaos, y vamos de aquí (3)." Como quien dice: «ya habeis comulgado, levantaos y vamos á padecer.» Y asi vemos que en la primitiva Iglesia, cuando se frecuentaba tanto este divino Sacramento, no solo tenian los cristianos fuerzas para guardar la ley de Dios, sino para resistir á la fuerza y rabia de los tiranos, y dar la sangre y la vida por Cristo.

(1) Parasti in conspectu meo mensam, adversus eos, qui tribulant me. *Ps.* XXII, 5.

(2) Tanquam leones ignem spirantes, ab hac mensa recedamus, facti diabolo terribiles. *Chrys. hom.* 61 *ad populum, et* 45 *in Joann.*

(3) Surgite, eamus hinc. *Joann.* XIV, 31.

## CAPITULO X.

Que el frecuentar la sagrada Comunion es gran remedio contra todas las tentaciones, y particularmente para conservar la castidad.

Contra todas las tentaciones dicen los Santos que es gran remedio frecuentar este divino Sacramento; porque, fuera de dar grande fortaleza, enflaquece las pasiones y los hábitos é inclinaciones malas, disminuye el fuego de la concupiscencia, que es raiz de todos los males, y hácenos prontos para cumplir la voluntad de Dios.

Santo Tomás dice (1) que una de las razones por que este Santísimo Sacramento nos defiende y libra de las tentaciones y de las caidas, es porque como es memorial de la Pasion de Cristo, por la cual los demonios fueron vencidos, en viendo en nosotros el Cuerpo y Sangre de Cristo, ellos echan á huir y los santos ángeles nos acompañan y ayudan. San Ignacio y San Cirilo aconsejan (2) por esta razon la frecuencia de este Santísimo Sacramento para que huyan los demonios de nosotros. Y San Crisóstomo dice: «Si la Sangre del Cordero, figura de este Sacramento, puesta en los umbrales de las puertas de las casas, libraba á sus moradores del castigo y matanza que iba haciendo el ángel destrui-

(1) S. Thom. 3. *part. quaest.* 69, *art.* 7.

(2) Ignat. *epist. ad Ephes.*—Cyril. *lib.* 3 *in Joann. cap.* 37.

dor (1), ¿cuánto mas lo hará este divino Sacramento (2)?

Pero particularmente, dicen los Santos, que es este eficacísimo remedio para vencer las tentaciones deshonestas y conservar la castidad; porque pacifica los movimientos de la carne, mitiga el *Fomes peccati*, y como San Cirilo dice, apaga el ardor y apetito de la sensualidad como el agua al fuego. De esta manera declaran San Gerónimo y Santo Tomás (3) y otros Santos aquello del Profeta Zacarías: "¿Qué es lo bueno suyo, y qué es lo hermoso suyo, sino el trigo de los escogidos y el vino que engendra vírgenes (4)?" Dicen que es virtud y efecto particular de este manjar celestial engendrar vírgenes. Así como el mantenimiento corporal, cuando es bueno, cria buena sangre y buenos humores, así este divino manjar cria en nostros castidad y pureza de afectos. De donde vino á decir San Cirilo que este divino Sacramento, no solo santifica el ánima, sino tambien el cuerpo, cumpliéndose aquello que la Iglesia pide en el sacrificio de la misa (5). Es la harina de Eliseo, que quita la ponzoña de la olla y la dá sazon (6). Y como tocando aquella muger del Evangelio el ruedo de la vestidura del Salvador, cesó en ella el flujo de sangre (7), y entrando el Arca del Testamento en el Jordan, las aguas se detuvieron hácia arriba y dejaron de correr (8): así entrando Cristo en nuestro cuerpo se detienen las tentaciones, y cesa el ardor y fuego de la concupiscencia. Con razon esclaman los Santos: «¡Oh dichoso fruto de este divino Sacramento, pues engendra castidad y hace vírgenes (1)!» Un doctor grave dice (2) que no hay medio tan eficaz para ser uno casto, como el frecuentar devotamente la sagrada Comunion.

Cuenta Nicéforo Calisto, Gregorio Turonense, Nauclero y otros graves autores (3), una cosa maravillosa que aconteció en la ciudad de Constantinopla. Y fué, que habiendo costumbre muy antigua en la iglesia griega, de consagrar el Cuerpo Santísimo de nuestro Señor Jesucristo en panes como los que se hacen para comer, de aquellos panes consagrados comulgaban al pueblo; y si algunas reliquias sobraban en la Custodia, llamaban los sacerdotes algunos niños de los mas virtuosos que andaban á la escuela y de cuya sinceridad se pudiese tener mayor satisfaccion, y estando ayunos, les daban aquellas santísimas reliquias para que las recibiesen. Y esto dice el mismo Nicéforo que pasó con él muchas veces, siendo niño y de poca edad y criándose en la Iglesia. Acaeció, pues, que yendo una vez los niños, que para esto estaban llamados, fuese entre ellos un hijo de un judío, oficial de hacer vidrio, y comulgó juntamente con ellos. Con esto tardó el niño de acudir á casa á la hora acostumbrada, y preguntándole su padre de dónde venia, dijo que de la iglesia de los cristianos, y que habia comido del otro pan que daban á los muchachos. Tomóle al judío tan grande ira contra su hijo, que sin esperar mas razones, le tomó y le echó en el horno de vidrio que estaba encendido, y cerró la puerta del horno. La madre, hallando menos á su hijo, y viendo que pasaba mucho tiempo y no parecia, salió á buscarle por toda la ciudad

(1) Exod. XII, 22.
(2) Chrysost. *hom.* 61 *ad popul. antiochen.*
(3) S. Thom. *opusc.* 58, *cap.* 26.
(4) Quid enim bonum ejus est, et quid pulchrum ejus, nisi frumentum electorum, et vinum germinans virgines? *Zach.* IX, 17.
(5) Fiat nobis ad salutem mentis, et corporis.
(6) IV. Reg. IV, 41.
(7) Luc. VIII, 44.
(8) Josue III, 16.

(1) O felix fructus ubertatis, ex quo virginitas germinatur!
(2) Viguerius *in institutionibus theologicis*, *cap.* 16, §. 3.
(3) Nicephor. Calixtus *in sua histor. Eccl. lib.* 17, *cap.* 25.—Gregor. Turonensis, *lib. de Martyr. cap.* 8.

con grandes ánsias y diligencias; y como no le pudiese descubrir ni hallar rastro de él, volvióse á su casa muy lastimada, donde al cabo de tres dias, estando junto al horno renovando sus lágrimas y gemidos, mesando sus cabellos, comenzó á llamar á su hijo por su nombre: el cual oyendo y conociendo la voz de la madre, le respondió de dentro del horno donde estaba. Entonces ella quebrando la puerta del horno, vió á su hijo estar en medio del fuego tan sano y sin lesion, que ni á un cabello solo le habia tocado el fuego. Sale el niño, y preguntándole quién le habia guardado, respondió que una Señora vestida de grana habia venido allí muchas veces, y con agua que echaba, apagaba el fuego; y demás de esto, le traia de comer todas las veces que lo habia menester. Supo esta maravilla el emperador Justiniano, y mandó luego bautizar al niño y á la madre, que quisieron ser cristianos, y al desventurado del padre, que no se quiso convertir, como á parricida, le hizo colgar en un árbol, y asi murió ahorcado. Pues lo que obró este Santísimo Sacramento en el cuerpo de este niño, que le habia recibido, conservándole sin lesion alguna en medio del fuego, esto obra espiritualmente en las almas de los que dignamente le reciben, defendiéndolas y conservándolas sin lesion alguna en medio del fuego de las tentaciones.

## CAPITULO XI.

De otro fruto principal que habemos de sacar de la Sagrada Comunion, que es unirnos y transformarnos en Cristo.

Uno de los mas principales efectos y fines para que instituyó Cristo nuestro Redentor este divino Sacramento, ó el mas principal, dicen los Santos que fué para unirnos é incorporarnos y hacernos una cosa consigo. Asi como cuando se consagra este divino Sacramento, por virtud de las palabras de la Consagracion lo que era pan se convierte en sustancia de Cristo: asi por virtud de esta sagrada Comunion, el que era hombre se viene por una maravillosa manera á transformar espiritualmente en Dios. Y esto es lo que dice el mismo Cristo en el Sagrado Evangelio: "Mi Carne, verdaderamente es comida; y mi Sangre, verdaderamente es bebida. El que come mi Carne y bebe mi Sangre, está en mí, y yo en él (1)." De manera, que asi como el manjar, por virtud del calor natural, se convierte en la sustancia del que le come y se hace una misma cosa con él, asi el que come este Pan de Angeles se une, y junta, y hace una cosa con Cristo, no convirtiéndose Cristo en el mantenido, sino convirtiendo y transformando él en sí al que le recibe, como el mismo Señor dijo á San Agustin: «Manjar soy de grandes, crece, y comerme hás. Pero hágote saber, que no me mudarás tú á mí en tu sustancia y naturaleza, como á los demas manjares; sino tú te mudarás y transformarás en mí (2).» Y asi dice Santo Tomás (3) que el efecto propio de este Sacramento es transformar el hombre en Dios haciéndole semejante á sí. Porque si el fuego, por ser elemento tan noble, convierte en sí todas las cosas que se juntan con él, gastando primero todo lo que en ellas le es contrario y comunicándoles despues su forma y perfeccion, ¿cuánto mas aquel abismo de infinita bondad y nobleza gastará todo lo malo que hallare en nuestras almas y las hará semejantes á sí?

---

(1) Caro mea vere est cibus, et Sanguis meus vere est potus. Qui manducat meam Carnem, et bibit meum sanguinem in me manet, et ego in illo. *Joann.* VI, 56.

(2) Cibus sum grandium, cresce, et manducabis me; nec tu me mutabis in te sicut cibum carnis tuae, sed tu mutaberis in me. *Aug. lib.* 10 *confess., cap.* 10.

(3) S. Thom. 4, *sent. dist.* 2, *quaest.* 2, *art.* 1.

Pero dejando aparte la union real y verdadera de Cristo con el que le recibe, que él nos quiso significar por aquellas palabras: "él está en mí y yo en él:" la cual declaran los Santos con algunas comparaciones muy encarecidas; descendiendo mas en particular á la práctica, el fruto que nosotros habemos de procurar sacar de la sagrada Comunion es unirnos, y mudarnos, y transformarnos en Cristo espiritualmente: esto es, que nos hagamos semejantes á él en la vida y costumbres: humildes como Cristo, pacientes como Cristo, obedientes como Cristo, castos y pobres como Cristo. Y esto es lo que el Apóstol dice por otras palabras, "que nos vistamos de Jesucristo (1)." En la Consagracion conviértese la sustancia del pan en la sustancia del Cuerpo de Cristo, quedándose enteros los accidentes. En la Comunion es al contrario; que se queda la sustancia del hombre, y se mudan los accidentes, porque el hombre, de soberbio se hace humilde; de incontinente, casto; de airado, paciente. Y de esa manera se transforma en Cristo.

San Cipriano, sobre aquellas palabras del Profeta: "Mi Cáliz, que embriaga, ¡oh qué escelente que es (2)!" las cuales entiende de este Santísimo Sacramento, dice (3) que así como la embriaguez enagena á un hombre de sí y le hace otro, así este divino Sacramento enagena á uno de sí, y le hace otro, haciéndole olvidar las cosas del mundo, y que de ahí adelante todo su trato sea de las cosas del cielo. ¡Qué otros salieron los discípulos de Emaus despues de haber recibido este divino Sacramento (4)! De dudosos, fieles; de medrosos, esforzados. Pues así nosotros habemos de salir de la sagrada Comunion, trocados y mudados en otros hombres (1). Lo mismo dice San Basilio (2), y trae para esto aquello de San Pablo: "Para que el que vive, ya no viva para sí, sino todo para Dios (3)."

Dice una Santa (4) una cosa muy sustancial y muy espiritual á este propósito. Va tratando de las condiciones y señales en que se conoce ser el ánima transformada en Dios; y una de ellas, dice, es cuando desea el hombre ser menospreciado, abatino y deshonrado de toda criatura, y desea y quiere que todos crean que él es digno de deshonras, y que ninguno se compadezca de él; y no quiere vivir en el corazon de alguna criatura, sino de solo Dios. Y no solamente no quiere ser reputado en cosa alguna, en ninguna manera, sino tiene por grande honra ser despreciado, por conformarse con Cristo nuestro Redentor, al cual seguir es grande honra; y dice con San Pablo: "No plega á Dios, que yo me honre, ni glorie, sino en la cruz de Jesucristo nuestro Señor (5)." Pues de esta manera nos habemos de transformar en Cristo; y esto es lo que habemos de sacar de la sagrada Comunion.

San Crisóstomo, declarando la obligacion que para esto nos pone el recibir tan alto Sacramento, dice: «Cuando nos viéremos acosados de la ira ú otro vicio, ó tentacion, consideremos de cuán grande bien habemos sido dignos, y sírvanos eso de freno para guardarnos de todo pecado y de to-

---

(1) Induimini Dominum Jesum Christum. *Ad Rom.* XLIII, 14.—Et induite novum hominem. *Ad Eph.* IV, 24.

(2) Et Calix meus inebrians, quam praeclarus est. *Ps.* XXII, 5.

(3) S. Cyprian. lib. 2, Epist. 3, ad Cecilium.

(4) Cognoverunt eum in fractione panis. *Luc.* XXIV, 35.

(1) Mutaberis in virum alium. *I. Reg.* X, 6.—In virum perfectum. *Ad Eph.* IV, 13.

(2) Basil. *in quaest. breviorib. num.* 172.

(3) Ut et qui vivunt, jam non sibi vivant, sed ei qui pro ipsis mortuus est, et resurrexit. *II. ad Cor.* V, 15.

(4) S. Angela de Fulgino, c. 66.

(5) Mihi autem absit gloriari, nisi in Cruce Domini nostri Jesu Christi. *Ad Gal.* VI, 14.

da imperfeccion (1).» Lengua que ha tocado á Cristo, razon es que quede santificada y que no hable ya liviandades, ni se profane mas. Pecho y corazon que ha recibido al mismo Dios, y sido custodia y relicario del Santísimo Sacramento, no es razon que se eche en él estiércol de vanos deseos, ni que trate, ni piense ya de otra cosa sino de Dios. Acá come uno un alcorza, y todo el dia aspira olor. Habeis comido esta alcorza divina, que tiene el ámbar celestial, olor de toda virtud y deidad; ¿qué olor será razon que aspireis?

De una santa vírgen se lee que decia: «cuando comulgo, todo aquel dia guardo con mas diligencia mi corazon, imaginando al Señor en él, como si estuviera reposando en su casa. Por lo cual procuro de guardar toda la modestia posible, asi en el hablar, mirar y andar, como en toda la conversacion esterior; como quien pone el dedo sobre la boca, pidiendo silencio y que no hagan ruido, porque no despierten al que duerme.»

## CAPITULO XII.

De otro fruto muy principal que habemos de sacar de la sagrada Comunion, que es ofrecernos y resignarnos enteramente en las manos de Dios. Y de la preparacion y hacimiento de gracias que conforme á esto habemos de hacer.

Una de las cosas principales, que habemos de sacar de la sagrada Comunion, ha de ser resignarnos y ponernos del todo en las manos de Dios, como un poco de barro en las manos del artífice, para que haga de nosotros lo que quisiere, y como quisiere, y cuando quisiere, y de la manera que quisiere, sin esceptuar, ni reservar cosa alguna. El Hijo de Dios se ofreció á sí mismo enteramente en sacrificio al Padre Eterno, en la cruz, dando por nosotros toda su Sangre y su Vida; y cada dia se nos da en manjar en este Santísimo Sacramento enteramente su Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad; razon será que nosotros tambien nos ofrezcamos y entreguemos enteramente y del todo á él. Eso dicen que es propiamente comulgar, *communicare*: hacer con Dios lo que él hace con vos: él os da y comunica cuanto tiene; dadle vos cuanto teneis.

Este ha de ser tambien el hacimiento de gracias despues de la sagrada Comunion: ¿Qué ofreceré al Señor por tantas mercedes y beneficios, y especialmente por este que ahora he recibido (1)? ¿Sabeis qué quiere él que le ofrezcais? lo que vamos diciendo: "Hijo, dáme tu corazon (2)." Decláralo muy bien aquel Santo (3): «¿qué otra cosa quiero de tí, sino que estudies de renunciarte del todo en mí? Cualquiera cosa que me das sin tí, no me curo de ella; porque no quiero tu don, sino á tí. Asi como no te bastarian á tí todas las cosas sin mí, asi no puede agradar á mí cuanto me ofreces sin tí. Ofrécete á mí y dáte todo por mí, y será muy acepto tu sacrificio.» San Agustin dice que en lo que Cain desagradó á Dios cuando le ofrecia sacrificio (4), y la causa por que no miró ni aceptó su sacrificio como el de su hermano Abel, fué porque no repartia bien con Dios, porque daba á Dios alguna cosa suya, y no le daba ni entregaba á sí mismo (5). Y esto mismo dice que hacen los que ofrecen á Dios alguna cosa y no le ofrecen su voluntad. «El reino del

(1) Cum nos ab ira corripi viderimus, vel ab alio vitio, cogitemus, quibus facti sumus digni; et sit irrationabilium nobis motuum correctio, talis cogitatio. *Chrys. hom.* 61, *ad popul. Antioch.*

(1) Quid retribuam Domino pro omnibus, quae retribuit mihi? *Ps.* CXV, 12.
(2) Praebe, fili mi, cor tuum mihi. *Prov.* XXIII, 36.
(3) Thomas de Kempis.
(4) Gen. IV, 4.
(5) Dans Deo aliquid suum, sibi autem se ipsum. *Aug. lib.* 15 *de Civitate Dei cap.* 7.

cielo no tiene otro precio sino á tí mismo; tanto vale cuanto eres tú. Dáte y ofrécete á tí, y alcanzarlo hás (1).»

Pues en este ofrecimiento y resignacion entera en las manos de Dios nos habemos de ocupar y detener despues de la sagrada Comunion. Y esto no ha de ser solamente en general, sino desmenuzándolo y descendiendo á casos particulares, resignándonos y conformándonos con la voluntad de Dios, asi en la enfermedad como en la salud, asi en la muerte como en la vida, asi en la tentacion como en la consolacion, especificando aquello en que á cada uno le pareciere que sentiria mas repugnancia y dificultad, y ofreciéndoselo al Señor en hacimiento de gracias, no dejando lugar, ni oficio, ni grado, por bajo é ínfimo que sea, hasta que no se nos ponga cosa delante en que no sintamos nuestra voluntad muy conforme y unida con la de Dios. Y es muy buena y muy devota para esto aquella oracion que nuestro Padre pone en el libro de los Ejercicios Espirituales: «Recibid, Señor, toda mi libertad, memoria, entendimiento y voluntad; todo lo que tengo y poseo, vos, Señor, me lo distes; todo os lo ofrezco y restituyo y pongo en vuestras manos, para que hagais de ello lo que os pluguiere; dadme solamente vuestro amor y gracia, y quedaré rico sin tener mas que desear (2).

Aqui nos habemos tambien de ejercitar y actuar en los actos de algunas virtudes, especialmente en aquellas de que cada uno tiene mas necesidad; porque á todo lo que uno quisiere y hubiere menester, le sabrá este divino maná. Todos los sabores de las virtudes tiene (1): y asi, una vez os dais en actuar y ejercitar en una virtud, otra en otra, teniendo siempre puesta la mira en la mayor necesidad. Si os sentis necesitado de humildad, procurad que os sepa á humildad, que buen dechado y sabor hallareis aqui de ella, pues está vestido el Hijo de Dios de unos accidentes de Pan que por ser accidentes son mas pobres y bajos que los pañales y fajas con que le envolvió su Sacratísima Madre en Belen. ¿Y qué mayor humildad, ni qué cosa mas baja se puede imaginar, que ponerse Dios como manjar comun para que le comamos? ¿que estendamos alli en aquella mesa del altar los manteles, y como servilleta los corporales, como plato la Patena, como vaso el Cáliz? ¿que le tratemos con nuestras manos, y le recibamos en nuestra boca y en nuestro estómago? ¿Qué mayor bajeza de Dios, y qué mayor subida del hombre? En cierta manera resplandece aqui mas la humildad que en la obra de la Encarnacion. Pues ejercitaos y actuaos en ella hasta tanto que sintais que se os va embebiendo y entrañando en vuestra ánima. Ofreced al Señor el desprecio de toda la honra y estimacion del mundo, en hacimiento de gracias, abrazando el ser menospreciado y tenido en poco por su amor.

Tambien es muy bueno descender á algunas cosas mas particulares y menudas, y ofrecerlas aqui al Señor en hacimiento de gracias. Ya entiende cada uno, poco mas ó menos, sus faltas, y sabe lo que le impide su aprovechamiento y en lo que suele tropezar ordinariamente: pues procurad en

(1) Regnum coelorum, aliud non quaerit praetium, quam te ipsum. Tantum valet, quantum es tu. Tè da, et habebis illud. *Aug. serm. 2 de omnibus Sanctis, et in Manuali, cap.* 16.

(2) Suscipe, Domine, universam meam libertatem, accipe memoriam, intellectum, atque voluntatem omnem, quidquid habeo, vel possideo, tu mihi largitus es: id tibi totum restituo, ac tuae prorsus voluntati trado gubernandum: amorem tui solum, cum gratia tua, mihi dones, et dives sum satis; nec aliud quidquam ultra poscam. *Ignatius, lib. Exercitiorum spiritualium in contemplatione ad amorem spiritualem in nobis excitandum, puncto primo.*

(1) Habentem omnis saporis suavitatem. *Sapient.* XVI, 20.

cada Comunion sacrificar y ofrecer á Dios algunas cosas de esas en hacimiento de gracias. Sois amigo del regalo y de vuestras comodidades, y de que no os falte nada; ofreced al Señor el mortificaros en eso, hoy en una cosa y otro dia en otra. Sois amigo de parlar y de perder tiempo; mortificaos en eso, y ofrecedlo al Señor en otra Comunion. Sois tan amigo de vuestra voluntad que por no recibir vos un poco de mortificacion, no sabeis dar gusto, ni contento á vuestros hermanos, y algunas veces les hablais sacudida y desabridamente; procurad venceros en eso y ofrecerlo al Señor en otra Comunion. Y como deciamos tratando de la oracion (1), que es muy bueno proponer allí algo que hacer aquel mismo dia; asi tambien en la Comunion será muy bueno sacar propósito de venceros y mortificaros en algo aquel mismo dia, y ofrecer esa mortificacion al Señor en hacimiento de gracias. Haced cuenta que eso es lo que os está pidiendo el Señor por la merced y beneficios que habeis recibido: que no quiere Dios de nosotros otra cosa, ni otra recompensa, sino que nos mejoremos en la vida, y nos vayamos enmendando en aquello que sabemos que desagrada á su Divina Magestad; y asi, ese es el mejor hacimiento de gracias que podemos hacer despues de la Comunion y el servicio mas agradable que le podemos ofrecer. De tres maneras deciamos arriba (2) que puede ser el hacimiento de gracias: la primera, reconociendo los beneficios interiormente con el corazon; la segunda, alabando y dando gracias con palabras al bienhechor; la tercera, con obras; y este es el mejor hacimiento de gracias. Pues eso es lo que ahora decimos: no se nos vaya todo en consideraciones, que aunque buenas, mejores son las obras, y para eso han de ser las consideraciones, para que vengamos á las obras.

De la misma manera digo de la preparacion para comulgar; aunque es muy buena aquella particular preparacion que se acostumbra hacer antes de la sagrada Comunion con algunas consideraciones, y ninguno la debe dejar, porque la reverencia de tan alto Sacramento pide que cada uno haga tambien en eso lo mas que pudiere; pero la mejor y mas principal disposicion ha de ser la buena y santa vida, y el irnos cada dia mejorando y perficionando en las cosas que hacemos, para asi llegar con mayor limpieza y puridad á este divino Sacramento, conforme á aquello de los Padres y doctores de la Iglesia Ambrosio y Agustino: «Vivid de tal manera, que merezcais recibir cada dia este Santísimo Sacramento (1):» y asi, el P. maestro Avila, en una carta que escribe á un devoto, le dice: «La preparacion para la sagrada Comunion ha de ser el buen órden que tenga en toda su vida y en toda la semana (2);» y trae para esto el ejemplo de un siervo de Dios, que decia que él nunca hacia particular preparacion para comulgar: porque cada dia, dice, hago todo lo que puedo. Esa es muy buena preparacion, harto mejor que recogerse uno solamente un cuarto de hora antes, y otro despues, y quedarse tan tibio y tan inmortificado é imperfecto como de antes.

De manera, que esta es la principal disposicion, y este es el principal hacimiento de gracias, y este ha de ser tambien el principal fruto que habemos de sacar de la sagrada Comunion; y asi como decimos de

(1) Part. I, trat. 5, cap. 16.
(2) Trat. 7, cap. 6.

(1) Sic vive, ut quotidie mercaris accipere. *Ambros. lib. 5 de Sacramentis, cap. 4.*—August. *de verbis Domini in Evang. secundum Lucam Serm.* 28.
(2) Maestro Ávila, *tom.* 2, *epist. fol.* 187.

la oracion (1), que la disposicion principal para ella ha de ser la mortificacion de nuestras pasiones, el recogimiento de los sentidos y la guarda del corazon, y decimos que ese ha de ser tambien el fruto que habemos de sacar de ella y que lo uno ha de ayudar á lo otro, asi tambien aquí, la buena y santa vida, el hacer uno todas las cosas lo mejor que puede para agradar á Dios, ha de ser la principal disposicion para recibir la sagrada Comunion; y eso mismo ha de ser el principal fruto que ha de sacar de ella, y lo uno ha de ayudar á lo otro, y una Comunion ha de ser disposicion para otra. Y asi como decimos que el tener buena oracion y el ir aprovechando en ella no está en tener consuelos y sentimientos, ni en tener muchas consideraciones, ni grandes contemplaciones, sino en que salga uno de allí muy humilde, paciente, indiferente y mortificado: así tambien la buena Comunion y el fruto de ella no está ni se ha de medir por las muchas consideraciones que uno tiene, por muy buenas y santas que sean, ni por los gustos y consolaciones, sino por la mortificacion de las pasiones y por la mayor resignacion y conformidad con la voluntad de Dios que de allí saca.

De aquí se sigue una cosa de grandísimo consuelo, y es, que siempre está en nuestra mano comulgar bien y sacar mucho fruto de la Comunion; porque el ofrecernos y resignarnos en las manos de Dios, el mortificarnos y enmendarnos en aquello que sabemos desagrada á su Divina Magestad, siempre está en nuestra mano con la gracia del Señor. Pues haced vos eso, y sacareis mucho fruto de la Comunion: idos cada dia venciendo, y mortificando, y enmendando en alguna cosa: caiga el ídolo de Dagon (1) en presencia del Arca del Testamento; ese ídolo de la honra, ese ídolo del regalo y de buscar vuestras comodidades, ese ídolo de la propia voluntad, quede todo por tierra, en reverencia de este Señor. ¡Oh! ¡si comulgásemos de esta manera, mortificándonos y enmendándonos cada vez en alguna cosa, por pequeña que fuese, cómo medraria nuestra alma!

San Gerónimo declara á este propósito aquello que dice el Sábio de la muger fuerte: "Consideró los rincones y escondrijos de su casa," que es el exámen y preparacion que se requiere para llegar á esta Mesa Divina, "y no comió ociosa su pan, no comió el pan de valde (2)." Dice San Gerónimo que cuando uno saca fruto de la sagrada Comunion, de la manera que habemos dicho, no come el pan de valde, pues le aprovecha bien lo que come. Pero ¡ay de aquel que ha comido este Pan de valde muchos años, sin haberse vencido, ni mortificado en una pasion, ni en un siniestro malo! ¡Grave enfermedad tiene, pues no le aprovecha nada lo que come! Pues entre cada uno dentro de sí, y considere los rincones de su alma, mire la pasion ó siniestro é inclinacion que mas daño y estorvo le hace, y procure irla quitando y mortificando hasta que pueda decir con el Apóstol: "Vivo yo, ya no yo, sino Cristo es el que vive en mí (3)." Dice San Gerónimo sobre estas palabras: "Vivo yo, ya no yo, ya no vive aquel que vivia antiguamente en la ley; aquel que perseguia la Iglesia, sino vive en él la sabiduría, la fortaleza, la paz, el gozo y las demas virtudes; las cuales, el que no las tiene, no puede decir *vive en mí Cristo* (4)."

(1) Trat. I, cap. 1.

(1) I. Reg. V, 3.

(2) Consideravit semitas domus suae, et panem otiosa non comedit. *Prov.* XXXI, 27.

(3) Vivo autem, jam non ego; vivit vero in me Christus. *Ad Gal.* II, 20.

(4) Id est, non vivit ille, qui quondam vivebat in

## CAPITULO XIII.

Qué es la causa que, obrando este divino Sacramento tan maravillosos efectos, algunos que le frecuentan no los sienten en sí.

Preguntará alguno: pues este Santísimo Sacramento dá tanta gracia, y obra tantos y tan maravillosos efectos, ¿qué es la causa que muchas personas que celebran y comulgan á menudo, no sienten en sus almas, no solo aquel gusto y suavidad espiritual que deciamos (1); pero ni aun parece que aprovechan en la virtud, sino que se están siempre casi de la misma manera? Algunos suelen responder á esto con aquel proverbio comun que la mucha conversacion es causa de menosprecio; pareciéndoles que la mucha frecuencia es causa que no se lleguen con tanta reverencia y disposicion, y así que no saquen tanto fruto; pero no tienen razon, porque esto no há lugar en las cosas espirituales y trato con Dios. Aun con los hombres sábios y prudentes dicen que no há esto lugar, sino que antes la mucha conversacion y familiaridad con ellos causa mayor estima y reverencia; porque cuanto uno mas los trata, tanto mas conoce su prudencia y virtud, y así tanto mas los estima. Pero demos que tenga lugar ese proverbio en los sábios del mundo; porque, al fin, como en esta vida miserable no puede haber ninguno tan perfecto que no tenga algunas faltas, y esas se descubran tratando mucho y muy familiarmente con él, puede la mucha familiaridad ser causa que se desminuya su opinion y fama. Empero en el trato y familiaridad con Dios, no puede haber esto lugar, porque como este Señor sea de infinita perfeccion y sabiduría, cuanto mas uno trata con él y mas le conoce, tanto mas le reverencia y estima: como lo vemos en los santos ángeles y bienaventurados, que conocen perfectísimamente á Dios en el cielo y conversan con él familiarmente; y lo esperimentamos tambien acá en la tierra, porque cuanto uno mas trata con Dios en la oracion, tanto mas le reverencia y estima. Y declarásenos esto bien en lo que el Sagrado Evangelio cuenta de aquella muger samaritana, que al principió trató á Cristo como á uno de aquel pueblo: "¿Cómo siendo judío me pides de beber, siendo yo muger de Samaria (1)?" Llamóle el nombre comun de la nacion; pero procediendo un poco mas adelante en la conversacion, llámale Señor: "Señor, dáme de ese agua (2)." Y procediendo un poco mas adelante, llámale Profeta: "Veo que tú eres Profeta (3)." Y prosiguiendo mas adelante, reconócele por Cristo y por el Mesías. De la misma manera es en la frecuencia de los Sacramentos: antes una Comunion dispone para otra. Y es engaño grande pensar que por llegarse uno de tarde en tarde á recibir este Santísimo Sacramento, irá con mayor preparacion y reverencia. Y así dijo muy bien San Agustin y San Ambrosio, que el que no le merece recibir cada dia, no merece recibirle una vez al año (4).

Pues respondiendo á la duda, digo: lo primero, que el no sentir tanto fruto con la frecuencia de este Santísimo Sacramento, unas veces viene por culpa nuestra, porque no nos preparamos y disponemos para recibirle como debemos, sino llegamos á él por una manera de costumbre ó cumpli-

---

lege; quippe qui persequebatur Ecclesiam; vivit autem in eo Christus; id est, sapientia, fortitudo, sermo, pax, gaudium, caeteraeque virtutes, quas qui non habet, non potest dicere, vivit autem in me Christus. *Hieron. sup. haec verba.*

(1) Cap. IX.

(1) Quomodo tu, judaeus cum sis, bibere a me poscis, quae sum mulier samaritana? *Joann.* IX, 4.

(2) Domine, da mihi hanc aquam. *Ib.*

(3) Video, quia Prophéta es tu. *Ib.*

(4) Qui non meretur quotidie accipere, non meretur post annum accipere. *Aug. de verbis Domini in Evangelium secundum Lucam, serm.* 28; *et epist.* 118 *ad Januar.*—Amb. *lib.* 5 *de Sacram. cap.* 4.

miento, que es como si dijésemos: «comulgo, porque otros comulgan y porque ya lo tengo de costumbre;» llegámonos como por vía de ceremonia, sin haber precedido consideracion ni sentimiento de lo que vamos á hacer; esa es la causa de sentir poco fruto. Y así, cuando uno siente en sí que no medra, ni aprovecha con la frecuencia de este Santo Sacramento, debe mirar y examinar muy bien si es por falta de disposicion; y si halla serlo, ha de procurar remediarlo.

Otras veces suele provenir esto de dejarse uno caer advertidamente en culpas veniales. Dos maneras hay de culpas veniales (1); unas que se hacen por inadvertencia, aunque con algun descuido y negligencia; otras hay que se hacen advertidamente y de propósito. Las cuales culpas veniales, en que, por no advertir, caen las personas temerosas de Dios y diligentes en su servicio, no hacen este daño; mas las que con deliberacion, de propósito y advertidamente, hacen las personas tibias y remisas en el servicio de Dios, impiden en gran parte los efectos divinos de este Santísimo Sacramento. Y lo mismo podemos decir de las faltas que deliberadamente y de propósito hace uno en la observancia de sus reglas é instituto. Así como un padre suele mostrar á su hijo el rostro torcido, cuando ha hecho alguna falta, para reprenderle con aquello y avisarle que ande con mas cuidado de ahí adelante: así lo suele hacer Dios con nosotros en la Comunion y en la oracion. Y así, si queremos participar del copioso fruto de que suelen gozar los que se llegan á este divino Sacramento como deben, es menester que procuremos no hacer faltas advertidamente y de propósito. Y noten mucho esto las personas temerosas, porque es de mucha importancia para recibir muchas mercedes de Dios.

Lo tercero, digo que el no sentir uno con este divino Sacramento aquellos efectos que habemos dicho, muchas veces no es por culpa alguna, ni por eso deja de recibir en su alma grande fruto, aunque á él le parezca que no lo siente, como solemos decir de la oracion, de la cual suelen tener muchos la misma queja, que aunque uno no sienta en ella el gusto y consuelo que desea y otras veces por ventura suele sentir, no por eso deja de ser de mucho provecho. Como el manjar al enfermo, aunque no le dé gusto, no por eso le deja de sustentar y ser provechoso. Son esas cosas que pertenecen á la providencia altísima de Dios, el cual suele de esa manera probar á sus siervos, y ejercitarlos, y humillarlos, y sacar otros bienes que él se sabe. Añádese á esto que algunas veces obra este Sacramento tan secretamente que apenas lo puede el hombre entender; porque la gracia comunmente obra como la naturaleza, poco á poco, como parece en una planta que sin echarse de ver cuando crece, vemos despues que ha crecido. Y así dice San Laurencio Justiniano, que así como el manjar corporal sustenta al hombre y hace que crezca, aunque no lo advirtamos; así este divino Sacramento conforta y fortalece al alma con aumento de gracias, aunque no lo sintamos.

Lo cuarto, digo que no solo se cuenta por aprovechamiento el ir adelante, sino tambien el no caer y volver atrás. Y no es menos de estimar la medicina que nos preserva de la enfermedad, que la que nos acrecienta la salud. Y adviértase mucho esto, porque es cosa de gran consuelo para aquellos que no ven tan palpablemente en sí el fruto de este Sacramento. Vemos comunmente que los que reciben á menudo este divino manjar viven en temor de Dios,

(1) Ludov. Blos. *in speculo spirituali*, c. 6.

y se les pasa todo el año y á muchos toda la vida sin hacer pecado mortal: pues ese es uno de los principales frutos y efectos de este Sacramento, conservar á uno que no caiga en pecados, como lo es del manjar conservar la vida corporal. Y lo notó muy bien el Concilio Tridentino, diciendo que «es remedio y medicina que nos libra de las culpas cotidianas y nos preserva de las mortales (1).» Y asi, aunque uno no sienta en sí aquel fervor y devocion, ni aquella hartura y consuelo espiritual, ni despues de haber comulgado sienta aquel aliento y ligereza para las buenas obras que otros suelen sentir, sino antes sequedad y tibieza, no por eso deja de recibir fruto. Y si comulgando cae en algunas faltas, no comulgando cayera en otras mayores. Hagamos nosotros buenamente lo que es de nuestra parte para llegarnos con la disposicion y reverencia que habemos dicho, que sin duda será grande el provecho que recibirá nuestra alma con la frecuencia de este divino Sacramento.

Cuenta Tilman Bredembraquio (2) de un duque de Sajonia, llamado Wedequindo, que era infiel, y vínole curiosidad de ver lo que pasaba en los Reales Católicos de Carlo Magno; y por hacerlo mas á su placer, vistióse en hábito de peregrino, y váse allá; era tiempo de Semana Santa y Pascua, cuando toda la gente comulgaba. Él andaba con atencion mirándolo todo; y entre otras cosas que vió, fué que cuando el sacerdote comulgaba al pueblo, veia un Niño muy hermoso y muy resplandeciente en cada Forma; y dice que en las bocas de unos entraba el Niño tan alegre, tan regocijado y tan de buena gana, que parecia que él mismo se iba y daba priesa á entrar; en otros, dice que parecia que entraba de muy mala gana y como forzado, porque volvia el rostro y las manos atrás, y meneaba los pies, como haciendo resistencia para no entrar en su boca. Y con este milagro se convirtió y se hizo cristiano este príncipe y toda su tierra.

Otro ejemplo semejante, y que declara mas el pasado, se cuenta (1) de un sacerdote seglar, que diciendo misa, un siervo de Dios que la oia, al tiempo del consumir, vió en la Patena, no las especies de Pan, sino un Niño; y cuando el sacerdote le levantó para tomarle, volvió el Niño el rostro, y como quien porfiaba, contradiciendo con los pies y manos, á que no le recibiese. Y esto vió aquel siervo de Dios, no una, sino algunas veces. Y hablando una vez aquel sacerdote con él, vínole á decir que no sabia qué era que cada vez que tomaba el Cuerpo del Señor lo tomaba con mucha dificultad. Entonces el siervo de Dios le contó lo que habia visto, y aconsejóle que mirase por sí, y se enmendase. El sacerdote tomó muy bien el aviso, y compungido enmendó su vida. Y despues oyendo su misa el mismo siervo de Dios, vió al Niño como de antes; mas que al tiempo de consumir, con los pies y manos juntas se le entraba por la boca con mucha velocidad.

## CAPITULO XIV.

### Del santo Sacrificio de la Misa.

Ya habemos tratado de este divino Sacramento y de sus efectos y virtudes admirables, en cuanto es Sacramento; resta ahora tratar de él en cuanto es sacrificio: que es una cosa que el sagrado Concilio

(1) Antidotum, quo liberamur a culpis quotidianis, et a peccatis mortalibus praeservamur. *Conc. Trident. ses.* XIII *de Sanctissimo Eucharistiae Sacramento, cap.* 2.

(2) Tilm. Bredembrach. *lib.* 1 *Collationum, cap.* 2. *ex Histor. Eccles. Alberti Crantii, lib.* 1, *c.* 9.

(1) Henrique Gram, en sus ejemplos, verbo *Eucharis*, ejemplo 4 alegado por el doctor Santoro, lib. 4 de su *Prado*, cap. 106.

Tridentino (1) manda á los predicadores y pastores de las almas que declaren á sus ovejas, para que todos entiendan el tesoro grande que dejó Cristo nuestro Redentor á su Iglesia en dejarnos este sacrificio, y se sepan aprovechar de él. Desde el principio del mundo, á lo menos despues del pecado, aun en la ley natural, siempre hubo y fueron necesarios sacrificios para aplacar á Dios y para reverenciarle y honrarle, en reconocimiento de su infinita escelencia y magestad. Y asi, en la Vieja Ley instituyó Dios sacerdotes y sacrificios muchos; empero, como la Ley era imperfecta, los sacrificios tambien lo eran; sacrificaban y mataban muchos animales; no les podia aquello llevar á perfeccion, no bastaba el sacerdocio de Aaron, ni sus sacrificios, para santificar á los hombres y quitarles los pecados, porque "es imposible que con sangre de toros y cabrones se quiten los pecados," dice el Apóstol San Pablo (2). Era menester que viniese otro Sacerdote, segun la órden de Melquisedec, que es Jesucristo, y que ofreciese otro sacrificio, que es á sí mismo, que fuese bastante para aplacar á Dios y santificar á los hombres y llevarlos á perfeccion. Y asi dice San Agustin (3), que todos los sacrificios de la Vieja Ley significaban y eran figura de este sacrificio, y que asi como una misma cosa se puede significar y dar á entender con diversas palabras y en diversas lenguas; asi este único y verdadero sacrificio fué significado y figurado mucho antes con toda aquella multitud de sacrificios, para por una parte encomendárnosle mucho y muchas veces; y por otra, con la diversidad y variedad quitarnos el fastidio que suele causar el repetir muchas veces una misma cosa. Y por eso, dice, mandaba Dios que le ofreciesen sacrificios de animales limpios, para que entendiésemos que asi como aquellos animales, que se habian de sacrificar, carecian de los vicios y defectos del cuerpo y no tenian mácula, asi el que habia de venir á ofrecerse en sacrificio por nosotros no habia de tener mácula de pecado. Y si aquellos sacrificios agradaban á Dios (como es cierto que por entonces le agradaban), era en cuanto por ellos confesaban y profesaban los hombres que habia de venir un Salvador y Redentor que habia de ser el verdadero sacrificio; y en virtud de este tenian aquellos entonces algun valor. Pero en viniendo que vino este Salvador y Redentor al mundo, desagradaron á Dios aquellos sacrificios, como lo dice el Apóstol. Y por tanto, "entrando en el mundo, dijo: La hostia y el sacrificio, tú no los quisiste; mas me diste un cuerpo proporcionado á padecer. Los holocaustos que se hacen por los pecados, no te agradaron. Entonces dije yo: A muy buen tiempo vengo. En el principio del libro está escrito de mí, que se haga tu voluntad, Dios mio (1)." Dió Dios cuerpo á su Unigénito Hijo para que hiciese la voluntad de su Padre, ofreciéndose por nosotros en la cruz. Y asi, viniendo al mundo lo figurado, cesó la sombra y la figura, y dejaron de agradar á Dios aquellos antiguos sacrificios.

Pues este es el sacrificio que tenemos en la Ley de Gracia y el que cada dia ofrecemos en la Misa. El mismo Jesucristo, verdadero Hijo de Dios, es nuestro sacrificio. "Se entregó á sí mismo por nos-

(1) Concil. Trid. ses. 22.

(2) Impossibile enim est sanguine taurorum, et hircorum, auferri peccata. *Ad Hebr.* X, 4.

(3) August. *lib. 4 contra adversarium legis, et prophetarum, cap.* 18.

(1) Ideo ingrediens mundum dicit: Hostiam, et oblationem noluisti; corpus autem aptasti mihi; holocaustomata, et pro peccato, non tibi placuerunt. Tunc dixi ecce venio: in capite libri scriptum est de me, ut faciam, Deus, voluntatem tuam (*Ps.* XXXIX, 7). *Ad Hebr.* X, 5.

otros oblacion y hostia á Dios en olor de suavidad (1). Y estas no son consideraciones devotas, sino cosas que nos enseña la fé. La misa, es verdad que es memoria y representacion de la Pasion y Muerte de Cristo; y asi dijo él cuando instituyó este soberano sacrificio: "Haced esto en memoria mia (2)." Pero es menester que entendamos que no solamente es memoria y representacion de aquel sacrificio, en que Cristo se ofreció en la cruz al Padre Eterno por nuestros pecados, sino es el mismo sacrificio que entonces se ofreció, y del mismo valor y eficacia. Y mas: no solo es el mismo sacrificio, sino tambien el que ofrece ahora este sacrificio de la Misa es el mismo que el que ofreció aquel sacrificio en la cruz. De manera, que asi como entonces, en tiempo de la Pasion, el mismo Cristo fué el sacerdote y el sacrificio; asi tambien ahora en la misa, el mismo Cristo es no solamente el sacrificio, sino tambien el sacerdote y el Pontífice que se ofrece á sí mismo cada dia en la Misa al Padre Eterno por ministerio de los sacerdotes. Y asi el sacerdote que dice la Misa representa la persona de Cristo, y como ministro é instrumento suyo y en su nombre ofrece este sacrificio. Lo cual declaran bien las palabras de la Consagracion; porque no dice el sacerdote: «este es el Cuerpo de Cristo (3);» sino «este es mi Cuerpo (4);» como quien habla en persona de Cristo, que es el sacerdote y pontífice principal que ofrece este sacrificio. Y por esta razon el Profeta David (5) y el Apóstol San Pablo (6) le llaman Sacerdote eterno segun la órden de Melquisedec, y no se dijera bien Sacerdote perpétuo, si una sola vez hubiera ofrecido sacrificio; pero dícese Sacerdote eterno, porque siempre ofrece sacrificio por medio de los sacerdotes, y nunca cesa, ni cesará de ofrecerle hasta el fin del mundo. "Tal Sacerdote y tal Pontífice habiamos nosotros menester, dice el Apóstol (1), que no fuese como los otros sacerdotes, que primero han menester rogar á Dios por sus pecados, y despues por los del pueblo; sino tal, que por su dignidad y reverencia fuese oido; tal, que no con sangre agena, sino con la suya propia aplacase á Dios."

Pues ponderemos aquí las invenciones de Dios y el artificio y sabiduría de sus consejos que tomó para la salud de los hombres y lo que hizo para que este sacrificio fuese por todas partes acepto, agradable y eficaz, como lo pondera muy bien San Agustin (2). Porque habiendo en un sacrificio cuatro cosas que considerar; la primera, á quien se ofrece; la segunda, quien le ofrece; la tercera, qué es lo que se ofrece; la cuarta, por quién se ofrece; la sabiduría de Dios ordenó de tal manera este sacrificio y con tal artificio, que el mismo que ofrece este sacrificio, para reconciliarnos con Dios, es uno con aquel á quien le ofrece, y se hizo uno con aquellos por quien le ofrecia, y él mismo era lo que ofrecia. Y asi fué de tanto valor y eficacia, que bastó para satisfacer y aplacar á Dios, no solo por nuestros pecados, sino por los de todo el mundo, y de cien mil mundos que hubiera, dice el Apóstol y Evangelista San

(1) Tradidit semetipsum pro nobis oblationem, et hostiam Deo in odorem suavitatis. *Ad Eph.* V, 2.
(2) Hoc facite in meam commemorationem. *Luc.* XXII, 19.
(3) Hoc est Corpus Christi.
(4) Hoc est Corpus meum.
(5) Ps. CIX, 4.
(6) Ad Heb. VII, 17, 21.

(1) Talis enim decebat, ut nobis esset Pontifex, sanctus, innocens, impollutus, segregatus á peccatoribus, et excelsior coelis factus, qui non habet necessitatem quotidie, quemadmodum Sacerdotes, prius pro suis delictis hostias offerre, deinde pro Populi. *Ad Heb.* VII, 26.—Qui in diebus carnis suae, preces, supplicationesque ad eum, qui possit illum salvum facere a morte, cum clamore valido, et lacrymis offerens, exauditus est pro sua reverentia. *Ad Heb.* V, 7.
(2) Aug. *lib. 4 de Trinit.*

Juan (1). Y asi dicen los teólogos y Santos que este sacrificio, no solo fué suficiente satisfaccion y recompensa por nuestras deudas y pecados, sino muy superabundante; porque mucho mas es lo que se da y ofrece aquí que la deuda que debíamos; y mucho mas agradó al Padre Eterno este sacrificio, que le habia desagradado la ofensa cometida. De aquí es tambien que, aunque el sacerdote sea malo y pecador, no por eso deja de aprovechar y valer este sacrificio á aquellos por quien se ofrece, ni se disminuye nada de su valor y eficacia; porque Cristo es, no solo el sacrificio, sino el Sacerdote y Pontífice que le ofrece. Como la limosna que vos haceis, aunque la enviéis por medio de un criado que sea malo y pecador, no por eso pierde nada de su virtud y mérito.

Dice el Concilio Tridentino: «El mismo Sacrificio es este que el que entonces se ofreció en la cruz, y el mismo es el que ahora le ofrece por ministerio de los sacerdotes (2).» Solamente está la diferencia, dice el Concilio, en que aquel que se ofreció en la cruz fué Sacrificio *Cruento*, que quiere decir: *Sangriento*, con derramamiento de sangre; porque Cristo Redentor nuestro era entonces pasible y mortal; y este de la misa es Sacrificio *Incruento*, que quiere decir: *sin derramamiento de sangre;* porque ya Cristo está glorioso y resucitado, y asi no puede morir y padecer (3). Dice el Concilio y dicen los Evangelistas que, habiendo el Redentor del mundo de ser sacrificado y morir en la cruz para redimirnos, no quiso que se acabase allí el sacrificio, porque era Sacerdote para siempre (1). Quiso que la Iglesia tuviese y le quedase su sacrificio, y porque era sacerdote segun la órden de Melquisedec, el cual ofreció sacrificio de pan y vino, convenia que se nos quedase en sacrificio debajo de especies de pan y vino. Y asi en la última Cena, en la noche que era entregado, tomó el pan, y haciendo gracias, lo partió y lo dió á sus Discípulos (2). Entonces, cuando los hombres trataban de darle la muerte, trataba él de darles á ellos la vida. Quiso dejar á su Esposa la Iglesia visible un sacrificio visible, como lo pide la naturaleza de los hombres, que no solo representase y trajese á la memoria aquel sacrificio sangriento de la cruz, sino que tuviese la misma virtud y eficacia que aquel para perdonar pecados y aplacar á Dios y reconciliarnos con él, y que fuese en efecto el mismo sacrificio; y asi consagró su Cuerpo y Sangre Santísima debajo de especies de pan y vino, convirtiendo el pan en su Cuerpo y el vino en su Sangre; y debajo de aquellas especies se ofreció al Padre Eterno. Aquella dicen los doctores que fué la primera Misa que se celebró en el mundo. Y entonces ordenó á sus discípulos sacerdotes del Nuevo Testamento, y les mandó á ellos y á sus sucesores en el sacerdocio que ofreciesen este sacrificio, diciendo: "Haced esto en memoria mia (3)." Por esta razon dicen algunos que la fiesta del Santísimo Sacramento es la mayor de cuantas la Iglesia celebra de Cristo nuestro Redentor, porque las demas solamente son memoria y representacion, como la de la Encarnacion, Natividad, Re-

(1) Ipse est propitiatio pro peccatis nostris, non pro nostris autem tantum, sed etiam pro totius mundi. *I. Joann.* II, 2.

(2) Una enim, eademque est Hostia, idemque nunc offerens Sacerdotum ministerio, qui se ipsum tunc in Cruce obtulit, sola offerendi ratione diversa. *Concil. Trident. ses.* XXII, *cap.* 2.

(3) Christus resurgens ex mortuis, jam non moritur, mors illi ultra non dominabitur. *Ad Rom.* VI, 9.

(1) Quia erat Sacerdos in aeternum. *Matth.* XXVI, 26; *Marc.* XIV, 22; *Luc.* XXII, 17 *et* 1.

(2) In qua nocte tradebatur, accepit panem, *et* gratias agens fregit, deditque Discipulis suis. *I. Cor.* XI, 23.

(3) Hoc facite in meam commemorationem. *Luc.* XXII, 19.

surreccion y Ascension; no se hace entonces el Hijo de Dios Hombre, ni nace, ni resucita, ni sube á los cielos: pero esta fiesta, no es solamente la memoria y representacion, sino que de nuevo viene, y está Cristo debajo de aquellas especies sacramentales, cada vez que el sacerdote dice las palabras de la Consagracion; y de nuevo se ofrece cada dia en la Misa el mismo sacrificio que se ofreció cuando Cristo nuestro Redentor murió por nosotros en la cruz.

Consideremos aquí el amor grande de Cristo para con los hombres y lo mucho que le debemos; que no se contentó con ofrecerse una vez en la cruz por nuestros pecados, sino quiso quedarse en sacrificio, para que tengamos, no sola una vez, sino muchas y cada dia, hasta el fin del mundo, un sacrificio agradable que ofrecer al Padre Eterno, y un presente tan grande y tan precioso que le presentar por nuestros pecados, para aplacarle, que no puede ser mayor ni mas precioso y agradable. ¿Qué fuera del pueblo cristiano si no tuviéramos este sacrificio con que aplacar á Dios? Ya estuviéramos como otra Sodoma y Gomorra (1), y nos hubiera Dios asolado y destruido como nuestros pecados merecian. Este, dice Santo Tomás (2), que es el efecto propio del sacrificio, aplacar á Dios con él, conforme á aquello de San Pablo: "Se entregó á sí mismo por nosotros oblacion y hostia á Dios en olor de suavidad (3)." Como cuando acá un hombre se aplaca y perdona la injuria, que le han hecho, por alguna oferta ó presente que le hacen; y así es tan acepto y tan agradable á Dios este sacrificio y presente que le hacemos, que basta para aplacarle, y para que podamos parecer delante de él y que nos mire con ojos de piedad. Si el Viernes Santo, cuando fué crucificado el Redentor del mundo, os hallárades al pie de la cruz, y cayeran sobre vos aquellas gotas de su preciosa Sangre ¡qué consolacion sintiera vuestra alma! ¡qué esfuerzo tomárades! ¡qué esperanza tan cierta cobrárades de vuestra salvacion! El ladron, que en toda su vida no habia sabido sino hurtar, cobró tan grande ánimo, que de ladron se tornó santo y de la cruz hizo paraiso. Pues el mismo Hijo de Dios, que entonces se ofreció en la cruz, él mismo se ofrece ahora en la Misa por vos, y de tanto valor y eficacia es este sacrificio como aquel; y asi dice la Iglesia: «Cuantas veces se celebra la memoria de este sacrificio, se ejercita la obra de nuestra redencion (1).» Aquellos frutos grandes de aquel sacrificio sangriento manan y se nos comunican por este sin sangre.

Es tan alto y soberano este sacrificio, que solo á Dios se puede ofrecer. Y lo nota el Concilio Tridentino. Dice (2), que aunque la Iglesia acostumbra decir Misa en reverencia y memoria de los Santos; pero que no se ofrece este sacrificio de la Misa á los Santos. Y asi no dice el sacerdote: «Ofrézcole á San Pedro ó á San Pablo (3);» sino ofrécele á solo Dios, dándole gracias por las victorias y coronas que dió á los santos, é implorando su patrocinio, para que intercedan por nosotros en el cielo, pues nosotros los honramos y reverenciamos en la tierra (4).

De manera, que este divino misterio, no solamente es Sacramento como los de-

(1) Quasi Sodoma fuissemus, et quasi Gomorrha similes essemus. *Isai.* I, 9.
(2) S. Thom. 3. *p. q. 49, art. 4.*
(3) Tradidit semetipsum pro nobis oblationem, et hostiam Deo in odorem suavitatis. *Ad Eph.* V, 2.

(1) Quoties hujus hostiae commemoratio celebratur, opus nostrae redemptionis exercetur. *Eccl. in Dominica IX, post Pentecost. in oratione secreta.*
(2) Concil. Trident. serm. 22, c. 3.
(3) Offero tibi Sancte Petre, vel Sancte Paule.
(4) Ut ipsi pro nobis intercedere dignentur in coelis, quorum memoriam facimus in terris.

mas, sino juntamente es Sacrificio; y hay mucha diferencia entre estas dos razones, de Sacramento y de Sacrificio; porque el ser sacrificio consiste en que se ofrezca por medio del sacerdote en la Misa. Sentencia es muy recibida de los teólogos que la esencia de este sacrificio consiste en la Consagracion de entrambas especies, y que entonces se ofrece cuando se acaban de consagrar. Asi como en el punto que Cristo espiró, se acabó de hacer aquel sacrificio cruento, en que se ofreció al Padre Eterno por nosotros en la cruz; asi en la Misa, este sacrificio, que es verdadera representacion de aquel y es el mismo que aquel, se acaba esencialmente y se ofrece en el punto en que se acaban de decir las palabras de la Consagracion sobre el pan y sobre el vino, porque entonces está allí por virtud y fuerza de las palabras el Cuerpo en la Hostia y la Sangre en el Cáliz; y en aquella Consagracion de la Sangre, que se hace en acabando de consagrar el Cuerpo, se representa al vivo el derramamiento de la Sangre de Cristo, y consiguientemente el apartamiento del Anima del Cuerpo, que de ese derramamiento y apartamiento de la Sangre del Cuerpo se siguió. De manera, que por las palabras de la Consagracion se produce el sacrificio, y por ellas mismas se hace la oblacion. Pero el ser Sacramento, éslo siempre, despues de consagrado, mientras duran las especies de pan; cuando está reservado en la Custodia, cuando le llevan á los enfermos, y cuando uno comulga; y no tiene entonces razon ni fuerza de sacrificio. Y hay otra diferencia, que, en cuanto es Sacramento, aprovecha al que lo recibe como los demas Sacramentos, dándole gracia y los demas efectos suyos. Pero en cuanto es Sacrificio, aprovecha, no solamente al que le recibe, sino tambien á otros por quien se ofrece. Y asi nota el Concilio Tridentino que para estas dos cosas y por estas dos causas instituyó Cristo este divino misterio: la una, para que como Sacramento fuese mantenimiento del alma, con el cual se pudiese conservar, restaurar y renovar la vida espiritual; la otra, para que la Iglesia tuviese un Sacrificio perpétuo que ofrecer á Dios para perdon y satisfaccion de nuestros pecados, para remedio de nuestras necesidades, en recompensa y agradecimiento de los beneficios recibidos, y para impetrar y alcanzar nuevas gracias y mercedes del Señor. Y no solamente para remedio y alivio de los vivos, sino tambien de los difuntos que mueren en gracia y están en purgatorio: á todos aprovecha este sacrificio.

Y hay aquí una cosa de gran consuelo, que asi como el sacerdote, cuando dice Misa, ofrece este sacrificio por sí y por otros, asi tambien todos los que la están oyendo ofrecen juntamente con él este sacrificio por sí y por otros. Asi, como cuando un pueblo ofrece un presente á su señor, vienen tres ó cuatro hombres, y habla el uno solo con él, pero todos traen el presente y todos le ofrecen; asi acá, aunque solo el sacerdote habla, y con sus manos ofrece este sacrificio; pero por manos del sacerdote ofrecen todos. Verdad es que hay diferencia, porque en el ejemplo que traemos, aunque escogen uno que hable, pero cualquiera de los otros podia hacer aquello; y en la Misa no; porque solo el sacerdote, que está escogido de Dios para ello, puede consagrar y hacer lo que se hace en la Misa; pero todos los demas que sirven ó asisten á ella, ofrecen tambien aquel sacrificio. Y asi lo dice el mismo sacerdote en la Misa: «Orad, hermanos, para que este sacrificio mio y vuestro sea aceptable delante de Dios Padre todopoderoso (1):» y

(1) Orate, fratres, ut meum, ac vestrum sacrificium acceptabile fiat apud Deum Patrem omnipotentem. *Eccles.*

el Cánon dice: «Por los que te lo ofrecemos, ó te lo ofrecen (1).» Lo cual deberia poner mucha codicia á todos de oir y ayudar las Misas; y lo declararemos mas en el capítulo siguiente.

## CAPITULO XV.

### De qué manera se ha de oir la Misa.

Lo que habemos dicho parece que nos obliga á tratar cómo se debe oir Misa y lo que habemos de hacer en ella. Y asi diremos acerca de esto tres cosas, que serán tres devociones que podemos tener en la Misa, y cada una de ellas es muy principal, y todas tres se pueden tener juntamente. Y no serán de nuestra cabeza, sino de nuestra Madre la Iglesia, para que se tengan y estimen en lo que es razon. Cuanto á lo primero, habemos de presuponer que la Misa es una memoria y representacion de la Pasion y Muerte de Cristo, como queda dicho. Quiso el Redentor del mundo que este santo sacrificio fuese memoria de su Pasion y del amor que nos tuvo, porque entendió que acordándonos de lo que por nosotros padeció, nos seria esta contínua memoria un despertador grande para amarle y servirle, y que no seriamos como el otro pueblo que se olvidó del Señor que les salvó y sacó de Egipto (2). Y asi, una de las buenas devociones que podemos tener en la Misa, conforme á esto, es ir considerando los misterios de la Pasion que en ella se nos representan, sacando de alli actos de amor y propósitos de servir mucho al Señor. Para eso ayudará mucho saber las significaciones de lo que se hace y dice en la Misa, para que asi vayamos entendiendo y gustando mas de los misterios grandes que alli se nos representan; porque no hay palabra, ni signo, ni ceremonia que no tenga grandes significaciones y misterios: y todas las vestiduras y ornamentos con que se viste el sacerdote para decir Misa, nos representan tambien eso mismo. El Amito, dicen los Santos que representa el velo con que cubrieron el rostro á Cristo nuestro Redentor, cuando le decian, hiriéndole en el rostro: «Profetiza quien te dió.» El Alba, la vestidura blanca con que Herodes, haciendo burla y escarnio de él con su ejército, le envió vestido á Pilato. El Cíngulo representa, ó las primeras ataduras y sogas con que fué atado, cuando le prendieron, ó los azotes con que fué azotado por mandado de Pilato. El Manípulo significa las segundas ataduras, con que ataron á Cristo las manos á la columna, cuando le azotaron. Pónese en el brazo izquierdo, que está mas cercano al corazon, para denotar el amor grande con que recibió aquellos crueles azotes por nuestros pecados, y el amor con que es razon que nosotros correspondamos á tan grande amor y beneficio. La Estola representa las terceras ataduras, que fué aquella soga que le echaron al cuello cuando llevaba la cruz acuestas para ser crucificado. La Casulla representa la vestidura de grana que le vistieron para hacer burla y escarnio de él; ó segun otros, representa aquella Túnica inconsútil que le desnudaron para crucificarle. El entrar el sacerdote en la sacristía á vestirse de estas vestiduras sacerdotales, representa la entrada de Cristo en este mundo, en el Sagrario Sacratísimo del vientre virginal de la Vírgen María, Madre suya, donde se vistió de las vestiduras de nuestra humanidad para ir á celebrar este sacrificio en la cruz. Y al salir el sacerdote de la sacristía canta el coro el Introito de la Misa, el cual significa

(1) Pro quibus tibi offerimus, vel qui tibi offerunt.
(2) Qui obliti sunt Deum, qui salvavit eos. *Ps.* CV, 21.

los grandes deseos y suspiros con que aquellos Santos Padres esperaban la Encarnacion del Hijo de Dios: "Envia, Señor, el Cordero que ha de dominar la tierra. ¡Ojalá rompieses los cielos y bajases (1)!" Y tórnase á repetir otra vez el Introito, para significar la frecuencia de estos clamores y deseos que tenian aquellos Santos Padres de ver á Cristo en el mundo, vestido de nuestra carne. El decir el sacerdote la confesion, como hombre pecador, significa que Cristo tomó sobre sí todos nuestros pecados para pagar por ellos, y quiso parecer pecador y ser tenido por tal, como dice el Profeta Isaías (2), para que nosotros fuésemos justos y santos. Los Kyries, que quiere decir: «Señor, misericordia,» significan la grande miseria en que estábamos todos antes de la venida de Cristo. Seria cosa muy larga discurrir por todos los misterios en particular. Basta entender que no hay cosa en la Misa que no esté llena de misterios; y todos aquellos signos y cruces que hace el sacerdote sobre la Hostia y el Cáliz, es para representarnos y traernos á la memoria los muchos y varios tormentos y dolores que Cristo padeció por nosotros en la cruz; el levantar en alto la Hostia y el Cáliz en acabando de consagrar (fuera de que se hace para que el pueblo lo adore), nos representa cuando levantaron la cruz en alto para que todos le viesen crucificado. Cada uno puede entretenerse en la consideracion de un misterio ó dos, que mas devocion le diese, sacando de ellos fruto para sí, y procurando corresponder á tan grande amor y beneficio; y eso será mas provechoso que el pasar de corrida muchos misterios por la memoria. Esta es la primera devocion que podemos tener en la Misa.

La segunda devocion y modo de oir la Misa, es muy principal y muy propio de ella, y le apuntamos en el capítulo pasado, para cuya inteligencia, es menester presuponer dos cosas que allí declaramos. La primera, que la Misa, no solamente es memoria y representacion de la Pasion de Cristo y de aquel sacrificio en que él se ofreció en la cruz al Padre Eterno por nuestros pecados; sino es el mismo sacrificio que entonces se ofreció y del mismo valor y eficacia. La segunda, que aunque solo el sacerdote habla, y con sus manos ofrece este sacrificio, pero todos los circunstantes le ofrecen tambien juntamente con él. Supuesto esto, digo, que el mejor modo de oir la Misa, es ir juntamente con el sacerdote ofreciendo este sacrificio y haciendo en cuanto pudiéremos lo que él hace, haciendo cuenta que nos juntamos todos allí, no solo á oir la Misa, sino á ofrecer este Sacrificio juntamente con el sacerdote, pues en realidad de verdad es asi; y por eso está ordenado que los sacerdotes digan con voz clara y moderadamente alta las cosas de la Misa que conviene que el pueblo oiga, para que vayan gustando y preparándose juntamente con el sacerdote para ofrecer este Sacrificio con la preparacion que la Iglesia con tan grande consejo y acuerdo ha ordenado para eso; porque todo lo que allí se dice y hace es un preparar y disponer, asi al sacerdote como á los que le asisten, para que con mas devocion y reverencia ofrezcan este altísimo Sacrificio.

Para que mejor podamos poner esto en ejecucion, se ha de notar que tres partes principales tiene la Misa: la primera es desde la Confesion hasta el Ofertorio, que toda ella es un preparar al pueblo para que dignamente pueda ofrecer este Sacrificio. Al

(1) Emitte agnum, Domine, dominatorem terrae. *Isaiae* XVI, 1.—Utinam dirumperes coelos, et descenderes. *Isaiae* LXIV, 1.

(2) Isaiae LIII, 4 et 11.

principio con la Confesion y aquellos versos de Salmos, aun antes de llegar al altar. Luego los Kyries, que fuera de significar, como dijimos, la grande miseria en que estábamos antes de la venida de Cristo, nos dan tambien á entender que el que ha de tratar negocios con Dios, no los ha de tratar por justicia, sino por misericordia. Luego se sigue el *Gloria in excelsis Deo*, dando gloria á Dios por la Encarnacion y reconociendo el bien grande de este beneficio. Luego se sigue la Oracion. Y débese notar que dice el sacerdote: *Oremus* y no *Oro*, porque todos oran con él, y él en persona de todos. Y para que esto se haga con mas espíritu, precede el pedir para ello la asistencia del Espíritu Santo, volviéndose el sacerdote al pueblo, con el *Dominus vobiscum*; y respondiendo el pueblo: *Et cum spiritu tuo*. La Epístola significa la doctrina del Viejo Testamento y la de San Juan Bautista, que precedió como preparacion y catecismo para la doctrina del Evangelio. El Gradual, que se dice despues de la Epístola, significa la penitencia que hacia el pueblo con la predicacion de San Juan Bautista. Y el *Alleluia* que se sigue despues del Gradual, significa el alegria que tiene el alma despues de haber alcanzado el perdon de los pecados por medio de la penitencia. El Evangelio significa la doctrina que Cristo predicó en el mundo. Y hace el sacerdote la señal de la cruz sobre el libro que ha de leer, porque nos ha de predicar á Cristo Crucificado; y despues hace la señal de la cruz en la frente, boca y pecho, y el pueblo tambien, en lo cual profesamos que tenemos á Cristo Crucificado en nuestro corazon, y que le confesaremos con nuestras lenguas y con nuestros rostros descubiertos, y viviremos y moriremos en esta confesion. Enciéndense nuevas lumbres para decir el Evangelio, porque esta doctrina es la que alumbra nuestras almas y la luz que trajo el Hijo de Dios al mundo (1). Oyese el Evangelio en pie, para darnos á entender la prontitud que habemos de tener para obedecerle y para defenderle, cuando fuere menester. Oyese descubierta la cabeza, para dar á entender la reverencia que habemos de tener á la palabra de Dios. Luego se sigue el Credo, que es el fruto que se saca de la doctrina del Evangelio, porque en él confesamos los artículos y principales misterios de nuestra fé. Esta es la primera parte de la Misa, la cual llaman Misa de los catecúmenos, porque hasta aqui se permitian estar en la Misa los catecúmenos que no estaban bautizados, y los infieles, asi judios como gentiles, para que oyesen la palabra de Dios y fuesen instruidos en ella.

La segunda parte de la Misa es desde el Ofertorio hasta el Pater noster, que llaman Misa del sacrificio, á la cual solo los cristianos pueden estar. Y asi solia el diácono desde el púlpito mandar ir á los catecúmenos; y entonces se decia antiguamente, el *Ite Missa est*: «Idos, porque la Misa, esto es, el sacrificio se comienza ya, al cual no es lícito á vosotros asistir.» Esta es la principal parte de la Misa, donde se hace la Consagracion y se ofrece lo Consagrado. Y asi el sacerdote comienza á tener silencio y á decir las oraciones en secreto que no sean oidas de los circunstantes, como quien se acerca ya al sacrificio. Como cuando se acercaba la Pasion, dice el sagrado Evangelio (2) que Cristo nuestro Redentor se retiró junto al desierto, á la ciudad de Efren, y que ya no andaba en público. Pues acercándose ya el sacerdote á ofrecer el sacrificio, lávase las manos para darnos á enten-

(1) Lumen ad revelationem gentium, et gloriam plebis tuae Israel. *Luc.* II, 32.
(2) Joann. XI, 54.

der la limpieza y puridad con que nos habemos de llegar á este sacrificio. Y vuélvese al pueblo diciendo que hagan oracion juntamente con él, para que aquel sacrificio sea acepto y agradable á la Magestad de Dios. Y despues de haber orado un poco secretamente, torna á interrumpir el silencio con el Prefacio, que es un apercibimiento mas particular con que el sacerdote se dispone á sí y al pueblo para este santo sacrificio, exhortándoles á que levanten los corazones al cielo y á que den gracias al Señor por haber bajado del cielo á tomar nuestra carne y morir por nosotros. «Bendito el que viene en el nombre del Señor, hosanna en las alturas,» que son aquellos loores con que le recibieron en Jerusalen el Domingo de Ramos (1): *Sanctus, Sanctus, Sanctus, Dominus Deus Sabaoth*, que son aquellas voces con que le están perpétuamente alabando los cortesanos del cielo, como dice Isaías (2) y San Juan en su Apocalipsi (3). Luego comienza el Cánon de la Misa, donde primero ruega el sacerdote al Padre Eterno, que por los méritos de Jesucristo, su único Hijo y Señor nuestro, acepte este Sacrificio por la Iglesia, por el Papa, por el prelado, por el rey. Y luego en secreto ruega á Dios por otras personas particulares, ofreciendo tambien el sacrificio por ellas, haciendo el primer Memento que llamamos de los vivos; y particularmente ofrece este sacrificio por los que están presentes (4). Y asi es cosa muy provechosa asistir á la Misa; porque los que asisten á ella participan mas de los dones de Dios, como los que asisten á la mesa del rey, y como los que le salen á recibir cuando entra en la ciudad; y como los que estuvieron al pie de la cruz, San Juan y nuestra Señora, la Magdalena y el buen Ladron. Ruperto abad dice que hallarse presente á la Misa es hallarse presente á las exequias de Cristo nuestro Redentor. Luego se sigue la Consagracion, en que, como digimos en el capítulo pasado, consiste y se ofrece el Sacrificio de la Misa por todos aquellos de quien en el Memento se ha hecho mencion.

Pues, digo, que la mejor devocion que uno puede tener en la Misa, es ir atendiendo á lo que el sacerdote dice y hace, é ir juntamente con él ofreciendo este Sacrificio y haciendo, en cuanto puede, lo que él hace, como quien es parte en tan grande negocio como alli se trata y celebra. Y cuando el sacerdote hace el Memento de los vivos, es bueno hacer tambien cada uno su Memento, rogando á Dios por los vivos; y despues el de los difuntos, tambien con el sacerdote. Nuestro P. San Francisco de Borja hacia el Memento de esta manera: presupuesta la consideracion dicha, que este Sacrificio representa y es el mismo que se ofreció en la cruz por nosotros, iba haciendo su Memento por las cinco Llagas de Cristo. En la Llaga de la mano derecha, encomendaba á Dios el Papa, y los cardenales, y todos los obispos y prelados, clérigos y curas, y todo el estado eclesiástico. En la Llaga de la mano izquierda, encomendaba á Dios el rey, y todas las justicias y cabezas del brazo seglar. En la Llaga del pie derecho, todas las religiones, y en particular la Compañía. En la Llaga del pie izquierdo, todos sus deudos, parientes, amigos, bienhechores, y todos los que se habian encomendado en sus oraciones. La Llaga del costado, reservaba para sí, y allí se entraba y acogia él (1), pidiendo á Dios perdon de sus

(1) Benedictus qui venit in nomine Domini: hosanna in altissimis. *Matth.* XXI, 9.
(2) Isáiae VI, 2.
(3) Apoc. IV, 8.
(4) Et omnium circumstantium.

(1) In foraminibus petrae, in caverna maceriae. *Cant.* II, 14.

pecados y remedio de sus necesidades y miserias. Y asi ofrecia este sacrificio por todas estas cosas, y por cada una de ellas, como si por sola ella le ofreciera; ofreciéndole siempre en particular por aquella persona ó personas por quien decia la Misa por obligacion ó devocion, con voluntad de que se le aplicase de aquel santo Sacrificio toda la parte que se le debia, sin que fuese defraudado en nada por los demas á quien lo aplicaba. De la misma manera hacia el Memento de los difuntos, ofreciendo aquel Sacrificio; lo primero, por la persona ó personas por quien particularmente decia la Misa; lo segundo, por las ánimas de sus padres y parientes; lo tercero, por los difuntos de su Religion; lo cuarto, por sus amigos, bienhechores, encomendados, y por todos aquellos á quien tenia alguna obligacion; lo quinto, por las ánimas que están mas desamparadas, que no tienen quien haga bien por ellas; y por las que están en mas graves penas y en mayor necesidad, y por las que están mas cerca de salir del Purgatorio, y por las que seria mayor caridad y servicio de Dios ofrecerle. Asi habemos de hacer nosotros de esta ú otra manera, como cada uno mejor se hallare. Y particularmente habemos de ofrecer este sacrificio por tres cosas, que entre otras muchas nos tienen muy obligados y cercados por todas partes; la primera, en hacimiento de gracias por los beneficios grandes que habemos recibido de la mano de Dios, asi generales como particulares; la segunda, en satisfaccion y recompensa de nuestros pecados; la tercera, para pedir remedio de nuestras necesidades y flaquezas y alcanzar nuevas mercedes del Señor. Y es muy bueno ofrecer cada uno á Dios este sacrificio por estas tres cosas, no solo por sí mismo, sino tambien por los prójimos; ofreciéndole, no solo por los beneficios que él ha recibido, sino tambien por las mercedes tan grandes que ha hecho y cada dia hace á todos los hombres. Y no solo en satisfaccion y recompensa de sus pecados, sino de todos los pecados del mundo, pues basta y sobra para satisfacer y aplacar por todos ellos al Padre Eterno. Y no solo para pedir remedio de las miserias y necesidades propias y particulares, sino de todas las de la Iglesia. Y en esto se conforma uno mas con el sacerdote que lo hace asi; fuera de que la caridad y celo de las almas pide que no solo tenga uno cuenta con su particular, sino con el bien comun de la Iglesia. Y generalmente es bueno ofrecer este sacrificio por todo aquello que Cristo le ofreció estando en la cruz. Y será bueno ofrecernos tambien á nosotros mismos, juntamente con Cristo, en sacrificio al Padre Eterno cada dia en la Misa por estas mismas cosas, sin quedar nada en nosotros que no se lo ofrezcamos. Porque aunque es verdad que son de muy poco valor nuestras obras de suyo; pero teñidas en la Sangre de Cristo y en union de sus méritos y Pasion, serán de mucho valor y agradarán mucho á Dios.

San Crisóstomo dice (1) que la hora en que se ofrece este divino sacrificio es el tiempo mas oportuno que hay para negociar con Dios, y que los ángeles tienen esta por una suavísima coyuntura para pedirle mercedes en favor del género humano, y que claman alli con grande ahinco por nosotros á Dios por ser el tiempo tan acomodado. Y asi dice que están alli escuadrones celestiales de ángeles, de querubines y serafines, arrodillados con gran reverencia ante la Magestad de Dios; y que luego, en ofreciéndose este sacrificio, van volando estos correos celestiales para que las cárceles del Purgatorio se abran y se

(1) Chrys. *hom.* 3 *de incomprehensibili Dei natura.*

ejecute lo que allí se ha despachado. Y así es razon que nosotros sepamos estimar esta coyuntura y aprovecharnos de tan buena ocasion, y que vamos á la Misa á ofrecer este divino sacrificio con grande confianza, que por medio de él aplacaremos la ira del Padre Eterno, y pagaremos las deudas de nuestros pecados, y alcanzaremos los dones y mercedes que le pidiéremos.

La tercera devocion pertenece particularmente á la tercera parte de la Misa, que es desde el *Pater noster* hasta el fin, donde el sacerdote consume; y las oraciones que se dicen despues de la Comunion, todas son un hacimiento de gracias por el beneficio recibido. Pues lo que han de hacer entonces los que oyen la Misa, es ir tambien en esto con el sacerdote en cuanto pudieren. No podemos comulgar en cada Misa sacramentalmente, pero espiritualmente sí. Pues esta sea la tercera devocion de la Misa, que es muy buena y muy provechosa, que cuando comulga el sacerdote sacramentalmente, comulguen tambien espiritualmente los que se hallan presentes. Comulgar espiritualmente es tener un deseo grande de recibir este Santísimo Sacramento, conforme á aquellas palabras de Job: "¿Quién nos dará que nos hartemos de su carne (1)?" Así como al goloso se le van los ojos tras la golosina, así al siervo de Dios se le han de ir los ojos y el corazon tras este divino manjar, y cuando el sacerdote abre la boca para consumir, ha de abrir él la boca de su ánima con un deseo grande de recibir aquel divino manjar y estarse saboreando en aquello. De esta manera Dios satisfará el deseo del corazon con aumento de gracia y de caridad, conforme á aquello que él promete por el Profeta: "Dilata tu boca y la llenaré (2)."

(1) Si non dixerunt viri tabernaculi mei (id est, boni Christiani, et timorati): quis det de carnibus ejus, ut saturemur? *Job.* XXXI, 31.

(2) Dilata os tuum, et implebo illud. *Ps.* LXXX, 11.

Pero nota aquí el Concilio Tridentino (1) que para que el deseo de recibir este Santísimo Sacramento sea Comunion espiritual, es menester que nazca de fé viva, informada de la caridad. Quiere decir, que es menester que el que tiene este deseo esté en caridad y gracia de Dios, porque entonces consigue este fruto espiritual, uniéndose mas con Cristo; pero en el que estuviese en pecado mortal, este deseo no sería Comunion espiritual; antes, si desease comulgar, estándose en pecado, pecaría mortalmente; y si lo desease, saliendo primero de él, aunque sería buen deseo, no sería Comunion espiritual; porque como no está en gracia no puede recibir el fruto de ella. De manera que es menester estar en gracia de Dios, y tener entonces este deseo es comulgar espiritualmente, porque por ese deseo de recibir este Santísimo Sacramento participa de los bienes y gracias espirituales que suelen participar los que le reciben sacramentalmente. Y aun puede ser que el que comulga espiritualmente reciba mayor gracia que el que comulga sacramentalmente, aunque comulgue en estado de gracia; porque aunque es verdad que la Comunion Sacramental, de suyo es de mayor provecho y de mayor gracia que la espiritual; porque, al fin, es Sacramento y tiene privilegio de dar gracia *ex opere operato*, lo cual no tiene la Comunion espiritual; pero con tanta devocion, reverencia y humildad puede uno desear recibir este Santísimo Sacramento, que reciba con eso mayor gracia que el que le recibe sacramentalmente no con tanta disposicion. Y mas; hay otra cosa en esta Comunion espiritual, que como es secreta, y no la ven los demas, no hay ningun peligro de vanagloria de los circunstantes, como le hay en la Comunion sacramental, que es pública. Y mas: tiene

(1) Conc. trident. sess. XIII, c. 8.

otro privilegio particular que no tiene la sacramental, y es, que se puede hacer mas veces. Porque la sacramental hácese una vez en la semana, ó cuando mucho, una vez cada dia; pero la espiritual puédese hacer, no solamente cada dia, sino muchas veces al dia. Y asi tienen muchos esta loable devocion de comulgar espiritualmente, no solo cuando oyen Misa, sino cada vez que visitan el Santísimo Sacramento y otras veces.

Y es bueno el modo de comulgar espiritualmente que usan algunos siervos de Dios; el cual pondremos aqui para que se pueda aprovechar de él el que quisiere. Cuando oís Misa ó cuando visitais el Santísimo Sacramento, ó cada y cuando que quisiéredes comulgar espiritualmente, despertad vuestro corazon con afectos y deseos de recibir este Santísimo Sacramento, y decid; «¡Oh, Señor, quien tuviera la limpieza y puridad que es menester para recibir dignamente tan gran Huésped! ¡Oh quien fuera digno de recibiros cada dia y teneros siempre en sus entrañas! ¡Oh, Señor, qué rico estuviera yo si os mereciera recibir y traer á mi casa! ¡qué dichosa fuera mi suerte! pero no es necesario, Señor, venir Vos á mí sacramentalmente para enriquecerme; queredlo, Dios mio, que eso bastará; mandadlo Vos, Señor, y quedaré justificado.» Y en testimonio de esto, decid aquellas palabras que usa la Iglesia: «Señor mio Jesucristo, yo no soy digno que Vos entreis en mi morada; mas decidlo Vos, que con vuestra sola palabra mí ánima será sana y salva (1). Si mirar la serpiente de metal bastaba para sanar los heridos (2), tambien bastará el miraros á Vos con fé viva y con ardiente deseo de recibiros.» Y será bueno añadir la Antífona: *O Sacrum convivium etc.* y el verso: *Panem de Cœlo etc.* con la oracion del Santísimo Sacramento.

(1) Domine, non sum dignus, ut intres sub tectum meum; sed tantum dic verbo, et sanabitur anima mea. *Matth.* VIII, 8.

(2) Num. 21.

## CAPITULO XVI.

**Algunos ejemplos acerca de la devocion de oir Misa y decirla cada dia, y la reverencia con que habemos de estar en ella.**

El Papa Pio II (1), y Sabélico cuentan que en la provincia de Histria, que confina con Panonia y Austria, vivia un devoto caballero, el cual era molestado de una grave tentacion de ahorcarse, y algunas veces estuvo en puntos de hacerlo. Andando con esta penosa tentacion, descubrióse á un religioso letrado y temeroso de Dios, pidiéndole consejo, el cual despues de haberle confortado y consolado, le dijo que tuviese en su compañía un capellan que cada dia le dijese Misa. Parecióle bien este remedio, y asi se concertó con un sacerdote; y los dos se fueron á vivir á una buena fortaleza que tenia en el campo, donde habiendo un año que por esta santísima devocion vivia en sosiego, acaeció que un dia le pidió licencia su capellan para ir á celebrar una fiesta á un pueblo allí vecino con un clérigo amigo suyo: el caballero dió la licencia con intencion de ir allá á oir Misa y hallarse en la fiesta; pero por cierta ocasion se detuvo de modo que era ya medio dia cuando vino á salir de su fortaleza muy congojado, pensando no hallar Misa, y molestado de su antigua tentacion; yendo asi fatigado, encontróse con un labrador que venia del lugar, el cual le certificó que eran ya acabados los Oficios divinos: recibió de esto el caballero tanta pena, que comenzó á maldecir su ventura y á decir que pues aquel dia no habia oido Misa, se tenia ya

(1) Pius II in *sua Cosmographia*, in *descriptione Europae*.

por perdido. El labrador le dijo que no se fatigase, que él le venderia la Misa y lo que delante de Dios habia merecido con ella: al caballero le agradó esto, y asi se concertaron en que le diese una ropa que traia vestida, la cual él dió de buena voluntad, y con esto se partió el uno del otro. Con todo eso, quiso el caballero llegar al pueblo á hacer oracion en la iglesia; hízolo asi, y poco despues volviéndose á su casa, llegando al lugar de la simonia, vió que el labrador se habia ahorcado de un árbol, permitiéndolo asi Dios, en castigo de su pecado: quedó atónito, y dió gracias al Señor porque le habia á él librado; y confirmóse mas en su devocion, y desde entonces quedó libre de la tentacion, aunque vivió muchos años.

Léese en las Crónicas de San Francisco (1), de Santa Isabel, reina de Portugal y sobrina de Santa Isabel, reina de Hungría, que entre otras grandes virtudes que tenia, una era ser piadosa y compasiva de los pobres y enfermos y amiga de socorrerlos; y asi se dice de ella que ningun pobre le pidió que no le socorriese; y fuera de esto, tenia mandado á su limosnero que á ninguno le negase la limosna. Teniendo, pues, esta santa reina un paje ó criado de cámara, de quien se servia en la distribucion de estas limosnas y obras de piedad, por ser virtuoso y de buenas costumbres, aconteció que otro paje de la cámara del rey don Dionisio su marido, y muy privado suyo, viendo la privanza que el otro paje tenia con la reina, por envidia que tuvo de él y por caer en gracia del rey, le quiso poner mal con él afirmándole que la reina le tenia mala aficion. Y como el rey vivia no muy honestamente, inducido por el demonio, traia consigo algunos descontentos y tenia alguna desconfianza de la reina su muger. Por lo cual, espantado de lo que su paje le habia dicho, aunque es verdad que no lo acabó de creer, sino que quedó dudoso, con todo eso se determinó de hacer matar á aquel paje secretamente; y saliendo aquel dia á pasearse á caballo, pasó por donde habia un horno de cal, que se estaba cociendo, y llamando á parte á los hombres que le daban fuego, les mandó que á un criado de cámara, que él les enviaria allí con un recaudo, diciendo si tenian hecho lo que el rey les habia mandado, le arrebatasen luego y le echasen dentro del horno, de modo que allí luego muriese, porque asi convenia á su servicio. Venida, pues, la mañana siguiente, mandó el rey al paje de la reina que fuese con este recaudo al dicho horno, para que aquellos hombres pusiesen en ejecucion lo que él les habia mandado y asi muriese; mas nuestro Señor, que nunca falta á los suyos y vuelve por los que están inocentes y sin culpa, ordenó que, pasando este mozo por una iglesia, tañesen la campanilla de alzar en una Misa que entonces se estaba diciendo; y entrando dentro, estuvo hasta que se acabó esta Misa, y otras dos que se comenzaron luego, una en pos de otra. En este tiempo, deseando el rey saber si era ya muerto, acertó á ver al otro paje de cámara, que era el que le habia acusado y levantado el falso testimonio delante del rey, al cual envió muy de priesa al horno, á saber si se habia hecho lo que él habia mandado; y llegado que fué con el recaudo, como este, conforme á las señas, era el que el rey les habia dicho, arrebatáronle luego los hombres, y atándole lo echaron vivo en el horno. En este interin, acabando el otro mozo, inocente y sin culpa, de oir sus Misas, fué á dar el recaudo del rey á los que cocian el horno diciendo si habian cumplido lo que su señor les habia mandado, y respondiendo

(1) P. 2, lib. 8, cap. 28 de las *Crónicas de S. Francisco.*

ellos que sí, él se volvió con la respuesta al rey; el cual así que le vió, quedó como fuera de sí, viendo y considerando que había acontecido este negocio muy al contrario de como él lo había ordenado y mandado. Y volviéndose al paje le comenzó á reprender, preguntándole dónde se había detenido tanto. Entonces el criado, dando cuenta de sí, le respondió: «Señor, yendo yo á cumplir el mandato de vuestra alteza, acerté á pasar junto á una iglesia, donde estaban tañendo la campanilla de alzar, y entrando dentro oí aquella Misa hasta el cabo; y antes que aquella se acabase, comenzaron otra, y otra, y así aguardé hasta que se acabaron todas, porque mi padre me dejó por bendicion, antes que muriese, que todas las Misas que viese comenzar estuviese hasta el fin. Entonces vino el rey á caer, por este juicio de Dios, en la cuenta de la verdad, y en la inocencia de la buena reina, y en la fidelidad y virtud del buen criado, y así echó de sí la imaginacion mala que de ella tenia.

En el Prontuario de ejemplos se cuenta (1), que en un pueblo vivian dos oficiales de un mismo oficio, y el uno tenia muger, hijos y familia, y con todo eso era tan devoto de oir Misa cada dia, que por ninguna cosa la dejaba, y así le ayudaba nuestro Señor, y le iba bien en su oficio, y le multiplicaba su hacienda. El otro por el contrario, no teniendo hijo ninguno, ni criado, sino solo su muger, siempre trabajaba, de dia y de noche, y aun en los mismos dias de fiesta, y oia Misa muy pocas veces, y nunca salia de lacería, sino que padecia mucha necesidad y pobreza. Viendo, pues, este, que al otro le iba tan bien, haciéndose un dia encontradizo con él, le preguntó que de dónde le venian tantos bienes y le sucedia tan grande ganancia, que con él tener tanta familia de hijos y muger, nunca le faltaba lo necesario, sino que siempre tenia bastantemente lo que habia menester; y él siendo solo con su muger, y trabajando mas, siempre vivia en necesidad y pobreza. A esto respondió el que tenia devocion de oir cada dia Misa, diciendo que él le mostraria el dia siguiente el lugar donde hallaba aquella ganancia; y venida la mañana, se fué por casa del otro y le llevó consigo á la iglesia; y acabada de oir la Misa, le dijo que se volviese á su casa á trabajar. Lo mismo hizo el segundo dia, y las mismas palabras le dijo. Pero al tercero dia, viniendo otra vez á su casa para llevarle consigo á la iglesia, le dijo el otro: «Hermano, si yo quisiese ir á la iglesia, no ha menester que vos me lleveis allá, que bien sé el camino; lo que yo deseaba saber de vos era el lugar donde habeis hallado tan buena comodidad para enriquecer y que me llevásedes allá para que yo tambien me pueda hacer rico.» Entonces respondió él diciendo: «Yo no sé, ni tengo otro lugar donde busque el tesoro del cuerpo y el premio de la vida eterna, sino en la iglesia.» Y para confirmar esto, dijo: «¿Por ventura no habeis oido lo que el Señor dice en el Evangelio: *buscad primero el reino de los cielos y su justicia, y todas las demas cosas se os darán por añadidura* (1)?» Oyendo esto el buen hombre, entendió el misterio, y cayó en la cuenta, y compungido de su pecado enmendó su vida, haciéndose desde luego muy devoto y oyendo de allí adelante cada dia Misa, y así le comenzó á ir bien y suceder prósperamente en todos sus negocios.

Cuenta San Antonino de Florencia (2),

(1) *Promptuarium exemplorum verbo Missa, et in Vitis patrum.* Et Surius in vita Sancti Joann. Eleemosynarii.

(1) Matth. VI, 33.
(2) Antonin. 2, *p. Theolog. tit.* 9, *cap.* 10, *§.* 2.

que saliendo un dia de fiesta de una ciudad dos amigos mancebos para irse á holgar al campo á cierta caza, el uno de ellos tuvo cuidado de oir primero misa y cumplir con el precepto, y el otro no. Yendo, pues, juntos su camino, comenzó á revolverse el tiempo y turbarse el aire, de modo que parecia que el cielo se queria venir abajo y hundir el mundo con los grandes truenos que comenzaron, y muchos relámpagos que venian á toda prisa, con grandes señales de mucha agua; y entre estas y estas se oyó en el aire una voz, la cual oyeron los mismos mozos, que decia: «dále y hiérele.» Quedaron con esta voz atemorizados; pero siguiendo su camino, al mejor tiempo, cuando no se cataron, cayó un rayo, y mató al desdichado mozo que aquel dia no habia oido Misa. Fué tan grande el espanto y asombro que le dió al otro, que quedó como fuera de juicio, sin saber lo que habia de hacer, mayormente, que estaba ya cerca del puesto donde iban á cazar. Finalmente, pasó adelante y prosiguió su camino, y oyó otra voz que dijo: «hiérele, hiérele á ese.» Quedó el pobre muy atemorizado con esta voz, acordándose de lo que habia pasado por su compañero; mas oyóse otra voz en el aire, y dijo: «No puedo, porque ha oido hoy el *Verbum caro factum est.*» Entendiendo por esto, que habia oido Misa; porque al fin de ella se suele decir el Evangelio de San Juan, donde están estas palabras. Y de esta manera se escapó aquel mozo de aquella tan terrible y repentina muerte.

De San Buenaventura se lee en su *Vida*, que considerando la Soberana Magestad de Dios, que está en el Santísimo Sacramento del altar, y su gran vileza, y temiendo que no recibia al Señor con la disposicion que convenia, estuvo muchos dias sin llegarse al altar; y un dia, oyendo Misa, al tiempo que el sacerdote partia la hostia, una parte de ella se vino á él y se le puso en la boca. Y haciendo gracias al Señor por este tan incomparable beneficio, entendió que con él le queria enseñar que gusta mas Dios de los que con amor y entrañable afecto se llegan á él y le reciben, que no de los que por temor se apartan y dejan de recibirle; como despues el mismo Santo lo escribió (1). Y lo mismo escribió Santo Tomás (2).

Del santo Fr. Hernando de Talavera, primer arzobispo de Granada, se cuenta que, estando en la córte ocupado en muchos y muy graves negocios del reino, como sus émulos, que eran muchos, no hallasen otra cosa en que le poder acusar, murmuraban algunos porque decia cada dia Misa, maravillándose de él que, teniendo tantos y tan árduos negocios sobre sí, se hallaba tan dispuesto y con ánimo reposado y quieto para celebrar cada dia, como si estuviera en el monasterio. Y como el cardenal de España y arzobispo de Toledo, don Pero Gonzalez de Mendoza, un dia familiarmente le dijese lo que se decia; respondió el siervo de Dios: «asi es, señor, que porque sus altezas me han puesto en cosas tan árduas, y encomendado carga que es sobre todas mis fuerzas, no tengo otro refugio, para no dar con la carga en el suelo, sino llegarme cada dia al santo Sacramento, para que con eso pueda tener fuerzas para salir al cabo, y dar buena cuenta de lo que sus altezas me han encomendado.»

De San Pedro Celestino, que despues fué Papa, cuenta Surius (3), que poniéndose él una vez á considerar, por una parte, la magestad grande del Señor que está en el Santísimo Sacramento, y por otra, su vileza é indignidad, y acordándose de

---

(1) Bonav. in tract. *de Exercitiis spirit.* qui *Fasciculus* inscribitur, c. 7.
(2) S. Thom. 3. p. q. 80, art. 10, ad 3.
(3) Surius, *in vita ipsius, tom.* 3.

San Pablo primer hermitaño, San Antonio, San Francisco y otros Santos, que no se habian atrevido á ejercitar el santo misterio de la Misa y Comunion cotidiana, estuvo muy dudoso y perplejo sobre la frecuencia en esto, y abstúvose algunos dias con el temor, temblor y reverencia de tan grande Señor, con determinacion de ir á Roma á consultar al Papa sobre esto, si le seria mejor abstenerse de celebrar del todo ó algun tiempo. Y yendo con este intento, en el camino se le apareció un santo abad, ya difunto, el cual le habia dado el hábito de monje y le dijo: «¿Quien, oh hijo, aunque sea ángel, es digno de este misterio? ero con todo esto aconséjote, que con temor y reverencia celebres frecuentemente;» y luego desapareció.

Cuenta San Gregorio (1), que poco antes de su tiempo acaeció que un hombre fué preso y llevado cautivo de los enemigos á muy lejas tierras, donde estuvo mucho tiempo aprisionado, sin saber ni tener nuevas algunas de él; y como su muger, despues de tan largo tiempo no supiese de él, creyó ser ya muerto, y asi como á tal, hacia cada semana decir Misas y Sacrificios por su ánima. Y era nuestro Señor servido que todas las veces que las Misas se decian por él, se hallaba el pobre cautivo libre de sus prisiones. Aconteció, pues, que no mucho despues de esto, salió el hombre del cautiverio, y volvió á su casa libre; y como entre otras cosas, contase á su muger esta maravilla, espantado y admirado de que en ciertos dias y horas de cada semana se le quitaban las prisiones, como está dicho: haciendo la muger la cuenta halló que era en los mismos dias y horas que ella hacia ofrecer el Sacrificio y decir las Misas por él. Y añade San Gregorio: «de aquí podeis, hermanos, colegir cuánta fuerza tendrá para deshacer las prisiones y ataduras del ánima este Sacrificio ofrecido por nosotros.» El venerable Beda cuenta otro ejemplo semejante (1).

San Crisóstomo dice (2) que por el tiempo que el sacerdote celebra, asisten allí los ángeles, y que en honra del que allí es ofrecido, el altar está rodeado de ángeles. Y dice que oyó contar á una persona fidedigna, que un viejo, gran siervo de Dios, habia visto de repente descender gran multitud de ángeles, y estar el altar rodeado de ellos, vestidos de tan resplandecientes ropas que su claridad no se podia mirar, tan humillados como están los soldados delante de su rey. Y asi lo creo yo, dice el glorioso Santo; porque, al fin, donde está el Rey está la córte. Y San Gregorio dice (3): ¿quién duda, sino que en aquella hora en que se ofrece este Santo Sacrificio, á la voz del sacerdote se abren los cielos y bajan juntamente con Cristo aquellos cortesanos del cielo, y está todo aquello cercado de coros de ángeles, que como buenos cortesanos están acompañando á su Rey? Y asi declaran muchos Santos aquello de San Pablo, que mandando que las mujeres estuviesen en la iglesia cubiertas las cabezas, da la razon: "Por amor de los ángeles (4)." Porque por estar allí el Santísimo Sacramento, dicen que hay allí ángeles que le reverencian y respetan. San Nilo escribe (5) del mismo San Juan Crisóstomo (que fué su maestro) que cuando entraba en la iglesia, veia gran multitud

(1) Greg. *hom.* 37 *sup. Evangelia, et lib.* 4. *Dialogorum, cap.* 57.

(1) Beda lib. 4, *Histor. Anglicanae, cap.* 21 *et* 22, et Tilman. Bredembrach. lib. 1. *Collat. Sacr. cap.* 4.
(2) Chrysost. *lib.* 7 *de Sacerdotio.*
(3) Greg. *lib.* 4. *Dialogorum,* c. 50.
(4) Propter angelos. *I. ad Cor.* XI, 10.
(5) Nilus *in Epist. ad Anastasium episcop. in Biblioth. Sanctorum Patrum.* Et refert etiam Turrian. *trat.* 2 *de Eucharist.* c. 2.

de ángeles vestidos de blanco, los pies descalzos, y encorvados sus cuerpos por la gran reverencia, con sumo silencio y como asombrados de la presencia de Cristo nuestro Dios y Señor en este Sacramento. Conforme á esto dice el glorioso Crisóstomo: «cuando te hallas delante de este divino Sacramento, no has de pensar que estas entre hombres en la tierra; ¿por ventura, no sientes la vecindad de aquellos escuadrones celestiales de querubines, serafines, etc., que asisten ante aquel gran Señor de cielos y tierra (1)?» Y así dice: «estad, hermanos, en la iglesia con gran silencio, con temor y temblor; mirad de la manera que están los criados de un rey delante de él, qué modestos y serenos, con cuánta reverencia; no hay quién allí se atreva á hablar una palabra, ni á volver los ojos de una parte á otra; y aprended de aquí de la manera que habeis de estar delante de Dios.»

(1) Chrysost. *lib. 3 de Sacerdotio.*

# PARTE TERCERA.

## DEL EJERCICIO DE LAS VIRTUDES QUE PERTENECEN AL ESTADO RELIGIOSO,

Y OTRAS COSAS QUE AYUDARÁN Á LA PERFECCION.

## AL LECTOR.

Aunque en la primera y segunda parte de esta obra, habemos tratado materias acomodadas á la vida y profesion religiosa, en esta tercera tratamos mas en particular las cosas que propiamente pertenecen al religioso, y otras que grandemente nos ayudarán á conseguir el fin y perfeccion que en la Religion profesamos; por lo cual la intitulamos: *Ejercicio de Perfeccion y Virtudes Religiosas*. Pero con todo eso, están de tal manera dispuestas y declaradas, que pueden tambien ser de mucho provecho para cualquiera que tratare de alcanzar virtud y perfeccion de su alma. Porque el tratado primero, del Instituto y fin de nuestra religion, materias generales abraza; cuales son: el ejemplo de la buena vida, el celo de la salvacion de las almas, el desconfiar de nosotros y poner toda nuestra confianza en Dios. Tambien el corregir y desear ser corregido, y dar cuenta de la conciencia á su confesor y padre espiritual, de que hacemos otros tratados, á todos pertenece. Y generalmente todas las demas virtudes, de que en esta parte hablamos, su lugar tienen en todos estados, ó bien quitando las demasías á que los vicios contrarios inclinan, ó bien poseyéndolas con el afecto virtuoso de la voluntad, cuando no dan lugar á ponerlas en obra las obligaciones particulares del estado de cada uno. Confio en el Señor que, leyéndolas, el religioso se despertará á vivir con mas aliento y cuidado, conforme á su profesion; y el seglar se animará á imitarlo, en cuanto su estado le diere lugar, creciendo los unos y los otros cada dia en fervor y sirviendo mas de veras á Dios nuestro Señor.

*Alonso Rodriguez.*

# PARTE TERCERA.

## DEL EJERCICIO DE LAS VIRTUDES QUE PERTENECEN AL ESTADO RELIGIOSO,

### Y OTRAS COSAS QUE AYUDARÁN Á LA PERFECCION.

### AL LECTOR.

Aunque en la primera y segunda parte de esta obra, habemos tratado materias acomodadas á la vida y profesion religiosa, en esta tercera trataremos mas en particular las cosas que propiamente pertenecen al religioso, y otras que grandemente nos ayudarán á conseguir el fin y perfeccion que en la Religion profesamos; por lo cual la intitulamos: Ejercicio de Perfeccion y Virtudes Religiosas. Pero con todo eso, están de tal manera dispuestas y declaradas, que pueden tambien ser de mucho provecho para cualquiera que tratare de alcanzar virtud y perfeccion de su alma. Porque el tratado primero, del Instituto y fin de nuestra religion, materias generales abraza; cuales son: el ejemplo de la buena vida, el celo de la salvacion de las almas, el desconfiar de nosotros y poner toda nuestra confianza en Dios. Tambien el corregir y desear ser corregido, y dar cuenta de la conciencia á su confesor y padre espiritual, de que hacemos otros tratados, á todos pertenece. Y generalmente todas las demas virtudes, de que en esta parte hablamos, su lugar tienen en todos estados, ó bien quitando las demasías á que los vicios contrarios inclinan, ó bien poseyéndolas con el afecto virtuoso de la voluntad, cuando no dan lugar á ponerlas en obra las obligaciones particulares del estado de cada uno. Confio en el Señor que, leyéndolas, el religioso se despertará á vivir con mas aliento y cuidado, conforme á su profesion; y el seglar se animará á imitarlo, en cuanto su estado o le diere lugar, creciendo los unos y los otros cada dia en fervor y sirviendo mas de veras á Dios nuestro Señor.

Alonso Rodriguez.

# TRATADO PRIMERO.

## Del fin é instituto de la Compañía de Jesus, y de algunos medios que nos ayudarán á conseguirle, muy provechosos para todos.

### CAPITULO I.

**Cuál sea el fin é instituto de la Compañía de Jesus.**

"Atiende á tí, y atiende á la doctrina y enseñanza de los prójimos; insiste con todo cuidado en lo uno y en lo otro, porque de esta manera te salvarás á tí, y tambien á los que te oyen (1)." En estas dos cosas, que dice aquí el Apóstol San Pablo, consiste el fin é Instituto de la Compañía, como nuestras constituciones y bulas apostólicas lo dicen: «El fin de la Compañía es, no solo atender á sí y á su propio aprovechamiento y perfeccion con la gracia del Señor, sino atender tambien á la salud y perfeccion de los prójimos; y esto, no como quiera, sino *impense*, que es palabra de vehemencia, eficacia y fervor, intensamente (2).» Pide la Compañía hombres que con fervor, conato y ahinco traten de conseguir el fin de su vocacion. Donde debemos notar que así como nosotros, no solamente habemos de tratar de salvarnos, sino procurar salvarnos con perfeccion, así quiere, y nos pide nuestro Instituto, que no nos contentemos con ayudar á que nuestros prójimos se salven, sino que procuremos que cada dia se vayan aprovechando y adelantando en virtud y perfeccion: y así se nos avisa (1), que no pongamos los ojos en tener mucho número de penitentes, sino en que los que tuviéremos y tratáremos, estén muy aprovechados. Con el mismo cuidado y diligencia que tratamos de nuestro aprovechamiento y perfeccion, habemos de tratar del aprovechamiento y perfeccion de los prójimos.

Para esto fué instituida la Compañía en estos tiempos tan necesitados. Vió nuestro bienaventurado P. S. Ignacio la Iglesia de Dios por una parte tan proveida de religiones que atienden á su espiritual aprovechamiento y al coro y culto divino; y por otra parte, tan necesitada y afligida con heregías, pecados y trabajos: é inspirado y regido por el Espíritu Santo (2), instituyó esta Religion, este escuadron y compañía de soldados, para que, como caballos ligeros (como él decia) estemos siempre á punto para acudir á los arre-

(1) Attende tibi, et doctrinae; insta in illis: hoc enim faciens, et te ipsum salvum facies, et eos, qui te audiunt. *I. ad Tim.* IV, 16.

(2) Finis hujus Societatis est, non solum saluti, et perfectioni propriarum animarum cum divina gratia vacare, sed cum eadem impense in salutem, et perfectionem proximorum incumbere. *Cap. I. exam.* §. 1.

(1) Claud. Aquaviv. *instructione pro Confessariis*, 10.

(2) Lib. 3, c. 15 de la *Vida de N. P. S. Ignacio.*

batos de los enemigos y á defender y ayudar á nuestros hermanos. Y para eso quiso que estuviésemos libres y desembarazados de coro y otros oficios y observancias semejantes, que nos pudiesen impedir este fin. La mies es mucha, y los obreros pocos (1). ¿Cómo nos sufrirá el corazon, que nuestros prógimos perezcan y se vayan al infierno, pudiéndolos nosotros socorrer? Dice San Crisóstomo: «Si veis que un ciego va á dar consigo en alguna hoya, le dais luego la mano: pues viendo cada dia á nuestros hermanos puestos á pique de despeñarse en el abismo del infierno, ¿cómo nos podremos contener y dejar de darles la mano (2)?»

Aun de aquellos Santos Padres del desierto, que les habia Dios llamado á la soledad, leemos en las Historias Eclesiásticas (3), que cuando veian la Iglesia afligida y perseguida de tiranos y hereges, y los fieles necesitados de doctrina y socorro, dejaban el reposo del Yermo, y rodeaban y discurrian por las ciudades, respondiendo á los hereges, y enseñando á los católicos y animándolos al martirio. Asi se lee haberlo hecho el gran Antonio en tiempo de Constantino, y otro santo varon llamado Acepsemas, el cual habia primero estado encerrado sesenta años, sin ver ni hablar á hombre nacido. Y de otros muchos leemos lo mismo. Uno de los cuales, llamado Afraates, dió al emperador Valente una respuesta maravillosa sobre este caso. Habia este emperador mandado echar á los cristianos, no solo de los templos y ciudades, sino tambien de los montes, porque en ellos hacian sus procesiones, cantaban sus himnos y alababan á Dios. Este santo varon, posponiendo su reposo á la salud de los fieles, dejó la cueva en que moraba, y púsose en trabajo de regir y guardar el ganado del Señor; y estando él en este cuidado, pasó un dia por la casa del emperador y no faltó quien le dijo: «Aquel es Afraates, de quien todos los fieles hacen tanto caudal.» Mandóle llamar el emperador, y díjole: «¿dónde vas?» Respondió: «Voy á hacer oracion por tu imperio.» Entonces dijo el emperador: «Mejor fuera que en tu casa oráras, como acostumbran los monges.» A lo cual respondió el varon prudentísimo: «Por cierto tú dices bien, que asi convenia si tú dieses lugar para ello, y asi lo he hecho todo el tiempo que las ovejas de Cristo han gozado pacíficamente sus dehesas: mas ahora que están en gran peligro de ser robadas, ó comidas de lobos, hay necesidad de correr á todas partes para librarlas de la perdicion. Díme, serenísimo príncipe, si yo fuera una delicada doncella y estando sentada en mi estrado labrando, viera arder la casa de mi padre ¿qué fuera justo que hiciera? ¿Por ventura fuera bien estarme queda y por mi ternura disimular y despreciar la destruccion de la casa de mis padres, ó correr á buscar agua para apagar la llama? Yo creo, cierto dirás, que esto postrero es mas razonable. Pues asi es lo que ahora pasa, ¡oh emperador! porque tú has puesto fuego á la casa de nuestro celestial Padre, y por tanto, los que hasta aqui reposábamos, ahora corremos con ánsia para socorrer al peligro.»

San Crisóstomo, en una homilía que hace del cuidado que habemos de tener de la salud de nuestros prójimos, trae otra comparacion muy buena para esto. Los marineros, que navegan por ese mar grande y espacioso, aunque ellos vayan con viento próspero y con gran bonanza y seguridad, si ven á otros padecer naufragio, aunque sea de muy lejos, no mirando á su propia utilidad y provecho, se compadecen

(1) Quoniam messis quidem multa, operarii autem pauci. *Matth.* IX, 37; *Luc.* X, 2.
(2) Crysost. *hom.* 16 *ad populum.*
(3) Euseb. *part.* 2, *lib.* 6, *c.* 3.

de ellos, acércanse, paran, echan áncoras á su nave, amainan las velas, y comienzan á echar cabos y tablas, para que aquellos que se van á anegar puedan asir de alguna cosa de esas y salvarse. De esa manera habemos de hacer nosotros; porque todos navegamos por el mar grande y espacioso de esta vida presente, en la cual hay muchas olas y tempestades, muchas rocas y bajíos, y asi muchos padecen naufragio. Pues cuando viéredes, dice el Santo, que algun otro navegante peligra entre las olas y tempestades de este mar, y que se va á hundir y anegar, dejad luego vuestros negocios, y socorred y remediad á vuestro prójimo, porque no sufre dilacion la necesidad del que se comienza á anegar.

Pues para esto levantó Dios nuestro Señor la Compañía en tiempos tan calamitosos, para socorrer y ayudar á la particular necesidad que la Iglesia tenia, con grandísima providencia y singular clemencia suya. Los escritores de la Historia Eclesiástica notaron y advirtieron, y con mucha razon, que el mismo dia que en Inglaterra nació Pelagio para pervertir y oscurecer con sus errores el mundo, ese mismo dia nació en Africa aquel gran soldado de la Iglesia Católica Agustino, para deshacer con sus rayos y resplandor las tinieblas del malvado y perverso herege. Así nota muy bien el escritor de la vida de nuestro bienaventurado Padre San Ignacio (1) que el mismo año en que aquel mónstruo infernal de Martin Lutero, quitada ya la máscara, comenzó descubiertamente á publicar guerra contra la Iglesia Católica, predicando sus blasfemias y heregías, que fué el año de mil quinientos y veinte y uno: ese mismo año Dios nuestro Señor quebró la pierna á Ignacio en el castillo de Pamplona, para sanarle, y de soldado desgarrado y vano hacerle su capitan, caudillo y defensor de su Iglesia contra Lutero. Para que por aquí se vea la providencia y clemencia del Señor, que siempre tuvo cuidado de enviar nuevos socorros y refrescos á su Iglesia en tiempo de sus mayores necesidades.

Prosigue allí muy bien y muy largamente este discurso el mismo autor, y va mostrando cómo cuando los Albigenses y otros hereges mas desapoderadamente turbaban la paz de la Iglesia de Dios, y las espinas de los vicios y maldades estaban mas crecidas y ahogaban la buena semilla que habia sembrado el Sembrador celestial, envió Dios al mundo aquellos dos serafines y lumbreras del cielo, Santo Domingo y San Francisco, para que por sí y por sus hijos y discípulos resistiesen á los hereges, desarraigasen los errores, corrigiesen los pecados, reformasen las costumbres, alumbrasen y santificasen el universo con su admirable ejemplo y doctrina, como lo hicieron los Santos Padres, y hasta ahora lo hacen sus hijos. Las religiones de caballería y militares envió Dios nuestro Señor á su Iglesia al tiempo que por estar ella oprimida de sus enemigos, era menester defenderla con las armas en la mano. Y lo mismo habemos de entender de las demas religiones, y particularmente de la Compañía de que ahora vamos tratando; porque en el mismo tiempo que comenzó la heregía de Lutero, que quitaba la obediencia al Papa, y negaba la verdad del Santísimo Sacramento del altar, y quitaba la confesion sacramental, en ese mismo levantó Dios la Compañía, que particularmente profesa obedecer al Papa, y hacen los profesos particular voto de eso, y que tiene tambien especial cuidado de predicar estos Santos Sacramentos de confesion y comunion, y de exhortar al pueblo á la frecuencia de ellos

(1) El P. Pedro de Ribadeneyra, lib. 2, cap. 18 *de la Vida de N. P. S. Ignacio.*—Cocleus, Surius, Fontanus, et alii.

y á la reformacion de sus costumbres. Así como el capitan general de un ejército, trabada ya la batalla con el enemigo, de algun alto mira con atencion el peso de la batalla, y á dónde y cuándo vé el peligro, allí provee, éntre ahora por el costado derecho una banda de caballos ligeros, éntre ahora por el izquierdo una manga de arcabucería, así Cristo nuestro Señor, Capitan General de esta milicia cristiana, por todos los tiempos ha ido mirando de lo alto del cielo las necesidades de su Iglesia, y conforme á ellas ha ido enviando refresco de doctores y capitanías de religiones para reforzar su ejército. En lo cual resplandece mucho la providencia y misericordia del Señor, que con una mano dá ó permite la llaga, y con otra da la medicina. Pues este es el fin é instituto de la Compañía. Y para esto nos ha llamado Dios á ella, como dice la Bula Apostólica de su confirmacion, para defender nuestra santa fé católica entre los hereges, para dilatarla y estenderla entre los gentiles, y para conservarla juntamente con buenas obras entre los cristianos.

## CAPITULO II.

De la escelencia de esta empresa de ganar almas, y de su grande mérito y valor.

Esta empresa, de atender á la salvacion de las almas, es tan alta y tan subida, que para ella bajó el Hijo de Dios del cielo y se hizo hombre; y para ella escogió los Apóstoles, haciéndolos de pescadores de peces pescadores de hombres: no hay oficio mas alto que este, dice San Dionisio Areopagita: «El oficio y ministerio mas alto y mas divino que hay, es ayudar y cooperar juntamente con Dios á la salvacion de las almas (1).» Y San Crisóstomo dice: «No hay cosa mas agradable á Dios, ni de que él tenga mas cuidado, que de la salvacion de las almas (1); como el Apóstol clama, y da voces que Dios quiere que todos se salven y lleguen al conocimiento de la verdad (2); y el Profeta Ezequiel dice: "¿Por ventura es mi voluntad la muerte del impío, dice el Señor Dios, y no que se convierta de sus vicios y viva (3)?" No quiere Dios la muerte del pecador, sino que se convierta y viva para siempre. Todos querria el Señor que se salvasen. Y así, el que ayuda á esto, hace la cosa mas alta y mas agradable á Dios de cuantas los hombres pueden hacer en esta vida. Dice San Crisóstomo: «Aunque deis á los pobres toda vuestra hacienda, y ella sea mas que las riquezas del rey Salomon y los tesoros de Creso, mas es convertir una sola ánima que todo eso (4).» San Gregorio dice que es mayor milagro convertir un pecador con la predicacion y con la oracion que resucitar un muerto (5). Y mas es, y mas lo estima Dios, que criar los cielos y la tierra. Si no, vedlo por el costo; porque criar los cielos y la tierra no le costó á Dios, sino decirlo: «Él lo dijo, y se hicieron; él lo mandó, y se criaron (6).» Pero esotro costóle mas que palabras; hízolo á costa de su sangre y vida. El Apóstol San Juan

(1) Omnium divinorum divinissimum est cooperari Deo in salutem animarum. *Dionis. de caelesti hierar. cap.* 3.

(1) Nihil ita gratum est Deo, et ita curae, ut animarum salus. *Chrysost. hom.* 3 *et* 40, *super Genesim.*

(2) Qui omnes homines vult salvos fieri, et ad agnitionem veritatis venire. *I. ad Tim.* II, 4.

(3) Nunquid voluntatis meae est mors impii, dicit Dominus Deus, et non, ut convertatur a viis suis, et vivat? *Ezech.* XVIII, 23.

(4) Et si immensas pecunias pauperibus eroges, plus tamen effeceris, si unam converteris animam. *Chrysosht. hom.* 3. *in I. ad Corint. primo.*

(5) Majus est miraculum praedicationis verbo atque orationis solatio peccatorem convertere, quam carne mortuum suscitare. *Greg, lib.* 3. *Dialogorum, c.* 17 *et hom.* 29.

(6) Ipse dixit, et facta sunt: ipse mandavit, et creata sunt. *Genes.* 1; *Ps.* XXXII, 9; *Ps.* CXLVIII, 5.

nos declara de cuánta estima es delante de Dios el emplearse en ganar almas; ó por mejor decir, el mismo Cristo, en aquellas palabras que de sí mismo dijo: "Por eso me ama mi Padre, porque doy y pongo mi vida por los hombres para tornarla á tomar resucitado, para que ellos tambien resuciten y vivan para siempre conmigo (1)." Ponderan aquí los Santos que no dijo, como pudiera: «por eso me ama mi Padre, porque en el principio crió por mí todas las cosas (2);» sino dice que por eso le ama su Padre, porque ponia su vida por la salud de las ánimas: para darnos á entender que no hay obra mas acepta y agradable á Dios que ésta. En esta misma razon declara Santo Tomás aquello que un poco antes dijo el mismo Cristo: "Así como mi Padre me conoce, así yo conozco á mi Padre, y así pongo mi vida por mis ovejas (3)." Dice que no solo quiere decir, «conozco yo á mi Padre con pleno conocimiento, como él á mí;» porque eso ya lo habia dicho, como parece en el capítulo once de San Mateo por estas palabras: "Ninguno conoce al Hijo, sino el Padre, ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo (4);" sino, así como si preguntáis acá á un buen hijo la razon de lo que hace, responde: «yo conozco á mi padre y sé (como si dijese) su gusto y voluntad:» así Cristo nuestro Redentor habia dicho un poco antes que como buen Pastor moriria por sus ovejas, y como si le preguntaran: «¿por qué, Señor, ofreceis vuestra vida tan preciosa por cosa de tan poco valor y precio?» responde: "Yo conozco á mi Padre (5)." Como si dijera: «yo sé muy bien la voluntad y gusto de mi Padre, y el amor que tiene á estas ovejas, y por eso doy de muy buena gana mi vida por ellas, porque sé que ese es el gusto y voluntad de mi Padre. Pues esto nos ha de hacer tambien á nosotros que nos empleemos de buena gana en la salud de las almas, saber que ese es gusto y contento de Dios y que ama su Divina Magestad mucho al que se emplea en eso. San Crisóstomo pondera tambien á este propósito lo que dijo Cristo nuestro Redentor á San Pedro, cuando habiéndole preguntado tres veces si le amaba, todas tres le replicó: «si me amas, apacienta mis corderos y mis ovejas.» Que fué decirle; «quiero que ejercites y declares el amor que me tienes, en ayudarme en este negocio de salvar las almas que yo redimí con mi Sangre.»

Entenderáse tambien la escelencia y alteza de esta obra, y lo mucho que agrada á Dios, por el premio grande que le corresponde; lo cual se puede ver primeramente en el mismo Cristo, porque por esta obra de dar su vida por los hombres, dice el Apóstol San Pablo (1), que le levantó, glorificó y ensalzó el Padre Eterno sobre todas las cosas; dióle un nombre, que es sobre todo nombre, al cual se arrodillan los cielos, la tierra y los infiernos. Lo mismo dice el Profeta David (2). Y el Profeta Isaías dice que porque puso su vida por los pecadores y padeció tantos trabajos por ellos, por eso le ensalzó y glorificó tanto el Padre Eterno (3).

San Gregorio, sobre aquellas palabras

---

(1) Propterea me diligit Pater; quia ego pono animam meam, ut iterum sumam eam. *Joann.* X, 17.

(2) Propterea me diligit Pater, quia in principio omnia per me creavit.

(3) Sicut novit me Pater, et ego agnosco Patrem, et animam meam pono pro ovibus meis. *Joann.* X, 15.

(4) Nemo novit Filium nisi Pater; neque Patrem quis novit nisi Filius. *Matth.* XI, 27.

(5) Ego agnosco Patrem. *Joann.* X, 14.

(1) Propter quod et Deus exaltavit illum, et donavit illi nomen, quod est super omne nomen: ut in nomine Jesu omne genuflectatur, coelestium, terrestrium, et infernorum, et omnis lingua confiteatur, quia Dominus Jesus Christus in gloria est Dei Patris. *Ad Philip.* II, 8.

(2) De torrente in via bibet, propterea exaltabit caput. *Ps.* CIX, 7.

(3) Si posuerit pro peccato animam suam, videbit semen longaevum. *Isaiae* LIII, 10.

del Apóstol Santiago: "El que hiciere convertir al pecador del error de su vida, librará de muerte su alma, y cubrirá la muchedumbre de sus pecados (1)," dice: si librar á un hombre de la muerte corporal, que aunque ahora no muera, ha de morir mañana, merece grande premio y galardon; ¿qué premio y galardon merecerá el que libra un alma de la muerte eterna, y es causa para que viva en la gloria para siempre sin jamás poderla perder? Y asi la Escritura divina no se contentó con decir (2) que tendrán la vida eterna los que predican á Cristo y enseñan á los hombres el camino de su salvacion; sino añade: "Resplandecerán como estrellas en aquella perpetuidad (3);" serán allá en el cielo como una luna ó como un sol. Y por el Profeta Jeremías dice Dios: "Si apartáredes lo precioso de lo vil," si apartáredes las almas, que yo tanto precio, de la vileza y bajeza del pecado, "sereis como mi boca (4):" es frasis que suelen comunmente decir, «quiérole como á mis ojos y como á mi vida:» pues de esa manera quiere Dios al que trata de convertir las almas y sacarlas de pecado. Es cosa muy preciosa delante de Dios un alma, y por eso estima tanto el ayudar á las almas.

De Santa Catalina de Sena se escribe en su vida, que cuando veia pasar por la calle algun predicador, salia de su casa y besaba con grande devocion la tierra que el predicador habia hollado. Y preguntada por qué hacia esto, respondió que le habia dado Dios nuestro Señor conocimiento de la hermosura de las almas que estaban en gracia, y por eso tenia por tan dichosos á los que entendian en este negocio que no podia dejar de poner la boca donde ellos ponian los pies y besar la tierra que hollaban.

Pues á esta dignidad y alteza nos ha levantado el Señor; para esto nos ha llamado y traido á la Compañía; este es nuestro fin é instituto, ser cooperadores de Dios en la cosa mas alta y mas divina, que es la salvacion de las almas. Dice San Pablo: "Cooperadores de Dios somos. Téngannos los hombres por ministros de Cristo, y que distribuimos los misterios de Dios (1)." Oficio apostólico; oficio á que bajó del cielo el mismo Dios y por lo cual dió por bien empleada su sangre y su vida; oficio por el cual somos llamados hijos de Dios. "Bienaventurados los pacíficos, que serán llamados hijos de Dios (2)." Estos son los pacíficos que aqui dice el Sagrado Evangelio que son bienaventurados, porque serán llamados hijos de Dios. Dice allí San Gerónimo, Teofilato y otros, que pacíficos son, no solo los que tienen paz consigo, alcanzando victoria de sus pasiones, y los que hacen paces y amistades entre los prójimos, sino tambien aquellos que hacen paces y amistades entre Dios y los hombres, convirtiendo con su doctrina los pecadores y reconciliándolos con Dios. Pues bienaventurados estos pacíficos, porque serán llamados hijos de Dios: porque ese fué el oficio del Hijo de Dios. Dice el Apóstol San Pablo: «Para eso bajó el Hijo de Dios del cielo á la tierra, para reconciliar los hombres con Dios, para hacer paces y amistades en-

(1) Qui converti fecerit peccatorem ab errore viae suae, salvabit animam ejus a morte, et operiet multitudinem peccatorum. *Jacob.* V, 20.—*Greg. lib.* 19. *Moral. c.* 12.

(2) Qui elucidant me vitam aeternam habebunt. *Eccl.* XXIV, 31.

(3) Qui ad justitiam erudiunt multos, fulgebunt quasi stellae in perpetuas aeternitates. *Dan.* XII, 3.

(4) Si separaveris pretiosum a vili, quasi os meum eris. *Jerem.* XV, 19.

(1) Dei enim sumus adjutores. Sic nos existimet homo, ut ministros Christi, et dispensatores mysteriorum Dei. *I. Cor.* III, 9.—*I. ad Cor.* IV, 1.

(2) Beati pacifici, quoniam filii Dei vocabuntur, *Matth.* V, 9.

tre Dios y los hombres (1).» Por eso le cantaron los ángeles en naciendo: "Gloria sea á Dios en los cielos, y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad (2)."

De aquí habemos de sacar nosotros para nuestro aprovechamiento: lo primero, mucha aficion y aplicacion á nuestros ministerios, pues son tan altos y tan agradables á Dios y de tanto provecho para los prójimos; lo segundo, una confusion grande, de que nos haya llamado Dios á una cosa tan subida y levantada, siendo nosotros los que somos, y viendo que aun de mí solo no doy buena cuenta, y que sobre eso me haya encargado Dios y puesto en las manos la salud y perfeccion de otros. Este es un consejo maravilloso que nos da aquel varon apostólico y Padre nuestro San Francisco Javier, como soldado viejo y bien esperimentado, en una carta que escribió á los Padres y hermanos de Portugal. Díceles: «aviso-os, hermanos mios, que no echeis mano del oficio y ministerios altos que teneis, ni de la buena opinion ni estima en que el mundo os tiene, sino para vuestra confusion, conforme á aquello del Profeta: "Exaltado me humillé y turbé (3)." Cuanto á mas alto estado y oficio os ha llamado Dios, tanto mas os habeis de humillar. Decia un Padre muy antiguo (4), y muy señalado en letras y virtudes, que cuando él consideraba el fin tan alto de la Compañía, y se miraba á sí, que se hallaba tan confuso, viéndose tan insuficiente y tan indigno para aquello, que no solo no le ensoberbecia el verse llamado para oficio tan levantado, sino que antes le era causa de confundirse y humillarse mas. Pues así lo habemos de hacer nosotros. De esta manera no nos dañará el estado alto que tenemos, ni la opinion de santidad que tuviere de nosotros el mundo, ni la honra que por eso nos hiciere. Lo tercero, habemos de sacar de aquí atender muy de veras á nuestro propio aprovechamiento; porque para tratar con los prójimos y aprovecharlos, es menester gran fundamento de virtud, como diremos despues.

(1) Pacificans per sanguinem crucis ejus sive quae in terris, sive quae in coelis sunt. *Ad Coloss.* I, 20.

(2) Gloria in excelsis Deo, et in terra pax hominibus bonae voluntatis. *Luc.* II, 14.

(3) Exaltatus autem humiliatus sum, et conturbatus. *Ps.* LXXXVII, 16.

(4) El P. M. Nadal.

## CAPITULO III.

Que esta empresa es de todos los de la Compañía, y todos tienen mucha parte en ella, aunque no sean sacerdotes.

Porque podria por ventura alguno desconsolarse, pareciéndole que este fin, que habemos dicho, es solo de los sacerdotes que confiesan y predican, y tratan inmediatamente estos ministerios con los prójimos; para consuelo de los que sirven y ayudan en los oficios temporales y esteriores, declararemos aquí cómo este fin y empresa es de todos los que están en la Compañía y no solo de los sacerdotes y de los que estudian, para que entiendan todos á qué se ordenan sus trabajos, cualesquiera que sean, y el valor y mérito de ellos; y así se animen mas á ellos. Todos nosotros hacemos un cuerpo, una religion y compañía, y el fin de todo este cuerpo y compañía es el que habemos dicho, que es, no solo atender á sí y á su propio aprovechamiento y perfeccion con la gracia del Señor, sino atender tambien á la salud y perfeccion de los prójimos. Pues para poder conseguir y alcanzar este fin propio de nuestra Religion, es menester que unos sean predicadores, otros confesores, otros lectores, y otros coadjutores que ayuden en los oficios esteriores: como en la guerra, para alcanzar la victoria, es menester que unos peleen

y otros queden con el bagaje; y estos ayudan á los otros á pelear y alcanzar la victoria, y no merecen menor premio y galardon que los que están peleando, sino que, como dijo David, "igual parte de los despojos se ha de dar al que queda guardando el bagaje, como al que peleó (1)," y dice allí la Divina Escritura que quedó aquello por ley en Israel hasta el dia de hoy. Y con razon, porque todo es un ejército, y tan necesarios son para alcanzar la victoria los unos como los otros, porque no pudieran pelear los unos, si los otros no quedáran guardando el bagaje. Pues asi es tambien acá: todos hacemos un cuerpo, un ejército y una compañía y escuadron de soldados de Cristo, para esta empresa de la conversion de las almas; no pudiera este predicar, ni aquel confesar, ni el otro leer, ni estudiar, si no hubiera quien quedara con el cuidado de lo temporal; y asi, el que atiende á esto ayuda tambien á predicar y á confesar y ganar almas, y tiene parte en la victoria y fruto que se hace. San Agustin dice que cuando apedrearon los otros á San Esteban, primer mártir, y San Pablo guardaba sus vestiduras, que hacia mas que todos, porque guardaba las vestiduras de todos. No se contentó, dice, con apedrearle él con sus manos, sino para apedrearle con las manos de todos, quiso guardar las vestiduras de todos (2). Pues si para el mal decimos esto, mejor lo podemos decir para el bien, porque mas inclinado es Dios á premiar que á castigar.

El P. maestro Avila, en una carta que escribió á dos sacerdotes que estaban para entrar en la Compañía (1), con ser ellos ya operarios y venir á la Compañía que profesa esto, les dice que no pongan los ojos en ayudar á los prójimos, ni se inquieten, aunque no los pongan en esos ministerios, y da la razon que habemos dicho; porque en la Compañía todo lo que se hace, el fregar escudillas en la Compañía, dice, es ganar almas; porque como el fin de esta Religion es ganar almas, y de su conservacion y aumento depende grande provecho de ellas, todo lo que va ordenado para conservacion y aumento de esta Compañía, aunque sea ejercitar los oficios mas humildes, es convertir almas y se debe hacer con grande consuelo. De manera que, como miembros que somos de este cuerpo y de esta Religion, haciendo cada uno su oficio y ministerio, ayuda al fruto y provecho que se hace en ella; y asi es participante de todas las conversiones y buenas obras que se hacen en toda la universal Compañía. Y lo declara nuestro Padre espresamente de los coadjutores temporales en las constituciones (2), y asi cada uno ha de estar muy contento y consolado en su oficio, teniendo por grande merced del Señor ser miembro de este cuerpo de la Compañía, en la cual él es tan servido y las almas tan ayudadas. De manera, que en la Compañía todo es convertir almas, el ser cocinero, el ser portero, el ser sacristan, etc., porque el fin de ella es convertir almas, y cualquiera que ayuda á la Compañía ayuda á este fin.

Veráse esto mas claramente, porque si solos los que predican, confiesan y tratan inmediatamente con los prójimos, se llevasen esta gloria, y á ellos solos se les hubiera de atribuir el fruto que se hace en los prójimos; los que tenian mas razon de vivir desconsolados en la Compañía, fueran

(1) Aequa pars erit descendentis ad praelium, et remanentis ad sarcinas, et similiter divident. *I. Reg.* XXX, 24.

(2) Ut enim esset in omnium lapidantium manibus, ipse omnium vestimenta servabat; magis saeviens omnes adjuvando, quam suis manibus lapidando. *Aug. serm.* 14 *de Sanctis, primus de convers. S. Pauli.*

(1) Maestro Avila, tom. 3 de sus *Cartas.*

(2) Cap VI. *Exám.* §. 3.

los superiores, porque son los que menos pueden atender á esos ministerios particulares, como el General y Provinciales, que tienen bien que hacer en visitar las provincias, responder á cartas y negocios, sin que les quede tiempo para emplearse en el bien y utilidad de los prójimos. Pero mas hace el superior, en ayuda de los prójimos, en hacer bien su oficio y en tener superintendencia sobre los obreros que están á su cargo, para que todos procedan como deben, que si confesara ó predicara como un particular. Como el maestro ó superintendente de una obra, mas hace que ningun oficial particular, en tener cuidado que todos hagan su deber. Y el capitan en la guerra, mas hace en dar órden en lo que se ha de hacer, que si peleára como un soldado particular; antes hace lo que todos, porque está ayudando y enderezando á todos; y asi se le atribuye á él la victoria. Pues á este modo, el que está en la sacristía y el que está en la portería y en los demas oficios, gana tambien las almas que gana el predicador y el confesor, porque les ayudan á ello, desocupándoles para que ellos puedan ejercitarse en esos mismos ministerios que de otra manera no pudieran.

Esto es ser un cuerpo y ser todos miembros de este cuerpo. Asi como los miembros del cuerpo no tienen todos un mismo oficio, sino cada uno el suyo; pero ese oficio, que hace cada miembro, no le hace para sí solo, sino para todo el hombre: los pies no andan para sí solos, las manos no trabajan para sí solas, la boca no come para sí sola, sino para todo el hombre, y asi de todos los demas; de esa manera es en este cuerpo místico de la Religion. Esta es una metáfora y semejanza que trae el Apóstol San Pablo para este mismo fin, tratando de la Iglesia (1). Asi como el cuerpo, siendo uno, tiene muchos miembros, y todos esos miembros hacen un cuerpo, y no porque el pie no sea mano, ni la oreja mano, por eso dejan de ser miembros del cuerpo; antes fué necesario que asi fuese, porque si todo el cuerpo fuera ojos, dice San Pablo, dónde estuviera el oido; y si todo fuera oidos, dónde estuviera el olfato; empero de tal manera ordenó Dios los miembros, que el uno ha menester al otro; los ojos han menester á la mano, y la cabeza al pie, y no les puede decir: «quitaos allá, que no tengo necesidad de vosotros (1):» asi, dice San Pablo, es en el cuerpo místico de la Iglesia. A unos hizo Dios Apóstoles, á otros Profetas, á otros doctores, á otros prelados y superiores, á otros les dió gracia de sanidad, á otros don de lenguas. Es menester que en la Iglesia haya diversos oficios y diversos grados; pero todo es un espíritu de Dios y todo se ordena para un mismo fin, que es para provecho de los prójimos; pues asi es tambien en el cuerpo de la Religion. No todos pueden ser ojos, ni lenguas, ni oidos: no pueden ser todos superiores, ni predicadores, ni confesores: es menester que haya tambien en el cuerpo manos y pies; y no pueden decir los ojos á la mano ni la cabeza al pie; «no tengo necesidad de tí»; porque todos estos oficios son necesarios para conseguir nuestro fin. Y así, el fruto que se hace en la Compañía, todos lo hacen.

Lo segundo, ayudan y han de ayudar todos los de la Compañía, así hermanos como Padres, á la salvacion de las almas, no solamente de la manera dicha, y con el ejemplo de su buena y santa vida, que como diremos despues (2), es un medio muy

(1) I .ad Cor. XII, 12.

(1) Non potest autem oculus dicere manui, opera tua non indigeo: aut iterum caput pedibus, non estis mihi necessarii. *I. ad Cor.* XII.

(2) Cap. VIII.

principal y muy eficaz para esto; sino tambien con sus palabras, conversando y tratando familiarmente con los prójimos cosas buenas y provechosas para la salud de las almas, que es uno de los medios con que se hace mucho fruto en los prójimos. Y así nuestro Padre en la sétima parte de las Constituciones (1), donde trata de los medios con que habemos de ayudar á los prójimos, pone este por uno de los principales. Y pónele por general, de que todos los de la Compañía han de procurar usar, aunque sean hermanos legos, y de ellos lo especificó espresamente; y para que lo entendiésemos y practicásemos mejor, se nos puso en las reglas. «Todos, dice, (2), conforme á su estado, ofreciéndose ocasion, se esfuercen á aprovechar con pias conversaciones al prójimo, y aconsejar y exhortarlo á buenas obras, especialmente á la confesion.» De manera, que no solo el predicador y el confesor, sino el comprador, y el procurador, y el portero, y el que acompaña han de procurar ayudar á los prójimos con buenas conversaciones, tratándoles luego de cosas provechosas para sus almas; al uno, de la devocion del rosario; al otro, que no jure; al otro, que se confiese; al otro que va un poco mas adelante, que examine cada noche su conciencia. Y así sabemos de algunos hermanos legos que han hecho mucho fruto en los que trataban, con sus buenas pláticas y conversaciones, y que han traido muchos á la confesion y ganado muchas almas para Dios, por ventura mas que algunos predicadores y confesores.

Lo tercero, ayudan tambien todos á la conversion de las almas con oraciones, que es uno de los medios principales para esto, como diremos despues (1); y este medio es tambien de todos. Muchas veces pensará el predicador y el confesor, y el que va á ayudar á bien morir, que él hace el fruto, y hácele por ventura el compañero que le está encomendando á Dios, ó el cocinero que se disciplinó la noche antes del sermon, pidiendo á Dios nuestro Señor se convirtiese algun alma. ¡Oh! cuántos hijos espirituales han de quitar los coadjutores á los predicadores y confesores que ellos piensan que son suyos; y el dia del juicio de Dios se verá que no son suyos, sino de los coadjutores. Que no es José padre del Niño, sino putativo (2). Parecen hijos espirituales del predicador ó confesor, y piensan los hombres que aquellos son sus Padres espirituales, y hallaráse despues que son hijos de lágrimas é hijos de oracion del hermano coadjutor. El que parecia estéril, tendrá muchos hijos; y el que tenia nombre de padre y parecia que tenia muchos hijos, por ventura se hallará sin ninguno (3). Gozaos y alegraos los que pareceis estériles (4), que si haceis lo que debeis, podrá ser que tengais mas hijos espirituales que los predicadores y confesores, y espantareis-os despues de hallaros con tantos hijos. Dice el Profeta Isaías: "Y direis, ¿quién me engendró estos hijos?" Yo no soy predicador, yo no soy confesor, yo no soy letrado: "y estos, ¿quién me los dió (5)?" ¿Sabeis quién? la oracion, los suspiros, las lágrimas y gemidos. Oye Dios los deseos y suspiros de los pobres (6). La

(1) P. 7. *Const.* cap. 4, §. 8.
(2) Cap. VI. *Exam.* §. 4; *Reg.* 42 *Communium.*

(1) Cap. IX.
(2) Ut putabatur filius Joseph. *Luc.* III, 23.
(3) Donec sterilis peperit plurimos, et quae multos habebat filios, infirmata est. *I. Reg.* II, 8.
(4) Laetare sterilis, quae non paris: erumpe, et clama, quae non parturis, quia multi filii desertae magis, quam ejus, quae habet virum. *Ad Galat.* IV, 27; *Isai.* LIV, 1.
(5) Et dices in corde tuo: Quis genuit mihi istos? ego sterilis, et non pariens; et istos, quis enutrivit? *Isai.* XL, 21.
(6) Desiderium pauperum exaudivit Dominus; vo-

oracion de los humildes penetra los cielos: condesciende Dios con la voluntad de los que le temen, y concédeles lo que piden.

Eso es lo que dá tantos hijos al que parecia estéril, y no tenia nombre de Padre. De esto decia el P. San Francisco Javier (1) que se habian de ayudar los predicadores y confesores; lo uno, para no estimarse en mas que sus hermanos, pareciéndoles que hacen y trabajan mas; lo otro, para tener mayor union y caridad entre sí.

Mas: tienen otra ventaja los Hermanos en esto, y es, que haciendo ellos fruto y provecho en las almas de la manera que habemos dicho, están mas seguros que los predicadores, y confesores, y lectores; porque el predicador y el lector tienen gran peligro de vanidad, y el confesor, de si yerra ó acierta. Y fuera de eso, estos ministerios traen consigo grandes cuidados y embarazos; tanto que algunas veces, por cumplir con ellos, se olvida y descuida uno de sí y de su propio aprovechamiento; pero los Hermanos tienen su negocio y su mérito y ganancia segura, porque están libres de esa vanidad y tambien de esos cuidados y escrúpulos: de manera, que entran siempre con nosotros en la ganancia y muchas veces tienen en ella la mayor parte, y no entran con nosotros en la pérdida, sino que esa es toda para nosotros. ¡Plega al Señor que no acontezca algunas veces que el predicador se lleve la vanagloria, y el Hermano todo el provecho y fruto que se hace; porque no seria esta buena particion, sino que gocemos todos del fruto de nuestro trabajo, haciendo siempre todas las cosas á mayor gloria de Dios.

luntatem timentium se faciet, et deprecationem eorum exaudivit. *Ps.* IX, 38; *Ps.* CXLIV, 19.

(1) Lib. 6. c. 16 *de la vida del P. San Francisco Javier.*

## CAPITULO IV.

Cuán necesario sea para este fin fundarnos primero muy bien en virtud.

Estas dos cosas que habemos dicho, aprovecharse á sí, y ayudar y aprovechar al prójimo, hacen un mismo fin en la Compañía; porque de tal manera están juntas y trabadas entre sí, que la una se ordena para la otra y ayuda y es necesaria para ella; y asi vemos que usa la Compañía de diferentes medios para el aprovechamiento de los suyos, de los que usan otras religiones que no tienen por instituto ayudar á los prójimos. Decia nuestro bienaventurado P. San Ignacio (1), que si él mirara solo á Dios y á nuestro aprovechamiento particular, que ordenara algunas cosas en la Compañía, las cuales dejaba de ordenar por el respeto que tenia á los prójimos, por amor del mismo Dios: y si él mirara á sí solo, dice (2), que se anduviera por esas calles desnudo y emplumado y lleno de lodo, para hacer burla del mundo y que el mundo la hiciera de él; pero el deseo grande que tenia de ayudar á los prójimos, reprimia en él este afecto de humildad, y le hacia que se tratase con la autoridad y decencia que á su oficio y persona convenia y que dejase estas mortificaciones estraordinarias: y si él siguiera su gusto é inclinacion natural, y el provecho espiritual que sacaba del canto, dice (3) que pusiera coro en la Compañía: mas dejólo de poner, porque decia que le habia enseñado el Señor que se queria servir de nosotros en otros ministerios y ejercicios diferentes: como la Compañía pretende, no solo el aprovechamiento propio sino tambien el de los prójimos, de tal manera nos dá los medios necesarios para nuestro particular aprovechamiento, que esos mismos

(1) Lib. 3, c. 10 *de la vida de N. P. S. Ignacio.*
(2) *Ib.* lib. 4, cap. 3.
(3) *Ib.* lib. 5. cap. 5.

nos dispongan y habiliten mas para ayudar y aprovechar á los prójimos. Y tambien quiere (1) que de tal manera entendamos y nos ocupemos en ayudar á los prójimos, que esos mismos ministerios sean medio para nuestro aprovechamiento; y que entendamos que en hacerlos bien está nuestro medrar y crecer en virtud y en perfeccion. De manera, que los ministerios que ejercitamos con los prójimos, los habemos de tomar como medios para nuestro propio aprovechamiento; y la gracia y ayuda que nos dá nuestro Señor para que medremos y nos aprovechemos, es en órden á los prójimos: para que de esa manera los podamos mejor ayudar y aprovechar; y si no nos empleamos en eso, mereceremos que se seque la fuente y corriente de los dones de Dios; porque para eso corre, y esa es la gracia de la vocacion. Como el levantar Dios á José, y entronizarle en la silla de Egipto, y darle los dones que le dió, no fué para su propia autoridad y provecho, sino para bien y provecho de sus hermanos y de su pueblo (2); asi tambien á nosotros nos ha llamado Dios á este estado, y en él nos hace tantas mercedes, para bien y provecho de nuestros hermanos: y por eso nos compara Cristo á la luz y á la ciudad, que todo su provecho es para otros.

Pero digamos de cada parte de estas por sí, aunque siempre en orden á la otra. Cuanto á lo primero, cierta cosa es que, para que uno pueda ayudar y aprovechar mucho á los prójimos, es necesario que primero se ayude y aproveche mucho á sí mismo. Y asi el Apóstol eso pone en primer lugar como fundamento de lo demás. Lo primero ha de ser mirar cada uno por sí (3), y tratar muy de veras de su propio aprovechamiento. Dios nuestro Señor ordena las obras espirituales y de gracia, conforme á las obras de naturaleza. Dispone todas las cosas suavemente (1); y para mostrar que él es el autor de las unas y de las otras, quiere que en las obras de gracia se guarde el mismo orden que en las de naturaleza; en las cuales dicen los filósofos que un semejante engendra otro semejante (2). Fuera de las causas generales, como el sol y los cielos, vemos que para la produccion de las cosas naturales se requiere otra causa agente inmediata de la misma especie, para que asi tenga la forma que ha de transfundir á otros sugetos. Un fuego produce otro fuego; una luz, otra luz; pues de la misma manera en las cosas espirituales, para poner en otros la forma de la humildad, de la paciencia, de la caridad y de las otras virtudes, quiere Dios que la causa inmediata, de que él usa como instrumento, que es el predicador ó el confesor, sea humilde, paciente y caritativo: y mas, asi como en las cosas naturales vemos que una planta, una lechuga, no produce semilla cuando chica, sino despues que ya está grande y perfecta entonces comienza á echar semilla para que se multipliquen otras, asi en las cosas espirituales y de gracia quiere Dios que primero esté uno muy aprovechado, y haya crecido en virtud, y sea varon perfecto, para que engendre hijos espirituales para Dios y pueda decir con San Pablo: "En Cristo Jesus os he enjendrado por medio del Evangelio (3)."

Por esto la Compañía, lo primero que trata es del atender á sí mismo y á su propio aprovechamiento; en esto quiere fundar

(1) *Ib.* cap. VI.
(2) Pro salute enim vestra misit me Deus ante vos. *Genes.* LXV, 5.
(3) Attende tibi. *I. ad Tim.* IV, 16.

(1) Attingit a fine usque ad finem fortiter, et disponit omnia suaviter. *Sapientiae* VIII, 1.
(2) Omne simile generat sibi simile.
(3) In Christo Jesu per Evangelium ego vos genui. *I. ad Cor.* IV, 15.

primero muy bien á los suyos. Para esto hay tanta probacion en la Compañia: dos años de noviciado luego al principio, antes de los estudios; y estos acabados, los torna á volver otra vez á la fragua y al molde, y tiene otro año entero de probacion: para que si el estudio y especulacion ha secado y entibiado algo el espíritu y devocion se tornen á rehacer, ya que han de comenzar á tratar con los prójimos, y no traten de cosas de espíritu sin espíritu. Y aun despues, parece que nunca acabamos de ser novicios, y se dilata la profesion tantos años que casi toda la vida se pasa en noviciado y probaciones, antes que la Compañía gradúe á uno por obrero de ella. Es que le han de fiar mucho, y asi es menester probarle mucho, y esperimentar primero para cuánto es; hánle de poner en cosas altas, que trate de hacer á otros, no solo buenos, sino perfectos; y asi es menester que sea perfecto. De donde se verá cuán grande engaño es el de aquellos á quien se les hacen largas estas probaciones y aun les parece algunas veces que pierden tiempo en ellas, y ya se querrian ver predicando y tratando con prójimos: y en teniendo en la oracion un poco de devocion, ó un buen pensamiento, luego se hallan predicando. Llora esto el santo abad Efrén, y dice que no es ese espíritu de Dios, sino espíritu de soberbia y de vanidad: «veniste, dice (1), á ser enseñado é instruido en la Religion, y apenas habeis comenzado á aprender, y ya quereis enseñar á otros. Aun no sabeis deletrear, y ya quereis ser maestro de escuela. Aun no sabeis sufrir una reprension, ni tomar el aviso que os dan, y ya quereis vos reprender y dar consejos y avisos á los demas.»

(1) Antequam doceatur, docere appetit; prius quam discat jura, leges ferre ambit; antequam syllabas jungere noverit, philosophatur; prius quam corripi sustineat, corripit. *S. Ephren, serm. de vita, et exercitatione.*

San Gregorio, en el Pastoral, trata muy bien este punto, y vále declarando con algunas comparaciones manuales. «Es menester, dice (1), amonestar á estos, que adviertan y consideren que los pollitos de las aves, si quieren volar antes que les crezcan las alas, en lugar de ir hácia arriba, caerán abajo. Hán tambien de advertir y considerar lo segundo, que si á las paredes y tapias las cargan luego cuando están tiernas y recien hechas, todo el edificio se caerá, y en lugar de levantar edificios, se armarán ruinas.» Es menester dejar secar las paredes y que fragüe primero la obra, para que pueda llevar la carga que le han de echar encima. «Lo tercero, dice (2), adviertan tambien y consideren que si las mugeres echan la criatura fuera de tiempo, antes que esté formada del todo, no henchirán las casas de hombres, sino las sepulturas de muertos.» Es menester grande fundamento de virtud y mortificacion para tratar con los prójimos; y si esto no hay, mayor será el peligro que el provecho. Mas presto nos pegarán ellos á nosotros lo malo que nosotros á ellos lo bueno.

De aqui es, dice San Gregorio, que el mismo Cristo, siendo él la sabiduría del Padre Eterno y teniéndola tan perfecta en el instante de su concepcion como despues, no quiso comenzar á predicar hasta los treinta años, y primero se recogió al desierto á ayunar y ejercitarse en otras asperezas corporales y ser tentado del demonio; para darnos ejemplo á nosotros de la grande preparacion y perfeccion que se requiere

(1) Admonendi sunt isti, ut considerent, quod pulli avium, si ante pennarum perfectionem volare appetant, unde ire in alta cupiunt, inde in ima merguntur. Admonendi sunt, ut considerent, quod structuris recentibus, necdum solidatis, si liguorum pondus superponitur, non habitaculum, sed ruina fabricatur. *Greg., part.* III. *Pastoralis, admonitione* 26.

(2) Admonendi sunt etiam, ut considerent, quod conceptas soboles feminae, si prius quam plene formentur, proferant; nequaquam domos, sed tumulos replent. *Ib.*

para tan alto misterio, que él ninguna necesidad tenia de estas prevenciones y preparaciones. Y pondera allí muy bien aquello que dice de él el Sagrado Evangelio, cuando siendo de doce años se quedó en Jerusalen. Advertid, dice, y ponderad atentamente que, siendo Jesucristo de doce años, le hallaron sus padres en el templo sentado en medio de los doctores, no enseñando, sino oyendo y preguntando (1); para enseñar al que es niño y tierno é imperfecto en la virtud, que no se atreva á enseñar, ni á tomar antes de tiempo un oficio tan alto, pues él en aquella edad no quiso enseñar, sino oír y preguntar, siendo el que daba el saber y la ciencia á aquellos doctores, como verdadero Dios que era.

De aqui es tambien, dice San Gregorio, que habiendo él mandado á sus Apóstoles y discípulos que fuesen á predicar el Evangelio por todo el mundo, y pudiendo darles luego la virtud y perfeccion necesaria para eso, no se la dió, ni quiso que estando asi flacos é imperfectos predicasen, sino diceles: "Detenéos en la ciudad hasta que venga sobre vosotros el Espíritu Santo (2)." Todo esto para enseñarnos á nosotros la necesidad que hay de ir muy bien fundados en virtud, humildad y mortificacion, para poder salir á tratar con los prójimos con provecho suyo y sin daño nuestro. San Bernardo trae á este próposito aquello de los Cantares: "Nuestra hermana es pequeña, y no tiene pechos, aun no tiene leche para poder criar hijos (3)." Declara estas palabras de la Iglesia antes de la venida del Espíritu Santo, y dice que entonces la Iglesia era pequeña y no tenia pechos, ni leche para criar hijos espirituales, hasta que vino el Espíritu Santo, que llenó á los Apóstoles y discípulos de sus dones y gracias, y les dió abundante leche. Entonces, llenos de Espíritu Santo, hablaban maravillas (1), y convertian las gentes á millares; pues si quereis hacer fruto en las almas y criar hijos espirituales para Dios, es menester que tengais muy llenos y muy proveidos vuestros pechos de buena leche, el uno de mucha virtud, y el otro de muy buena y sana doctrina.

San Gerónimo, sobre aquello del Eclesiastés: "Si se llenáren las nubes, arrojarán aguas á la tierra (2)," dice que los predicadores son las nubes; porque asi como las nubes tienen en sí el agua y riegan la tierra, asi los predicadores son los que tienen en sí el agua de la doctrina del Evangelio, y con ella riegan los corazones de los hombres: y asi dice San Gerónimo que ese es el castigo con que amenaza Dios á su viña por sus pecados, por el Profeta Isaías: "Mandaré á mis nubes que no lluevan sobre ella (3)." Detener Dios la lluvia de su palabra, y no enviar predicadores, ó permitir que los predicadores sean tales que no prediquen á provecho, es uno de los grandes castigos con que Dios suele castigar á su pueblo. Pues cuando estas nubes estuvieren muy llenas de esta lluvia del cielo, dice San Gerónimo, podrán llover, y derramar su agua sobre la tierra, y decir: "Oiga la tierra las palabras de mi boca: condénsese como la lluvia mi doctrina, derrámese mi habla como rocío, cual lluvia sobre yerba y cual

(1) Invenerunt illum in templo sedentem in medio doctorum, audientem illos, et interrogantem eos. *Luc.* II, 46.

(2) Vos autem sedete in civitate, quoadusque induamini virtute ex alto. *Luc.* XXIV, 49.

(3) Soror nostra parva, et ubera non habet. *Cant.* VIII.

(1) Repleti sunt omnes Spiritu Sancto, et coeperunt loqui variis linguis magnalia Dei. *Act.* II, 4 *et* 11.

(2) Si repletae fuerint nubes; imbrem super terram effundent. *Eccl.* XI. 3.—Idem dicit Hieron. Isaiae 4, et Ps. 35. sup. illud: *et veritas tua usque ad nubes.*

(3) Et nubibus mandabo, ne pluant super eam imbrem. *Isaiae* V, 6.

llovizna sobre grama (1)." Entonces podrán fertilizar la tierrra, ablandar y enternecer los corazones de los hombres para que den fruto de buenas obras; pero si las nubes no tienen agua, ¿qué será? ¿sabeis qué? lo que dice el Santo Apóstol Tadeo en su Canónica: asi como las nubes sin agua, por estar tan ligeras y livianas y no tener en sí peso ni sustancia, son llevadas fácilmente del viento á una parte y á otra (2): asi, si no estais muy lleno y abastecido de virtud, de humildad y mortificacion, os llevará tras sí el viento de la vanidad y estimacion y de las demas pasiones y aficiones del mundo, como á nube sin agua y sin peso; y de eso no mas os servirá el ser nube, y tener ministerios y oficios altos, de desvaneceros mas y ser llevado de todos vientos.

San Agustin, tratando de los ricos dice: «Dificultoso es que el que es rico no sea soberbio, porque las riquezas luego crian y engendran de sí soberbia (3).» «Todas las cosas crian su gusanillo que las va royendo y consumiendo. La ropa cria y engendra su polilla; el madero, la carcóma; el trigo, el gorgojo. Y distinto y diferente es el gusano del manzano, el del peral, y el del trigo y el del haba: asi las riquezas crian y engendran de sí otro gusano muy diferente de esos, y muy peor que todos ellos, que es la soberbia (4).» Pues si los ricos del mundo, porque se ven con tanta hacienda y riquezas, y que por eso los estiman los hombres y hacen caso de ellos, tienen tanto peligro de ensoberbecerse, ¿cuánto mayor será el peligro de los que tienen oficio de nubes y de andar levantados sobre la tierra, regándola y beneficiándola, que por tener tan altos y tan levantados ministerios son respetados, honrados y estimados de todo el mundo, de los grandes y de los pequeños, y con la mayor honra y reverencia que puede ser? Dice San Crisóstomo (1) que mas reverencia se debe á los sacerdotes que á los reyes y príncipes y que á nuestros propios padres carnales; porque estos hácennos vivir al mundo; pero los sacerdotes y padres espirituales hácennos vivir á Dios. No hay mayor honra ni mayor estimacion que la opinion de santidad. A los demas hácese una reverencia esterior y muchas veces interiormente no los estiman; pero á estos hónranlos como á Santos. Gran fundamento de humildad es menester para sufrir el peso de esta honra y estimacion; porque la soberbia y vanagloria es el gusano que destruye y echa á perder las buenas obras. Y en las mas altas y aventajadas suele haber mas peligro de engendrarse y criarse este gusanillo. Asi el primer peligro que pone San Crisóstomo del estado sacerdotal (2), es la pestilencial vanagloria, que es, dice, un peñasco mas espantoso que cuantos fingen los poetas.

(1) Audiat terrra verba oris mei, concrescat ut pluvia doctrina mea, fluat ut ros eloquium meum, quas imber super herbam, et quasi stillae super gramina. *Deut.* XXXI, 2.

(2) Hi sunt nubes sine aqua, quae a ventis circumferuntur. *Tadei.* 12.

(3) Dificile est, ut non sit superbus, qui dives est. Nihil est enim, quod sic generent divitiae, quomodo superbiam. *Aug. lib.* 50 *homiliarum, homil.* 13.

(4) Omne pomum, omne granum, omne frumentum, omne lignum habet vermem suum, et alius est vermis mali, alius pyri, alius favae, alius tritici; vermis divitiarum superbia. *Aug. lib. de verbis Domini sup. Matth. serm.* 5.

## CAPITULO V.

Que por los prójimos no nos habemos de descuidar nosotros; antes por eso tenemos necesidad de andar con mas cuidado de nuestro aprovechamiento.

Dice el Sábio: "Trabaja por recuperar y ganar al prójimo segun tus fuerzas, y mira tambien por tí no caigas (3)." Este es el fin é instituto de la Compañía y el ca-

(1) Chrisost., lib. 3 *de Sacerdotio.*
(2) Chrisost. *ubi sup.*
(3) Recupera proximum secundum virtutem tuam, et attende tibi, ne incidas. *Eccl.* XXIX, 27.

mino real por donde habemos de caminar en ella; pero de este camino real se puede uno apartar de dos maneras: ó á la diestra, retirándose del trato de los prójimos con estremo, por atender á su aprovechamiento; ó á la siniestra, dándose tanto á los prójimos que se olvide de sí: y ambos estremos son viciosos; y asi diremos un poco de cada uno de ellos, para que acertemos á tomar el medio en que consiste la virtud y perfeccion y no declinemos á la diestra ni á la siniestra.—Y comenzando del estremo mas peligroso, que es darse uno tanto á los prójimos que se olvide de sí, Cristo nuestro Redentor nos avisa de eso en el Sagrado Evangelio, diciendo: "¿Qué le aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si su ánima recibe pérdida y detrimento? ¿Qué trueque y recompensa recibirá uno para su alma (1)?" No hay recompensa ninguna con que se pueda recompensar esa pérdida; y asi la razon y la caridad pide que por ningunas ocupaciones pierda uno el cuidado de su propia alma, ni afloje en su aprovechamiento; porque la caridad bien ordenada, de sí mismo ha de comenzar. Y asi eso es lo primero que pide á Dios el Profeta: "Enseñadme, Señor, bondad, disciplina y ciencia (2)." La bondad pone en primer lugar; so color de ayudar y aprovechar á los prójimos, no se ha uno de olvidar, ni descuidar de sí, que seria ese gran yerro. Aun allá dijo Séneca que los que por otros se descuidan de sí, son como los pozos que dan á otros el agua clara, y ellos se quedan con las heces y cieno. Nicolao Pontífice, en un decreto, trae otra comparacion que declara mas esto (1). Tratando que los malos sacerdotes pueden administrar los Santos Sacramentos, porque á sí solos se hacen daño, dice que son como la hacha encendida, que aprovechando y dando luz á otros, se está ella gastando y consumiendo á sí misma.

San Bernardo, sobre aquellas palabras de los Cantares: "Tu nombre es óleo derramado (2)," va tratando muy bien este punto. Pone alli (3) dos obras que obra en nosotros el Espíritu Santo: una, con la cual nos funda primero en virtud para nuestro propio aprovechamiento, y esta llama infusion; otra, con la cual nos comunica dones y gracias para utilidad y provecho de los prójimos, que llama efusion, porque se nos dá para derramar y comunicar á otros: y dice que primero ha de ser la infusion y despues la efusion. Primero ha de ser el recibir uno en sí y estar muy lleno y muy rico de virtud, y despues ha de ser el derramar y repartir con otros; y trae una comparacion que lo declara bien: «Por lo cual, si teneis juicio y entendimiento, habeis de procurar ser concha y no canal (4).» Esta diferencia hay de la canal á la concha ó taza de la fuente, que la canal juntamente recibe el agua y la despide, sin quedarse con cosa; pero la concha ó taza de la fuente, que está cerrada al derredor, primero se llena á sí y despues que ella está llena, lo que le sobra eso reparte y comunica sin pérdida ni menoscabo suyo. Pues asi habeis de procurar ser vos, no canal, sino como la taza de la fuente; y porque no penseis que es mio esto que digo, y lo tengais en poco, dice San Bernardo, sabed que no es sino del Espíritu

(1) Quid enim prodest homini, si mundum universum lucretur, animae vero suae detrimentum patiatur?—Aut quam dabit homo commutationem pro anima sua? *Matth.* XVI, 25.

(2) Bonitatem, et disciplinam, et scientiam doce me. *Ps.* XVIII, 66.

(1) Nicolaus Pontifex, c. *Sciscitantibus*, 15, quaest. 8

(2) Oleum effussum nomen tuum. *Cant.* 1, 2.

(3) Bern. *serm.* 78 *super Cant.*

(4) Quamobrem, si sapis, concham te exhibebis, et non canalem. *Ib.*

Santo, que nos lo dice el Sábio: "El necio todo lo derrama" como canal; "pero el sábio guarda para sí (1);" primero queda él muy abastado y lleno como la concha. Mas ¡ay dolor! que va el negocio al revés. «El dia de hoy hay muy pocas conchas en la Iglesia, y hay muchos que son canales por donde pasa el agua de la palabra de Dios y riega las tierras de los corazones y las hace que estén verdes y frescas y que dén fruto, quedándose ellos secos y sin fruto (2).» Tienen tanta caridad estos, dice por ironía, que quieren derramar aun antes de allegar; no teniendo para sí, quieren dar á otros; están mas prontos y dispuestos para hablar que para oir, y quieren enseñar lo que aun no han aprendido, y quieren gobernar y regir á otros los que á sí mismos no se saben regir. No es esa caridad, porque ningun grado de caridad se ha de anteponer á aquel que dice el Sábio: esto ha de ser lo primero, tener misericordia de nuestra propia ánima (3), procurando servir y agradar mucho á Dios; y despues ha de ser el tratar de ayudar y remediar á los otros. «Y si no tengo sino un poco de aceite para ungirme, ¿pensais que os lo tengo de dar á vos y quedarme yo sin nada? Guárdolo para mí, como respondió la otra viuda (4); y si no es que lo mande el Profeta, no lo daré (5).» Y si me importunaren algunos, que me tienen en mas de lo que soy, y piensan que tengo para repartir (6), responderles hé: Porque por ventura no hay para vos y para mí: id á comprar de los que venden y tienen abundancia, que no es razon que quede yo pobre y vacío por daros á vos (1).» Dice San Pablo: "á los otros indulgencia y perdon, y á vos tribulacion, no es esa buena caridad (2):" basta que ameis á vuestro prójimo como á vos mismo, que ese es el mandamiento de Dios (3). Y eso es lo que dice San Pablo: *ex aequalitate*: no le ameis mas que á vos mismo: no perdais vos de vuestro propio aprovechamiento, por atender al aprovechamiento de los prójimos: no os descuideis de vos por cuidar de los otros, que no será esa buena caridad. Dice el Profeta David: Primero ha de ser el estar vos muy abastecido y rico, para que de la abundancia del corazon hable la boca: "Llénese mi alma como de grosura y manteca, y alabará á Dios mi boca con labios de alegría (4)." Por tanto, dice el Apóstol (5), es menester mirar mucho no se nos trasvine todo el licor del cielo, sino que guardemos primero para nosotros: rebosar sí, mas no trasvinarnos.

No solo no debemos descuidar de nuestro propio aprovechamiento por ayudar á los prójimos, antes por eso tenemos necesidad de andar mas cuidadosos y diligentes en él; porque es grande el apercibimiento de virtud y de mortificacion que es menester para tratar con los del mundo, para que no nos peguen ellos sus resabios y nos hagan á sus costumbres antes que nosotros

(1) Totum spiritum suum profert stultus: sapiens differt, et reservat in posterum. *Prov.* XIX, 11.

(2) Canales multos hodie habemus in Ecclesia, conchas vero perpaucas. *Bernard. loc. cit.*

(3) Miserere animae tuae placens Deo. *Eccl.* XXX, 24.

(4) III. *Reg. cap.* XVII, 12.

(5) Quod si non habeo nisi parumper olei quo ungar, putas tibi debeo dare, et remmere inanis? Servo illud mihi, et omnino, nisi ad Prophetae jussionem non profero. *Bern. ubi supra.*

(6) Si institerint rogitantes aliqui ex his, qui forte existimant de me supra id, quod vident in me, aut audiunt aliquid ex me. *Bern. loc. cit.*

(1) Ne forte non sufficiat nobis, et vobis; ite potius ad vendentes, et emite vobis. *Matth.* XXV, 9.

(2) Non ut aliis sit remissio, vobis autem tribulatio: sed ex aequalitate. *II. ad Cor.* VIII, 13

(3) Diliges proximum tuum, sicut te ipsum. *Matth.* XXII, 39.

(4) Sicut adipe, et pinguedine repleatur anima mea: et labiis exultationis laudabit os meum. *Ps.* XXVI, 6.

(5) Propterea abundantius oportet observare nos ea, quae audivimus, ne forte pereffluamus. *Ad. Hebr.* II, 1.

á ellos á las nuestras. Dice el Sábio: «El que anda con la pez, gran cuidado ha menester para que no se le pegue algo á las manos (1);» es menester que las traiga bañadas en aceite: asi para tratar nosotros con los del mundo, es menester andar siempre llenos de Dios y bañados en oracion; y sino, con razon podemos temer no se nos pegue la pez á las manos, llevándonos ellos trás sí y pegándonos sus resabios y costumbres. Y "vendrá á ser cual es el pueblo, tal el sacerdote (2)."

Uno de los avisos principales, que daba nuestro bienaventurado Padre San Ignacio á los que trataban con prójimos, como leemos en su vida (3), era que se persuadan que no viven ni tratan con hombres perfectos, sino que andan entre gente no santa, y muchas veces injusta y engañosa, como dice San Pablo (4). Y es de mucha importancia este aviso, para que asi andemos apercibidos, armados y recatados para que los males y escándalos que viéremos no se nos peguen y nos inficionen. Suelen los médicos y los que andan entre enfermos, especialmente cuando la enfermedad es contagiosa, traer consigo muchos olores y defensivos para que no se les pegue la enfermedad, ni les inficione aquel baho y mal olor que sale de los enfermos. Pues nuestro trato es con enfermos, y con enfermos de enfermedad contagiosa, que fácilmente nos puede inficionar y pegársenos, si no andamos muy bien apercibidos de defensivos y preservativos de mucha virtud, oracion y mortificacion. Bien se vé el bueno y sano estómago que ha de tener el confesor y el obrero que ha de andar siempre las manos envueltas en llagas podridas y hediondas, para que cuando vé la hediondez de los pecados en la confesion, no se le revuelva el estómago y levante allá una piscina de pensamientos y movimientos malos.

Dicen algunos, y muy bien, que habemos de ser como unos rios que hay, los cuales entran por medio de la mar y conservan su agua dulce, sin que se les mezcle cosa alguna salobre del agua del mar. San Crisóstomo, tratando cuáles han de ser los sacerdotes que han de tratar en el mundo con los prójimos, dice (1) que han de ser tales sus almas como los cuerpos de aquellos tres mancebos de Babilonia, que en medio del fuego no se quemen; porque andamos entre llamas, no de paja ó estopa, sino mas fuertes que las del horno de Babilonia: por aquí sale una llamarada de envidia; por allí otra de ambicion; por allí otra de carne; por allí otra de los que le están juzgando y murmurando. Pues habeis de ser tal, que en medio de esas llamas no os quemeis: y porque el fuego, por donde hay lugar se entra, y deja lo que halla, aunque estuviese hermoso, negro y feo, ha de estar el sacerdote de Dios tan bien guardado, dice el Santo, que aun el humo no le llegue: pues para que tantas y tan grandes llamas, no solo no nos quemen, pero ni aun el humo de ellas nos tizne, ni manche, menester es andar bien apercibidos. De lo cual nos avisa Cristo nuestro Redentor en el Evangelio, diciendo que habemos de ser como la luz (2). Declárolo muy bien San Agustin: «La luz, dice (3), aunque pase por lugares inmundos y por muladares, no se contamina, ni se le pega nada;» antes ella los deseca, purifica y quita el mal olor, sin recibir en sí ninguna mala presion: asi

(1) Qui tetigerit picem, inquinabitur ab ea. *Eccl.* XIII, 1.
(2) Et fiat sicut populus, sic sacerdos. *Oseae* IV, 9.
(3) Lib. 5, cap. 11 de la *vida de N. P. S. Ignacio.*
(4) In medio nationis pravae, et perversae. *Ad Phil.* II, 9.

(1) Chrysost. *lib. 4 de Sacerd.*
(2) Vos estis lux mundi. *Matth.* V, 14.
(3) Lux, etsi per immundos transeat, non inquinatur. *Aug. tract. 4, sup. Joann.*

nosotros habemos de pasar por esos muladares y cenagales de pecadores y pecados hediondos y sucios, sin que se nos pegue nada, antes purificándolos y desecándolos, y quitándoles el mar olor, como lo hace la luz del sol. Para esto es menester que andemos siempre con mucho cuidado en nuestros ejercicios espirituales: en la oracion, exámenes, leccion espiritual, en la penitencia y mortificacion. La racion ordinaria que de esto tenemos en la Compañía para nuestro aprovechamiento espiritual, nunca la habemos de dejar, y es menester tener grande cuenta con esto; porque ya que el demonio vé que no nos puede estorbar el ayudar á los prójimos, por ser ese nuestro fin é instituto, procura que de tal manera nos demos á eso, y nos embebezcamos en ello, que nos olvidemos de nosotros mismos y nos descuidemos de los medios necesarios para nuestro aprovechamiento y conservacion. Cuando el rio sale de madre fertiliza las tierras por donde pasa y recoge en sí todas las inmundicias de ellas. Eso pretende el demonio, procurando que nos demos sin medida al trato de los prójimos, y suele ser muy comun esta tentacion; y asi es menester andar muy prevenidos, especialmente que para este mismo fin de aprovechar á los prójimos y hacer mucho fruto en ellos, el principal medio que podemos poner es andar muy cuidadosos en nuestro propio aprovechamiento, como diremos despues (1): cuando hay mas negocios, entonces hay mas necesidad de tener mas oracion y acudir mas á Dios para que se hagan bien, como vemos hacian los Santos. Del bienaventurado Santo Domingo leemos, que de tal manera repartia los tiempos, que el dia gastaba con los prójimos, y la noche con Dios: y por eso era tan grande el fruto de su doctrina, porque de noche negociaba lo que obraba de dia; y primero acababa lo que queria con Dios, que lo acabase con los hombres: y Cristo nuestro Señor nos dió ejemplo de esto, pues tantas veces se estaba las noches enteras en los montes y lugares apartados, perseverando en oracion, como escriben los Evangelistas. Los dias gastaba en discurrir por diversos lugares, predicando y enseñando, y sanando enfermos y endemoniados, y las noches velaba y perseveraba en oracion (1). No porque él tuviese necesidad de este socorro, como nota San Ambrosio (2), sino para darnos ejemplo á nosotros.

De esto tenemos aun mas particular necesidad, cuando andamos fuera de casa: y asi nos lo advierten muy en particular las reglas de los que andan en misiones: «Guárdense los que anden fuera de dejar los ejercicios espirituales acostumbrados en casa (3).» Con mucha razon dijo *guárdense*; porque verdaderamente es menester tener muy particular cuidado para no faltar en esto cuando andamos fuera de casa; porque en ella, por una parte el ser las ocupaciones mas moderadas, y por otra, la campanilla que me llama á la oracion y al exámen, y el ver que todos hacen aquello, me hace á mí hacer lo mismo; pero cuando uno anda fuera de casa, por una parte, las ocupaciones estraordinarias le traen cansado y ahogado; y por otra parte, como no oye campanilla, ni vé ejemplo de otros que le ayuden, sino antes que le impidan y distraigan, si no hay mucho cuidado y diligencia, muchas veces se dejarán los ejercicios espirituales: por esto es menester gente muy probada para andar en misiones. Solia decir nuestro P. S. Francisco de Bor-

(1) Cap. VIII.

(1) Erat pernoctans in oratione Dei. *Luc.* VI, 12.
(2) Ambr. *ib.*
(3) Cavcant, ne consueta in collegiis, ac domibus orandi, et examinandae conscientiae exercitia imminuant. *Reg.* 26.

ja (1), que nunca quedaba contento de la mision que enviaba, sino cuando le dolia mucho: y el dolor era, apartar de sí á los que eran tales cuales eran menester y él escogia para semejantes empresas. Mucho mas es menester para andar fuera que para estar en casa: y asi las misiones son propias de los profesos de cuatro votos, que se presupone estar ya bien probados y aprovechados, y con todo eso es menester que no duren mucho en ellas, sino que á sus tiempos se tornen á casa á recojer y á rehacer, porque no se ahogue ni agote el espíritu con tanta ocupacion.

De aquí podemos colegir que, si esto decimos de los ministerios espirituales que son en ayuda de las almas, que no habemos de dejar por ellos nuestra oracion, ni exámenes, ni los demas ejercicios ordinarios que tocan á nuestro propio aprovechamiento, porque no es buena caridad descuidarse y olvidarse uno de sí por atender á otros; ¿qué será de las ocupaciones corporales y esteriores, de los oficios y negocios temporales, asi en los seglares como en los religiosos, que á todos pertenece esta doctrina y cada uno la puede aplicar á sí conforme á su estado? Nunca ha de andar uno tan metido, ni embebecido en las ocupaciones esteriores, aunque sean buenas y tocantes á su oficio, que se olvide por eso de su salvacion, y el religioso de su oracion, y de su exámen, y de lo demas que toca á su aprovechamiento y mortificacion: no es razon dejar lo mas por lo menos. Siempre habemos de poner en primer lugar lo que toca á nuestro propio aprovechamiento, y esa es la voluntad de Dios y de los superiores. Y el que estudia no ha de dejar, ni atropellar los ejercicios espirituales por los estudios; porque poco le aprovechará á uno salir buen letrado, si no sale buen religioso: especialmente, que el guardar el ordinario de los ejercicios espirituales no impedirá, antes ayudará mucho para que el Señor le dé luz y entendimiento para salir mejor con los estudios. De Alberto Magno se lee (1) que solia decir muchas veces á sus discípulos, y lo dejó escrito al principio de su suma, que con oracion y devocion se aprende mas en las divinas ciencias que con el estudio; y solia traer á este propósito aquellas palabras de Salomon: "Deseélo, y fúeme dado sentido: invoqué á Dios, y pedíselo, y vino en mí el espíritu de la sabiduría (2)." Y Santo Tomás de Aquino, que fué discípulo suyo, por aquí vino á saber y entender tanto. Decia él, que lo que sabia, mas lo habia alcanzado con oracion que con industria y estudio humano (3). Y de San Buenaventura se cuenta (4), que leyendo en Paris la cátedra de teología con gran suficiencia y satisfaccion, y con grande nombre y fama, y componiendo tambien en este tiempo algunos libros con mucho aplauso de todos, un dia visitándole Santo Tomás de Aquino, que era muy su familiar y contemporáneo, rogóle que le mostrase los libros de su estudio: llevóle entonces San Buenaventura á la celda, donde le mostró algunos pocos de libros, donde estudiaba, que tenia en su mesa. Deseoso Santo Tomás de ver los otros libros particulares de donde sacaba tan maravillosas cosas, le preguntó por ellos, y le rogó que se los mostrase. Entonces el Santo le enseñó un oratorio, donde tenia un Crucifijo muy devoto, y díjole:

(1) Lib. 4, cap. 8 *de la vida del P. San Francisco de Borja.*

(1) P. I, lib. 5, c. 45 de la *Historia de Santo Domingo.*

(2) Optavi, et datus est mihi sensus: et invocavi, et venit in me spiritus sapientiae. *Sapient.* VII, 7.

(3) P. I, lib. 3, c. 37 de la *Historia de Santo Domingo.*

(4) Part. II, lib. 2, c. 2 de la *Crónica de San Francisco.*

«estos son, Padre, mis libros, y perdonadme, y sabed cierto que este es el libro principal, de donde saco todo cuanto leo y escribo: y mucho mas, sin comparacion aproveché y mayor luz de verdadera ciencia alcancé á los pies de este Crucifijo, acudiendo aquí en mis dudas á ser enseñado, y en oir y servir las Misas, que en todos los otros libros y ejercicios de letras:» con lo ual Santo Tomás quedó mas admirado y mas devoto del Santo.

## CAPITULO VI.

Que nos habemos de guardar de otro estremo, que es retirarnos del trato de los prójimos, so color de atender á nosotros.

Podrá decir alguno: «si tanto peligro hay en tratar con los prójimos, no me quiero poner en esos peligros, sino retirarme lo mas que pudiere y tratar solamente de mi aprovechamiento y salvacion, porque mas obligado estoy á mirar por mí que por los otros y no es razon que por ganar á otros me ponga en peligro de perderme. Este es otro estremo á que puede uno declinar, apartándose del camino real de nuestro Instituto, y de esto tenemos tambien respuesta en el Sagrado Evangelio, en aquella parábola de los talentos. Cuentan los Sagrados Evangelistas (1), que repartió un señor su hacienda con sus criados, á uno dió cinco talentos, á otro dos, á otro uno. Los primeros emplearon bien sus talentos y ganaron con ellos otros tantos, y fueron por ello muy alabados y premiados; pero el que recibió un talento, enterróle y escondióle debajo de tierra, y cuando el señor vino á pedirle cuenta, respondió: «Sé que sois hombre rigoroso y que llevais las cosas muy por los cabos, y quereis allegar y cojer aun de lo que no derramastes, ni sembrastes, y asi escondí el talento, que me distes, debajo de tierra, porque no se me perdiese; veislo aqui entero, como me le distes.» Dícele el señor: «Siervo malo y perezoso, por tu boca te condeno (1). Sabiendo que yo quiero coger y allegar, aun de lo que no sembré, ni derramé, ¿cómo no negociaste con mi dinero, para que me lo volvieras con alguna ganancia? Quitadle el talento y dadlo al que tiene diez talentos, que con los cinco que le di ganó otros cinco; porque esos serán los premiados y aventajados. Y á ese siervo inútil y sin provecho, echadle en las tinieblas de afuera, donde no habrá sino lloro y crugir de dientes.» San Agustin declara esta parábola á nuestro propósito, y dice (2) que la propuso Cristo nuestro Redentor para aviso y enseñanza de aquellos que de flojos y perezosos no quieren tomar en la Iglesia de Dios oficio de dispensadores ni ayudar á sus prójimos, diciendo que no quieren dar cuenta á Dios de pecados agenos. Escarmienten, dice, con este ejemplo; porque no leemos otra causa de la condenacion de este siervo, sino el no haber negociado ni granjeado con el talento recibido; porque él no le perdió ni le malbarató, que bien guardado le tenia, escondido debajo de la tierra porque no se le hurtasen. Y S. Ambrosio dice: «Miremos no nos pida Dios cuenta del silencio ocioso (3).» Porque hay un silencio negociador, como fué el de Susana (4), que hizo mas callando que si hablara; porque callando con los hombres hablaba con Dios. Otro silencio hay ocioso, y ese es el malo (5); y

(1) Matth. XXV, 14.—Lucae XIX, 15.

(1) De ore tuo te judico, serve nequam. *Luc.* XIX, 22.

(2) Aug. *lib. de fide, et operibus cap.* 17.

(3) Videamus, ne reddamus rationem pro otioso silentio. *Ambr. lib.* I *officiorum, cap.* 3.

(4) Dan. XIII, 35.

(5) Est enim, et negotiosum silentium, et est silentium otiosum. *Ambr. ubi sup.*

asi como habemos de dar cuenta á Dios de las palabras ociosas, asi tambien de este silencio ocioso, que es, cuando pudiendo y debiendo ayudar y aprovechar al prójimo con nuestras palabras, no lo hicimos. Y particularmente á nosotros nos ha de pedir Dios cuenta de esto; porque nos ha encomendado este talento y nos ha dado este oficio y ministerio de ayudar á otros; y asi, no solo nos pedirá cuenta de nuestro propio aprovechamiento como á los que solo tratan de eso, sino tambien de cómo nos habemos empleado en ayudar y ganar á nuestros prójimos; y si halla que habemos escondido el talento y soterrádole debajo de tierra, quitaránosle y castigarános, como á aquel siervo malo y perezoso, y asi de ambas cosas habemos de tener cuidado, y no se ha de dejar la una por la otra. Habémonos de haber en esto conforme al ejemplo que nos dió Cristo nuestro Redentor, del cual dice el Sagrado Evangelio (1), que la noche de su Pasion se levantaba de orar é iba á visitar á sus Discípulos, y de ellos tornaba luego á la oracion. Asi nosotros de la oracion habemos de salir para tratar y ayudar á los prójimos, y luego nos habemos de tornar á retirar á la oracion.

San Bernardo trata muy bien este punto sobre aquellas palabras que dice el Esposo á la Esposa: "Levántate y date priesa, amiga mia, paloma mia, hermosa mia, y ven (2)." ¿Quién duda, dice (3), sino que á ganar almas? Pero ¿qué es esto? ¿por ventura no es el mismo Esposo el que poco antes en el mismo capítulo prohibia con tanto cuidado que no despertasen á la Esposa? "Conjúroos, hijas de Jerusalen, por las cabras y ciervos de los campos, no despertéis ni hagais velar á mi Amada, hasta que ella quiera (1)." ¿Cómo luego manda, no solo que se levante, sino que se dé priesa? ¿Dentro de un momento, casi juntamente prohibe que no despierten á su Esposa y luego la manda levantar y que se dé priesa? ¿Qué quiere decir esta tan súbita mudanza de la voluntad y consejo del Esposo? ¿Pensais, dice San Bernardo, que fué esta liviandad del Esposo, y que quiso algo primero que despues no lo quisiese? No fué eso, sino quísonos encomendar estas mudanzas necesarias, que habemos de hacer, del sueño y reposo de la oracion y contemplacion al trabajo de la accion necesaria para ayudar á nuestros prójimos; porque el amor de Dios no puede estar ocioso, es fuego, y asi luego desea encender y abrasar á otros en el mismo amor. Y para esto, no solo deja el reposo de la contemplacion y se levanta de la oracion, sino dáse priesa, para dar á entender el grande y vehemente deseo de ayudar á los prójimos. Pues para eso, dice San Bernardo, apenas habia descansado un poco la Esposa en el seno del Esposo (2), cuando luego la despierta y manda ir á otras cosas mas provechosas; y digo mas provechosas, porque mejor es y de mas provecho y estima delante de Dios el procurar juntamente ayudar á otros que tratar solamente de nuestro propio aprovechamiento y recogimiento. Y no es esta la primera que le aconteció esto á la Esposa con el Esposo, otras veces le aconteció lo mismo. Queria la Esposa estarse gozando siempre de la quietud y reposo de la contemplacion, y de los abrazos y ósculos dulces de su Esposo, y asi lo pide diciendo: "Déme un ósculo

(1) Matth. XXVI, 39.
(2) Surge, propera, amica mea, columba mea, formosa mea, et veni. *Cant.* II, 10.
(3) Haud dubium, quin ad animarum lucra, *Bern. serm.* 57 *et* 58 *super Cant.*

(1) Adjuro vos filiae Jerusalem per capreas, cervosque camporum, ne suscitetis, neque evigilare faciatis dilectam, quoadusque ipsa velit. *Cant.* II, 7.
(2) Laeva ejus sub capite meo, et dextera illius amplexabitur me. *Cant.* II, 6.

de su boca (1)." Y respóndele el Esposo (2), que mejores son los pechos que el vino. Dándole á entender que habia de tener hijos y que pusiese su cuidado y solicitud en eso. Acordáos que sois padre y que teneis hijos y que les habeis de dar leche y criar; y que para sustentar y remediar los hijos, habeis de dejar muchas veces vuestro reposo y quietud: figura tenemos de esto en Jacob, del cual dice la Sagrada Escritura (3), que cuando él pensaba gozar de los abrazos y ósculos de la hermosa Raquel estéril, le dieron á Lia, lagañosa, pero fecunda. Asi ahora, deseando la Esposa el ósculo y los abrazos dulces de su Esposo, le encomiendan el oficio de madre y de criar hijos, diciéndole: "Mejores son tus pechos que el vino (4)." Porque mejor es, y mas agrada á Dios entonces el fruto de la predicacion y del trato con los prójimos, y el ganar almas para Dios, que la dulzura del vino de la contemplacion. Aunque Lia no es tan hermosa como Raquel, pero es mas fecunda, y su fecundidad suple y recompensa muy bien la hermosura de Raquel. Aunque la vida contemplativa es mas perfecta que la activa; pero cuando á la vida contemplativa se le añade esta vida activa de enseñar y ayudar á los prójimos y ganar almas para Dios, es mas perfecta que la vida contemplativa sola. De esta manera declara San Crisóstomo (5) aquello de San Pablo á los romanos: "Deseaba yo ser anatema de Cristo por mis hermanos, que son mis parientes segun la carne (6)." Que deseaba el Apóstol apartarse por algunos ratos de la conversacion y compañía suavísima de Cristo y dejar de vacar á sus actos amorosos por entender en el provecho de los prójimos: y eso era en su manera, hacerse anatema de Cristo por ellos. Y todos los doctores confiesan haber sido este supremo acto de caridad.

De manera, que esta que parece pérdida, no es sino muy grande ganancia, y asi es menester que nos persuadamos que, por atender al aprovechamiento de los prójimos, no perderemos nosotros de nuestro propio aprovechamiento; antes con eso ganaremos y aprovecharemos, y creceremos mas en virtud y en perfeccion. Clemente Alejandrino trae para declaracion y confirmacion de esto algunas comparaciones buenas. Los pozos, dice (1), mientras mas agua sacan de ellos, la dan mejor y mas clara; y por el contrario, cuando no sacan de ellos, se hace el agua estantía y mala. El cuchillo cortando se conserva con lustre; y en dejando de usar de él, luego cria moho y herrumbre. El fuego, por quemar y encender otras cosas, no pierde, sino antes gana y se aumenta mas. En las ciencias humanas vemos que el que enseña á otros aprende mucho enseñando, y que de esta manera se hacen los hombres muy doctos. Pues asi es tambien en la sabiduría espiritual y divina: especialmente, que la palabra de Dios es cuchillo de entrambas partes agudo (2), que corta hácia los otros y tambien hácia sí; lo que yo digo á otros he menester tambien para mí: y luego la conciencia me está remordiendo; «¿cómo no haces tú lo que dices á los otros? ¡Ay de los que dicen y no hacen!» Y el ver en las confesiones las caidas de los otros, me es aviso para andar con temor y recato, y pidiendo á Dios me tenga de su mano, y dándole gracias porque no me ha dejado caer

(1) Osculetur me osculo oris sui. *Cant. I.*
(2) Bernard. *Serm. 41. sup. Cant.*
(3) Gen. XXIX, 23.
(4) Quia meliora sunt ubera tua vino. *Cant.* I, 1.
(5) Chrisost. *lib. I de compunctione cordis.*
(6) Optabam enim ipse anathema esse a Christo pro fratribus meis, qui sunt cognati mei secundum carnem. *Ad Rom.* VI, 3.

(1) Clemens Alexandrinus, *lib. I. Strom.*
(2) Ad Hebr. IV, 12.

en aquello. El ayudar á morir al uno y al otro, nos hace tener presente la hora de la muerte y procurar estar siempre preparados para ella. El ir á las cárceles y á los hospitales, y el hacer las paces y amistades, nos hace conocer mejor las miserias de esta vida y estimar en mas la merced que el Señor nos ha hecho en traernos á la Religion. Finalmente, todos nuestros ministerios no solo no son ocasion para empeorarnos, sino antes son unos despertadores que nos convidan é incitan mas á la virtud y perfeccion.

Añádense á esto las muchas misericordias que el Señor usa con los que asi se ejercitan con los prójimos. Si á los que ejercitan las obras de misericordia corporales les está prometido tanto como leemos en la Escritura Divina, ¿qué será á los que ejercitan las obras de misericordia espirituales, que son tanto mayores cuanto el ánima es mas que el cuerpo? Dice San Crisóstomo que á estos les pertenece muy bien aquello del Evangelio: "Dad, y daros hán (1)." Y lo que dice el Sábio: «El ánima del que hace bien al prójimo será engrosada; y el que harta y espiritualmente embriaga á otros con el amor y deseo de las cosas del cielo, tambien le hartará y embriagará á él Dios con sus divinos consuelos (2).» Comparan algunos á estos á los limosneros de los príncipes, á los cuales dan mucho que repartan; y si mucho dan, mucho les dan á ellos: pero aun no llena esta comparacion lo que decimos; porque el limosnero, si es fiel, no se queda con nada, ni se hace mas rico por dar á otros; pero los que ayudan á los prójimos con los ministerios espirituales, dando y enriqueciendo á otros, quedan ellos enriquecidos; y asi los comparan otros mejor, diciendo que son como las amas que crian los hijos de los reyes, á las cuales mantiene y sustenta el rey de su mesa con manjares Reales; con lo que á ellas les sobra, sustentan y crian los infantes. De esa manera son los que tratan de criar los hijos del Rey del cielo que les envia el sustento de la mesa Real y divina, tan cumplido y abundante, que quedándose ellos muy abastados y ricos, puedan de la abundancia repartir con sus hijos espirituales. Lo cual dice admirablemente San Pedro Crisólogo por estas palabrás: «Asi como las amas de los hijos del rey comen de platos delicados, para que puedan dar purísima leche á sus alumnos, asi aquel Supremo Rey apacienta y nútre á los ministros de su palabra, aunque no lo merezcan ellos, con los manjares de su celestial mesa, por el pasto que han de dar á sus hijos, para que mas delicada leche y alimento les comuniquen (1).»

Y nosotros particularmente es menester que vayamos siempre con este presupuesto; porque en la Compañía el atender á ayudar á los prójimos nos le ha hecho Dios medio para nuestro aprovechamiento, por ser nuestro instituto y vocacion. Y asi lo dice espresamente la Bula de Julio III, donde habiendo puesto el Sumo Pontífice el fin de nuestro instituto y los ministerios que habemos de ejercitar con los prójimos, dice: «Procure lo primero tener á Dios, mientras viviere, delante de sus ojos, y lo segundo su instituto, que es el camino que lo lleva á él (2).» Asi como el aprovecha-

(1) Date, et dabitur vobis. *Luc.* VI, 38.
(2) Anima, quae benedicit, impinguabitur; et qui inebriat, ipse quoque inebriabitur. *Prov.* XI, 25.

(1) Ut enim infantum regis nutrices delicatis cibis pascuntur, ut purissimum lactis fontem alumnis suis propinet; sic supernus ille Rex, verbi sui ministros licet immeritos, propter filiorum suorum alimoniam caelestis suae mensae cibis pascit, et nutrit, quo delicatius illos lactare, et pascere valeant. *Petrus Chrisologus.*
(2) Curetque primo Deum, deinde hujus sui instituti rationem, quae via quaedam est ad illum, quoad vixerit, ante oculos habere. *Bulla instituti, Julii III.*

miento propio de algunas religiones monacales está en asistir muy bien á su coro, en guardar muy bien su clausura, sus ayunos y asperezas, asi nuestro aprovechamiento y perfeccion está en hacer bien nuestros ministerios con los prójimos; porque fuimos llamados para esto, como ellos para ello: y asi podemos nosotros decir de los prójimos, lo que dice San Pablo: "Vosotros sois nuestro gozo, nuestra corona y gloria (1)." Dice San Ambrosio sobre este lugar: «Manifiesta cosa es que el aprovechamiento y perfeccion de los discípulos es gozo, perfeccion y gloria de su maestro (2).» Y asi en eso habemos de entender que está nuestro merecimiento y nuestro aprovechamiento y perfeccion. De manera, que aunque es muy bueno el recogimiento en la Compañía y el tener mucha aficion á la oracion; pero oracion y recogimiento que retira de los ministerios con los prójimos es tentacion en la Compañía. Si estuviéramos allá fuera ó en otra Religion que no tratára de eso, pudiérase tener por buen espíritu y por perfeccion el retiraros á mas oracion y atender á vos solo. Pero acá en la Compañía no es ese buen espíritu, sino tentacion y engaño del demonio, que se transfigura en ángel de luz, y so color de vuestro aprovechamiento y de no poneros en peligro, os quiere apartar de vuestro instituto. La oracion de la Compañía ha de ser conforme á nuestra vocacion, para salir mas animados á ayudar los prójimos; que digamos con el Santo Job: "Si durmiere, diré, cuándo me levantaré, y despues esperaré la tarde (3)." Allí en la oracion nos habemos de estar disponiendo y preparando para hacer mejor los ministerios: y tanto será mejor la oracion cuanto mas dispuesto saliéredes para eso; y cuanto mas creciéredes en amor de Dios, tanto mas encendido habeis de salir en deseo de ganar almas para Dios y de buscar y procurar otros que le amen y sirvan juntamente con vos. Cuéntase de un religioso (1), gran siervo de Dios, que habiendo trabajado muchos años en la conversion de los indios, deseando recogerse un poco para prepararse con mas diligencia y cuidado para morir, volvióse á España y retiróse del trato de los prójimos, y dice que todas las veces que se ponia en oracion, le parecia que veia delante de sí á Cristo crucificado, y que con una queja y reprension amorosa le decia: «¿Por qué me has dejado en esta cruz, y andas buscando tu quietud y descanso?» Con la cual vision amonestado y muy movido volvió á la mies que habia dejado, donde se ejercitó otros muchos años.

(1) Gaudium meum, et corona mea. *Ad Philip.* IV, 1.—Vos enim estis gloria nostra, et gaudium. *Ad Thessal.* II, 2.

(2) Manifestum est, quod perfectio discipulorum gaudium, et perfectio magistri est. *Ambros.*

(3) Si dormiero, dicam, quando consurgam? et rursum expectabo vesperam. *Job.* VII, 4.

## CAPITULO VII.

De algunos remedios contra la pusilanimidad de los que por miedo de perderse se retiran de ayudar á los prójimos.

Para que acabemos de desarraigar de nuestro corazon la tentacion de pusilanimidad con que el demonio suele acometer á algunos temerosos y escrupulosos, pareciéndoles que se ponen en peligro de perder sus ánimas por ganar á otros, es menester primeramente que entendamos y nos persuadamos una verdad muy importante y que nos ayudará mucho para esto: y es, que mas seguros y guardados estaremos donde Dios nos pusiere que donde nosotros pensábamos que lo estuviéramos. Andando por obediencia en medio de las plazas y oyendo cosas feas y deshonestas de los penitentes en las confesiones, estaremos mas

(1) Fr. Alonso Roza, de la Orden de S. Francisco.

guardados y seguros que si estuviéramos por nuestra propia voluntad retirados en nuestra celda, hurtando el cuerpo á esos ministerios por miedo de no caer: porque ahí por ventura os estuviérades quemando y abrasando con malos pensamientos; y allí en los ministerios os hallareis muy seguro y quieto; porque Dios os puso en ellos y él os guardará y amparará. Estamos cercados y defendidos, como con escudo, de la buena voluntad de Dios (1) que nos lo manda y nos pone en ello. S. Basilio nota esto bien: no penseis, dice (2), que está el negocio de ser casto y de no tener tentaciones de carne, en retiraros y no tratar con gente. Que no está en eso, porque San Gerónimo (3), estando en la soledad del Yermo, comiendo yervas y quebrantando sus miembros con grande penitencia, dice que muchas veces le parecia que se hallaba entre las danzas de las doncellas romanas; y teniendo el rostro amarillo por los muchos ayunos, y el cuerpo frio, y la carne seca y casi muerta, no dejaba la voluntad de encenderse en malos deseos y sentir grandes movimientos del apetito deshonesto. Y por el contrario, del abad Elias cuenta Paladio (4) que le dió Dios tan grande don de castidad, que presidió en un monasterio de trescientas monjas, cuarenta años, con tanta paz y quietud como si fueran varones, sin sentir tentacion, ni movimiento, ni peligro en la castidad. Vestidos y calzados andaban aquellos tres mancebos en medio del horno de Babilonia, y no les hacia ningun daño la llama, ni aun al pelo de su ropa; y á los ministros del rey que andaban apartados y guardándose del fuego, á estos quemó: porque poderoso es Dios para que no se quemen en medio de las llamas los que entraron allí por su amor: antes las llamas se les convirtieron en jardin de flores y en un paraiso de deleites, donde estaban alabando y bendiciendo á Dios. Así les acontece á los que por amor del mismo Dios y por el celo de su honra y gloria andan en medio del fuego de este horno de Babilonia del mundo, que donde otros se están abrasando y consumiendo, ellos están alabando á Dios, y bendiciéndole, y dándole muchas gracias por la merced que les ha hecho en traerles á la Religion; y de donde otros sacan perdicion y condenacion para sus ánimas, ellos sacan mayor conocimiento y aborrecimiento de la vanidad del mundo y mayor estima de lo que tienen en la Religion. A los que por amor de Dios y por obediencia se ocupan en estos ministerios, todo se les convierte en bien (1), y sacan miel de la piedra dura, y de los peñascos ásperos aceite suavísimo. Donde hay entrañas fieles y ansiosas de agradar á Dios; donde un hombre no es intruso, sino legítimamente llamado y puesto en estos ministerios, no hay por qué desmayar, sino tener mucha confianza en el Señor que, pues él nos pone en ellos, él nos sacará bien de ellos.

Para que quedemos mas enterados en esta verdad, y mas confiados y animados para nuestros ministerios, dejados á parte otros muchos medios, diré ahora uno muy particular que tenemos para esto en la Compañía, que es la gracia particular de la Religion. Este es un punto muy principal y de mucho consuelo, asi para esto como para otros muchos propósitos. Cada Religion tiene particular gracia y ayuda del Señor para alcanzar el estado de perfeccion á que son llamados los de ella; porque no lla-

(1) Domine, ut scuto bonae voluntatis tuae coronasti nos. *Ps.* V, 13.
(2) Bas. *in Constit. Monast. cap.* 6.
(3) Hieron. *ad Eustoquium.*
(4) Paladius, in *histor. Lusiaca*, sect. 32.

(1) Diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum. *Ad Rom.* VIII, 28.

vm Dios á uno á estado ó fin alguno que no le dé tambien los medios convenientes y las fuerzas y gracia que es menester para conseguir aquel fin y perfeccion á que le llama. Santo Tomás (1) funda esto muy bien en la Escritura Divina y en la razon natural, porque las obras de Dios son perfectas (2). Y asi, si Dios instituye una Religion para un fin, tambien le ha de dar los medios y auxilios necesarios para conseguir aquel fin, porque de otra manera seria imperfecta la obra de Dios, como vemos que lo hace su Magestad en todas las cosas naturales, que cuando da la potencia para alguna cosa, da tambien los medios convenientes para que aquella potencia pueda venir á su acto; y sino, dicen los filósofos, que seria ociosa y en valde aquella potencia (3). Pues de la misma manera es en las cosas sobrenaturales y de gracia; porque no han de ser menos perfectas, sino antes mas que las naturales: y asi, cuando Dios instituye una Religion para algun fin, le da todos los medios y ausilios necesarios para que los de aquella Religion puedan conseguirlo; y á esta llamamos la gracia de la Religion. Y como las religiones son diferentes, y cada una tiene su modo de proceder y su particular fin ó instituto santo para que fué instituida, asi tambien les da Dios particular gracia y favor para conseguir aquel fin para que las instituyó y ordenó. De manera, que todas las religiones convienen en esto, que tienen gracia de Religion, que es ayuda y socorro particular del Señor para el estado de perfeccion para que fueron instituidas; pero á cada una se reparte esta gracia con la particularidad que pide el fin que tiene y los medios que le han dado para conseguirlo. A los monges Cartujos les dá el Señor particular gracia para guardar su clausura y abstinencia; á los Gerónimos, para tener bien su coro; y asi podemos discurrir por las demas Religiones. Pues la Compañía es particular Religion, instituida por autoridad Apostólica en la Iglesia de Dios para este fin particular de ayudar á las almas; y para conseguirle nos ha dado el Señor propios y particulares medios que pone el mismo Sumo Pontífice en la Bula del Instituto, que son: predicar, confesar, leer y enseñar la doctrina cristiana, dar ejercicios espirituales, hacer amistades, visitar cárceles y hospitales; de manera, que asi como la Compañía es Religion llamada de Dios para este fin de ayudar á las almas, asi tambien es llamada para estos ministerios, para que con ellos consiga este fin. Nótese mucho esto, que es cosa de gran consuelo; no solo el fin, sino tambien estos medios y ministerios que usamos con los prójimos son propios de nuestro Instituto y nos convienen de Regla, aprobada y confirmada por el Vicario de Cristo, como consta por la Bula de nuestro Instituto de Julio III. De manera, que los de la Compañía son predicadores por su Regla, y confesores y lectores; y no solo los ministerios espirituales, sino las obras de misericordia corporales que la Compañía ejercita con los prójimos, como visitar las cárceles y los hospitales, los tiene de Regla é instituto, como consta por la misma Bula.

Pues viniendo al punto, de aqui se sigue que la Compañía tiene auxilio y gracia particular de Dios nuestro Señor para conseguir este fin de ayudar á las almas para el cual él la instituyó, y para conseguirle por los medios propios de nuestra vocacion é instituto que él nos ha dado para ello; y esa es la gracia particular de esta religion de la Compañía. De manera, que concurri-

(1) S. Thom., IV. dist. 24, q. 1, art. 2, ad primum.
(2) Dei perfecta sunt opera. *Deut.* XXXII, 4.
(3) Frustra est potentia, quae non reducitur ad actum.

rirá nuestro Señor particularmente con nosotros, y pondrá particular fuerza y eficacia en estos medios para conseguir este fin; porque esa es la gracia particular de esta religion, y asi lo esperimentamos cada dia por la bondad y misericordia del Señor. ¿Qué pensais que es la causa que vá un predicador de la Compañía á una mision, y algunas veces mozo y acabado de salir de los estudios, y revuelve todo un pueblo, y se vienen todos á confesar que no parece sino Semana Santa, y ya se hacen las amistades que no habian podido acabar otros muchos; ya se quitan los pecados públicos que no habia podido quitar la justicia ni los prelados? ¿Pensais que es esto por vuestra virtud y letras, ó por vuestro talento y gracia de predicar? Que no es sino porque es esa la gracia particular de la religion: que por ser ese su instituto y esos los medios proporcionados para él, concurre Dios particularmente con ellos y les dá particular fuerza y eficacia para que consigan su fin; y por el contrario, que es buena confirmacion de esto, vemos en algunos que han salido de la Compañía, que acá parecia que tenian alas, y que volaban y eran oidos, y hacian fruto, y pensaron que allá tambien podian volar y hacer lo mismo; y como las alas eran la gracia de la religion, saliendo de ella, se las dejaron acá y se hallaron desplumados. En el primer libro de los Macabeos tenemos un ejemplo que hace mucho á este propósito (1). Cuenta allí la Sagrada Escritura que los Macabeos hacian maravillas en sus batallas, peleaban valerosísimamente y alcanzaban grandes victorias y sin pérdida ninguna suya, y asi tenian grande nombre y fama en todo el mundo. Viendo esto algunos del pueblo de Israel, con la emulacion creció en ellos la ambicion, y desearon y dijeron: «hagámonos nosotros tambien famosos como ellos.» Y diciendo y haciendo, juntan su ejército, y van á pelear con los enemigos: pero no les sucedió como pensaron, volvieron con las manos en la cabeza. Salen á ellos los contrarios, desbarátanlos y hácenlos huir, y murieron dos mil de ellos. Y nota luego la Sagrada Escritura la razon de ello. Por eso cayeron y fueron desbaratados, y pensando vencer fueron vencidos; "porque no eran del linage de aquellos varones que Dios habia escogido para librar al pueblo de Israel (1)."

De manera, que no tenemos que ensoberbecernos, ni atribuirnos nada á nosotros, sino á Dios y á la Religion debemos todo eso. "Hízonos el Señor idóneos ministros del Nuevo Testamento, no con las letras y talentos que tenemos, sino con el espíritu que él nos comunica (2):" por ser ese nuestro instituto y ser vos miembro de esta Religion, concurre Dios con vos y os dá particular gracia y ayuda para hacer mucho fruto en los prójimos, y para que aprovechándolos á ellos, no solo no os perdais vos, sino antes andeis por ahi aprovechando y creciendo mas en virtud y perfeccion; y esa es la gracia particular de esta Religion y el efecto particular que tiene. Mucho ayuda esta consideracion para quitar desmayos. Nota muy bien San Bernardo (3) que, mandando el Esposo á la Esposa que se levantase del sueño de la contemplacion á la accion, no dice *vade*, sino "vén, levántate y dáte prisa, amiga mia, paloma mia, hermosa mia, y vén (4)."

---

(1) I. Machab. V, 57.

(1) Ipsi autem non erant de semine virorum illorum, per quos salus facta est in Israel. *I. Macch.* V, 62.

(2) Qui et idoneos nos fecit ministros Novi Testamenti, non littera, sed spiritu. *II. ad Cor.* III, 6.

(3) Bern. serm. 18 *super Cant.*

(4) Veni, surge, propera, amica mea, columba mea, formosa mea, et veni. *Cant.* II, 10.

No le dice que vaya, sino que venga, que no dá poco ánimo; porque nos dá en esto á entender que no os deja él á vos que vais, sino que él os lleva y os trae á sí por ese medio. De manera, que no nos envia á esos ministerios para apartarnos de sí, sino para juntarnos mas á sí; á él vamos, y él nos lleva y va juntamente con nosotros, y asi no tenemos que temer que por eso perderemos, sino cobrar mucho ánimo y mucha confianza y esfuerzo que con eso ganaremos y medraremos mas. De un hijo de un rey cuenta la Sagrada Escritura, que para animar á sus criados á que hiciesen un hecho, les dijo: "Yo soy el que os lo mando, esforzaos y no temais (1)." Pues si vos, Señor, sois el que me mandais que me ocupe en estos ministerios y que trate con prójimos, ¿cómo podré yo temer? Mas seguro y mas guardado estaré en medio de malas mugeres, confesándolas y predicándolas, si vos me poneis ahí, que solo entre cuatro paredes por mi voluntad; porque vos, Señor, sois el que me lo mandais, vos sois el que me poneis en ello; y asi dice el Profeta: "Si anduviere en medio de la muerte, no temeré los males, porque tú estás conmigo (2)."

De aqui se verá tambien cuán grande engaño es el que tienen algunos en la Religion, que guiándose por su juicio y parecer, dicen: «si yo estuviese en tal parte ó en tal oficio ó ministerio, paréceme que estaria consolado y alli serviria mas á Dios: en esta casa ó en este ministerio hállome desconsolado, y paréceme que no aprovecharé.» ¡Oh engaño y desatino grande! ¿cómo pensais vos que os irá bien donde vos os quereis poner? ¡Pluguiera á Dios no hubiéramos visto por esperiencia el daño de esto! Algunos habemos conocido que no se quietando en los ministerios y puestos en que Dios y la obediencia los ponia, pretendieron otros, procurando de traer la voluntad de los superiores á la suya, pareciéndoles que alli servirian mas á Dios y harian mas fruto. Y fuéles tan mala la mudanza que ellos desearon y pretendieron, que echaron bien de ver que habia sido castigo de Dios. Verdaderamente habiamos de temblar de desear cosa por nuestra voluntad, ni oficio, ni lugar, ni puesto alguno, sino dejarnos llevar y gobernar llanamente de Dios, por medio de la obediencia; porque donde Dios nos pusiere, alli estaremos mejor y mas guardados y seguros.

(1) Nolite timere, ego enim sum, I qui praecipio vobis; roboramini, et estote viri fortes. *II. Reg.* XIII, 28.
(2) Si ambulavero in medio umbrae mortis, non timebo mala quoniam tu mecum es. *Ps.* XXII, 4.

## CAPITULO VIII.

**Del primer medio para hacer fruto en los prójimos, que es la buena y santa vida.**

Diremos ahora algunos medios generales para aprovechar á los prójimos, de los cuales trata nuestro Padre en la sétima parte de las Constituciones (1), dejando otros particulares y propios de los sacerdotes, de los cuales trata en la cuarta parte (2). Y aunque lo que fuéremos diciendo sea en órden al aprovechamiento de nuestros prójimos, todavia serán cosas que pertenecen tambien á nuestro propio aprovechamiento; porque, como deciamos al principio, están tan unidas en uno estas dos cosas en la Compañía, que lo que es medio para ayudar á nuestros prójimos, es medio para nuestro aprovechamiento; y lo que es medio para nuestro propio aprovechamiento, es tambien medio para ayudar mas á nuestros prójimos; y asi lo que se

(1) P. VII. Const. cap. 4.
(2) P. IV. Const. cap. 8.

dijere, será doctrina que generalmente para todos pueda ser de mucho provecho. El primer medio que pone allí nuestro Padre para aprovechar á los prójimos, es el buen ejemplo de vida. «Y á la verdad, dice (1), lo primero, ayuda el buen ejemplo de toda honestidad y virtud cristiana, para que no menos con las buenas obras, antes bien mas que con las palabras, procuren edificar á aquellos con quienes tratan.» La buena y santa vida, el estar uno primero medrado y aprovechado en sí, es el principal medio y muy eficaz para hacer mucho fruto en los prójimos. Así como los árboles que mas han crecido para sí, son mas fructuosos para sus dueños; así el predicador y el confesor mas aprovechado en sí, será mas provechoso para los otros.

La importancia y necesidad de este medio se vé, lo primero, porque cierta cosa es que el ejemplo de la buena vida es mas eficaz para persuadir á los hombres que cuantas palabras y sermones hay. Y así Cristo nuestro Redentor, primero comenzó á enseñar el camino del cielo con obras, y despues con palabras: comenzó á obrar y enseñar, dice el Evangelista San Lucas (2); primero quiso obrar treinta años, para predicar tres. Y del glorioso Bautista dice San Gerónimo (3), que por esto escogió el desierto para predicar á Cristo: "Yo soy voz, que dá voces en el desierto (4)." Pregunta el santo doctor, ¿cómo escoge el Bautista el lugar del desierto para predicar? porque el desierto, mas parece que es para no ser visto ni oido de nadie, que para predicar. Responde: escogió el desierto el predicador y pregonero de Cristo, para que los hombres, viendo la nueva vida en el predicador, se comenzasen á admirar y se moviesen á hacer penitencia, á dejar los vicios y querer imitar al predicador. Entendia bien que el ejemplo era medio mas eficaz para mover á los oyentes y hacer fruto en ellos que las voces y las palabras. Y así dice de él el Sagrado Evangelio: "Era hacha que ardía y lucia (1):" porque ardiendo para sí en amor de Dios, daba mucha luz y resplandor á los prójimos con el ejemplo de su vida tan maravillosa.

Bien trillada es aquella sentencia de Séneca: «El enseñar por documentos y preceptos es camino muy largo; empero con el ejemplo es muy breve y muy eficaz (2),» porque los hombres mas creen á lo que ven por los ojos que á lo que oyen por los oidos. San Bernardo da otra razon de esto: «Por eso el ejemplo es tan eficaz para mover á otros, porque con eso se persuaden que es hacedero lo que así se les dice, viéndolo practicar y poner por obra al que lo dice, y así se animan mucho á obrarlo (3).» San Agustin dice (4) que es tan grande la enfermedad y flaqueza del hombre, que con dificultad obra lo bueno, si no vé primero en otros ejemplo de ello. Y por esto dice importa mucho que el maestro y el predicador del Evangelio sea bueno, para que los que oyen tengan á quién imitar. Y así decia San Pablo que le imitasen á él, como él imitaba á Cristo (5).

Añádese á esto que cuando se vé que

---

(1) Et primo quidem confert bonum exemplum totius honestatis, ac virtutis christianae, ut non minus bonis operibus, imo magis quam verbis, eis aedificationi esse, quibus cum agitur, curent.
(2) Caepit Jesus facere, et docere. *Actor.* I, 1.
(3) Hieron. *epist. de vera circumcisione.*
(4) Ego vox clamantis in desertum. *Joann.* I, 23.

(1) Erat lucerna ardens, et lucens. *Joann.* V, 35.
(2) Longum iter est per praecepta; breve, et efficax per exempla. *Senec. lib* 1. *epistolarum, epist.* 6.
(3) Sermo vivus, et efficax exemplum operis est; plurimum faciens suadibile, quod monstratur factibile. *Bernard. in serm. de S. Benedicto.*
(4) Aug. lib. 3, *contra Cresconium Grammaticum*, c. 6.
(5) Imitatores mei estote, sicut et ego Christi. *I. ad Cor.* IV, 16.

en el predicador y maestro conforma la vida con la doctrina, aquello hace creer que sale de corazon lo que predica, y asi tiene fuerza y eficacia para mover y persuadir: pero cuando no hay esto, es de poca fuerza lo que se dice. Y asi dice San Basilio (1) y San Crisóstomo (2) que aquel no es predicador, ni doctor verdadero, sino falso y fingido; ese, dicen, es representante de comedias. Representa uno la persona de rey, de caballero, de rico; y ni es rey, ni caballero, ni rico: asi es el que predica solamente con palabras. Muy bien representais la humildad, pero no sois humilde: muy bien representais el menosprecio del mundo y de la honra, pero no habeis despreciado el mundo del todo, ni la honra: sois farsante y representante de comedias, no sois predicador evangélico. Compara tambien á estos San Basilio (3) á los pintores, que pintan muy bien la hermosura de un hombre en un lienzo ó tabla, siendo ellos muy feos; asi, dice, son los predicadores, que siendo ellos soberbios, saben pintar muy bien la humildad y decir lindezas de ella; siendo impacientes, saben pintar muy bien la paciencia; siendo parleros y distraidos, saben decir muchos bienes del silencio y recogimiento. San Agustin (4) compara á estos á los mojones del campo, que están mostrando al caminante por donde vá el camino y ellos estánse quedos. Asi fueron, dice, aquellos escribas y fariseos que guiaron los Magos á Belen, y ellos quedáronse sin ir allá. San Gerónimo, sobre aquellas palabras del Sábio: "Esconde el perezoso la mano debajo de su brazo, y trabaja si la llegáre á la boca (1);" dice que esconder las manos debajo de los brazos, y no querer de pereza llegar la mano á la boca, es no querer el predicador hacer lo que dice, no concordar la obra con la palabra. San Gregorio Nacianceno dice que el que no predica juntamente con las obras, con una mano atrae las almas y con otra las ahuyenta, con una mano hace y con otra deshace. Esos son los escribas y fariseos que reprende Cristo en el Evangelio: ¡Ay de los que dicen y no hacen! Esos no mueven ni hacen fruto con sus palabras. Empero el que hace lo que predica, ese será grande en el reino de los cielos (2). Estos son los predicadores evangélicos y apostólicos, y los que hacen mucho fruto en las almas con el buen ejemplo de su vida; porque como la santidad sea una cosa sobrenatural y divina, todos naturalmente les tienen una manera de veneracion y respeto mas que humano; y parece que les miran y oyen, no como á hombres, sino como á ángeles; y asi toman lo que les dicen como cosa del cielo, y aquello les mueve y se les imprime en el corazon. Y por esto el Apóstol San Pablo (3) pide á los obreros de Dios que sean irreprensibles é inconfusibles, y que sean ejemplo á los fieles, en castidad, en caridad y en las demas virtudes, para que asi su doctrina tenga fuerza y eficacia para derribar á los otros y traerlos tras sí.

Pues este es el principal medio para ayudar á los prójimos, la buena y santa vida. Lo primero, por el ejemplo, como habemos dicho. Lo segundo, porque para que Dios nos tome por instrumentos para hacer mucho fruto en los prójimos, es muy importante que nosotros estemos muy apro-

(1) Basil. *homil.* 24.
(2) Chrisost. *homil.* 1 *in acta Apostolorum circa illud*: caepit Jesus facere, et docere.
(3) D. Basil. *homil.* 24.
(4) Aug. *serm.* 34 *de tempore.*

(1) Abscondit piger manum sub ascella sua, et laborat si ad os suum eam converterit. *Prov.* XXVI, 15.
(2) Qui autem fecerit, et docuerit, hic magnus vocabitur in Regno coelorum. *Matth.* V, 19.
(3) I. ad Tim. II, 15; et ad Titum II, 7.

vechados en virtud y en mortificacion. En la décima parte de las Constituciones (1), tratando nuestro Padre de la conservacion y aumento de la Compañía, y de los medios que nos ayudarán á conseguir el fin espiritual para que fué instituida, que es ayudar á las almas, dice que los medios que juntan el instrumento con Dios y le disponen para que mejor se rija de su divina mano, como son los medios de bondad y virtud, son mas eficaces para esto que los medios que disponen á uno para con los hombres, como son las letras y otros dones naturales y humanos, y asi en aquellos habemos de insistir principalmente. «Todos, dice (2), se den á las virtudes sólidas y perfectas y á las cosas espirituales, y se haga de ellas mas caudal que de letras y otros dones naturales y humanos; porque aquellos interiores son los que han de dar eficacia á estos esteriores para el fin que se pretende.» Y la razon de esto está clara; porque si este negocio tuviera fin humano y de las tejas abajo, medios humanos y prudencia humana bastára para dar buen recaudo de él. Pero el fin que pretendemos es sobrenatural y divino; porque es mover los corazones, convertir las almas y sacarlas de pecado, y no es obra nuestra engendrar en las almas santidad, sino de aquel que dijo en el principio del mundo: "hágase la luz, y fué hecha. (3)." Nuestras letras, nuestra prudencia, nuestra diligencia é industria, y todos cuantos medios naturales y humanos podemos poner, ninguna proporcion tienen con ese fin: Dios es el que luce en los corazones y da palabras de vida; y toda la eficacia del instrumento, para hacer fruto en las almas, nace de Dios. Y asi, aquellos medios que nos juntaren y unieren mas con Dios, nos harán instrumentos mas aptos y eficaces para convertir las almas; porque mientras mas juntos y unidos estuviéremos con Dios, mejor podremos recibir en nosotros las influencias de sus gracias y dones celestiales y asi comunicarlas á otros.

San Dionisio Arcopagita, tratando de la santidad y perfeccion que han de tener los sacerdotes y ministros del Evangelio, por quien Dios quiere repartir su hacienda y su sangre, dice que han de ser ellos primero Santos en sí, para hacer Santos á otros; y han de ser perfectos, para hacer perfectos á otros: han de tener tanta luz y conocimiento de Dios, que puedan alumbrar y dar luz á otros (1): han de estar tan encendidos y abrasados en fuego del amor de Dios, que peguen fuego á otros, y nos enciendan y abrasen en el mismo amor. Porque como dice San Gregorio: «El que no arde en sí, no enciende á otro (2).» Solia aquel Santo Fr. Tomás de Villanueva, arzobispo de Valencia, repetir muchas veces estas palabras: «De pecho frio, ¿cómo pueden salir palabras calientes (3)?» Entonces vuestras palabras abrasarán al prójimo en amor de Dios cuando salieren de un corazon encendido y abrasado en amor de Dios. Entonces pegareis por ese mundo aquel fuego que vino el Hijo de Dios á echar en la tierra: "Fuego, dice (4), vine á echar en la tierra, ¿y qué quiero sino que se encienda?" Entonces valdrá mas una palabra que ciento.

Dijo Platon una cosa, en que dijo mas que supo; que asi como la piedra imán tiene esta virtud, que tocando al hierro le im-

(1) Part. X. *Const.* § 2.
(2) Reg. XVI. *Summarii.*
(3) Gen. 1. 3.

(1) Sacri, et sacrantes; perfecti, et perficientes; illuminati, et illuminantes. *Dionysius Areopag.*
(2) Qui non ardet, non incendit. *Gregor.*
(3) Santo Tomás de Villanueva, cap. 8 *de su vida*.
(4) Ignem veni mittere in terram; et quid volo, nisi ut accendatur? *Luc.* XII, 49.

prime la virtud atractiva que ella tiene; de manera, que el hierro que ha tocado á la piedra imán, trae tambien á sí otro hierro, como lo hace la misma piedra imán, que es una cosa de que se maravilló mucho San Agustin (1) cuando lo probó; porque vió que un anillo de hierro, tocado en la piedra imán, trajo y pegó consigo otro anillo, y aquel otro, y ese otro, hasta hacer una cadena de ellos en el aire con aquella trabazon maravillosa; pues asi dice Platon que los hombres tocados en Dios tienen esta virtud de atraer otros á Dios; pero si nuestras palabras no son como de hombres tocados de Dios, ¿cómo han de atraer á otros á Dios? Si vos no estais encendido en fuego de amor de Dios, ¿cómo habeis de encender á otros? Aun allá dicen los retóricos que para mover á otro no hay medio mas eficaz que estar de verdad dentro de sí movido; porque ¿cómo se ha de mover el otro á lágrimas si ve que yo tengo muy enjutos los ojos? ¿Y cómo se ha de mover á dolor, si ve que yo no muestro dolor ni sentimiento ninguno? ¿Cómo se moverá á indignacion si ve que yo no me indigno? Pues de la misma manera, ¿cómo moverá y aficionará al desprecio del mundo el que no ha menospreciado de veras el mundo? ¿Y cómo aficionará á la mortificacion el que no está aficionado á ella? ¿Y cómo hará á los otros humildes el que no es humilde? Que no quema sino el fuego, ni humedece sino el agua, ni hay cosa que pueda dar á otra el color que ella no tiene. Lo que vos no teneis, ¿cómo lo habeis de pegar é imprimir en otros (2)? Sereis como los tiros y bombardas que no tienen pelota, que llenan los aires de truenos y de ruido; pero no derriban los muros ni matan los enemigos. Asi son los predicadores que no tienen sino palabras; todo se va en truenos y en ruido de voces; azotan los aires con sus voces, que dice San Pablo á los de Corinto (1), pero no derriban á nadie, ni hieren los corazones, porque no hay pelota, no hay sustancia allá dentro, no hay virtud ni espíritu, que es lo que dá fuerza y eficacia á todo lo demás.

El talento de predicar no está en palabras retóricas y artificiosas, ni en decir cosas muy subidas y sutiles, que no predicaba de esa manera el Predicador de las gentes, aquel vaso escogido Dios para convertir el mundo, como lo dice á los de Corinto (2). Y mas abajo dice: "A Cristo crucificado predico yo; y eso no con ornato, ni artificio de palabras, sino con virtud de espíritu, para que asi la conversion no se pueda atribuir á la elocuencia y sabiduría humana, sino á la virtud de Dios (3)." En la Historia Eclesiástica y Tripartita se cuenta (4) de aquellos santos padres antiguos, por grande loa y alabanza, que enseñaban con sus santas predicaciones y sábios consejos, quitados todos los afeites y flores de los razonamientos retóricos; mas como prudentes médicos aplicaban las medicinas convenientes á las enfermedades de las conciencias de los oyentes. Pues de esta manera han de ser nuestros sermones y pláticas espirituales. No nos vamos alli á predicar á nosotros, sino á Jesucristo, dice el Apóstol San Pablo (5). Y cierta cosa es

(1) Aug. *lib.* 21 *de civitate Dei*, *cap.* 4.
(2) Nemo dat, quod non habet.

(1) Quasi aerem verberans. *I. ad Cor.* IX, 16.
(2) Et eg° cum venissem ad vos, fratres, veni non in sublimitate sermonis, aut sapientiae, annuntians vobis testimonium Christi. Non enim judicavi me scire aliquid inter vos, nisi Jesum Christum, et hunc crucifixum. *I. ad Cor.* II, 1.
(3) Sermo meus, et praedicatio mea non in persuasibilibus humanae sapientiae verbis, sed in ostensione spiritus, et virtutis: ut fides vestra non sit in sapientia hominum, sed in virtute Dei. *I. ad Cor.* II, 4. —Non in sapientia verbi, ut non evacuetur Crux Christi. *I. ad Cor.* I, 17.
(4) Historia Eclesiástica, *part.* 2, *lib.* 1, *cap.* 6.
(5) Non enim nosmetipsos praedicamus, sed Jesum Christum Dominum nostrum. *II. ad Cor.* IV, 5.

que los predicadores que pretenden mostrarse muy eruditos y elocuentes y muy grandes romancistas, que harán muy poco fruto. Lo primero, por lo que habemos dicho; porque los oyentes que tienen algun juicio entienden que el que así predica se va escuchando, y saboreando, y floreando en lo que dice, pretendiendo mas mostrarse muy buen hablador que deseoso de aprovechar. Lo segundo, porque la misma elegancia quita el fruto; y cuanto mas elegante fuere uno, tanto menos aprovechará; porque verdadera es aquella sentencia de los retóricos que trae Quintiliano: «Falta el sentido á la oracion, cuando se alaban las palabras (1);» quiere decir, que pierden los hombres la atencion á las cosas, cuando son muy elegantes las palabras, porque estas hurtan la atencion á las sentencias, y no miran lo que se les dice por mirar cómo se les dice: pues si aun los mismos retóricos reprenden esto, y lo tienen por grande vicio del orador, ¿cuánto mas se ha de reprender en el predicador evangélico que ha de atender solamente al provecho y salvacion de las almas? Dice San Pablo: "El don de predicar dálo Dios para provecho de los prójimos (2)." Y asi en eso ha de poner el predicador siempre los ojos, dice San Gerónimo: «La señal del buen sermon, no es el aplauso de los oyentes, ni que salgan diciendo: «Jamás ha hablado hombre asi (3). ¿Habeis visto qué de cosas trajo y qué bien dichas?» Sino la compuncion y lágrimas de los oyentes, y la enmienda y mudanza de su vida (4).» Y en esto está el talento de predicar, en que Dios tome á uno por instrumento para mover los corazones de los oyentes, y que mediante sus palabras queden los hombres desengañados, y caigan en la cuenta de su mala vida pasada, y se arrepientan y vuelvan á Dios de corazon. Decia el P. maestro Avila: «predicar no es estar razonando allí una hora de Dios, sino que venga el otro hecho un demonio y salga hecho un ángel. En eso está el tener talento de predicar.» Y otro gran siervo de Dios decia que cuando salen los oyentes del sermon cabizbajos, que no se habla ni se mira el uno al otro, entonces ha sido bueno y provechoso el sermon; porque aquello es señal que cada uno lleva recaudo para sí.

En la vida de nuestro P. San Francisco de Borja se cuenta (1) que, cuando predicaba en Vizcaya, la mas de la gente no percibia lo que decia, asi por ser mucha la gente y no poderse acercar al púlpito, como porque no entendian la lengua castellana; pero era cosa maravillosa ver la atencion con que todos le oian y las lágrimas que derramaban. Preguntados algunos qué era la causa por qué lloraban en el sermon, pues no lo entendian; respondian que por ver un duque santo, y porque dentro de sus almas sentian unas voces é inspiraciones de Dios que les significaban y daban á entender lo que el predicador desde el púlpito les estaba predicando. Otra vez en Portugal, queriendo el Infante Cardenal (que despues fué rey de Portugal) que predicase el P. San Francisco, y diciéndole que estaba cansado, porque habia venido de camino, respondió (2) el Cardenal: «no quiero que predique, sino que suba al púlpito, y que vean al que dejó cuanto tenia por Dios.» Eso es lo que predica y lo que

(1) Jacet sensus in oratione, in qua verba laudantur. *Quintil. lib.* 8.
(2) Unicuique autem datur manifestatio spiritus ad utilitatem. *I. ad Cor.* XII, 7.
(3) Nunquam sic locutus est homo. *Joann.* VI, 46.
(4) Docente te in ecclesia, non clamor populi, sed gemitus suscitetur. Lachrymae auditorum laudes tuae sint. *Hieron. epistol.* 2 *ad Nepotianum.*

(1) Lib. 2, *cap.* 1 *de la vida del P. San Francisco de Borja.*
(2) Lib. 2, cap. 21.

hace fruto en las almas mas que las palabras, el ejemplo y santidad de la vida. Y asi eso es lo que nosotros habemos de procurar y en lo que principalmente habemos de insistir, para que Dios nos tome por instrumentos para la conversion de las almas, asi los predicadores como los confesores y todos los demas que tratan con prójimos.

## CAPITULO IX.

**Del segundo medio para ayudar á los prójimos, que es la oracion.**

El segundo medio que pone nuestro Padre para ayudar á los prójimos, es la oracion, y dice: «Ayúdase tambien al prójimo con deseos santos y oraciones (1).» Como este negocio de ganar y convertir almas es sobrenatural, mas se alcanza y hace en él con oraciones, lágrimas y gemidos, que con palabras y voces. Mas hizo la oracion de Moisés y mas parte fué para alcanzar victoria contra Amalec, que todas las lanzas y espadas de los que peleaban. Mientras Moisés tenia levantadas las manos vencia el pueblo de Israel, y cuando las bajaba era vencido; y fué menester que dos le sustentasen las manos, uno de un lado y otro de otro, para que siempre estuviesen levantadas, y asi alcanzaron victoria (2). Este era el modo con que el pueblo de Dios vencia á sus enemigos. Y eso es lo que los Madianitas, viendo las victorias grandes de los hijos de Israel, temiendo dijeron: "Como el buey con la boca pace las yervas hasta la raiz, asi este pueblo nos ha de destruir á nosotros (3)" con la boca, que es con oraciones. Asi declaran este lugar San Agustin y Orígenes (1). Pues si la victoria de la guerra (para la cual parece que tienen alguna proporcion nuestras fuerzas y poder humano) la da Dios por oraciones, ¿qué será la victoria de los enemigos espirituales y la conversion de las almas, donde nuestros medios, fuerzas é industrias quedan tan cortas y tan atrás que ninguna proporcion tienen con tan alto fin? Con oraciones y con gemidos habemos de tratar con Dios este negocio. Estas son las que han de aplacar á Dios y alcanzar el perdon y la conversion.

San Agustin (2) va declarando y ponderando muy bien el valor y eficacia de este medio, sobre aquellas palabras que dijo Dios á Moisés: "Déjame para que se aire mi furor contra ellos y los destruya (3)." Cuando los hijos de Israel adoraron el becerro, queria Dios destruirlos. Moisés pónese á rogar á Dios por ellos, diciendo: «¿Por qué, Señor, quereis castigar á vuestro pueblo, al cual sacastes de Egipto con mano fuerte y poderosa?» Mirad, Señor, que dirán los egipcios que para eso los sacastes á estos montes y desiertos, para cogerlos, como dicen, en escampado, y asolarlos allí del todo. Acordaos, Señor, de Abrahan, Isaac y Jacob, vuestros siervos, á los cuales prometistes y jurastes que habíades de multiplicar su generacion como las estrellas del cielo y darles tierra de promision. Respóndele Dios: "Déjame, que los quiero destruir y asolar (4)." ¿Qué es esto, Señor? ¿para qué decís *déjame*? ¿Quién os tiene, ó puede tener á vos? ¿Quién os puede atar las manos?

---

(1) Juvatur etiam proximus sanctis desideriis, et orationibus. *P. VII, Const. cap.* 4.
(2) Exod. XVII, 12.
(3) Ita delebit hic populus omnes, qui in nostris finibus commorantur, quomodo solet bos herbas usque ad radices carpere. *Numerorum* XXII, 4.
(1) Aug. *serm.* 93 *de Temp.*—Orig. *hom.* 13 *sup. Numeros.*
(2) Aug. *quaest.* 149, *super Exod.*
(3) Dimitte me, ut irascatur furor meus contra eos, et deleam eos. *Exod.* XXXII, 10.
(4) Dimitte me. *Ubi sup.*

"A vuestra voluntad ¿quién resiste (1)?" ¿Cómo decís, *déjame*? Ahí vereis, dice San Agustin, la fuerza de la oracion y lo que puede y vale con Dios. Eso nos quiso dar á entender en aquella palabra *déjame*. La cual no es palabra de mando; porque si fuera mandamiento, mal hiciera el siervo en no obedecer; ni es palabra de quien pide ó ruega, porque no habia de pedir Dios eso á su siervo; sino quísonos dar á entender que las oraciones de los justos son bastantes para resistir á la ira de Dios. Lo mismo dice San Gerónimo sobre aquellas palabras de Jeremías: "Mira que quiero castigar este pueblo, por eso no me ruegues por él, ni me hagas resistencia (2)." Dice allí San Gerónimo: «Dános á entender en estas palabras que las oraciones de los Santos pueden resistir á la ira de Dios (3).» Y dícelo claramente el Profeta David: Queria Dios destruir á su pueblo, y al romper de su ira, resistió Moisés á Dios con la oracion: púsosele delante, y detuvo el brazo de Dios que queria ya descargar el golpe: y se aplacó el Señor, y no hizo el mal que habia dicho habia de hacer á su pueblo (4).

Lo mismo aconteció en aquella sedicion y murmuracion que se levantó en el pueblo de Israel contra Moisés y Aaron, sobre la muerte de Coré, Datán y Abiron y sus secuaces, diciendo que ellos habian sido la causa de ella. Enojóse Dios con el pueblo, quísole destruir, y ya pasaban los muertos de catorce mil; y púsose luego Aaron á rogar á Dios por el pueblo y á ofrecer incienso por él, "y cesó la plaga (1);" y por esto el Sábio llama á la oracion escudo: "Pero no duró mucho, Señor, vuestra ira, porque luego se puso delante vuestro siervo, y oró por el pueblo (2)." Otra letra dice: "Y peleó por el pueblo (3)," porque orar es pelear. Pues echó mano Aaron del escudo de la oracion, y con él resistió á la ira de Dios y cesó luego la matanza. ¡Oh! ¡qué buen escudo, dice San Ambrosio (4), con el cual se rechazan todos los golpes del enemigo!

Y lo que mas es que se huelga Dios mucho que le vamos á la mano en el castigo y que haya quien se ponga de por medio para estorbarlo. Asi como un padre piadoso, aunque amenaza á su hijo, no querria castigarle, sino que se pusiese alguno de por medio que le estorbase, y algunas veces tiene prevenidos á algunos amigos ó conocidos que le vayan á la mano: asi Dios que es mas que padre, y mas que madre, es tanto el amor que nos tiene, al fin como á hijos, y como á hijos que tanto le costamos, pues le costamos su sangre y su vida, que no querria llegar á las manos, y asi gustaria que alguno de los amigos se le pusiese delante; y los anda á buscar, y lo siente mucho y se queja cuando no hay quien le vaya á la mano. Dice el Profeta Ezequiel: "Busqué quien se pusiese delante, y me fuese á la mano y no le hallé (5). No hubo quien me saliese al encuentro, ni quien se opusiese como muro para resistir-

(1) Voluntati enim ejus, quis resistit? *Ad Rom.* IX, 19.
(2) Tu ergo noli orare pro populo hoc, nec assumas pro eis laudem, et orationem; et non obsistas mihi. *Jer.* VII, 16.
(3) Ostendit, quod Sanctorum preces Dei irae possunt resistere. *Hier. ibi.*
(4) Et dixit, ut disperderet eos, si non Moyses electus ejus stetisset in confractione in conspectu ejus, ut averteret iram ejus, ne disperderet eos. *Ps.* CV, 23.—Placatusque est Dominus, ne faceret malum, quod loquutus fuerat, adversus populum suum. *Exod.* XXXII, 14.

(1) Et plaga cessavit. *Numer.* XVI, 48.
(2) Sed non diu permansit ira tua. Properans enim homo sine querela deprecari pro populis, proferens servitutis suae scutum orationem, et per incensum deprecationem allegans, restitit irae, et finem imposuit necessitati. *Sap.* XVIII, 20.
(3) Propugnavit pro populis.
(4) Bonum scutum oratio, quo omnia adversarii ignita spicula repelluntur. *Ambros. in oratione funebri de obitu Valentiniani Imperatoris, tom.* 5.
(5) Et quaesivi de eis virum, qui interponeret sepem, et staret oppositus contra me, pro terra, ne disperderem eam, et non inveni. *Ezech.* XXII, 30.

me (1)." Dice allí San Gerónimo: Así como el muro defiende del enemigo, y así como le suelen salir al encuentro para resistirle, «así las oraciones de los justos resisten á la sentencia de Dios, porque condesciende Su Magestad con ellos (2).» Y el Profeta Isaías se queja tambien mucho de esto: "¡Ah! Señor, que ya no hay, como haber solia, quien invoque vuestro Santo Nombre, ni quien se levante y os vaya á la mano y os detenga (3)." Ya no hay un Jacob que luche con Dios y se tome á brazo partido con él (4), que lo está Dios deseando. Bien se declara en esto la fuerza y eficacia de las oraciones de los justos y amigos de Dios, pues son poderosas para detener su brazo y resistir á su ira. De aquí quedará mas entendido y confirmado lo que deciamos en el capítulo pasado, cuánto importa para ayudar á los prójimos ser nosotros santos y amigos de Dios. Y con cuánta razon dijimos que la buena y santa vida era el principal medio para eso; porque el que ha de ser medianero para hacer algunas amistades ó paces, importa mucho que sea grato á aquel con quien ha de ser medianero; porque, si no, antes provocará á ira é indignacion que á perdon.

Aprovecha tanto para el bien de los prójimos la buena y santa vida, que aunque no hiciésemos otra oracion ni otra cosa alguna en servicio suyo, sino procurar ser nosotros muy buenos y muy santos, eso solo les aprovecharia y les valdria mucho á ellos. Es maravillosa historia para esto la que cuenta la Sagrada Escritura: Queria Dios destruir aquellas ciudades de Sodoma y Gomorra por sus grandes pecados, y pónese Abraham delante de Dios, y dícele: «¿Por ventura, Señor, habeis de destruir los buenos juntamente con los malos (1)? No parece eso conforme á vuestra clemencia. Si tuviere cincuenta justos la ciudad, ¿no perdonareis al pueblo, por amor de ellos?» Dice el Señor: «Sí por cierto. Si se hallaren cincuenta justos, yo les perdonaré á todos por amor de ellos.» Torna Abraham: «Ya que comencé hablaré á mi Señor, aunque soy polvo y ceniza: y si hay algunos menos, si hay cinco menos, ¿no los perdonareis á todos por cuarenta y cinco justos que haya?» «Sí, dice Dios; si se hallaren cuarenta y cinco justos, yo los perdonaré á todos por ellos.» Torna Abraham: «¿Y si hay solos cuarenta justos?» «Yo los perdonaré á todos por ellos.» «Señor, no os enojeis si tornare otra vez á hablar: y si no se hallaren mas de treinta justos, ¿no los perdonareis á todos por amor de los treinta?» Es de notar que al principio iba bajando muy poco á poco, solamente de cinco en cinco, y ya con el favor y merced que sentia cobró ánimo para ir bajando de diez en diez: de cuarenta baja á treinta. Dícele el Señor: «Si se hallaren treinta justos, por amor de ellos los perdonaré á todos.» «Ya que he comenzado, dadme, Señor, licencia para hablar. ¿Y si no se hallaren mas de veinte justos?» «En buen hora, por amor de ellos, yo los perdonaré.» «Suplícoos, Señor, que no os enojeis: esta palabra no mas. ¿Y si se hallaren diez justos?» «Sea así, yo me contento con esos, dice el Señor. Si se hallaren diez justos entre ellos, yo los perdonaré á todos por amor de diez justos.» No se hallaron, y así destruyó Dios aquellas cinco ciudades. De donde se ve bien de cuánta utilidad y provecho es para

(1) Non ascendistis ex adverso, neque opposuistis murum pro domo Israel. *Ezech.* XIII, 5.
(2) Ita Dei sententia Sanctorum precibus frangitur. *Hieron.*
(3) Non est, qui invocet nomen tuum, qui consurgat, et teneat te. *Isai.* LXIV, 7.
(4) Non dimittam te, nisi benedixeris mihi. *Gen.* XXXII, 26.

(1) Nunquid perdes justum cum impio? *Gen.* XVIII, 20.

otros la buena y santa vida de los justos. ¡Cuánto les valiera á aquellos haber siquiera diez justos entre ellos!

Otra vez queriendo Dios castigar á Jerusalen y entregar el reino de Judea á los caldeos para que le destruyesen y saqueasen y los pasasen á cuchillo por los grandes pecados que habian cometido contra su Divina Magestad, dice primero por Jeremías: "Andad con diligencia por las calles y plazas de Jerusalen, y mirad é inquirid muy bien si hallais un varon justo, que haga juicio recto de sí mismo, y sea muy fiel y verdadero para con su Dios y para con su prójimo: y si lo hallais, por respeto suyo perdonaré á la ciudad y al reino, y alzaré el castigo y ruina que le tengo amenazada (1)." Esclama con gran razon San Gerónimo sobre este paso, diciendo: «Mirad cuánto estima Dios un varon justo; pues no solamente por diez justos que se hallen en la ciudad, como antes habia dicho á Abraham, sino por solo uno que se halle en medio de innumerables pecadores, dice que les perdonará á todos y suspenderá el castigo que merecen.» Grande es el amor que tiene Dios á la virtud del varon justo, pues por su respeto sufre y perdona á tantos pecadores. Mucho se han de estimar los buenos en una comunidad y en una república, y grande es el bien que la hacen, aunque no hagan otra cosa, sino tratar de ser buenos y virtuosos. Y asi esta es una de las razones que traen los teólogos y los Santos para probar que el pueblo debe el sustento á los religiosos, aunque no hagan ministerio ninguno con los prójimos, sino que estén recogidos, sin salir de su rincon y de su celda, porque desde allí hacen grandísimo bien al pueblo: por esos pocos buenos sufre Dios tantos malos en el mundo, lo cual se confirma con aquella parábola del Evangelio, que por conservar el trigo dejó el Señor de arrancar la zizaña (1).

Y débese ponderar mucho á este próposito lo que nota luego alli la Sagrada Escritura. Cuando Dios quiso destruir y abrasar aquellas ciudades de Sodoma y Gomorra, dice (2), que se acordó de su amigo Abraham, y por amor de él libró á Lot, que era sobrino suyo. Es de notar que no se dice alli que Abraham rogase á Dios por Lot, sino por ser Abraham tan amigo de Dios miró él por sus cosas y por todo lo que le tocaba. Y tuvo tanta cuenta de mirar por Lot, su sobrino, y librarle, que dándole Dios priesa para que saliese de allí, y se salvase en una pequeña ciudad que estaba cerca, le dice: "Dáte priesa, porque no podré hacer nada hasta que tú te pongas en salvo (3)." ¡Oh entrañas de Dios! ¡Oh bondad y misericordia infinita! «¡qué no podré hacer nada, dice, hasta que tú te pongas en salvo!» Mirad la cuenta que tiene Dios con un justo y lo que dice y hace por su respeto. Pues procurad vos de ser muy justo y muy amigo de Dios y tratar muy de veras de perfeccion, y estad cierto que Dios mirará por todas vuestras cosas, y se acordará de vuestros padres y de vuestros parientes y amigos, y de todo lo que os tocare; y tanto mas, cuanto mas os descuidáredes y olvidáredes de eso por cuidar de vos y daros mas á Dios, aunque en particular no lo pidais, porque mas piden y claman á Dios las obras que las palabras. Si la maldad del malo, dice la Sagrada Escritura (4), que clama y dá voces á Dios pi-

(1) Jerem. V, 1.

(1) Ne forte colligentes zizania, eradicetis simul cum eis et triticum. Sinite utraque crescere usque ad messem. *Matth.* XIII, 29.

(2) Cum enim subverteret Deus civitates regionis illius, recordatus Abrahae liberavit Lot de subversione urbium, in quibus habitaverat. *Gen.* XIX, 29.

(3) Festina, et salvare ibi; quia non potero facere quidquam, donec ingrediaris illuc. *Gen.* XIX, 22.

(4) Vox sanguinis fratris tui clamat ad me de terra. *Gen.* IV, 10.

diendo venganza, mas clamará la virtud y la bondad y mayores voces dará para alcanzar misericordia delante de aquel que es tan amigo de hacer bien y cuyo es propio siempre perdonar y tener misericordia. Esta es muy buena manera de negociar con Dios y de hacer bien á parientes y amigos.

## CAPITULO X.

Del tercero medio para aprovechar á los prójimos, que es el celo de las almas.

"El celo de vuestra casa, Señor, y de vuestra honra y gloria, consume y abrasa mis entrañas," dice el Real Profeta David (1), y las injurias y ofensas que os hacen á vos, todas caen sobre mí y las tomo yo por mas que propias. Este es otro medio, y muy principal, para ayudar á los prójimos, y le pone nuestro Padre (2) entre los demas medios que ayudan para la conservacion y aumento de la Compañía y para conseguir el fin espiritual para que fué instituida, que es el ayudar á las almas. Uno de ellos dice es «el celo sincero de las almas para gloria del que las crió y redimió, sin tener cuenta con otro interés (3).» El bienaventurado San Agustin, en el libro ó exhortacion que hace á un conde, dice: «Oh hermano mio, ¿por ventura nuestras carnes son de hierro que no tiemblen, ó nuestro corazon es de diamante que no se ablande, ó siquiera se despierte con tales palabras, cuales dirá Cristo nuestro Redentor á los malos el dia del juicio: «Id, malditos de mi Padre, al fuego eterno que os está aparejado desde el principio del mundo para siempre jamás (1)?» ¿Por qué no decimos con el Profeta Jeremías: «quién dará agua á mi cabeza, y á mis ojos fuentes de lágrimas para llorar de dia y de noche los muertos de mi pueblo (2)?» Desfallecen llorando los que consideran las muertes, no de los cuerpos, sino de las almas de sus hermanos. ¿Qué llanto mas bien empleado que sentir y llorar con el Apóstol San Pablo (3) la perdicion de las almas? Aprendamos del Apóstol, dice el glorioso San Agustin, á tener este celo y deseo grande de la salvacion de las almas; pues que el mismo Dios las amó tanto, que no perdonó á su único Hijo, sino que le entregó á la muerte por ellas, le entregó por todos (4). Por todos, dice: por eso no menospreciemos la salvacion de ninguno, pues cada uno costó á Dios su sangre y su vida.

Este celo de las almas, ó por mejor decir, de la honra y gloria divina, es un fuego de amor de Dios, es un deseo tan encendido y abrasado de que todos amasen y honrasen y sirviesen mucho á Dios, que el que le tiene, á todos querria pegar este deseo y este fuego, y cuanto es en sí lo procura; y cuando ve que Dios es ofendido é injuriado, y no lo puede remediar, gime y llora, y aquel fuego le está allá carcomiendo, y deshaciendo, y abrasando las entrañas. Tal era el celo que tenian aquellos Santos y amigos de Dios. Un Jeremías: "Tenia,

(1) Zelus domus tuae comedit me, et opprobria exprobrantium tibi ceciderunt super me. *Ps.* LXVIII, 10.
(2) P. X. Const. §. 2.
(3) Zelus syncerus animarum ad gloriam ejus, qui eas creavit, ac redemit, quovis alio emolumento posthabito.

(1) Matth. XXV, 47.
(2) O mi frater, nunquid ferreae sunt carnes nostrae, ut non contremiscant; vel etiam sensus noster adamantinus, ut non mollescat, aut etiam minime evigilet ad illa Dei verba: Ite maledicti in ignem aeternum? Quare non dicimus cum Jeremia Prophieta: quis dabit capiti meo aquam, et oculis meis fontem lachrymarum, et plorabo die, ac nocte interfectos filiae populi mei (Jer. IX, 1)?—Aug. *lib. seu exhortatione de salutaribus monitis ad quemdam Comitem, cap.* 6.
(3) Quis infirmatur, et ego non infirmor? *II. ad Cor.* XI, 29.
(4) Qui etiam proprio Filio suo non pepercit, sed pro nobis omnibus tradidit illum. *Ad Rom.* VIII, 23.

dice (1), allá en el corazon y en los huesos un fuego que me consumia y me abrasaba, viendo las ofensas hechas contra la Magestad divina, y no lo podia sufrir." Un Elías: "Con el celo he celado el honor del Señor Dios de los ejércitos, porque faltaron á lo prometido los hijos de Israel (2)." Y el Real Profeta David está lleno de esto (3). Era tan grande la pena y afliccion que sentian aquellos Santos de ver qûe tan á rienda suelta quebrantaban los pecadores la ley de Dios, que el dolor del ánima enflaquecia el cuerpo, y les corrompia y pudria la sangre, y daba muestras de sí en todo el hombre esterior. Abrasábase y consumiase tanto el Profeta David con este fuego, que se iba resolviendo y destilando en lágrimas (4). Asi dice otra translacion: como cuando ponen fuego á una alquitara, asi se resolvia en lágrimas, viendo las ofensas cometidas contra la Magestad de Dios. Pues este celo de la honra de Dios habemos de tener nosotros, y este ha de ser el mayor de nuestros cuidados, ver prosperada y adelantada la honra de Dios, y ver santificado y glorificado su nombre, y que se haga su santísima voluntad asi en la tierra como en el cielo; y el mayor de nuestros dolores ha de ser ver que esto no se hace asi, sino muy al revés. Eso dice el glorioso San Agustin: «Aquel se abrasa y consume con el celo de la honra de Dios, que desea y procura remediar todos los males que ve (1);» y cuando no los puede remediar, gime y llora como lo hacia Samuel por Saul (2).

Este celo de la honra y gloria de Dios y salvacion de las almas es una de las cosas que mas agrada á Dios de cuantas podemos hacer en su servicio, ó la que mas: asi lo dice San Gregorio (3). Lo mismo dice San Crisóstomo y otros muchos Santos: «No hay cosa, dicen (4), que asi agrade á Dios como el celo de la salvacion de las almas;» y la razon de esto es porque no hay cosa que mas agrade á Dios que la caridad, porque es la mayor de las virtudes, como lo dice San Pablo (5): y en ella consiste la perfeccion, y asi la llama "colmo de la perfeccion (6)." Pues este celo es un grande y escelente amor de Dios; porque no se contenta el que le tiene con amar y servir él á Dios cuanto puede, sino desea que todos se empleen en amarle y servirle y que sea su Santo Nombre conocido, reverenciado, glorificado y ensalzado de todos, y se entienda y amplíe el reino de Dios, y ese es todo su contento y regocijo, y las ofensas y pecados que se hacen contra Dios le llegan al alma. Asi como el buen hijo, que ama mucho á su padre, desea mucho su honra y acrecentamiento, y todo su contento es ver honrado y ensalzado á su padre, y las injurias y ofensas que le hacen las siente él como propias y mas que propias; asi el que tiene este celo de la honra

(1) Et factus est in corde meo quasi ignis exaestuans, claususque in ossibus meis, et defeci ferre non sustinens; audivi enim contumelias multorum, et terrorem in circuitu. *Jerem.* XX, 9.

(2) Zelo zelatus sum pro Domino Deo exercituum, quia dereliquerunt pactum tuum filii Israel. *III. Reg.* XIX, 14.

(3) Defectio tenuit me pro peccatoribus derelinquentibus legem tuam. Tabescere me fecit zelus meus, quia obliti sunt verba tua inimici mei. Vidi praevaricantes, et tabescebam, quia eloquia tua non custodierunt. *Ps.* CXVIII, 53, 139, 158.

(4) Exitus aquarum deduxerunt oculi mei, quia non custodierunt legem tuam. *Ps.* CXVIII, 136. Id est: propter illos, qui non custodiunt legem tuam.

(1) Zelo domus Dei comeditur, qui omnia perversa, quae videt, cupit emmendare, et si emmendare non potest, tolerat, et gemit. *Aug. sup. Joann.*

(2) Verumtamen lugebat Samuel Saulem; quoniam Dominum poenitebat quod constituisset eum Regem super Israel. *I. Reg.* XV, 35.

(3) Greg. *hom.* XII *sup. Ezechielem.*

(4) Nullum quippe omnipotenti Deo tale est sacrificium, quale est zelus animarum.—Nullum officium est Deo charius. *Chrisost. hom.* 76.—Nihil sic Deo placet, sicut zelus, et lucrum animarum. *Richard. sup. Cani. cap.* 21.

(5) Major autem horum est charitas. *I. ad Cor.* XIII, 13.

(6) Vinculum perfectionis. *Ad Colos.* III, 14.

de Dios es tan grande el amor que tiene á este Señor y tan fervoroso el deseo de que su divina Magestad sea alabada y honrada de todos, que ese es todo su contento y regocijo; y su mayor pena y dolor es ver el olvido tan grande que hay de Dios en la tierra y las ofensas é injurias que se le hacen. Y asi este es un acto grande y escelente de amor de Dios.

Es tambien muy grande y muy escelente acto de amor de los prójimos, porque asi como el amor de Dios se muestra en holgarnos de su mayor honra y gloria y en sentir las ofensas que se hacen contra él, asi tambien el amor verdadero del prójimo se muestra en holgarnos de su bien y en pesarnos de sus verdaderos males, que son los pecados, y en procurar de estorbarlos cuanto pudiéremos. Y asi dicen los Santos (1): quien quisiere examinar si tiene amor á los prójimos, mire si llora en las culpas de ellos, y si se alegra en sus gracias y aprovechamiento: esa es la prueba del verdadero amor de vuestro hermano, que os holgueis tanto de su bien como del propio vuestro, y sintais tanto su trabajo y su mal como si fuera propio vuestro: eso es amar al prójimo como á sí mismo, como lo hacia San Pablo cuando decia: "¿Quién enferma, que no enferme yo? ¿Quién es escandalizado, que no me abrase yo (2)?" Dice otra glosa: «¿Quién cae en algun pecado que no me llegue á mí al alma? ¿Quién recibe molestia alguna que yo no me compadezca de él como si fuera propia (3)?» Esto agrada tanto á Dios, que dice S. Crisóstomo: «aunque hagais grandes penitencias, aunque ayuneis toda la vida y durmais en el suelo; aunque deis toda vuestra hacienda á los pobres, no tiene que ver con este celo de la salvacion de las almas. (1).» Cuanto el ánima es mejor y mas preciosa que el cuerpo, tanto hacen mas los que tratan de ayudar y remediar las almas, confesando, predicando, aconsejando, y con otras obras de misericordia espirituales, que los que tratan de remediar los cuerpos, dando muchas limosnas de sus haciendas. ¡Qué contento estuviérades vos si hubiérades dado muchos millares de ducados de limosna! Pues mas es y mas vale emplearos en ayudar á la salvacion de las almas. Y añade San Crisóstomo (2) que es mas y de mayor estima delante de Dios el celo de las almas que hacer milagros; porque muchas maravillas y milagros hizo Moisés al sacar el pueblo de Israel de Egipto; pero en todos esos no usó cosa que se igualase con aquel celo y ferviente caridad con que intercediendo á Dios por el pueblo dijo: "Señor, ó perdonad al pueblo este pecado, ó borradme á mí de vuestro libro (3)." Esta, dice el bienaventurado San Crisóstomo que fué la mayor hazaña que hizo Moisés, con haber hecho tantas y tan maravillosas.

(1) Clim. cap. 4; et Bonavent. *processu 3 Religionis, cap.* 17.
(2) Quis infirmatur et ego non infirmor? quis scandalizatur, et ego non uror? *II. ad Cor.* XI, 29.
(3) Quis infirmatur in fide, vel in aliqua virtute, et ego non infirmor? id est: non doleo de eo sicut de me ipso? quis scandalizatur in aliqua molestia, et ego non uror igne compassionis?

## CAPITULO XI.

Cuán eficaz medio sea este celo para ayudar y aprovechar á los prójimos.

Este celo es muy gran medio y muy eficaz para ayudar y aprovechar á los prójimos. Lo primero, porque es un fuego, como habemos dicho; asi como el fuego es muy activo y procura convertir todas las

(1) Chrisost. *hom.* 79, *et hom.* 2 *sup. Gen.*
(2) Sup. cap. 2, ex Gregor.
(3) Aut dimitte eis hanc noxam, aut si non facis, dele me de libro tuo, quem scripsisti. *Exod.* XXXII, 32.

cosas en sí, y asi lo hace si está dispuesta la materia, y si no, él la va disponiendo para ello: asi, si arde en nosotros este fuego y celo de amor de Dios, luego le pegaremos á los otros, y los abrasaremos en amor de Dios, y los convertiremos en nosotros, haciendo que sean tales como nosotros somos, como decia San Pablo: "Deseo que todos seais como yo soy (1);" y mientras no son tales, los iremos disponiendo para que lo sean. No está ociosa la caridad, porque es un fuego que nunca está quedo, sino siempre bullendo: siempre obra grandes cosas la caridad, dice San Gregorio (2); y si no hay esas obras, ó no habrá caridad, ó á lo menos no será grande.

Lo segundo, es este celo muy principal medio para ayudar á los prójimos; porque de aqui nace el aplicarse uno mucho á sus ministerios y el andar siempre deseando y buscando en qué emplearse en ayuda de los prójimos, y que no sea menester llevarnos á eso por fuerza, que nos habiamos de avergonzar de eso, sino que nos hallen siempre á punto, y que antes nosotros deseemos hacer mucho mas de lo que se ofrece. Y en esto va mucho; porque bien se ve que, cuando hacemos una cosa con gran deseo, hacemos doblado. Y asi importa mucho tener este celo, porque con él andamos vivos y sin él muertos.

Lo tercero, de aquí nace el buscar medios para ayudar á los prójimos y aun el hallarlos tambien, porque la buena gana es buena inventora y halladora de medios para conseguir lo que desea. Dice San Buenaventura: «No hayais miedo que le falte que hacer en provecho de los prójimos al que tuviere este celo, ni medios para hacerlo (1).» Si no tuviere que hacer en casa, él lo irá á buscar fuera; y si no lo hallare donde lo buscaba, él irá al hospital y á la cárcel, á donde lo hallará. Siempre tendrán que hacer los operarios que tuvieren este celo: por eso los llama la Escritura unas veces cazadores. Dice Dios por Jeremías: "Yo les enviaré muchos cazadores que saquen la caza de los agujeros y viváres (2)." Otras veces los llama pescadores, porque no aguarda el pescador que se le vengan los peces á las manos, sino él los va á buscar y los arma con diversas maneras de ingenios y con cebos particulares y esquisitos; y pues el demonio es tan diligente para perder las almas, razon será que nosotros lo seamos para ganarlas.

Lo cuarto, cuando hay este celo, todo se hace fácil; véncense todas las dificultades, ningun trabajo se póne delante. San Dionisio Areopagita á este celo parece que atribuye el haber Cristo nuestro Redentor llevado con tanta constancia y fortaleza los trabajos y dolores de su Pasion. Dice (3) que el coraje que tenia contra el pecado le ayudó en esta batalla, y trae para esto aquello del Profeta Isaías: "Yo pisé solo en el lagar, y de la gente ninguno habia conmigo; los pisé con mi ira, y mi indignacion me ayudó (4)." La ira é indignacion que tenia con el pecado, esa, dice, que le ayudó.

Lo quinto, de este celo nace tambien la ferviente oracion que no se aparta de

(1) Opto omnes, qui audiunt, hodie fieri tales, qualis et ego sum. *Act.* XXVI, 29.

(2) Charitas magna operatur, si est; si autem non operatur, magna non est. *Gregorius.*

(1) Ubi autem talis inest affectus, illic necessario non deerit subventionis effectus, quantum patitur opportunitas. *Bonav. processu* 5, *Religionis cap.* 17.

(2) Ecce ego mittam eis multos venatores. Et venabuntur eos de omni monte, et de omni colle, et de cavernis petrarum. *Jer.* XVI, 16.

(3) Dionysius Areop. *cap.* 4 *de Divinis Nominibus.*

(4) Torcular calcavi solus, et de gentibus non est vir mecum; calcavi eos in furore meo et conculcavi eos in ira mea, et indignatio mea ipsa auxiliata est mihi. *Isaiae* LXIII, 3 *et* 5.

Dios hasta haber negociado: como leemos de muchos Santos que se ponian de por medio entre Dios y el pueblo, y no cesaban ni descansaban hasta aplacar á Dios con su oracion.

De nuestro bienaventurado P. San Ignacio se cuenta en su vida (1), que estando un hombre en París miserablemente perdido de unos amores deshonestos de una muger con quien vivia mal, y no pudiese por ninguna via desasirle de ellos, se fué un dia á esperarle fuera de la ciudad; y sabiendo que habia de pasar por junto una laguna ó charco de agua, yendo á donde le llevaba su ciega y torpe aficion, entróse San Ignacio dentro del agua frigidísima, hasta los hombros, y viéndole desde allí pasar, le dijo á grandes voces: «Anda, desventurado, anda y vete á gozar de tus sucios deleites; ¿y no ves el golpe que viene sobre tí de la ira de Dios? ¿No te espanta el infierno que tiene su boca abierta para tragarte, ni el azote que te aguarda y á toda furia va á descargar sobre tí? Anda, que aquí estaré yo atormentándome y haciendo penitencia por tí hasta que Dios aplaque el justo castigo que ya contra tí tiene aparejado.» Espantado el hombre con tan señalado ejemplo de caridad, paró, y herido de la mano de Dios volvió atrás confuso y atónito, y apartóse de la torpe y peligrosa amistad de que estaba cautivo.

## CAPÍTULO XII.

De tres cosas que nos ayudarán á tener este celo.

Fuera de lo dicho, tres cosas especialmente nos ayudarán mucho para tener este celo y desear y procurar con mucha diligencia la salvacion de las almas. Lo primero y principal será ver lo mucho que amó y estimó el Hijo de Dios las almas, pues dió su sangre y su vida por ellas (1), y la tuvo por bien empleada. Sangre de Cristo en la tierra, gran señal es del valor de un alma, y de la estima que de ella tiene Dios, y del amor con que la ama. Esto es lo que nos ha de mover y animar á andar siempre con este celo y con esta solicitud en nuestros ministerios y que se nos vaya el corazon tras las almas procurando su salvacion: "La caridad de Cristo nos compele," decia San Pablo (2); la caridad nos ha de estar solicitando y compeliendo siempre á eso. ¿Cómo no daremos nosotros la sangre por aquel por quien el Hijo de Dios dió la suya? ¿Y cómo no daremos la vida por aquel que murió por darnos á nosotros vida? Que no se puede sufrir que muera Dios por un alma, y que la vea yo irse á perder y caer en el infierno y que la pueda ayudar y no lo haga; no lo puede sufrir eso la caridad. Hásenos de ir el corazon tras las almas, y ese ha de ser el mayor de nuestros cuidados, como lo era del Apóstol San Pablo, el cual entre todos los trabajos esteriores que padecia, que eran muchos (3), lo que mas cuidado le daba, y le traia mas afligido y congojado, era la solicitud de las iglesias y de las almas (4).

San Agustin sobre aquellas palabras de San Juan: "Jesus, pues, fatigado del camino se sentó así sobre la fuente (5)," dice (6), que con mucha razon se compara

(1) Lib. 3, cap. 2 de la *Vida de nuestro P. S. Ignacio.*

(1) Pro quibus Christus mortuus est. *I. ad Cor.* VIII, 11.

(2) Charitas enim Christi urget nos. *II. ad Cor.* V, 14.

(3) In laboribus plurimis, in carceribus abundantius, in plagis supra modum, in mortibus frequenter. *II. ad Cor.* XI, 23.

(4) Praeter ea, quae extrinsecus sunt, instantia mea quotidiana, sollicitudo omnium Ecclesiarum. *Ib.*

(5) Jesus ergo fatigatus ex itinere, sedebat sic supra fontem. *Joann.* IV, 6.

(6) Aug. *tract.* 15 *sup. Joann.*

Cristo á la gallina (1); porque las demas aves no las conocereis si son madres, ni si tienen hijos, sino es cuando las veis en sus nidos sobre sus pollitos; pero la gallina párase tan macilenta y tan flaca cuando cria, tiene aquellas alas tan caidas, está tan crespa y despeluzada, y tan ronca y descaecida, que aunque no la sigan los pollos, luego conocereis que es madre. Asi dice San Agustin que andaba Cristo nuestro Redentor en busca de las almas, enflaquecido, fatigado y cansado: pues asi nosotros habemos de tener tanto celo de las almas y andar tan solícitos y cuidadosos de criar hijos espirituales que nos traiga eso flacos, desvelados y olvidados de todas nuestras comodidades, como lo vemos en Cristo que, aunque fatigado del camino y de la hambre, con todo eso no quiso comer, teniendo mas cuenta con la salud de las almas que con el mantenimiento necesario del cuerpo. Y asi, diciéndole sus discípulos que comiese, respondió: «Yo otro manjar tengo que comer que vosotros no sabeis (2); presto vereis venir convertidos los samaritanos. Este es mi manjar, la conversion de las almas:» ese ha de ser tambien el nuestro.

El P. Maestro Avila trae otra buena consideracion para movernos á este celo. Dice (3) que, aunque por una parte sea gran verdad que de los bienes que el Señor nos hace no busca ni quiere retorno, porque lo que da, por amor puro lo dá; mas mirándolo por otra parte, ninguna cosa da de la cual no lo quiera, no para provecho suyo, pues es riquísimo y Señor de todas las cosas y de ninguna tiene necesidad (4), sino para provecho de los prójimos, que tienen necesidad de ser amados y socorridos. Declara esto con una buena comparacion: asi como si un hombre hubiese prestado á otro muchos dineros y héchole otras muchas buenas obras, y le dijese: «de todo esto, que por vos he hecho, no tengo necesidad; mas todo el derecho que contra vos tenia, lo cedo y traspaso en la persona de fulano, que es necesitado, ó es mi pariente, ó criado; dadle á él lo que á mí me debeis y con ello me doy por pagado;» de esta manera habemos de mirar nosotros al prójimo: habemos de entrar en cuenta con Dios, y mirar lo mucho que yo he recibido de su mano, que me crió y redimió con su propia sangre; cuántos beneficios particulares me ha hecho, no castigándome por mis pecados, esperándome á penitencia, dándome bienes en lugar de males, con otras innumerables mercedes que no se pueden contar; y luego habemos de hacer cuenta que todas estas deudas y obligaciones las cede y traspasa Dios en los prójimos y que se da por pagado con el servicio y buenas obras que les hiciéremos á ellos. De esta manera arderá en nuestro corazon este celo y amor de los prójimos: lo uno, considerándolos como á hijos adoptivos de Dios y hermanos de Jesucristo nuestro Redentor, que dió por ellos su sangre y su vida. Y lo segundo, mirándolos como á acreedores en que cedió y traspasó Dios lo mucho que á él debiamos por tantas y tan innumerables mercedes como nos ha hecho.

Ayudarános tambien para esto considerar que no podemos tomar mejor medio, para satisfacer por las muchas ofensas que nosotros habemos hecho contra Dios, que ayudar y ser instrumentos para que otros le dejen de ofender y le sirvan de ahí adelante muy de veras, conforme á aquello del Apóstol Santiago: "El que hiciere que se aparte el pecador del error de su camino,

(1) Quoties volui congregare filios tuos, quemadmodum gallina congregat pullos suos sub alas, et noluisti? *Matth.* XXIII, 37.

(2) Ego cibum habeo manducare, quem vos nescitis; levate oculos vestros, et videte regiones; quia albae sunt jam ad messem. *Joann.* IV, 32 et 35.

(3) P. M. Ávila c. 96 del *Audifilia.*

(4) Tu, Dominus universorum, qui nullius indiges. *II. Mach.* XIV, 35.

librará su alma de la muerte y cubrirá multitud de pecados (1)." Y notó esto muy bien San Agustin (2) sobre aquello de San Lucas, cuando Cristo nuestro Redentor sanó á quel hombre de la legion de demonios que le atormentaban; dice el Sagrado Evangelio, que viéndose sano, en agradecimiento del beneficio recibido quiso quedarse con Cristo, y él no lo consintió, sino mándale que vaya á predicar y publicar las mercedes (3) que el Señor le habia hecho. Y asi lo hizo, y fué por toda la ciudad publicando cuanto bien le habia hecho Jesus (4). Eso es lo que el Señor quiere de vos en recompensa y satisfaccion de la merced que os ha hecho en sacaros del mundo y de tantos peligros como en él hay, que ayudeis vos á que otros salgan de pecado y sirvan de todo corazon á Dios nuestro Señor.

## CAPITULO XIII.

Cuál es el bueno y verdadero celo que agrada á Dios, y cuál no.

Asi como hay algunas que parecen virtudes, y no son verdaderas virtudes, sino falsas y fingidas, como el Sábio dice (5) de la humildad (hay algunos que parecen humildes, y no lo son: traen vestidos viles, andan la cabeza inclinada, los ojos bajos, hablan con voz humilde, suspiran muchas veces, y á cada palabra se llaman miserables y pecadores; y si les tocais con una palabra liviana, luego muestran lo que hay allá dentro, porque todo aquello era compuesto y fingido); asi tambien dice el Apóstol que hay algunos celos que parecen buenos, y no son sino indiscretos: "Celo tienen, pero no segun ciencia (1)." Tal fué el celo que tuvieron los discípulos de Cristo, Santiago y San Juan, cuando viendo que no les querian recibir los samaritanos, se indignaron mucho contra ellos y dijeron: "Señor, ¿quereis que mandemos que baje fuego del cielo y los abrase y consuma á todos (2)?" Y asi les reprendió el Redentor del mundo, diciendo «No conoceis el espíritu de la Ley de Gracia, que no es de rigores y castigos. El Hijo del Hombre no vino á destruir los hombres, sino á salvarlos (3).» Pues para que no erremos en una cosa de tanta importancia, declararemos aquí cuál sea el celo que no es segun ciencia, y cuál el bueno que agrada á Dios, para que procuremos este y nos guardemos de aquel.

San Dionisio Areopagita trata este punto muy bien. Dice (4) que asi como á los ciegos que no atinan ni saben por donde han de ir, no les damos por eso de palos, ni nos enojamos contra ellos, sino antes los tomamos de la mano y los guiamos, compadeciéndonos de ellos: asi habemos de hacer con los pecadores, que son ignorantes y ciegos, como dice el Profeta Sofonias (5). No habemos de querer luego apalearlos y que sean castigados y destruidos, sino compadecernos de ellos, y enseñarles el camino de la verdad, y guiarlos,

(1) Qui converti fecerit peccatorem ab errore viae suae, salvabit animam ejus a morte, et operiet multitudinem peccatorum. *Jacob.* V, 20.
(2) Aug. *lib.* 2 *quaestionum Evangelicarum*, *quaest.* 13.
(3) Redi in domum tuam, et narra quanta tibi fecit Deus. *Luc.* VIII, 39.
(4) Et abiit per universam civitatem praedicans quanta illi fecisset Jesus. *Ibid.*
(5) Est qui nequiter humiliat se, et interiora ejus plena sunt dolo. *Eccles.* XIX, 23.

(1) Testimonium perhibeo illis, quod aemulationem Dei habent, sed non secundum scientiam. *Ad Rom.* X, 2.
(2) Domine, vis dicimus, ut ignis descendat de coelo, et consumat illos? *Luc.* IX, 54.
(3) Nescitis cujus spiritus estis. Filius hominis non venit animas perdere, sed salvare. *Ib.*
(4) Dionisius Areopag. *epist.* 8 *ad Demophilum*, *de mansuetudine, et benignitate.*
(5) Ambulabunt ut caeci, quia Domino peccaverunt. *Sophoniae* I, 17.

y ayudarlos con mucho amor y caridad, imitando á Cristo nuestro Redentor que andaba á buscar por los montes la oveja descarriada y perdida (1), llamándola y dándole el silvo: y hallándola, no le tira el cayado, sino tómala sobre sus hombros y tráela á su rebaño. Miradlo en el hijo pródigo, cómo se hubo con él y las entrañas con que le recibió. Ese es el buen celo y segun Dios; y esotros celos é indignaciones contra los pecadores, no son buenos ni agradan á Dios, porque no son conforme á su condicion y entrañas.

Trae San Dionisio á este propósito un ejemplo muy bueno y de mucho consuelo que le aconteció á San Carpo, varon de muchas revelaciones y que no se llegaba á celebrar sin primero tener revelacion de ello. Dice que este Santo le contó que, habiéndose uno convertido poco habia á la fé de Jesucristo, un infiel se le pervirtió; y tomó el Santo tanta pena y tristeza de esto, que de congoja enfermó. Esto era á la tarde, y allá cerca de media noche, él tenia costumbre de levantarse á aquella hora á alabar á Dios. Y levantóse con aquel celo y enojo que tenia de los dos; del infiel, porque habia pervertido al nuevo cristiano; y del cristiano, porque se habia vuelto á la infidelidad: y puesto en oracion comienza á quejarse á Dios, diciendo: «No es justo que los malos vivan: ¿hasta cuándo los habeis de sufrir? Enviad, Señor, fuego del cielo que los abrase.» Estando él en esto, dice que súbitamente le pareció que toda la casa en que estaba habia temblado, y de arriba á bajo se habia abierto en dos partes, y que vino un fuego muy grande que llegaba desde allí hasta el cielo: y arriba, de esotra parte del fuego, allá en el cielo, vió á Jesucristo acompañado de innumerables ángeles; mirando hácia bajo, vió la tierra abierta, y una profundidad y oscuridad muy grande que llegaba hasta el infierno, y ponia grande horror y espanto: y dice que le parecia que aquellos dos, con quien él estaba indignado, estaban juntos en aquella abertura de la tierra, temblando y ya para caer, y que salian de allá abajo unas serpientes muy fieras, y que unas veces, revolviéndoseles y enroscándoseles á los pies, otras con los dientes y con otros visajes y meneos procuraban hacerles caer y echar en el profundo: y entre las serpientes andaban tambien unos hombres negros, que procuraban lo mismo, unas veces tirando de ellos, otras dándoles empellones. Y dice San Carpo que como él estaba tan indignado contra ellos y habia pedido á Dios que bajase fuego del cielo que los consumiese, que se holgaba de verlos en aquel peligro, y que le pesaba mucho y se enojaba mucho porque no acababan de caer, que parece que quisiera él ir á darles un empellon. En esto vuelve los ojos al cielo, y ve al misericordiosísimo Jesus que, apiadándose de ellos y del gran peligro en que estaban, se levantó de su trono celestial, y acompañado de los ángeles baja á donde estaban aquellos miserables, y dáles su mano para sacarlos de aquel peligro, y recíbenles los ángeles en su compañía: y vuelve Jesucristo á San Carpo, que les queria dar el empellon para que acabasen de caer, y dícele: «Estiende la mano y hiéreme á mí, porque dispuesto estoy para tornar á padecer y morir otra vez por los pecadores. ¿No te parece que es mejor estar en mi compañía y de los ángeles, que en compañía de las serpientes y de los demonios (1)?» Con esto desapareció la vision, y quedó este santo varon bien corregido de su indiscreto celo, y enseñado para adelan-

(1) Lucae XV, 4.

(1) Extenta jam manu percute me; quia iterum paratus sum pro peccatoribus pati.

te, y nosotros en él, para que entendamos que no agradan á Dios esos celos, porque no quiere él la muerte del pecador, que le han costado mucho los pecadores y son hijos de dolor (1). Engendrólos con grandes dolores en la cruz: costáronle su sangre y su vida, y asi no querria que se perdiesen, sino que se convirtiesen y viviesen para siempre.

Estaba el Profeta Jonás muy triste y enojado (2) porque no enviaba Dios sobre los ninivitas el castigo que él habia profetizado. Y dícele Dios: «¿Piensas que ese es buen celo? Pésate á tí de que se seque la yedra, por la cual no trabajaste, por un poco de sombra que te daba; ¿y no me pesará á mí de que se destruya una ciudad, en la cual solos los niños, que no tienen uso de razon, llegan á mas de ciento y veinte mil?» Es tambien maravillosa sentencia á este propósito la que díjo el emperador Constantino en el Concilio Niceno á un obispo llamado Acacio, que se mostraba muy duro en recibir á los que habian errado y se convirtieron en el Concilio (3). Díjole el religiosísimo y piadosísimo príncipe: «Oh, Acacio, pon la escala, y sube solo al cielo si puedes.» Otro santo varon, en otro caso semejante, dijo á uno que se mostraba muy rígido: «Si á vos os hubiera costado aquel vuestra sangre como costó á Cristo, vos le recogiérades y recibiérades en vuestro rebaño, y no le dejárades allá fuera á peligro de lobos.»

En el Éxodo (4) nos pone la Sagrada Escritura un ejemplo y dechado maravilloso del celo bueno y verdadero que han de tener los siervos de Dios. Tal ha de ser nuestro celo como el que tuvo Moisés cuando los hijos de Israel hicieron el becerro é idolatraron. Pondéralo muy bien San Agustin (1). Habia subido Moisés al monte á recibir de Dios la ley que habia de dar al pueblo, y habiéndola ya recibido en dos tablas, hechas por mano de Dios y escritas tambien de su mano por entrambas partes, bajó del monte; y como halló que el pueblo habia hecho el becerro, y le estaba adorando, enojóse tanto que hizo pedazos las tablas que traia en las manos. Mirad, dice San Agustin, cuán grande enojo tomó Moisés por el pecado del pueblo, pues quebró las Tablas de la Ley que acababa de recibir de Dios, hechas y escritas por su mano, y dadas con tanta solemnidad y con tantas preparaciones, despues de haber estado cuarenta dias y cuarenta noches en el monte ayunando y tratando con Dios: pues con ser su ira y enojo tan grande como esto contra el pecado, con todo eso se vuelve luego á Dios á rogar por el pueblo, y con tanta constancia, que le dice que les perdone, ó sino, que le borre á él de su libro. Pues de esa manera, dice el Santo, ha de ser el celo de los verdaderos ministros de Dios. Habemos de ser tan celosos de su honra que por una parte nos lleguen al alma las ofensas hechas contra su Divina Magestad, y asi nos enojemos mucho contra el pecado; y por otra parte habemos de ser tan compasivos y misericordiosos con los pecadores, que luego nos pongamos de por medio para aplacar á Dios y para alcanzarles perdon, como lo hizo Moisés.

Semejante ejemplo leemos tambien del Apóstol San Pablo. Por una parte tenia el Apóstol grande tristeza y dolor por los pecados de su gente, porque tenia grande ódio y aborrecimiento al pecado; y por otra tenia tanta compasion y tanto deseo de su bien, que dice que deseaba ser anatema

(1) Benoni, id est, filius doloris mei. *Gen.* XXXV, 18.
(2) Jon. IV, 10.
(3) Hist. Eccles. *part.* 2, *lib.* 2, *cap.* 4.
(4) Exod. XXXII.

(1) Aug. *quaest.* 94, *sup. Exod.*

por su salvacion (1). Muchas esplicaciones dan los Santos á esto de Moisés y de San Pablo. San Gerónimo lo declara (2) que se entiende de la muerte corporal: dice que deseaban estos Santos derramar la sangre y morir muerte corporal, porque los otros viviesen vida espiritual y se salvasen. Y prueba San Gerónimo que *anathema* en la Sagrada Escritura muchas veces se toma por la muerte corporal. Pero dejadas otras declaraciones, el bienaventurado San Bernardo da una muy tierna y regalada, como él suele. Dice (3) que habla allí Moisés con afecto y amor de padre, ó por mejor decir, de madre amorosísima, á la cual ninguna cosa le pueda dar contento, si echan fuera á sus hijos, que no participen y gocen tambien de ella. Declárolo con este ejemplo: Si un hombre rico convidase á una muger pobre, y la dijese: «entra tú á comer conmigo; pero ese niño, que traes en los brazos, hásle de dejar allá fuera, porque llora y nos dará pesadumbre.» ¿Por ventura esta muger aceptaria el convite con esa condicion? No por cierto. Antes escogeria ayunar que dejar tal prenda. O ha de entrar allá tambien mi hijo, ó sino, no quiero vuestro convite. Pues de esa manera habla Moisés, dice San Bernardo; no quiere entrar solo en el gozo de su Señor y que quede fuera el pueblo de Israel, á quien él amaba como á hijos.

Pues este afecto de madre, y estas entrañas de compasion y de amor, son las que agradan mucho á Dios, y de esa manera ha de ser nuestro celo. Y una de las virtudes que mejor le están al obrero de Dios, es esta compasion de las almas que están tiranizadas del demonio. Y asi dice el Apóstol San Pablo que nos vistamos de estas tiernas entrañas de misericordia, como Santos y escogidos de Dios (1), para parecer mucho á la condicion de Dios y á aquel Pontífice grande que nos dió, del cual dice el mismo Apóstol: "El Pontífice que tenemos no es tal que no pueda compadecerse de nuestras enfermedades (2)." Compadezcámonos de nuestros prójimos como Cristo se compadeció de nosotros. San Ambrosio, en el libro segundo de Penitencia, no pide otra cosa á Dios sino que le dé esta ternura y compasion acerca de los pecados. Y diósela Dios tanto, que escribe Paulino de él en su vida, que lloraba con los que venian á confesarse y le declaraban sus miserias. Con esto se ganan mas los penitentes que con rigores y celos indiscretos; porque aquel amor que el confesor muestra al penitente, compadeciéndose de él y sintiendo su trabajo y miseria, le roba el corazon y le mueve mucho á que él tambien le ame y le cobre mucha aficion; porque no hay cosa que mas mueva á uno á amar, que ver que es amado; y cualquiera cosa que le digais con este amor, se le imprime en el corazon; y aunque mas le reprendais de esa manera, no se exaspera, porque lo toma como de padre verdadero. Y asi dice San Basilio (3) que han de ser todas nuestras reprensiones, que entienda el otro que nacen de entrañas de amor (4) y del deseo que tenemos de su bien y salvacion. Esto es saber mezclar el óleo y el vino, que dice el Sagrado Evangelio en la parábola del

(1) Veritatem dico in Christo Jesu, non mentior, testimonium mihi perhibente conscientia mea in Spiritu Sancto, quoniam tristitia mihi magna est, et continuus dolor cordi meo. Optabam enim ego ipse anathema esse a Christo pro fratribus meis, qui sunt cognati mei secundum carnem, qui sunt Israelitae. *Ad Rom.* IX, 1.

(2) Hieron. *in epist. ad Algassiam, quaest.* 9; *et sup. Joannem, cap.* 1.

(3) Bernard, *serm.* 12 *super Cant.*

(1) Induite vos ergo sicut electi Dei, sancti, et dilecti, viscera misericordiae. *Ad Colos.* III, 12.

(2) Non enim habemus Pontificem, qui non possit compati infirmitatibus nostris. *Ad Heb.* IV, 15.

(3) Basil. *in Regul. brevior. interrogatione* 184.

(4) Tanquam si nutrix foveat filios suos. *I. ad Tessal.* II, 7.

Samaritano (1); que sepais mezclar y templar el vino fuerte de la reprension con el aceite blando y suave de la compasion y misericordia, porque eso cura muy bien las llagas y las sana; y esas otras indignaciones y reprensiones ásperas y desabridas, no solo no aprovechan, sino dañan y ahuyentan los penitentes, no solo de vos, sino de la Compañía, porque piensan que los demas son tan desgraciados y tan mal acondicionados como vos. Trae San Bernardo (2) á este propósito aquello de José, que estaba reprendiendo á sus hermanos y no podia contener las lágrimas (3). Mostraba bien que las palabras de reprension no nacian de indignacion, ni de ira, sino de un corazon tierno y amoroso.

Para tener este corazon y entrañas tiernas y compasivas de los pecados de nuestros prójimos, y no nos indignar, ni airar por eso contra ellos, ayudará mucho una consideracion muy buena, que trae el P. maestro Avila (4). De dos maneras se pueden mirar los pecados de los prójimos: la primera, como ofensas é injurias hechas á Dios; y de esta manera mueven á ira é indignacion y deseo de castigo: la segunda, como mal de nuestro hermano; y si de esta manera se miran, no mueven á ira, sino á compasion, porque ningun mal les puede venir á los hombres que tanto daño les haga como el pecado, y asi ninguno es materia tan propia de compasion y misericordia, mirándola de esta manera; y cuanto uno mas ha pecado, tanto mas provoca á compasion, porque se ha hecho mayor daño y tiene mayor mal; como las injurias y malas palabras del frenético no nos mueven á ira, sino á misericordia y compasion, porque las consideramos como mal y enfermedad del que las dice, y no como injurias nuestras. De esta manera al mismo Dios mueven nuestros pecados á compasion y no á ira, cuando los mira con misericordia, no como á ofensa suya, sino como mal y miseria nuestra. Pues de esta manera habemos de mirar nosotros los pecados de nuestros prójimos, como mal y daño suyo, para compadecernos de ellos; como querriamos que Dios mirase los nuestros, no con ira y justicia para castigarlos, sino con misericordia y compasion para perdonarlos y remediarlos: y ese será buen celo y segun el corazon de Dios, que es misericordioso y hacedor de misericordias.

(1) Infundere oleum, et vinum. *Luc.* X, 34.
(2) Bernard. *serm.* 12 *sup. Cantica.*
(3) Non se poterat ultra cohibere Joseph. *Gen.* XLV, 1.
(4) Maestro Ávila, *c.* 21 *del Audifilia.*

## CAPITULO XIV.

De otro medio para hacer bien nuestros ministerios, que es poner los ojos en lo interior de las almas y no en lo esterior que se parece de fuera.

Uno de los principales avisos que dan los Santos y maestros de la vida espiritual á los que tratan con prójimos, es, que pongan los ojos en las almas y no en los cuerpos ni en la apariencia esterior. Hay algunos, dice San Bernardo (1), que miran á lo esterior y ponen los ojos en los bien agestados y bien dispuestos, y en los que andan bien tratados y bien aderezados, y á esos se inclinan y huelgan de tratar; pero los que tienen los ojos sanos no miran sino lo interior del alma, la cual no es mas hermosa en el cuerpo hermoso que en el feo, si en el cuerpo hermoso no fuere mas santa que en el feo. Mas asi en el feo como en el hermoso, es ella hermosísima si no estuviere afeada con pecados; y tanto es mas hermosa, cuanto estuviere mas pura y

(1) Bern. *de ordine vitae, et morum institutione.*

limpia de pecados y mas adornada de virtudes y dones celestiales. De ninguna cosa aprovecha la hermosura visible del cuerpo, si falta la hermosura invisible del alma: aquella es comun al hombre con las cosas inanimadas y con los brutos animales, mas esta con los ángeles. Pues habemos, dice San Bernardo, de entrar allá dentro y poner los ojos en el alma, que es la que fué hecha á imágen y semejanza de la Santísima Trinidad, y considérala como templo vivo del Espíritu Santo y miembro de Cristo, y como toda bañada en su sangre, comprada y redimida con su vida, condoliéndonos, si la vemos disforme y afeada con el pecado, y sintiéndolo con grande compasion, si vemos en ella perdido el precio tan caro que costó al Hijo de Dios. Y del cuerpo y de todo lo esterior, habémonos de abstener lo posible y no hacer de él caso mas que de un costal de estiércol y un saco de inmundicia y un muladar cubierto de nieve, ó un sepulcro blanqueado por de fuera, porque eso es este cuerpo nuestro. Y en tanto grado quieren que guardemos esto y que andemos en ello con tanto cuidado y recato, que dice Gerson: «No solo no ha uno de atender si el penitente ó aquel con quien trata es bien ó mal agestado; pero ni aun ha de atender, ni hacer reflexion en si es hombre ó muger (1),» sino poner solamente los ojos en las almas y en el remedio de ellas, abstrayendo de todo lo demas y no haciendo caso de ello, porque en las almas no hay estas diferencias.

Este aviso es de mucha importancia; lo primero, porque de esa manera nuestro amor será espiritual y de verdadera caridad en Dios, y por Dios, y para Dios puramente; y esotro es amor carnal, y sensual, y muy peligroso. Lo segundo, importa tambien mucho este aviso á los que tratamos prójimos, para animarnos á nuestros ministerios y para ejercitarlos como debemos, acudiendo de tan buena gana al pobrecito y al desamparado, como al rico y poderoso; pues tanto le costó á Dios el alma del pobrecito que está en el hospital, y del desamparado que se viene á confesar, como la del caballero y del que anda muy bien tratado. San Ambrosio trae á este propósito el ejemplo de Cristo nuestro Redentor, del cual leemos en el Sagrado Evangelio (1) que no quiso ir á casa del Régulo á curar á su hijo, pidiéndoselo su padre, y yendo él mismo en persona á suplicárselo, porque no pareciese que se movia por ser rico y principal, asi el enfermo como el que se lo pedia (2). Y por otra parte vemos que se ofreció á ir á casa del Centurion á curar un criado suyo (3), no habiendo venido el mismo Centurion en persona á suplicárselo, sino que se lo envió á pedir por terceros; porque no pareciese que, por ser el enfermo un pobre mozo, se desdeñaba de ir allá. Dice San Ambrosio que esto hizo para darnos ejemplo á nosotros cómo nos habemos de haber con los prójimos, no poniendo los ojos en los ricos, ni en los nobles, ni en los bien tratados, sino solamente en las almas. Tras esas se nos han de ir los ojos y el corazon, acudiendo tan de buena gana al pobrecito, y al mozo de caballos, y al esclavo, como al caballero y al señor; porque delante de Dios el siervo y el libre, el criado y el señor, todo es uno, como dice San Pablo (4): y asi murió Dios por el uno como por el otro, y por ventura ama y estima mas al pequeño que al grande.

---

(1) Non solum non attendant discretionem formarum, sed neque discretionem sexuum. *Gerson.*

(1) *Joann.* IV, 47.
(2) Ne in Reguli filio videretur magis divitiis detulisse. *Ambr. lib.* 5 *sup. Lucam.*
(3) Jesus autem ibat cum illis. *Luc.* VI, 7.
(4) Ad Galat. III, 28.

Y si nuestro amor fuese muy puro y muy espiritual, antes nos inclinariamos y aplicariamos á confesar y tratar al pobre que al rico, y al bajo que al grande, por muchas razones: lo primero, por imitar el ejemplo que de esto nos dió Cristo nuestro Redentor, como habemos dicho. Lo segundo, porque en esos pobrecitos y bajos resplandece mas la imágen de Cristo, que siendo rico se hizo pobre por nosotros para enriquecernos con su pobreza, como dice el Apóstol (1). Lo tercero, porque de esa manera estamos mas seguros que buscamos á Dios en nuestros ministerios y que lo hacemos puramente por él; porque cuando tratamos con gente granada y lucida, muchas veces se nos mezclan respetos humanos y nos buscamos á nosotros mismos y nuestro gusto y estimacion: no es tan seguro ese trato, ni todas veces va tan puro ni tan limpio de polvo y de paja: algunas veces es vanidad lo que parece celo. Lo cuarto, porque asi nos conservaremos mejor en humildad. Lo quinto, porque por esperiencia se vé que con estos se hace mas fruto que con esotros, y que estos son los que frecuentan mas las confesiones, y los que acuden mas á los sermones, y asi vemos que aun á Cristo nuestro Redentor esos eran los que mas le seguian y los que se aprovechaban mas de su doctrina. "Los pobres son doctrinados," dice el Sagrado Evangelio (2). De los ricos y principales, cual ó cual: allá un Nicodemus, que era principal entre los judíos, y aun de ese dice el Evangelista San Juan (3) que vino á tratar con Jesucristo de noche y escondidamente. Y mas, hay otra cosa que á la gente llana se les dicen mas llanamente las verdades, y se les reprende lo malo con mas libertad, y lo toman ellos mejor, y hace mas fácilmente el confesor lo que quiere de ellos: y con la gente granada, algunas veces hay algun encogimiento, y no se atreve tanto el confesor, y traga saliva para decirles lo que han menester, y muchas veces queda despues con escrúpulo y remordimiento de no haberse declarado mas y de haber condescendido y contemporizado con ellos. Y mas, con los señores gástase mucho tiempo, y en él se hace muy poco ó nada de provecho; pero con la gente llana en poco tiempo se hace mucho, porque se puede venir con ellos á las inmediatas, como dicen, y ser sustancia todo lo que se trata; lo cual no puede ser con los otros. Por esto, gente espiritual y desengañada, amiga de su propio aprovechamiento y de hacer mucho fruto, huyen cuanto pueden del trato de los señores y de los grandes, y lo tienen por grande carga: y es consejo este muy repetido de los Santos y conforme á aquello del Sábio: "Carga echa sobre sí, el que trata con hombre mas alto que él (1)." Y asi vemos que son alabados y estimados mucho en la religion los que se aplican á confesar al pobre y al negro, y á los criados y desarropados, y con mucha razon; especialmente que á esos otros yo aseguro que no falte quien les confiese; y si entre ellos hubiere alguno á quien os parezca que importa mas para el servicio de Dios acudirle, si sois humilde, habeis de pensar que eso hará mejor el otro Padre que está alli confesando y mas sin peligro suyo, y vos echad mano del pobrecito, que por ventura ha venido algunas veces y se ha ido sin confesar.

(1) II. ad Cor. VIII, 9.
(2) Pauperes evangelizantur. *Matth.* XI, 5.
(3) Hic venit ad Jesum nocte. *Joann.* III, 2.

(1) Pondus super se tollet, qui honestiori se communicat. *Eccl.* XIII, 2.

## CAPITULO XV.

De otro medio para aprovechar á los prójimos, que es desconfiar de nosotros, y poner toda nuestra confianza en Dios.

"Ten confianza en Dios de todo tu corazon, y no estribes en tu prudencia (1)." Otro medio, y muy principal, que nos ayudará mucho para conseguir el fin de nuestro Instituto, es el que dice el Sábio, y nos le pone tambien nuestro Padre, y la Bula de nuestro Instituto en aquellas dos breves palabras: "Desconfiando de sus fuerzas, y estribando en las divinas (2)." ¿Sabeis, dice, como hareis mucha hacienda y mucho fruto en las almas? desconfiando de vos mismo, de vuestras fuerzas, prudencia é industria y de todos los medios humanos, y poniendo toda vuestra confianza en Dios. Este es uno de los mas principales y eficaces medios que hay para hacer mucho fruto en las almas; y asi esta es una de las mejores disposiciones que puede tener el obrero de Dios, que entienda que él de suyo no es para hacer cosa que algo valga, sino que toda su confianza la ponga en Dios; porque á estos toma este Soberano Señor por instrumentos para hacer por su medio grandes cosas, grandes conversiones y maravillas. Asi lo dice el Apóstol San Pablo: "Tenemos una confianza en Dios, tal, que entendemos que de nuestra parte no somos suficientes, ni aun para tener un buen pensamiento, sino que toda nuestra suficiencia nos ha de venir de Dios (3)." Pues á esos, dice San Pablo, hace Dios ministros de su Evangelio.

(1) Habe fiduciam in Domino ex toto corde tuo, et ne innitaris prudentiae tuae. *Prov.* III, 5.
(2) Diffidens suis viribus, et divinis fretus. *Bulla Juli.* III.
(3) Fiduciam autem talem habemus per Christum ad Deum: non quod sufficientes simus cogitare aliquid a nobis, quasi ex nobis; sed sufficientia nostra ex Deo est, qui et idoneos nos fecit ministros Novi Testamenti. *II. ad Cor.* III, 4.

San Agustin, tratando de las alabanzas de Natanael, á quien alaba el mismo Cristo en el Evangelio, diciendo: "Veis aqui un verdadero israelita, en el cual no hay doblez ni engaño ninguno (1)," dice (2): parece que un hombre como este, habia de ser llamado al apostolado primero que todos, pues tal testimonio dá de él el Hijo de Dios; y vemos, que no solo no es llamado el primero, pero ni al medio ni al fin. ¿Qué será la causa de esto? ¿Sabeis qué? dice San Agustin: Natanael era hombre docto, era letrado de la ley, y por eso no le escogió Cristo entre sus Apóstoles, porque no quiso escoger letrados para la predicacion de su Evangelio y convertir el mundo; sino unos pobres pescadores, idiotas y sin letras, como dice San Pablo (3).

San Gregorio (4) trae á este propósito aquella historia del libro de los Reyes (5), cuando los amalecitas encendieron á Siceleg, y habian llevado cautivas las mugeres de David y de sus compañeros y los niños. Uno de ellos dejóse en el camino un criado egipcio, porque cayó enfermo y no le pudo seguir. Encuéntrase David con este pobre enfermo, ya casi para espirar, porque habia tres dias y tres noches que no comia ni bebia; dále de comer, y vuelve en sí, y tómale por guia de su camino, y con esa guia va tras los amalecitas, y hállalos comiendo y banqueteando con grande fiesta y regocijo, y dá sobre ellos, y mátalos, y quítales lo que llevaban. Pues esa, dice San Gregorio, es la condicion del verdadero David Cristo nuestro Redentor, que escoge los desechados y despreciados del mundo, y con el manjar de su palabra los hace vol-

(1) Ecce vere israelita in quo dolus non est. *Joann.* IV, 47.
(2) Aug. *tract.* 7. *sup. Joann.*
(3) I. ad Cor. I, 27.
(4) Greg. *lib.* 5. *Mor., cap.* 29.
(5) I. Reg. XXX.

ver en sí, y que sean guias suyas, haciéndolos predicadores de su Evangelio, para vencer y destruir los amalecitas, que son los mundanos que se están holgando, banqueteando y entreteniendo en deleites y pasatiempos del mundo.

Pero veamos por qué hace Dios esto, y por qué escoge instrumentos tan flacos para negocio tan alto. ¿Sabeis por qué? dice el Apóstol San Pablo (1), para que no confie el hombre en sí, ni tenga ocasion de atribuirse nada á sí, sino que toda su confianza la ponga en Dios y á él se lo atribuya y dé la gloria de todo. Y estima Dios esto tanto, que para que quedásemos bien enseñados en esta verdad y quedase muy fija é impresa en nuestro corazon, tenemos la Sagrada Escritura llena de ejemplos en que escogia Dios instrumentos y medios flacos para hacer cosas grandes, para que de esta manera se entienda mejor que él es el que hace las maravillas, y no nosotros (2). Eso redunda en mayor gloria de Dios, y de esa manera se echa mas de ver su grandeza y omnipotencia. Muchas maravillas hizo Dios por medio de Moisés al sacar el pueblo de Israel de Egipto; pero en ninguna conocieron tanto los egipcios la virtud y poder de Dios, como cuando Moisés, sacudiendo con la vara el polvo de la tierra, lo convirtió en mosquitos é hinchó toda la tierra de ellos. Entonces los magos de Faraon, viendo que ellos con todas sus artes y encantamientos no habian podido hacer aquello, confesaron y dijeron: "Este es el dedo de Dios, y señal manifiesta de la virtud y poder grande suyo (3)." Y en aquella guerra que Sapor, rey de los persas, movió contra los romanos, teniendo cercada con grandísimo ejército la ciudad de Nisibis, á quien algunos llaman Antioquía Migdonia, cuyo obispo era un santo varon llamado Jacobo, cuenta la Historia Eclesiástica (1) que rogaban los ciudadanos á este santo varon que viniese á la cerca, y que desde allí maldijese el ejército de los enemigos. Y por sus ruegos, el venerable obispo subió á una torre, y vió millares de gente, sobre los cuales no echó otra maldicion, ni rogó á Dios que otro infortunio les viniese, sino pulgas y mosquitos, para que fatigados por viles y pequeñuelos animales conociesen el poder soberano. Y acabando de hacer oracion, descendieron sobre los persas huestes de pulgas y de mosquitos, é hincheron las trompas de los elefantes y las narices y orejas de los caballos y de los otros animales que habia en el ejército, los cuales no pudiendo sufrir los aguijones de los animalejos, saltaban y derribaban á los que tenian encima, arrastraban á los que los adestraban, y quebraban sus cervices, y corriendo fuera de órden desbarataban los escuadrones y el buen concierto del ejército. Y de esta manera, conociendo el rey Sapor el poder de Dios y la providencia que tiene de los suyos, alzó el cerco y se volvio á su tierra afrentado y corrido. Con pulgas y con mosquitos puede Dios hacer guerra á todos los emperadores y monarcas del mundo; y asi la quiere él hacer, porque de esa manera se echa mejor de ver que él es el que la hace, y asi redunda en mayor gloria y honra suya. Pues por esto tambien escoje Dios instrumentos y medios flacos para hacer cosas altas en la conversion de las almas. Y asi tenemos en las Historias Eclesiásticas (2) muchos ejemplos de conversiones de grandes pecadores, infieles y herejes, á los cuales muchos obispos y muy

(1) I. ad Cor. I, 29 et 31.
(2) Ut ostenderet divitias gloriae suae. *Ad Rom.* IX, 23.
(3) Digitus Dei est hic. *Exod.* VIII, 19.

(1) Hist. Eccles. *part.* 2, *lib.* 3, *cap.* 6.
(2) Histor. Eccles. et Tripartita, *part. I, lib.* 10, *cap.* 2; *et part.* 2, *lib.* 2, *cap.* 3.

grandes letrados no habian podido convertir ni convencer en Concilios generales, donde estaba la flor y nata de la Iglesia, y al fin se vinieron á convertir y convencer por medio de un hombre simple y sin letras, y por medio de unas palabras muy llanas y sencillas, para que asi aprendamos á desconfiar de nosotros, y á confiar en Dios, y á darle á él la gloria de todo.

De aqui habemos de sacar tres cosas. Lo primero, no desmayar ni desanimarnos viendo nuestra poquedad y miseria y nuestras pocas partes para un fin é instituto tan alto y unos ministerios tan levantados como tenemos en la Compañía; antes de ahí habemos de tomar ocasion para animarnos y tener mas confianza en Dios; porque esa es su condicion, tomar tales instrumentos para hacer por su medio cosas grandes y maravillosas. Y asi respondió muy bien el bienaventurado San Francisco á su compañero acerca de esto. Cuéntase en sus Crónicas (1) que Fr. Mafeo, muy contínuo compañero de San Francisco, quiso un dia tentar la humildad del Santo, como quien le tenia bien conocido y sabia su gusto y deseo de ser menospreciado. Fuese á él, y díjole: «¿De dónde á tí, que todos corren á tí, todos te quieren ver, y oirte, y obedecerte? Tú no eres letrado; tú no eres noble, ni bien dispuesto, ni eres hombre elocuente; ¿de dónde te viene que el mundo todo se va en pos de tí?» Respondió San Francisco, como verdadero humilde que era: «¿Quieres saber, hermano mio, de dónde á mí, que todo el mundo se vaya tras mí? De aquella bondad inmensa de Dios, que puso los ojos en mí, mas pecador, mas simple y mas vil criatura de cuantas hay en el mundo, porque las cosas flacas y simples del mundo escoge Dios para con ellas confundir á los grandes y poderosos, para que toda la gloria y honra sea de Dios, y no tenga en su presencia de qué se gloriar alguna criatura, sino que el que se gloría, se gloríe en el Señor, y á él solo sea dada toda la honra y gloria para siempre.» Esa ha de ser nuestra respuesta, y ese ha de ser nuestro consuelo y toda nuestra confianza.

Lo segundo que habemos de sacar de aqui, es, que aunque Dios por vuestro medio haga mucho fruto en las almas y haga grandes conversiones y aun milagros, no por eso os habeis de ensoberbecer, ni teneros en mas, sino quedaros tan entero en vuestro propio conocimiento y en vuestra bajeza como si no hubiérades hecho nada, porque no haceis vos eso por vuestras fuerzas, Dios es el que lo hace por vuestro medio. ¡Oh! ¡qué bien nos enseña asi la teórica como la práctica de esto el Profeta David! "Señor, con nuestros oidos habemos oido, y nuestros antepasados nos contaron las obras y maravillas que obrastes en sus dias, en aquellos tiempos antiguos; porque vos, Señor, obrastes aquellas maravillas, y vuestras fueron aquellas hazañas y no suyas. Vuestra mano poderosa, Señor, fué la que destruyó las gentes, y las echó de su tierra, y los plantó y puso á ellos en su lugar. Vos lo hicistes, Señor, que no lo hicieron eso sus armas ni su fortaleza. Vuestra mano derecha, vuestra virtud y fortaleza, esa es, Señor, la que obró esas maravillas en ellos y por ellos; y no fué eso tampoco por sus merecimientos, sino porque os plugo á vos, Señor, porque vos lo quisistes asi, y fuistes servido de ello (1)."

(1) Part. I, lib. 2, cap. 67 de la *Crónica de San Francisco.*

(1) Deus auribus nostris audivimus: patres nostri annuntiaverunt nobis opus, quod operatus es in diebus eorum, et in diebus antiquis. Manus tua gentes disperdidit et plantasti eos: afflixisti populos, et expulisti eos. Nec in gladio suo possederunt terram, et brachium eorum non salvavit eos. Sed dextera tua, et brachium tuum, et illuminatio vultus tui: quoniam complacuisti in eis. *Ps.* XLIII, 1 *et seq.*

De manera, que no tenemos de que nos ensoberbecer porque Dios obre por nuestro medio grandes cosas: antes mientras fueren mayores, habemos de quedar mas confundidos y humillados, viendo que toma instrumentos tan flacos y miserables para hacer cosas tan grandes y maravillosas. Habémonos de haber en esto como se hubo el Apóstol San Pedro, cuando Cristo nuestro Redentor hizo por su medio aquella pesca tan grande. Cuenta el evangelista San Lucas que dijo Cristo á San Pedro que echase las redes para pescar; responde él: "Maestro, toda la noche habemos trabajado en eso, y no habemos pescado nada; pero en vuestro nombre tornaremos á echar las redes (1)." Y como lo hiciesen, cogieron tanta multitud de peces, que se rompia la red, y fué menester que los compañeros, que estaban en otra nave, viniesen á ayudarlos á sacarla, é hincheron ambas navecillas de peces. Era tanta la multitud de los peces, que casi hacian hundir las navecillas con el grande y escesivo peso (2). Dice el Sagrado Evangelio que como San Pedro vió tan gran milagro, se postró á los pies de Cristo, y dícele: "Apartaos, Señor, que soy grande pecador, y no soy digno de estar cerca de vos (3)." Quedó pasmado y espantado San Pedro, y no menos humillado y confundido, viendo que él habia trabajado toda la noche en vano, y que cuando echó la red en nombre de Cristo, sacó tanta multitud (4). Pues con este pasmo y espanto, y con esta mayor humildad y conocimiento de nuestra propia flaqueza y miseria, habemos de quedar nosotros cuando Cristo nuestro Señor hiciere por nuestro medio alguna cosa grande. ¡Qué lejos estuvo San Pedro de envanecerse y ensoberbecerse de haber echado tan grande lance! Pues tan lejos habeis de estar vos de ensoberbeceros, cuando por vuestro medio hiciere Dios algo, conociendo que aquella es obra de Dios y muy agena de vos. Esto es desconfiar de sí y confiar en Dios: y esto es atribuir á sí lo que es suyo, y atribuir á Dios lo que es de Dios. Mirad lo que hizo San Pedro cuando echó las redes en nombre suyo, y ahí vereis lo que valeis y podeis con todos vuestros medios, industrias y diligencias; y mirad lo que hizo cuando echó las redes en nombre de Cristo, y ahí vereis lo mucho que podeis con su gracia y favor. Y mirando lo primero, desconfiareis de vos; y mirando lo segundo, cobrareis esfuerzo y confianza en Dios. De esta manera, por una parte no nos desvaneceremos, por grandes que sean las cosas que el Señor obra por nuestro medio; y por otra, no desmayaremos por ver nuestra enfermedad y bajeza.

San Gerónimo propone esta cuestion: veamos, dice (1), cuál de los dos hizo mejor, ó Moisés que, enviándole Dios á sacar su pueblo de Egipto, se escusó diciendo que no era para ello, que enviase otro que lo supiese sacar; ó Isaías, que sin ser llamado, ni escogido, se ofreció de su voluntad para predicar, diciendo: "Aquí estoy, enviame (2)." Y responde el Santo que muy buena es la humildad y el conocer uno de sí que no es para nada, y que muy buena es tambien la prontitud y ánimo para servir y ayudar á los prójimos: pero si quereis lo mejor, dice que de Moisés habemos de tomar la humildad, mirando á nues-

(1) Praeceptor, per totam noctem laborantes, nihil cepimus: in verbo autem tuo laxabo rete. *Luc.* V, 4.
(2) Ita ut pene mergerentur. *Ib.*
(3) Procidit ad genua Jesu dicens: exi a me quia homo peccator sum, Domine. *Ib.*
(4) Stupor enim circumdederat eum, et omnes, qui cum illo erant, in captura piscium quam ceperant. *Ib.*

(1) S. Hieron. *epist. ad Damasum.*
(2) Ecce ego, mitte me. *Isaiae* VI, 8.

tra flaqueza; y de Isaías, el ánimo y presteza, confiando en la misericordia y bondad del Señor que tocó sus labios y le dió suficiencia para aquello á que le enviaba. No es contraria la humildad á la confianza, ni la impide, antes la ayuda mucho; porque ayuda á poner toda la confianza en Dios, y asi á tener mas ánimo y fortaleza.

Lo tercero que se ha de sacar de aqui es, que aunque es verdad que no ha de confiar, ni estribar nadie en sí, ni en sus medios; pero habemos de poner y hacer de nuestra parte todas las diligencias que pudiéremos para ayudar á los prójimos; porque querer que sin poner nosotros los medios haga Dios el fruto, seria pedir milagros y tentar á Dios: quiere él ayudarse de nosotros para la conversion de las almas, y asi nos llama San Pablo coadjutores de Dios y cooperadores juntamente con él (1). Y por eso mandó el Señor á San Pedro que echase las redes y no le quiso dar la pesca sino de esa manera. Para que entendamos que no nos habemos de estar nosotros mano sobre mano; y para que por otra parte no atribuyamos el buen suceso y el ganar de las almas á nuestras redes y á nuestras industrias y diligencias, quiso que primero hubiese San Pedro echado sus redes y trabajado toda la noche en pescar, y que no hubiese tomado nada. De manera que habemos de echar nosotros nuestras redes y poner todos los medios posibles, y hacer todas nuestras diligencias, como si esto solo bastára para concluir los negocios; pero por otra parte habemos de desconfiar de todo eso como si no hubiéramos hecho nada, y poner toda nuestra confianza en Dios.

Esto es lo que nos enseña Cristo nuestro Redentor en el Sagrado Evangelio: "Despues que hubiéredes hecho, dice (1), todas las cosas que os son mandadas, decid: siervos somos sin provecho." Y es de notar, que no dice cuando hubiéredes hecho algo de lo que debeis, sino cuando hubiéredes hecho todo lo que debeis; para que entendamos que por mas diligencias que hagamos, y por mas medios que pongamos, no habemos de confiar en ellos, sino poner toda nuestra confianza en Dios, atribuyendo y dándole á él la gloria de todo. Lo cual ponen los Santos por último y perfectísimo grado de humildad, como digimos en su lugar (2).

Cuando San Pedro y San Juan sanaron á aquel cojo desde su nacimiento, que estaba pidiendo limosna á la puerta del templo que se decia Especiosa, la gente, espantada del milagro, acudió á ellos mirándolos como á cosa divina, y díceles el Apóstol San Pedro: "Varones israelitas, ¿de qué os espantais, y para qué nos mirais como si nosotros hubiéramos hecho esto en virtud y poder nuestro? Que no ha sido sino en virtud y nombre de Jesucristo. Aquel á quien vosotros crucificasteis ha resucitado de los muertos, y en su nombre y virtud se ha hecho este milagro que habeis visto (3). Lo mismo les aconteció á San Pablo y San Bernabé en otro semejante milagro que hicieron, que les tenian por dioses y los querian adorar y ofrecerles sacrificios como á tales, y traian coronas para coronarlos, diciendo: "Dioses en figura de hombres han descendido á nosotros (4)." Rompen ellos

(1) I. ad Cor. III, 9.—I. ad Cor. IV, 1.

(1) Cum feceritis omnia, quae praecepta sunt vobis, dicite: servi inutiles sumus, quod debuimus facere fecimus. *Luc.* XVII, 10.

(2) Part. I, trat. 3, cap. 31 y 32.

(3) Viri israelitae, quid miramini in hoc, aut nos quid intuemini, quasi nostra virtute aut potestate fecerimus hunc ambulare? Deus Abraham, et Deus Isaac, et Deus Jacob, Deus patrum nostrorum glorificavit Filium suum Jesum, quem vos quidem tradidistis, et negastis ante faciem Pilati, judicante illo dimitti. *Actuum* I, 12.

(4) Dii similes facti hominibus descenderunt ad nos. *Actuum* X, 10.

sus vestiduras, diciendo: «¿Qué haceis? que tambien nosotros somos hombres mortales como vosotros, y no somos nosotros los que hacemos eso, sino Dios, y á él se ha de dar esa honra y gloria (1).» Quedábanse ellos tan enteros en su humildad como si no hubieran hecho nada. Asi habemos de quedar nosotros despues que hayamos hecho todo lo que debemos en ayuda de las almas.

## CAPITULO XVI.

**De la eficacia grande de este medio de confiar en Dios para alcanzar mercedes de su mano.**

El bienaventurado San Cipriano, declarando aquello que dijo Dios á los hijos de Israel: "Todo el lugar, donde llegáre vuestro pie, será vuestro (2)," dice: «vuestro pie es vuestra confianza, y al paso que ella anduviere, andará el recibir mercedes de Dios (3).» Hasta donde se estendiere el pie de la confianza, hasta allí será vuestro. Lo mismo dice San Bernardo: «Si confiáredes mucho en Dios y esperáredes grandes cosas de él, grandes cosas os concederá y hará por vuestro medio, y si poco, poco (4).» En el Sagrado Evangelio tenemos muchos ejemplos que nos declaran esto. Aquel príncipe de la Sinagoga, que dejaba á su hija muriendo, y cuando llegó á Cristo nuestro Redentor estaba ya muerta, dice: "Señor, mi hija acaba ahora de morir, pero id allá y poned vuestra mano sobre ella, y luego vivirá (5)." Alguna fé y confianza tenia, pues creia que podia resucitar á su hija, pero poca; porque le parecia que era menester que llegase allá y pusiese sobre ella su mano, y de aquella manera tenia confianza que viviria su hija; y hace el Redentor del mundo conforme á la confianza que tenia: va allá, y hallóla ya muerta, y tómala por la mano, y resucítala. La otra muger, que habia doce años que padecia flujo de sangre, y habia gastado toda su hacienda en médicos, y no la habian podido sanar, llegóse á Cristo nuestro Redentor con un poco de mas fé: "Si tocare tan solamente su vestidura, decia (1), seré sana:" Y va por medio de la gente, y llega y toca la orilla de su ropa, y luego quedó sana. Hizo Dios con ella conforme á la fé y esperanza que tuvo. Pero el otro Centurion, que tenia su criado paralítico, tuvo mas fé que ninguno de aquellos. Llégase al Redentor del mundo, y dícele: «Señor, mi criado está en la cama paralítico, pero no es menester que vos vayais allá para sanarle, ni que él venga acá y toque vuestra vestidura: estándose él allá, podeis vos mandarlo desde acá, y luego sanará (2).» ¡Mirad qué grande fé! "Mostró Cristo admiracion, y dice á los que le seguian: En verdad os digo que no he hallado tanta fé en Israel (3)." Y vuélvese al Centurion, y dícele: "Hágase conforme á tu fé (4)." Tuvo tanta confianza en Jesucristo, que con sola su palabra le podia sanar desde allí; y sánale desde allí con sola su palabra. Veis cómo se há Dios con nosotros, conforme á la confianza que tenemos en él, conforme á aquello del Real Profeta David: "Venga,

(1) Viri, quid haec facitis? et nos mortales sumus similes vobis homines. *Ib.* 14.
(2) Omnis locus, quem calcaverit pes vester, vester erit. *Deut.* XI, 14.
(3) Per vester utique spes vestra est; et quantumcumque illa processerit, obtinebit. *Cipr.*
(4) Bernard. *serm.* 15 *sup. Psalm.* Qui habitat.
(5) Domine, filia mea modo defuncta est; sed veni, impone manum tuam super eam, et vivet. *Matth.* IX, 18.

(1) Dicebat enim intra se: si tetigero tantum vestimentum ejus, salva ero. *Matth.* IX, 21.
(2) Sed tantum dic verbo, et sanabitur puer meus. *Matth.* VIII, 16.
(3) Audiens Jesus, miratus est, et sequentibus se dixit: amen dico vobis non inveni tantam fidem in Israel. *Ib.*
(4) Vade, et sicut credidisti fiat tibi. Et sanatus est puer in illa hora.

Señor, sobre nosotros vuestra misericordia segun que esperamos en vos (1)." Cuan hondo fuere el vaso de la confianza, tanta agua sacará, dice el bienaventurado San Cipriano.

Asi le aconteció tambien al Apóstol San Pedro, cuando Cristo Redentor nuestro le mandó que viniese á él sobre las aguas; que mientras no tuvo temor, anduvo por encima de la mar como si fuera tierra firme; y cuando temió, viendo un viento recio que se levantó, luego se comenzó á hundir. Y asi le reprendió Cristo de poca fé: "Hombre de poca fé, ¿porqué dudaste (2)?" Dándole á entender, que porque temió y desconfió, por eso se hundia. Esa es la causa por que algunas veces parece que nos anegamos y perecemos en las tentaciones y en los trabajos y negocios, por la poca confianza que tenemos, que si tuviésemos mucha confianza en Dios, él nos ayudaria y nos sacaria con bien de todos estos trances y nos haria muchas mercedes.

Cuando el rey Josafát se temió mucho de los moabitas y amonitas, que venian contra el pueblo de Dios, por ser grande la multitud de sus ejércitos, envióle Dios á decir por un Profeta: "No temais esa multitud, porque no es vuestra la guerra, sino de Dios. No sois vosotros los que habeis de pelear; solamente quiero que tengais ánimo y confianza, y vereis sobre vosotros el favor del cielo (3)." Y luego lo esperimentaron, porque estándose ellos quedos, destruyó Dios el ejército de los enemigos, haciendo que ellos mismos peleasen entre sí y unos á otros se matasen.

Pues consideremos aquí cuán poco nos pide el Señor para ayudarnos y darnos victoria de nuestros enemigos. Y asi en el Salmo XC no dá el Señor otra razon para amparar y librar á uno en el tiempo de la tribulacion, sino haber esperado y confiado en él: "porque esperó en mí, dice, le libraré; protegerle hé, porque conoció mi nombre (1)." Esclama maravillosamente San Bernardo sobre estas palabras: «¡Oh dulcísima liberalidad de Dios que no falta jamás á los que esperan y confian en él (2)!» "En vos, Señor, esperaron nuestros padres, y los librastes; acudieron y clamaron á vos, y fueron salvos; pusieron en vos toda su confianza, y no quedaron confundidos (3)." ¿Quién jamás llamó á Dios y puso su confianza en él que no fuese oido y socorrido de su Divina Magestad (4)? Dice el Sábio: "Echad los ojos por todas las naciones y por todos los siglos del mundo, y hallareis que nadie esperó en Dios que quedase confundido (5)."

Y mas, hay otra razon en esto, de que digimos largamente en la segunda parte (6), y asi aquí no haremos sino tocarla; y es, que cuando desconfiamos de nosotros y ponemos toda nuestra confianza en Dios, atribuímoslo todo á Dios, y hacémosle á él cargo de todo el negocio, y asi le obligamos mucho á que él haga su negocio y vuelva por su honra. Señor, este negocio de la conversion de las almas vuestro

---

(1) Fiat misericordia tua, Domine, super nos, quemadmodum speravimus in te. *Ps.* II, 22.

(2) Modicae fidei, quare dubitasti? *Matth.* XIV, 31.

(3) Nolite timere, nec paveatis hanc multitudinem: non est enim vestra pugna sed Dei. Non eritis vos, qui dimicabitis, sed tantummodo confidenter state, et videbitis auxilium Domini super vos. *II. Paralip.* XV, 20.

(1) Quoniam in me speravit, liberabo eum: protegam eum, quoniam cognovit nomen meum. *Psal.* XC, 14.

(2) O dulcissima liberalitas, in se sperantibus non deesse. *Bern. serm.* 15 *in Ps.* Qui habitat.

(3) In te speraverunt patres nostri: speraverunt, et liberasti eos: ad te clamaverunt, et salvi facti sunt: in te speraverunt, et non sunt confusi. *Ps.* XXII, 5.

(4) Quis invocavit eum, et despexit illum? *Eccl.* II, 12.

(5) Respicite, filii, nationes hominum; et scitote quia nullus speravit in Domino, et confusus est. *Eccl.* II, 11.

(6) Part. II, trat. 3, cap. 38; y trat. 4, cap. 15.

es, y no nuestro; porque nosotros, ¿qué parte somos para eso, si vos no moveis los corazones? Pues volved, Señor, por vuestra honra y haced vuestro negocio. Y son maravillosas para aqueste propósito aquellas palabras con que Josue importunaba á Dios y le hacia fuerza por la libertad de su pueblo: «A nosotros, Señor, muy bien nos está ser humillados y atropellados de nuestros enemigos, porque lo tenemos bien merecido (1); pero ¿qué será de vuestro nombre grande (2)? ¿Qué dirán las gentes viendo vuestro pueblo destruido y cautivo? Dirán que no los pudistes llevar á la tierra de Promision. Pues volved, Señor, por vuestra honra. No queremos la honra y gloria para nosotros, sino todo lo queremos para vos (3).» Por todas partes es gran medio para que el Señor nos haga mercedes, tener gran confianza en él, por lo mucho que esto le agrada (4).

Los que vivimos debajo de obediencia tenemos otra razon muy particular para tener mucha confianza que nos ayudará el Señor en nuestros ministerios, que es ser él el que lo manda y nos pone en ellos, y asi nos dará fuerzas para lo que nos mandare, y nos sacará bien de ellos (5). Cuenta la Sagrada Escritura (6) que mandó Dios á Moisés hacer el Tabernáculo, y el Arca del Testamento, y el propiciatorio que habia de estar sobre ella, y el altar y la mesa de la proposicion y otros muchos vasos que eran necesarios para servicio del Tabernáculo. Y dále Dios la traza de todo ello cómo habia de ser y la proporcion que habia de tener, y añade: «para que todo esto se haga bien y conforme á la traza que he dicho, he escogido á Beseleel y á Ooliab, y les he dado ciencia y sabiduría para que sepan hacer todo cuanto se pueda fabricar de oro, plata, piedras preciosas, metal, mármol y cualquier género de madera: ellos harán muy bien todo lo que te he dicho.» Pues si para hacer un Tabernáculo material tuvo Dios tanta cuenta de dar ciencia infusa á los artífices que le habian de labrar, ¿qué hará con los operarios y ministros del Evangelio que han de edificar y labrar el tabernáculo espiritual de las almas, que son templos vivos de Dios y morada del Espíritu Santo, y han de ensanchar y dilatar la casa y reino de Dios? Cuanto es mas lo espiritual que lo material y de mas estima delante de Dios, tanto mas habemos de confiar que nos dará todo lo que fuere necesario para que hagamos bien aquello para que él nos escogió. Y asi dice el Sagrado Evangelio: "Cuando estuviéredes delante de los príncipes y de los emperadores y grandes del mundo para responder y volver por la honra de Dios, no os turbeis pensando cómo los habeis de hablar, que Dios os enseñará entonces lo que habeis de hablar; porque no sois vosotros los que hablais, sino Dios es el que habla en vosotros (1)." Dice Cristo nuestro Redentor: "Yo os daré palabras y sabiduría, á la cual no puedan resistir ni contradecir todos vuestros adversarios (2)." Y vióse bien en el glorioso Proto-Mártir San Esteban, del cual se dice en los Actos de los Apóstoles (3), que todos los que disputa-

(1) Domino Deo nostro justitia, nobis autem confusio faciei nostrae. *Baruc.* I, 15.
(2) Et quid facies magno nomini tuo? *Josue* VII, 9.
(3) Non nobis, Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam. *Ps.* CXIII, 9.
(4) Beneplacitum est Domino super timentes eum, et in eis qui sperant super misericordia ejus. *Ps.* CXLVI, 11.
(5) Trat. 5, cap. 12.
(6) Exod. 30 et 31.

(1) Cum steteritis ante praesides, et reges propter me, nolite cogitare quomodo, aut quid loquamini; dabitur enim vobis in illa hora quid loquamini. Non enim vos estis qui loquimini, sed spiritus Patris vestri, qui loquitur in vobis. *Marc.* XIII, 11.
(2) Ego enim dabo vobis os, et sapientiam, cui non poterunt resistere, et contradicere omnes adversarii vestri. *Luc.* XXI, 15.
(3) Actuum IX, 10.

ban con él no podian resistir al espíritu y sabiduría con que hablaba.

## CAPITULO XVII.

### Cuánto desagrada á Dios la desconfianza.

Asi como con la confianza en Dios honramos y agradamos mucho á su Divina Magestad, y es medio para que nos haga muchas mercedes: asi por el contrario, una de las cosas de que mas se ofende Dios, y de que muestra mayor enojo y que con mayor severidad castiga, es la desconfianza, porque toca eso en su honra: y asi vemos que esta fué una de las cosas por qué Dios mas se enojó con los hijos de Israel y por qué mas los castigó. Cuenta la Sagrada Escritura (1), que cuando Moisés envió los esploradores á la tierra de Promision, vinieron espantados, y dijeron al pueblo que habian visto unos gigantes tan valientes, que ellos eran unas langostas en su comparacion, y que habian visto unas ciudades tan fuertes, tan muradas y torreadas, que no las podrian entrar. Y cayó con esto un desmayo en el pueblo y una desconfianza tan grande de poder alcanzar la tierra de Promision, que trataban ya entre sí, unos con otros, de elegir un capitan para tornarse á Egipto. Enojóse Dios grandemente con el pueblo, y dice á Moisés: "¿Hasta cuándo no ha de acabar de creer este pueblo ni fiarse de mí, habiendo visto tantas señales y maravillas como por ellos he hecho? Quiéroles enviar una pestilencia y acabarlos á todos de una vez (2)." Púsose Moisés de por medio, y suplicó á Dios que los perdonase; y dícele Dios: «Por amor de tí, yo los perdono ahora; empero todos los que vieron las maravillas y señales que hice en Egipto, y despues en el Desierto, y no han acabado de creer y fiarse de mí, no han de entrar en la tierra de Promision. Yo te prometo que ninguno de ellos la ha de ver de sus ojos.» Y como se lo juró asi lo cumplió (1). Seiscientos mil hombres fueron los que sacó Dios de Egipto, sin las mugeres y niños, y todos murieron en el desierto, que ni entraron en la tierra de Promision, ni la vieron de sus ojos, por la desconfianza que tuvieron. Solo Josué y Caleb, que tuvieron confianza de entrar y vencer los enemigos, y animaban al pueblo á ello, entraron, y los niños pequeños, que ellos habian dicho que habian de ser presos y cautivos de sus enemigos. Para que se vea cuánto aborrece Dios la desconfianza; y aun al mismo Moisés y Aaron, porque tocaron la piedra con la vara con alguna duda de sacar agua, habiéndoles dicho Dios que la sacarian, por esta desconfianza los castigó Dios en lo mismo. "Porque no creistes, ni fiastes de mí, tampoco vosotros entrareis en la tierra de Promision (2)." Víola Moises desde un monte, que estaba cerca, pero no entró en ella. Y le dice Dios: "Vístela con tus ojos, pero no entrarás en ella (3)." Como quien dice: «¿Vésla? pues no la gozarás.» Es negocio que toca á la honra de Dios esto de la desconfianza, y por eso la castiga de esa manera.

De aqui podemos sacar, lo primero, cuán malas son y cuánto desagradan á Dios unas desconfianzas y desmayos que suelen tener algunos, unas veces en las tentaciones, otras en cosas de su propio aprovechamiento, otras en los ministerios y nego-

(1) Numeror. XIII, et XIV.
(2) Usquequo detrahet mihi populus iste? quousque non credent mihi in omnibus signis, quae feci coram eis? Feriam igitur eos pestilentia, atque consumam. *Numeror.* XIV, 11.

(1) Numeror. I, 45; XIV, 22.
(2) Quia non credidistis mihi, ut sanctificaretis me coram filiis Israel, non introducetis hos populos in terram quam dabo eis. *Numeror.* XX, 10 *et* 12.
(3) Vidisti eam oculis tuis, et non transibis ad illam. *Deuter.* IV, 4.

cios en que les pone la obediencia, que parece que nacen de la humildad, y no nacen sino de soberbia; porque ponen los ojos en sí, pareciéndoles que por sus fuerzas, industrias y diligencias habian de poder aquello, lo cual es gran soberbia. Lo segundo, habemos de sacar de aqui que en todos nuestros negocios, necesidades y trabajos, lo primero ha de ser acudir á Dios y poner en él toda nuestra confianza. No ha de ser lo primero poner los ojos en los medios humanos y en nuestras diligencias é industria, y lo postrero acudir á Dios, que ese es un abuso grande que hay en el mundo; que lo primero es poner los ojos en los medios humanos é intentarlos todos sin acordarse de Dios; y despues, cuando en eso no hallan remedio, y tienen ya el negocio como desahuciado, acuden á él, y por eso permite el Señor que nos falten esos mismos medios humanos que ponemos y en que confiamos, como lo dijo él al rey Asá: "Porque pusiste tu confianza en el rey de Siria, y en su ejército y socorro, y te olvidaste de Dios, por eso te faltó su ejército (1)." Oféndese y agráviase Dios de que tomemos otro arrimo sino á él. Luego se nos han de ir los ojos á Dios, y una de las principales cosas que habemos de procurar en la oracion, ha de ser asentar en nuestro corazon esta confianza grande en Dios; pues vamos á ella á plantar y asentar virtudes en nuestra alma, y una de ellas, y muy principal y necesaria, es esta. Y no habemos de parar hasta que el corazon esté habituado á acudir luego á Dios en todas las cosas y confiar en él, y no se vaya á buscar el remedio á otra parte, sino á Dios, y que este sea todo nuestro refugio y amparo, y toda nuestra confianza; conforme á aquellas palabras de Josafát, rey de Israel, que las habíamos de traer siempre en la boca y en el corazon: "Como no sepamos lo que nos conviene hacer, solamente nos queda este remedio de acudir á vos, Señor, que sois nuestro refugio y amparo (1)." "Bienaventurado el que pusiere toda su confianza en Dios (2)."

(1) Quia habuisti fiduciam in rege Syriae, et non in Domino Deo tuo, idcirco evasit Syriae Regis exercitus de manu tua. *II. Paralip.* XVI. 7.

## CAPITULO XVIII.

Que no habemos de desmayar, ni desanimarnos, aunque veamos que se hace poco fruto en los prójimos.

Quéjase el Profeta Miqueas en las siguientes palabras del poco fruto que hacia con sus sermones en el pueblo de Israel: "Ay de mí, dice (3), que me ha acontecido lo que suele acontecer á los que en el otoño, despues de hecha la vendimia, van á coger la rebusca; que pensando hallar algo, no hallan ni un cencerron." De lo mismo se queja el Profeta Isaías, diciendo: "La ciudad quedó hecha un páramo, y la calamidad oprimirá sus puertas. Porque estas cosas serán en medio de la tierra, en medio de los pueblos, como si algunas pocas aceitunas, que quedaron, se sacudieran de la oliva, y algunos rebuscos, despues de acabada la vendimia (4)." Una de las cosas que suele desconsolar y desanimar mucho á los que tratan de ayudar y aprovechar á los prójimos, es ver el poco fruto que se hace con los sermones y con los demas me-

(1) Cum ignoremus quid agere debeamus, hoc solum habemus residui, ut oculos nostros dirigamus ad te. *II. Paral.* XX, 12.

(2) Beatus vir, cujus est nomen Domini spes ejus. *Ps.* XXXIX, 5.

(3) Vae mihi, quia factus sum sicut qui colligit in autumno racemos vindemiae: non est botrus ad comedendum. *Mich.* VII, 1.

(4) Relicta est in urbe solitudo, et calamitas opprimet portas. Quia haec erunt in medio terrae, in medio populorum: quomodo si paucae olivae, quae remanserunt, excutiantur ex olea; et racemi, cum fuerit finita vindemia. *Isai.* XXIV, 12.

dios que toman para eso. ¡Cuán pocos se convierten, cuán pocos se aprovechan y enmiendan, y cuán pocos perseveran! Por ser esta una queja y tentacion muy comun, satisfaremos aquí á ella, y servirános de un medio muy bueno para animarnos y alentarnos en nuestros ministerios.

San Agustin trata muy bien este punto, y va respondiendo y satisfaciendo á esta queja con el ejemplo de Cristo nuestro Redentor y Maestro. ¿Por ventura, dice (1), el Hijo de Dios predicó á solos los discípulos, ó á sola la gente que habia de creer en él? ¿No vemos que predicaba tambien á sus enemigos que venian á tentarle y á buscar en qué calumniarle? ¿O predicaba por ventura solamente cuando tenia mucha gente y muy grande auditorio? ¿No le veis predicando á una sola muger, baja, samaritana, moza de cántaro, y estar tratando con ella aquella cuestion de la oracion, si habia de ser en el templo, ó si podia ser fuera de él (2)? Empero direis: esa sabia él que habia de creer y aprovecharse de su plática y sermon. Es verdad, dice San Agustin; pero ¿qué direis de tantas veces que trató y predicó á los judíos, fariseos y saduceos, que no solo no habian de creer, sino que habian de calumniarle y perseguirle? Unas veces les preguntaba, para convencerlos con sus mismas respuestas; otras, respondia á sus preguntas, aunque sabia que las hacian para tentarle. Ninguno de estos leemos que se haya convertido con esto (3). Y muy bien sabia él lo que habia de ser; mas para darnos ejemplo, quiso predicar á aquellos que sabia que no se habian de convertir ni aprovechar con su predicacion, sino por ventura empeorar, para enseñarnos á nosotros, que no sabemos si los que tratamos se convertirán ó no, que no desistamos de predicar y confesar, y hacer lo que es de nuestra parte, ni nos desanimemos por no ver luego al ojo el fruto. Por ventura está ahí alguna alma predestinada por medio de esa vuestra predicacion, y el Señor tocará su corazon por medio de esa vuestra plática ó sermon: y aunque os parezca que no se convierten, ni aprovechan, quizá despues se convertirán y aquella semilla de la palabra de Dios, que cayó en su corazon, dará despues fruto como suele acontecer; y asi nunca habemos de dejar de hacer lo que es de nuestra parte para ayudar á los prójimos.

Gerson, en un tratado que hace: *De parvulis trahendis ad Christum*, habla muy bien en esto contra los que desmayan y se desaniman para confesar y tratar á cierto género de gente; porque les parece que no perseveran, y que se vuelven á sus pecados, y que lo que se trabaja con ellos es tiempo perdido y como quien lo echa en saco roto. Va allí Gerson animando y exhortando á los confesores que se apliquen á confesar muchachos, y dice que hay grande fruto en ello; porque estos están entre dos caminos, y seguirán aquel en que les pusieren, y serán del primero que los previniere; si les previenen de parte del demonio y del mundo, eso seguirán; y si de parte de Dios, tambien: y asi importa mucho mostrarles el camino de la virtud é imponerles en él al principio, porque con eso se quedarán. Y responde á la objecion y escusa de algunos que no quieren confesar á estos, diciendo que es tiempo perdido el que se gasta con ellos, porque no tienen capacidad para lo que se les dice, y en acabándose de confesar, luego se vuelven á sus costumbres, y se van á jugar y reñir unos con otros, como si no les hubieran dicho nada. Dice Gerson: si porque luego se vuelvan á sus

(1) Aug. *lib.* 1, *contra Cresconium grammaticum, cap.* 8.
(2) Joann. IV, 20.
(3) Quod cum faceret, nullum ex his legitur ad eum sequendum fuisse conversum. *Aug.*

mañas y costumbres malas no les quereis confesar, de esa manera no confeseis tampoco á los grandes, porque esos tambien, en acabando de confesar, se vuelven luego al vómito y á pecados bien diferentes de los que suelen cometer los muchachos; porque estos muchas veces no llegan á mortales, y esotros sí. ¡Bueno seria por cierto que diésemos de mano á los penitentes y los dejásemos de confesar, porque luego vuelven á caer en los mismos pecados! No los habemos de dejar de confesar por eso, dice Gerson, ni á los grandes ni á los pequeños, como ellos tengan propósito verdadero de no tornar á ellos; y trae dos comparaciones muy buenas para esto. ¿Por ventura, cuando la nave hace agua, el que dá á la bomba deja de dar y sacar por ver que luego se torna á entrar otra tanta? Y tampoco dejamos de lavar las manos por ver que luego se han de tornar á ensuciar (1). Es menester dar á la bomba, aunque veamos que luego se torna á entrar otra tanta agua; porque, sino, se hundiria la nave, y con eso no se hunde. Y es menester lavar las manos muchas veces, aunque luego se hayan de tornar á ensuciar, porque no se arraigue la suciedad, y asi sea despues dificil de quitar. Pues de la misma manera no habemos de dejar de confesar y ayudar á los penitentes por ver que luego se vuelven á los mismos pecados; porque si lo dejásemos, se acabarian del todo de perder, y con eso se entretienen y no se dan á rienda suelta á los vicios, y al fin hay esperanza de su salvacion.

Es muy buen ejemplo para esto el que leemos de nuestro bienaventurado Padre San Ignacio (2). Entre otras santas obras, en que se ocupaba, dió tambien en remediar malas mugeres, y asi procuró que se instituyese en Roma una nueva casa, en que fuesen recibidas las que deseaban salir de aquella torpe y miserable vida; porque aunque habia para ellas un monasterio de arrepentidas, pero en aquel no se admitian sino las que querian entrar por monjas, y muchas de estas malas mugeres, aunque deseen salir de aquel mal estado, no sienten en sí fuerzas para seguir tanta perfeccion; y otras, por ser casadas, aunque quieran no pueden; y asi para las unas como para las otras, procuró que se hiciese un monasterio de Santa Marta. Y porque ninguno queria comenzar esta obra, aunque se ofrecian muchos á ayudar, comenzó nuestro Padre de su pobreza, en tiempo que tenian harta necesidad, con cien ducados que hizo de unas piedras que mandó vender al procurador para esto. Y andaba con tanto fervor en esta obra, que no le impedia de eso el oficio de general que tenia; tanto, que él mismo en persona las acompañaba por medio de la ciudad de Roma, cuando se apartaban de su mala vida, y las llevaba al monasterio de Santa Marta ó á alguna otra casa honesta, donde las recogia. Y decianle algunos que para qué perdia su tiempo y trabajo en procurar el remedio de estas mugeres, que como tenian hechos callos en los vicios, fácilmente se tornaban á ellos. A los cuales respondia él: «No tengo yo por perdido este trabajo, antes os digo que si yo pudiese con todos los trabajos y cuidados de mi vida hacer que alguna de estas quisiese pasar sola una noche sin pecar, yo los tendria todos por bien empleados á trueque de que en aquel breve tiempo no fuese ofendida la magestad de mi Criador y Señor, puesto caso que supiese cierto que luego se habia de volver á su torpe y miserable costumbre. De manera, que aunque supiésemos de cierto que los penitentes, y

(1) Nunquid sentinam navis exhauriens, idcirco deserit opus, quia redit tantumdem aquae, quantum expulerit?—Si quotidie manus sordidantur, non minus abluimus illas, quia etsi redeant sordes, non ea tenacitate cohaerescunt. *Gers.*

(2) Lib. 3, *cap. 9 de la vida de N. P. S. Ignacio.*

aquellos que tratamos, se habian de volver luego á sus pecados, por solo que estuviesen sin pecar siquiera una hora, y por evitar un solo pecado mortal, habíamos de dar por muy bien empleado el trabajo de toda nuestra vida: y ese es verdadero celo de la honra y gloria de Dios. El que cava buscando algun tesoro, primero saca alguna tierra, y todo lo da por bien empleado por hallar un poco de oro.

Empero pasemos mas adelante: demos que nadie se convirtiese, ni cesase de sus pecados, ni aun por sola una hora; con todo eso, no habemos de dejar de predicar y hacer lo que es de nuestra parte para ayudar á nuestros prójimos. San Bernardo dice esto muy bien, escribiendo al Papa Eugenio (1), que habia sido monge y discípulo suyo. Vále exhortando á que reforme el pueblo romano y la curia; y despues de haberle exhortado mucho á esto, pone esta objecion: «Mas por ventura te reirás de mí diciendo que es por demas tomarse con el pueblo romano, gente proterva y soberbia y amiga de tumultos, guerras y disensiones; gente intratable, indómita y que no sabe estar en paz, ni sujetarse á nadie, sino cuando no puede resistir: y asi no hay que esperar, y será trabajar en vano.» Responde maravillosamente el Santo: «No desconfies por eso, porque no te piden que los sanes, sino que tengas cuidado de ellos y de aplicar los medios y medicinas que conviene para su remedio (2).» Eso es lo que nos pide el Espíritu Santo por el Sábio: "Hánte hecho rector y superior de otros; ten cuidado de ellos (3)." No dijo: «Cúralos, ó sánalos: *cura vel sana illos*: no está obligado el superior á curar y remediar con efecto las faltas de sus súbditos, porque eso no está en su mano. Muy bien dijo el otro (4) que no está en manos del médico sanar siempre al enfermo, ni consiste en eso el ser buen médico, ni el hacer bien su oficio.» Mas dejemos, dice (2), los testimonios de los estraños, pues los tenemos mejores de los nuestros. El Apóstol San Pablo dice: "He trabajado mas que todos (3)." No dijo: he hecho mas fruto que todos, porque sabia muy bien, como quien habia sido enseñado de Dios, que cada uno recibirá el premio y galardon conforme á su trabajo (4), no conforme al suceso ó fruto que se hiciere; y por eso se gloría el Apóstol en sus trabajos y no en el fruto. Y asi dijo tambien en otra parte: "En muchos trabajos (5)." Pues asi haz tú lo que es de tu parte; planta, riega, labra y cultiva la viña del Señor, y con esto habrás cumplido con lo que está á tu cargo. El crecimiento y fruto no está á tu cuenta, el Señor lo dará cuando él fuere servido; y si por ventura no quisiere darlo, tú ninguna cosa perderás por eso; porque Dios paga y da el premio y galardon á cada uno conforme á sus obras y trabajos (6), y no conforme al suceso y fruto que se sigue. «¡Oh dichoso y seguro trabajo, que no se disminuye ni se menoscaba con ningun suceso que acontezca; aunque ningun fruto se haga, aunque nadie se convierta ni enmiende, tú tendrás tu galardon tan lleno y

(1) Bern. *lib. 4 de Consideratione ad Eugenium.*
(2) Noli diffidere: curam exigeris, non curationem. *Ib.*
(3) Rectorem te posuerunt; curam illorum habe. *Eccl.* XXXII, 1.

(1) Non est in medico semper, ut relevetur aeger.
(2) At melius propono de tuis tibi. Paulus loquitur: abundantius illis omnibus laboravi. Non ait plus omnibus profui, aut plus omnibus fructificavi. *Bern. loc. cit.*
(3) I. ad Cor. XV, 10.
(4) Unusquisque autem propriam mercedem accipiet secundum suum laborem. *I. ad Cor.* III, 8.
(5) In laboribus plurimis. *II. ad Cor.* XI, 23.
(6) Dicente Scriptura: reddidit justis mercedem laborum suorum. *Sapientiae* X, 17.

tan cumplido como si se convirtieran muchos y se hiciera grande fruto (1)!»

Esto he dicho, dice San Bernardo, sin perjuicio de la bondad y omnipotencia de Dios; porque aunque mas endurecido esté el corazon del pueblo, poderoso es Dios para hacer de piedras y corazones empedernidos hijos de Abraham (2). Y ¿quién sabe si lo hará? ¿quién sabe si volverá Dios aquellos sus ojos de misericordia y nos dejará su bendicion (3)? Pero no trato ahora, dice, de lo que ha de hacer Dios, porque no nos conviene á nosotros escudriñar sus altos juicios; sino lo que pretendo es persuadir á los que tienen oficio de acudir á los prójimos, que no dejen de hacer todo lo que pudieren en eso, por parecerles que no se hace fruto; pues no depende de eso nuestro merecimiento ni nuestro premio, sino de hacer nosotros lo que debemos á nuestro oficio y de hacerlo con la diligencia y cuidado que debemos. Fuera de esto, por otras dos razones conviene mucho que, aunque ninguno se hubiese de convertir y ningun fruto se hubiese de hacer, con todo eso perseveremos y no cesemos de predicar y trabajar y hacer todo lo que es de nuestra parte en ayuda de los prójimos, como si se convirtiesen y aprovechasen muchos. Lo primero, conviene esto á la misericordia y grandeza de Dios. Dice bien San Crisóstomo: las fuentes no dejan de correr, aunque no venga nadie á coger agua; y es grandeza de una ciudad que esté el agua sobrada y se derrame y pierda por su abundancia. Pues de la misma manera los predicadores, que son las fuentes por donde ha de correr el agua de la doctrina del Evangelio, no han de dejar de predicar y derramar la palabra de Dios, ahora vengan muchos, ahora pocos á coger de esta agua: y esa es la magnificencia de Dios y la grandeza de su bondad y misericordia, que haya tanta abundancia de doctrina en la Iglesia que siempre estén manando y corriendo las fuentes para quien tuviere sed y quisiere beber. "Todos los que teneis sed, venid á las aguas; y los que no teneis plata daos priesa, venid y comprad, y comed, sin precio, ni dinero, vino y leche (1)."

Lo segundo, conviene esto tambien á la justicia de Dios, porque si los hombres no se aprovecharen y convirtieren con tantos avisos, pláticas y sermones, á lo menos servirá eso para justificar mas la causa de Dios (2). Quiere Dios justificar muy bien su causa con los pecadores, y que vean que no queda por él, sino por ellos, para que no tengan escusa, ni de qué quejarse, sino de sí mismos, viendo los muchos medios y ayudas que tenian; y que aun cuando ellos no querian venir á oir el sermon, les iban á predicar á las plazas. Y asi se pone Dios á dar razon y satisfaccion á su pueblo de lo que habia hecho por él, diciendo por Isaías: "¿Qué mas habia yo de hacer con mi viña, de lo que he hecho? Yo la planté, yo la cerqué, yo edifiqué una torre en medio de ella para su defensa, y despues, en lugar de uvas, dió agrazones. Pues juzgad ahora entre mí y mi viña, y mirad por quien queda el dejar de dar frutos (3)." No es poco, sino mucho, que sirvais vos de hacer las

(1) Securus labor, quem nullus valet evacuare defectus. *Bern. ubi sup.*

(2) Potens est Deus de lapidibus istis suscitare filios Abrahae. *Matth.* III, 9.

(3) Quis scit si convertatur, et ignoscat, et relinquat post se benedictionem? *Joelis* II, 14.

(1) Omnes sitientes venite ad aquas, et qui non habetis argentum, properate, emite, et comedite: venite, emite absque argento, et absque ulla commutatione vinum, et lac. *Isaiae* XLV, 1.

(2) Ut justificeris in sermonibus tuis, et vincas cum judicaris. *Ps.* L, 6.

(3) Quid est quod debui ultra facere vineae meae, et non feci?.... Et expectavi ut faceret uvas, et fecit labruscas..... Nunc ergo habitatores Jerusalem, et viri Juda, judicate inter me, et vineam meam. *Isaiae* V, 2, 3 *et* 4.

partes de Dios y de justificar su causa con los pecadores el dia del juicio. Vuestros sermones y avisos acusarán y convencerán y condenarán á los malos, que no tendrán qué responder.

De manera, que por cualquier parte que tomemos este negocio, conviene nunca cesar de hacer todo lo que es de nuestra parte en ayuda de los prójimos, ahora se conviertan y aprovechen, ahora no. Dice muy bien San Agustin (1), sobre aquella parábola de los convidados (2), hablando de aquel siervo que por mandado de su señor salió á convidar á la cena, y algunos no quisieron venir; ¿por ventura aquel siervo será contado entre los perezosos, porque los otros no vinieron á la cena? No por cierto, sino entre los diligentes y cuidadosos, porque él ya hizo lo que le fué mandado: ya los convidó, ya los rogó é hizo lo que era de su parte para que viniesen á la cena; no quisieron venir, ellos serán los castigados, que el siervo no será sino premiado por su buena diligencia como si todos hubieran venido. De lo que Dios nos pedirá á nosotros cuenta es si hicimos todo lo que podíamos y debiamos para que se aprovechasen los prójimos: que el otro se aproveche, eso bueno es, y todos lo habemos de desear y holgarnos mucho de eso, como leemos en el Sagrado Evangelio (3) que se regocijó Cristo nuestro Redentor en espíritu cuando viniendo los discípulos de predicar habian hecho grande fruto; pero, al fin, no está eso á nuestra cuenta, sino á cuenta del otro. Cada uno ha de dar cuenta á Dios de lo que le toca; nosotros daremos de si hicimos bien nuestro oficio y todo lo que era de nuestra parte para aprovechar á los prójimos, y ellos la darán, y muy estrecha, de cómo se aprovecharon de eso.

De manera, que no depende nuestro merecimiento, ni la perfeccion de nuestra obra de que el otro se aproveche ó no: antes podemos añadir aqui otra cosa para nuestro consuelo, ó por mejor decir, para consuelo de nuestro desconsuelo; y es, que no solamente no depende nuestro merecimiento y nuestro premio y galardon de que los otros se conviertan y de que se haga mucho fruto, sino que en cierta manera podemos decir que hacemos y merecemos mas cuando no hay nada de eso que cuando se vé el fruto al ojo: al modo que solemos decir, tratando de la oracion, que mas hace el que persevera en ella, cuando no tiene devocion, sino sequedad y distraccion, que el que persevera en ella teniendo devocion y consuelo; porque ver el predicador que es muy oido y seguido de la gente, y que se aprovechan y convierten muchos con sus sermones, es un gusto y consuelo muy grande, y que alienta y anima mucho, y hace que no se sienta el trabajo, como lo nota muy bien San Gregorio (1); y por el contrario, dice, el ver que no se aprovechan los oyentes, ni se hace fruto ninguno, es de suyo gran desconsuelo y gran dolor; y así no se le quebrar á uno las alas con esto, sino perseverar y trabajar como si le oyera todo el mundo y se aprovecharan mucho de su trabajo, es cosa de mucha perfeccion, y en que se ve bien que lo que se hace se hace puramente por Dios (2).

Pues con esta puridad y perfeccion habemos de procurar hacer nuestros ministerios, no poniendo los ojos principalmente en el fruto y buen suceso de las obras, sino en hacer en ellas la voluntad de Dios,

(1) Aug. *lib. de fide, et operibus.*
(2) Matth. XXII, 3.
(3) Luc. X, 22.

(1) Greg. *lib.* 35 *Moral., cap.* 11.
(2) Part. I, trat. 3, cap. 11.

y en hacerlas lo mejor que pudiéremos para agradar á Dios, porque eso es lo que su Divina Magestad nos pide y quiere de nosotros. Y de esta manera no nos impedirá el trabajar, ni nos hará desmayar el poco fruto ó el ruin suceso, ni nos turbará, ni quitará nuestra paz, ni nuestro contento, como les suele acaecer á los que llevan muy puestos los ojos en el fruto y en el buen suceso de la obra.

## TRATADO SEGUNDO.

### De los votos esenciales de la Religion y bienes grandes que hay en ella.

#### CAPITULO I.

Que la perfeccion del religioso consiste en la perfecta guarda de los votos que hace de pobreza, castidad y obediencia.

Antes que vengamos á tratar en particular de cada uno de estos votos, diremos algunas cosas generales acerca de ellos; y sea lo primero, que estos tres votos son los medios principales que la Religion tiene para alcanzar la perfeccion. Santo Tomás dice (1) que el religioso está en estado de perfeccion, y es comun doctrina de los doctores y Santos, tomada de San Dionisio Arcopagita. No quieren decir que en siendo uno religioso luego es perfecto, sino que profesa que camina á la perfeccion (2). Dice el glorioso Santo Tomás: «No profesa el religioso ser ya perfecto, como lo profesa el obispo; porque para ese estado requiérese que preceda la pefeccion; pero para el estado de religioso no es menester que preceda, basta que se siga.» Y colige muy bien Santo Tomás esta diferencia, del estado del religioso y del obispo, de las palabras de Cristo nuestro Redentor en el Evangelio; porque dando el consejo de la pobreza voluntaria, que profesa el religioso, no supone que aquel á quien le da sea perfecto, sino que lo será si guarda estos consejos. No dijo: «Si eres perfecto, vé y vende lo que tienes;» sino: "Si quieres ser perfecto (1).» Pero para hacer prelado á San Pedro, pregúntale (2), no solo si le ama, sino si le ama mas que los demas; y eso, no solo una, sino segunda y tercera vez, para dar á entender la caridad y perfeccion grande que para este oficio se requiere. De manera, que asi el estado del obispo como el del religioso son estados de perfeccion; pero diferentemente, porque aquel presupone la perfeccion, y no la da; pero el estado de religioso no supone la perfeccion, pero dála. No estais obligado á ser perfecto luego en siendo religioso; pero estais obligado á aspirar á la perfeccion y á

(1) S. Thom. 2.-2., *quaest.* 184, *art.* 5.
(2) Non quasi profitentes se ipsos perfectos: sed profitentes se ad perfectionem tendere. *Dion. cap.* 5. *de caelesti Hierarch.*

(1) Si vis perfectus esse. *Matth.* XIX, 21.
(2) Joann. XXI, 15.

tratar de ella y procurarla. Y traen para esto aquello de San Gerónimo: «El religioso no puede ser perfecto en su tierra. El religioso muy amigo de su tierra y muy pegado á sus parientes no lleva buen camino para ser perfecto; no querer serlo, ni procurarlo, ni tratar de eso es delito en él, porque falta en lo que debe y es obligado á su estado (1).» Y San Eusebio Emiseno dice: «Gran cosa es entrar uno en Religion; empero el que despues de entrado no trata de perfeccion, gran riesgo y peligro corre de incurrir en condenacion (2).» Y así dice Santo Tomás (3) que el religioso que no pretende alcanzar la perfeccion, ni trata de eso, es religioso fingido, porque no trata ni procura aquello que profesa y á que vino á la Religion. Es menester que concuerde la vida con el nombre que tenemos (4).

Pues los medios principales, que la Religion tiene para alcanzar la perfeccion, son los tres votos esenciales que hacemos, de pobreza, castidad y obediencia. Santo Tomás declara esto muy bien: de tres maneras, dice (5), se puede considerar el estado de la Religion. Lo primero, en cuanto es un ejercicio para caminar á la perfeccion, y para eso es menester apartar de sí aquellas cosas que podian impedir y detener el corazon, para que se emplee todo en amar á Dios, en lo cual consiste la perfeccion, y estas son tres cosas principales: la primera, la codicia de los bienes esteriores, y este impedimento se quita por el voto de la pobreza; la segunda, el deseo de los deleites sensuales, y este impedimento se quita con el voto de la castidad; la tercera, el desórden de nuestra voluntad, y este se quita por el voto de la obediencia. Lo segundo, se puede considerar el estado de la Religion en cuanto es un estado muy quieto y libre de los cuidados de las cosas del mundo: conforme á aquello que dice el Apóstol San Pablo: "Quiero que todos esteis sin solicitud y sin congoja (1)." Y eso se alcanza muy bien con estos tres votos; porque esa solicitud é inquietud procede principalmente de la hacienda, y esa quítase por el voto de la pobreza; de la gobernacion de los hijos y familia, y esa quítase por el voto de la castidad; de la disposicion de sí mismo, de sus propios actos y ocupaciones, ¿en qué me ocuparé? ¿qué oficio ó lugar me estará bien? y este cuidado quítase por el voto de la obediencia, por el cual se pone uno en las manos del superior, que está en lugar de Dios, para que haga de él lo que le pareciere. Lo tercero, se puede considerar el estado de la Religion en cuanto es un holocausto por el cual se ofrece uno á sí y á todas sus cosas del todo á Dios. Y esto se hace cumplidamente con los tres votos; porque todos los bienes que acá tenemos, se reducen á tres géneros (2): unos son esteriores, de hacienda y riquezas, y estos renunciamos y ofrecemos á Dios por el voto de la pobreza; otros son bienes y deleites del cuerpo, y estos renunciamos y ofrecemos por el voto de la castidad; otros son bienes interiores del ánima, y estos le ofrecemos por el voto de la obediencia, por el cual renunciamos nuestra voluntad y entendimiento, entregándole y sujetándole al superior en lugar de Dios. De manera, que

(1) Monachum perfectum in patria sua esse non posse; perfectum autem esse nolle, delinquere est. *Hieron. epist. I. ad Heliodorum.*

(2) Venire ad eremum summa perfectio est. Non perfecte in eremo vivere summa damnatio est. *Euseb. Emis. hom. 9 ad Monach.*

(3) S. Thom. *ubi supra.*

(4) Concordet illorum vita cum nomine; professio sentiatur in opere. *Ib.*

(5) S. Thom. 2.-2., *quaest.* 186, *art.* 7.

(1) Volo autem vos sine sollicitudine esse. *I. ad Cor.* VII, 12.

(2) Aristot. *I. Ethicorum.*

por cualquier parte que lo miremos, hallaremos que estos tres votos, que ofrecemos á Dios, son los principales medios que tiene la Religion para alcanzar la perfeccion.

En las Crónicas de la Orden de los Menores se cuenta (1) que se le apareció una vez Cristo nuestro Redentor al bienaventurado San Francisco, y mandóle que le hiciese tres ofertas. Él respondió: «Señor, vos sabeis que todo me he ofrecido ya á vuestra Magestad, y todo soy vuestro, y no tengo del mundo sino este hábito y esta cuerda, lo cual tambien es vuestro. ¿Pues qué podré yo ofrecer á vuestra inmensa Magestad? Querria yo, Señor, tener otro corazon y otra alma que os poder ofrecer. Y pues mandais que os ofrezca, dadme, Señor, qué, para que os pueda servir y obedecer.» Díjole el Señor: «Entra la mano en el seno, y ofréceme lo que hallares.» Hízolo así, y halló en el seno una moneda de oro, tan grande y tan hermosa cual nunca jamás habia visto. Y luego estendió el brazo y se la ofreció al Señor. Mandóle lo mismo por segunda y tercera vez; y obedeciendo el Santo, sacó cada vez de su seno otra moneda como la primera, y ofrécesela al Señor: el cual le declaró que aquellas tres ofertas significaban la dorada obediencia, y la preciosa pobreza, y la hermosa castidad. «Las cuales, dice, el Señor por su misericordia me hizo merced que se las ofrezca tan perfectamente que en la guarda de ellas ninguna cosa me reprende la conciencia.» Pues ofrezcamos nosotros á Dios estos tres votos, de tal manera, que en ninguna cosa nos reprenda la conciencia en la guarda de ellos. ¡Oh! ¡quién pudiese decir no solo con San Francisco, sino con el Santo Job: "No me ha reprendido, ni remordido mi corazon en toda mi vida (2)!"

(1) Part. I, lib. 2, cap. 73 de la *Crónica de San Francisco*.

(2) Neque enim reprehendit me cor meum in omni vita mea. *Job.* XXV, 6.

## CAPITULO II.

### Por qué se hacen y confirman estas cosas con voto.

Pero dirá alguno; «¿para qué se hace esto con votos, pues pudiera uno guardar pobreza, castidad y obediencia sin ellos?» A esto responde muy bien Santo Tomás (1) y todos los teólogos, que fué necesario que en la Religion se hiciese esto con votos; porque en ellos consiste esencialmente la Religion, y de ellos le viene el ser estado de perfeccion; y si no se hiciese eso con votos, no seria Religion, ni estado de perfeccion. La razon de esto es, porque para ser uno estado de perfeccion requiérese una obligacion perpétua á las cosas de perfeccion; porque estado dice de sí una cosa estable, firme y permanente; como decimos estado de matrimonio por el vínculo perpétuo que trae consigo. De la misma manera, para estar uno en estado de perfeccion, es menester obligacion perpétua á la perfeccion, y esto hacen los votos en la Religion. Esa, dice Santo Tomás (2), que es la diferencia que hay de los curas á los obispos: por lo cual estos están en estado de perfeccion, y aquellos no; porque los curas no se obligan al cuidado de las almas con voto, ni obligacion perpétua, sino que lo pueden dejar cuando quisieren: pero los obispos están en estado de perfeccion, porque tienen una obligacion perpétua al oficio pastoral, que no la pueden dejar sino es con licencia y autoridad del Papa. Pues esta es tambien la diferencia que hay de la perfeccion del seglar á la del religioso; bien puede ser que allá en el mundo uno sea mas perfecto que un religioso; pero con todo eso, aquel no está en estado de perfeccion, y el religioso sí. Porque aquella perfeccion del seglar no está confirmada con votos como la del re-

(1) S. Thom. 2.-2., *quaest.* 184 *art.* 5; *et q.* 186, *art.* 6.

(2) S. Thom. 2.-2., *quaest.* 184, *art.* 6.

ligioso, y asi no tiene aquella firmeza y estabilidad en el bien que tiene el religioso por razon de su estado. Hoy es casto y tiene buen propósito, y mañana vuelve atrás: pero el religioso, aunque no sea perfecto, está en estado de perfeccion, porque está atado y obligado á ella con votos perpétuos de cosas que pertenecen á la perfeccion y ya no puede volver atrás.

De aqui es lo que respondió un Santo (1). Preguntáronle si podia uno, estándose en el mundo, alcanzar la gracia de Dios y la perfeccion. Y respondió: «Si puede, pero mas querria yo un grado de gracia en la Religion que diez en el mundo; porque la gracia en la Religion fácilmente se conserva y aumenta, porque en ella vive el hombre apartado del tumulto y perturbacion del mundo, que es enemigo capital de la gracia, y el ejemplo de los hermanos espirituales incita y espolea á la virtud y á la perfeccion, y á otras muchas cosas que ayudan para eso. Y todo lo contrario se halla en el mundo; y asi la gracia que uno tiene allá en el siglo, fácilmente se pierde y con mucha dificultad se conserva. De donde se infiere, dice el Santo, que vale mas tener menor gracia, que esté segura y guardada con tantos y tan grandes reparos que la acrecientan en la Religion, que otra mucho mayor con tan evidente peligro como hay en el mundo.»

De aqui se entenderá tambien la tentacion de algunos novicios, que les parece que allá en el mundo tendrán su oracion y recogimiento como acá y que serán muy ejemplares. Engáñales el demonio para quitarles lo que tienen y sacarles de la Religion. Porque allá en el mundo comenzará uno á ser muy devoto, á confesar cada ocho dias, á tener oracion, á apartarse de ocasiones para guardar castidad; y como se quedó con su libertad, y no se obligó con obligacion perpétua, y se le ofrecen tantos estorbos é impedimentos, mañana deja la oracion, esotro la confesion, otro dia se distrae con la conversacion, y otro lo pierde todo. Cada dia esperimentamos esto; pero el religioso no puede dejar esas cosas, ni volver atrás de la profesion y estado en que le pusieron los votos, que son aquellas tres ataduras, de que dice el Espíritu Santo: "Con dificultad se rompe ó desata lo que está ligado y atado con estos tres cordeles (1)."

De manera, que estos tres votos son los que hacen que este modo de vida sea Religion y estado de perfeccion. Y asi dicen los Santos (2) que los Apóstoles, enseñados por Cristo, en sí mismos hicieron principio y echaron estos fundamentos de la Religion, ofreciéndose á Cristo nuestro Señor con votos, cuando dejando todas las cosas le siguieron; y que por tradicion suya, derivada de Cristo, se tiene y usa en la Iglesia Católica que los religiosos se dediquen á Dios con estos tres votos.

## CAPITULO III.

De otros bienes y provechos grandes que trae consigo el obligarse con votos.

Fuera de lo dicho, tienen otra cosa los votos de grande utilidad y provecho, que lo que se hace con votos es mucho mas loable y de mayor valor y merecimiento delante de Dios que lo que se hace voluntariamente sin ellos. Tres razones da de

(1) El santo Fr. Gil, en la *Crónica de San Francisco*, part. I, lib. 7, cap. 20.

(1) Funiculus triplex difficile rumpitur. *Eccles.* IV, 12.

(2) Aug. *lib.* 14 *de Civitate cap.* 4.—Hieron.—S. Thom. 2—2., *quaest.* 88, *art.* 4 *ad* 3.—Uvaldensis, *late ex Dionisio lib. de Ecclesiastica Hierarch. cap.* 6.

esto Santo Tomás muy buenas (1). La primera, porque el voto es acto de religion, que es la mayor y mas escelente virtud de todas las morales; y asi hace subir de quilates las obras de las otras virtudes, haciéndolas obras de Religion, cosa sagrada, culto divino, sacrificio y cosa ya dedicada á Dios. Como el ayuno, que es acto de templanza, le hace que sea tambien acto de religion, y asi que sea obra meritoria por dos vias, por virtud de la misma obra del ayuno y por ser acto de religion; y generalmente, en todo lo que hacemos por obediencia, ganamos dos méritos, uno de la misma obra, otro de la obediencia; y asi merecemos mas en las obras que cuando las hacemos por nuestra voluntad sin obediencia ó sin voto. Por su contrario se entenderá esto mejor; asi como cuando uno peca contra el voto de castidad, peca dos pecados mortales, uno contra la castidad y contra el sesto mandamiento, otro mayor de sacrilegio contra el voto que tiene hecho; asi tambien cuando guarda el voto de castidad, gana dos merecimientos; uno de la virtud de la castidad y guarda del mandamiento de Dios, y otro mayor, de cumplir el voto que tiene hecho á Dios, que es acto de la virtud de religion; y asi es en los demas votos. Lo segundo, es de mayor merecimiento, porque mas hace y mas da y ofrece á Dios el que hace una cosa con voto que el que la hace sin él, porque no solo da lo que hace, pero da el no poder hacer otra cosa, que es mucho mas: ofrece á Dios su libertad que es lo mas que puede ofrecer. Muy bueno es dejarlo todo por Cristo: pero por el voto de la pobreza no solo deja uno la hacienda que tiene, pero aun el mismo poder tenerla, que es mucho mas. Da á Dios el árbol con su fruta, que es una comparacion muy buena que trae Santo Tomás (1), de San Anselmo, para declarar esto. De la manera, dice, que hace y da mas el que presenta á otro el mismo árbol con toda su fruta, que el que solamente coge la fruta y se la envia quedándose con el árbol, asi el religioso da á Dios el árbol con su fruto. Los del mundo, cuando mucho, dan á Dios el fruto del árbol, que son algunas buenas obras; mas no le ofrecen el árbol, que es á sí mismos, quédanse con él, quédanse suyos. Pero el religioso, ofrece tambien á sí mismo, árbol, fruta, obra, deseo y libertad, todo lo da á Dios; ya nada es suyo el religioso, no le queda mas que dar, todo lo ha dado. San Buenaventura trae otra comparacion: dice (2) que asi como da mas el que no da solo el uso de la cosa, sino tambien la propiedad; asi el religioso que se ofrece á Dios con votos, le da mas y hace mayor sacrificio de sí, porque no da solamente sus obras, sino tambien su voluntad y el no poder hacer otra cosa; de manera, que se entrega á Dios en uso y en propiedad. Lo tercero, es de mayor merecimiento lo que se hace con voto que lo que se hace sin él; porque como la bondad de las obras esteriores nace principalmente de la voluntad, cuanto la voluntad fuere mejor, tanto las obras que de ella procedieren serán mejores. Pues claro está, que cuando la buena voluntad fuere mas firme, constante y perpétua, tanto será mejor; porque asi estará mas lejos de caer en aquello que reprende el Sábio: "El perezoso ahora quiere, ahora no quiere (3)." Aun allá Aristóteles pone por una de las condiciones de la virtud: «Que obre con firmeza y estabilidad (4).» Pues eso hace el voto;

(1) S. Thom. 2.-2., *quaest.* 88, *art.* 6.

(1) S. Thom. 2.-2., *quaest.* 88, *art.* 7. — Ans. *lib. de Similitud.*
(2) D. Bonav. *in Apolog. pauperum.*
(3) Vult, et non vult piger. *Prov.* XIII, 4.
(4) Ut firmiter, et immobiliter operetur. *Aristot.* II. *Ethic.* c. 4.

da firmeza y estabilidad en la buena obra, y asi la hace mas perfecta. Como por el contrario, dicen los teólogos que el que está obstinado en el pecado peca mas gravemente que el que peca por flaqueza ó vencido de una pasion súbita, porque tiene la voluntad mas arraigada y fija en el mal: y asi llaman á este «pecado contra el Espíritu Santo.» Pues asi, hacer la buena obra con una voluntad mas firme y mas fija y determinada en el bien, es cosa mas perfecta y meritoria.

Añádese á esto que si consideramos por una parte nuestra flaqueza, y por otra la insolencia y pertinacia que el demonio tiene en tentarnos, no parece que se podia hallar remédio mas á propósito, asi para fortalecer nuestra flaqueza como para cerrar la puerta al demonio, como obligarnos á Dios con estos votos. Porque asi como el que está aficionado al casamiento rico de una doncella, en viendo que se ha casado con otro, luego pierde sus esperanzas y se deshacen sus trazas; asi cuando el demonio vé que uno se ha desposado ya con Dios por medio de estos votos, pierde sus esperanzas de volverle á las cosas del mundo, y muchas veces le deja por eso de tentar, porque teme que no servirá aquello sino de acrecentarle mas la corona y que asi sacará pérdida de donde pensaba sacar ganancia.

## CAPITULO IV.

Por qué llaman los Santos otro segundo bautismo y martirio á esta entrega que hace uno de sí á la Religion por estos tres votos.

Es de tanto valor y merecimiento delante de Dios este entregarse uno del todo á Dios por estos tres votos de la Religion, que dicen los teólogos y los Santos (1), que por ello alcanza uno remision de todos sus pecados; de manera, que si entonces se muriese, se iria derecho al cielo, sin pasar por Purgatorio, como el que se muere en acabando de recibir el bautismo. Y asi lo llaman los Santos (2), Gerónimo, Cipriano y Bernardo, otro segundo bautismo. Y eso no va por via de Indulgencias, porque eso de la Indulgencia plenaria tiénenla los novicios el primer dia que son recibidos y les dan el hábito en la religion, confesando y comulgando. Pero esotro, no es solo virtud de Indulgencia, sino por virtud de la misma obra, por ser ella tan escelente y heróica, que de suyo, sin Indulgencia ninguna, es satisfactoria por toda la pena debida á los pecados. Y traen los doctores (3), para confirmacion de esto, aquello que se lee de San Antonio. Pareciale en vision al Santo que le llevaban los ángeles al cielo, y salieron los demonios al encuentro, y procuraban impedirle la subida, acusándole de algunos pecados que habia hecho en el siglo. Respondieron los ángeles: «Si teneis algo de que le acusar despues que es religioso, de eso le acusad; que los pecados que hizo en el siglo ya están perdonados y satisfechos: ya quedó rematada esa cuenta con haberse hecho religioso.» Y con esto confundieron á los demonios.

Decia el Profeta Daniel al rey Nabucodonosor: "Redime tus pecados con limosnas (4)." Pues si por dar uno limosna de parte de su hacienda satisface tanto por sus pecados, ¿cuánto mas satisfará el que la da toda? Porque mas es darlo y dejarlo todo que dar solamente alguna parte. «Bueno es, y muy bien hace, el que tiene

(1) S. Thom. 2.-2., *quaest. ultima, art.* 3, *ad* 3. —Et Cayetan. *ib.*
(2) Paulus V, *in Bulla seu Constitut. anni* 1606.
(3) S. Thomas, *ubi supra.*
(4) Peccata tua eleemosynis redime. *Dan.* IV, 24.

hacienda y la reparte con los pobres; pero mucho mejor hace el que lo deja todo por seguir á Cristo (1).» Y asi San Gerónimo, contra Vigilancio hereje, prueba muy bien ser esto mejor, con testimonio del mismo Cristo que dice en el Sagrado Evangelio: "Si quieres ser perfecto, vende todo lo que tienes y dálo á los pobres, y ven y sígueme (2)." Luego mas perfecciones dejarlo todo junto por seguir á Cristo. Y San Gregorio, sobre Ecequiel, y lo trae tambien Santo Tomás (3), dice que los del mundo, que se tienen su hacienda y la reparten con los pobres, ofrecen á Dios sacrificio de su hacienda, porque dan algo á Dios y quédanse ellos con algo. Pero el religioso, que no se queda con nada, sino que lo renuncia todo por amor de Dios, ofrece á Dios holocausto, que es mas que sacrificio. ¿Pues qué será dejar por Dios, no solamente toda la hacienda, sino tambien á sí mismo? ¿su cuerpo, por el voto de la castidad; y su voluntad y entendimiento, por el voto de la obediencia (4)? ¿Qué será andar siempre negándose y mortificándose por amor de Dios? Que esa es la vida del religioso.

Veráse tambien la escelencia y perfeccion de esta obra; porque, aunque uno tenga hecho voto de ir á Roma y á Jerusalen, y de dar toda la hacienda que adquiere á los pobres, y servir en un hospital toda su vida, y disciplinarse cada dia, y ayunar á pan y agua, andar vestido de silicio, y todo lo demas que quisiéredes, puede entrarse en Religion, y cesarán todas esas obligaciones, y quedarán conmutadas en ella, como en cosa mejor y mas agradable á Dios y de mayor perfeccion: asi está declarado en el derecho canónico (1), y lo tienen todos los doctores.

Finalmente, es tan grande y tan heróica esta obra de dedicarse y entregarse uno del todo á Dios con estos tres votos, que los Santos comparan el estado de la Religion al martirio, y dicen que lo es la vida del religioso, y no breve, como el de los mártires, sino continuo y prolongado. Dice San Bernardo: «no tiene en la apariencia tanto horror como el de las ruedas y navajas, y el de las parrillas y fuego; pero cuanto á la duracion, es mucho mas molesto y penoso (2);» porque el de aquellos mártires con un golpe de espada se acaba (3), pero el martirio del religioso no se acaba de un golpe, sino siempre y cada dia os han de andar martirizando, mortificándoos en la honra y estimacion y quebrantando vuestra propia voluntad y juicio, conforme á aquello del Profeta: «Y para todo habemos de estar espuestos, como ovejas al degolladero (4).» Asi como los mártires no escogian ellos por su voluntad el tormento y género de muerte que les habian de dar, sino que estaban dispuestos para recibir cualquiera que les diesen: asi el religioso ha de estar como un mártir, dispuesto y apercibido para cualquier genero de mortificacion (5).

Pues asi como por el martirio, dicen tambien los Santos (6) y los concilios, que

(1) Bonum est facultates cum dispensatione pauperibus erogare; sed melius est pro intentione sequendi Dominum, insimul donare, et absolutum solicitudine egere cum Cristo. *Lib. de Eccl. dogmatibus, cap.* 71.

(2) Si vis perfectus esse, vade, vende quae habes, et da pauperibus, et habebis thesaurum in coelo, et veni, sequere me. *Matth.* XIX, 21.

(3) S. Thom. 2.-2., quaest. 186, art. 3 ad 6.

(4) Semper mortificationem Jesu in corpore nostro circumferentes. *II. ad Cor.* IV, 10.

(1) Cap. *Scripturae, et de voto, et voti redemptione.*

(2) Illo quidem, quo membra caeduntur ferro, horrore quidem mitius, sed diuturnitate molestius. *Bern. serm.* 30 *super Cantica.*

(3) Thomás de Kempis, *serm.* 2 *ad Novitios.*

(4) Quoniam propter te mortificamur tota die; aestimati sumus sicut oves occisionis. *Ps.* XLII, 22.

(5) Thomas de Kempis, *ubi supra.*

(6) Clemens Alex. *lib.* 4 *Stromatum.*—Augustin. *lib.* 13 *de Civitat.* c. 8.—Hermes, discip. Sancti Pauli, *lib.* 3 *Pastoral., Similit.* 9.

alcanza el mártir remision de todos sus pecados y que se vá derecho al cielo sin pasar por Purgatorio, y que hace iujuria al mártir el que ruega por él (1), y esto por ser el martirio obra tan heróica y escelente que, como dijo Cristo nuestro Redentor, el mayor amor que puede uno mostrar á su amigo es dar la vida por él, porque no tiene mas que dar (2); asi tambien por esta oblacion con que se entrega uno á Dios en la Religion con votos perpétuos, por ser obra tan escelente y tan heróica que dá uno todo lo que puede y no tiene mas que dar, se le perdona toda la pena de todos los pecados, y queda como cuando se acabó de bautizar y como si recibiese martirio. Y por eso lo comparan los Santos al bautismo y al martirio, porque conviene en eso con ellos.

## CAPITULO V.

Que no se quita ni disminuye la libertad por los votos antes se perfecciona.

Podrá decir alguno: «bien veo que hay todos esos bienes y provechos en entregarse uno á Dios con estos votos: pero al fin parece que pierde el hombre la libertad y se priva de ella, que es un bien tan grande que, como como dijo el otro, no tiene precio ni recompensa.» A esto responde muy bien Santo Tomás (3), y dice: «Engañais-os, que no se quita la libertad por los votos, antes se perfecciona mas.» Y decláralo muy bien, porque lo que hacen los votos es afirmar y fijar nuestra voluntad en lo bueno para que esté mas lejos de volver atrás: lo cual no quita, sino antes perfecciona mas la libertad, en su modo, como en Dios y en los bienaventurados, que no pueden pecar y no les quita eso la libertad, antes la tienen perfectísima; y los Apóstoles, que fueron confirmados en gracia y no podian pecar mortalmente, no por eso perdieron la libertad, antes con eso se perfeccionó, porque se afirmó y fijó mas en el bien para que fué criada. Y esto es lo que dice nuestro Padre en la carta de la Obediencia: «No os parezca ser poco fruto de vuestro libre albedrío, que le podeis libremente restituir en la obediencia á quien os le dió, pues en esto no le perdeis, antes le perfeccionais, conformándole con la suma regla de toda buena voluntad y juicio, que es la eterna bondad y sapiencia, cuyo intérprete es el Superior que en su lugar os gobierna.»

Confírmase esto bien con lo que dice San Anselmo: «Poder pecar y poder usar mal de la libertad no es perfeccion, sino imperfeccion y miseria. Ese no es poder, sino flaqueza y enfermedad (1).» ¿Queréislo ver claramente? dice San Agustin: «Dios no puede eso, con ser Todopoderoso. Eso solo es lo que no puede el que es Todopoderoso, no puede mentir, no puede pecar (2).» El poder pecar es tener el pecado y la maldad y miseria poder en nosotros, y tanto mas, cuanto mas podemos eso: luego cuanto mas nos alejamos de esto y afirmamos y fijamos nuestra voluntad en el bien, mas la perfeccionamos: esto hacemos con los votos, obligándonos con ellos á lo bueno y á lo mejor. Y asi esclama San Agustin: «¡Dichosa necesidad, que nos compele á lo mejor! No os pese de haberos obligado con votos, antes os holgad de que ya no

(1) Injuriam facit martyri, qui erat pro eo.
(2) Joann. V, 13.—Capit. *Cum Matth. de celebrat. Missarum.*
(3) S. Thom. 2.-2., *quaest.* 88, *art.* 4.

(1) Peccare non est libertas, nec pars libertatis. Peccare est potius non posse, quam posse. Quicumque enim facit quod sibi non expedit, quanto magis hoc potest, tanto magis adversitas, et perversitas possunt in illum. *Anselm. cap.* 9 *de fortit., et Alb. Magn. lib. de virtutibus.*
(2) Hoc unum non potest omnipotens, mentiri non potest. *August.*

os es lícito lo que si no los hubiérades hecho os fuera lícito para vuestro mal (1).» Si os dijesen: «por este camino, ó por esta puerta os habeis de perder ó despeñar,» ¿no os holgaríades, y os harian gran bien en que os cerrasen aquella puerta y os tapasen aquel camino, para que aunque quisiésedes no pudiésedes perderos ni despeñaros por allí? Pues si os habeis de perder y condenar, ha de ser por ese camino de usar mal de vuestra voluntad. «Quitad la propia voluntad (2), y no habrá infierno.» Luego cuanto mas os taparen y cerraren ese camino para que no useis mal de vuestra libertad, tanto os hacen mayor bien. De manera, que sujetar vuestra voluntad al superior por el voto de la obediencia, no es perder la libertad, sino perfeccionarla y engastarla en oro finísimo de la obediencia y de la voluntad de Dios.

Añade aquí un doctor muy grave una cosa digna de notar. Dice (3) que no solo no se disminuye la libertad con los votos, antes tiene mas libertad el que se obliga á Dios con ellos y se pone debajo de obediencia, que el que no se atreve á eso. Y pruébalo muy bien, porque la libertad consiste en ser uno señor de sí mismo. Pues mas señor de sí es el que hace voto y se obliga y sujeta debajo de obediencia, que el que no se atreve á hacer eso. Pongamos ejemplo en el voto de castidad: por eso haceis vos voto de castidad, porque os parece que sereis señor de vos mismo, con la gracia de Dios, para guardar la castidad; y por eso el otro del mundo no se atreve á hacerle porque no le parece que será tan señor de sí como eso. ¿Veis cómo vos, que haceis voto, sois el que teneis mas señorío de vos mismo para hacer lo que quereis y lo que veis que conviene hacer? Pues en eso consiste la libertad, que la del otro no es libertad, sino sujecion y servidumbre; porque no es señor, sino siervo y esclavo de su apetito y de su sensualidad que le trae al retortero y le hace pecar, como tantas veces nos lo repite la Escritura divina; "Lo cautiva con la ley del pecado (4);" "El que es vencido de alguno, queda su cautivo (2);" "Todo el que hace pecado, es esclavo del pecado (3);" De la misma manera es en la obediencia: por eso os sujetais vos á la obediencia con voto, porque confiais con la gracia del Señor que sereis señor de vos mismo para seguir la voluntad del superior y negar la vuestra. El otro no se siente tan señor de sí que se atreva á poder acabar consigo de negar su voluntad y andar siempre á voluntad agena, siguiendo la obediencia; y por eso se quiere estar en su casa, y no se atreve á entrar en religion, ni hacer voto de obediencia. De manera, que el sujetarse á la obediencia y el hacer estos votos, antes es argumento de mayor libertad y de ser uno mas señor de sí. Es una sujecion noble y generosa, y asi nos aconseja y exhorta el Sábio á ella: "Poned vuestros pies en estos grillos y vuestro cuello en estas cadenas: abajad esos hombros y tomad esta carga (4)." ¡Oh dichosos grillos y dichosas cadenas, que no las llama la Escritura Divina cadenas, sino collares: *Et in torques illius collum*

(1) Faelix necessitas, quae in meliora compellit! Non te vovisse poeniteat: imo gaude jam tibi non sic licere, quod cum tuo detrimento licuisset. *August. epistol.* 45 *ad Armentarium, et Paulin.*

(2) Cesset voluntas propria, et infernus non erit. *Bernard. serm.* 3 *de Resurrectione.*

(3) Soto, lib. 7 *de justitia et jure*, q. 2, art. 4 ad 1.

(1) Captivantem illum in lege peccati. *Ad Rom.* VII, 23.

(2) A quo enim quis superatus est, hujus et servus est. *II. Petr.* II, 23.

(3) Omnis qui facit peccatum servus est peccati. *Joann.* VIII, 34.

(4) Injice pedem tuum in compedes illius, et in torques illius collum tuum: subjice humerum tuum, et porta illam, et ne acedieris vinculis ejus. *Eccl.* VI, 25.

*tuum*. No atan el cuello estas cadenas, sino adórnanle; porque no son cadenas de hierro, sino de oro; no son cadenas de esclavos, sino de señores. Collares de oro son, que no son carga á los que los traen, sino honra y autoridad: é importa mucho tomar estas cosas de esta manera, porque asi se hace suave el yugo de Cristo, como lo nota el bienaventurado San Ambrosio: «El yugo de Cristo es suave si lo tienes por adorno y no por peso de tu cerviz (1).»

## CAPITULO VI.

**De los bienes grandes que hay en la Religion, y del agradecimiento que debemos á Dios por habernos traido á ella.**

"Fiel es Dios, dice el glorioso Apóstol San Pablo (2), bendito y alabado sea él, por el cual fuisteis llamados á la Compañía de su Hijo Jesucristo nuestro Señor." Una de las cosas que Dios nuestro Señor encomendó á los hijos de Israel cuando los sacó del cautiverio de Egipto, fué (3) que se acordasen del dia en que tanta merced les habia hecho. Y encargó esto tan encargado, que mandó que en memoria de esta merced celebrasen cada año una Pascua que durase ocho dias, con mucha solemnidad, comiendo en ella con grandes ceremonias un cordero en memoria del que fué muerto cuando ellos fueron librados del cautiverio. Si esto mandaba Dios en memoria de la libertad corporal, la cual recibida, no se hicieron mejores, ¿qué será razon que hagamos nosotros en memoria del dia en que su poderosa y piadosa mano nos sacó del cautiverio en que nuestra ánima estaba y la puso en el camino de la tierra de promision, no la del suelo, sino la del cielo? Y asi leemos del santo abad Arsenio que cada año celebraba el dia en que el Señor le habia hecho esta merced tan grande de sacarle del mundo. Y la fiesta que hacia era comulgar aquel dia, dar á tres pobres limosna, comer alguna legumbre cocida y consentir que entrasen todos los monjes en su celda.

El bienaventurado San Agustin (1) declara á este propósito aquello que dijo Moisés á Faraon, cuando queria que los hijos de Israel sacrificasen á Dios en Egipto y que no saliesen fuera á sacrificar. Dice Moisés: «No puede ser eso, porque habemos de sacrificar lo que los egipcios adoran por Dios, la vaca, el becerro, el cordero, y será abominacion para ellos si ven que nosotros matamos y degollamos lo que ellos adoran, y apedrearnos hán como á blasfemos (2). Es menester que salgamos de Egipto y vamos al desierto, para que podamos sacrificar estas cosas á Dios á nuestro salvo.» Asi nosotros habemos de sacrificar y ofrecer á Dios nuestro Señor lo que aborrecen y abominan los del mundo, la pobreza, la mortificacion de la carne, la obediencia y sujecion, el ser abatidos y despreciados, el negar y quebrantar nuestra propia voluntad. No pudiéramos sacrificar y ofrecer á Dios esas cosas allá en el mundo, que nos silvaran, y apedrearan, y no nos dejaran vivir; porque abominan de eso los del mundo y hacen burla de los pobres y de los bajos y humildes. Hízonos el Señor por su infinita bondad y misericordia esta merced de sacarnos de Egipto y traernos á la soledad de la Religion, donde po-

(1) Christi jugum suave est, si ornamenta putes cervicis tuae esse, non onera. *Ambros.*

(2) Fidelis Deus, per quem vocati estis in societatem Filii ejus Jesu Christi Domini nostri. *I. ad Cor.* I, 9.

(3) Exod. XII et XIII.

(1) August. *lib.* 2, *quaest. sup. Exod.*, *quaest.* 28.

(2) Non potest ita fieri, abominationes enim Ægyptiorum immolabimus Domino Deo nostro. *Exod.* VIII, 26.

damos con estos tres votos ofrecer y sacrificar á Dios todas estas cosas (1), tan á nuestro salvo, que acá es eso grande honra y grande gloria; y el que en eso se aventaja y esmera mas, ese es mas tenido y estimado.

Para que entendamos mejor la obligacion que tenemos de reconocer y agradecer al Señor esta merced y beneficios, pondremos aqui brevemente algunos de los bienes y escelencias con que los Santos declaran su grandeza. El bienaventurado San Gerónimo, sobre aquello del Salmo LXXX: "Cuando salió de la tierra de Egipto, oyó la lengua que no sabia (2)," va declarando la merced grande que nos hizo Dios en sacarnos de Egipto, que es el mundo, poniéndonos delante el cautiverio y servidumbre de Faraon en que estábamos, y la libertad de hijos de Dios á que fuimos llamados. Sacónos y librónos Dios de un yugo y carga muy pesada: éramos siervos y esclavos de Faraon allá en el mundo, y Dios con mano fuerte y poderosa nos sacó de aquella servidumbre y sujecion (3). Cuando estábamos en Egipto, allá en el mundo, edificábamos las ciudades de Faraon, todo era hacer adobes y entender en obras de barro y lodo, todo nuestro empleo y todo nuestro cuidado y diligencia era en buscar pajas, pajas que lleva el viento, pajas para hacer adobes (4). No teniamos trigo, todo era paja, no teniamos el pan celestial, que viene de arriba, aun no habíamos recibido el maná del cielo; ¡qué carga tan grande llevábamos acuestas (5)! ¡Cuán pesada carga es la del mundo! ¡Cuantos cuidados, cuántos trabajos, y todo para tener de comer, ó cuando mucho, para tener un oficio honroso; y para llevar eso adelante, qué de dificultades hay, cuántas pretensiones, cuántos puntos y cumplimientos, cuántas leyes de mundo que no lo entienden sino los que lo tocan! Verdaderamente es yugo de hierro y pesadísimo el que traen acuestas los del mundo. Pues quitó Dios de nuestros hombros la carga pesada de las leyes y obligaciones y fueros del mundo (1) y de ese yugo de hierro; y púsonos una carga muy liviana y un yugo muy suave (2). Trájonos el Señor á un estado donde toda nuestra ocupacion ha de ser emplearnos en servirle.

Dice el Apóstol San Pablo de los que están allá en el mundo en estado de matrimonio: «Los casados están repartidos en muchos cuidados, porque tienen que cumplir con las cosas del mundo y con su hacienda y familia; y el marido ha de procurar contentar á su muger, y la muger al marido; están muy repartidos y divididos, no se pueden dar del todo á Dios (3). Empero el que tiene estado de castidad, todo su cuidado es cómo agradará al Señor, cómo será santo en el cuerpo y en el espíritu (4).» Pues si de quien tiene estado de castidad allá en el siglo, dice San Pablo que todo su cuidado ha de ser en cómo agradará al Señor y cómo será santo en el cuerpo y en el espíritu, ¿qué será de los religiosos, á

---

(1) Viam trium dierum pergemus in solitudinem, et sacrificabimus Domino Deo nostro. *Exod.* VIII, 27.

(2) Cum exiret de terra Ægypti, linguam, quam non noverat, audivit; divertit ab oneribus dorsum ejus. *Ps.* LXXX, 6.

(3) Et in manu forti eduxit nos Dominus de terra Ægypti, de domo servitutis. *Exod. loc. cit.*

(4) Quando in Aegypto eramus extruebamus civitates Pharaonis, lutum, et laterem portabamus, et tota anima nostra quaerebat paleas.

(5) Non habebamus frumentum, non habebamus coelestem Panem, qui de coelo venit; nedum acceperamus Manna de coelo. Quam grandis antea habebamus onera.

(1) Divertit ab oneribus dorsum ejus. *Ps.* LXXX.

(2) Jugum enim meum suave est, et onus meum leve. *Matth.* XI, 30.

(3) Qui cum uxore est, solicitus est quae sunt mundi, quomodo placeat uxori, et divisus est. *I. Cor.* VII, 32.

(4) Qui sine uxore est, solicitus est quae Domini sunt, quomodo placeat Deo. Et mulier innupta, et virgo, cogitat quae Domini sunt, ut sit sancta corpore, et spiritu. *Ib.*

los cuales ha descargado Dios y desembarazado de todos los cuidados del mundo, aun en lo necesario para su sustentacion, para que todo nuestro cuidado le pongamos en cómo agradaremos á Dios y cómo seremos cada dia mas santos? Dice el glorioso San Agustin (1) que esto se figuraba y significaba en aquel sacrificio que ofreció Abraham á Dios, que fué una vaca y una cabra y un carnero, y mas una tórtola y una paloma. Y los animales de la tierra los dividió por medio; pero las aves no las dividió, sino asi enteras las ofreció (2). Por los animales de la tierra, dice que se significan los hombres carnales y del mundo, que se dividen y reparten en muchas partes; y por la tórtola y la paloma, que son aves mansas y que no hacen mal á nadie, se significan los hombres espirituales y perfectos, ahora sean solitarios y apartados de la conversacion de los hombres, los cuales son significados por la tórtola; ahora traten y conversen con ellos, que son significados por la paloma: los cuales no se parten ni dividen, sino todos se emplean en servir á Dios enteramente. Pues esta es la merced que el Señor nos ha hecho á los religiosos, que todos enteros nos ofrezcamos á Dios en sacrificio y holocausto: no tenemos que dividirnos ni repartirnos en otros cuidados, sino solamente tratar de cómo agradaremos cada dia mas al Señor. Para eso hacemos el voto de castidad, para que, como dice el glorioso San Pablo, no teniendo compañía á quien agradar ni familia que gobernar, toda nuestra ocupacion y cuidado sea en cómo seremos cada dia mejores y mas perfectos. Para eso hacemos el voto de la pobreza, por el cual dejamos todas las riquezas del mundo y el deseo y cuidado y solicitud que traen consigo, que son las espinas que dice Cristo nuestro Señor en el Sagrado Evangelio (1) punzan é inquietan. Y el bienaventurado San Ambrosio dice que se llamaron *divicias*, porque dividen el corazon (2). Para eso hacemos el voto de la obediencia, por el cual nos dejamos á nosotros mismos y nuestra propia voluntad y juicio, que ya no tenemos que echar trazas ni tener cuidado de lo que ha de ser de nosotros; porque el superior, á quien nos entregamos en lugar de Dios, ha tomado este cuidado para que nosotros solamente cuidemos de lo que toca á nuestro aprovechamiento.

El bienaventurado San Gerónimo, sobre aquello del Salmista: "Bendecid y alabad al Señor todos sus siervos, los que estais en su casa y morais dentro de sus palacios (3)," dice que asi como acá un señor temporal tiene muchos criados que le sirven, y diferencia de ellos, porque unos tiene dentro de casa que andan siempre con él, y otros que siempre andan en el campo; asi Dios nuestro Señor tiene mucha diferencia de criados, unos que asisten siempre en su casa y en su presencia, otros que andan allá en el campo (4). Los religiosos, dice, son los criados que moran dentro de la casa del Señor, y que asisten siempre delante de él, y tratan cada dia con él; esos son los contínuos de Dios; pero los seglares, que están allá en el mundo, son como los aldeanos y criados del campo. Y lleva adelante la comparacion: asi como los criados del campo, los labradores y aldeanos, cuando quieren negociar y alcanzar alguna cosa de su señor, ponen por intercesores y medianeros

(1) Aug. *lib.* 16 *de Civitate Dei, cap.* 24.
(2) Aves autem non divisit. *Gen.* XV, 10.

(1) Luc. VIII, 7 et 14.
(2) Unde et divitiae dictae sunt, quod mentem dividant. *Ambr. lib.* 2 *de Abraham, cap.* 8.
(3) Ecce nunc benedicite Dominum omnes servi Domini, qui statis in domo Domini, in atriis domus Dei nostri. *Ps.* CXXXIII, 1.
(4) Sic Deus habet multam familiam, habet quasi ad faciem suam, qui sibi ministrant; habet alios in agris. *Hier.*

á los criados que privan y asisten siempre con él, y le ven y tratan cada dia; asi los del mundo, cuando se ven en alguna necesidad y quieren alcanzar algo de Dios, acuden á los religiosos, que encomienden á Dios tal negocio, que hagan oracion por tal necesidad, como á muy allegados y favorecidos, y por cuyo medio el Señor les ha de hacer á ellos merced. Y mas: asi como los criados del campo son los que lo trabajan y los que aran y caban para que los otros lo gocen estándose en palacio con su señor, asi son los seglares con los religiosos. Ellos lo trabajan y afanan, y lo allegan y guardan con mucho cuidado y solicitud, para que los religiosos lo coman con descanso y sosiego. San Gregorio dice que esto mismo se nos dá á entender en la vida de aquellos dos hermanos Jacob y Esaú, de quien dice la Sagrada Escritura: "Esaú era diestro en cazar y labrador; mas Jacob era hombre sencillo, y habitaba en las tiendas," ó en casa, como dice otra letra (1). Por Esaú, que andaba á caza y era labrador, dice (2) que se entiende los seglares, que andan ocupados y distraidos en las cosas esteriores del mundo; y por Jacob, varon simple y que moraba en casa, los espirituales y religiosos, que siempre andan recogidos y dentro de sí mismos, tratando de lo que conviene á sus almas, y son los queridos y regalados de Dios, como lo era Jacob de su madre Rebeca. Pues consideremos aqui la merced grande que nos ha hecho el Señor, que nos aventajó tanto á los del mundo, que ellos sean como los rústicos y aldeanos, y nosotros como los cortesanos y contínuos de su casa. Muy bien podemos decir lo que dijo la reina Sabá, viendo el órden y concierto de los criados de Salomon: «Dichosos y bienaventurados los religiosos que están en la casa de Dios y tratan á menudo con él y gozan de su sabiduría (1).»

De aquí podemos inferir cuán ciegos están aquellos que piensan que han hecho mucho en dejar el mundo y entrar en religion, y parece que quieren hacer cargo á Dios de eso, como quien ha hecho mucho por él. Muy engañado estais; vos sois el que habeis recibido muy grande merced y beneficio de Dios en que os haya sacado del mundo y escogido para su casa á un estado tan alto; vos sois el que quedais deudor y abligado á agradecer y servir de nuevo tan grande beneficio. Si el rey llamase á un caballero á su córte para darle un oficio principal, este tal no pensaria que habia hecho algo en dejar su casa y tierra, ni que le quedaba el rey á deber; antes entenderia que le hacia gran merced en quererse servir de él y llamarle para tal oficio, y pondria á su cuenta aquella tal merced, sobre las demas que el rey le hubiese hecho, para agradecerla y servirle de nuevo. Pues asi lo habemos nosotros de hacer; no escogimos nosotros á Dios, sino él nos escogió y nos hizo esta tan señalada merced sin merecerlo nosotros, antes desmereciéndolo.

¿Qué viste, Señor, en nosotros, que nos escogistes mas que á nuestros hermanos que se quedaron allá? ¿Qué habia en nosotros que os pudiese agradar? Algo vistes, pues nos escogistes: algo vió Dios que le contentó, pues nos escogió. Pero dirá alguno: «mirad lo que deeis, porque dicen los teólogos que no se dá causa de nuestra parte, de la predestinacion de Dios.» El bienaventurado San Agustin (2) declara esto muy bien con una comparacion: pasa

(1) Factus est Esau vir gnarus venandi, et homo agricola: Jacob autem vir simplex habitabat in tabernaculis. (Vel habitabat domi). *Gen.* XXV, 27.
(2) Greg. *lib.* 5 *Moral.*, *cap.* 7.

(1) Beati viri tui, et beati servi tui, qui stant coram te semper, et audiunt sapientiam tuam. *III. Reg.* III, 8.
(2) Aug. *tract.* 8 *sup. Epistolam Joannis.*

un artífice escultor por un monte, y ve allí un tronco cortado de un árbol, pone los ojos en él, y pára. ¿Contentóle? Algo quiere hacer de él, porque no puso los ojos en él, ni se contentó de él, para dejarle asi tronco y tosco como se estaba; allá en su arte vió lo que habia de ser de aquel tronco (1). ¡Oh!, dice, ¡qué hermosa imágen se hará de este tronco! Eso es lo que amó, eso es lo que le contentó, no lo que entonces era, que era un tronco basto y feo, sino la imágen hermosa y perfecta que habia de hacer de él. Asi, dice, nos amó Dios á nosotros, siendo aun malos y pecadores: no en cuanto pecadores, no para que nos quedásemos hechos leños secos, feos y sin provecho como nos estábamos; «como á tronco cortado del monte nos miró aquel artífice Soberano, y pensó lo que habia de fabricar de aquel tronco (2).» Eso le agradó, eso le contentó, no lo que érades, un leño seco, basto y feo, sino lo que habia de hacer de vos. Queria aquel artífice Soberano, que fabricó los cielos y la tierra, hacer de ese tronco una imágen muy perfecta y acabada. Queria hacer de vos una imágen que fuese muy conforme y muy semejante á su propio Hijo (3): una imágen que se pareciese al mismo Dios. Eso le agradó, eso le contento; por eso puso los ojos en vos, por eso os escogió. Mirad cuán perfecta imágen quiso Dios hacer de vos, y cuán semejante á su Unigénito Hijo, que os escogió para el mismo oficio á que vino el Hijo de Dios al mundo, para que ganeis almas para Dios (4).

(1) In arte vidit quod futurum est, et amavit quod inde facturus est, non illud quod est. *Ib.*

(2) Quasi lignum de sylva vidit nos faber, et cogitavit aedificium, quod inde facturus est. *Ib.*

(3) Quos praescivit, et praedestinavit conformes fieri imaginis Filii sui. *Ad Rom.* VIII, 29.

(4) Non vos me elegistis, sed ego elegi vos, et posui vos ut eatis, et fructum afferatis, et fructus vester maneat. *Joann.* XV, 16.

En el Salmo CXXXVI va haciendo el mismo Santo un buen discurso á este propósito, sobre aquel verso primero: "Sobre los rios de Babilonia, allí nos sentamos y lloramos, acordándonos de tí, Sion (1)." Dice que los rios de Babilonia son las cosas de este mundo, caducas y perecederas, que corren y se pasan presto; empero hay diferencia entre los ciudadanos de Babilonia y los ciudadanos de Jerusalen, que aquellos están en medio del rio de Babilonia, enfrascados en las cosas del mundo y entre grandes tempestades y peligros; empero otros que quieren ser ciudadanos de aquella Jerusalen Celestial, viendo y considerando los peligros de ese rio de Babilonia, los rios y tempestades, las olas y vaivenes, sus vueltas y revueltas, sálense á fuera, y no se quieren poner en esos peligros, sino están sentados sobre las riberas, como los hijos de Israel (2). Estos son los religiosos que han huido de los peligros del mundo y se están sentados en las riberas de él, pero llorando y lamentando. ¿Qué es lo que lloramos y lamentamos? Lo primero, dice el bienaventurado San Agustin, lloramos nuestro destierro, aquel *Dum recordaremur tui Sion*; viendo las olas y tempestades de este rio de Babilonia, y acordándonos de aquella Sion celestial, que es nuestra patria, no podemos dejar de llorar y suspirar. »¡Oh! Santa Sion, donde no hay mudanzas, ni vaivenes, ni peligros, sino todo permanece siempre firme y estable y en ser (3)! ¿Quién nos ha arrojado en estos despeñaderos? ¿Cómo estamos apartados y desterrados de nuestra tierra, de nuestra compañía

(1) Super flumina Babylonis, illic sedimus, et flevimus, cum recordaremur tui Sion. *Ps.* CXXXVI, 1.

(2) Vident haec, et non se mittunt in flumina Babylonis, sed sedent super flumina Babylonis, et flent super flumina Babylonis. *Aug. loc. cit.*

(3) O sancta Sion! ubi totum stat, et nihil fluit, quis nos in ista praecipitavit? *Ib.*

y de nuestro Criador (1)? ¿Cuándo nos veremos libres de estos peligros, cuándo se nos alzará este destierro, cuándo estaremos seguros, cuándo nos veremos allá?

Lo segundo, lloramos, dice el Santo, los que arrebata y lleva tras sí ese rio (2). Están nuestros hermanos en medio de ese mar tempestuoso del mundo, llévanlos tras sí las corrientes, arrebátanlos las olas y tempestades, dan con ellos en las rocas y en los peñascos; y no paran hasta dar con ellos en el profundo. Cada dia los vemos anegar á millares; como caen los copos de nieve, asi dice un Santo (3) que vió en espíritu bajar almas al infierno. ¿Pues quién no llorará tan grande pérdida? ¿Qué entrañas habrá tan duras que no se rompan de lástima y compasion viendo perecer tantas almas?

Lo tercero, estamos sentados en las riberas de este rio de Babilonia para ayudar y favorecer á nuestros hermanos, para socorrer y dar la mano á los que peligran, á ver si podemos pescar y salvar alguno de los que se van á anegar: ese es nuestro oficio, para eso nos llama Dios, para ser pescadores de los hombres (4); para eso nos ha puesto en esta ribera de la Compañía, para pescar almas, para que desde aqui demos la mano á los que se van á anegar. Pues vamos aqui ponderando por una parte, la merced grande que nos ha hecho el Señor, pues nos diferenció y aventajó tanto de los del mundo que ellos andan en el coso y nosotros andamos en talanquera; ellos andan en el golfo de ese rio de Babilonia, á peligro de perecer y anegarse cada momento, y á nosotros nos puso Dios en la ribera para favorecerles y darles la mano para que se salven. Y volvamos por otra parte los ojos á nosotros, considerando que los que han de dar la mano para librar y favorecer á los que se ahogan en los rios, han de ser muy diestros nadadores, y si no, súelense quedar tambien ahogados: con la furia de la muerte trava el uno del otro y allá van los dos. Gran destreza ha de tener en el arte de ganar almas y mucha virtud y perfeccion el que ha de sacar á los otros de los peligros, sin ponerse él á peligro.

Del bienaventurado San Anselmo se cuenta (1) que, estando una vez arrebatado en éxtasis, vió un caudalosísimo rio, notablemente precipitado y furioso, en el cual entraban las inmundicias y suciedades y heces de toda la redondez de la tierra, en tan estremo grado, que no se podia imaginar en el mundo cosa mas hedionda, sucia y asquerosa, ni mas incomportable que las aguas que por aquel rio bajaban, y eran de tal condicion y furia que todo cuanto topaban arrebataban sin remedio, asi hombres como mujeres, y asi ricos como pobres, hundiéndolos en lo profundo y zanbulléndolos por momentos, y con la misma presteza sacándolos de arriba y luego tornándolos á zambullir, sin dejarles sosegar un instante. Admirado el glorioso Anselmo de tan estraño espectáculo y preguntando de qué se mantenia aquella gente, y cómo vivia, porque al fin andaban vivos; fúele respondido que aquellos desdichados se mantenian del mismo cieno en que venian zambullidos y de aquello mismo bebian, y que aun con todo eso vivian contentísimos. Interpretáronle la vision, diciéndole: «Aquel torrente y rio es el mundo, en el cual los hom-

(1) Quare dimisimus conditorem tuum, et societatem nostram? *Ib.*

(2) Illos qui rapiuntur.

(3) In revelationibus S. Brigidae; et refert Blosius cap. 1, *Monil. spiritual.*

(4) Venite post me, et faciam vos fieri piscatores hominum.

(1) Habetur in operibus Beati Anselmi.—Surius 21. Aprilis.—Tilman Bredembachius, *Collat.* VIII, c. 34.

bres ciegos andan revueltos entre sus riquezas y honras, y entre sus deleites carnales y sucios, y son tan miserables que, aun no pudiendo hacer pie en tales suciedades, con todo esto viven contentos y se estiman y tienen por bienaventurados y dichosos.» Luego fué llevado el Santo á un cercado ó jardin, de anchísima y espaciosa capacidad, cuyas paredes, estando cubiertas de clarísima plata, resplandecian admirablemente; en medio estaba un prado ó campo raso y en él yerbas, no ordinarias y comunes, sino de oro finísimo; pero vivas y blandas en tanto grado, que sin dificultad suavemente recibian á quien encima se sentaba y con él se humillaban y bajaban hasta la tierra, ni por esta humillacion quedaban marchitas ni maltratadas, antes levantándose el que estaba encima, de suyo se tornaban á enderezar como antes estaban. El aire era agradable y fresco; y finalmente, todo lo que habia era tan suave y alegre; que realmente parecia paraiso y no haber mas que desear para la bienaventuranza. Fúele dicho al Santo ser este el estado de la Religion representado al vivo.

## CAPITULO VII.

Prosíguese lo mismo que en el capítulo pasado.

El bienaventurado San Bernardo recopiló muy bien los bienes grandes que hay en la Religion, en estas breves palabras: «En la Religion, dice (1), vive el hombre con mayor puridad, cae mas raras veces, y cuando cae levántase mas presto, y aquello le es ocasion para andar con mayor cautela y recato. Es visitado mas frecuentemente con refrescos y consolaciones y rocíos del cielo, vive con mayor seguridad y descanso, muere con mayor confianza de su salvacion, tiene menos que purgar en el purgatorio y mas copioso premio en el cielo.» Y en otra parte tratando de la alteza y dignidad de los religiosos, dice: «Altísima es vuestra profesion, sobrepuja los cielos, paréase con los ángeles, y es semejante á su puridad angélica; porque no solo profesais toda santidad, sino la perfeccion de toda santidad. De otros es tratar de servir á Dios, mas vuestro es tratar de estar siempre unidos con Dios (1).» Y un poco mas abajo dice: «No sé con qué nombre os pueda mas dignamente llamar, si hombres celestiales, ó ángeles terrenales; porque aunque vivís en la tierra, teneis vuestra conversacion en el cielo; sois semejantes á aquellos espíritus bienaventurados que son enviados acá para guardarnos y defendernos; que de tal manera se ocupan en esos ministerios con nosotros, que nunca pierden de vista á Dios (2).» Tal es la vida del religioso, que aunque vive en la tierra tiene su corazon en el cielo; todo su trato y conversacion es de cosas espirituales y de Dios, y puede decir con San Pablo: «Mi vida es Cristo (3).» Asi como allá en el mundo, cuando uno es muy dado á la caza y gusta mucho de ella, decimos: «su vida es cazar:» y cuando es muy dado al vicio de la gula, decimos: «su vida es comer y beber;» asi decia el Após-

(1) Nonne haec est Religio sancta, pura, et immaculata; in qua homo vivit purius, cadit rarius, surgit velocius, incedit cautius, irroratur frequentius, quiescit securius, moritur fiducius, purgatur citius, praemiatur copiosius? *Bernardus, hom. simile est Reg. coelor. homini neg. quaerenti bonas margaritas.*

(1) Altissima est professio vestra, coelos transit, par Angelis est, Angelicae similis puritati: non enim solum vovistis omnem sanctitatem, sed omnis sanctitatis perfectionem, et omnis consummationis finem; aliorum est servire Deo, vestrum adhaerere Deo. *Bern. epist. seu tract. ad Fratres de Monte Dei.*

(2) Quos quo nomine dignius appellem, nescio, homines coelestes, an angelos terrestres, degentes in terris, sed conversationem habentes in coelis. Non estis de mundo (*Joann.* XV, 19), sed estis cives sanctorum, et domestici Dei (*Ad Ephes.* II, 20). Bern. *ib.*

(3) Mihi vivere Christus est. *Ad Philip.* I, 21.

tol: «mi vida es Cristo;» porque estaba todo dedicado y ofrecido al servicio de Cristo. Pues asi lo está tambien el religioso. San Buenaventura dice que por eso la Religion se llama *Orden*, porque no sufre en sí cosa desordenada (1).

Declara el glorioso S. Bernardo (2) de la Religion aquellas palabras: «Nuestro lecho es florido (3).» Asi como acá no hay lugar en que los hombres descansen mas suavemente que la cama, asi dice que en la Iglesia de Dios la cama en que se descansa es la Religion; porque en ella está uno libre de los cuidados del siglo y de la solicitud de las cosas temporales y necesarias para la vida humana. Cuánta merced nos haya hecho el Señor en esto, bien lo esperimentamos; porque en la Compañía se encargan muy particularmente los superiores de proveernos de todo lo necesario para el comer y vestir, para el estudio, para el camino, asi en tiempo de enfermedad como en tiempo de salud. De manera, que no habemos menester á nuestros padres ni parientes; ya los dejamos y nos podemos olvidar de ellos, sino es para encomendarlos á Dios; porque ahora los tengamos, ahora no, ahora sean ricos, ahora pobres, la Compañía y superiores de ella son nuestro padre y madre, y con amor mas que de padres tienen cuidado de proveernos de todo, para que nosotros, olvidados y descuidados de todas las cosas temporales, atendamos solamente al fin á que venimos á la Religion, que es tratar de nuestro aprovechamiento espiritual y del de nuestros prójimos. Dice Clemente Alejandrino que por eso puso Dios al hombre en el Paraiso terrenal con la posesion y señorío de todas las cosas, para que, no teniendo que desear en la tierra, todo su deseo trasladase al cielo. Pues esta es la traza de la Compañía: para eso se encarga ella de darnos todo lo que habemos menester, para que no teniendo nosotros cuidado alguno de cosa de la tierra, todo nuestro cuidado y deseo traslademos al cielo.

(1) Quod in se nihil inordinatum patiatur. *Bonav. in Regula S. Francisci, cap. 4.*
(2) Bernard. *serm. 46 sup. Cantica.*
(3) Lectulus noster floridus. *Cantic.* I, 15.

## CAPITULO VIII.

**De la renovacion de los votos que usa la Compañía, y del fin y fruto que con ella se pretende.**

De nuestros primeros Padres leemos (1) que habiéndose juntado en París con nuestro bienaventurado P. San Ignacio el año de mil quinientos y treinta y cuatro, dia de la Asuncion de nuestra Señora, se fueron á la iglesia de la misma Reina de los Angeles, llamada *Mons martyrum*, que quiere decir *Monte de los mártires*, que está una legua de Paris; y alli, despues de haberse confesado y recibido el Santísimo Sacramento del Cuerpo de Cristo nuestro Señor, todos hicieron voto de dejar, para un dia que señalaron, todo cuanto tenian, sin reservar mas que el viático necesario para el camino hasta Venecia; y tambien hicieron voto de emplearse en el aprovechamiento espiritual de los prójimos, y de ir en peregrinacion hasta Jerusalen, con tal condicion que, llegados á Venecia, un año entero esperasen la navegacion, y hallando en este año pasage, fuesen á Jerusalen, é idos procurasen quedarse y vivir siempre en aquellos Santos Lugares: mas si no pudiesen en un año pasar, ó habiendo visitado los Santos Lugares, no pudiesen quedarse en Jerusalen, que en tal caso se viniesen á Roma, y postrados á los pies del Sumo Pontífice, Vicario de Cristo nuestro Señor,

(1) Lib. 2, cap. 4 de la *vida de N. P. S. Ignacio.*

sé le ofreciesen para que Su Santidad dispusiese de ellos libremente, donde quisiese, para bien y salud de las almas. Y estos mismos votos tornaron á confirmar otros dos años siguientes, en el mismo dia de la Asuncion de nuestra Señora, en la misma iglesia y con las mismas ceremonias. De aqui tuvo origen el renovar de los votos que usa la Compañía antes de la profesion.

En la quinta parte de las Constituciones, tratando de esta renovacion, dice nuestro Padre: «El renovar uno sus votos, no es ponerse nueva obligacion, sino traer á la memoria la que tenia hecha y confirmarla (1).» Es un iterar y confirmar lo hecho, con contento y regocijo, en señal y testimonio de que no nos pesa, ni estamos arrepentidos: antes estamos tan alegres y contentos que damos muchas gracias á Dios por la merced que nos ha hecho en recibirnos por suyos y darnos gracia para que hiciésemos esta oblacion; y si no la hubiéramos hecho, ni estuviéramos ofrecidos, la hiciéramos ahora, y nos ofreciéramos de nuevo á Dios; y si mil mundos hubiera que dejar por Dios, todos los dejáramos por su amor; y si mil voluntades y corazones tuviéramos que le dar, todos se los diéramos y ofreciéramos de nuevo. De esta manera y con este gozo y contento se ha de hacer esta renovacion, y será de grande valor y merecimiento; porque asi como la complacencia del pecado y de lo mal hecho es nuevo pecado y nueva ofensa de Dios y merece nuevo castigo, asi el contento y la complacencia de lo bueno es muy buena y muy agradable y meritoria delante de su Divina Magestad. A la medida que fué bueno el hacerlo, es bueno complacernos de ello.

(1) Vota sua renovare, non est obligatione nova se obstringere, sed ejus, qua obstricti sunt in Domino, recordari, atque eamdem confirmare. *Part. V. Constit. c. 4, §. 6.*

Descendiendo mas en particular, dice nuestro Padre que esta renovacion se hace para tres cosas (1). Lo primero, «para mas devocion (2);» porque no causa pequeña devocion sino muy grande esta renovacion, como lo esperimentan los que se preparan bien para ella. Lo segundo: «para despertar en nosotros la memoria de la obligacion que habemos hecho á Dios (3),» para que asi nos animemos á llevar adelante lo prometido, procurando ir cada dia creciendo en virtud y perfeccion. Lo tercero: «para confirmarse cada uno en su vocacion (4);» porque asi como es remedio en todas las tentaciones hacer actos de virtud contraria, porque las enfermedades se curan con sus contrarios (5), asi en defensa de los movimientos interiores de descontento ó disgusto, con que el demonio algunas veces nos acomete con varias ocasiones que se ofrecen entre año, es gran reparo el renovar los votos; porque con eso queda debilitado y desanimado el enemigo para acometernos con semejantes tentaciones: y si ha habido alguna negligencia, con eso se recompensa, y aun con ventaja, porque el alma queda mas adelantada.

La virtud y perfeccion es muy cuesta arriba á nuestra naturaleza estragada; porque es tanta la flaqueza y miseria, en que quedamos por el pecado, y tan grande la inclinacion que tenemos á lo imperfecto y malo, que aunque comencemos algunas veces con fervor nuestros ejercicios espirituales, luego vamos poco á poco aflojando y desdiciendo de aquel fervor con que comenzamos: y tornándonos á nuestra imperfeccion y tibieza, somos como las pesas del

(1) P. IV. Constit. cap. 4, §. 6.
(2) Ad devotionis augmentum.
(3) Ad excitandam, qua Deo obstricti sunt, obligationis memoriam.
(4) Ad majorem studentium in sua vocatione confirmationem.
(5) Contraria contrariis curantur.

reloj, que siempre tiran para abajo. Como nuestra carne es natural de la tierra, siempre nos tira para ella. Por esto conviene tomar algunos refrescos, para que si íbamos de caida, tornemos sobre nosotros. Y asi quiso nuestro Padre que particularmente tomásemos este refresco dos veces en el año con esta renovacion. Asi como la Santa Madre Iglesia instituyó dos tiempos en el año que fuesen como dos refrescos para alentar á sus hijos á que comenzasen con fervor y como de nuevo á servir á Dios, que son Adviento y Cuaresma, asi nuestro Padre quiso que particularmente dos veces en el año refrescásemos la memoria de lo que habemos ofrecido á Dios, y el fin para el cual el Señor nos trajo á la Religion, para que nos renovemos en ello y comencemos con nuevos brios y fervores á tratar de aquello para que el Señor nos llamó. Para esto instituyó nuestro Padre estas fiestas tan solemnes en la Compañía, y esto es lo que nosotros habemos de sacar de ellas.

Y no solamente en estos tiempos, sino cada dia, decia el P. S. Francisco Javier (1), que habíamos de hacer esta renovacion; y en las Colaciones de los Padres leemos del santo abad Pafnucio que lo hacia asi. Decia el P. S. Francisco Javier que apenas hallaba medio mas eficaz, ni arma mas fuerte para los religiosos, contra las tentaciones del demonio y de la carne, como renovar sus tres votos de pobreza, castidad y obediencia. Y asi aconsejaba que cada mañana, despues de oracion, los renovásemos, y nos armásemos con estas armas contra nuestros enemigos, y á la tarde tambien despues de oracion; y si no fuere tan amenudo, es buena devocion la que usan algunos, que es hacer esto cada vez que comulgan, y pedirse cuenta amenudo cómo guardan estos votos, y si hay alguna cosa en que les reprenda la conciencia en la guarda de ellos.

Para que mejor podamos conseguir el fin de esta renovacion, fuera de otras penitencias corporales que se hacen de abstinencia y disciplina, precede á ella lo primero el recogerse algunos dias antes, cesando de sus ocupaciones y dándose mas á la oracion y ejercicios espirituales (1). Lo segundo, dar cada uno cuenta de su conciencia al superior; que aunque esto se hace amenudo entre año, entonces se hace mas exactamente de todos aquellos seis meses: y es una cosa de las sustanciales que tenemos en la Compañía y de la cual haremos despues tratado por sí (2). Lo tercero, precede el confesarse cada uno generalmente de aquellos seis meses con el confesor que quisiere de los señalados para eso, por costumbre antigua de la Compañía, y por regla que tenemos ya de ello (3), los cuales son muy propios medios para el fin que se pretende; porque haciendo uno alarde de todas sus faltas, viene á conocer su aprovechamiento ó desaprovechamiento en el espíritu. Mira y considera si ha aprovechado mas estos seis meses que los seis pasados, y esta comparacion y conferencia del tiempo presente con el pasado ayuda mucho para confundirse uno, si ve que no va aprovechando, y comenzar con nuevos brios, pues no vino á otra cosa á la Religion; y mas, miradas las faltas en junto y á sangre fria, como dicen, conoce el hombre mejor qué pasion le hace mas guerra y el humor que mas predomina en él, viendo las faltas en que mas veces ha caido, para tomar á pechos y de propósito el remedio trayendo

(1) Lib. 6, cap. 13 et 15 de *la vida del P. S. Francisco Javier.*

(1) Congreg. 6. Gen. decreto 56, can. 8.
(2) Trat. VII, cap. 10.
(3) Reg. 4 *communium.*

sobre aquello el exámen particular: y mas, como esto se mira y considera en este tiempo de renovacion de votos, donde el hombre hace reseña de las misericordias y beneficios que ha recibido de Dios, y particularmente de haberle traido á la Religion, viéndose por una parte tan obligado, y por otra, que de su parte no tiene sino faltas, humíllase delante de nuestro Señor y anímase para enmendarse y comenzar de nuevo de ahí adelante. Un contrario contrapuesto á su contrario, como lo blanco sobre lo negro, sale y campea mucho mas (1). Pues contraponed á lo mucho que habeis recibido, y á lo mucho que ha hecho Dios con vos, lo que vos habeis hecho con él: mirad cuáles son los cargos y cuáles los descargos, y vereis cuánta razon teneis de quedar confundido y humillado. ¿Qué se ha hecho de tanta frecuencia de Sacramentos? ¿De tantas penitencias y mortificaciones, de tanta oracion, de tantos exámenes, de tantas pláticas y exhortaciones, de tanta leccion espiritual? ¿Dónde se ha hundido todo eso? ¿Qué es del provecho que habeis sacado de todo ello? De esta manera ha de considerar cada uno sus faltas, cuando se prepara para dar cuenta y confesarse generalmente, procurando mirar y examinar muy bien cuál es el desaguadero por donde se le ha colado é ido toda la ganancia, para procurar el remedio de ahí adelante.

## CAPITULO IX.

Prosíguese lo mismo que en el capítulo pasado.

Fuera de lo dicho, hacemos tambien esta renovacion en agradecimiento del beneficio recibido, como digimos que hacia el santo abad Arsenio (2). Celebramos fiesta, y fiestas cada año, en hacimiento de gracias y en memoria y reconocimiento de la merced y beneficio tan grande que nos hizo el Señor en sacarnos del mundo y traernos á la Religion, principio de nuestro bien y señal grande de nuestra predestinacion. Asi como del dia de la dedicacion de un templo material hace la Iglesia fiesta cada año, asi es justo que la hagamos nosotros de la dedicacion de nuestra alma, que es templo vivo de Dios: y porque la mejor manera de agradecimiento es con obras (1), serálo muy grande y muy agradable á Dios esta renovacion, si se hace como se debe, que es procurando de rehacernos y fortificarnos mas en nuestros votos, y guardarlos de ahí adelante con mas perfeccion. Esto, como nota San Gregorio, es lo que dice el Apóstol San Pablo en aquellas palabras: "Renovaos en espíritu (2)." Renovacion espiritual es la que se nos pide, no esterior solamente con la boca (3). Cuando una imágen está vieja y deslustrada, que ya casi no se echan de ver las facciones y figuras, renováisla, que es darle nuevos colores y matices, con los cuales queda tan agradable y hermosa como si de nuevo se acabára de hacer. Asi nosotros vámonos envejeciendo y cansando, vámonos marchitando en virtud; porque este cuerpo corruptible, nuestra naturaleza estragada y mal inclinada nos lleva trás sí, y nos quiere hacer de su condicion, y que sigamos sus aficiones y apetitos (4). Es menester que volvamos sobre nosotros algunas veces y que procuremos renovarnos y rehacernos en nuestros buenos propósitos y deseos. «Si queremos que no se marchiten en nosotros las virtudes, es muy necesario que cada dia

(1) Opposita juxta se posita, magis eluce scunt.
(2) Cap. VI.

(1) Part. II, trat. 7, cap. 6.—Trat. 8, cap. 5.
(2) Renovamini spiritu mentis vestrae. *Ad Ephes.* IV, 23.
(3) Greg. *lib.* 22 *Moral., cap.* 4.
(4) Corpus quod corrumpitur, aggravat animam. *Sap.* IX, 15.

hagamos cuenta que comenzamos de nuevo (1): « acordaos del propósito, fervor y esfuerzo con que comenzastes esta empresa el dia que entrastes en Religion, y comenzad ahora con aquel denuedo y con aquellos bríos y aceros. Eso es renovarlos, y ese será muy buen agradecimiento del beneficio recibido y muy agradable á Dios.

Casiano refiere una exhortacion breve y compendiosa que hizo el abad Pafnucio á un novicio que recibia, estando presentes los demas religiosos, que cada uno la puede aplicar á sí y le ayudará mucho para conseguir el fin de esta renovacion. Ya te has ofrecido y entregado del todo á Dios, y dado de mano á todas las cosas del mundo: guárdate no tornes alguna vez á tomar aquello que ya renunciaste (2). Has renunciado la hacienda por el voto de la pobreza, no tornes á aficionarte acá en la Religion á cosillas y niñerías, porque poco te aprovechará haber dejado las cosas grandes, si acá te aficionas á cosas pequeñas. Has renunciado la voluntad y juicio por el voto de la obediencia: mira no lo tornes á tomar, antes dí con la Esposa en los Cantares: «Héme despojado y desnudado de mi propia voluntad y de mi propio juicio, no quiera Dios que torne mas á ser mio (3).» Has renunciado y dado de mano á los deleites y regalos y entretenimientos del mundo y de la carne, guárdate no vuelvan á entrar. Has dejado y menospreciado la vanidad y soberbia y estimacion del mundo, mira no torne á revivir y resucitar en tí, cuando te vieres antiguo, cuando te vieres sacerdote, cuando te vieres letrado, maestro; ten gran cuenta no tornes á reedificar lo que ya habias derribado y destruido, como dice el Apóstol (1), porque eso será prevaricar y volver atras, despues de haber echado mano al arado, sino persevera hasta el fin en la pobreza y desnudez, que has ofrecido y prometido á Dios, y en la humildad y paciencia con que perseverastes tantos dias, pidiendo con muchas lágrimas que te recibiesen.

Los Santos Basilio, Bernardo y Buenaventura añaden esto (2): «Mirad que ya no sois vuestro, sino todo lo que sois y todo lo que teneis es de Dios; porque ya se lo ofrecistes y entregastes todo á su Magestad por los votos que hicistes. Por tanto, guardaos de tornar á usurpar y tomar lo que le habeis ya dado y ofrecido, porque será hurto; que tomar y usurpar lo ageno contra la voluntad de su dueño, es hurto (3). ¿No digimos arriba que el que entra en religion da á Dios el árbol con su fruto? pues si uno diese á otro un árbol que le trasplantase en su huerta, y despues le tomase la fruta, hurto seria. Pues eso hace el religioso que hace su voluntad, y no la de la obediencia: y aun será, dice, sacrilegio, porque es de cosa ofrecida y dedicada á Dios, y asi será hurto sacrílego, el cual aborrece mucho Dios. "Yo soy el Señor, que aprecio el juicio y aborrezco el hurto en los holocaustos," dice el Señor por Isaías (4). Pues del holocausto, que es todo de Dios y está ya dedicado y ofrecido á su Magestad, ¿quién se ha de atrever á hurtar? San Bernardo dice que no hay peor sacrilegio que

(1) Si lassescere ab inchoatis bonis nolumus, valde necessarium est, ut inchoare nos quotidie credamus. *Greg. ubi supra.*

(2) Cave ne quid aliquando eorum resumas, quae renuncians abjecisti. *Casian. lib. 4 de institut. renunt., cap.* 36.

(3) Expoliavi me tunica mea, quomodo induar illa? *Cant.* V, 13.

(1) Ad Galat. II, 18.

(2) Basil. *in Reg. fusius disputatis* 19, *et serm. de abdicatione rerum.*—Bernard. *serm.* 19 *in Cantic.*—Bonav. *de informatione novitiorum, part. I, cap.* 2.

(3) Contrectatio rei alienae invito Domino furtum est.

(4) Ego Dominus diligens judicium, et odio habens rapinam in holocausto. *Isaiae.* LXI, 8.

este (1). San Agustin declara á nuestro propósito aquello del Génesis: "Llevó Dios á Adan, y púsole en el Paraiso terrenal para que obrase y para que le guardase (2)." Veamos, dice el Santo (3), qué es lo que nos quiere decir en esto el Espíritu Santo. Por ventura, ¿quiso Dios que Adan ejercitase allí el oficio de agricultura, y que cabase, y cultivase, y labrase la tierra? No es de creer, dice, que antes del pecado le obligase y condenase Dios á ese trabajo. Aunque el ejercicio por via de entretenimiento y recreacion, como le suelen acá tomar muchos en sus huertos y jardines, no era contrario á aquel estado de inocencia; pero por via de apremio y de necesidad, ni decia con aquel estado, ni era menester, porque la tierra daba fruto sin ese trabajo. ¿Y qué quiere decir tambien que puso Dios al hombre en el paraiso para que le guardase? ¿De quién le habia de guardar, pues no habia entónces enemigos ni otras naciones de quien se pudiese temer? Y de las bestias y animales tampoco tenia que guardarle; porque antes del pecado esos no hacian ningun mal al hombre ni á sus cosas; y si de esos hubiera que temer, mal pudiera un hombre solo guardar tan grande lugar, como era el paraiso, de tantos animales como habia, porque fuera menester hacer una cerca tan grande que no pudiera entrar dentro la serpiente; y antes que la hiciera era menester echar fuera todas las serpientes y los demas animales que habia dentro. No se ha de entender que puso Dios al hombre en el paraiso para que le guardase corporalmente ni para que cavase y arase. Pues ¿qué quiere decir? ¿Sabeis qué? dice el glorioso San Agustin; puso Dios al hombre en aquel paraiso para que obrase los preceptos y mandamientos que el mismo Dios le habia dado, y obrándolos guardase el paraiso para sí y no le perdiese, como le perdió porque no los obró. Pues apliquémoslo á nuestro propósito. ¿Para qué pensais que os puso Dios en este paraiso de la Religion, que con mucha razon la llaman los Santos paraiso? ¿Sabeis para qué? para que obreis y cumplais los preceptos y mandamientos de Dios y los consejos de su Evangelio que tenemos en nuestras reglas; y para que obrando eso guardeis y conserveis este paraiso para vos y no le perdais como le han perdido otros porque no lo supieron guardar.

Otra esplicacion da allí San Agustin á estas palabras. Pondera muy bien que no dice la Escritura: «Lo puso en el paraiso para que cultivase y guardase el paraiso (1),» sino «para cultivarlo y guardarlo (2).» Lo cual se puede referir tambien al mismo hombre; y aun le cuadra mas al Santo este sentido: «Puso Dios al hombre en el paraiso, no para que el hombre labrase y cultivase el paraiso, ni para que le guardase, sino para labrar Dios y guardar allí al mismo hombre (3);» porque así como se dice que el hombre «labra la tierra (4),» no porque la haga que sea tierra, sino porque hace que sea fecunda y fructuosa labrándola y cultivándola; así con mayor razon se dirá de Dios (que crió de nada al mismo hombre) que «labra al hombre (5),» cuando le va labrando, haciéndole justo, santo y perfecto. Pues para eso puso Dios al hombre en

(1) Nullum sacrilegii crimen reperitur deterius, quam in voluntate semel oblata Deo, reaccipere potestatem. *Bernard. epist.* 353.

(2) Tulit Dominus Deus hominem, et posuit eum in Paradyso voluptatis, ut operaretur, et custodiret illum. *Gen.* II, 15.

(3) Aug. *lib.* 8, *sup. Gen.*

(1) Posuit eum in paradyso, ut operaretur, et custodiret paradysum.

(2) Ut operaretur et custodiret illum.

(3) Ut operaretur et custodiret ipsum hominem.

(4) Operatur terram.

(5) Quod operatur hominem.

el paraiso terrenal, para irle allí labrando y perfeccionando, y asi guardarle hasta trasladarle del paraiso terrenal al celestial haciéndolo bienaventurado. De la misma manera, no penseis que os trajo Dios á este paraiso de la Religion para que vos le labreis y guardeis, que otro mejor hortelano y otra mejor guarda y defensa tiene, sino para labraros á vos, para hacer de vos un hombre mortificado, para hacer de vos un hombre espiritual, para hacer de vos un varon santo y perfecto, y de esa manera guardaros hasta trasladaros de aqueste paraiso terrenal al celestial.

De estas y otras semejantes razones y consideraciones nos habemos de ayudar para corresponder á tan grande beneficio y conseguir el fin de esta renovacion; y si se os pusiere delante el trabajo y dificultad, acordaos del grande premio y galardon que por ello os han de dar, dice el Apóstol San Pablo (1). El bienaventurado San Francisco solia decir muchas veces, y con esto exhortaba y animaba á sus religiosos: «Hermanos mios, grandes cosas habemos prometido; pero mucho mayores nos son prometidas á nosotros: guardemos aquellas y suspiremos por estas (2).» Y cuando los frailes hacen profesion ofreciéndose á Dios, les dice el superior: «Yo tambien te prometo á tí la vida eterna (3).» Pues yo tambien de parte de Dios, os prometo á vos la vida eterna, si guardais lo que habeis prometido, y con cédula firmada del mismo Cristo que dice en el Sagrado Evangelio: «Tendreis un tesoro, sereis grande y aventajado en el reino de los cielos (4).»

# TRATADO TERCERO.

## Del voto de la pobreza.

### CAPITULO I.

**Que el voto de la pobreza es el fundamento de la perfeccion evangélica.**

"Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos (1)." Con estas palabras dió Cristo nuestro Redentor principio á aquel soberano sermon del monte y á aquellas ocho Bienaventuranzas. Y aunque algunos doctores y Santos declaran estas palabras de la humildad; pero otros y con mucha razon las entienden de la pobreza voluntaria, y especialmente de esta que profesamos los religiosos. Y en este sentido las tomaremos ahora, que es de San Basilio (5) y de otros muchos Santos. Y no es pequeña alabanza de esta pobreza de espíritu, que Cristo nuestro Redentor haya comenzado con ella aquel soberano sermon, y puéstola por la primera de las bienaventuranzas. Pero mayor ala-

(1) Beati pauperes spiritu, quoniam ipsorum est regnum coelorum. *Matth.* V, 3.

(1) Quae magnam habet remunerationem. *Ad Hebr.* X, 35.

(2) Magna promisimus, majora promissa sunt nobis. *Part.* 1, *lib.* 1, *cap.* 31 *hist. Minorum.*

(3) Et ego promitto tibi vitam aeternam.

(4) Et habebis thesaurum in coelo. *Matth.* XIX, 21.

(5) Basil. *in Reg. brev. interrogat.* 205.

banza suya es que con obras y ejemplo nos la haya enseñado toda su vida; porque esta fué la primera leccion que en naciendo nos leyó este gran Maestro desde aquella cátedra del pesebre. Esto nos enseña aquel establo, esto aquellos pobres pañales, esto aquel ser menester el heno y el baho de los animales para calentarle y abrigarle. Esta fué tambien la postrera leccion que, para dejárnosla mas encomendada, nos leyó en aquella otra cátedra de la Cruz, muriendo desnudo y con tan suma pobreza que aun para amortajarle hubieron de comprar una sábana de limosna. ¿Qué mayor pobreza podia ser? Y cual fué el principio y fin, tal fué toda la vida; porque no tenia ni un dinero de donde pagar el tributo que le pedian: no tenia casa donde celebrar la Pascua con sus discípulos, que todo hubo de ser prestado. "Las raposas, dice él (1), tienen cuevas, y las aves nidos, y el Hijo de la Vírgen no tiene donde reclinar su cabeza." Queria el Redentor del mundo echar por fundamento de la perfeccion Evangélica la pobreza: "Si quieres ser perfecto, dijo (2), vé y vende lo que tienes, y dálo á los pobres;" y por esto quiso dejarla tan confirmada y autorizada con su ejemplo. Y asi vemos cuán impreso quedó en la Iglesia este fundamento de la pobreza desde el principio de la primitiva Iglesia, como se cuenta en los Actos de los Apóstoles (3), porque no habia entonces mio ni tuyo entre los fieles, sino todo era comun, porque todos los que tenian casas, ó heredades, ú otras posesiones, las vendian, y traian el precio de ellas, y lo ponian á los pies de los Apóstoles, y de allí se repartia á cada uno lo que habia menester. Pondera aqui San Gerónimo que lo ponian á los pies de los Apóstoles, para mostrar que las riquezas se habian de hollar y menospreciar y tener debajo de los pies (1). Y dicen los santos Cipriano, Basilio, Gerónimo y otros (2), que hacian entonces los fieles voto de pobreza. Y pruébanlo por el castigo de Ananías y Safira, que porque escondieron parte del precio de su heredad, fueron castigados con muerte súbita, lo cual es señal que tenian voto; porque si no lo tuvieran, no merecieran tan gran castigo.

Pues enseñada la Iglesia con esta doctrina divina, los Santos y todos los fundadores de las religiones ponen el voto de pobreza por fundamento necesario y firmísimo de la Religion. Y asi nuestro Padre, siguiendo esta doctrina tan antigua, comenzando á tratar de la pobreza, dice: «La pobreza como muro firme de la Religion, se ha de amar y conservar en su pureza, cuanto con la divina gracia fuere posible (3).» Es la pobreza el muro y fundamento de la Religion. Al contrario de lo del mundo, en el cual el fundamento de los mayorazgos y estados es hacienda y riquezas: acá es al revés; el fundamento del estado de la Religion y de la alteza de la perfeccion es la pobreza, porque como el edificio, que habemos de levantar, es diferente de los del mundo, el fundamento tambien es diferente.

Eso es lo que nos quiso enseñar Cristo nuestro Redentor por aquellas comparaciones que trae en el Sagrado Evangelio, diciendo: "¿Qué hombre hay que comience á

(1) Vulpes foveas habent, et volucres coeli nidos, filius autem hominis non habet ubi caput reclinet. *Matth.* VIII, 20; *Lucae* IX, 58.

(2) Si vis perfectus esse, vade, vende quae habes, et da pauperibus, *Matth.* XIX, 21.

(3) Actorum II, 32.

(1) Ut ostenderent pecunias esse calcandas. *Hieron. in epistol. ad Demetr.*

(2) Cypr. *lib. 3, ad Quirinil. cap.* 30.—Basil. *serm. de institut. Monach.*—Hyeron. *in epist. ad Paulinum, de institut. Monach. et epist. ad Demetr.*

(3) Paupertas ut murus Religionis firmus diligenda, et in sua puritate conservanda est, quantum, divina gratia aspirante, fieri potuerit. *P. VI. Constit. cap. 2, §. 1.*

edificar una torre, que primero no haga la cuenta para ver si tiene caudal para acabarla, porque despues no le dén en rostro, diciendo: «Este hombre comenzó á edifica ry no pudo acabar (1)?» ¿O qué rey hay que habiendo de ir á pelear con otro rey, no examine y haga cuenta primero si podrá salir al encuentro, siquiera con diez mil hombres, al que viene contra él con un ejército de veinte mil? Porque si esto no puede, procurará luego enviarle sus embajadores á tratar con él asientos de paz." Y concluye é infiere de esto: "pues de esta manera, el que no renunciare todo cuanto posee, no puede ser mi discípulo (2)." Dándonos en esto á entender que lo que es, para pelear, la grandeza del ejército, y para edificar, la abundancia del dinero; eso es para el edificio y milicia espiritual la pobreza y desnudez de todas las cosas del mundo. Y asi declarando esto el bienaventurado San Agustin, dice (3) que por el edificio de esta torre del Evangelio es, significada la perfeccion de la vida cristiana, y que las espensas y caudal para poder edificar es renunciar uno todas las cosas; porque de esa manera está mas libre y desembarazado para servir á Dios y mas seguro de su enemigo el demonio, por tener menos por donde le pueda acometer y hacer guerra.

San Gerónimo (4) y San Gregorio, prosiguiendo esto mismo, dicen habemos venido á este mundo á pelear con el demonio, que está desnudo y ninguna cosa de este mundo posee; es menester que nosotros nos desnudemos tambien de esas cosas para poder pelear con él. «Porque si uno, que está vestido, lucha con otro que está desnudo, presto caerá en tierra el que está vestido, porque tiene de donde el otro le trabe para derribarle. ¿Quereis pelear varonilmente con el demonio? Ropa fuera, desnudaos de todas las cosas de la tierra, no tenga el demonio de dónde trabar para haceros caer. Porque ¿qué son todas las cosas de la tierra sino como unas vestiduras del cuerpo? el que mas tuviere, mas presto será vencido, porque tiene mas de dónde el demonio le pueda asir para dar con él en tierra (1).» San Crisóstomo pregunta (2) qué es la causa porque en la primitiva Iglesia los cristianos eran tan buenos y tan fervorosos, y el dia de hoy son tan tibios y remisos, y responde: que la causa es porque entonces salian á pelear con el demonio desnudos, despojándose de sus bienes y haciendas; pero ahora salen muy vestidos de beneficios, haciendas y honras, y estas vestiduras les estorban é impiden mucho. Pues para esto dejamos las riquezas, y nos deshicimos de todas las cosas del mundo; para que asi, libres y desembarazados, podamos mejor pelear con el demonio y seguir á Cristo. «El luchador desnudo mas fuertemente pelea; el nadador se despoja de su ropa para pasar el rio; el caminante dejando la carga y hatillo, camina mas ligeramente (3).»

Por esto el primer voto que hacemos en la Religion es de pobreza, como fundamento de todo lo demas. Asi como dice San Pablo que la codicia es raiz de todos

---

(1) Quia hic homo coepit aedificare, et non potuit consummare. *Luc.* XIV, 28.

(2) Sic ergo omnis ex vobis, qui non renuntiat omnibus, quae possidet, non potest meus esse discipulus. *Luc. ubi supr.*

(3) Aug. *Epist. ad Laetam.*

(4) Hyeron. *apud Euseb. de morte.*

(1) Nam qui oneratus vestibus cum nudo luctatur, citius ad terram dejicitur; quia habet unde teneatur. Vis firmiter cum diabolo dimicare? Vestimenta projice, ne succumbas. Quid enim sunt terrena omnia, nisi quaedam corporis indumenta? Qui plus possidet, citius vincitur. *Greg. Homil.* 32.

(2) *Chrysost. sup. illud Actuum* II: Et appositae sunt in die illa animae circiter tria millia.

(3) Nudus athleta fortius dimicat; natator exuitur, ut fluvium transeat; viator rejectis sarcinulis bene cursitat. *Ib.*

los males (1), asi la pobreza es raiz y fundamento de todos los bienes y de todas las virtudes. Declara esto San Ambrosio: «Asi como las riquezas son instrumento de todos los vicios, porque el que tiene dineros, en todos los vicios y pecados que quiere halla modos y maneras para poner por obra su deseo: asi el renunciar y deshacerse de todas las cosas por Cristo, engendra y conserva todas las virtudes (2);» como se verá discurriendo por ellas. De la humildad dice San Gregorio: «La pobreza en los buenos suele ser guarda de la humildad y su conservacion (3);» para la castidad bien se ve cuán grande medio es la pobreza y la austeridad asi en el comer como en el vestir, y para la abstinencia y templanza tambien. Y asi podemos ir discurriendo por otras virtudes. Por esto llaman los Santos á la pobreza unas veces «maestra y guarda de las virtudes (4):» otras veces la llaman «madre.» Y lo trae nuestro Padre en las Constituciones: «Amen todos la pobreza como á «madre» (5).» Porque ella, como buena y verdadera madre, cria y conserva en nuestras almas las demas virtudes, y ella es la que tiene en pie la disciplina religiosa. Y asi vemos que las Religiones que han desdicho de la pobreza, han desdicho de la Religion, como hijos que no se parecen á su madre; pues aficionémonos á esta santa pobreza como á madre; que dice, no cualquier amor, sino amor intenso, amor tierno, amor con reverencia y con estima. El bienaventurado San Francisco llamaba á la pobreza *mi señorà*. Y asi en la Regla de Santa Clara dice: «obligámonos á nuestra señora la muy santa pobreza.»

(1) Radix omnium malorum est cupiditas. *I. ad Tim.* VI, 10.
(2) Ut rerum facultates instrumenta sunt omnium vitiorum, sic harum abnegatio generatrix est, nutrixque omnium virtutum. *Ambros.*
(3) Paupertas bonis mentibus solet esse custodia humilitatis. *Greg.*
(4) Custos, et magistra virtutum.
(5) Diligant omnes paupertatem ut Matrem. *Part. I. Const. cap.* 1, §. 25.

## CAPITULO II.

Del premio grande con que el Señor premia á los pobres de espíritu.

Aquel mancebo del Evangelio (1) que deseaba la perfeccion y no se contentaba con la guarda de los Mandamientos, diciéndole el Señor que si queria ser perfecto vendiese todo lo que tenia y se lo diese á los pobres, entristecióse y fuése, porque tenia muchas posesiones, y estaba aficionado á su hacienda, y no tuvo pecho ni valor para dejarla: faltóle el caudal para edificar esta torre de la perfeccion evangélica. Pues para que no nos acontezca á nosotros lo mismo, sino que tengamos ánimo y esfuerzo para renunciar todas las cosas del mundo y romper con todo, pónenos delante Cristo nuestro Redentor el premio grande que por ello alcanzaremos. "Bienaventurados, dice, los pobres de espíritu, porque suyo es el reino de los cielos." Mirad si será bien empleado dar todas las cosas de la tierra por el reino de los cielos; y si será sábio mercader el que se deshiciere de todas sus cosas para alcanzar este tesoro. Pondera muy bien el bienaventurado San Bernardo (2), que aun no habló de futuro en esta bienaventuranza, como en otras, «suyo será;» sino de presente, «suyo es el reino de los cielos.» Ya es vuestro el reino de los cielos, aunque no os le hayan entregado; porque le habeis comprado con las cosas del mundo que dejastes. Asi como si diésedes cien ducados por una pieza de oro ó por una piedra preciosa que

(1) Matth. XIX, 21.
(2) Bernard. *serm.* 4, *de Advent.*

otro tiene en su casa, desde luego queda por vuestra aquella pieza, aunque no os la haya entregado, porque la habeis comprado con vuestros dineros: asi el reino de los cielos es ya del pobre de espíritu, porque lo compró dando todo lo que tenia por él. Semejante es el reino de los cielos á un hombre de negocios que trata en piedras preciosas; pues asi como este hace suya la margarita preciosa, dando su dinero por ella (1): asi vos habeis hecho vuestro el reino de los cielos, porque habeis dado por él todas vuestras cosas.

No paran aquí las promesas de Cristo; mas que eso promete él á los pobres de espíritu; ¿pues puede haber mas que el reino de los cielos? Sí, porque hay ventajas allá en el cielo, como las hay acá en la tierra para los buenos soldados; y promete á los pobres de espíritu una ventaja y preeminencia grande sobre los demas. Despues de ido aquel mancebo que no quiso dejar lo que tenia, diciendo Cristo nuestro Redentor cuán dificultosamente entrarán los ricos en el reino de los cielos, sale el Apóstol San Pedro en nombre de los demas: "Señor, nosotros dejamos todas las cosas y os habemos seguido, ¿qué premio nos habeis de dar (2)?" Respóndeles: "De verdad os digo, que vosotros que me habeis seguido, en el dia del juicio final, cuando yo venga con magestad á juzgar los vivos y los muertos, habeis de ser juntamente jueces asesores conmigo, y como tales habeis de estar sentados en doce sillas, juzgando á los doce tribus de Israel (3)." Declaran aquí los Santos que esta dignidad y preeminencia se entiende de todos los que fueren imitadores de los Apóstoles en el estado de la pobreza, confirmado con votos, como lo son los religiosos, como mueran en gracia de Dios. Dicen que todos tendrán esta preeminencia y dignidad; que el dia del juicio no estarán ante el tribunal divino tanto para ser juzgados cuanto para ser juntamente con Cristo jueces asesores y como tales aprobar y confirmar la sentencia de nuestro Salvador. Asi lo dice espresamente San Agustin, Beda, San Gregorio (1), y es sentencia comun de los doctores; y traen para esto aquello de Isaías: "El Señor vendrá á juicio con los ancianos de su pueblo y sus príncipes (2);" y aquello que dice Salomon en los Proverbios, hablando del Esposo de la Iglesia: "Será noble ó conocido en las puertas su varon, cuando se sentare con los senadores de la tierra (3)." Estos, dicen que son los príncipes que han de venir á juzgar juntamente con Cristo, y los ancianos y senadores que han de estar sentados con el Esposo de la Iglesia, que es Cristo, en aquel dia último del juicio. Y aunque algunos quieren atribuir esta dignidad á todos los Santos canonizados; pero la opinion comun, que sigue Santo Tomás, es que solamente tendrán esta dignidad los que profesaron estado de pobreza, y esos aunque no hayan sido canonizados. Y traen los teólogos y los Santos muchas razones y congruencias muy buenas, por qué se dá mas esta preeminencia á los que han profesado esta pobreza voluntaria que á los demas bienaventurados. Esclama aquí muy bien San Gre-

(1) Simile est regnum coelorum homini negotiatori quaerenti bonas margaritas, inventa autem una pretiosa margarita abiit, et vendidit omnia, quae habuit, et emit eam. *Matth.* XIII, 45.

(2) Ecce nos reliquimus omnia, et secuti sumus te: quid ergo erit nobis? *Matth.* XIX, 27.

(3) Amen dico vobis, quod vos qui sequuti estis me, in regeneratione cum sederit filius hominis in sede majestatis suae, sedebitis, et vos super sedes duodecim, judicantes duodecim tribus Israel. *Ib.*

(1) Aug. *epist.* 89 *ad Hilarium.*—Beda, *hom. in natali S. Bened.*—Greg. *lib.* 10 *Moral., cap. últ.*

(2) Dominus ad judicium veniet cum senibus populi sui, et principibus ejus. *Isai.* III, 14.

(3) Nobilis in portis vir ejus, quando sederit cum senatoribus terrae. *Prov.* XXXI, 23.

gorio con el Profeta: "Muy honrados son, Señor, vuestros amigos; mucho se ha fortalecido el principado de ellos (1)." Bendito y alabado seais, Señor, que asi honrais á vuestros amigos y particularmente á los que voluntariamente se hicieron pobres por vuestro amor, pues no os contentais con darles el reino de los cielos, sino que les haceis tan grandes y tan señalados príncipes en él que sean jueces universales de todo el mundo juntamente con vos.

## CAPITULO III.

**Que no solo en la otra vida, sino tambien en esta paga Dios á los pobres de espíritu.**

Porque no penseis que todo el premio se os libra para la otra vida, y os parezca que os dan la paga al fiado y á plazo largo, dando vos luego el precio de contado, no solamente en la otra vida, sino tambien en esta premia Dios á los pobres de espíritu y muy aventajadamente. Somos tan interesados los hombres, y muévenos tanto lo presente y visible, que cuando esto no hay, parece que nos desanimamos, y asi tuvo el Señor cuenta con nuestra flaca condicion y no quiso, aun en esta vida, dejar sin premio á los que renuncian todas las cosas por su amor; sino añade luego tras la promesa dicha: "Y cualquiera que por amor de mí dejare su casa, hermanos ó hermanas, padre ó madre, muger ó hijos ó alguna hacienda ó heredad, recibirá ciento tanto, y despues la vida eterna." El ciento tanto se entiende que lo recibirá acá en esta vida, y despues en la otra la vida eterna. Asi lo declara el mismo Cristo por San Marcos (2). No solo recibireis despues el premio de la vida eterna, por haberos hecho pobre por Cristo, sino en esta vida recibireis ciento por uno.

San Gerónimo declara este ciento tanto en los bienes espirituales, dice: «El que dejare los bienes temporales por Dios, recibirá los espirituales, que en comparacion de ellos es recibir ciento por uno (1).» Pero Casiano declara esto de los mismos bienes esteriores, y dice (2) que aun en esos recibimos los religiosos ciento tanto en esta vida, conforme á las palabras que alli añade el mismo Evangelista San Marcos. Y bien lo vemos cumplido á la letra, y cada dia lo decimos á los que vienen de nuevo á la Religion. Dejastes una casa por Cristo, y teneis tantas casas; todas las casas de la Religion son vuestras, que os las ha dado Dios en esta vida por una que dejastes. Dejastes un padre y una madre, y dáos Dios en su lugar tantos padres que os quieren mas que los que dejastes, y tienen mas cuidado de vos, y miran mas por vuestro bien. Dejastes vuestros hermanos, y hallais acá tantos hermanos que os aman mas que ellos, porque os aman por Dios y para Dios sin interés ninguno suyo, y los del mundo os aman por su provecho é interés, y solamente mientras os han menester. Dejastes algunos criados en el mundo, y por ventura no los teniades, y acá teneis tantos que os sirvan: uno de procurador, otro de despensero, otro de cocinero, otro de refitolero, otro de enfermero; y lo que mas es, que si vais á Castilla, á Portugal, á Francia, á Italia, á Alemania, á las Indias, y á cualquiera parte del mundo, hallareis que os tienen ya puesta allá casa con otros tan-

(1) Nimis honorificati sunt amici tui Deus, nimis confortatus est principatus eorum. *Ps.* CXXXVIII, 17.
(2) Accipiet centies tantum nunc in tempore hoc, et in seculo futuro vitam aeternam *Marc.* X, 30.—*Luc.* XVIII, 30.

(1) Qui carnalia pro Salvatore dimiserit, spiritualia recipiet, quae comparatione, et merito sui ita erunt, quasi si parvo numero centenarius numerus comparetur. *Hieron. lib.* 3, *in Matth.*
(2) Cassian. *collat. ult. abbatis Abraham.*

tos oficiales de asiento que os sirvan con el mismo cuidado y diligencia, que no hay príncipe en la tierra que lo tenga. Esto ¿no es recibir ciento tanto en esta vida y mas que ciento tanto?

Pues ¿qué diré de las mismas cosas que dejastes? aun en eso teneis acá mucho mas que en el mundo; ciento tanto mas de lo que dejastes os da Dios en esta vida, porque acá todo lo teneis: mas señor sois vos de las cosas y riquezas del mundo, que los mismos ricos; que no son ellos los señores de sus haciendas y riquezas, sino vos: ellos son siervos y esclavos de ellas. Los llama la Sagrada Escritura: "Varones de las riquezas (1):" no dice, «las riquezas de los varones,» sino «los varones de las riquezas.» Para darnos á entender que la riqueza es la señora de ellos, porque ella es la que los manda, y ellos son siervos y esclavos de ella, porque á ella sirven, por ella trabajan, para adquirirla, para acrecentarla, para conservarla; y mientras mas hacienda y riquezas tienen, mas esclavos son, porque han menester poner mas cuidado y trabajo en eso. Dice el Sábio: "La hartura y abundancia del rico no le deja dormir (2)." En la cama blanda está dando vuelcos de noche, porque su hacienda y riquezas le quitan el sueño. Pero el religioso, ¡cuán sin cuidado y sin tener cuenta si vale caro ó barato, ó si es buen año ó malo, lo tiene todo! Asi viven descansados y sin cuidados, como quien no tiene nada, y con eso descuido y descanso lo tienen todo, como dice el Apóstol (3). ¿Pues qué en contento? Dános cien veces mas de lo que tuviéramos allá; sino, preguntádselo á los del mundo y á los mejores librados de él, y vereis los azares y descontentos que tienen á cada paso, de los cuales estamos muy libres los religiosos. ¿Pues qué en honra? Cien veces mas teneis acá en la Religion de la que tuviérades allá; porque el grande, el príncipe y el prelado que allá en el mundo no hiciera caso de vos, viéndoos acá debajo de un hábito viejo y remendado, os hace mucha honra y os tiene mucho respeto. ¿Pues qué en descanso, quietud y sosiego? En todo nos da Dios ciento tanto mas en la Religion.

¿Para qué todo eso? ¿Sabeis para qué? Para que desembarazados y desocupados de las cosas de la tierra, pongamos todo nuestro corazon en el cielo; para que la solicitud y cuidado que habiamos de poner en las cosas del mundo y en buscar lo necesario para la sustentacion del cuerpo, la pongamos en agradar mas y mas á Dios y en crecer cada dia en virtud y perfeccion, conforme á aquello que dice el Profeta de los hijos de Israel: "Dióles las regiones de los gentiles, y gozaron lo que trabajaron los pueblos, para que guarden sus preceptos y busquen su ley (1)." Esto es tambien lo que dice Dios por el Profeta Ecequiel, hablando de los sacerdotes: "No tengan heredades mis sacerdotes, porque yo quiero ser su heredad. No les deis posesiones en la tierra, porque yo tengo de ser su posesion (2)." Pues para esto dejamos nosotros nuestras heredades y posesiones, porque quiere Dios ser nuestra heredad y posesion. ¡Dichosa suerte la del religioso, pues tal heredad y tal posesion le ha cabido! En lo mejor y mas bien parado nos vino á caber la suerte de nuestra herencia, pues á

(1) Viri divitiarum. *Ps.* LXXV, 6.
(2) Saturitas autem divitis non sinit eum dormire. *Eccl.* V, 11.
(3) Tanquam nihil habentes, et omnia possidentes. *II. ad Cor.* VI, 10.

(1) Et dedit illis regiones gentium, et labores populorum possederunt; ut custodiant justificationes ejus, et legem ejus requirant. *Ps.* CIV, 44.
(2) Non erit autem eis hæreditas, ego hæreditas eorum; et possessionem non dabitis eis in Israel, ego enim possessio eorum. *Ezech.* 44.

nuestros hermanos les cupo la tierra y á nosotros el cielo (1). Dios es la parte y la herencia que me ha cabido (2); Dios de mi corazon, y mi suerte y parte; Dios para siempre (3). El bienaventurado San Francisco decia que la pobreza era una virtud celestial y divina, porque por ella se menosprecian y tienen debajo de los pies todas las cosas de la tierra, y se quitan todos los estorbos é impedimentos para que el alma, libre y desembarazada de todo lo de acá, pueda mas libremente y sin impedimento alguno atender solamente á las cosas del cielo y unirse y juntarse con Dios.

## CAPITULO IV.

### En qué consiste la pobreza de espíritu.

Cristo nuestro Redentor nos declara bien en qué consiste la perfeccion de esta pobreza que profesamos los religiosos, en aquellas palabras: "Bienaventurados los pobres de espíritu (4)." Dice que ha de ser pobreza de espíritu, de voluntad y aficion. No basta dejar esteriormente la hacienda y riqueza del mundo, es menester que con el corazon tambien las dejemos. Esa es pobreza de espíritu, la que desembaraza, no solo el cuerpo, sino el espíritu y el corazon, y le despega de todas las cosas, para que asi libre y desembarazado de todo lo de acá, pueda libremente y sin impedimento alguno seguir á Cristo y darse todo á la perfeccion, que es el fin que se pretende y á que venimos á la Religion. San Gerónimo pondera aqui muy bien aquello que respondió Cristo nuestro Redentor á San Pedro: "De verdad os digo que vosotros que me seguisteis (1)." Habia dicho San Pedro: "Señor, nosotros habemos dejado todas las cosas, y os habemos seguido, ¿qué nos habeis de dar?" Y respóndele Cristo: "De verdad, os digo, que vosotros que me seguistes." Notad, dice el Santo, que no dijo: «de verdad os digo, que vosotros que dejastes todas las cosas;» sino «vosotros que me seguistes.» Porque eso de dejar todas las cosas tambien lo hizo Diógenes, Antistenes y otros muchos filósofos, entre los cuales cuenta San Gerónimo (2) de uno, llamado Crates Tebano, que siendo muy rico y queriéndose ir á Atenas á darse á la filosofia y á la virtud, porque las riquezas no le impidiesen, vendió todas las heredades y posesiones que tenia, y juntando de ellas gran cantidad de oro, arrojólo todo en el mar, diciendo: «Id al profundo, codicias malas: yo os hundiré á vosotras, porque vosotras no me hundais y anegueis á mí (3).» De otro filósofo llamado Focion, que resplandeció mucho en la pobreza, se cuenta que, enviándole Alejandro Magno gran suma de oro, cien talentos, que hacen de nuestra moneda sesenta mil escudos: preguntó él á los que lo traian, ¿por qué causa me envia esto Alejandro? y respondiendo ellos; «solamente por tu virtud, y porque te tiene por el mas bueno y mas virtuoso de los atenienses,» dijo el filósofo: «Pues déjeme ser tal (4).» Y en ninguna manera los quiso recibir. Fué tan celebrado este hecho y dicho entre los filósofos griegos, que por mucho tiempo no se trataba otra cosa entre ellos, sino cuál habia sido mayor, Alejandro ó Focion, que habia menospreciado las riquezas de Alejandro. Si me tiene por bueno y virtuoso,

(1) Funes ceciderunt mihi in praeclaris, etenim haereditas mea praeclara est mihi. *Ps.* XV, 6.
(2) Dominus pars haereditatis meae. *Ps.* XV, 5.
(3) Deus cordis mei, et pars mea, Deus in aeternum. *Ps.* XV, 26.
(4) Beati pauperes spiritu. *Matth.* V, 3.

(1) Amen dico vobis, quod vos qui secuti estis me. *Matth.* XIX, 28.
(2) Hieron. *epist. ad Jul. diac.*; *et epist. ad Paulinum, et lib. II., adversus Jovinianum.*
(3) Abite pessum malae cupiditates, ego vos mergar, ne ipse mergar a vobis.
(4) Sinat igitur me esse talem.

déjeme serlo, y no me envie riquezas que me lo impidan. Y de estos hay muchos ejemplos. Y por el contrario, dice San Agustin y San Gerónimo (1) que tampoco es el oro ni la plata lo que daña. Y traen para esto el ejemplo de muchos patriarcas y Santos del viejo Testamento, que fueron muy ricos, como Abraham, Isaac, Jacob y el Patriarca José, que era el segundo en el reino despues de Faraon, y mandaba toda la tierra de Egipto; y Daniel (2) y sus tres compañeros, que tuvieron gran mando y señorío en Babilonia; y Mardoqueo y Estér en todo el reino del rey Asuero; David, Job y otros muchos: los cuales en medio de las riquezas y pompas del mundo, tenian lo principal de esta pobreza de espíritu, porque no tenian el corazon asido, ni pegado á ellas; guardaban muy bien aquello del Profeta: "Si tuviéredes riquezas, mirad no se os pegue el corazon á ellas (3)."

Pues viniendo á nuestro punto, dos cosas son las que se requieren para esta pobreza de espíritu que profesamos los religiosos: la primera, que con efecto renunciemos y dejemos todas las cosas del mundo como lo hacemos con el voto de la pobreza; la segunda, que dejemos tambien la aficion de las cosas; y esto segundo es lo principal que se requiere para que el corazon quede desocupado y desembarazado para darse del todo á Dios y á la perfeccion. Y asi dice Santo Tomás (4) que lo primero, que es dejar con efecto las cosas, se ordena á esto segundo, para que asi dejemos mas fácilmente la aficion de ellas, porque ese es un medio muy eficaz para ello; y trae para esto aquello de San Agustin: «Las cosas de la tierra; cuando las tenemos y poseemos, llevan mas el corazon tras sí; y asi es mas dificultoso el perder la aficion de ellas que cuando no las tenemos (1).» Mucho mas fácil es no querer uno lo que no tiene, que dejar lo que ya tiene; porque lo que no se tiene, deséchase como cosa estraña; pero lo que uno tiene, ya parece que está unido é incorporado en él, y dice Santo Tomás que es como quien corta un miembro de sí, que duele y se siente mucho. Los Santos Gerónimo, Agustino y Gregorio, sobre aquellas palabras del Apóstol San Pedro: "Señor, todas las cosas habemos dejado (2)," tratan muy bien de esto. Dice San Gerónimo: «San Pedro y los demas Apóstoles eran unos pobres pescadores, que ganaban de comer con el trabajo de sus manos y no tenian sino una miseria, una barca vieja y unas redes remendadas; y con todo eso, dicen con grande confianza: «Señor, todas las cosas habemos dejado (3).» Responde muy bien San Gregorio, «con razon lo dicen; porque en este negocio, hermanos mios, mas habemos de mirar á la aficion que á la hacienda que se deja: mucho deja el que no se queda con nada, mucho deja el que poco ó mucho lo deja todo. Nosotros con la aficion estamos muy pegados á lo que poseemos, y con el deseo á lo que no tenemos; pero los Apóstoles dejaron mucho, porque no solo dejaron lo que tenian, sino tambien el deseo de tener (4).» Mucho deja el que deja todo

(1) Aug. *epist. ad Hilarium.*—Hyeron. *epist. ad Salvinam, de servanda virginitate.*
(2) Daniel II, 49.
(3) Divitiae si affluant, nolite cor apponere. *Ps.* LXI, 11.
(4) S. Thom. 2.-2., *quaest.* 186, *art.* 3.

(1) Terrena diligunter arctius adepta, quam concupita. *Aug. epist. ad Paulinum.*
(2) Ecce nos reliquimus omnia. *Matth.* XIX, 27.
(3) Grandis fiducia Petrus piscator erat, dives non fuerat, cibos manu, et arte quaerebat, et tamen loquitur confidenter, ecce nos reliquimus omnia. *Hieron.*
(4) In hac re, fratres charissimi, affectum debemus potius pensare, quam censum; multum reliquit, qui sibi nihil retinuit; multum reliquit, qui quamlumlibet parum, totum deseruit. Certe nos, et habita cum amore possidemus, et ea, quae minime habemus, ex desiderio quaerimus. Multum ergo Petrus, et Andreas

lo que tiene, y con ello el deseo de tener. Lo mismo dice San Agustin: «Con razon dijeron los Apóstoles que habian dejado todas las cosas, aunque no tenian sino unas barquillas y unas redes rotas; porque todas las cosas del mundo deja y todas las menosprecia, el que menosprecia no solo todo lo que tiene, sino tambien todo lo que podia desear (1).»

Es un consuelo grande para los que deamos poco, porque no teniamos mas. Dice San Agustin hablando de sí mismo, cómo habia vendido y dejado eso que tenia: «no porque no fuí rico por eso se me tendrá á menos, porque tampoco los Apóstoles fueron ricos; mas aquel deja todo el mundo que deja no solo todo lo que tiene, sino todo lo que puede desear (2).» Tanto deja uno por Dios cuanto deja de desear por él; y asi todo el mundo y todas las cosas dejastes, si dejastes la aficion y deseo, no solo de lo que teniades y podíades tener, sino tambien de todo lo que podíades querer y desear; y asi bien os podeis alegrar y decir con los Apóstoles: «Señor, todas las cosas habemos dejado por vos (3).» Y el que tenia mucho allá en el mundo no se tenga por eso en mas ni piense que por eso ha dejado mucho; porque si no deja el deseo de todo lo que podia querer y desear, poco deja. Mucho mas dejó el otro, porque dejó el deseo de todas las cosas del mundo.

Pues en esto consiste lo principal de esta pobreza de espíritu: en este despegamiento, desaficion y menosprecio de las cosas, en que tengamos todas las cosas del mundo debajo de los pies, y como estiércol, como dice San Pablo (1), todo lo habemos de hollar, y menospreciar, y tener en nada por ganar á Cristo. Estos son los pobres de espiritu, que él llama bienaventurados, y con mucha razon; no solo porque es ya suyo el reino de los cielos, como habemos dicho, sino tambien porque comienzan desde luego á gozar de una hartura muy grande, que es una felicidad y bienaventuranza en la tierra. Porque ser uno dichoso y bienaventurado, dice Boecio, no está en tener muchas cosas, sino en tener cumplimiento de sus deseos. Y San Agustin dice: «Aquel es bienaventurado que tiene todo lo que quiere y no quiere mal ninguno (2).» Pues esto mas lo tienen los pobres de espíritu que los ricos y poderosos del mundo; porque los pobres de espíritu tienen todo lo que desean, porque no desean cosa alguna fuera de lo que tienen; con aquello están hartos y no desean mas; antes todo les parece que les sobra: pero los ricos del mundo nunca están hartos ni contentos. Dice el Sábio: "No se hartará el avariento con el dinero (3)." La codicia nunca dice basta (4); porque esas cosas no pueden bastar para hartar su apetito, antes le despiertan y acrecientan (5). Asi como el hidrópico, mientras mas bebe, mas sed tiene: asi el avariento, por mucho que tenga, siempre codicia lo que le falta, siempre está suspirando por mas, porque no hace caso de lo que tiene, sino de lo que podria haber; y mas pena le dá lo que le falta que

---

dimisit, quando uterque etiam desiderium habendi reliquit. *Greg. Homil. V, in Matth.*

(1) Piscatores vocante domino, quod naviculas, et retia dimiserunt, omnia se dimisisse, et Dominum secutos esse, etiam commemorando laetati sunt, et revera omnia contemnit, qui non solum quantum potuit, sed etiam quantum voluit habere contemnit. *Aug. epist.* 34 *ad Paulinum.*

(2) Nec enim quia dives non fui, ideo minus mihi imputabitur; nam nec Apostoli, qui priores hoc fecerunt, divites fuerunt. Sed totum mundum dimittit, qui et illud quod habet, et quod optat habere, dimittit. *Aug. epist.* 89 *ad Hilar.*

(3) Ecce nos reliquimus omnia. *Matth.* XIX, 27.

(1) Omnia arbitror ut stercora, ut Christum lucrifaciam. *Ad Philip.* III, 8.

(2) Beatus est, qui habet quidquid vult, et nihil male vult *Aug. lib.* 13 *de Trinitate.*

(3) Avarus non implebitur pecunia. *Eccl.* V, 9.

(4) Nunquam dicit sufficit.

(5) Crescit amor nummi, quantum ipsa pecunia crescit.

contento todo lo que tiene; y asi siempre vive en pena y tormento, hambreando, deseando y procurando mas.

De Alejandro Magno se cuenta (1) que oyendo á un filósofo llamado Anaxeroncio ó Anaxarco, tratar y disputar que habia infinitos mundos, comenzó á llorar; y preguntándole los suyos por qué lloraba, respondió: «¿No os parece que tengo razon de llorar, que habiendo tantos mundos, como este dice, aun no habemos podido ser señores de uno solo?» Mas pena le daba el deseo de lo que le faltaba que contento todo lo que tenia. Y por el contrario el otro filósofo (Crates), con una capa vieja y una mantilla pobre andaba tan contento y tan regocijado que siempre parecia que era Pascua para él; mas harto y mas contento y rico estaba con su pobreza que Alejandro con todo el mundo. Y asi se lo dijo muy bien Diógenes el Cínico al mismo Alejandro y lo trae San Basilio (2). Viendo Alejandro á este filósofo con suma pobreza, díjole: "De muchas cosas me parece que tienes necesidad, pídeme y dártelas hé.» Respondió el filósofo: «¿á quién te parece, oh emperador, que le falta mas; á mí, que no quiero mas que mi capa y mi zurron, ó á tí que, siendo rey de Macedonia, te pones á tanto peligro por ensanchar tu reino y que apenas basta todo el mundo para tu codicia? Mas rico soy yo que tú.» Y dice San Basilio que dijo muy bien; porque decidme, ¿cuál es mas rico? ¿aquel á quien le sobra, ó aquel á quien le falta? Claro está que aquel á quien le sobra. Pues á aquel filósofo le parecia que le sobraba todo y no le faltaba nada de lo que deseaba, porque no deseaba mas de lo que tenia, y á Alejandro Magno le faltaba mucho para lo que deseaba y queria tener; luego mas rico estaba aquel filósofo que Alejandro, y mas le faltaba á Alejandro que al filósofo.

De manera, que la verdadera riqueza y el contento y felicidad de esta vida no está en tener mucho, sino en el cumplimiento de los deseos y hartura de la voluntad: ni la pobreza está en la falta de las cosas, sino en la hambre y deseo que tiene uno de ellas y en aquella sed insaciable de tener. Dijo allá Platon: «Quitada esa, el que fuere bueno será rico (1).» Trae San Crisóstomo una buena comparacion para declarar esto: si uno tuviese tan gran sed, que tras un vaso bebe otro y otro, y con todo eso, es tanto el ardor que siente dentro, que no se puede hartar; este tal, aunque tuviese mucha abundancia de agua que poder beber, no por eso diríamos que era dichoso y bienaventurado. Por mas dichoso y bienaventurado tendriamos al que no tuviese sed, ni sintiese gana de beber; porque aquel es como el hidrópico, ó como el que se está abrasando con una calentura recia; y este, como quien está sano y bueno. Pues esa es la diferencia que hay de los que desean tener riquezas y hacienda á los verdaderos pobres de espíritu que están contentos con lo que tienen y no desean cosa alguna de este mundo: que estos están sanos, y los otros enfermos: estos están hartos, y los otros hambrientos; estos están ricos, y los otros pobres.

Esto es lo que dice el Espíritu Santo por Salomon: ¿Qué es cosa y cosa, dice el Sabio (2), que el que no tiene nada, está muy rico, y el que tiene mucha hacienda y riquezas está como un pobre necesitado, siempre hambreando y deseando mas, pareciéndole que le falta siempre? ¿Sabeis

(1) Plutarch. *lib.* de *tranquil animae.*—Valer. Max.
(2) Basil. *hom.* 24.

(1) Quasi recesserit, qui bonus est, dives quoque fuerit. *Platon*; *et refert Clemens Alexand. lib.* 2. *Stromat.*
(2) Est quasi dives, cum nihil habeat; et est quasi pauper, cum in multis divitiis sit. *Prov.* XIII, 7.

que es esto? Es la miseria, infelicidad y mengua que traen consigo las riquezas y bienes del mundo, que no pueden hartar, ni dar contento; y esa es la felicidad y bienaventuranza que trae consigo la pobreza de espíritu, que hace bienaventurados á los que la tienen, porque comienzan desde luego á gozar de una hartura muy grande.

De Sócrates se refiere que solia decir: «Dios no tiene necesidad de nada, y asi aquel es mas semejante á Dios que tiene necesidad de menos cosas y se contenta con menos (1).» Y pasando él por la plaza, y viendo tanta multitud de cosas como alli se venden, solia decir, hablando consigo: «¡De cuánta multitud de cosas no tengo yo necesidad (2)!» El vulgo ignorante, y los avarientos y codiciosos, cuando ven tanta multitud de cosas, gimen diciendo: «¡Qué de cosas me faltan (3)!»

## CAPITULO V.

De los religiosos que, habiendo dejado cosas mayores, se aficionan en la Religion á cosas menores.

De lo dicho se sigue, para nuestro aprovechamiento, lo primero, que si los que dejamos el mundo, hacienda y riquezas, no dejamos tambien la aficion á esas cosas, no somos pobres de espíritu; porque esa pobreza consiste en que no solo con el cuerpo y esteriormente nos apartemos de las cosas del mundo, sino que con la voluntad y aficion nos despeguemos tambien de ellas: y esto es lo principal de la pobreza de espíritu. Y asi, si aun dura en vos la aficion á esas cosas, no las habeis dejado del todo: con vos las trajistes á la Religion, pues las teneis dentro de vuestro corazon, y asi no sois pobre verdadero, sino fingido; y por consiguiente, ni religioso verdadero, sino fingido, pues solamente con el cuerpo estais en la religion, y con el espíritu y corazon en el mundo; falsamente teneis nombre de religioso.

Lo segundo, se sigue que si el religioso, que dejó y menospreció la hacienda y riqueza del mundo, acá en la Religion se aficiona á cosillas, al aposento, al vestido, al libro, á la imágen ó á otras cosas semejantes, no es verdadero y perfecto pobre de espíritu. La razon es la misma, porque lo principal de la pobreza de espíritu está en dejar la aficion de las cosas del mundo y tener despegado el corazon de ellas; y este tal no ha dejado esa aficion, sino la que tenia allá á esas cosas, acá en la Religion la ha pasado y mudado á cosas pequeñas, y asi está pegado y aficionado su corazon á estas niñerías, como lo estaba allá en el mundo á la hacienda y riquezas. Casiano trata muy bien este punto. No sé, dice (1), cómo declarar una cosa ridícula, que pasa en algunos religiosos, que despues de haber dejado la hacienda y riquezas que tenian en el mundo los vemos en la religion andar con tanto cuidado y solicitud en cosillas y menudencias, buscando y procurando algunas comodidades supérfluas é impertinentes, tanto, que aun algunas veces es mas la aficion y solicitud que tienen en estas cosas que la que tenian en el mundo á toda su hacienda (2). A los cuales, dice, poco les aprovechará haber dejado mucha hacienda y grandes riquezas, porque no dejaron la aficion de ellas, sino mudáronla y pasáronla á estas pequeñas y menudas, porque la aficion y codicia que ya en la Re-

(1) Eum esse Diis simillimum, qui quam paucissimis egeret; cum Dii omnino nullius egeant rei. *Laertius lib.* 2.—Brusius, *lib.* 5, *c.* 23.
(2) Quam multis rebus ego non egeo!
(3) Quam multa mihi desunt!

(1) Cass. *collat.* 4. *Abbatis Daniel*, *cap.* 21.
(2) Ut horum cura pristinarum omnium facultatum superet passionem. *Ib.*

ligion no pueden escitar acerca de cosas preciosas, la tienen y ejercitan en cosas pequeñas y viles. Y asi muestran manifiestamente que no dejaron la aficion y codicia, sino que la mudaron y pasaron á estas niñerías. La misma codicia se tienen acá que allá, como si el mal estuviera en el oro ó en la diferencia de los metales y de las cosas, y no en la pasion y aficion del corazon. Y como si para eso hubiéramos dejado las cosas grandes para poner nuestra aficion en las pequeñas, que no dejamos para eso las cosas mayores; sino para eso dejamos lo mas y rompimos con ello, para que acá se nos haga mas fácil menospreciar lo menos (1); porque de otra manera, si la aficion y codicia tiene preso y asido nuestro corazon, ¿qué mas se me dá que eso séa con cosas grandes, ó con cosas viles y pequeñas; pues tan pegados y aficionados estamos acá á esas cosas pequeñas, y tan ocupado y embarazado está nuestro corazon con ellas como pudiera estar con las grandes? Todo se sale á una cuenta, como lo mismo es no ver el sol por estar puesta delante de los ojos una lámina de oro, hierro ó estaño; tanto impide lo uno como lo otro. Lo mismo dice el abad Marco en una consulta ó coloquio que hace hablando con su ánima: «Dirasme, ánima mia muy amada, nosotros no allegamos oro ni plata, ni tenemos heredades ni posesiones; y yo te responderé, que no es el oro ni las heredades lo que daña, sino el usar mal de estas cosas y la aficion desordenada á ellas. Y asi vemos que algunos ricos, porque no dejaron pegar su corazon y aficion á las riquezas, agradaron á Dios y fueron santos, como un Abraham, un Job, un David. Empero nosotros, no teniendo riquezas, habiéndolas ya dejado, sustentamos y conservamos el vicio de la avaricia en cosas vilísimas y apocadas. No allegamos oro ni plata, pero allegamos cosas vilísimas, y en esas ponemos nuestro corazon, y las tenemos tanta aficion como tuviéramos en el mundo al oro y á la plata; y tanto nos inquietamos acá algunas veces por estas cosas como nos inquietáramos allá por esotras, y aun por ventura mas. No recibimos obispados, ni pretendemos dignidades, ni tenemos ambicion á esas cosas: pero deseamos la honrilla y la opinion de los hombres y procurámoslas por todas las vias que podemos, y holgámonos de ser alabados y estimados, asi de los de dentro como de los de fuera (1).» Mas miserables y mas dignos de reprension somos que los del mundo, dicen estos Santos, por habernos apocado y abatido mas que ellos; porque los del mundo, ya que se aficionan, es á cosas que parecen de tomo y de valor; pero nosotros, habiendo dejado esas, ponemos nuestra aficion en cosas viles y pequeñas. Habémonos vuelto niños. Habiamos de irnos haciendo hombres y varones perfectos, creciendo cada dia, como dice San Pablo (2), y hacémoslo al revés, que de hombres y varones que fuimos, cuando entramos en la Religion, dejando todas las cosas del mundo y rompiendo varonilmente con todo, nos

(1) Nam vitium cupiditatis, et avaritiae, quod erga species pretiosas exercere non possunt, circa viliores materias retinentes, non abscidisse, sed immutasse probant pristinam passionem. Eadem, quo antea, libidine detinentur. Quasi vero differentia tantummodo metallorum, et non ipsa passio cupiditatis habeatur innoxiae. Sed idcirco pretiosiores abjecimus materias, ut facilius discceremus viliora contemnere. *Ib.*

(1) Et nos, inquies, anima chara, nec aurum cumulamus, nec praedia possidemus. Et ego respondebo tibi, nec aurum, nec predia per se detrimentum afferre, sed praeposterum illorum usum. Quidam enim divites, cum divitiarum amore minime tenerentur, Deo placuerunt, ut sanctus Abraham, Job, et David. —Nos vero sine divitiis avaritiae vitium in materia abjectissima nutrimus. Non cumulamus aurum, sed res vilissimas congerimus. Principatus, et dignitates non accipimus, sed omni ratione gloriam, et laudem aucupamur. *Abbas Marcus; est ultimum opusc. ejus in Biblioth. Sanctorum Patrum, tom. 3.*

(2) In virum perfectum. *Ad Ephes.* IV, 3.

habemos hecho niños, poniendo nuestra aficion en niñerías y diges de niños. Y asi como el niño, en quitándole la manzana y a niñería, luego llora; asi estos tales, en quitándoles la cosilla á que estaban aficionados, y en no concediéndoles lo que piden, luego se turban y se inquietan. Esto es lo que dice Casiano, que por una parte es cosa de risa, y por otra de lástima y compasion, ver que un hombre grave, un religioso que al fin tuvo pecho para menospreciar el mundo y cuanto habia en él, se venga á sujetar tanto á cosas bajas y menudas que se turbe é inquiete como un niño porque no le dieron una manzana, porque le quitaron una niñería.

El glorioso San Bernardo, escribiendo á unos religiosos dice: «Mas miserables somos nosotros los religiosos que todos los hombres, si en la Religion habemos de andar en estas niñerías, y por ellas perder todo lo que habemos dejado y hecho hasta aquí. ¡Qué ceguedad, ó por mejor decir, qué locura y desatino es, que habiendo dejado las cosas mayores, nos vengamos á sujetar á unas cosas tan bajas y apocadas, con tan gran pérdida y menoscabo nuestro (1)!» ¿Quereis ver la pérdida? dice San Bernardo: «Habemos menospreciado el mundo y todas las cosas de él; habemos dejado nuestros padres, parientes y amigos; habémonos emparedado en los monasterios, y obligado á cárcel perpetua, y á estar siempre debajo de llave y de portero; habemos dejado nuestra voluntad y obligádonos á seguir la voluntad agena; ¿qué no habiamos de hacer para no perder tantas y tan grandes cosas (2)?»

(1) Miserabiliores sumus omnibus hominibus nos Monachi, si pro tam exiguis tanta patimur detrimenta. Quid enim insipientiae, imo quid insaniae est, ut qui majora reliquimus, minora cum tanto discrimine teneamus? *Bernard. ad Monach. S. Bertini.*

(2) Si mundum contempsimus universum, si abrenuntiavimus affectibus propinquorum, si monasteriorum carceri mancipavimus nosmetipsos, si denique non venimus voluntatem nostram facere, sed imposuimus homines super capita nostra: quid non oportet fieri, ne forte contingat haec omnia nobis in insipientia nostra, et negligentia deperire? *Ib.*

## CAPITULO VI.

### De tres grados de pobreza.

Tres grados de pobreza ponen los Santos y maestros de la vida espiritual. El primero, de los que esteriormente dejaron las cosas del mundo, pero no las dejaron interiormente con la voluntad, sino quedáronse con la aficion de ellas; y estos, ya dijimos que no eran pobres verdaderos, sino fingidos, y que falsamente tienen el nombre de religiosos. El segundo grado de pobreza es de los que han dejado las cosas del mundo con efecto y de voluntad, y tambien acá en la Religion han dejado la aficion de cosas supérfluas; pero tiénenla grande á las cosas necesarías: andan con mucho cuidado de que no les falte nada de lo que han menester: quieren estar muy bien acomodados en todo, en la comida, vestido, aposento y en todo lo demas; y cuando en esto les falta algo, se sienten y quejan: esta no es perfecta pobreza. Dice muy bien San Bernardo (1): Cosa es mucho de doler ver que haya el dia de hoy tantos que se glorian del nombre de la pobreza, y de tal manera quieren ser pobres que no quieren que les falte nada, sino que todo sea muy cumplido. Eso no es pobreza, sino riqueza, y tan grande, que aun los ricos del mundo no la tienen, sino que padecen muchas faltas en esas cosas; unas veces, porque no tienen todo lo que quieren; otras, por no gastar, sufren mas que nosotros por el amor de la virtud; otras, porque aunque lo tengan y gasten, no lo aciertan á hacer los criados todo á su gusto.

(1) Bernard. *serm. 4 de Adventu.*—Idem. S. Vincent. *tract. de vita spirit. c. 1;* et Albert. Magn. *in paradiso animae c. 6.*

Y vos, que sois religioso y profesais la pobreza, y habeis hecho voto de ella, ¿no quereis sentir necesidad, ni padecer cosa alguna? Eso no es ser amigo de la pobreza, sino ser amigo de vuestras comodidades y de tenerlo todo muy cumplido. Allá en el mundo por ventura nos faltara mucho mas; no es razon que en la Religion, donde venimos á mortificarnos y hacer penitencia, queramos mas regalo y comodidades de las que tuviéramos allá.

Pues si queremos llegar á la perfeccion de esta pobreza de espíritu y llenar el nombre de religiosos, y que concuerde la vida con el nombre que tenemos, habemos de procurar pasar adelante al tercer grado de pobreza, que es: pobreza de las cosas necesarias; porque el verdadero pobre aun de lo necesario hace poco caso (1); dejar la aficion, no solo de las cosas supérfluas y escusadas, sino tambien de las necesarías. De manera, que aun en esas seamos pobres y mostremos en ellas aficion y deseo á la pobreza; y ya que no las podemos dejar, ni escusar y dejar del todo, á lo menos tomemos lo necesario muy tasada y estrechamente, y no vamos ensanchando esa necesidad, sino estrechándola y reduciéndola á lo menos que pudiéremos, holgándonos siempre de padecer algo en eso por el amor de la pobreza. Dice un Santo (2): no es loable ser el hombre pobre, sino cuando siendo muy pobre ama aquella pobreza que tiene, y se huelga con ella, y sufre y lleva con alegria las faltas que en ella se le ofrecen, por amor de Cristo. Pues el que quisiere ver si es pobre de espíritu y si va aprovechando en eso, mire si se huelga con los efectos de la pobreza y con los amigos y compañeros de ella, que son: hambre, sed, frio, cansancio y desnudez. Mirad si os holgais con el vestido viejo y con el zapato remendado; mirad si os holgais cuando os falta algo en la mesa, y cuando se olvidan de vos ó cuando no viene tan á vuestro gusto; mirad si os holgais cuando el aposento no es tan acomodado: porque, si no os holgais con estas cosas, ni las amais, antes huís de ellas, no habeis llegado á la perfeccion de la pobreza de espíritu: lo cual declararemos mas adelante.

(1) Paupertas necessariorum. Vere enim pauper, etiam necessaria parvipendit.
(2) San Vicente trac. de *vita spirit. cap.* 1.

## CAPITULO VII.

### De algunos medios para alcanzar la pobreza de espíritu y conservarnos en ella.

Ayudarános mucho para alcanzar la pobreza de espíritu y conservarnos en ella: lo primero, aquello que nos dice nuestro Padre en las Constituciones. «Ninguno tenga el uso de cosa alguna como propia (1).» Declaraba él esto con una comparacion; decia (2) que el religioso, en todo aquello de que usa, ha de hacer cuenta que está vestido y adornado de ello como una estátua, la cual no resiste en cosa alguna cuándo ó porque le quitan sus vestidos: de esa manera habeis vos de tener el vestido que teneis, y el libro, y el Breviario, y todo lo demas de que usais, que si os dicen que lo dejeis ó le troqueis por otro, no sintais mas que siente la estátua cuando la despojan de sus vestiduras: si de esa manera lo teneis, no lo tendreis como propio; pero si cuando os dicen que salgais de tal aposento, ó que dejeis tal cosa, ó la troqueis con otra, sentís mucha repugnancia y dificultad, y no sois como la estátua, señal es que teníades aquello como vuestro, pues os sentís y agraviais de que os lo quiten. Por esto

(1) P. III Const. c. 1, § 7; et Reg. 4 *Summarii.*
(2) Lib. 5, cap. 4 de *la vida de N. P. S. Ignacio.*

quiere nuestro Padre (1) que los superiores prueben y tienten algunas veces á sus súbditos en la virtud de la pobreza y en la virtud de la obediencia; como Dios, dice, tentó á Abrahan, para que se eche de ver la virtud que cada uno tiene, y para darles con eso ocasion de que crezcan mas en ella. Esta es una manera de prueba muy buena y un medio muy á propósito para lo que vamos diciendo; quitarnos lo que tenemos y hacérnoslo trocar y mudar. Dice San Agustin, tratando de la aficion á estas cosas de la tierra: «Muchas veces, cuando tenemos la cosa, pensamos que no estamos aficionados á ella; empero cuando nos la quitan, conocemos lo que somos (2).» Si cuando dejais la cosa ú os la quitan, sentís repugnancia y dificultad, y por ventura os tentais, es señal que estábades aficionados á ella; porque de la aficion nació ese dolor y sentimiento. Dice San Agustin: «Cuando dejamos la cosa sin tomar pena ni tristeza, es señal que no estábamos pegados ni aficionados á ella; pero cuando la dejamos con pena y dolor, es señal que la teníamos aficion (3).» Pues por esto es muy bueno que los superiores usen á menudo el ejercitarnos en estas cosas, mudándonos del aposento, en que por ventura nos hallábamos muy bien y estábamos aficionados á él, y haciéndonos dejar el libro y trocar el vestido, para que no vamos prescribiendo en ninguna cosa; porque de esa manera se podria ir entrando poco á poco la propiedad y desmoronando este muro firmísimo de la pobreza. Y asi leemos que este ejercicio era muy usado de aquellos Padres antiguos para que los religiosos no se aficionasen á las cosas, ni las tuviesen como propias. Asi lo hacia San Doroteo con su discípulo San Dositeo. Daba San Doroteo á Dositeo una ropa ó vestido, y hacia que lo cosiese y aderezase muy bien, y despues que él lo tenia muy bien acomodado para sí, quilábaselo y dábalo á otro. Es este libro de San Doroteo muy conforme á nuestro modo de proceder, y desciende á muchas cosas menudas. Cuéntase allí que era enfermero San Dositeo, y contentóse una vez de un cuchillo, y pidiósele á San Doroteo, no para sí, sino para usar de él en la enfermería. Dícele San Doroteo: «¿Conténtate el cuchillo, Dositeo? ¿Cuál quieres mas, ser esclavo de este cuchillo, ó ser esclavo de Cristo? ¿No te avergüenzas de que este cuchillejo se enseñoree en tí (1)?» ¡Oh! cuántas veces nos podriamos decir á nosotros mismos: «¿No te avergüenzas que una niñería como esta se enseñoree de tí y te traiga al retortero?» Dícele: «No le toques mas.» Nunca mas le tocó. Y no tengamos estas por niñerías, ni por cosas de poca importancia. Dice maravillosamente San Gerónimo (2), en un ejemplo semejante, á los que no entienden el valor de la virtud, ni han llegado á la perfeccion y puridad de ella; pareceránles por ventura estas cosas juego de niños y de poca importancia; pero no son, dice, sino de grande perfeccion, y una sabiduría santa, escondida á los sábios y prudentes del mundo, y revelada y manifestada á los humildes y simples de corazon.

Lo segundo que nos ayudará á conservar en esta pobreza de espíritu, será no tener cosa ninguna supérflua. Esta es una cosa particular en que el Señor nos hace

(1) P. III Const. c. 1, *lit. V.*

(2) Plerumque cum adsunt nobis, putamus quod non ea diligamus, sed cum abesse caeperint, invenimus qui simus. *Aug. lib. 1 de serm. Domini in monte, et lib. de vera Religione, cap.* 47 *et* 48.

(3) Hoc enim sine amore nostro aderat, quod sine dolore discedit. Et non relinquitur sine dolore, quod cum delectatione retinetur. *Ib.*

(1) Placetne tibi Dosithee? Visne fieri hujus gladioli servus, an servus Christi? Non erubescis appetere, et velle, ut gladiolus hic dominetur tibi? *Doroth.*

(2) Hyeron. *in reg. Monachor. cap.* 12, *tom.* 4.

mucha merced en la Compañía; porque nuestros aposentos son como aquel que dice la Sagrada Escritura que tenia aderezado aquella muger Sunamitis para el santo Profeta Eliseo. Pasaba muchas veces el Profeta por su casa, y dice á su marido: «Paréceme que este hombre es santo: dispongámosle un aposento pequeño, pongamos en él cama, mesa, silla y candil, para que pose en él cuando venga á casa (1).» Este ha de ser el aderezo de nuestros aposentos; una cama, una mesa, una silla y un candil; solamente lo necesario, no se usa, ni se permite acá en ninguna manera tener las celdas aderezadas y compuestas con cuadros, retratos ú otras cosas semejantes, ni se permite tener en ellas sillas de respeto, ni escritorio curioso, ni carpeta, ni antepuerta, ni podemos tener en una celda un poco de conserva, ni otro regalo ninguno con que consolarnos, ó con que podamos consolar ó convidar á los que nos visitasen, sino que para beber un poco de agua es menester pedir licencia é ir al refectorio; ni aun un libro puede uno tener en que eche una raya y pueda llevar consigo. No se puede negar, sino que esta es gran pobreza; pero es juntamente gran descanso y grande perfeccion, porque estas cosas no hay duda sino que ocupan y embarazan mucho á un religioso; porque el haberlas, el conservarlas, el aumentarlas, claro está que ha de costar cuidado y distraccion. Pues de no permitirse el tenerlas, como no se permite acá, vienen á cesar todos esos inconvenientes. Una de las razones por que en la Compañía no se usa que los de fuera entren en nuestros aposentos, fuera de otros inconvenientes que en ello hay, es para que asi se pueda mejor conservar nuestra pobreza, porque al fin somos hombres, y si hubiera de entrar en nuestra celda el caballero, el mercader y el letrado, que confesamos, no sé si tuviéramos virtud para contentarnos con la pobreza que en ella tenemos, sino que quisiéramos tenerla muy adornada de libros, para que siquiera por los libros me tuviera el otro por letrado y por hombre de mucha cuenta. Y asi nos ayuda esto mucho á conservarnos en nuestra pobreza y á no tener cosas supérfluas, y lo habemos de estimar en mucho, y procurar que vaya siempre adelante.

Es tambien muy buen medio para conservarnos en esta santa pobreza, y mucho de loar, lo que usan algunos religiosos, de llevar al superior todas sus cosillas que llaman aficiones, y deshacerse de ellas aunque sean cosas que lícitamente y conforme á obediencia las pudieran tener. En las Crónicas de la Orden de San Gerónimo se dice (1) que en sus principios se usaba mucho esto, y que se tenia tanto cuidado de que ningun religioso tuviese cosa supérflua, ni curiosa, que cuando se hallaba en poder de alguno alguna cosa curiosa, y no religiosa, se juntaban todos á capítulo, y hacian un gran fuego en medio, y allí lo quemaban, diciendo aquellos santos varones que aquellas tales cosas eran ídolos de los religiosos. Pues esto habemos nosotros de imitar: todas las cosas que no nos son necesarias las habemos de desterrar de nuestras celdas, y deshacernos del todo de ellas, llevándolas y ofreciéndolas al superior, sin esperanza de que jamás nos las vuelvan; y para deshacernos de estas cosas y ofrecerlas al superior, no es menester que les tengamos aficion, sino basta que no sean cosas necesarias.

Añade á esto otra cosa San Buenaven-

(1) Faciamus ergo ei caenaculum parvum, et ponamus ei in eo lectulum, et mensam, et sellam, et candelabrum, ut cum venerit ad nos, maneat ibi. *IV. Reg.* IV, 9.

(1) Crónica de *San Gerónimo*, *cap.* 43.

tura (1), que aun para dar á otros, como algunos hacen, con título de premios, y de ganarlos, ó con color de devocion, no aprueba el tener estas cosillas; porque al fin ocupan el corazon y son causa de distraccion: fuera de que esto es hacerse uno singular entre los demas, porque parece que es el que en casa tiene tienda de esas cosas y á quien todos han de acudir. Y mas, dice el Santo, hay otro inconveniente en esto, que muchas veces se dan estas cosillas sin licencia: unas veces sin mirar en ello, otras porque tiene uno vergüenza de acudir tantas veces al superior con esas niñerías, y es causa que los otros las reciban tambien algunas veces sin licencia, por no atreverse á decir de no, y avergonzar al que se las dá; y asi es causa que queden por una parte desedificados de él, y por otra con escrúpulo y remordimiento. Tambien hay en esto otra cosa, que algunas veces con estas dádivas y donecillos se suelen cebar y fomentar las amistades y familiaridades particulares que condenan los Santos, porque son en perjuicio de la union y caridad fraterna, como digimos en su lugar (2). Por lo cual, dice San Buenaventura, no agradan estas cosas á nuestros mayores. Y asi es tambien en nuestra Religion; porque aunque se permite esto en algunos, por razon de sus ministerios; pero en otros bien sabemos que no agrada á los superiores, ni edifica á nuestros hermanos. El religioso ha de ser tan pobre que no tenga que dar. Y esto es lo que edifica, y los que son amigos de tener cosillas para dar, no edifican ni parecen bien; y asi es razon que sigamos en esto el consejo de San Buenaventura.

Ayudará tambien mucho para esto llevar adelante una cosa en que resplandece grandemente la virtud de la santa pobreza, y nos hace el Señor particular merced en ella en la Compañía; y es, que no tenemos las celdas cerradas, ni podemos sin particular licencia del superior tener escritorio, ni arca, ni otra cosa alguna cerrada: todo está abierto y patente al superior. De manera, que en el mismo modo de tener cuanto tenemos y usamos, parece que estamos diciendo: «tomadlo allá, si quereis.» Y notó esto muy bien San Gerónimo: «No sean menester llaves, porque eso sea señal é indicio que nada tenemos, ni estimamos, sino á Jesus (1).» Y con tenerlo todo tan patente y manifiesto, por la bondad del Señor, está muy guardado para con los de casa. Para que pudiésemos hacer esto con facilidad y seguridad, puso nuestro Padre, lo primero una regla que nadie pueda entrar en la cámara de otro sin licencia del superior, que es una cerradura, ó llave, con la cual ha de estar mas guardada nuestra celda que con la llave de hierro. Y puso tambien otra regla, que ninguno tome cosa alguna de la casa ó cámara de otro, sin licencia del superior, que es otra cerradura y llave muy fuerte. Y sobre todo eso echa el sello el voto de la pobreza, que es otro candado fortísimo. Con estas tres cerraduras y llaves tan fuertes mas guardada ha de estar nuestra celda y todo lo que tuviéremos en ella, para con los de casa, aunque esté abierta y patente, que si estuviera cerrada con puertas y candados de hierro. Y todo habemos de procurar que sea asi, para que vaya esto adelante: y seria digno de gran castigo el que con su atrevimiento fuese causa que se menoscabase esta llaneza, sinceridad y perfeccion con que procede la Compañía, y nos pu-

(1) D. Bonavent. *de inform. Novitiorum, part.* 2, *cap.* 9.
(2) Part. I, trat. 4, cap. 18.

(1) Neque opus sit clavibus, ut jam ex ipsis monstretur exteriorum indiciis, quod nihil habetur extrinsecum praeter Jesum. *Hyeron. in Regula.*

siese en contingencia de alterar una cosa tan santa y en que tanto resplandece la virtud de la santa pobreza; contra los cuales hablan gravemente, y con palabras mayores, San Basilio y San Buenaventura (1).

## CAPITULO VIII.

**De otro medio que nos ayudará mucho para alcanzar la pobreza de espíritu y conservarnos en ella.**

Ayudarános tambien mucho para conservarnos en la pobreza de espíritu y alcanzar la perfeccion de ella, no solamente deshacernos de las cosas supérfluas, sino procurar que en las mismas cosas necesarias, de que forzosamente habemos de usar, resplandezca la virtud de la pobreza y que en todas ellas parezcamos pobres, pues lo somos. Esto nos encarga nuestro Padre en las Constituciones. «El comer, vestir y dormir será como cosa propia de pobres, y cada uno se persuada que lo peor de casa es para él, para su mayor abnegacion y provecho espiritual (2).» Y en otra parte (3) dice: «Amen todos la pobreza como madre, y segun la medida de la santa discrecion, á sus tiempos sientan algunos efectos de ella.» Quiere nuestro Padre que deseemos lo pobre y lo peor; pero no quiere que se nos vaya todo en deseos, sino que algunas veces sintamos por obra los efectos de la pobreza (4). De manera, que aunque no falte lo necesario para la vida, haya siempre en qué se pruebe la virtud de la santa pobreza; y no se contentó con decir esto así en general una y otra vez, sino despues en la sesta parte de las Constituciones (1) se pone de propósito á declarar cómo ha de ser nuestro vestido, para que siendo por una parte religioso y conveniente á nuestros ministérios, sea tambien conforme á la pobréza que profesamos. Y dice que se han de guardar tres cosas en él: lo primero, que sea honesto, porque somos religiosos; lo segundo, que sea acomodado al uso de la tierra en que vivimos, porque nuestro modo de vivir es comun en lo esterior: lo tercero, que no sea contrario á la pobreza. Y declara allí que seria contrario á la pobreza si el vestido fuese de paño muy costoso. Y así, aunque sus padres, parientes, amigos ó devotos, quieran dar al religioso paño fino, no se ha de vestir de ello, porque ese no seria hábito de pobre, ni conforme á nuestras constituciones. Algunos alegan que se ahorra en ser el paño bueno, porque dura doblado y tresdoblado y que así parece aun mas pobreza; pero estas son razones de carne y mundo: mucho mas va en que resplandezca la pobreza en el vestido que traemos, y en que parezcamos pobres, y andemos vestidos como pobres, pues lo somos, que en todo cuanto se puede ahorrar. Y mas, no sólo en la calidad del paño, sino en la misma hechura del vestido ha de resplandecer tambien la pobreza; porque si uno quisiese un vestido muy cumplido, muy largo y autorizado, ese no seria hábito de religioso pobre.

Con dos cosas solamente quiere nuestro Padre (2) que se tenga cuenta en el vestido, con la decencia y honestidad y con que defienda del frio, porque para estas dos cosas se instituyó el vestido, y ese es su fin. Y es doctrina de San Basilio, el cual trae á este propósito aquello de San Pablo: "Contentámonos con tener alimentos con que

(1) Basil. in *Const. Monast. cap.* 35.—Bonav. *in in spec. disc. part. I, cap.* 4.
(2) Cap. IV, *exam.* §. 26.—Reg. 25 summarii.
(3) Part. III, *Const.* cap. 1. §. 25. Reg. 24.
(4) Part. III, *Const.* cap. 2, §. 3 et lit. *C.*

(1) Part. VI, *Const.* cap. 2, §. 15, et in declarationibus.
(2) P. III, *Const. cap.* 2, *lit. C.*

sustentarnos, y vestidos con que cubrirnos (1)." Dice un Santo: «Mirad que dice: alimentos, no regalos y deleites; y mirad que dice: vestidos con que nos cubramos, no con que nos honremos.» Habémonos de contentar con solo lo necesario, y todo lo demas, que dice autoridad y ostentacion, se ha de desterrar de la Religion, y en ninguna manera se ha de permitir, porque es vanidad y profanidad: vaya fuera todo eso, no se nos vaya entrando acá el mundo. ¡Oh! ¡cómo temia esto San Francisco aun en su Religion! Cuéntase en sus Crónicas (2), que fray Elías, hombre principal en la órden y que fué ministro general de ella, hizo un hábito para sí largo y ancho, y con mangas largas, y de paño de precio. Llamóle San Francisco delante de muchos frailes, y díjole que le prestase aquel hábito que traia vestido; y el Santo vistióselo sobre el suyo, haciéndose sus pliegues en la falda, y aderezando la capilla, y doblando las mangas con gestos de vanidad, y comenzó á andar asi con la cabeza alta, y el pecho hinchado, y con pasos de grande fausto, y con voz sonorosa y grave saludaba á los frailes que presentes estaban: «Oh gente honrada, Dios os dé salud.» Los frailes estaban espantados de ver lo que el Santo hacia y decia. Y hecho esto con gran fervor y celo, quitóse muy recio el hábito, y con muy gran desprecio le arrojó lejos de sí, y dijo á fray Elías, oyéndolo todos: «Asi andan vestidos los bastardos de la órden.» Y quedóse en su hábito humilde y despreciable y corto: y mudando el rostro en alegría y mansedumbre, con mucha humildad y familiaridad comenzó á hablar á sus frailes, enseñándoles toda mansedumbre, pobreza y humildad. Pues no seamos nosotros hijos bastardos de la Religion, sino hijos legítimos, que en todo parezcamos á nuestra madre la santa pobreza. Nuestro vestido ha de ser como cosa propia de pobres, que resplandezca en él la pobreza, y descubra que somos pobres. Y para esto habia de ser aun menos de aquello que pudiéramos decentemente traer, y aun algo menos de aquello que al parecer del mundo nos era necesario; porque no se dice pobre en el vestido el que trae todo el vestido necesario muy cumplidamente, ni dá señal en él de que es pobre, sino aquel á quien le falta algo de lo necesario; y asi dijimos arriba que la perfecta pobreza era holgarnos de sufrir y padecer alguna mengua y falta aun en lo necesario; y que el que no quiere sufrir, ni padecer ninguna necesidad, no ha llegado á la perfeccion de la pobreza de espiritu.

Lo que habemos dicho del vestido, se ha de entender en las demas cosas que usamos. En todas ellas habemos de procurar que resplandezca la virtud de la santa pobreza y que se eche de ver que somos pobres: en el aposento, no teniendo en él sino lo necesario, y eso de lo mas ruin, la mas pobre mesa, la cama mas desechada; lo peor de la casa habeis de querer que sea para vos; y los libros, que no os son muy necesarios, llevadlos á la librería, y no querais hacer autoridad de tener muchos libros en el aposento. San Buenaventura desciende en esto muy en particular á cosas menudas (1), encargando mucho al religioso que no tenga sino solamente las cosas necesarias, y estas, dice, ha de procurar que no sean curiosas, ni pulidas, sino toscas, bastas, viejas y remendadas. No querais que los libros sean muy bien encuaderna-

(1) Habentes alimenta, et quibus tegamur, his contenti sumus.—Basil. *in Reg. fusius. disp. interrogat.* 22.

(2) Part. I, *cap.* 19 *de la Crónica de San Francisco.*

(1) D. Bonav. *de informat. Novitiorum. part.* 2, *cap.* 9.

dos, ni que el Breviario ó Diurnal sea curioso, ni pulido, ni singular. No traigais con vos imágenes curiosas, ni rosario de mucho precio y estima; y si tuviéredes algun *Agnus Dei*, ó alguna cruz ó relicario para vuestra devocion, sea conforme á la pobreza que profesamos; y cuanto mas pobre fuéredes en esto, tanto agradareis mas á Dios y á los Santos. Decia el bienaventurado San Francisco (1) que el tener cosas curiosas y no necesarias, era señal de espíritu muerto: porque el espíritu tibio y resfriado del calor de la gracia, ¿con qué, dice, se ha de cubrir y entretener, sino con estas cosillas? Como no halla consuelo en las cosas espirituales, búscale en estos entretenimientos esteriores. Esta es una verdad muy grande y muy esperimentada, y por eso nuestros superiores hacen tanto caso de estas cosillas: lo uno, por lo que toca á la pobreza; y lo otro, porque entienden que no hay espíritu cuando uno se entretiene en cosas semejantes. Y no solo en esto, sino en las mismas cosas necesarias, como queda dicho, habemos de ser pobres y parecerlo, holgándonos de padecer alguna mengua en ellas, por imitar á Cristo nuestro Señor que, siendo tan rico y poderoso, se hizo pobre por nuestro amor (2) y quiso sentir tanta mengua de las cosas necesarias, padeciendo hambre, sed, frio, cansancio y desnudez. Dice San Bernardo (3): en el cielo habia grande abundancia de bienes y riquezas, pero no se hallaria allá pobreza ninguna, y acá en la tierra habia mucha abundancia de esta mercadería, y no conocian los hombres su precio y valor; pues ¿qué hizo el Hijo de Dios? como sábio mercader aficionóse á esta mercadería y cargó de ella, para que de esa manera la conociesen y estimasen los hombres y cargasen tambien de ella, pues vale tanto allá en el reino de los cielos.

(1) Part. II, lib. 2, cap. 19 de la *Crónica de San Francisco*.

(2) Qui propter nos egenus factus est, cum esset dives. *II. ad Cor.* VIII, 9.

(3) Bern. *serm.* 1 *in Vigilia Nativit.*

## CAPITULO IX.

En que se confirma lo dicho con algunos ejemplos.

En el libro de los Varones ilustres de la Orden del Cister, se cuenta de un abad de un monasterio de Sajonia, que no se contentaba con vestirse del paño de la tierra, sino enviaba cada año á Flandes por paños finos y preciosos, y de esos se vestia. Muriendo este abad, los monges repartieron entre sí sus vestidos, y el prior del monasterio tomó para sí una de sus túnicas, y vistiéndosela una noche muy solemne, como por solemnidad de la fiesta, como si le pusieran láminas de fuego comenzó á dar voces que se abrasaba, y arrojó luego de sí la vestidura, la cual vieron todos que echaba de sí centellas de fuego, como si fuera un hierro ardiendo. Atónitos y espantados de esto todos lo que habian tomado algo de los vestidos del P. abad, lo trajeron luego allí, y hacen un monton de ellos, y comienzan á salir y levantarse centellas de fuego por todas partes, como de un horno encendido, y duró tanto esto que pudieron dar aviso á todos los abades comarcanos, y vinieron y dieron testimonio de este juicio tan temeroso de Dios.

Cesario cuenta (1) que un caballero hacia muchos agravios á un convento de San Benito en Francia; determinaron los religiosos de enviar un monge al rey Filipo, quejándose de las injusticias que padecian, y enviaron un monge mozo y noble, á quien el rey oyese bien por sus deudos principales;

(1) Cesar. *lib.* 4 *Dialogor.*, *cap.* 12.

y llegado al rey, le dijo: «Un hombre ha hecho grandes agravios á nuestro monasterio, al cual suplico á vuestra alteza le reprima y haga restituir los bienes que nos ha llevado.» Y mirando el rey el hábito y meneos del monje, preguntóle quién era; y sabido que era hijo de un caballero muy conocido, no dijo otras palabras, hasta que el monje le dijo: «Señor, en verdad que todo cuanto teníamos en el convento nos llevó y casi no nos dejó nada.» Respondió el rey: «Bien se echa de ver eso en vuestros zapatos, que si algun poco de cuero os hubiera dejado, no estuvieran tan apretados. Cuanto sois mas noble que los demas, tanto habeis de ser mas humilde.» Y queriéndole aplacar añadió: «no os dé pena mi aviso, que lo hago por vuestro bien. Volvéos á vuestra casa, que yo haré que no os dé mas molestia esa persona.»

Otro ejemplo semejante cuenta allí (1) Cesario de otro Filipo, rey de romanos, que respondió casi lo mismo á un abad del Cister, que hablando con él de la necesidad de su convento, mirándole el rey á los zapatos que los traia muy justos y apretados, le dijo: «Bien se echa de ver que es vuestra casa muy pobre, en vuestro calzado, pues aun el cuero le cuesta caro;» de lo cual se corrió mucho el abad.

Cuéntase del bienaventurado San Francisco en sus Crónicas (2), que un guardian muy familiar del santo Padre, fundó un oratorio para los frailes, junto al cual hizo una celda, algun tanto apartada, en que el Santo pudiese morar y estar en oracion cuando allí estuviese, porque holgase de estar allí mas tiempo. Y la celda era de madera labrada á azuela solamente; y viniendo el P. San Francisco á aquel lugar, llevóle á ver la celda, y díjole el P. San Francisco: «Si quieres, hermano, que yo more en esta celda, hazle de dentro una vestidura de mimbres y ramos de algunos árboles, porque vea en ellos la pobreza:» y como hicieron esto, moró en la celda por algunos dias.

De nuestro P. San Francisco de Borja se lee en su vida (1) que en todas sus cosas daba muestras de verdadero pobre y en perfecto amador de esta virtud; en su vestido, comida, cama y aposento, y aun de las cosas mas menudas, como en el papel que gastaba en sus sermones, en el fuego que se le hacia en alguna necesidad, y en cosas semejantes, tanto que no habia acabar con él que tomase unos zapatos, ni unas calzas nuevas. Y aunque le quisieron engañar una vez con unas, poniéndoselas antes de levantar, en el lugar de las viejas, no les valió. Cuando iba á pedir limosna, de mejor gana comia los mendrugos y pedazos de pan que él ú otros traian, que el pan entero que se ponia en la mesa. En sus caminos, por largos y trabajosos que fuesen y por mucha falta que tuviese de salud, no consentia que se llevase para su persona ni una sábana limpia, temiendo que esto seria en perjuicio de la santa pobreza. Muchas veces dormia en algunos pájares á teja vana en tiempo de frio, y entrando el viento por muchas partes, con tanta alegria y regocijo, que ponia espanto y confusion á sus compañeros. Su fieltro y capa aguadera, así el invierno como el verano, era su manteo doblado y cubierto al revés, por no gastarle tanto: y por maravilla sufrió que le hiciesen calzar botas ú otra defensa de la lluvia; decia que harta defensa era un sombrero para el sol y para el agua. Y con esto no pocas veces

(1) Cesar. lib. 4 *Dialogor*, c. 13.
(2) Part. 1, lib. 2, c. 20 *de la Crónica de S. Francisco*.

(1) Lib. 4, c. 2 *de la vida del P. S. Francisco de Borja*.

llegaba á las posadas empapado en agua y penetrado de frio, y su alegria era cuando, llegando de esta manera, no hallaba buen recaudo en la posada. En ninguna enfermedad, ni tiempo recio y frio que hubiese, permitió que en su cama ó aposento se colgase cosa de abrigo, pareciéndole que era gran regalo una esterilla que se clavaba en su cabecera: lo cual todo era mas agradable y admirable en él cuanto mas era lo que habia dejado en el mundo.

## CAPITULO X.

A qué y cómo obliga al religioso el voto de la pobreza.

Resta tratar á qué nos obliga el voto de la pobreza en rigor, y cuándo pecará uno contra él, y cuándo será pecado mortal; porque razon es que entienda bien el religioso la obligacion que tiene por serlo y por razon de los votos que ha hecho. Otras veces tratamos cosas de perfeccion; ahora trataremos de lo que es obligacion, que ha de ser siempre lo primero, y como fundamento sobre que se ha de edificar todo lo demas. Recogeremos con la brevedad que pudiéremos lo que cerca de esto dicen los doctores, asi teólogos como juristas, sacado del mismo Derecho Canónico y de los Santos. El voto de pobreza de suyo obliga al religioso á no tener señorío, ni propiedad, ni uso de cosa alguna temporal, sin licencia legítima del superior. Esta es comun sentencia de todos los doctores y declarada espresamente en los Sagrados Cánones (1).

De aqui se sigue, lo primero, que el religioso por el voto de la pobreza está obligado á no tener, ni poseer, ni dar, ni tomar, ni recibir cosa alguna temporal para retenerla, ó usar, ó disponer de ella, sin licencia del superior; porque eso es propio del que es ó puede ser propietario ó señor de la cosa; y asi, el que eso hiciese, haria contra el voto de la pobreza. Asi lo infieren y dicen todos los doctores, y está espresado y declarado en los Sagrados Cánones.

Lo segundo, se sigue que no solamente hace contra el voto de la pobreza el religioso que toma, ó retiene, ó da, ó dispone de alguna cosa de la casa sin licencia del superior, sino tambien el que de los de fuera, parientes, amigos ó devotos, recibe alguna cosa, y la retiene ó dispone de ella sin licencia del superior. Es esta tambien comun sentencia de los doctores, y espresada en el Derecho Canónico como cosa cierta.

Estos son los principios y fundamentos de toda esta materia, y sobre ellos habemos de ir fundando todo lo que se ha de decir, sacando de estos principios las conclusiones para resolucion de los casos particulares que se pueden ofrecer.

Nuestro Padre en las Constituciones (1), tratando de esta materia, nos propone y declara á nosotros todo esto; y se sacó en las Reglas para que lo tengamos delante de los ojos. Dice en la regla veinte y seis: «Entiendan todos, que no pueden prestar, ni tomar, ni disponer de nada de la casa, sin que el superior lo sepa y sea contento.» Y porque no pensase nadie que solamente era contra la pobreza el tomar ó disponer de alguna cosa de la casa sin licencia del superior, y que el recibir de los de fuera, ó disponer de lo recibido de ellos, sin licencia, no era contra el voto de la pobreza, declara tambien esto segundo en otra Re-

(1) Habetur, cap. *Cum ad Monast.* de stat. Monach. cap. *Monach.*; eod. tit. cap. *ex parte* de caus. et 12, quaest. 1, cap. *Non dicatis*; cap. *Nolo*; cap. *Expedit*; cap. *Scimus*; et Clementina *Ne in agro dominico*, de statu Monach.

(1) P. III. *Constit.* c. 1; §. 8; *Reg.* 26 *summarii.*

gla, que dice: «No usurpará nadie cosa alguna de la casa, ó cámara de otro, ni la tomará, de cualquiera manera que sea, de persona de fuera, para sí, ni para otro, sin licencia del superior (1).» En estas reglas recopila nuestro Padre brevemente á qué nos obliga el voto de la pobreza en todo rigor.

Pero es menester advertir aqui no se engañe nadie pensando que no es pecado, ó á lo menos, que no será mortal, el hacer contra estas reglas, por decir que nuestras constituciones y reglas no obligan á pecado: porque podria acontecer engañarse alguno en esto, diciendo: «bien veia yo que hacia contra la regla en recibir aquello del otro ó en dárselo; mas como nuestras reglas no obligan á pecado, no pensé que era pecado, sino que quebrantaba solamente una regla.» Es verdad que nuestras reglas y constituciones no obligan á pecado, como nuestro Padre lo declara en las mismas Constituciones (2); empero los votos que hacemos, claro está que obligan á pecado, y á pecado mortal de suyo. Y asi lo declaró allí nuestro Padre para que nadie pudiese pretender ignorancia, ni tomar de ahí ocasion de errar, aunque bien claro estaba ello; porque claro está que asi como el religioso que quebrantase la castidad, pecaria mortalmente contra el voto que tiene hecho de ella y seria nuevo sacrilegio: asi tambien el que quebranta el voto de la pobreza, peca mortalmente contra el voto que tiene hecho de ella. En eso no hay duda ninguna: en vuestra mano estaba quedaros allá en el mundo con vuestra hacienda, y usar de ella á vuestra voluntad, y no entrar en Religion, ni hacer voto de pobreza; pero despues que entrastes é hicistes voto de ella, no está en vuestra mano recibir un real, ni podeis tener cosa sin licencia, porque os habeis obligado á eso con el voto que hicistes. Eso es lo que dijo el Apóstol San Pedro, en los Actos de los Apóstoles, á Ananias y Safira, que habiendo hecho voto de pobreza, como notan los Santos, y habiendo vendido una heredad que tenian, y trayendo el precio á los pies de los Apóstoles, como hacian los demas, guardaron y reservaron para sí parte del precio, diciendo que no la habian vendido en mas de aquello que ofrecian; dícele el Apóstol San Pedro: "Ananias, ¿cómo te ha engañado Satanás para que mintieses al Espíritu Santo escondiendo parte del precio? Por ventura, ¿no estaba en tu poder y voluntad, y te podias quedar con todo, antes que profesaras pobreza? ¿Para qué has hecho este hurto y engaño? No has mentido á hombres, sino á Dios (1)." Y siguese luego el castigo de Dios, que cayó allí muerto de repente; y lo mismo le aconteció luego á su muger, que habia sido participante en el delito, y dice el testo que "cayó grande temor en toda la Iglesia y en todos los que oyeron esto (2)." Asi es razon que caiga en nosotros gran temor de hacer contra el voto de la pobreza que tan rigorosamente se castiga.

Pues volviendo al punto, digo que si no hubiera mas que regla de esto, el hacer contra ella no fuera pecado; pero cuando las constituciones ó reglas contienen y declaran la materia de algun voto, dicen obligacion de pecado; no por fuerza que ellas tienen de obligar á pecado, sino por la obligacion del voto que obliga á eso; como cuando contienen y declaran la materia de la

(1) Reg. 9 *communium*.
(2) P. VI. *Const. cap.* 5.

(1) Anania, cur tentavit Satanas cor tuum, mentiri te Spiritui Sancto, et fraudare de pretio agri? Nonne manens tibi manebat, et venundatum in tua erat potestate? quare posuisti in corde tuo hanc rem? non est mentitus hominibus, sed Deo. *Actuum* V, 3.
(2) Et factus est timor magnus in universa Ecclesia, et in omnes qui audierunt haec. *Actuum* V, 11.

castidad, ó ley natural, dicen obligacion de pecado, no por virtud de la regla, sino por la obligacion que la castidad ó la misma ley natural trae consigo: y porque estas reglas dicen y declaran la sustancia del voto de la pobreza, y qué es á lo que de suyo obliga el tal voto; por eso, el que quebrantare estas reglas, pecará, no porque quebranta la regla, sino porque quebranta el voto de la pobreza que se declara en ella. De manera, que el tener delante de los ojos estas reglas, no ha de ser para que tomemos ocasion de pensar que eso es solamente regla, sino para que vamos con este presupuesto, que ahí está sumada y cifrada la sustancia del voto de la pobreza, y á lo que ella obliga en todo rigor, sacado del Derecho Canónico y de todos los doctores, como habemos dicho. Y así dice San Agustin, tratando de los religiosos que viven en comunidad: «Cosa cierta es que el religioso no puede tener, ni poseer, ni dar, ni recibir cosa alguna sin licencia del superior (1);» que es al pie de la letra lo que dice nuestra regla. Porque eso es ser pobre; y poder uno por su voluntad y sin licencia de otro tomar, ó dar, ó tener, ó disponer de alguna cosa temporal, es ser propietario, y consiguientemente contra el voto de la pobreza.

Para que esto que se ha de tener como primer principio en esta materia, se entienda mejor, se ha de notar que esta es la diferencia que ponen los doctores teólogos y juristas entre el uso y el dominio, entre el ser uno señor de alguna cosa ó tener solamente el uso de ella; que el que es señor de la cosa puede comunmente hacer de ella lo que quisiere, puede darla á quien quisiere, prestarla, venderla, gastarla ó disponer de ella como le pareciere; pero el que no es señor absolutamente; sino solamente tiene uso de ella, no puede disponer como quisiere de ella, porque no la puede dar á otro, ni vender, ni enagenar, sino solamente puede usar de ella en aquello para que le fué concedida. Declaran esto con un ejemplo. Como cuando uno convida á otro á comer, solamente le dá facultad para que allí coma de todo cuanto le ponen delante; pero no le hace señor de los manjares que le pone en la mesa, porque no los puede llevar á su casa, ni enviar á otro amigo suyo, ni vender, ni hacer de ellos lo que quisiere; solo tiene el uso de poder comer allí lo que quisiere; y por eso dicen que se distingue el uso del dominio, aun en las cosas que se consumen con el uso y con el primer uso. Pues de esta manera dicen los doctores (1) que son los religiosos particulares, aun en esas cosas que tienen con licencia de los superiores. Solo se les concede el uso de ellas para que se puedan servir y aprovechar de ellas; pero claro está que no podeis dar á otro el hábito y vestido que traeis, sin licencia del superior, porque no es vuestro; y si lo diésedes sin licencia, haríades contra el voto de pobreza, porque eso seria haceros señor absoluto de ello, pues haceis de ello lo que quereis. Y como digo de esto, se ha de entender de todas las demas cosas de que usamos; no podeis dar á otro el Breviario, ni el cartapacio, ni el sombrero, sin licencia del superior, porque nada de eso es vuestro: solo os concedieron el uso de ello para vos, como al convidado cuando le convidaron. Acordémonos siempre de este ejemplo que es muy propio y declara esto muy bien.

Y si de las cosas que el religioso tiene con licencia para su uso decimos que no puede hacer lo que quisiere ni darlas á

(1) Certum est eos nihil habere, possidere, dare, vel accipere, sine superioris licentia, debere. *Aug. de communi vita Clericorum, et habetur, cap. Non dicatis.* 12 q. 1. 1.

(1) Bonavent. *in spec. discip. part.* 1, *cap.* 4.

otros, claro está que menos podrá dar, ni tomar, ni disponer de las demas cosas de casa sin licencia del superior, tomando alguna cosa de la ropería, librería, refectorio, despensa ú otro lugar, ni para dar á otro, ni para su propio uso: eso seria mas claramente contra la pobreza.

## CAPITULO XI.

**En que se declara cómo es contra el voto de la pobreza recibir ó dar alguna cosa sin licencia del superior, aunque la tal cosa no fuese de la casa.**

Habemos dicho que es sentencia comun de los doctores, que no solo es contra el voto de pobreza tomar alguna cosa de casa para su propio uso, ó darla á otro sin licencia, sino tambien el recibir alguna cosa de otro sin licencia del superior: de manera, que si os dá un amigo, ó devoto, ó vuestro padre, ó pariente, para un vestido, ó para un libro, ó para otra cosa semejante, y lo recibís y teneis ó usais de ello sin licencia del superior, pecareis contra el voto de la pobreza; ahora se lo pidais vos, ahora no se lo pidais, sino que el otro os lo dé sin pedírselo, ó por via de amistad, ó por via de limosna ó parentesco, ó como vos mandáredes. Pero dirá alguno: «cuando la cosa es de la casa, bien me parece que será contra el voto de la pobreza; pero cuando me la dá á mí otro ¿cómo puede ser eso? Pues yo no tomo nada á la casa, ni parece que la hago agravio ninguno, sino antes buena obra, ahorrando lo que ella me habia de dar; ¿qué pecado es ese? ¿ó contra qué mandamiento?» Digo, que ordinariamente es pecado de hurto, y contra el sétimo mandamiento de la ley Dios. Asi lo dice espresamente San Agustin en su regla: «Si alguno quisiere dar alguna cosa al religioso, si el padre quiere dar un vestido á su hijo ú otra cosa alguna, no la puede recibir el religioso sin licencia, sino el superior es el que la ha de recibir, y no para aquel, sino para la casa y comunidad, para darla á quien le pareciere que tiene mas necesidad (1);» si el vestido que os enviaron á vos, lo quiere el superior dar á otro, no os hace agravio, porque no es vuestro; en entrando en casa, se hace comun, tanto es mio como vuestro. Pero viniendo al punto, añade luego San Agustin: «Y si alguno recibiere alguna cosa sin licencia, y la tuviere encubierta sin haber dado cuenta de ella al superior, sea condenado en hurto (2).» Lo mismo dice San Basilio: «El tener algo en particular sin licencia del superior, es hurto (3).» ¿A quién se hurta eso? ¿Sabeis á quién? dice San Basilio, á la Religion y comunidad (4). Y no piense nadie que son estas exageraciones de los Santos, como suelen en otras cosas hablar con encarecimiento para poner mayor espanto y horror en aquello que reprenden: no es aqui asi, sino es una verdad muy llana, y sentencia comun de todos los doctores, fundada en un principio, en que todos convienen, y es que el religioso por el voto de la pobreza se hace incapaz é inhábil para poder tener y para poder dar; asi como él ya no es suyo, sino de la Religion, asi todo lo que adquiere y todo lo que le dieren y tuviere, en entrando en su poder, de cualquiera manera que sea, luego se hace de la Religion. Y cuando algun religioso tiene una cátedra ú otra renta, como vemos que tienen en Salamanca y en otras universidades, aquellas cátedras y rentas no son del religioso, sino de su monasterio, y el superior las cobra, y

(1) Quod si aliquid detur alicui, ut vestis, redigatur in communem rem, et cui necessarium fuerit praebeatur. *Aug. Reg.* 3, *cap.* 28.

(2) Quod si aliquis rem sibi collatam celaverit, furti judicio condemnetur. *Ib.*

(3) Furtum enim est privata possessio. *Basil. in Const. Monast. cap.* 35.

(4) Societatis enim expilatio est rei cujuscumque, et undecumque, in privatum usum sevocatio. *Ib.*

el procurador en su nombre, como las demas rentas del monasterio, y al religioso catedrático acúdele el superior con lo que ha menester y como le habia de acudir aunque no tuviera la cátedra.

Con esto queda bien claro que es hurto recibir el religioso alguna cosa de otro, y retenerla sin licencia del superior; porque ya aquello es de la Religion, en entrando en poder del religioso; y asi, si lo guarda y retiene sin licencia, lo usurpa y hurta á la Religion contra la voluntad del superior. Esa es la definicion de hurto, tomar ó retener lo ageno contra la voluntad de su dueño. De aqui se sigue, que si el religioso diese aquello á otro sin licencia, aunque fuese por via de limosna, el que lo recibe no adquiere dominio ni señorío de ello, sino que está obligado á restituirlo á la Religion. De donde se verá tambien cuán grande engaño es pensar que puede uno dar á su pariente, ó á su penitente, ó amigo, un libro, una imágen ó relicario, ú otra cosa semejante, por decir que no se la dió la casa, ó el superior, sino que otro se la dió.

De manera, que asi como es hurto y contra el voto de la pobreza el tomar, ó dar, ó disponer de alguna cosa de la casa sin licencia del superior, asi tambien lo es el tomar y recibir alguna cosa de persona de fuera, y tenerla ó disponer de ella sin licencia del superior.

Pero háse de advertir aqui que, aunque esto no fuese hurto, ni se hiciese en ello agravio alguno á la casa ó monasterio, ni á otro ninguno, como podria acontecer en algun caso, con todo esto seria pecado mortal de su género el tomar y recibir, usar ó disponer de alguna cosa temporal sin licencia del superior; porque por el voto de la pobreza le está prohibido esto al religioso y se ha hecho incapaz de ello, como queda dicho. Y el que recibiese la tal cosa del religioso, no adquiriria señorío de ella y estaria obligado á restituirla, porque recibe de quien no puede dar, como el que recibe del pupilo.

En confirmacion de esto hace el caso que le acaeció á San Gregorio Papa, con un monge del monasterio que él edificó en Roma siendo Papa, y lo cuenta el mismo Santo en los Diálogos (1), y Surio en la vida de San Gregorio. El caso fué de esta manera. Un monge de aquel monasterio, que se llamaba Justo, pidió á un hermano suyo seglar que le comprase una túnica; el hermano echó mano á la bolsa, y sacó tres reales, y dícele: «Veis ahí tres reales, compradla vos á vuestro gusto.» Asi lo refiere Surio, y dice que lo sacó del mismo original, aunque en los Diálogos de San Gregorio se dice que eran tres ducados: pero para nuestro propósito poco hace que fuesen tres reales ó tres ducados, y para comprar una túnica bien bastaban entonces y sobraban tres reales. Pero vamos á lo que hace al caso, y es, que al fin tomó el monge los tres reales ó los tres ducados sin licencia, y tenialos guardados. Vino á enfermar gravemente: á caso otro monge supo que aquel tenia guardados aquellos tres reales; y remordiéndole la conciencia, va á dar cuenta de ello al abad, conforme á la regla que tenemos tambien nosotros, que el que supiere cosa alguna grave de otro dé luego cuenta de ello al superior. Al abad parecióle que aquel era caso grave y digno de consultar con el Papa, y va á dar cuenta de ello á San Gregorio, á ver lo que se haria. Manda San Gregorio que ninguno de los monjes visite aquel enfermo, ni trate con él, sino que todos le tengan por descomulgado, porque quebrantó el voto de la pobreza. Y manda mas, que cuando muera no le entierren con los demas monjes en sagrado, sino fuera del monasterio, en un

(1) Greg. lib. 4. *Dialog. cap.* 55.

muladar, y que sobre el cuerpo muerto echen los dineros que tenia guardados, diciendo todos á voces: "Tu dinero sea contigo para tu perdicion (1)." Murió el monje de aquella enfermedad, é hízose todo asi. Y dice San Gregorio que causó este ejemplo tanto horror y espanto en el monasterio, que todos los monjes comenzaron á revolver sus celdas, y todas las cosillas que tenian, aun con licencia, y que se podian tener lícitamente, las llevaban al superior, por estar seguros no tuviesen algo contra la pobreza. Por este y otros ejemplos de aquellos padres antiguos quedó establecida esta pena por los Sacros Cánones contra los religiosos que mueren propietarios (2).

## CAPITULO XII.

**Desciéndese á algunos casos particulares, que son contra el voto de la pobreza.**

De los principios y doctrina comun de los doctores que habemos dicho, se pueden resolver los casos particulares que se ofrecieren; y porque estas cosas morales se declaran mucho con ejemplos y casos particulares, pondremos aqui algunos por los cuales se entenderán los demas, con que quedará clara esta materia.

Lo primero, digo, é infiero de la dicho, que si el superior da aqui á un religioso dineros para un camino que hace, no podrá él de estos dineros comprar rosarios, ni imágenes, ni otra cosa, ni para sí, ni para dar á otro, ni podrá guarnecer el *Agnus Dei* ó el Relicario, aunque lo deje de comer y lo ahorre de lo que podia gastar. La razon es, porque aquello se lo dan solamente para que lo gaste en su camino; y asi, lo que no gastare en eso, de cualquiera manera que sea, lo ha de volver al superior que le envió ó al otro donde va; y si lo guarda ó gasta en otra cosa, es hurtarlo á la Religion y pecará contra el voto de la pobreza. Esto se entiende cuando la Religion dá al religioso todo lo que ha menester para su camino, como se hace en nuestra Religion. Otra cosa seria, cuando le da determinada y tasadamente tanto para cada dia; de manera, que aunque hubiese menester mas, no se le daria; porque entonces es señal que hay licencia espresa, ó tácita é interpretativa, para que lo que él ahorrare de lo que le dan, lo pueda gastar en otras cosas honestas.

Lo segundo, digo que lo mismo es aunque aquel viático no se lo haya dado la Religion, sino su padre, pariente ó devoto, no puede comprar de ello un Breviario, ni un estuche, ni unos anteojos, ni otra cosa alguna, ni para sí, ni para dar á otro. No se engañe nadie en esto con decir: «estos dineros no me los dió la Religion, sino mi pariente ó amigo;» que no se me dá mas que os los haya dado la Religion, ó que os los haya dado vuestro pariente ó amigo, porque en entrando en vuestro poder se hacen de la Religion, y es como si el superior ó procurador de casa os lo hubiera dado, como digimos en el capítulo pasado. Y asi no lo podeis gastar sino es en aquello para que el superior os dá licencia, que es vuestro camino, y todo lo que os sobrare, de cualquiera manera que sea, lo habeis de volver al superior; y si lo gastais en otra cosa, ó lo guardais, pecais contra el voto de la pobreza, y es como si lo hurtásedes á la Religion. Y esto digo, aunque hubiese uno recibido aquellos dineros con licencia del superior, porque si lo recibiese sin licencia, ya por esa parte quebrantaria tambien el voto de la pobreza, como está dicho arriba.

(1) Pecunia tua tecum sit in perditionem. *Actor.* VIII, 20.

(2) Cap. *Monach.* et cap. *Cum ad Monasterium, de statu Monachorum.*

Tercero. Lo mismo es cuando uno viene de una mision, ó de su tierra, y allá le dieren alguna cosa, algun aderezo de camino ó alguna otra ropa; en entrando en su poder, se hace comun, y en llegando á casa, lo ha de entregar al superior ó al ropero en su nombre; y si lo guardase sin licencia, seria propietario y pecaria pecado de hurto contra el voto de la pobreza.

Cuarto. Aunque uno esté ya de camino para otra casa ó colegio, y el pié en el estribo, no puede pedir ni recibir cosa alguna de ninguno de fuera, ni aun para su viático, sin licencia del superior presente, aunque entienda que el otro superior donde va holgará de ello, porque le escusa el gasto. La razon es, porque este es ahora su superior, y no el otro, y asi seria recibirlo sin licencia del superior, teniéndolo presente, como le tiene, y pudiéndosela pedir. Otra cosa seria cuando uno estuviese fuera de casa, que va camino, y no tiene superior á quien pedir licencia; porque en tal caso bien puede recibir lo que entiende que será voluntad de su superior con intencion de manifestárselo y darle cuenta de ello luego en llegando á casa; porque entonces presúmese el consentimiento del superior, pero no se presume cuando se puede acudir presto al superior ó la cosa se puede fácilmente diferir.

Quinto. Se sigue tambien de lo dicho que si el superior da á uno licencia para recibir algunos dineros y tenerlos en poder del procurador para alguna cosa determinada, como para hacer trasladar algunos escritos, no los puede gastar en otra cosa sin licencia del superior, ni puede dar de eso á otro religioso de casa cuatro reales para una necesidad que se le ofreció, ó suya, ó de algun penitente, ó pariente, ó amigo suyo, ni por via de limosna, ni para premios de rosarios ó estampas, ni para otra cosa alguna, ni el otro lo puede recibir sin licencia, sino que el uno y el otro haria en esto contra el voto de la pobreza, porque dar, ó recibir, ó disponer de alguna cosa temporal sin licencia del superior, es contra el voto de la pobreza, como está dicho.

Sesto. Asi como el religioso no puede dar ni tomar sin licencia del superior, asi tampoco puede prestar, ni recibir prestado; porque cualquiera manera de contrato le está prohibido por el voto de la pobreza, aunque en cosas pequeñas, y que ocurren frecuentemente, se presume haber licencia tácita ó general para poder prestar á otro religioso de la misma casa las que uno tiene con licencia, á lo menos por breve tiempo, mas ó menos, segun declarare el uso y práctica de la Religion.

Sétimo. Pecará el religioso contra el voto de la pobreza, si sin licencia del superior recibe algun depósito de persona de fuera, ó de casa; porque el depósito es un verdadero contrato y espuesto de suyo á que el religioso, que de él se encarga, quede obligado á dar cuenta de él y á pagarle si se le perdiere por culpa suya de derecho requisita: demás del embarazo y cuidado que trae consigo el tener en depósito dinero ageno, ú otra cosa de precio; y fuera del escándalo que seria el hallar dineros en poder del religioso sin licencia y sin saber lo que es. Pero en las cosas ordinarias que el religioso tiene con licencia y puede guardar en su celda, el uso y práctica de la Religion declara que tambien las puede dar á guardar á otro de casa.

Octavo. Asi como es contra el voto de la pobreza recibir y tener en su poder dineros ú otra cosa que los valga, sin licencia del superior, asi tambien lo es tener dineros ó cosa que los valga en poder de otro sin licencia del superior; porque lo mismo es tenerlo en poder de su amigo que tenerlo en su propio poder. Y asi, si tuviese uno en poder de un devoto ó amigo

suyo algun aderezo de camino, ú otra cosa alguna, para que se la dé cuando saliere de este lugar, seria contra el voto de la pobreza como si él lo tuviese.

Nono. No es conforme á la pobreza que profesamos en la Compañía, antes sabe á propiedad el traer uno consigo algunos libros ó imágenes ú otras cosas semejantes, y llevarlas consigo cuando se muda á otra parte. Y asi no se permite esto en la Compañía (1), sino todas las cosas que tuviere alguno, está mandado que se escriban y tengan por del colegio ó casa donde reside, y en ella se queden cuando se mudare y no las pueda llevar consigo. Y si las llevase sin licencia, seria como hurtarlas á la casa á quien ya están aplicadas, y asi contra el voto de la pobreza: y esto, aunque otro le hubiese dado á él aquello y no la Religion, porque lo mismo es, como dijimos arriba (2).

Décimo. Pecará el religioso contra el voto de la pobreza, si gasta en cosas ilícitas, vanas ó supérfluas, aunque el superior le diese licencia para ello, porque está prohibido por el voto de la pobreza, y asi lo declaran los Sacros Cánones (3): y ni el mismo superior puede gastar en eso, y asi ni dar licencia para ello, sino para cosas necesarias, útiles y honestas. De donde se sigue que el que recibiese las tales cosas que el religioso gastase mal, estaria obligado á restituirlas á la Religion, conforme á lo que deciamos en el capítulo pasado.

Undécimo. Es contra el voto de la pobreza tener el religioso alguna cosa escondida para que no la halle el superior y se la quite; porque, como notan los doctores, es una manera de quererse apropiar aquello y tenerlo contra la voluntad del superior.

Duodécimo. Si es oficial á quien le está cometido el distribuir y disponer de algunas cosas, no puede hacer eso por su parecer y voluntad, sino conforme al parecer y voluntad del superior. Y si dá mas ó mejor ó peor de lo que sabe ser voluntad del superior, hará contra el voto de la pobreza, porque usa y dispensa de las cosas como si fuese señor y propietario y no dependiese de otro.

Décimotercio. Asi como pecaria contra el voto de la pobreza el religioso que de industria y de propósito desperdiciase ó echase á perder las cosas de casa que tiene á su cargo ó se le han concedido para su uso, asi tambien pecará contra el voto de la pobreza el que con notable culpa y descuido las desperdicia ó deja perder, porque es lo mismo: *Culpa lata dolo aequiparatur*. Y la razon de esto es: lo primero, porque es propio del que es señor de la cosa poderla consumir y desperdiciar como se le antojare; lo segundo, porque al religioso solamente se le concede usar de las cosas, que le dan ó encomiendan, para utilidad y provecho suyo ó de su Religion; y asi, si las consume ó gasta sin provecho, pecará contra el voto de la pobreza. Y débese advertir en estas cosas, que aunque el daño que hace á la Religion cada dia, sea pequeño, haciéndolo muchas veces puede venir á ser grave.

Notable es el ejemplo que de esto cuenta Casiano (1) de aquellos monjes antiguos: Dice, que entrando una vez el despensero ó procurador del monasterio en la cocina, vió en el suelo tres granos de lentejas, que acaso se le habian caido al cocinero de entre las manos cuando las lavaba para echarlas á cocer, y fuéselo á decir al abad, el

---

(1) *In instr. et Regula 25 communium.*
(2) Cap. XI.
(3) Clement. I, *de stat. Monach.*—Abulens. tom. 2, *in Matth. cap.* 6, *q.* 37.—Silv. *refl.* 6, *q.* 7, *dict. tom.* 2.—Molina, *tom.* 2, *disput.* 276.—Lessius, *lib.* 3, *de justit. cap.* 18; *dub.* 11, *num.* 85.—Navar. *lib.* 1. *de rest. c.* 1, *num.* 117 *et* 182.—Petrus de Ledes. *part.* II. *Summae, tract.* 31, *cap.* 2, *conclus.* 10.

(1) Cas. *lib.* 4 *de instit. renuntiant. cap.* 20.

cual llamó al cocinero y le dió una penitencia pública porque trataba con descuido las cosas del monasterio. Miraban, dice Casiano, aquellos santos monjes, no solamente á sí mismos, sino todas las cosas del monasterio, como cosas dedicadas y consagradas á Dios, y asi las trataban con mucho cuidado y reverencia por mínima que fuese la cosa.

## CAPITULO XIII.

Respóndese á una objecion con que se declara mucho esta materia.

Pero dirá alguno: «mucho rigor y estrechura parece esa, porque otros religiosos que tambien tienen voto de pobreza, vemos que no reparan en recibir de su pariente, devoto ó amigo, para un Breviario y para un cartapacio, y aun para hábito, y son letrados y temerosos de Dios; y ellos tambien suelen dar á un amigo de dentro, y aun de fuera, un libro de los que tienen, y aun otras cosas de mayor valor, sin pedir licencia para ello, y no tienen escrúpulo de que en eso hagan contra el voto de la pobreza. Luego acá no pecaremos tampoco contra el voto de la pobreza haciendo esas cosas, sino cuando mucho, contra la perfeccion de ella y contra la obediencia del superior y de nuestras Constituciones y Reglas.» Esta es muy buena objecion, y por eso la habemos puesto aqui para que con la solucion quede mas claro todo lo que se ha dicho y se ha de decir. Pues digo, que todo eso es verdad, que en algunas Religiones los religiosos de ellas hacen todas esas cosas sin escrúpulo y no pecan en ellas contra el voto de la pobreza; pero no se infiere de ahí que nosotros tampoco pecaremos en ellas. Antes digo, que si nosotros hiciésemos esas cosas, no solo hariamos contra la obediencia y contra nuestras reglas, sino que pecariamos contra el voto de la pobreza. Y la razon de la diferencia es, porque en otras religiones hácense ya esas cosas con licencia de los superiores; porque ó hay licencia espresa para ello, ó á lo menos tácita é interpretativa ó virtual, que es, como dicen los doctores, cuando alguna cosa se usa ya comunmente en aquella religion y lo saben y ven los superiores, y pudiéndolo contradecir é impedir, no lo contradicen, ni impiden, sino que disimulan y pasan por ello. «El que calla, pudiendo hablar é impedir lo que se hace, es visto consentir (1).» Pues el religioso que tiene espresa ó tácita licencia de sus superiores para dar, ó recibir, ó disponer de alguna cosa, no peca contra el voto de la pobreza haciéndolo; y por esto no pecan muchos religiosos haciendo esas cosas; pero porque la Compañía comienza ahora y desea conservar en su pureza este muro de la pobreza, cuanto con la divina gracia fuere posible, no hay licencia en ella para hacer esas cosas, ni espresa, ni tácita, ni interpretativa, antes hay espreso uso y práctica de todo lo contrario; y por eso el que hiciese esas cosas en la Compañía, pecaria contra el voto de la pobreza. Y los demas religiosos tambien pecaran en esto contra el voto de la pobreza si no tuvieran licencia para ello: como las monjas tambien son religiosas, y tienen hecho voto de pobreza, y con todo esto tienen sus rentillas de que ellas se visten, y compran, y hacen otras cosas, y lo damos por lícito, porque lo hacen con licencia de sus superiores. Claro está que si alguno de nosotros hiciese aquello sin licencia legítima, que pecaria contra el voto de la pobreza: luego no es buen argumento lo que se hace en otras religiones, aunque haya en ellas letrados y santos, para que por eso pensemos que lo

(1) Quia qui tacet, consentire videtur. *Reg.* 43 *de reg. jur. in* 6.

mismo es lícito en nuestra Religion; porque en aquellas hay ya licencia para eso, ó espresa, ó tácita; y en la nuestra no la hay, sino uso y práctica de lo contrario: y asi no son escrúpulos, ni estrechuras las que habemos dicho, sino verdades muy fundadas en todo rigor y doctrina comun de los doctores.

San Buenaventura y Gerson, que con ser espirituales y santos, son gravísimos teólogos, ponen en términos (1) muchos de estos casos particulares que habemos dicho, y todo el negocio de dar ó recibir el religioso, lo reducen á si tiene licencia del superior para ello, espresa ó tácita, ó no; y si no la tiene, dicen que no puede dar, ni tomar, ni disponer de cosa alguna, sino que pecará en ello contra el voto de la pobreza; porque esto es dejar de ser pobre, y hacerse propietario y señor, pues da, y toma, y dispone de la cosa como quiere. Y Gerson pone el caso, aun en el procurador ó mayordomo del monasterio, que tiene los dineros para comprar las cosas necesarias para la comunidad. Y pregunta si pecará contra el voto de la pobreza el procurador que compra para sí ó para otro de casa un cuchillo, ó un estuche, ó unos anteojos, y aun á otras cosas mas menudas desciende, ó una aguja, ó unos cañones, ó un poco de hilo. Y responde, que si lo hace con licencia del superior, particular ó general, espresa ó tacita, no pecará; pero si lo hace sin ella, que pecará contra el voto de la pobreza: y lo mismo dice en dar á otro de fuera cualquiera cosa ó en recibirla de él. De manera, que todos los doctores convienen en que el religioso, por el voto de la pobreza, está obligado á no tener, ni dar, ni tomar, ni disponer de nada sin licencia del superior. Y si en algunas Religiones se dá por lícito el tener el religioso algunas cosillas y algunos regalillos en su celda, y poderlos recibir de sus amigos, ó deudos, ú el poder dar ó disponer de otras algunas cosas, es porque en aquella Religion hay ya licencia espresa ó tácita para ello, porque de otra manera no fuera lícito, sino contra el voto de la pobreza.

De aqui se sigue una cosa digna de notar, asi en esta como en otras semejantes materias; y es, que para poder responder á un religioso si en esto ó en aquello peca ó hace contra el voto de la pobreza, es menester saber el uso que hay en su Religion acerca de aquello para ver si hay licencia espresa ó tácita para ello, y sin eso no se puede dar buen parecer al religioso de aquella Religion; porque muchas cosas podrán ser lícitas en una Religion, por haber ya en ella esta licencia tácita é interpretativa, que no serán lícitas en otra por no la haber.

De aqui se sigue tambien que aunque algunos autores dicen que no pecará el religioso contra el voto de la pobreza en recibir dineros de otro para comprar algunos libros, ú otras cosas semejantes, con tal que no tenga escondidas estas cosas que comprare, sino que las tenga patentes y manifiestas y con preparacion de ánimo para exhibirlas y dejarlas si el superior se lo mandare; pero el religioso de la Compañía que esto hiciese, pecaria contra el voto de la pobreza, porque eso que dicen los autores es porque juzgan que aquella es ya licencia tácita é interpretativa, y que con aquella manera de sujecion y resignacion se dan por contentos los superiores; pero en la Compañía, en ninguna manera hay licencia tácita é interpretativa para esto, sino muy declarada voluntad de lo contrario: la sotana, manteo, Breviario, de que usamos con licencia del superior, esta-

(1) Bonavent. *in spec. discip. part.* 1, *cap.* 4— Gers. *part.* 2 *en un tratado de unas cuestiones sueltas que hace, cuestion antepenúltima.*

mos obligados á tenerlo de esa manera, con esa sujecion y dependencia del superior, y con esa preparacion de ánimo que lo dejaremos si él nos lo mandare; y si no, pecariamos contra el voto de la pobreza, porque seria ser propietarios y tener la cosa como propia; pero para recibir para una sotana, ó unos libros, ó para otra cosa semejante, aunque despues la tengamos manifiesta y patente en el àposento, y con esa preparacion, en ninguna manera hay licencia en la Compañía, sino uso y práctica de todo lo contrario, y asi seria contra el voto de la pobreza. Y cierta cosa es que si el recibir y tener esas cosas de esa manera, sin otra licencia, se tuviera por lícito en la Compañía, que todos reclamáramos en las Congregaciones y procuráramos que se cerrara ese portillo por donde se podia arruinar nuestra pobreza.

Advierten tambien los doctores otra cosa en esto de la licencia tácita é interpretativa, y dicen que no basta para que el religioso pueda dar, ó pedir, ó recibir, y tener alguna cosa, el saber de cierto que si pide licencia para ello, luego se la dará el superior; como no basta para poder salir fuera de casa, sin pedir licencia, ni para poder escribir una carta, el saber de cierto que si la pedis os la darán, sino es menester que entendais y sepais que el superior holgará y tendrá por bien que deis ó recibais, y tengais la cosa, sin pedirle á él licencia, y que no se le dará nada de que no se la pidais. Esa es licencia tácita é interpretativa y virtual, para poder dar ó recibir, sin pedir otra licencia en particular, y esta tienen en algunas religiones en muchas cosas de las que habemos dicho. Pero en la Compañía está tan lejos de haber este beneplácito en los superiores que lo que mas desean es que todo vaya registrado con la obediencia; y lo que mas sentirian es que tuviese uno libertad y atrevimiento para hacer cualquiera cosa de estas sin licencia. Y asi en la Compañía habemos de hablar muy diferentemente en esto de la pobreza, y en otros casos particulares, que en algunas otras religiones. Y lo mismo fué en otras religiones en sus principios, como consta en sus historias, y lo conservan hasta el dia de hoy algunas con mucha loa.

## CAPITULO XIV.

Que el voto de la pobreza obliga á pecado mortal, y qué cantidad bastará para que lo sea.

Preguntará alguno si esas cosas que habemos dicho que son contra el voto de la pobreza, será siempre pecado mortal, ó cuándo lo será. Ya habemos dicho que es comun sentencia de los doctores y santos, que el que peca contra el voto de la pobreza, peca pecado de hurto contra el sétimo mandamiento de la ley de Dios. Pues digo, que asi como el sétimo mandamiento obliga á pecado mortal *ex genere suo*, como dicen los teólogos, que quiere decir, de suyo, de su género y naturaleza; pero por razon de la poquedad de la materia, puede ser el hurto pecado venial, como hurtar una manzana ó un cuarto: asi tambien el voto de la pobreza, de su género obliga á pecado mortal; pero en tan liviana cosa le puede uno quebrantar que sea solo pecado venial. Y si instais qué cantidad se dirá notable, para que llegue á pecado mortal, es cuestion muy tratada entre los doctores en la materia de hurto; qué cantidad se dirá notable para que el hurto sea pecado mortal, y conforme á eso dicen del quebrantar el voto de la pobreza. De manera, que la cantidad que bastaria para pecar mortalmente contra el sétimo mandamiento, esa misma será notable y bastante para pecar mortalmente contra el voto de

la pobreza; asi lo dicen comunmente los que de esto han escrito.

Para declaracion y confirmacion de esto, notan algunos teólogos (1) que la gravedad de este pecado se toma de dos raices: la primera, porque se usurpa y toma lo ageno contra la voluntad de su dueño; la segunda, porque en ello se quebranta el voto hecho á Dios; y dicen que aunque mirando solamente á la primera raiz, parece que fuera menester aqui mayor cantidad para ser pecado mortal que en el hurto; porque aqui, ni la cosa parece tan agena, ni el dueño tan involuntario como en el hurto: pero mirando á la segunda raiz, basta para ser esto pecado mortal la cantidad que basta para que el hurto lo sea, por ser mucho mayor la obligacion que por el voto de la pobreza tenemos de no usurpar, ni tomar nada contra la voluntad del superior que la que tenemos por el sétimo Mandamiento de no tomar nada contra la voluntad de su dueño.

En aquel caso que contamos arriba (capítulo XI) de San Gregorio, lo que habia tomado aquel monje, como lo refiere Surio, y dice que lo sacó del propio original, solo eran tres reales, y de su hermano, y para una túnica que se la habia de dar la Religion, si el otro no se la diera, y con todo eso juzgó San Gregorio que aquella cantidad era bastante para ser pecado mortal, como se vé en el castigo y descomunion con que lo castigó. Los modernos, que han escrito en nuestros tiempos, unos ponen por cantidad notable y bastante para pecado mortal, contra el voto de la pobreza, valor de tres reales; otros de cuatro, otros de cinco. Y en la Religion de la Cartuja, muy menor cantidad que esa la juzgan por pecado mortal, pues la tienen por suficiente para ser uno privado de sepultura y ser descomulgado, como lo notó Navarro (1).

Pero demos que en el voto de la pobreza nos podamos estender algo mas, y que valor de tres ó cuatro reales, sea en esto materia liviana, y que sea menester pasar de ahí para que llegue á mortal, como algunos quieren. El religioso que trata de perfeccion, ¿háse de poner en esas contingencias y peligros de si lo que recibió, dió, ó guardó, llega á cantidad que baste para ser pecado mortal ó no? ¿Y si llega á valor de cuatro ó seis reales? Los despenseros y los muchachos que cuando van á comprar sisan una vez un cuarto, otra dos maravedís, no pecan en ello mortalmente por ser pequeña la cantidad; pero ¿qué religioso hay, que si le enviasen á comprar algo se atreviese á sisar un cuarto, que no llega mas que á pecado venial? Pues si no os atreviérades á eso, sino que lo tendríades por sacrilegio y por bajeza grande, no os atrevais á dar ni á recibir cosa alguna, con decir que no es cosa notable, ó que no llegará á pecado mortal; porque por lo menos será eso como el sisar. Hagamos caso de cosas pequeñas, especialmente en una cosa tan grave como esta, que toca á uno de los tres votos esenciales de la Religion; porque el que se atreviere á faltar en esto con decir que no llegará á pecado mortal, en mucho peligro está de quebrantar el voto de la pobreza mortalmente; porque la codicia y el deseo de tener, y de dar y recibir, es pasion vehemente y muy conforme á nuestra naturaleza, que es amiga de eso; y asi cie-

(1) Cordub. *lib. de casibus, quaest.* 109.—Navarr. *ubi infr.*—Sorb. *in compend. privileg.* 1, p. verb. *dare, in explicat. constit.* Clement. 8 *de largitat. casu* 2, *vers. Sed difícul.*—Ludov. Lopez *part.* I, *summae, quaest.* 3, *conclus.* 5.—Manuel Rodrig. *tomo* 3, *de reg. q.* 20, *art.* 10. *conclus.* 8.—Azor. *lib.* 12, *inst. moral. c.* 12, *quaest.* 6.—Franciscus Arias, *part.* 3, *de la imitacion de Cristo, trat.* 7, *c.* 29.

(1) Navarr. *lib.* 5, *tit. de statu Monach. concl.* 3, *dub.* 3, *num.* 13.

ga y engaña mucho; y muchas veces, aunque no podemos decir de cierto que llegó á pecado mortal, podemos decir de cierto que hay duda de ello: y el religioso ha de estar muy lejos de ponerse en esas dudas y peligros.

## CAPITULO XV.

**Si puede el religioso recibir dineros para repartir en obras pias sin licencia del superior y cuándo pecará en esto contra el voto de la pobreza.**

Quiere la Compañía que tengamos tanta puridad y perfeccion en esto de la pobreza, y que estemos tan lejos de tener y mandar dineros, que tenemos regla (1) que no podemos pedir, ni recibir cosa alguna de los penitentes, ni de otro ninguno, ni para dar en limosna á pobres, ni por via de restitucion: de manera, que aunque el penitente tenga obligacion de restituir, y se lo quiera dar al confesor para que lo restituya, no lo puede recibir, ni encargarse de eso sin licencia del superior; y está fundada esta regla en mucha prudencia y esperiencia, y en la doctrina y ejemplo de los Santos. San Basilio espresamente aconseja esto (2), y el P. S. Francisco Javier lo encargaba mucho, como leemos en su vida (3); y del bienaventurado San Hilarion abad, cuenta San Gerónimo en su historia que, habiendo sanado á un hombre muy rico, de una legion de demonios que tenia, ofrecióle el enfermo muchos dones en señal de agradecimiento, y como el Santo no los quisiese recibir, importunábale que los recibiese para darlos á los pobres; respondió el Santo: «Mejor se los puedes dar tú, que andas por las ciudades y conoces los pobres. Dejé yo mi hacienda, ¿para qué me tengo de encargar de la agena?» Nuestro oficio es aconsejar á los prójimos esas y otras obras semejantes, pero no ser limosneros de otros; que eso, no solo no ayuda á nuestros ministerios, sino antes los impide, porque no sirve sino de que esté toda la casa llena de gente para que les remedien, y que no basten dos porteros para solos esos recaudos, y que el Padre se distraiga de las confesiones y ministerios espirituales por acudir á eso. Aun los Apóstoles esperimentaron que no podian atender á eso sin hacer falta á los ministerios espirituales mas principales: "No es razon, dicen (1), que nosotros dejemos de predicar la palabra de Dios por acudir á esas cosas temporales." Y asi hubieron de elegir algunos que se ocupasen en eso, para que ellos pudiesen atender del todo á la conversion de las almas. Piensan algunos que repartir esas limosnas es muy buen medio para ganar los prójimos y aficionarlos á la frecuencia de los Sacramentos, y engáñanse, que mas es lo que se pierde que lo que se gana por ahí; porque muchos mas son los que quedan descontentos y quejosos que los que quedan contentos: unos, porque no les dieron; otros, porque no les dieron mas; casi todos quedan quejosos, y luego murmuran que nos movemos por respetos particulares y que aceptamos personas; y aun piensan que nos quedamos nosotros con algo, y que aplicamos todo lo que podemos para nuestra casa. Ni es buen medio este para aficionar los prójimos á la confesion, antes muchos toman de aquí ocasion para hacer confesiones fingidas y decir mil mentiras al confesor para moverle y aficionarle á que les dé limosna. ¡Oh! con cuánta razon nos

(1) Regul. 22 *Sacerdotum.*
(2) Basil. *epist. ad Chilonens.*
(3) Lib. 6, cap. 12 y 17 de la *vida del P. S. Francisco Javier.*

(1) Non est aequum nos derelinquere verbum Dei, et ministrare mensis. *Actuum* VI, 2.

aconseja el Sábio (1) que creamos á los viejos y esperimentados y que sigamos su consejo. Alguna vez con licencia del superior bien se podrá recibir alguna restitucion del penitente, como cuando la cosa es secreta, que no la puede restituir el penitente sin nota; y aun entonces avisan los doctores, y es muy buen aviso, que pida el confesor conocimiento de aquel á quien lo restituyere, de cómo recibió tanto de él, de cierta restitucion que alguno le era á cargo: y que despues dé aquella cédula al penitente para mayor satisfaccion suya y del mismo confesor; y aunque el penitente diga que no quiere nada de esto y se fie mucho del confesor, no lo debe dejar de hacer, que el otro se holgará cuando vea la cédula, y se edificará y quedará mas quieto y seguro, y no le vendrán despues escrúpulos, ni sospechas, de si se dió aquello ó no, como suelen venir cuando no se hace esto.

Pero pues vamos tratando de la obligacion del voto de la pobreza y qué es á lo que nos obliga, será bien que declaremos cuándo pecará uno en esto contra el voto de la pobreza, y cuándo no, sino solamente contra la obediencia y contra las reglas. Los teólogos tratan en particular esta cuestion, si pecará contra el voto de la pobreza el religioso que sin licencia del superior recibe de uno de fuera algunos dineros, no para sí, sino para distribuirlos y repartirlos en nombre de otro en obras pias ó como á él le pareciere, y parece que esto no es contra el voto de la pobreza, pues él no recibe aquello para sí, ni lo reparte, ni distribuye en su nombre, sino en nombre del otro que se lo dió; pero la resolucion de esto es que de dos maneras puede uno recibir dineros ú otra cosa de alguno para dar á otro: la una es, cuando me los da, para que yo en su nombre los dé á fulano, ó los reparta en tales obras pias; y de esta manera es lo que se dá á los confesores para que lo restituyan, ó para que lo den en limosna á ciertos pobres; y el que de esta manera recibiese de alguno dineros para dar á otro, sin licencia del superior, en la Compañía haria contra nuestras reglas que nos lo prohiben, como habemos dicho, pero no parece que pecaria contra el voto de la pobreza; porque entonces el otro queda señor de su dinero y él es el que dispone de ello, y yo solamente soy ministro é instrumento suyo para en su nombre darlos á quien él me dice: pero si el otro me lo dá para que yo libremente lo gaste y distribuya como quisiere y como á mí me pareciere, aunque sea en obras pias, entonces el recibirlo, y darlo, y distribuirlo sin licencia del superior, no solamente será contra las reglas, sino contra el voto de la pobreza (1). Lo primero, porque entonces privase el otro del dominio de aquello, y cuanto es de su parte lo transfiere en mí, para que yo disponga de ello como quisiere, y el religioso no es capaz de eso. Lo segundo, porque no solamente es contra el voto de la pobreza el hacerse señor y propietario de la cosa, sino el tener el uso y administracion y dispensacion libre de ella sin licencia y dependencia del superior; porque esa es una manera de propiedad y de peculio prohibido al religioso por el voto de la pobreza: antes dicen (2) que es mas contra el voto de la pobreza el tener el uso libre de la hacienda y riquezas que el tener el dominio y propiedad; porque mas distrae y mas daño hace al religioso el tener el uso de la hacienda que le pudiera hacer el tener dominio y propiedad de ella, si no tuviese el

(1) Eccl. VIII, 9.

(1) P. Azor, lib. *inst. moral.* cap. 9, §. 1; et cap. 12, §. 1 et 2, dicit hoc esse certi juris.

(2) Dionis. Cartus. in opusc. de *reformatione claustralium*, art. 16.

uso: y asi el fin porque la Iglesia y los Santos Padres instituyeron que los religiosos no pudiesen tener dominio y propiedad de la hacienda, fué porque asi quedasen libres y desembarazados del uso y administracion de ella, y pudiesen darse mas enteramente á Dios nuestro Señor; porque estos cuidados son los que impiden y distraen mas que la propiedad; y asi no basta que el religioso no tenga dominio y propiedad de los dineros del otro, para que no peque contra el voto de la pobreza, si toma el uso y administracion libre de ellos sin licencia del superior. Dice muy bien Dionisio Cartusiano (1): ¿no seria digno de risa un padre que á un hijo loco, que tuviese, se contentase con quitarle la propiedad y dominio del cuchillo, ó espada, y le dejase libre el uso? Pues asi son dignos de risa los religiosos que, contentándose con no tener la propiedad y dominio, toman el uso de los dineros agenos; porque toman lo mas distraido y lo mas dañoso y perjudicial que hay en la hacienda. Y aun á algunos les parece que el primer caso es tambien contra el voto de la pobreza, porque es tener y distribuir dineros, ó cosa que los valga, sin licencia del superior: aunque dicen que será materia liviana y que no llegaria á pecado mortal, si luego los da á quien el otro le señaló.

De aqui se puede colegir la respuesta de un caso muy práctico: ¿Si pecará contra el voto de la pobreza el religioso que sin licencia del superior pide á otro algunos dineros ó limosna para su pariente, ó penitente, ó amigo, y la recibe y se la da, ó pide al otro que él se la dé ó envie? Digo, que si el religioso que pide ó recibe la tal cosa, la acepta, haciéndose dueño de ella ó para usar de ella, pecará contra el voto de la pobreza, aunque sea para darla ó enviarla á su pariente ó amigo, y de hecho se la dé ó envie despues, ó por sí, ó por medio ó en nombre del otro; pero si no la acepta para sí, antes dice claramente: «yo no he menester esto, ó no lo puedo recibir para mí, si se la quereis dar á Fulano, ó dármela para que yo se la dé ó envie en vuestro nombre, recibiré caridad y merced:» entonces no será contra el voto de la pobreza, aunque el otro haga eso por su respeto, y él dé las gracias por haberlo hecho asi; porque él no recibe aquello para sí, ni se hace dueño de ello, sino es ejecutor de la voluntad del otro, ó intercesor para que él tenga esa voluntad ó haga aquella donacion (1). Y mucho menos será contra el voto de la pobreza el pedir al otro que él en su mismo nombre dé ó envie aquello á tal persona, aunque la tal persona entienda que por medio é intercesion del religioso se lo dá; empero, aunque esto no sea contra el voto de la pobreza, andar en estas cosas sin licencia, y contra la voluntad del superior, suele traer consigo muchos inconvenientes, fuera del peligro que hay de hacer en ello contra el voto de la pobreza por no estar uno siempre tan sobre aviso y tan en los puntos, si el otro me lo da á mí, ó cómo lo recibo yo; si lo doy en nombre mio, ó en nombre suyo; si lo da el otro, ó si lo doy yo; especialmente, que la codicia y deseo de tener y mandar dineros, y distribuir y disponer de cosas, suele cegar muchas veces, como decíamos en el capítulo pasado, y so color de algunas razones aparentes hace hacer cosas que son contra el voto de la pobreza; por lo cual debemos temer y huir mucho de estas cosas y de otras semejantes. No se diga de nosotros lo que Casiano refiere que dijo San

(1) Dion. Cart. in opusc. de *reformatione claustralium*, art. 26

(1) P. Thom. Sanchez, tom. 1, de matrim. lib. 6, disput. 4, num. 7.

Basilio á un senador, que dejó el mundo y el oficio de senador y se hizo monje; pero reservó para sí algunas cosillas de su hacienda, para que no hubiese menester trabajar con sus manos para comer como hacian los demas monjes; díjole: «Perdiste el ser senador y no te has hecho monje. Ni eres senador ni eres monje (1).»

## CAPITULO XVI.

### En que se confirma lo dicho con algunos ejemplos.

San Gerónimo cuenta (2) que, en Nitria, uno de aquellos monjes que se sustentaban del trabajo de sus manos, tuvo codicia de allegar algun dinero. Tejia lino, y con la codicia dábase mucha priesa á trabajar, y comia muy poco, y asi vino á ahorrar cien sólidos, que es como si dijésemos cien ducados, y murióse con ellos; y como viniéndole á enterrar hallasen aquel dinero, juntáronse los monjes para ver que se haria en aquel caso, y qué harian de aquel dinero. Dice San Gerónimo que moraban alli cerca de cinco mil monjes en sus celdas, apartadas unas de otras: unos decian que se destribuyese aquello entre pobres; otros, que se diese á la Iglesia; otros, que lo enviasen á sus padres que debian de tener necesidad. Empero el Gran Macario y el abad Pambo é Isidoro, y otros de los mas graves que ellos llamaban Padres, hablando en ellos el Espíritu Santo, dijeron y determinaron que se enterrasen los dineros juntamente con él, diciendo: "Tu dinero sea contigo para tu perdicion (3)." Y asi se hizo. Y añade San Gerónimo: «y no piense nadie que esto fué crueldad, que no fué sino piedad; porque causó tanto temor y espanto este ejemplo en todos los monjes por todo Egipto, que tenian por gran delito que les hallasen á la hora de su muerte, ni un sólido, ni un real.» San Agustin cuenta (1) un ejemplo de un Januario, religioso y tenido por Santo; el cual referiré con sus mismas palabras, que son de gran sentimiento y dolor. «Debemos, dice, llorar y lamentar muchas veces la perdicion de nuestro Januario, que parecia entre nosotros una columna de obediencia y de pobreza, y acabó miserablemente; porque habiendo venido á nosotros con lágrimas y prometido de guardar pobreza toda su vida, sin saber nosotros nada, poseia en el siglo viña y tierras. ¡Oh profesion mortal! ¡Oh traidora promesa! Con la boca decia lo que aborrecia con el corazon: pensábamos que era Santo el que era peor que todos. Y de esta manera vivió nuestro Januario doce años y mas: mal vivió y mal murió. Vivió mal, porque tenia escondido y secretamente lo que no era suyo; y murió mal, porque ni aun al fin de su vida reconoció su yerro, sino que murió obstinado en su pecado; y sin saberlo nosotros hizo testamento, y dejó por heredero á un hijo que tenia en el siglo. ¡Oh! pluguiera á Dios nos lo hubiera dicho, siquiera en su muerte, para que haciendo nosotros oracion por él alcanzára perdon: pero ni se confesó, ni se arrepintió: por tanto, no es de los nuestros, ni lo era mientras vivió. Atad, pues, las manos de su cuerpo muerto, y ponedle en ellas atados en un paño los ciento y once siclos que tenia guardados en la pared de su celda, llorando y diciendo: "Tu dinero sea contigo para tu perdicion (2);" porque

(1) Et senatorem perdidisti, et monachum non fecisti. *Cass. lib. 7, cap.* 19.

(2) Hier. *epist. ad Eustoch. de custodia virginitatis.*

(3) Pecunia tua tecum sit in perditionem. *Actor.* VIII, 20.

(1) Aug. *serm.* 5 *ad. Fratres in eremo.*

(2) Pecunia tua tecum sit in perditionem. *Actuum* VIII, 20.

no nos es lícito á nosotros emplearlo, ó gastarlo en el sustento, ó vestido, ú obra del monasterio, porque es precio de condenacion eterna.»

Cesario cuenta (1) que en la órden del Cister enfermó un religioso, y despues de haberse confesado con el abad, trajéronle el Santísimo Sacramento, y abriendo la boca recibiólo: pero no pudo despues cerrarla para pasarlo; y estando todos admirados, el sacerdote sacó la Forma de la boca del enfermo, y dióla á otro religioso enfermo, que estaba allí, el cual la recibió con mucha devocion y la pasó sin dificultad alguna. No mucho despues murió aquel religioso, y se descubrió la causa que le impidió su salud y remedio; porque queriéndole lavar, hallaron junto á él cinco sólidos, y no de plata, sino de cobre, lo cual no era lícito. Alabaron todos á Dios viendo esto; y dando aviso al abad, y mandándolo él, le enterraron en el campo, arrojando sobre él su dinerillo y diciendo todos: «Tu dinero, que tenias escondido contra tu profesion, sea contigo para tu condenacion eterna (2).» Y contando este caso el abad en el capítulo siguiente general, añadió: «Y porque se entienda que la causa de no poder pasar el Santísimo Sacramento, no fué enfermedad que le impidiese, el mismo dia se comió una gallina entera.»

En las Crónicas de San Francisco se cuenta (3), que en cierto convento de la órden habia un fraile lego, el cual sabia leer alguna cosa; y deseando saber mas, hubo un salterio, y como esté prohibido en la regla que ningun fraile lego aprenda letras, el guardian sabiendo esto, pidiósele. Respondió que no le tenia. Díjole el guardian que dijese donde estaba, porque no viviese propietario; mas el fraile lego no quiso obedecer, y no tardó mucho tiempo que cayó en una grave enfermedad; y el guardian, porque no muriese propietario, le mandó por santa obediencia diese el salterio, ó descubriese donde le tenia escondido; mas el desventurado, endurecido y obstinado en negar, murió sin desapropiarse de él. Y como la noche siguiente, despues de sepultado, el sacristan á media noche tocase á maitines, sintió sobre sí una grande y pesada sombra, oyendo juntamente una voz temerosa y confusa, sin distincion de palabras, y cayó en tierra como muerto. Los frailes, oyendo la primera señal de la campana de maitines, y viendo que paraba, despues de haber esperado un buen espacio de tiempo, fueron á buscar al sacristan, y halláronle como muerto, y vuelto en sí supieron la causa. Y comenzando los maitines apareció aquella horrible sombra, haciendo un espantoso ruido, como de trompeta ronca, sin que pudiesen entender nada de lo que decia. Y turbándose todo el coro, el guardian los confortó, y dijo á la sombra: «De parte de nuestro Señor Jesucristo y de su Sagrada Pasion te requiero que nos digas quién eres y qué buscas aquí en este lugar.» Y respondió: «Yo soy aquel fraile lego, que ayer aquí sepultastes.» El guardian le dijo: «¿Quieres de nosotros algunos sufragios y oraciones, ó á qué veniste acá?» Respondió: «No quiero vuestras oraciones, que ninguna cosa me aprovechan, porque por el salterio, con que morí propietario, soy condenado para siempre.» Díjole entonces el guardian: «Mándote en nombre de nuestro Señor Jesucristo, que pues no te podemos aprovechar, que luego te vayas y no tornes mas á este lugar á darnos molestia.» Luego desapareció aquella sombra, y no fué mas vista ni oida.

(1) Cesar. *lib.* 9. *Dialog. cap.* 64.

(2) Pecunia tua, quam clam nobis contra professionem tuam possedisti, tecum sit in aeternam perditionem. *Ib.*

(3) Part. II, lib. 1, cap. 18 de la *Crónica de San Francisco.*

Cuenta Dionisio Cartusiano que un religioso tenia roto el hábito, y entró en la ropería, y tomó un poquito de paño para echar allí un remiendo, sin licencia. Cayó enfermo, y él debia ser gran siervo de Dios, porque se estaba muriendo y tenia grande alegria y contento. No le remordia de nada su conciencia, ni el demonio hallaba cosa de que asir para poderle inquietar. Levantó acaso los ojos á un rincon de la celda, donde tenia colgado su vestido, y vé al demonio sobre su hábito en figura de mona, que se estaba relamiendo y saboreando en aquel remiendo que habia echado. Entonces cayó en la cuenta de la falta que habia hecho en tomar aquel remiendo sin licencia, y envia á llamar al superior, y dícele su culpa, y reconcilíase con él, y luego desapareció de allí el demonio.

En la Historia de la Orden de Santo Domingo se cuenta (1), que siendo prior de Bolonia el santo Fray Reginaldo, un religioso lego habia recibido de limosna un pedazuelo de paño, de lo que ellos usaban, para algun remiendo de su hábito, pero habíalo recibido sin licencia. El Santo llamóle á Capítulo, en presencia de todos los religiosos, y castigóle como á ladron y propietario, con ásperas palabras y con muy buena disciplina, y quemó allí el paño, á vista suya y de los demas religiosos.

En la misma historia se cuenta (1), que siendo Alberto Magno provincial en aquella Sagrada Orden, mandó con grandísimo rigor que ningun fraile tuviese en su poder, ni en poder de tercera persona, dinero alguno en cualquier cantidad que fuese, ni suyo, ni ageno, ni para sí, ni para otro, y esto debajo de gravísimas penas. Y aconteciole en un Capítulo provincial que siendo probado contra un fraile haber quebrantado esta ordenacion y establecimiento, le castigó con tanta severidad que le desenterró de la sepultura, que habia poco que era muerto, y le echó fuera de sagrado, en el muladar, á imitacion de los Santos antiguos que asi solian tratar á los frailes propietarios.

## TRATADO CUARTO.

### De la virtud de la castidad.

#### CAPITULO I.

**De la escelencia de la virtud de la castidad, y de los grados por donde habemos de subir á la perfeccion de ella.**

"Esta es la voluntad de Dios, dice el Apóstol San Pablo (2), vuestra santificacion, vuestra pureza y limpieza; porque no nos ha llamado Dios para que nos demos á los deleites de la carne, sino para que le sirvamos con pureza y entereza de cuerpo y alma." A la castidad llama aqui el Apóstol santidad: por nombre de santidad ó santificacion entiende la castidad, co-

(1) P. 1, lib. 1, cap. 36 de la *Historia de los predicadores.*

(2) Haec est voluntas Dei, sanctificatio vestra: ut abstineatis vos a fornicatione, ut sciat unusquisque vestrum vas suum possidere in santificatione, et honore. — Non enim vocavit nos Deus in immunditiam, sed in sanctificationem. *I. ad Thes.* IV, 3 et 7.

(1) Part. I, lib. 1, cap. 46.

mo nota San Bernardo (1). Y Cristo nuestro Redentor en el Sagrado Evangelio la llama virtud celestial y angélica; porque nos hace semejantes á los ángeles. "Despues de la resurreccion, dice (2), en aquella vida dichosa y bienaventurada, no habrá casamientos, ni bodas, sino todos serán como ángeles de Dios." Y asi dice San Cipriano, hablando con unas vírgenes: «lo que despues habeis de tener en la gloria, eso comenzais á gozar en esta vida; porque mientras perseverais en castidad y limpieza, sois iguales á los ángeles. Casiano, confirmando esto mismo, dice (3) que con ninguna otra virtud asi se hacen los hombres semejantes á los ángeles como con la castidad; porque con ella viven en carne, como si no la tuviesen y fuesen espíritus purísimos, conforme á aquello de San Pablo: "Vosotros no vivís en carne, sino en espíritu (4)." Y aun en cierta manera nos aventajamos en esto á los ángeles; porque ellos, como no tienen cuerpo, no es mucho que tengan esa puridad; pero que el hombre, que vive en esta carne mortal, que tanta guerra y contradiccion hace al espíritu, viva como si no la tuviese y fuese puro espíritu, eso es mucho mas.

Es tanto lo que agrada á Dios esta virtud, que haciéndose el Hijo de Dios hombre, y habiendo de nacer de muger, quiso nacer de Madre Virgen y consagrada con voto de castidad, como notan los Santos (5). San Juan en el Apocalipsi, dice (6) que vió en el monte de Sion, que es en el cielo, á los que guardaron virginidad, en compañía del Cordero, que es Cristo, y que le seguian donde quiera que iba, y le cantaban un cantar nuevo, el cual nadie podia cantar sino los vírgenes. Nota aqui San Gregorio (1) que dice que los vírgenes están con Cristo en el monte; porque por el merecimiento grande de la castidad están muy levantados en la gloria.

San Gerónimo y San Agustin dicen (2) que aquella prerogativa de San Juan Evangelista de ser mas especialmente amado de Cristo que los demas Discípulos (porque de esa manera le nombra el Sagrado Evangelio (3): "El Discípulo que amaba Jesus"); la razon de ese amor especial dicen que era por ser virgen; y asi lo canta la Iglesia en el oficio de su festividad: «Amábalo Jesus, porque la especial prerogativa de la castidad lo habia hecho digno de mayor amor; porque habiendo sido elegido cuando era virgen, siempre permaneció virgen (4).» Y asi declaran algunos de él aquello de los Proverbios: "El que ama la pureza de su corazon, tendrá por amigo al rey (5)." Por eso le queria y regalaba tanto el Señor: por eso le recostaba en su pecho; y lo que San Pedro, que era casado, no se atrevió á preguntar á Cristo en la Cena, ruega á San Juan que se lo pregunte. Y el dia de la Resurreccion, diciéndoles Ma-

---

(1) Bern. *serm.* 12 *super. Cant.*

(2) In resurrectione, neque nubent, neque nubentur, sed erunt sicut angeli Dei in coelo. *Matth.* XXII, 30

(3) Cass. *lib.* 6 *de instit. renuntiant. cap.* 6.

(4) Vos autem in carne non estis, sed in spiritu. *Ad Rom.* VIII, 9

(5) Aug. *lib. de sancta virginitate, cap.* 4, *tom.* 6.—Ambr. *lib.* 2 *in Lucam.*—Anselmus, Bernardus et alii.

(6) Vidi supra montem Sion Agnum, et cum eo centum quadraginta quatuor millia, et cantabant quasi canticum novum: et nemo poterat dicere canticum, nisi illa centum quadraginta quatuor millia, qui empti sunt de terra. Hi sunt, qui cum mulieribus non sunt coinquinati; virgines enim sunt. Hi sequuntur Agnum quocumque ierit. *Apoc.* XIV, 1.

(1) Greg. lib. 5 *in cap.* 13 *lib. I. Regum.*

(2) Hieron. *lib. I. contra Jovinianum.*—Aug. *tract. ultimo sup. Joann.*

(3) Discipulus ille, quem diligebat Jesus. *Joann.* XXI, 7.

(4) Diligebat autem eum Jesus, quoniam specialis praerogativa castitatis ampliori dilectione fecerat dignum, quia virgo electus ab ipso, virgo in aevum permansit.

(5) Qui diligit cordis munditiem, propter gratiam labiorum suorum habebit amicum Regem. *Prov.* XXII, 21.

ria Magdalena que habia ya resucitado Cristo, él y San Pedro corrieron al monumento, pero él llegó primero: y otra vez estando en su nave pescando en el mar de Tiberiades, apareciéndoles el Señor en la ribera, no le conociendo los demas, solo él, que era vírgen, dice San Gerónimo, con aquellos ojos de águila, conoció al Vírgen y al Hijo de la Vírgen; y dijo á San Pedro: «el Señor es (1);» y finalmente, estando Cristo en la Cruz, en aquel su último testamento, ¿á quién encomendó su Madre Vírgen, sino al Discípulo vírgen (2)?

Pero dejando aparte los loores y escelencias de la castidad, y otras muchas cosas que de ella pudiéramos decir, porque pretendo ser muy breve en este Tratado, imitando á nuestro Padre San Ignacio, Casiano pone siete grados de castidad (3), por los cuales como por escalones habemos de procurar subir hasta llegar á la perfeccion y puridad de esta virtud celestial y angélica. El primero es, que estando el hombre velando, no se deje vencer ni llevar de ningun pensamiento ó movimiento feo y sensual. El segundo, que no se detenga en semejantes pensamientos, sino que en viniendo, luego los sacuda de sí. El tercero, que no se mueva ni altere poco ni mucho con la vista de ninguna muger. Este grado es de grande perfeccion y no tan comun como los primeros, por la grande flaqueza y corrupcion de nuestra carne, que en semejantes ocasiones luego se alborota. El cuarto es, que no consienta en ninguna manera que el demonio se le venga á las barbas estando despierto; y que velando no permita en sí ni un simple movimiento de carne. El quinto, que cuando fuere menester tratar de cosas de esta materia, ó estudiarlas, ó leerlas, pase por ellas con un ánimo sosegado y puro, y no tenga mas movimiento con la memoria de estas cosas que si tratase de ladrillos, de sembrar ó edificar, ú otra cosa semejante. Este grado tuvo nuestro bienaventurado Padre San Ignacio perfectísimamente desde el principio de su conversion, como leemos en su vida (1). El sesto grado es, que ni aun durmiendo tenga ilusiones, ni representaciones, ni fantasmas de cosa deshonesta; y esto arguye gran puridad, porque es señal que ni aun especie de ello hay en la memoria; y lo contrario, aunque no sea pecado por estar durmiendo, pero es señal de que el apetito sensual no está del todo vencido y sujeto, ni borrada la memoria de semejantes cosas. El sétimo y último grado, dice Casiano que es de pocos, como de un abad Sereno, y otros semejantes, á quien el Señor quiere hacer esta merced: y es, cuando uno ha llegado á tanta pureza, que ya ni velando ni durmiendo siente en sí, ni aun los movimientos que con causas naturales suelen acontecer: de manera, que con la fuerza de la gracia está quieto y pacíficamente sujeto el apetito; gozando ahora la naturaleza flaca y enferma parte de aquella felicidad y privilegios que tuvo en el primer estado de la inocencia, conforme á aquello del Apóstol San Pablo: "Para que se destruya el cuerpo del pecado (2)." Quítasele al pecado en estos, con la gracia del Señor, la fuerza y señorío que suele tener, que ya no sienten movimiento ninguno desordenado, ni cosa que huela á eso, sino viven en carne como si no la tuviesen; pero no queremos por esto decir que sea contra la perfeccion de la castidad sentir algunos movimientos de estos, velando ó durmiendo; porque eso es cosa

(1) Solus virgo virginem agnoscit, et dicit Petro, Dominus est. *Hieron. in Joann.* XXI, 7.
(2) Matrem Virginem virgini commendavit.
(3) Cass. *collat.* 12. *Abbatis Cheremon.*

(1) Lib. I, cap. 2 *de la vida de N. P. S. Ignacio.*
(2) Ut destruatur corpus peccati. *Ad Rom.* VI, 6.

natural, y en varones perfectos confiesa allí Casiano que los puede haber, aunque á algunos siervos suyos hace el Señor merced de darles aquel perfectísimo don de castidad; otros con la gracia del Señor apenas sienten cosa alguna de estas; otros en ofreciéndose algo, se sosiegan y quietan luego tan fácilmente como si no hubiese habido nada. Y todo esto es imitar la puridad angélica, que es lo que nuestro Padre en las Constituciones nos propone por blanco, á donde habemos de asestar y poner los ojos: *enitendo Angelicam puritatem imitari* (1). Y nótese aquella palabra *enitendo*; porque *eniti*, no solo quiere decir procurar y trabajar, sino trabajar forcejando, haciéndose violencia, como se hace en cosas dificultosas para vencerlas. Quiérenos enseñar y avisar en esto, que para llegar á esta pureza de los ángeles es menester trabajar con todas nuestras fuerzas y que tomemos este negocio muy de atrás, ejercitándonos en el ejercicio de todas las virtudes, y particularmente en la mortificacion; porque aunque esto ha de ser don de Dios, y ningunas diligencias humanas basten para ello; pero quiere el Señor que nosotros hagamos lo que es de nuestra parte, y de esa manera nos quiere él dar este don.

## CAPITULO II.

Que para conservar la castidad es necesaria la mortificacion y guarda de los sentidos, y especialmente de los ojos.

Casiano dice (2) que era resolucion de aquellos Padres antiguos, probada con muchas esperiencias, que no podria uno refrenar ni vencer este vicio y apetito de la carne, sino acostumbrándose á mortificar y quebrantar su propia voluntad en todas las cosas. Y San Basilio y otros Santos van probando muy á la larga, que para alcanzar y conservar la puridad y perfeccion de la castidad, es menester el ejercicio de todas las virtudes, porque todas ellas sirven y ayudan y hacen la guardia á esta virtud; pero de esto habemos ido tratando por todo el discurso de esta Obra, especialmente en la segunda parte; y ahora solamente diremos algunas cosas particulares que nos ayudarán mucho para esto; y sea la primera, que si queremos alcanzar la perfeccion y pureza de la castidad y conservarnos en ella, es menester que tengamos mucha cuenta con guardar las puertas de nuestros sentidos, y particularmente los ojos, porque por ahí se entra el mal en el corazon.

San Gregorio, sobre aquello de Isaías: "¿Quién son estos que vuelan como nubes y como palomas se recojen á sus ventanas (1)?" dice (2) que los justos se dicen volar como nubes, porque se levantan de las cosas de la tierra, y dícense recogerse como palomas á sus ventanas ó agujeros, porque guardándose de no salir fuera á mirar por estas ventanas de los sentidos las cosas esteriores que pasan allá fuera, están guardados de codiciarlas. Empero los que livianamente salen á mirar por estas ventanas de los sentidos las cosas del mundo, muchas veces son llevados de los deseos de ellas. El Profeta David, aunque santo y acostumbrado á volar como nube á la consideracion de los misterios altos y divinos, porque no tuvo recato en el mirar, llevóle tras sí lo que miró. Entró la muerte del pecado por aquellas ventanas de

(1) Part. VI. Const. cap. 1, §. 1.

(2) Multis siquidem experimentis edocti tradunt Monachum, et maxime juniores, nec voluptatem quidem concupiscentiae suae refraenare posse, nisi prius mortificare per obedientiam suas didicerit voluntates. *Cass. lib. 4 de instit. renuntiantium, cap. 8.*

(1) Qui sunt isti, qui ut nubes volant, et quasi columbae ad fenestras suas? *Isai.* LX, 8.

(2) *Greg. lib. 21 Moral., cap. 2.*

sus ojos (1), y robó y despojó su alma y la mató (2). Dice San Gregorio: «No conviene mirar lo que no es lícito desear (3),» porque os llevarán las cosas tras sí si las mirais, y arrebatarán y robarán vuestro corazon; y cuando menos pensáredes os hallareis preso y cautivo.

Por eso el Santo Job se previno muy bien en esto: "Hice concierto, dice (4), con mis ojos, de no pensar en muger." Dice San Gregorio: ¿qué manera de concierto es este, hacer concierto con los ojos de no pensar? con el entendimiento y con la imaginacion parece que se habia de hacer este concierto de no pensar; con los ojos, de no mirar. No, dice, sino con mis ojos hice concierto de no pensar en muger; porque sabia muy bien el Santo Job que por ahí entran los malos pensamientos en el corazon, y que teniendo él guardados los ojos y las puertas de sus sentidos, tendria guardado el corazon y el entendimiento; por eso dice que hizo concierto con sus ojos de no pensar en muger; y asi, si vos quereis no tener pensamientos deshonestos, es menester que tengais los ojos castos y honestos, y que hagais concierto con vuestros ojos de no mirar lo que no es lícito desear. Pondera San Crisóstomo (5) sobre estas palabras: ¿quién no se maravillará, viendo á este gran varon que hizo rostro al demonio, y peleó cara á cara con él, y venció todas sus máquinas y asechanzas, y no se atreve á carear con una doncella? Para que entendamos, dice, cuán necesario nos es el recato en estas cosas por mas religiosos que seamos.

El santo abad Efren dice (1) que tres cosas ayudan mucho á la virtud, y especialmente para la pureza de la castidad: la templanza, el silencio y la guarda de los ojos; y aunque guardeis las dos primeras, si no guardais los ojos, no será firme vuestra castidad; porque asi como cuando se quiebran los arcaduces se derrama y pierde por allí el agua, asi tambien, cuando los ojos se derraman y distraen, se pierde la castidad. Otro Santo dice (2) que la vista de la muger es una saeta tocada con yerba venenosa, que luego hiere el corazon; y que asi como una centella, que cae en unas pajas, si se detiene y no se sacude luego, levanta llama, asi es el pensamiento malo causado de esa vista.

De San Hugon, obispo de Grenoble, refiere Surio, que fué tan estremado su recato en esto de mirar á las mugeres, que con haber sido obispo mas de cincuenta años, y confesar muchas mugeres, y tratar muchos negocios con muchas señoras principales, que no solo de su obispado, sino de otras muchas partes acudian á él por la fama de su santidad y por razon de su oficio, nunca habia mirado muger alguna al rostro de manera que la pudiese conocer de vista, y asi no conocia de rostro á ninguna muger, sino una vieja y fea que servia en su casa. Y decia él que era menester andar con este cuidado, porque no se puede guardar el corazon de pensamientos malos si no se guardan los ojos. Y de San Bernardo se lee en su vida, que una vez se descuidó un poco en mirar una muger, sin advertir lo que hacia; y cuando cayó en la cuenta, quedó tan corrido y

(1) Ascendit mors per fenestras nostras. *Jerem.* IX, 21.
(2) Oculus meus depraedatus est animam meam. *Trenorum* III, 51.
(3) Intueri non decet, quod non licet concupiscere. *Greg.*
(4) Pepigi foedus cum oculis meis, ut ne cogitarem quidem de virgine. *Job* XXXI, 1.
(5) Chrisost. *serm. de continentia Joseph.*

(1) Ephren, tom. 2, pag. 236, *cap.* 87 *de varia doctrina.*
(2) Abbas Antioch. *hom.* 18 *in Biblioth. Sanctorum Patrum.*

avergonzado de sí mismo, que siendo invierno se arrojó en un estanque de agua helada, que estaba cerca, hasta la garganta, y estuvo en él hasta que le sacaron medio muerto.

## CAPÍTULO III.

Que en esta virtud de la castidad especialmente es necesario hacer mucho caso de cosas pequeñas.

Cuanto esta virtud de la castidad es mas alta y preciosa, tanto es menester mayor cuidado y diligencia para conservarla. En todas las cosas importa mucho hacer caso de cosas pequeñas y menudas, porque, como dice el Sábio (1), el que menosprecia las cosas pequeñas, poco á poco vendrá á caer en las grandes: pero especialmente en esta virtud es esto mas necesario, porque cualquier cosa, por pequeña que sea, desdora mucho la castidad. Vemos acá comunmente en las cosas preciosas y hermosas, que cualquier falta las afea, y tanto mas, cuanto mas escelentes y hermosas son. Pues asi es en esta altísima y hermosísima virtud de la castidad; y aun podemos decir que no hay virtud ninguna mas tierna, ni mas delicada en esto. Compara un Santo (2) la castidad á un espejo muy resplandeciente, que con un liviano soplo ó anhelito se cubre de paño y pierde su lustre y resplandor: asi la castidad, por cosas muy pequeñas, pierde su resplandor y hermosura. Por lo cual es menester que andemos con mucho recato, mortificando los sentidos, y cortando y atajando luego el mal pensamiento, y huyendo la ocasion, porque asi como la llama deja rastro de sí, donde quiera que toca, mas ó menos, segun se detiene, y si no quemó, á lo menos tiznó; asi estas cosas, si no llegan á quemar, bastan para tiznar, porque despiertan en el alma imaginaciones y pensamientos contrarios á la castidad, y en el cuerpo movimientos feos y desordenados.

Con mucha razon dijo nuestro Padre (1), que lo que toca á la castidad no quiere interpretacion. No se puede uno fijar: «hasta aqui no me quemaré, y si tantico voy adelante, sí; hasta aqui es lícito, y si paso un poco mas adelante, será ilícito.» Ni se puede decir en materia de castidad, «hasta aqui llegaré y no pasaré adelante;» porque cuando menos os cateis, pasareis á donde nunca pensastes. Quien se echa por un resvaladero, piensa llegar solamente al puesto, y el peso del cuerpo y ser la piedra tan deleznable le hace ir adelante, aunque no tuvo tal intencion al principio. Asi es acá, es este gran resvaladero, y el peso é inclinacion de nuestra carne á eso muy grande. No permite la delicadeza de esta virtud que nos acerquemos al daño y nos pongamos en esos peligros. Este es un tesoro preciosísimo y tenémosle depositado en un vaso terrizo que á un tris no tenemos nada (2). Y asi es menester andar con mucha solicítud y diligencia atajando por todas vias los pasos á todo movimiento desordenado por donde esa pasion pueda venir á enseñorearse de nuestro corazon.

De uno de aquellos Padres antiguos se lee (3), que tenia gran don de castidad, y andaba con todo eso con mucho cuidado y recato, aun en las ocasiones pequeñas, en desechar el pensamiento malo, luego al principio, en el mirar, en el conversar y tratar. Decíanle sus compañeros: «Padre,

(1) Eccles. XIX, 1.
(2) Fr. Gil, uno de los primeros compañeros de S. Francisco.

(1) P. VI. Const. cap. I, §. 2.
(2) Habemus thesaurum istum in vasis fictilibus. *II. ad Cor.* IV, 7.
(3) Esto se cuenta del santo Fr. Rogerio de la órden de los Menores en sus *Crónicas, parl. 2, lib. 4, cap. 44.*

¿por qué temes tanto, pues te ha fortalecido el Señor con el don de la castidad?» Respondia el Santo: «Mirad, si yo hago lo que debo y lo que es de mi parte en estas cosas pequeñas y menudas, el Señor me ayudará para que nunca venga á caer en cosas mayores; pero si yo soy negligente y me comienzo á descuidar en estas cosas, no sé si me ayudará, á lo menos mereceré que me deje el Señor de su mano y asi venga á caer. Y por eso, dice, no me querria descuidar en nada, sino hacer siempre lo que es de mi parte en todas las cosas, aunque parezcan pequeñas y menudas. Y de Santo Tomás de Aquino cuenta Surio, que con haber recibido de Dios sobrenaturalmente el don de la castidad, y no sentir ya tentaciones contra ella, y haberle dicho los ángeles que no perderia la castidad recibida, con todo eso ponia sumo cuidado en guardar los ojos de la vista de mugeres y en cualquiera otra cosa que le pudiese dañar.

Pues asi lo habemos de hacer nosotros, si queremos conservarnos en la puridad y perfeccion de esta virtud; y si no, podemos temer con mucha razon la caida. Y eso es lo que dijo el santo Job, cuando diciendo: "Hice concierto con mis ojos, púseles ley que no mirasen muger, por escusar el mal pensamiento que de ello me podia venir (1);" añadió: "Porque si asi no lo hiciera, ¿qué parte tuviera Dios en mí (2)?" Como si dijera: «si este cuidado no tuviera de recatarme, y huir las ocasiones, y desechar el mal pensamiento, y hacer caso de cosas pequeñas, viniera á caer en algun mal deseo, con lo cual perdiera á Dios.»

Háse el demonio en esto como un ladron principal, cuando quiere robar una casa cerrada, que si vé algun agujero ó ventanilla, por donde él no puede entrar, echa un muchacho ladroncillo, para que entre y abra la puerta para hacer su hecho: asi el demonio echa los malos pensamientos, y la vista liviana, y otras cosillas semejantes, como ladroncillos que le abran la puerta para entrar. Y asi importa andar con mucho recato, huyendo y previniendo muy de lejos las ocasiones; y cualquier cuidado que en esto se ponga, será muy bien empleado.

Casiano trae á este propósito aquello del Apóstol San Pablo: "Los que luchan en los juegos agonales se abstienen de todo (1)." Dice Casiano (2): si aquellos atletas que jugaban y corrian en aquellos juegos olímpicos, por no debilitar y disminuir las fuerzas que eran menester para ellos, se abstenian de comidas que les pudiesen dañar, y se guardaban de la ociosidad, y se daban á ejercicios con que pudiesen acrecentar las fuerzas; y no solo eso, sino que para estar mas ligeros y fuertes, se ponian en los riñones planchas de plomo para que ni entre sueños tuviesen movimiento, ni ilusion, ni les acaeciese cosa por la cual se les perdiesen ó disminuyesen las fuerzas y vigor; y todo esto hacian para alcanzar un premio y una corona corruptible y perecedera (3); ¿qué será razon que hagamos nosotros para alcanzar esta virtud angélica y celestial, y una corona eterna que ha de durar para siempre jamás?

## CAPITULO IV.

Que especialmente en la confesion habemos de hacer caso de cualquiera cosa que sea contra la castidad.

San Buenaventura, tratando de la con-

(1) Pepigi foedus cum oculis meis, ut ne cogitarem quidem de virgine. *Job.* XXXI, 1.
(2) Quam enim partem haberet in me Deus desuper? *Job.* XXXI, 1.

(1) Omnis autem qui in agone contendit, ab omnibus se abstinet. *I. Cor.* IX, 25.
(2) Cass. *lib.* 6 *de instit. renuntiantium, cap.* 7.
(3) Et illi quidem ut corruptibilem coronam accipiant, nos autem incorruptam. *Ib.*

fesion, dá una doctrina general y muy importante para todos: dice (1) que se guarden todos mucho no dejen de confesar algunas cosillas vergonzosas que suelen acontecer, con decir esto no es pecado, ó á lo menos no será mortal, y los pecados veniales no estamos obligados á confesarlos; porque han entrado por aqui grandes males, y á muchos les ha sido principio de su perdicion. Dios os libre de dar esta entrada al demonio, y abrirle este portillo, que no ha menester él mas para hacer su hecho. Presto, juntándose la vergüenza con la vileza de la cosa, os hará creer que no fué pecado lo que lo era, ó á lo menos habia duda si lo era, y que lo dejeis de confesar; y en gente que ha sido buena y que no suele tener pecados mortales, suele reinar mas esta vergüenza cuando les acontece algo; porque como la soberbia y apetito de estimacion nos es tan connatural y está tan arraigada en las entrañas, revive entonces y siente uno mucho caer de su reputacion y perder la buena opinion que tenia de él su confesor, y eso le hace andar buscando razones para persuadirse que aquella bajeza de que tan afrentado se halla ahora en decirla no llegaria á pecado mortal, y que asi no está obligado á confesarla. Otras veces, ya que del todo no la calle, es causa que la diga tan diminutamente, y por tales caminos y rodeos, que casi no se entienda, ó á lo menos no parezca tan grave, que es como si no la dijese, porque lo que se confiesa se ha de confesar claramente, de manera que el confesor entienda la gravedad del pecado. Y si uno confiesa alguna cosa de manera que no parezca pecado, ó de manera que no se entienda la gravedad y circunstancia necesaria, es como si del todo la dejase de confesar. Ciégales y engáñales la vergüenza, ó por mejor decir, la soberbia, para que no se declaren del todo. Poco dolor tiene de sus culpas, ó ninguno, el que aun para decirlas y declararlas á su confesor no tiene virtud. Esa vergüenza y afrenta ha uno de ofrecer en recompensa y satisfaccion de la culpa que ha cometido, para aplacar con eso á Dios nuestro Señor; y solo el sentir repugnancia y dificultad en decir la culpa, habia de bastar para tenerse uno por sospechoso, y entender que conviene decirla aunque no hubiese mas en ello de vencer esa repugnancia y mortificarse, y que no salga la carne ni el demonio con la suya.

Especialmente, que hay muchas cosas en esta materia de castidad, que los que no saben, piensan que no son pecados mortales, y realmente lo son. Y otras hay que no es fácil determinar si llegan á eso ó no; porque son muy dudosas, y esas tambien está uno obligado á confesar, so pena de pecado mortal, con la duda que de ellas tuviera, como diciendo que estaba en duda si tal cosa que hizo era pecado mortal ó no; ó que está en duda si consintió ó se deleitó voluntaria ó advertidamente en tal cosa ó no. De manera, que basta estar uno en duda si la culpa llegó á mortal ó no, para ser obligado á confesarla, so pena de pecado mortal, y para que no la confesando, sea la confesion sacrílega, y la comunion tambien. Muchas veces el mismo confesor, por docto que sea, no sabe determinar si llegó á mortal ó no, ¿cómo se ha de atrever el penitente, en su propia causa, á atropellarlo, y determinarse que no llegaria á tanto, y dejarlo de confesar? En grande peligro se pone este tal, particularmente cuando parece que tiene inclinacion á dejarlo, y querria, si pudiese, deshacerlo y que no pareciese tanto, por la vergüenza que tiene en decirlo. No me atreveria yo á asegurarle, y no es menester otro mejor

(1) Bonavent. *in spec. discip.*

testigo que la conciencia de cada uno; porque el que se acusa en la confesion de otras cosas menores, no puede dejar de quedar con remordimiento, viendo que deja de decir aquello que sabe que es mas, que todo eso otro; y á la hora de la muerte no os atreveríades vos á dejar de declarar eso. Pues no os atrevais tampoco ahora, porque de esa manera nos habemos de confesar y hacer siempre todas nuestras obras como si luego nos hubiésemos de morir. San Gregorio dice (1) que es señal de buenas almas temer culpa aun donde no la hay. Asi tambien es señal de no buenas almas el no temer culpa donde hay que temerla.

Algunos dicen: «déjolo por no hacerme escrupuloso:» ese es otro engaño que suele poner el demonio. Esto no es hacerse uno escrupuloso; porque menores cosas que esas confiesan y han de confesar los que tratan de virtud, no por necesidad, ni por escrúpulo, sino por devocion y reverencia del Santísimo Sacramento. Es tanta la puridad con que habemos de andar en esto, que aun de lo que no es culpa es consejo de varones espirituales que se acuse uno en esta materia: «Acúsome, Padre, que he tenido tentaciones deshonestas.» Y si os parece que tuvisteis negligencia en resistirlas, habéislo de decir: «Paréceme que tuve alguna negligencia en admitirlas, ó en desecharlas,» aunque no sea sino muy ligera y muy venial; y es muy ordinario haber alguna culpa y negligencia en ellas por ser muy pegajosas. Pero aunque os parezca que no habeis tenido culpa, podeis decir: «Acúsome que he tenido muchos pensamientos y tentaciones deshonestas;» añadiendo: «paréceme, por la misericordia del Señor, que hize lo que era de mi parte y que no tuve culpa en ello;» como tambien aconsejan que se confiese uno de esta manera, de los malos pensamientos que le vienen contra Dios y sus Santos y contra la fé. Y aun de menos que eso dicen que se ha uno de acusar en esta materia; como de lo que acontece durmiendo, donde no hay culpa ninguna, porque sin libertad no la puede haber: con todo eso, es buen consejo que se acuse y se humille de esa ilusion, aunque no es de necesidad, no habiendo dado causa, ni teniendo culpa ninguna en ello; y asi los temerosos de Dios usan el reconciliarse de eso antes de comulgar, por reverencia de tan alto Sacramento. Aun allá tratan los teólogos si se dejará por eso la Comunion, y dicen que será mas reverencia dejarla para otro dia, si no hay alguna causa particular, como la hay en un religioso, cuando comulga toda la comunidad, y seria nota si él no comulgase; pero ya que se dá licencia para comulgar, es bueno guardar el consejo dicho.

(1) Bonarum mentium est ibi etiam aliquomodo culpam agnoscere, ubi culpa non est. *Greg. epist. ad Aug. resp.* 10.

## CAPITULO V.

Cuán vehemente ó peligrosa es la pasion del amor, y cuánto la debemos temer.

Una de las cosas que hay mas que temer, es la pasion del amor; porque como es la mas principal y mas vehemente de las pasiones, es mas dificultosa de regir, y asi es mayor el peligro que corremos de ser llevados y despeñados de ella. El bienaventurado San Agustin (1) declara bien la fuerza y vehemencia de esta pasion, y cuánta razon hay de temerla, con dos ejemplos graves de la Sagrada Escritura: el primero es de nuestro padre Adan. Pregunta el Santo: ¿qué es la causa que Adan obedeció á la voz de su muger y quebrantó

(1) Aug. *lib.* 11, *sup. Gen. ad litteram*, c. 42.

el mandamiento de Dios, comiendo del árbol vedado? ¿por ventura fué engañado Adan, creyendo que si comia de aquella fruta seria como Dios, como habia dicho la serpiente á Eva? No es de creer, dice, que siendo Adan dotado de tan alta sabiduría pudiese ser engañado de manera que creyese tal cosa. Y asi dice el Apóstol San Pablo: "No fué engañado Adan, como Eva (1)," de manera que creyese esto. Y asi nota San Agustin, que cuando preguntó Dios á Eva: "¿Por qué hiciste eso (2)?" Respondió ella: "La serpiente me engañó, y asi comí (3)." Pero cuando preguntó á Adan, no respondió él: «La muger que me distes me engañó, y asi comí;» sino responde: "Señor, la muger que me diste por compañera, me dió esa fruta, y la comí (4)." Cobró tanto amor y tanta aficion á su muger, que por no la contristar, hizo lo que le pidió. De esta manera fué el engaño de Adan, el amor le engañó: y esto no porque fuese vencido de la sensualidad y concupiscencia de la carne, dice San Agustin, porque entonces no habia esa rebelion en ella; sino llevado de un amor y benevolencia amigable, por la cual algunas veces, por contentar al amigo, descontentamos á Dios: de manera, que por aquí entró el pecado en el mundo, y con él la muerte y todos los males y trabajos.

El segundo ejemplo es de Salomon. ¿Quién, dice San Agustin, hizo caer á Salomon en tan gran desatino que viniese á ser idólatra? No es de creer que un hombre, á quien Dios habia dado tanta sabiduría, creyese que habia alguna divinidad en los ídolos, ni provecho alguno en honrarlos. ¿Pues quién le hizo que viniese á hacer un disparate tan grande, como adorarlos y ofrecerles incienso? ¿Sabeis quién? El amor. Y esto dícenoslo claramente la misma Escritura Divina: "Amó con ardentísimo amor mugeres idólatras, con las cuales habia Dios mandado á los hijos de Israel que no se mezclasen, porque sin duda los pervertirian y harian que viniesen á adorar sus dioses (1)." No obedeció Salomon á este mandamiento de Dios, y asi le sucedió lo que Dios habia dicho; porque en tomando una muger de aquellas edificaba un templo al ídolo que ella adoraba; y en tomando otra, edificaba otro á su ídolo, y asi con todas las demas. Ellas adoraban á sus ídolos; y el rey Salomon, con toda su gravedad y sabiduría, los adoraba juntamente con ellas y les ofrecia incienso: no porque entendiese que habia allí qué reverenciar, dice S. Agustin (2), sino vencido y ciego del amor, por no contristar á sus amores, por dar gusto y contento á las que tanto amaba; el amor pervirtió su corazon.

Por esto los Santos y maestros de la vida espiritual nos avisan que nos guardemos mucho de esta pasion y de todas las ocasiones que nos pueden llevar á eso; y que aunque el amor parezca bueno y sea con personas de mucha virtud y santidad, y aunque el trato y conversacion sea de cosas buenas y espirituales, y les parezca á los que asi tratan que se aprovechan y ayudan mucho con la tal conversacion; con todo eso, anden con mucho cuidado y recato, porque doctrina es comun de los Santos,

(1) Adam non est seductus, mulier autem seducta in praevaricatione fuit. *I. ad Tim.* II, 14.
(2) Quare hoc fecisti? *Gen.* III, 12.
(3) Serpens decepit me, et comedi. *Ib.*
(4) Mulier, quam dedisti mihi sociam, dedit mihi de ligno, et comedi. *Ib.*

(1) Adamavit mulieres alienigenas multas de gentibus; super quibus dixit Dominus filiis Israel: Non ingrediemini ad eas, neque de illis ingredientur ad vestras: certissime enim avertent corda vestra, ut sequamini deos earum. His itaque copulatus est Salomon ardentissimo amore. Cumque jam esset senex, depravatum est cor ejus per mulieres, ut sequeretur deos alienos. *III. Reg.* XI, 1.
(2) Ne suas delitias, quibus deperibat, atque diffluebat, contristaret. *Aug.*

y la trae San Buenaventura (1), que el amor espiritual suele fácilmente degenerar y adulterarse, y de espiritual suele convertirse en carnal y sensual; y aunque al principio sea vino, se mezcla despues con agua, y lo que era bálsamo se falsifica con mezcla de otros licores bajos y viles, conforme á aquello de Isaías: "Tu vino está mezclado con agua (2)." Antes ese es el medio y el cebo que el demonio suele tomar para engañar á uno y llevarle poco á poco á donde él quiere.

Dice muy bien San Buenaventura (3), que hace el demonio en esto lo que dijo el otro Arquitriclino, que al principio pone el buen vino y despues lo peor. Al principio háceles creer que todo es devocion y espíritu y que se aprovecharán de aquella conversacion y familiaridad, y cuando los tiene ya enternecidos y rendidos, y parece que hay prendas, entonces descubre su ponzoña: fué el cebo aquello primero para cojerlos en el garlito. Y no se cansa el demonio, dice San Buenaventura, de entretener mucho tiempo á uno en aquel cebo que parece bueno; todo lo da por bien empleado á trueque de alcanzar despues lo que desea, que es que el amor espiritual venga á parar en carnal y sensual. ¡Oh cuántos, dice el Santo (4), han trabado conversacion y amistad con algunas personas, socolor de espíritu, pareciéndoles que todo aquel trato era de Dios y espiritual y que aprovechaban sus almas con aquello, y por ventura al principio era así, y poco á poco fué desdiciendo y degenerando aquel amor, y comenzaron á tratar pláticas impertinentes y cosas livianas y ridículas! comenzaron en espíritu y acabaron en carne (1).

Cuenta Gerson (2) de un siervo de Dios de grandes prendas así en letras como en virtud, que trataba con una religiosa sierva de Dios santamente y de cosas provechosas á su alma; pero poco á poco con la conversacion y trato creció el amor, pero no en el Señor, *sed non in Domino;* sino de tal manera, que no se podia contener de irla á visitar muchas veces y estar con ella muchos ratos; y cuando no estaba con ella, apenas podia dejar de estar pensando en ella; y con todo eso, estaba tan ciego el buen hombre, que le parecia que no hábia allí ningun mal ni engaño alguno del demonio, porque decia él que no le pasaba por pensamiento cosa ninguna mala, que es una escusa con que muchos se suelen cegar y andan engañados, y así lo andaba este, hasta que le fué forzoso, por cierta ocasion que se ofreció, hacer un camino largo: entonces al apartarse sintió aquel siervo de Dios que aquel amor no era puro, ni casto, y que si Dios no le quitára la ocasion con aquella ausencia, estaba muy cerca de caer en grande mal. Y así, dice allí Gerson, tratando del peligro y engaño grande que hay en el amor, que no es oro todo lo que reluce, ni todo caridad lo que lo parece. Y refiere de una persona de mucha santidad, que decia que no habia cosa de que tuviese mas temor y mas sospecha que del amor, aunque sea con personas de mucha virtud y santidad, y trae aquello del Sábio: "Hay algunos caminos que le parecen al hombre derechos, y no son sino muy torcidos, y que van á parar en mal (3):" así, dice, suele ser este camino.

(1) Bonav. *tom.* 5, *opusc. lib.* 2 *de profectu Religios. cap.* 27.
(2) Vinum tuum mixtum est aqua. *Isai.* I, 22.
(3) Bonav. *processu* 6. *Religionis, cap.* 16.
(4) Bonav. *processu* 4. *Religionis cap.* 12.

(1) Cum spiritu caeperitis, carne consummemini, *Ad Galat.* III, 3.
(2) Gers. *Part. I, tract. de distinctione verarum visionum a falsis, signo* 5.
(3) Est via, quae videtur homini recta, et novissima ejus ducunt ad mortem. *Prov.* XVI, 25.

## CAPITULO VI.

### De algunos remedios contra las tentaciones deshonestas.

En la segunda parte, en el tratado cuarto, de las tentaciones, digimos algunos remedios para estas tentaciones y otros remitimos á este lugar, de que trataremos ahora. Cuanto á lo primero, el medio de la oracion es de los mas principales que la divina Escritura y los Santos nos dan para todas las tentaciones, y el mismo Cristo nos lo enseña en el Evangelio: "Velad y orad, dice (1), porque no entreis en la tentacion." Dice Beda que asi como el ladron, en oyendo voces, huye, y todos se levantan y vienen á socorrer, asi el clamor de la oracion hace huir al demonio, y despierta á los ángeles y á los Santos bienaventurados para que vengan en nuestro socorro y ayuda. De San Bernardo leemos, que viniéndole á robar la castidad, dió voces: «Ladrones, ladrones,» y con eso huyó el ladron. Pues si al clamor y apellido de los hombres huye el ladron, ¿cuánto mas aquel tan antiguo como astuto ladron, que procura robar las riquezas espirituales de nuestra alma, huirá á los clamores y apellidos que levantamos á Dios y á sus Santos?

Especialmente es singularísimo remedio para esto el acogernos á pensar en la Pasion de Cristo y escondernos en sus Llagas. San Agustin dice: «No hay medicina ni remedio mas poderoso y eficaz contra las tentaciones deshonestas, como pensar en la Pasion y Muerte de Cristo nuestro Redentor (2).» «En ninguna cosa, dice (3), hallé tan eficaz remedio, como en acogerme á las llagas de Cristo; alli duermo seguro y alli torno á revivir.» Nota y pondera muy bien un doctor grave, que por eso no dijo el Evangelista que fué herido el costado de Cristo, sino que fué abierto (4); para que entendamos que está abierto el camino para entrar en el corazon de Cristo y que alli ha de ser nuestro refugio y guarida, "en aquellos agujeros de aquella piedra (2)," que es Cristo.

San Bernardo pone tambien este remedio, y dice: «Cuando sintiéredes esta tentacion, acogeos luego á pensar en la Pasion de Cristo, y decid: «Mi Dios y mi Señor está enclavado en una cruz, ¿y tengo yo de darme á deleites y pasatiempos (3)?» Como dijo aquel criado fiel, que diciéndole el rey que se fuese á descansar y holgar á su casa, respondió: "El arca de Dios, y mi señor y capitan Joab está en el campo, y debajo de tiendas, ¿y tengo yo de ir á comer y holgar á mi casa? Nunca Dios tal permita (4)." Asi habemos de decir nosotros: «Vos, Señor, estais en esa cruz y pagais ahí los deleites que los hombres toman pecando, no quiero yo tomar placer tan á costa vuestra.»

Otros se ayudan en estas tentaciones de la memoria y consideracion de los Novísimos, conforme á aquello del Sábio: "En todas tus obras acuérdate de tus Postrimerías y no pecarás (5)." Unos se aprovechan de la consideracion del infierno, ponderando aquello que dice San Gregorio. «Un mo-

---

(1) Vigilate, et orate, ut non intretis in tentationem. *Matth.* XXVI, 41.

(2) Nullum tan potens est, et tam efficax medicamentum contra ardorem libidinis sicut mors Redemptoris mei. *Aug. in Manuall. c.* 32.

(3) In omnibus rebus non inveni tan efficax remedium, quam vulnera Christi; in illis dormio securus, et revivisco intrepidus. *Ib.*

(1) Unus militum lancea latus ejus aperuit. *Joann.* XIX, 34.

(2) In foraminibus petrae, in caverna maceriae. *Cant.* II, 14.

(3) Deus meus pendet in patibulo, et ego voluptati operam dabo? *Bernard. in formula honestae vitae.*

(4) Arca Dei, et Israel, et Juda habitant in papilionibus, et dominus meus Joab, et servi domini mei super faciem terrae manent: et ego ingrediar domum meam, ut comedam, et vivam, et dormiam cum uxore mea? Per salutem tuam, et per salutem animae tuae, non faciam rem hanc. *II. Reg.* II, 11.

(5) In omnibus operibus tuis memorare novissima tua, et in aeternum non peccabis. *Eccles.* VII, 40.

mento dura lo que deleita y eternamente lo que atormenta.» Ahondar en aquella eternidad, en aquel para siempre jamás, mientras Dios fuere Dios, es un medio muy eficaz para no pecar, conforme á aquello del Profeta: "Desciendan al infierno los vivos (1)." Bajar ahora vivos al infierno con la consideracion, ayuda para no bajar allá despues de muertos. Otros se ayudan de la consideracion de la gloria, pareciéndoles desatino, como lo es, por un breve deleite trocar á Dios y perder la gloria para siempre. ¿Y qué mayor locura puede ser que dejar de hacer lo que nos manda Dios, convidándonos con la gloria por ello, por hacerlo que el demonio quiere, convidándonos con el infierno por ello? Otros sienten mucho provecho acordándose de la muerte y del juicio final. Todas son muy buenas consideraciones: cada uno ha de acudir á aquello en que sintiere mas provecho; y unas veces lo sentirá en uno, otras en otro: y asi nos habemos de ayudar de todo.

Tambien ayuda mucho en estas tentaciones hacer la señal de la Cruz en la frente y en el corazon, y llamar con devocion el Santo Nombre de Jesus: y se han visto efectos admirables con esto, y milagros muchos que tenemos en las historias. La devocion de Nuestra Señora para todo ayuda, y asi no ha de haber nadie que no la tenga y acuda á esta Soberana Vírgen con mucha confianza, porque no puede dejar de ser misericordiosa la que tuvo por espacio de nueve meses encerrada en sus entrañas la misma misericordia. Al fin es Madre de misericordia y Abogada de pecadores, á los cuales ama, porque vé cuánto su Hijo los amó, y por cuán caro precio los compró: y sobre todo esto vé que los pecadores fueron ocasion de que el Verbo Eterno tomase carne en sus entrañas y ella fuese Madre de Dios, y por esto los mira con ojos mas piadosos, é intercede por ellos á su Hijo, y alcanza de él todo lo que quiere; porque, ¿qué podrá negar el Hijo á su Madre, y tal Hijo á tal Madre? De donde vino á decir San Bernardo aquella sentencia tan célebre: «Calle tus alabanzas, Vírgen gloriosa, el que te hubiere invocado en sus trabajos y necesidades, y se acordare no le haber acudido. (1)» Pero aunque para todas las tentaciones y ocasiones es este remedio muy eficaz, éslo muy particularmente para esta de que vamos tratando, por agradarle tanto á la Purísima Vírgen la pureza y castidad. Algunos doctores dicen que la pureza virginal tan subida que tuvo San Juan Bautista, que dicen que ni aun pecado penial tuvo contra ella, le vino de la visita de esta Señora, que estuvo tres meses con Santa Isabel. Aquella fué visita corporal y espiritual, dice San Ambrosio (2). Y si de la primera visita se siguió tan grande bien que el niño se regocijó en el vientre de la madre y quedó santificado, y Santa Isabel fué llena de el Espíritu Santo, en oyendo la salutacion de la Vírgen; ¿cuál pensais, dice, que seria el fruto y provecho de la presencia y conversacion de tanto tiempo? El P. Maestro Avila dice (3) haber visto muchos efectos y provechos notables, en personas molestadas de esta tentacion, por medio de la Vírgen nuestra Señora, por rezarle alguna cosa cada dia en memoria de la limpieza con que fué concebida sin pecado, y de la limpieza virginal con que concibió y parió al Hijo de Dios: y son muy á propósito

(1) Descendant in infernum viventes. *Ps.* LIV, 16.

(1) Sileat misericordiam tuam, Virgo beata, si quis est, qui invocatam te in necessitatibus suis, sibi meminerit defuisse. *Bernard. serm. 4 de Assumptione.*

(2) Non enim sola familiaritatis est causa, quod diu mansit, sed etiam tanti vatis profectus. *Ambr. lib. 2. sup. Lucam, cap. 9.*

(3) Maestro Ávila, *cap. 14 del Audifilia.*

para esto aquellos versos que canta la Iglesia:

Puesto, que despues del Parto
Quedasteis Vírgen intacta,
Interceded por nosotros,
Madre de Dios Sacrosanta.

Oh singular Vírgen,
Sobre todas blanda;
Líbranos de culpas,
Dános vida casta (1).

Donde poniéndole delante su inmaculada y perpétua virginidad, le pedimos nos alcance esta virtud, para que asi agrademos á ella y á su preciosísimo Hijo.

Tambien es muy buen remedio la devocion con los Santos y con sus reliquias. Cuenta Cesario una cosa que dice (2) se la contó el mismo á quien le pasó, que fué un religioso de su órden Cisterciense, llamado Bernardo. Este, antes de entrar en la Religion, yendo cierto camino, dice que llevaba consigo colgada al cuello una cajita de reliquias de los Santos mártires San Juan y San Pablo. Yendo su camino, vínole una tentacion deshonesta, él entonces no miraba tanto en esto, y descuidábase de resistir á la tentacion y de sacudir de sí aquellos malos pensamientos que le venian: y comenzaron las Santas Reliquias con su cajita á darle golpes en los pechos; y con todo eso no caia en la cuenta, ni echaba de ver en aquello; y como cesase la tentacion, cesaron tambien los golpes. De ahí á otro poco tornó la tentacion, y tornaron luego los golpes de las Santas Reliquias, como si le dijeran que advirtiese y desechase de sí aquellos malos pensamientos. Entonces cayó en el aviso y recuerdo que le daban, y procuró con diligencia resistir á la tentacion.

Tambien es muy buena devocion y ayuda mucho para esto visitar muchas veces el Santísimo Sacramento del Altar y pedir alli al Señor ayuda y favor para salir con victoria; y sobre todo, el recibir á menudo este Santísimo Sacramento es singularísimo remedio, conforme á aquellas palabras del Profeta: "Preparastes, Señor, delante de mí una mesa, la cual me dá virtud y fortaleza contra todos los que me persiguen (1)." Para todas las tentaciones, dicen los Santos que es este gran remedio; pero particularmente para vencer las tentaciones de la carne y conservar la castidad: porque este divino Sacramento mitiga el fómite del pecado, disminuye y apaga los movimientos de la carne y los ardores de la concupiscencia, como el agua el fuego, dice San Cirilo; y traen para esto aquello del Profeta Zacarias: "¿Cuál es lo bueno suyo, y cuál lo hermoso, sino el pan de los escogidos y el vino que engendra virgenes (2)?" de lo cual dijimos en su lugar (3).

## CAPITULO VII.

Que la penitencia y mortificacion de la carne es muy propio y principal remedio contra esta tentacion.

El bienaventurado San Gerónimo dice: «Los ardientes y encendidos deseos y movimientos de la carne, con vigilias y ayunos, con penitencias y asperezas, se han de refrenar y apagar (4);» y asi lo hacia él. Y de San Hilarion cuenta el mismo San Gerónimo que, siendo fatigado de tentaciones de carne y de pensamientos torpes, se airaba con su cuerpo, y decíale: «Yo te haré, asnillo, que no tires coces, porque te

(1) Post partum Virgo inviolata permansisti, Dei Genitrix intercede pro nobis.—Virgo singularis inter omnes mitis, nos culpis solutos, mites fac, et castos.
(2) Cesarius, *lib.* 8. *Dialog. c.* 67.

(1) Parasti in conspectu meo mensam adversus eos, qui tribulant me. *Ps.* XXII, 5.
(2) Quid enim bonum ejus est, et quid pulchrum ejus, nisi frumentum electorum, et vinum germinans virgines? *Zach.* IX, 17.
(3) Part. II, *trat.* 8, *c.* 10.
(4) Ardentes diaboli sagitae jejuniorum, et vigiliarum rigore extinguendae sunt. *Hieron. epist. ad Furiam.*

quitaré la cebada y te daré solamente paja; matarte hé de hambre y de sed; pondréte cargas pesadas, fatigarte hé con calores y hielos, para que asi pienses antes en la comida que en la lascivia.» Remedio es este muy encomendado de los Santos, y muy usado de los siervos de Dios aun sin sentir esta guerra.

En las Crónicas del bienaventurado San Francisco se cuenta (1), que preguntó uno á un santo varon por qué San Juan Bautista, siendo santo desde el vientre de su madre, se fué al desierto é hizo alli tan estrecha penitencia como dice el sagrado Evangelio. Respondió el Santo: «Dime tú; ¿por qué á la carne, estando fresca y muy buena, le echan sal?» Respondió el otro: «Porque mejor se conserve y no se corrompa.» «Pues asi, dice, el glorioso Bautista se saló con la penitencia; porque su santidad se conservase mejor sin alguna corrupcion de pecado,» como la Iglesia lo canta (2). Pues si aun antes de sentir estas tentaciones, en tiempo de paz, conviene usar este ejercicio de penitencias y mortificaciones, ¿cuánto mas convendrá en tiempo de guerra? Santo Tomás dice, y lo trae de Aristóteles, que del castigo se dijo castidad (3); porque con el castigo del cuerpo se ha de refrenar el vicio contrario; y dice que los vicios deshonestos son como los muchachos, que han menester azote, porque les falta la razon.

Y si de este mal tratamiento del cuerpo se sigue flaqueza ó daño á la salud corporal, responde el mismo San Gerónimo en otra parte: «Mas vale que duela el estómago que el alma (4):» y mejor es que tiemblen de flaqueza los pies, que no que vacile la castidad, aunque siempre es menester discrecion. Y asi se han de medir estas cosas conforme á las fuerzas y á la tentacion y peligro de cada uno; porque una cosa es ser la guerra tan grande que pone al hombre á riesgo de perder la castidad, y entonces á cualquier riesgo conviene poner el cuerpo por quedar con la vida del alma. Dicen allá los médicos: cuando la enfermedad es mortal, y se ve que va ya acabando á uno, hácense remedios esquisitos y estraordinarios (1). Asi ha de ser tambien en las tentaciones y enfermedades espirituales cuando son vehementes. Otra cosa es pelear con una mediana tentacion, de la cual no se teme tanto peligro, ni es menester tanto trabajo para vencerla.

Pero advierten aquí los maestros de la vida espiritual que estas tentaciones de la carne unas veces nacen de la misma carne, y del cuerpo redundan en el alma, como suele acaecer á los mozos y á los que tienen buena salud y regalan su carne; y entonces aprovecha mucho poner el remedio en ella como habemos dicho, pues está en ella la raiz de la enfermedad. Otras veces nace esta tentacion del alma por sugestion del demonio, y del alma redunda en el cuerpo; y la señal de esto es cuando combate mas con pensamientos y feas imaginaciones que con feos sentimientos y movimientos del cuerpo: ó si hay estos, no es porque la tentacion comience en ellos, sino comenzando por pensamientos resultan aquellos sentimientos y movimientos en la carne, la cual algunas veces estando flaquísima y como muerta, están los malos pensamientos vivísimos, como le acaecia á San Gerónimo, segun él lo cuenta, que estando el cuerpo flaco, consumido y casi muerto por las grandes penitencias y as-

(1) Part. I, lib. 7, cap. 32 de la *Crónica de San Francisco.*

(2) Ne levi saltem maculare vitam crimine posses.

(3) Castitas dicitur a castigatione. *S. Thom.* 2.-2., quaest. 155, art. 1 et 3.—Aristot. 3 *Ethic.*

(4) Melius est eis stomachum dolere, quam mentem. *Hieron.*

(1) Extremis morbis extrema.

perezas que hacia, con todo eso le parecia algunas veces que se hallaba en medio de las danzas y saraos de las doncellas de Roma. Y tienen tambien otra señal, que es venir importunamente, y cuando el hombre menos querria, y menos ocasiones hay para ello: y ni catan reverencia á tiempos de oracion, ni de misa, ni lugares sagrados, en los cuales un hombre por malo que sea, suele tener acatamiento y abstenerse de pensar estas cosas; y algunas veces son tantos y tales los pensamientos, que el hombre nunca oyó, ni supo, ni imaginó tales cosas como se le ofrecen; y en la fuerza con que vienen y cosas que oye interiormente, siente el hombre que no nacen de él, sino que otro las dice y las hace. Todas estas son señales manifiestas que aquella es persecucion del demonio, y que no nace de la carne, aunque se padece en ella: y asi entonces es menester poner otros remedios. Y todos dicen que es muy bueno para esto procurar alguna buena ocupacion que ponga al hombre en cuidado y trabajo, con el cual pueda olvidar aquellas feas imaginaciones. Y á este intento procuró San Gerónimo, segun él mismo lo cuenta, estudiar la lengua hebrea con mucho trabajo aunque no sin fruto.

Y el mismo San Gerónimo cuenta (1) de un monje mancebo, de nacion griego, que estaba en un monasterio de Egipto, que era muy fatigado de esta tentacion de carne, y ayunaba mucho, y hacia grandes penitencias, y no cesaba la tentacion. El superior tomó este medio para sanarle: mandó á un monje de los mas antiguos, grave y áspero, que se hiciese encontradizo muchas veces con aquel mancebo, y le reprendiese con palabras ásperas é injuriosas; y despues que le hubiese tratado mal de palabra, se viniese él á quejar como si hubiera sido ofendido del otro monje. El anciano súpolo hacer muy bien, y á cada paso, de cualquier cosa tomaba ocasion para darle muy buenas reprensiones, y sobre eso llevábale luego á juicio delante del superior, y tenia ya prevenidos testigos que decian que el otro monje habia sido descomedido con el anciano. El superior reprendia al monje y dábale muy buenas penitencias como á culpado. Y esto pasaba cada dia; y viéndose el monje tan mal tratado y con tantos falsos testimonios, estaba muy afligido y tristísimo en su celda, y derramaba muchas lágrimas, pidiendo á nuestro Señor que volviese por él, porque se veia desamparado de todo favor humano: todos eran contra él, y no se hacia en casa falta alguna ó desórden, el cual no se le echasen, y luego salian dos ó tres monjes que testificaban contra él, y llovian sobre su cabeza penitencias y reprensiones. Y duró esto por todo un año: y al cabo de un año preguntóle otro monje cómo le iba de la tentacion de la carne. Respondió él: «Aun vivir no me dejan ¿y quereis que me acuerde de eso? ya no hay memoria de esa tentacion (1).» De esta manera le curó su padre espiritual: con el dolor y trabajo mayor se le quitó el menor. Y añade allí San Gerónimo en loa de la Religion: «si este estuviera solo, ¿quién le ayudara á vencer la tentacion? Y en la regla de los monjes, una de las razones que dá el Santo para mostrar cuánto nos conviene la Religion y vivir debajo de obediencia, es esta: «Para que no hagais lo que quereis, comais lo que os dieren, vistais lo que os cupiere, trabajeis lo que os mandaren, y vais á la noche cansado á la cama, y aun no hayais cumplido con el sueño, y os hagan levantar; y asi sucediendo unas cosas y otras,

(1) Hieron. *epist. 4 ad Rusticum Monach.*

(1) Vivere mihi non licet, et fornicari licebit? *Id.*

andeis tan ocupado en la obediencia que no tengan lugar de entrar las tentaciones, ni tengais tiempo para pensar en otra cosa, sino en lo que habeis de hacer (1).»

El bienaventurado San Francisco decia (2) que habia sabido por esperiencia que los demonios se espantaban y huian de la aspereza y del rigor y penitencia, y que se allegaban y tentaban fuertemente á los que se trataban regalada y delicadamente. Y San Atanasio refiere de San Antonio Abad, que enseñaba esto mismo á sus discípulos: «Creedme, hermanos, decia (3), teme mucho el demonio las vigilias de los buenos, sus oraciones y ayunos y su voluntaria pobreza.»

San Ambrosio trae á este propósito aquello del Profeta: "Vestíme yo de silicio, y cubria y guardaba mi ánima con el ayuno (4)." Esta, dice (5), es buena defensa y buen arnés contra este enemigo. Y tenemos tambien para esto la doctrina de Cristo que nos dió cuando echó aquel espíritu inmundo que los discípulos no habian podido echar: "Este género de demonios no puede salir, dice (6), sino con oracion y ayuno." A' la oracion añade la penitencia y ayuno, como medio muy propio para ahuyentar este género de demonios. Y asi, cuando hay estas tentaciones, no nos habemos de contentar con acudir á la oracion, ni con hacer actos y propósitos contrarios á la tentacion, sino habemos tambien de ejercitarnos mas particularmente en obras corporales de penitencia y mortificacion, siempre con consejo del confesor ó superior, para que en todo vayamos mas acertados.

Preguntó un religioso, que era combatido de esta tentacion, al santo Fr. Gil ¿qué remedio tendria para ella? Díjole el Santo: «¿Qué harias tú, hermano mio, á un perro que te viniese á morder?» Respondió el religioso: «tomaria una piedra ó un palo, y heriríale hasta hacerle huir de mí.» Dice el Santo: «pues hazlo tú asi con tu carne, que te quiere morder, y huirá de tí esta tentacion (1).» Es tan bueno este remedio, que algunas veces cualquier trabajo y dolor, aunque sea pequeño, suele divertir y quitar esta tentacion: como estender los brazos en cruz, hincar las rodillas, herir los pechos, tomar una disciplina, darse algunos pellizcos ó repelones, estarse en un pie un rato ú otra cosa semejante.

En la vida del Apóstol San Andrés se cuenta que un viejo llamado Nicolás, estando San Andrés en Corinto, vino á él y le dijo que setenta y cuatro años habia vivido en deshonestidades, dando rienda á sus apetitos desordenados, y entregándose á todo género de torpezas; y que entrando poco antes en la casa pública para ofender á Dios, llevando consigo el Evangelio, una mala muger de aquella casa, con quien queria pecar, le apartó con gran espanto, y le rogó que no la tocase, ni llegase al lugar donde ella estaba, porque veia en él cosas maravillosas y misteriosas. Despues de esto rogó Nicolás á San Andrés que le diese remedio para aquella su flaqueza y costumbre envejecida en el pecar. El Santo se puso en oracion, y ayunó cinco dias, suplicando á nuestro Señor que perdonase á aquel mise-

(1) Ut non facias quod vis, comedas quod juberis, vestias quod acceperis, et operis tui pensum persolvas. Lassusad stratum venias, necdum expleto somno surgere compellaris. *Regul. Monach. quam collegit ex scriptis Divi Hyeron. Lupus de Oliveto, cap.* 2.

(2) P. I, lib. 1, cap. 21 de *la Crónica de San Francisco.*

(3) Mihi credite, dicebat, fratres, pertimescit Satanas piorum vigilias, orationes, jejunia, voluntariam paupertatem. *Antonius abbas.*

(4) Operui in jejunio animam meam, et posui vestimentum meum cilicium. *Ps.* LXVIII, 11.

(5) Ambros. *in epist. quam scripsit in Concilio Talensi ad Papam Siricium.*

(6) Hoc genus in nullo potest exire, nisi in oratione, et jejunio. *Marci* IX, 28.

(1) Part. I. de la *Crónica de San Francisco*, lib. 7, cap. 7.

rable viejo, y le otorgase el don de la castidad. Al cabo de los cinco dias, perseverando el Santo Apóstol en su oracion, oyó una voz del cielo que le decia: «Yo te concedo lo que me pides por el viejo; pero es mi voluntad, que como tú has ayunado por él, así él ayune y se aflija por sí, si quiere ser salvo.» Mandó el Santo Apóstol á Nicolás que ayunase, y á todos los cristianos que hiciesen oracion por él y pidiesen al Señor misericordia. Oyólos Dios de tal manera, que Nicolás volvió á su casa, y dió todo lo que tenia á los pobres, y maceró su carne con grande aspereza; y por espacio de seis meses no comió sino pan seco, y bebió un poco de agua. Y cumplida esta penitencia, pasó de esta vida, y Dios reveló á San Andrés, que á la sazon estaba ausente, que se habia salvado.

En el *Prado espiritual* se cuenta que un monje fué á un padre de los ancianos, y díjole: «¿Qué haré que no puedo sufrir los pensamientos que me combaten?» dijo el viejo: «Yo nunca he sido combatido con semejantes pensamientos.» El monje se escandalizó con esta respuesta, y se fué á otro Padre de los ancianos, y le dijo: «Hágote saber que tal Padre me ha dicho que no ha sido, ni es combatido de pensamientos: yo me he escandalizado, porque me parece que ha dicho cosa que escede á la naturaleza humana.» Dijo el Padre: «no sin causa te dijo aquel varon de Dios tales palabras: vuelve á él y pídele perdon, y te dirá la causa por qué te dijo aquello.» El monje volvió á él, y díjole: «Perdóname, Padre, porque sin despedirme de tí, me fuí el otro dia tan neciamente: mas ruégote me declares cómo no eres combatido.» Respondió el viejo: «porque despues que soy monje, nunca me harto de pan, ni de agua, ni de dormir, y esta abstinencia no me ha permitido que tenga la batalla de pensamientos que tú me dijistes.»

## CAPITULO VIII.

### De otros remedios contra las tentaciones deshonestas.

El bienaventurado San Gregorio dice (1) que algunas veces las tentaciones deshonestas, y ser molestado uno de pensamientos y movimientos malos, suele ser rastros y reliquias de la mala vida pasada y pena y castigo de la libertad y mala costumbre antigua, y que entonces con lágrimas se ha de apagar este fuego, llorando muy bien lo pasado.

San Buenaventura dice (2) que es muy buen remedio en las tentaciones juzgarse uno por digno de aquella afliccion y trabajo y reconocer que tiene muy bien merecido aquel castigo por sus culpas y libertad pasada, y sufrirlo con humildad y paciencia, diciendo con los hermanos de José: "Con razon padecemos estas cosas, porque pecamos contra nuestro hermano (3)." De esta manera, dice San Buenaventura, aplacará uno mas presto á Dios y se convertirá en bien y provecho la tentacion. Provoca mucho á misericordia aquellas entrañas piadosísimas de Dios el reconocerse uno por digno de castigo; y así leemos en la Sagrada Escritura (4) que usaba mucho de este medio el pueblo de Israel para alcanzar perdon de Dios.

Otro medio, y muy eficaz para alcanzar el favor y ayuda del Señor, y salir con victoria y triunfo de nuestros enemigos en todas las tentaciones, y particularmente en esta, es desconfiar de nosotros y poner toda nuestra confianza en Dios, de lo cual tratamos largamente en otra parte (5); y despues, tratando del temor de Dios, dire-

(1) Greg. *lib.* 12 *Moral.*, *cap.* 38.
(2) Bonav. *processu* 4 *Relig.*, *cap.* 12.
(3) Merito haec patimur, quia peccavimus in fratrem nostrum. *Gen.* XLII, 21.
(4) Daniel III, 28; et Daniel IX, 5.
(5) Part. II, trat. 3, cap. 35; trat. 4, cap. 15.

mos algo: bastará ahora decir que generalmente la humildad es gran remedio contra las tentaciones. Bien sabido es aquello que le fué revelado al bienaventurado San Antonio, que viendo en espíritu todo el mundo lleno de lazos, dió voces diciendo con lágrimas: «¿Quién escapará, Señor, de tantos lazos?» Y oyó una voz que le dijo: «El humilde.» Pues sed vos humilde, y libraráos Dios de esos lazos y tentaciones (1). Los montes altos son combatidos de rayos y tempestades, los árboles grandes son los que arrancan los vientos; pero las cañas, mimbres y plantas humildes, que se abaten y encorban y doblan á una parte y á otra, quédanse en pie despues de las tempestades.

Conforme á esto, será tambien muy bueno y muy provechoso sacar humildad y propio conocimiento de estas tentaciones deshonestas, viendo que tales cosas pasan por nosotros, como diciendo: «Veis aquí, Señor, quién yo soy, ¿qué se esperaba de este muladar, sino semejantes olores? ¿qué se esperaba de esta tierra que vos maldigistes, sino zarzas y espinas? Este es el fruto que ella puede dar, si vos, Señor, no la limpiais.» Buena ocasion nos dan estas tentaciones y malas inclinaciones, que tenemos, para humillarnos; si los vestidos viles y despreciados ayudan á uno á humillarse, como dicen los Santos, ¿cuánto mas nos ayudarán á humillar tan viles y sucios pensamientos como pasan por nosotros? Decia el santo Fr. Gil (2) que nuestra carne era como el animal inmundo, que con gran deseo corre al lodo y en él se deleita; ó como el escarabajo, que su vida es revolverse en el estiércol. Mucho nos ayudará esta consideracion para no dejarnos llevar de estos pensamientos.

Y generalmente, en cualquier tentacion es muy bueno no hacer uno caso de aquello á que le lleva la tentacion, sino volverse luego sobre sí, humillándose y diciendo, «¿que sea yo tan malo que me vengan y pasen por pensamiento tales cosas?» Porque con esto hurta el cuerpo á la tentacion y queda burlado el demonio. Ayuda tambien mucho el confundirse uno de la tentacion y de los malos pensamientos y movimientos que le vienen, como si fuera culpa suya, aunque esté muy lejos de consentir en ellos. Rabia el demonio y consúmese de pena, viendo tanta humildad, y como es tan soberbio no lo puede sufrir. No le podeis dar mayor bofetada, ni tomar medio con que él mas presto os deje de tentar como ver que sacais ganancia de donde él procuraba vuestra pérdida. Fuera de que con esto muestra uno cuán lejos está su voluntad de ofender á Dios, que es cosa que da mucha satisfaccion y seguridad.

Tambien ayudará algunas veces baldonar y afrentar al demonio, como diciendo: «Vete de aquí, espíritu sucio; ten vergüenza desventurado; muy sucio eres tú que tales cosas me traes á la memoria.» Porque como él es tan soberbio, cuando le menosprecian y afrentan, y le tratan como quien él es, no lo puede sufrir y huye. Cuenta San Gregorio (1) de Dacio, obispo de Milan, que yendo á la ciudad de Constantinopla, llegando á la ciudad de Corinto, y no habiendo dónde se aposentar, sino una casa que estaba desamparada, porque habia muchos años que andaban en ella los demonios, dijo el Santo: «vamos allá.» Fueron, y cerca de media noche, estando reposando el Santo, comenzaron los demonios á

(1) Custodiens parvulos Dominus; humiliatus sum, et liberavit me. *Ps.* CXIV, 6.

(2) Part. I, lib. 7, cap. 7 de la *Crónica de San Francisco.*

(1) Greg. *lib.* 3. *dialog.*, c. 1.

hacer mucho ruido en forma de diversas bestias, balando como ovejas, bramando como leones, gruñendo como puercos, silvando como serpientes. Despertó el Santo al ruido y enojóse con los demonios, dijo: «¡Oh que bien os vino y cuán bien os salió la levada! quisisteis ser como Dios y quedasteis hechos bestias, dragones y serpientes; muy bien remedais lo que sois.» Quedaron con esto tan afrentados los demonios, que dice San Gregorio que luego desaparecieron y nunca jamás volvieron á aquella casa, sino que se pudo habitar de ahí adelante de todos. San Atanasio cuenta del bienaventurado San Antonio, que era muy molestado de tentaciones deshonestas; y un dia echósele á sus pies un muchacho negro, sucio y asqueroso, lamentándose que habia vencido á muchos y que de él solo habia sido escarnecido. Preguntóle San Antonio: «¿quién eres?» «Soy, dice, el espíritu de la fornicacion.» «De aquí adelante (replicó el Santo) haré poco caso de tí, pues eres cosa tan vil y deshechada,» y desapareció luego aquella vision. Y Cristo nuestro Redentor en el Sagrado Evangelio llama sucio al espíritu de fornicacion (1). De esta manera podemos nosotros afrentar y baldonar al demonio, tratándole como quien es y haciendo burla de él. Y algunas veces se puede hacer esto, dándole una higa, sin decir otra cosa, ni ponerse á razones con él.

## CAPITULO IX.

### Del temor de Dios.

"Obrad las cosas de vuestra salvacion, dice el Apóstol San Pablo (2), con temor y temblor." Una de las cosas que nos ayudará mucho para la castidad, y generalmente para conservarnos en gracia de Dios, será andar siempre con un santo temor y recato, desconfiando de nosotros mismos, y acudiendo á Dios y poniendo en él toda nuestra confianza. Asi lo dice San Bernardo: «Por esperiencia he hallado que no hay medio tan eficaz para alcanzar la gracia divina y conservarla, y para recobrarla si se pierde, como andar siempre con temor delante de Dios y no presumir de sí, segun aquello del Sábio: "Bienaventurado el hombre que anda siempre con este santo temor (1)." Y por el contrario, una de las cosas que ha hecho aun á grandes santos dar miserables caidas, ha sido fiarse de sí y andar con poco temor y recato. "El necio es atrevido y confiado, y por eso cae; pero el sábio anda con temor y asi se libra del mal (2)." El que lleva un licor muy precioso en un vaso de vidrio muy delicado, y pasa con él por lugares muy peligrosos, donde unos se encuentran con otros, y corren récios vientos y tempestades, si no conoce y teme la fragilidad del vidrio, no lo llevará con mucho recato, y asi fácilmente se le quebrará y derramará el licor que lleva; mas el que conoce cuán delicado es, y teme no se le quiebre, guárdalo muy bien, y va con mucho tiento y cuidado, y asi camina mas seguro. De esta manera nos acontece á nosotros; tenemos el licor y tesoro preciosísimo de la gracia y dones de Dios en vasos de barro, como dice el Apóstol San Pablo (3), los cuales se pueden

(1) Cum immundus spiritus exierit ab homine. *Luc.* XI, 24.

(2) Cum metu, et tremore vestram salutem operamini. *Ad Philip.* II, 12.

(1) In veritate didici, nihil aeque efficax esse ad gratiam promerendam, retinendam, recuperandam, quam si omni tempore coram Deo inveniaris non altum sapere, sed timere. Beatus homo, qui semper est pavidus (*Prov.* XXVIII, 14). *Bernard. serm.* 54 *sup. Cantica.*

(2) Sapiens timet, et declinat a malo; stultus transilit, et confidit. *Prov.* XIV, 16.

(3) II. ad Cor. IV, 7.

quebrar fácilmente, y derramar y perderse todo, y andamos en medio de muchos vientos y tempestades y donde hay muchos encuentros y peligros. Los que no se conocen bien, ni temen esta fragilidad y flaqueza, viven con una falsa seguridad, y asi fácilmente se pierden; mas los que se conocen y temen, andan con grande cuidado y aviso para conservarse, y asi viven mas seguros; y si alguna seguridad hay en esta vida, estos la tienen.

¿De dónde pensais, dice el bienaventurado San Bernardo (1), que ha venido haber sido algunas personas castas en el tiempo de su mocedad, aunque fueron combatidas de graves tentaciones, y venidas á la vejez haber miserablemente caido en vilezas tan feas que ellos mismos se espantaban de sí? La causa fué que en la mocedad vivian con santo temor y humildad, y viéndose tan al canto de caer, acudian á Dios y eran defendidos por él; mas despues que con larga posesion de la castidad comenzaron á engreirse y á confiar de sí mismos y asegurarse, luego en aquel punto fueron desamparados de la mano de Dios nuestro Señor, é hicieron lo que era suyo propio, que es caer.

El bienaventurado San Ambrosio dice (2) que esta es la causa por que muchos que sirven á Dios, y de noche y de dia meditan en su ley, y crucifican su carne, y tienen refrenadas las concupiscencias é incentivos de la sensualidad, y han sido muy pacientes en daños grandes que han recibido y muy constantes en persecuciones que han tenido, al cabo han perdido toda esa firmeza y alteza de vida, y han venido á caer en grandes miserias, porque comenzaron á confiar en su virtud y santidad y en las buenas obras que hacian, presumiendo y confiando desordenadamente en ellas, y á los que el demonio no pudo persuadir amor de vicios manifiestos, ni los pudo derribar con ímpetu de injurias y persecuciones, los hizo caer blandamente, levantándolos con presunciones de sí mismos.

Llena tenemos la Sagrada Escritura y los Santos de estos ejemplos, y lóralo muy bien el bienaventurado San Agustin: «A muchos habemos visto, dice (1), y de otros oido decir á nuestros mayores, que habian subido hasta el cielo y puesto su nido allá entre las estrellas. ¡Ay! dice San Agustin, que no me puedo acordar de ello sin gran temor; ¡cuántas estrellas han caido del cielo! ¡cuántos que estaban sentados á la mesa de Dios y comian pan de ángeles han venido á desear henchir sus vientres de manjares de puercos! ¡cuántas castidades mas finas y mas hermosas que el marfil antiguo han sido tiznadas y convertidas en carbones de fuego!»

¿A quién no espantará aquel ejemplo que cuenta Lipomano (2), de Jacobo, hermitaño, que despues de haber servido al Señor mas de cuarenta años con grandísimo rigor y penitencia, siendo ya de edad de sesenta años é ilustre en milagros y en echar demonios, le llevaron una doncella para que le sacase un demonio, y despues de echado no osaron los que la trajeron llevarla consigo, porque el demonio no se le atreviese, y él permitió que se quedase con él; y porque se fió y presumió de sí, permitió Dios nuestro Señor que cayese; y porque un pecado llama á otro, hecho el

(1) Bernard. *de ordine vitae, et morum instit.*
(2) Ambr. *epist.* 84 *ad Demetriadem.*

(1) Vidimus multos, et audivimus a patribus nostris (quod sine magno tremore non recolo), ascendisse primitus usque ad coelos, et inter sydera nidum suum collocasse, postmodum autem recidisse usque ad abyssos, et animas eorum in malis obstupuisse; vidimus stellas de coelo cecidisse ab impetu ferientis caudae draconis; et eos, qui jacebant in pulvere terrae, a facie sublevantis manus tuae, Domine, mirabiliter ascendisse. *Aug. cap.* 28 *Soliloq.*
(2) Lipoman. tom. 5.

mal recaudo, por miedo de ser descubierto, la mató y echó en un rio; y por remate de todo, desesperando de la misericordia de Dios, se determinó de volver al siglo á entregarse del todo á los vicios y pecados que tan tarde habia comenzado: aunque despues no le faltó la misericordia de Dios, que le volvió á sí; y hecha rigurosísima penitencia de diez años, volvió á cobrar la santidad primera y fué santo canonizado.

¿A quién no espantará el otro monge, de quien dijo el bienaventurado San Antonio: «hoy ha caido una gran columna?» ¿Quién no temblará con esto? ¿quién se fiará de su santidad? ¿quién de religioso? Mirad que han caido otros mejores que vos y que tenian mas virtud y mas dones de Dios que vos. Dice el glorioso San Gerónimo: «¿Por ventura, sois vos mas santo que David, y mas sábio que Salomon, y mas fuerte que Sanson (1)?» Pues todos esos cayeron; y uno de los doce Apóstoles de Cristo cayó, aprendiendo en tal escuela y conversando con tal Maestro y con tales condiscípulos, oyendo tales pláticas y sermones, viendo tantas virtudes y milagros; y uno de los siete diáconos, Nicolao, elegido por los Apóstoles, y que habia descendido el Espíritu Santo sobre él como sobre ellos, fué despues, no sólo hereje, sino heresiarca y padre de herejes. ¿Quién no temerá aquella serpiente antigua? Acordaos, dice San Gerónimo (2), que nuestros primeros padres cayeron y fueron echados del paraiso, donde estaban enriquecidos con dones de Dios y con la justicia original, y todo fué por soberbia. Dice San Agustin (3) que en ninguna manera fuera engañado el primer hombre, si primero allá en su corazon no se hubiera apartado de Dios por soberbia; que verdadera es aquella sentencia del Sábio, pues es del Espíritu Santo: "Antes de la ruina y perdicion precede la elacion del corazon (1)."

Y si no bastan ejemplos de hombres, pasad y subid mas arriba, y allá en el cielo hallareis ejemplos de ángeles que por soberbia y presuncion cayeron de la alteza y dignidad tan grande en que Dios los habia criado. "Los que crió, dice Job (2), para servirle en el cielo, no fueron estables, porque en sus mismos ángeles halló pecado." El bienaventurado San Gregorio va ponderando muy bien á nuestro propósito estas palabras de Job: «Si en aquel oro finísimo se halló tanta escoria; si en aquella nobilísima naturaleza de los ángeles no hubo seguridad, ni estabilidad, ¿qué será de los que moramos en casas de barro? porque el barro fácilmente se quiebra y se desmorona y deshace. ¿Cómo no temerá, ó cómo podrá presumir de sí un alma que está en un cuerpo tal como este, que él mismo cria polilla, y en nosotros tenemos la raiz de nuestra perdicion? Consumiránse como de polilla (3).» Compáralo muy bien á la polilla (dice San Gregorio), porque así como la polilla nace de la vestidura, y corrompe y destruye esa misma vestidura, de donde nace; así en nosotros nuestra carne es como una vestidura del ánima, que cria tambien su polilla, porque de ella nace la tentacion carnal que nos va haciendo guerra, y así se viene el hombre á consumir, como de

(1) Nec sanctior David, nec sapientior Salomone, nec Sampsone fortior. *Hieron. in Regul. Monach., cap. de Castitate.*

(2) Memento quod paradysi colonum dejecit de paradyso. *Ib.*

(3) Aug. *lib.* 1 *contra adversarium legis, et Prophetarum, cap.* 3.

(1) Contritionem praecedit superbia, et ante ruinam exaltatur spiritus. *Prov.* XVI, 18.—Antequam conteratur, exaltatur cor hominis. *Prov.* XVIII, 12.

(2) Ecce, qui serviunt ei, non sunt stabiles, et in angelis suis reperit pravitatem. *Job.* IV, 18.

(3) Quanto magis hi, qui habitant domos luteas, qui terrenum habent fundamentum, consumentur velut a tinea? De mane usque ad vesperam succidentur. *Greg. lib.* 3. *Moral., cap.* 27 et 28.

polilla, cuando de la tentacion, que nace de la misma carne, se viene á corromper y á perder: y mas, dijo muy bien «como de polilla,» porque asi como la polilla hace el daño en la vestidura y no hace ruido (1), asi esta polilla de esta mala inclinacion de nuestra carne, y de ese fómite del pecado que tenemos nosotros, hace el daño sin ruido y casi sin sentir, que muchas veces no lo echamos de ver, ni caemos en la cuenta hasta que ya está hecho. Pues si aquellos espíritus angélicos y celestiales, que no tienen cuerpo que les crie esta polilla, ni que les haga guerra y contradiccion y les vaya consumiendo, no duraron ni perseveraron en el bien, ¿qué hombre habrá tan atrevido que confie de sí, teniendo dentro la causa de su tentacion y perdicion?

Pues aprendamos de aqui á andar siempre con este temor y recato; y ¡ay de aquel que no anduviere siempre con él! bien le podeis llorar, porque presto caerá. No lo digo yo, el Espíritu Santo lo dice (2): si no anduviéredes siempre con temor y recato, huyendo el peligro, y guardándo-os de la ocasion, y desechando luego el mal pensamiento, y previniéndo-os para la tentacion, presto caereis. Y no se engañe nadie con decir: «¡oh! que no siento yo esas tentaciones ni esos movimientos y peligros de tratar, ni de mirar, ni hacen en mí impresion esas cosas.» No os fieis de eso, que os quiere asegurar el demonio de esa manera para despues, al cabo de algun tiempo, cuando vos mas descuidado esteis, armaros una zancadilla, y dar con vos en el suelo, ó por mejor decir, en el infierno. Antes advierten aqui los Santos, que mientras mas mercedes hace el Señor á uno, y mas dones le hubiere comunicado, ha de andar con mayor temor, porque tanto mas solícitos y cuidadosos andan los demonios para hacerle caer. Dijo el Profeta Abacuc: "su manjar es escogido (1)," tras esos andan ellos; y mas estima el demonio el hacer caer á un siervo de Dios y á un religioso, que trata de perfeccion, que á muchos millares de otros hombres del mundo, como se verá por los ejemplos que traeremos luego. Y asi San Gerónimo en la epístola á la vírgen Eustoquio, exhortándola á que mire por sí, y que no se descuide con el alto estado de la virginidad, le dice: «Por estar en mas alto estado, y por tener mas dones de Dios nuestro Señor, no por eso os habeis de ensoberbecer, ni presumir de vos; antes por eso habeis de andar con mayor temor. Vais cargada de oro, y asi habeis de temer mas los ladrones y guardaros de los pasos malos y muy peligrosos. No penseis que ha de haber paz en tierra llena de abrojos y espinas (2).» No hay seguridad en aquesta vida, sino pelea: siempre habeis de andar en centinela. Navegamos en un mar muy tempestuoso y en una navecilla muy flaca de esta carne, cercados de muchos enemigos, que andan bebiendo los vientos y levantando cuantas tempestades pueden para anegarnos, sin jamás descansar, ni dormir, esperando cualquiera ocasion para entrarnos por alli. Y asi nos dá voces el glorioso San Pablo: "El que piensa que está en pie, mire no caiga; andad siempre en vela, la barba sobre el hombro (3);" y si alguna cosa nos ha de tener en pie y asegurar, es andar siempre con este santo temor y recelo.

---

(1) Greg. *lib.* 5. *Moral.*, *cap.* 18; et *lib.* 11, *cap.* 25.

(2) Si non in timore Domini tenueris te instanter, cito subvertetur domus tua. *Eccles.* XXVII, 4.

(1) Cibus ejus electus. *Habac.* I, 16.

(2) Nolo tibi venire superbiam de proposito, sed timorem; onusta incedis auro, latro tibi vitandus est. Stadium est haec vita mortalibus, hic contendimus, ut alibi coronemur. Pacem arbitraris in terra, quae tribulos generat et spinas? *Hyeron. ep. ad Eust. c.* 11.

(3) Evigilate justi, et nolite peccare. *I. ad Cor.* XV, 34.—Qui se existimat stare, videat ne cadat. *I. ad Cor.* X, 12.

Una cosa oí contar de nuestra Compañía, que viene muy á propósito de lo que vamos diciendo: direla de la manera que la oí. A los principios de la Compañía, cuando el P. Pedro Fabro y el P. Antonio de Araoz vinieron del reino de Portugal á Castilla, enviados del rey de Portugal, don Juan el tercero, con la princesa doña Maria su hija, que venia á casarse con el rey don Felipe segundo, que entonces era príncipe, tenian los nuestros grande entrada en palacio, y confesaban casi todas las damas y señoras de la córte, y no habia tantos viejos como ahora, todos eran mozos. Y espantábase el mundo, y con razon, de aquello que se pone por cosa maravillosa en la vida de nuestro bienaventurado P. S. Ignacio (1), tanta juventud con tanta castidad. Veíanles por una parte en medio de tantas ocasiones y peligros; y por otra con tanto olor de castidad, que daba esto que decir en la córte. Dicen que el rey, hablando un dia con el P. Araoz, le dijo: «Hánme dicho que los de la Compañía traen consigo una yerva que tiene virtud para conservar la castidad.» Respondió el P. Araoz (que era muy cortesano), «verdad han dicho á vuestra Magestad.» «¿Qué yerva es, por vida vuestra?» «Señor, la yerva que los de la Compañía traen consigo para conservar la castidad, es el temor de nuestro Señor. Esa es la que hace este milagro; porque tiene esta virtud, que hace huir los demonios, como el pez de Tobías echado sobre las brasas (2).»

En confirmacion de esto hace aquello del Sábio: "Al que teme á Dios no le vendrá mal ninguno, porque Dios le conservará y librará de todo mal (3)." Y en otra parte dice: "El temor de Dios echa fuera el pecado (4)." Pues traigamos siempre esta yerva con nosotros, andemos siempre con este temor, y entendamos que no hay castidad ni santidad segura, sino en el temor santo de Dios. Y asi la Sagrada Escritura dice (2) que envejezcamos en él, para darnos á entender que no solo conviene esto á los principios sino al fin; no solo los que comienzan sino tambien los criados viejos en la casa del Señor han de vivir con este temor; y no solamente los culpados que tienen por qué temer, sino tambien los justos que no han hecho tanto por qué. Los unos temen porque cayeron, y los otros porque no caigan: á los unos los males pasados y á los otros los peligros venideros deben poner temor. Bienaventurado el hombre que anda siempre con este santo temor (3).

(1) Lib. 5, cap. 13 de la *vida de N. P. S. Ignacio.*

(2) Tobiae VI, 8.

(3) Timenti Dominum non occurrent mala, sed in tentatione Deus illum conservabit, et liberabit a malis. *Eccl.* XXXIII, 1.

(1) Timor Domini expellit peccatum. *Eccl.* I, 27. —Per timorem Domini declinat omnis a malo. *Prov.* XV, 27.

(2) Serva timorem illius, et in illo veterasce. *Eccl.* II, 6.

(3) Prov. XXVIII, 14.

(4) Tract. III, c. 10.

## CAPITULO X.

### De los bienes grandes que hay en este temor de Dios.

Para que estimemos y apreciémos mas este santo temor, y le procuremos siempre conservar en nosotros, diremos aquí algunos de los muchos y grandes bienes que hay en él. Cuanto á lo primero, este temor de Dios no solo no causa desconfianza ni desmayo, ni hace á los hombres cobardes ni pusilánimes, antes los hace mas fuertes y mas confiados y animados, como dicen los Santos de la humildad (4), porque hace desconfiar de sí y poner toda la confianza en Dios. San Gregorio dice esto muy bien sobre aquello de Job: "Donde está tu

temor, allí está tu fortaleza (1)." Con mucha razon, dice (2), junta el temor con la fortaleza, porque en el camino de Dios es al revés de lo del mundo, donde la osadía causa fortaleza, y el temor flaqueza y cobardía; pero acá es al contrario, la osadía causa flaqueza y el temor gran fortaleza, conforme á aquello del Sábio: "En el temor de Dios está la confianza de la fortaleza (3)." Y la razon es, porque cuando uno teme mucho á Dios, no halla qué temer en ninguna cosa del mundo; todas las cosas temporales desprecia y las tiene en poco: "El que teme á Dios, de nada tiene miedo, y no se amedrenta, porque él es su confianza (4)." El temor es un género de sujecion á aquello que tememos como á cosa que nos puede dañar en algo; y el que teme mucho á Dios y solamente tiene cuenta con él, y en él pone toda su esperanza, no tiene que temer ni al mundo, ni al tirano, ni á la muerte, ni al demonio, ni al infierno; porque no le puede dañar nada de eso ni aun tocar á un pelo de la ropa sin licencia de Dios; y esta es una fortaleza tan grande, que no la hay en todos los fuertes del mundo, porque es entonces Dios su fortaleza (5).

Mas; este santo temor de Dios no causa congoja, ni amargura de corazon, ni da pena, ni fatiga ninguna, antes es muy dulce y alegre. El temor mundano de perder la honra ó la hacienda, y el temor servil del infierno y de la muerte, causa tristeza y melancolía: pero el temor santo y filial que tienen los buenos hijos, de enojar y ofender á su muy querido Padre, regala el alma, enternece el corazon, derrite las entrañas, porque hace andar contínuamente en actos de amor de Dios, pidiéndole: «No permitais, Señor, que me aparte jamás de vos; antes muera yo que os ofenda;» conforme á aquello del Sábio: "El temor de Dios es una gloria, y hace gloriarse y causa alegría, y es corona de exultacion: el temor de Dios deleitará el corazon, dará alegría, gozo y vida larga. Al que teme á Dios le sucederá bien á lo último de su vida, y en el dia de su muerte será bendito (1)." ¡Con qué abundancia de palabras y con cuánta diversidad de afectos declara el Sábio el gozo y alegría que trae consigo el temor de Dios! No es temor este que hace temblar como esclavos por medio de los tormentos, sino es un temor que nace de amor de Dios; y asi, cuanto uno mas le ama, tanto mas teme de ofenderle y enojarle: como vemos que lo hace el buen hijo con su padre, y la muger honrada con su marido, que cuanto mas le quiere, tanto mas trabaja por que no haya en casa cosa que le pueda dar pena.

Y para que lo digamos en una palabra: todos los loores, favores, prerogativas y preeminencias que la Sagrada Escritura pone de los humildes, todo lo hallamos dicho de los que temen á Dios, y casi por las mismas palabras. Asi como dice la Escritura que Dios mira y pone los ojos sobre los humildes y pobrecitos, asi lo dice de los que temen á Dios (2). Y asi como dice que Dios ensalza á los humildes y los llena de bienes, lo mismo dice de los que le temen. "En todas las edades tiene Dios misericordia de los que le temen," dice la Sacratísima Reina de los Angeles en su Cántico (3). Y la San-

(1) Ubi est timor tuus, fortitudo tua? *Job.* IV, 6
(2) Greg. *lib.* 5, *Moral. c.* 13.
(3) In timore Domini fiducia fortitudinis. *Prov.* XIV, 16.
(4) Qui timet Dominum, nihil trepidabit, et non pavebit; quoniam ipse est spes ejus. *Eccl.* XXXIV, 16.
(5) Firmamentum est Dominus timentibus eum. *Ps.* XXIV, 14.

(1) Timor Domini, gloria, et gloriatio, et laetitia, et corona exultationis: timor Domini delectabit cor, et dabit laetitiam, et gaudium, et longitudinem dierum: timenti Dominum, bene erit in extremis, et in die defunctionis suae benedicetur. *Eccl.* I, 12.
(2) Oculi Domini super timentes eum. *Eccl.* XXXIV, 19.
(3) Et misericordia ejus a progenie in progenies, timentibus eum. *Lucae* I, 50.

ta Judith: "Señor, los que os temen serán grandes delante de vos en todo (1)." Y asi como los Santos dicen (2) que la humildad es guarda de todas las virtudes y que sin ella no hay virtud, asi lo dicen tambien del temor de Dios; por lo cual el Profeta Isaías llama á este santo temor *tesoro del Señor* (3), porque en él están muy bien guardadas y atesoradas las virtudes. Y por el contrario dicen, que asi como el navío que va sin lastre y sin peso, no va seguro, porque cualquier viento recio basta para trastornarle, asi tampoco va segura el ánima que camina sin el peso del temor, que es el peso de nuestra ánima, y quita la liviandad del corazon, y la tiene firme y constante, para que el viento de los favores humanos y divinos no la levanten y trastornen; y por muy rica que vaya, si carece de este peso, va á peligro. San Gregorio llama al temor *áncora de nuestro corazon* (4). San Gerónimo dice: «El temor es guarda de las virtudes, y la seguridad hace fácil la caida (5).» Tertuliano: «El temor es fundamento de nuestra salud, porque temiendo nos guardaremos, y guardándonos nos salvaremos: el que anda con recato y solicitud, ese podrá estar mas seguro (6).»

Finalmente, el Sábio, en muchos capítulos de los Sapienciales, va diciendo grandes escelencias y maravillas de la sabiduría, y por remate de todo viene á concluir que el temor de Dios es la sabiduría. Y lo mismo dice el Santo Job (1). Y asi todo lo que se dice de la sabiduría, podemos decir tambien del temor de Dios. Y aun añade el Sábio que el temor de Dios es la plenitud y consumacion de la sabiduría, y que sus frutos son muy copiosos y abundantes (2); y viene á concluir con estas palabras: "Grande es por cierto el que ha hallado la sabiduría: pero no es sobre el que teme á Dios. El temor de Dios se ha levantado y encumbrado sobre todas las cosas. Bienaventurado aquel á quien le ha sido dado este don de temor. Quien tiene este don tan grande, ¿á quién le compararemos (3)?"

(1) Qui timent te, magni eruntapud te per omnia. *Judith.* XVI, 19.
(2) Ambr. *lib.* 3 *de Virginibus.*
(3) Timor Domini ipse est thesaurus ejus. *Isaiae* XXXIII, 6.
(4) Anchora cordis est pondus timoris. *Greg. lib.* 6 *Moral., cap.* 27.
(5) Timor virtutum custos est. *Hieron. epist. ad Faviolam de mansionibus.*
(6) Timor fundamentum est salutis: timendo cavebimus, cavendo salvi erimus: qui sollicitus est, is vere poterit esse securus. *Tert. lib. de cultu foeminarum, cap.* 2.

## CAPITULO XI.

En que se confirma lo dicho con algunos ejemplos.

En el *Prado Espiritual* se dice: contónos uno de aquellos Padres de Tebas, que era hijo de un sacerdote de los ídolos, que siendo muy muchacho se solia estar con su padre en el templo, y via muchas veces cómo su padre ofrecia sacrificios á su ídolo. Y una vez entró escondidamente detras de él, y vió á Satanás que estaba sentado en un alto tribunal, y al rededor de él toda su infernal canalla, y uno de los principales se llegó á él y le adoró; Satanás le dijo: «¿de dónde vienes tú?» «He estado, dice, en tal provincia, y levanté y causé muchas guerras y disensiones, y mucho derramamiento de sangre, y he venido á contártelo.» Preguntóle Satanás: «¿y cuánto tiempo gastaste en hacer esto?» Respondió,

(1) Ecce timor Domini ipsa est sapientia, et recedere a malo intelligentia. *Job.* XXVIII, 28.
(2) Plenitudo sapientiae est timere Deum, et plenitudo a fructibus illius. *Eccles.* I, 34.
(3) Quam magnus, qui invenit sapientiam, et scientiam! sed non est super timentem Dominum. *Eccles.* I, 20.—Timor Dei super omnia se superposuit: beatus homo, cui donatum est habere timorem Dei: qui tenet illum, cui assimilabitur? *Eccl.* XXV, 13.

«treinta dias.» Satanás entonces le mandó azotar, diciendo que habia gastado mucho y hecho poco. Despues se llegó otro y adoró al infernal capitan, el cual le preguntó: «y tú, ¿de dónde vienes?» Respondió: «he estado en el mar, y he levantado muchas tempestades y hundido muchas naves, y ahogado muchos hombres, y he venido á darte cuenta de ello.» Preguntóle: «¿en cuánto tiempo has hecho esto?» Respondió: «en veinte dias.» Mandóle azotar porque habia hecho poco en tantos dias. Llegó el tercero, y adoróle, y dijo Satanás: «y tú, ¿dónde has estado?» «He estado en tal ciudad, donde se hacian unas bodas, y los revolví, y murieron muchos, y entre ellos el mismo desposado.» Dijo Satanás: «¿y cuánto tardaste?» «Solo diez dias.» Y sin embargo de tanto mal como habia hecho, le mandó azotar, diciendo: «En los diez dias muchas mas cosas habias de haber hecho.» Estando en esto llegó otro, y adoró á su mal príncipe; él le preguntó: «¿de dónde vienes?» «Vengo del Yermo, donde he estado cuarenta años, tentando y combatiendo á un monje, y al cabo de ellos esta noche pasada le vencí, y le he hecho pecar en el pecado de la fornicacion.» Y como esto oyó Satanás, se levantó y le besó; y quitándose la corona que tenia puesta, se la puso en la cabeza y le hizo sentar en una silla junto á sí, diciendo: «una gran hazaña has hecho.» «Yo como esto oí, dije: verdaderamente grande y escelente es la Religion y orden de los monjes. Y asi me salí de casa de mis padres, y me hice monje.» Nótese aqui de camino, que de donde otros sacan desestima de los religiosos, por haber caido alguno en alguna flaqueza, sacó este, y con mucha razon, estimar mas la Religion y abrazarla. Otro ejemplo semejante á este cuenta San Gregorio en los Diálogos (1).

(1) Greg. *lib.* 3, *Dialog. cap.* 7.

En las *Vidas de los Padres* se lee que un santo hermitaño fué llevado por un ángel á un lugar donde habia un monasterio de religiosos, y vió allí una multitud de demonios que andaban volando como moscas por todas las oficinas y lugares del monasterio. Y yendo á la plaza de la ciudad, vió que en toda la ciudad no habia sino solo un demonio, y ese se estaba ocioso, sentado sobre la puerta de la ciudad; y preguntando él ¿qué era la causa de aquello? Respondió el ángel, que le guiaba, que en la ciudad todos hacian lo que el demonio queria, y asi un demonio bastaba para todos; pero en el monasterio todos procuraban resistir al demonio, y por eso andaban tantos demonios sobre ellos, para tentarlos y hacerlos caer.

Paladio cuenta (1) aquel memorable ejemplo, que se refiere tambien en las *Vidas de los Padres*, de un monje, que por muchos años se habia ejercitado en buenas obras y santos ejercicios de religioso, y aprovechado mucho. Al cabo de los cuales tuvo contento vano de sí y jactancia: por lo cual permitió Dios, que miserablemente cayese en un pecado deshonesto con el demonio, que se le apareció en forma de muger muy hermosa, que andaba perdida por el desierto, á la cual él acogió fácilmente, hablando largo con ella, y riyendo y tocándole las manos; y finalmente, estaba ya rendido para pecar con ella; y queriendo ponerlo por obra, se le desapareció de entre los brazos, dando una gran voz, tras la cual fueron oidas grandes risadas de muchos demonios que andaban por el aire, y le decian: «Oh, monje, monje, que te levantabas y ensalzabas hasta los cielos, ¿cómo te has hundido hasta el profundo? Aprende, pues, de hoy mas que el que se levan-

(1) Paladius *in histor. Lausiaca, cap.* 44; *et in vita S. Joannis Ægyptii.*

ta será humillado:» con las cuales palabras parece que los demonios le daban baya, y burlaban de él. Y no paró en esto el miserable, porque despues de haber gastado aquella noche y otro dia en grandes llantos y confusion, vino á desesperar, volviéndose al mundo y soltando la rienda á los vicios.

San Juan Clímaco (1) refiere otro ejemplo, que tocamos arriba, de un mancebo, de quien se lee en las *Vidas de los Padres* que llegó á tan alto grado de virtud, que mandaba á las bestias fieras y las hacia servir en el monasterio á los monjes, al cual comparó San Antonio á un navío cargado de ricas mercaderías, y puesto en medio de la mar, cuyo fin no se sabia. Pues este mozo tan fervoroso y tan santo, vino despues á caer miserablemente. Y estando llorando su pecado, dijo á unos monjes que por allí pasaron: «Decid al viejo, esto es, á San Antonio, que ruegue á Dios me quiera conceder diez dias de penitencia.» Oido esto, lloró el santo varon amargamente, y con gran dolor de su corazon, dijo: «Una gran columna de la Iglesia ha caido hoy.» Y pasados cinco dias murió el sobredicho monje. De manera, que el que primero, dice San Juan Clímaco, mandaba á las bestias salvajes, fué al cabo por cruelísimos salvajes derribado y burlado; y el que poco antes se mantenia con pan del cielo, vino despues á mantenerse del lodo y del cieno: y cuál haya sido su caida, no lo quiso declarar el prudentísimo P. Antonio, porque sabia él que era fornicacion.

El P. maestro Avila trae un ejemplo (1) de un santo hermitaño que le dió Dios á conocer el gran peligro en que estaba puesto en esta vida: y como le considerase, puso sobre su cabeza un capirote de luto y cubrió su cara, de manera que no podia ver sino solamente la tierra que iba á pisar, y nunca mas quiso hablar á hombre, y jamás alzó los ojos de la tierra, llorando de verse en tan gran peligro como vive el hombre. Y como le venian á ver muchos á la celda, viendo la gran mudanza que habia hecho, le preguntaban la causa de aquella novedad y de haber pasado de repente á tan estraordinario estremo. Él nunca les respondia otra cosa, sino «dejadme que soy hombre.» Otro Santo decia: «¡ay de mí, que aun puedo ofender á Dios mortalmente.»

(1) Climacus, *gradus* 15, *cap.* 9.

## TRATADO QUINTO.

### De la virtud de la obediencia.

#### CAPITULO I.

De la escelencia de la virtud de la obediencia.

"Mejor es la obediencia que el sacrificio, y mejor es obedecer que ofrecer grosura de carneros (2)." Bien sabida es la historia á cuyo propósito se dijeron estas palabras, que fué, cuando el rey Saul desobe-

(1) Maestro Avila, tom. III *epist.*

(2) Melior est obedientia, quam victimae; et auscultare magis, quam offerre adipem arietum, *I. Reg.* XV, 22.

deció mandándole Dios que destruyese á Amalec sin dejar nada á vida, y él guardó lo mejor para sacrificar. Dice el Profeta Samuel de parte de Dios: "¿Por ventura quiere Dios los holocaustos y sacrificios, y no que obedezcamos á su mandamiento (1)?" En ninguna manera; porque mejor es la obediencia que el sacrificio, y mejor es oir y obedecer á Dios que ofrecerle la grosura de los carneros. Fundados los Santos en este lugar y en otros muchos de la Sagrada Escritura, donde se encarece mucho la obediencia y la estima grande que Dios tiene de ella, dicen muchas alabanzas de esta virtud.

San Agustin en varios lugares va tratando por qué dió Dios al hombre aquel mandamiento de no comer del árbol de la ciencia del bien y del mal, y responde que, lo primero, para mostrar y dar á entender á los hombres cuánta era la escelencia y el valor de esta virtud de la obediencia y cuán gran mal es el de la desobediencia (2). Y mostróse bien por el efecto; porque el mal y trabajo que despues del pecado se siguió, no lo causó la fruta del árbol, porque esa no era mala ni dañosa de suyo, sino buena; porque el que habia criado todas las cosas muy buenas (3) no habia de poner en el Paraiso cosa mala. La inobediencia, el haber pasado el mandamiento y obediencia de Dios, ese fué el mal. Y así dice San Agustin que con ninguna cosa se pudo mostrar mejor cuánto mal sea la inobediencia que con ver el mal que le vino al hombre por solo comer contra el mandamiento de Dios una cosa que, si no le fuera prohibido el comerla, no hubiera ningun mal en ello ni hiciera mal á nadie. En lo cual se descubre bien la culpa de aquellos que por ser la cosa liviana se atreven á desobedecer y faltar en ella; porque no está el pecado en la cosa, sino en la desobediencia, y esa tambien la hay en la cosa liviana.

Da otra razon de esto San Agustin (1), porque habiendo sido el hombre criado para servir á Dios, convenia que se le pusiese algun precepto en que se le prohibiese algo, para que reconociese que tenia Señor y se tuviese por súbdito; porque si no le vedáran y mandáran algo, no tuviera en qué sujetarse y reconocer que tenia Señor: el cual quiso que la virtud de la obediencia fuese medio para reconocer y merecer á Dios: y va diciendo muchos bienes y alabanzas de esta virtud.

Una de las razones por que Dios se hizo hombre, dice (2) que fué para enseñarnos y encomendarnos esta virtud de la obediencia, dándonos ejemplo de ella. Habia el hombre desobedecido hasta la muerte; vino el Hijo de Dios á obedecer tambien hasta la muerte; habíasenos cerrado la puerta del cielo y de la gracia por la desobediencia de Adan, y abriósenos por la obediencia de Cristo (3). Y en el premio y gloria de la humanidad de Cristo, dice el Santo que quiso tambien el Señor mostrar el valor y mérito de la obediencia, coronándola con sublimada gloria. "Hízose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz: por lo cual le ensalzó Dios, y le dió un nombre que es sobre todo nombre, para que en el NOMBRE de JESUS

(1) Nunquid vult Dominus holocausta, et victimas, et non potius ut obediatur voci Domini? *Ib.*

(2) Ut ipsius per se bonum obedientiae, et ipsius per se malum inobedientiae monstraretur. *Aug. lib. 1 contra adversarium legis, et Prophetar. cap. 14; et lib. 2 de peccat. meritis, et remissione, c. 21; et lib. 8 sup. Gen. ad litteram.*

(3) Viditque Deus cuncta, quae fecerat, et erant valde bona. *Gen. I, 31.*

(1) Aug. *lib. 8 sup. Genes. ad litteram.*

(2) Aug. *lib. de Incarnatione Verbi; et lib. 13 de Trinit., cap. 17.*

(3) Sicut enim per inobedientiam unius hominis peccatores constituti sunt multi; ita et per unius obeditionem, justi constituentur multi. *Ad Rom. V, 19.*

se arrodillen los cielos, la tierra y los infiernos (1)."

Muchas son las escelencias y grandezas que dicen los Santos de esta virtud; pero ahora solamente diremos una que nos bastará á nosotros; y es, que esta es muy propia y principal virtud del religioso. Santo Tomás, que lleva las cosas por rigor escolástico, trata esta cuestion (2): si el voto de la obediencia es el mas principal de los tres votos que hacemos en la Religion. Y responde que sí; y da tres razones de ello muy buenas y provechosas: la primera, porque por el voto de la obediencia da y ofrece uno mas á Dios que por los demas votos; porque por el voto de la pobreza ofrece el hombre á Dios su hacienda y riquezas: por el de la castidad, su propio cuerpo; pero por el voto de la obediencia ofrece su propia voluntad y juicio, ofrécese á sí mismo del todo á Dios, que es mas que todo esotro. Y asi dice San Gerónimo: «Dejar el oro y las riquezas, es de los que comienzan; muchos filósofos hicieron eso: pero ofrecerse á sí mismo y entregarse del todo á Dios, es propio de los cristianos y cosa apostólica (3);" porque es imitar á los Apóstoles que lo hicieron asi (4). Y pondera muy bien el Santo á este propósito, que no dijo Cristo á los Apóstoles: «de verdad os digo que vosotros, que dejastes todas las cosas, os sentareis en doce sillas,» sino «vosotros que me seguistes:» ese seguir á Cristo es lo mas perfecto, y en eso dice Santo Tomás (1) que se incluye el consejo de la obediencia: porque el que obedece, sigue la voluntad y parecer de otro. La segunda razon es, porque el voto de la obediencia incluye y encierra debajo de sí los demas votos de la Religion, y él no se incluye ni contiene en ellos; porque aunque el religioso se obliga con particular voto á guardar la castidad y la pobreza, empero estas virtudes tambien caen debajo de la obediencia, á la cual pertenece guardar estas y otras muchas cosas. Y en tanto grado es esto verdad, que algunas religiones antiguas, como la Cartuja y de San Benito, en la profesion solamente hacen mencion expresa del voto de la obediencia: «Prometo obediencia conforme á la regla (2).» Y debajo de eso se entiende el voto de la castidad y de la pobreza, conforme á los estatutos y costumbre de la Religion. La tercera razon es, porque cuando una cosa se acerca y llega mas á su fin, y nos junta mas con él, tanto es mejor y mas perfecta. Pues la obediencia es la que junta mas á los religiosos con el fin de su religion; porque ella es la que les dice y manda que se ejerciten en las cosas que les ordenan para conseguir el fin de ella: como á nosotros, que tratemos de nuestro propio aprovechamiento y del de los prógimos; que tengamos cuenta con nuestra oracion y con nuestra mortificacion; que nos ejercitemos en confesar, predicar, enseñar la doctrina cristiana, y en todos los demas ministerios necesarios para ayudar á las almas; y asi en las demas religiones.

De aqui infiere Santo Tómas una conclusion muy principal, y es, que el voto de la obediencia es el mas esencial de la Religion, y el que hace á uno religioso y le constituye en estado de Religion; porque

(1) Factus obediens usque ad mortem, mortem autem crucis. Propter quod et Deus exaltavit illum, et donavit illi nomen, quod est super omne nomen: ut in Nomine JESU omne genu flectatur coelestium, terrestrium, et infernorum, etc. *Ad Philip.* II, 8.
(2) S. Thom. 2-2., quaest. 186, art. 8.
(3) Aurum deponere incipientium est, non perfectorum; fecit hoc Crates Thebanus, fecit Antistenes; se ipsum oferre Deo, proprium christianorum est, et Apostolorum. *Hieron. epist. ad Licinum Hispanum.*
(4) Marci XIX, 28.

(1) S. Thom. 2.-2., *quaest.* 180, *art.* 8 *ad* 1.
(2) Promitto obedientiam secundum regulam.

aunque uno guardase pobreza voluntaria y castidad, y aunque tuviese hecho voto de eso, si no tiene voto de obediencia, no por eso es religioso, ni está en estado de Religion; es menester que haga voto de obediencia, y eso es lo que principalmente le hace religioso y le constituye en estado de Religion. San Buenaventura, concordando con esto, dice (1) que toda la perfeccion del religioso está en dejar uno del todo su voluntad y seguir la obediencia; y que para esto hacemos los votos de pobreza y castidad, para que dejando la hacienda y los deleites de la carne y el cuidado de la casa y familia, estemos mas ligeros y desembarazados para cumplir el voto de la obediencia, como cosa mas principal: y asi dice: «poco os aprovechará haber dejado la hacienda y las riquezas, si no dejais vuestra propia voluntad y seguís la voluntad de la obediencia.»

De San Fulgencio, obispo, y abad que fué de un monasterio, refiere Surio en su historia algunas sentencias notables; y una de ellas, tratando de la obediencia, dice: «¿Sabeis, dice (2), cuáles son verdaderos religiosos? aquellos que no tienen propia voluntad, sino que están rendidos, prontos é indiferentes para cualquier cosa que les mandare el superior: eso es ser religioso, no tener querer, ni no querer.» No dice que sereis buen religioso si tomais muchas disciplinas, ni si os poneis ásperos cilicios, ni si teneis muchas fuerzas para trabajar todo el dia, ni si sois gran letrado ó gran predicador; sino si sois muy obediente y no teneis propia voluntad.

De manera, que la obediencia es la virtud mas esencial en la Religion y la que hace á uno ser religioso: esa es la que agrada á Dios mas que el sacrificio y las víctimas: en esa se incluye y encierra la pobreza, la castidad y todas las demas virtudes; porque si sois obediente, sereis pobre, casto, humilde, callado, sufrido, mortificado, y alcanzareis todas las virtudes. Y esto no es encarecimiento, sino verdad muy llana, porque las virtudes se adquieren y alcanzan con el ejercicio de sus actos, y de esa manera nos las quiere dar Dios. Pues este ejercicio nos dá la obediencia. Todas las reglas que tenemos, y todas las obediencias que nos mandan, son ejercicio de virtudes. Dejaos vos llevar de la obediencia, y abrazad de corazon todas las ocasiones que se os ofrecieren, que unas veces os ejercitaran en la paciencia, otras en la humildad, otras en la pobreza, otras en la mortificacion, otras en la templanza, otras en la caridad; y de esa manera ireis creciendo en todas las virtudes como fuéredes creciendo en la obediencia. Eso es lo que dice nuestro Padre: «En tanto que esta virtud floreciere, todas las demas se verán florecer y llevar el fruto que yo en vuestras ánimas deseo (1).» Y es doctrina comun de los Santos: por lo cual llaman á esta virtud madre y origen de todas las virtudes; asi la llama espresamente San Agustin (2). Y San Gregorio dice: «La obediencia es la única virtud que ingiere y engendra en el alma las demas virtudes, y engendradas, las conserva (3).» Y de esta manera declaran aquello de los Proverbios: "El varon obediente hablará victorias (4)." Asi leen San Gregorio y San Bernardo: «El

(1) Bonav. *in speculi. disciplin. part.* 1, *cap.* 4.

(2) Illos quoque veros monachos esse dicebat, qui mortificatis voluntatibus suis, parati essent nihil velle, nihil nolle; sed abbatis tantummodo consilia, vel praecepta servare. *S. Fulgent.*

(1) S. P. N. Ignatii *epist., de obedientia.*

(2) Quae maxima est virtus, et ut sic dixerim, omnium origo, materque virtutum. *Aug. lib.* 1 *contra adversarium legis, et Prophetarum, cap.* 14.

(3) Obedientia sola virtus est, quae caeteras virtutes menti ingerit, insertasque custodit. *Greg. lib.* 35. *Moral., cap.* 10.

(4) Vir obediens loquetur victorias. *Prov.* XXI, 28.

varon obediente no alcanzará una, sino muchas victorias (1).» Todas las alcanzará el que fuere buen obediente.

Pues si quereis un documento breve y compendioso para en poco tiempo aprovechar mucho y venir á alcanzar la perfeccion, este es: «procurad ser muy obediente;» que ese es un camino muy breve y un atajo maravilloso para eso (2). Y asi dice San Gerónimo: «¡Oh dichosa y abundante gracia la de la obediencia, en la cual está encerrada la suma de todas las virtudes; porque con solo un simple caminar obedeciendo á todo lo que ordena la obediencia, en breve tiempo se hallará uno perfecto y lleno de virtudes (3)!»

San Juan Clímaco dice (4) que viniendo á un monasterio vió unos viejos llenos de canas, y de muy venerable presencia, que estaban, como unos niños, prontos y dispuestos para obedecer y discurrir á una parte y otra; y algunos de ellos habia cincuenta años que militaban debajo de la obediencia; y dice que les preguntó qué consolacion ó fruto habian alcanzado de aquella su tan grande obediencia y trabajo. Y unos respondian que habian por este medio llegado al abismo de la humildad, con la cual estaban libres de muchos combates del enemigo: otros, que por aqui habian llegado á perder el sentimiento en las injurias y deshonras. De manera, que la obediencia es medio para alcanzar todas las virtudes. Y por eso entre aquellos Padres antiguos se tenia por muy gran señal de llegar uno á la perfeccion el ser muy sujeto y obediente á su padre espiritual.

San Doroteo cuenta de su discípulo Dositeo, que siendo mancebo noble y delicado, le vino temor del juicio y cuenta estrecha que habia de dar á Dios, cumpliendo el Señor en él aquello que pedia el Profeta: "Clava con tu temor mis carnes: que de verdad he temido vuestros juicios (1)." Herido y compungido con este temor entróse en Religion para poder dar buena cuenta. Él era flaco de complexion, y no podia seguir la comunidad, ni levantarse á maitines, ni comer los manjares que los demas; como no podia esto, hizo cuenta consigo, y determinó de dedicarse todo á la obediencia, sirviendo con grandísima prontitud y diligencia en la hospedería y en otros oficios de humildad. Muere tísico dentro de cinco años, y reveló Dios al abad del monasterio que este mozo habia alcanzado el premio de Pablo y Antonio. Quejáronse á Dios los monjes, diciendo: Pues ¿dónde, Señor, está vuestra justicia, que un hombre que nunca ayunó, criado en regalos, le querais comparar con los que llevamos todo el peso de la Religion, el peso del dia y del calor, *pondus diei, et aestus* ? ¿qué habemos medrado nosotros con tanto como habemos trabajado?» Respóndeles Dios que no conocian el mérito y valor de la obediencia, y que por ella aquel mancebo habia en poco tiempo merecido mas que otros con muchas asperezas.

## CAPITULO II.

De la necesidad que tenemos de la virtud de la obediencia.

El bienaventurado San Gerónimo, exhortando á los religiosos á obedecer á su

(1) Gregor. *lib. 35. Moral. cap.* 12.—Bern. *de ordine vitae, et morum institut.*

(2) Haec est via, ambulate in ea, et non declinetis, neque ad dexteram, neque ad sinistram. *Isaiae XXX, 21; Deut.* V, 32.

(3) O faelix, et abundans gratia! in obedientia summa virtutum clausa est; nam simplici gressu hominem ducit ad Christum. *Hier. in regul. Monach. cap.* 6.

(4) Climac. *cap. 4 de obedientia.*

(1) Confige timore tuo carnes meas: a judiciis enim tuis timui. *Ps.* CXV, 120.

superior, para persuadirles mas, va mostrando con muchos ejemplos la necesidad que hay en todas las cosas de obedecer á un superior (1). En la policía seglar vemos que hay un emperador, un rey, un juez supremo de una provincia. Roma, cuando se fundó, aun á dos hermanos no pudo tener juntamente por reyes, sino que el uno mató al otro (2). Jacob y Esaú, aun estando en el vientre de su madre, peleaban y traian guerra entre sí sobre cuál habia de salir primero. Y en la gerarquía eclesiástica vemos que toda se reduce á un Vicario de Cristo, y en cada distrito y diócesis hay un solo obispo y prelado. En todas las cosas vemos que es necesaria esta subordinacion y sujecion á uno. En un ejército, por grande que sea, siempre hay un capitan general á quien todos obedecen, y en cada navío un gobernador; y seria gran desconcierto y confusion á los que navegan, y nunca llegarian al puerto, si cada uno quisiese gobernar y enderezar el navío por su parecer y no tuviese uno á quien seguir. Y hasta en la mas mínima casa, aunque sea un pobre cortijo, es menester que haya uno á quien los demas obedezcan; y cuando no hay esto no se puede conservar, ni durar mucho, ni la casa, ni la ciudad, ni el reino: "Todo reino dividido entre sí será asolado y destruido (3)." Y esto vemos en todas las cosas, no solo en las criaturas racionales, en los hombres y en los ángeles, en los cuales hay subordinacion de una gerarquía á otra, sino tambien en los brutos animales, que tienen su capitan y guia á quien siguen. Las abejas tienen sus maestras, y una es la principal y reina, á quien todas reconocen y obedecen. Hasta las grullas se juntan en escuadron para caminar, y se ponen en órden, haciendo una letra, que es una *Y* griega, y asi van siguiendo todas á una (1). Y los cielos tambien están debajo de un primer moble y siguen su movimiento. Y por no causar fastidio con mas ejemplos, dice San Gerónimo, lo que quiero que saqueis de todo esto es que entendais cuánto os conviene vivir debajo de la obediencia de un prelado y en compañía de muchos hermanos religiosos, siervos de Dios, que con su ejemplo os ayuden y animen á vuestro fin.

Nuestro Padre, aunque en todas las virtudes y gracias espirituales quiere que crezcamos, en esta especialmente nos pide grande perfeccion y desea que asi como las otras religiones, unas se señalan y aventajan en la pobreza, otras en las muchas penitencias y asperezas, otras en el coro, otras en la clausura, asi la Compañía se aventaje en la virtud de la obediencia y que todos procuremos señalarnos y esmerarnos en ella, como si de sola ella dependiese todo el bien de la Compañía: y con mucha razon nos pide esto nuestro Padre; porque el fin de la Compañía, despues de su propio aprovechamiento, es el aprovechamiento de los prójimos y ayudar á la salvacion de las almas en todo el mundo. Y asi los de ella han de estar dispuestos y apercibidos y siempre á punto para ir por todo ese mundo á ejercitar sus ministerios, como caballos ligeros para socorrer á la mayor necesidad; y ese es el intento del cuarto voto que hacen los profesos, de obedecer al Pontífice acerca de las misiones, que es de ir á cualquiera parte del mundo á que el Sumo Pontífice les enviare, ahora sea á tierra de fieles, ahora de infieles ó

(1) Hyeron. *in Regul. quam collegit ex scriptis ejus Lupus de Olibeto.*
(2) Et fratricidio dicatur.
(3) Omne regnum in seipsum divisum, desolabitur, et domus supra domum cadet. *Luc.* XI, 17.

(1) Grues quoque unam sequuntur ordine litterato.

herejes, sin poner escusa ninguna y sin pedir viático: y no solo para las misiones á donde les enviare el Sumo Pontifice, sino para donde les enviaren sus superiores inmediatos han de tener todos esta prontitud é indiferencia. Y fuera de eso la han de tener para hacer cualquier oficio y ministerio y cualquiera otra cosa que les mandaren: y como en la Compañía hay tanta diversidad de ocupaciones, ministerios y grados, y unos mas altos que otros, es menester grande caudal de obediencia. Y ese fué el artificio y traza maravillosa de nuestro Padre en insistir tanto en la obediencia y pedirnos que nos señalemos y aventajemos en ella; porque sabia que se nos habian de ofrecer cosas dificultosas y que habian de hacer muchos guisados de nosotros, trayéndonos á todas manos.

Decia un Padre de la Compañía una cosa que deseo dijésemos y sintiésemos todos. «Yo, dice, no tengo miedo á ninguna obediencia; porque estoy dispuesto y preparado para hacer cualquiera cosa que la obediencia me mandare.» Decia muy bien, y esta es una verdad muy esperimentada. El religioso que está mortificado, pronto é indiferente para cualquiera cosa que le pueden mandar, no tiene que temer ninguna obediencia, ni ningun superior, ni se le dá mas que sea superior Pedro que Sancho, ni que sea de esta ó aquella condicion. El buen religioso no ha de depender de estas cosas; y el depender de eso, y andarlo temiendo, arguye imperfeccion. Sobre aquello de San Pablo: "¿Quieres no temer la potestad? obra bien y te alabará; témele si obrares mal (1)," dice San Crisóstomo: «El temor no lo causa el príncipe, sino vuestra malicia (2).» El ladron y malhechor está temiendo la justicia, y en viendo el alguacil, se le revuelve la sangre pensando que viene por él; pero ese temor no lo causa el príncipe, ni la justicia, sino su malicia y mala conciencia. ¿Quereis no temer al rey, ni á la justicia? vivid bien, y no solo no la temereis, sino antes tendreis mucha loa de ella. Pues asi es tambien acá en la Religion; esos miedos y temores no los causa la obediencia, ni el superior, sino vuestra imperfeccion é inmortificacion. ¿Quereis no temer, ni andar con sobresalto en la Religion? sed muy obediente, y procurad estar muy indiferente y resignado para todo: el que de esta manera anduviere, gozará de mucha paz y de mucha quietud y tranquilidad, y será para él la Religion un paraiso en la tierra.

(1) Vis non timere potestatem? bonum fac, et habebis laudem ex illa; si autem malum feceris, time. *Ad Rom.* XIII, 3.

(2) Timorem enim non facit princeps, sed vestra malitia. *Crisost.*

## CAPITULO III.

### Del primer grado de obediencia.

Tratando nuestro Padre de la obediencia, en la tercera parte de las Constituciones, dice: «Es muy espediente para aprovecharse, y mucho necesario, que se den todos á la entera obediencia (1);» y va declarando cuál es entera obediencia; dice que no solamente ha de ser en la esterior ejecucion, poniendo por obra lo que se nos manda, que es el primer grado de obediencia; sino que ha de ser de voluntad y de corazon, conformando nuestra voluntad con la del superior, teniendo un mismo querer y no querer con él, que es el segundo grado de obediencia: y no ha de parar ahí, sino habemos de pasar adelante, y conformar tambien nuestro juicio con el del superior: de manera que os parezca á vos lo mismo que le pareciere al superior, y que juz-

(1) Part. III. Const. cap. 1, §. 23. *Regul.* 31 *summarii.*

gueis que lo que manda es bien mandado, que es el tercero grado de obediencia. Cuando hubiere esta conformidad en obra, voluntad y entendimiento, entonces será entera y perfecta obediencia; y cualquiera cosa de estas que falte, no será entera, ni perfecta.

Pues comenzando del primer grado, es menester que seamos muy diligentes y puntuales en la ejecucion de la obediencia. Pregunta San Basilio (1) con qué cuidado y diligencia habemos de acudir á las cosas de la obediencia, y responde que con el que uno que ama mucho su vida acude á las cosas necesarias para conservarla, y con el que acude á comer el que tiene mucha hambre. Y aun con mayor, dice, cuánto es mas noble y escelente la vida eterna, que se merece con la obediencia, que la temporal. El bienaventurado San Bernardo dice: «El verdadero obediente no sabe qué cosa es tardanza, ni qué cosa es mañana, ni despues, ni dice luego iré, como los perezosos, sino aplica el oido á entender lo que le mandan, los pies para irlo á cumplir, las manos para ponerlo por obra, y tan al punto lo ejecuta, que parece que previene y gana por la mano al que le manda (2).»

Nuestro bienaventurado Padre, tratando de la ejecucion y puntualidad que habemos de tener en la obediencia, dice (3), que habemos de ser tan prestos á la campanilla y á la voz del superior, como si de Cristo nuestro Señor saliese, dejando por acabar cualquier letra ó cosa nuestra comenzada. Dos cosas dice: lo primero, que cuando oimos la campanilla ó la voz del superior, habemos de hacer cuenta que oimos la voz de Dios. Y es muy buena consideracion para entonces aquella de los tres reyes Magos, cuando vieron la estrella que les apareció: «Esta, dicen (1), es señal del gran Rey; vamos luego á adorarle y á ofrecerle nuestros dones.» Asi en oyendo la campanilla, ó la voz del superior, es muy bueno decir: «esta es la voz de Dios, vamos luego á obedecer.» Lo segundo, dice, que habemos de dejar la letra comenzada. Casiano (2), tratando de las ocupaciones de aquellos monjes, que todos estaban ocupados, cuál escribiendo sus devociones, cuál meditando, cuál trasladando libros, ó haciendo otras obras de manos, dice, que luego en oyendo la campanilla ó la voz del superior, salian de sus celdas, á porfia, *certatim*, cuál acudia mas presto, con tanta presteza, que el que estaba escribiendo, dejaba por acabar la letra comenzada, porque tenian en mas la obediencia que todo lo demas; y no solo la preferian á la obra de manos que hacian, sino á la leccion, y á la oracion y recogimiento, y á todas las demas obras; y asi todo lo dejaban por no faltar á la obediencia, ni aun un punto, como si oyeran la voz de Dios. San Benito pone tambien esta doctrina en su regla (3), y de ellos la tomó nuestro Padre.

Para darnos el Señor á entender cuánto le agrada esta obediencia puntual, dejando la letra comenzada, lo ha querido él confirmar muchas veces con milagros: como en el otro monje que estando escribiendo, y tocando á cierta obediencia, dejó la letra comenzada, y cuando volvió la halló acaba-

(1) Basil. *in Regul. brevior., interrog.* 166.
(2) Fidelis obediens nescit moras, fugit crastinum, ignorat tarditatem, praecedit praecipientem; parat oculos visui, aures auditui, linguam voci, manus operi, itineri pedes, totum se colligit, ut imperantis colligat voluntatem. *Bernard. serm. de obedient.*
(3) P. VI. cap. 1, § 1, Reg 34 *Summarii.*

(1) Hoc signum magni Regis est; eamus, et offeramus ei munera, aurum, thus, et myrram.
(2) Cass. *lib.* 4 *de institut. renuntiantium*, c. 12.
(3) S. Benedict. *in Regul. cap.* 5.

da y hecha de oro la otra mitad (1). Y en el otro, que le apareció el Niño Jesus muy hermoso y resplandeciente, y tañeron á Vísperas, y dejóle luego y fué á su obediencia; y acabada, tornó á la celda, y halló allí al Niño, el cual le dijo: «Porque te fuiste, me hallaste; que si tú no te fueras, yo me fuera luego de aquí (2).» Y de otro cuenta Rusbroquio (3) que halló, al que dejó Niño, en figura de hermosísimo mancebo, y que le dijo: «Tanto he crecido en tu alma por la puntualidad de tu obediencia.» El demonio por el contrario, ya que no puede hacer que del todo no obedezcamos, procura que no seamos puntuales en la obediencia, para tener en ella alguna parte, y llevar él siquiera aquello poquito de la obra desde que tocan la campanilla hasta que os levantais. Quiere llevar la flor y el principio de nuestras obras y hacer la salva en ellas, y asi procura que os esteis un poquito en la cama, despues que ois tañer á levantar, y que acabeis la letra comenzada cuando estais escribiendo; y aun algunas veces la razon ó cláusula, con achaque de que no se os olvide. Pero nosotros habemos de procurar dar á Dios toda la obra enteramente, con su principio y con su flor, con la cual es muy agradable la fruta; no se la deis desflorada y ajada.

Mas nos pide nuestro Padre acerca de esta obediencia; quiere que acudamos de esta manera, no solo á la campanilla y á la voz del superior, sino tambien á la señal y significacion de su voluntad. «Todos, dice (4), se dispongan mucho á guardar la obediencia y señalarse en ella, no solamente en las cosas de obligacion, pero aun en las otras, aunque no se viese sino la señal de la voluntad del superior, sin espreso mandamiento.» Alberto Magno, tratando de la obediencia, dice: «El verdadero obediente nunca espera el mandamiento del superior, sino en entendiendo su voluntad luego procura con diligencia ponerla en ejecucion: esto le basta á él por precepto y mandamiento (1).» A ejemplo, dice, de Cristo nuestro Redentor y maestro, el cual tomó por precepto y mandamiento de morir por los hombres el ver que era aquella la voluntad y complacencia de su Padre Eterno.

Casiano refiere de aquellos monges antiguos, que era tanta su obediencia, que no solamente obedecian á la voz de su superior, sino á cualquier señal de su voluntad, que parecia que en cierta manera adivinaban y pronosticaban la voluntad del superior, haciendo lo que él queria, aun antes que les mandase. Eso es lo que dice San Bernardo, que «el buen obediente previene y gana por la mano al que le manda, haciendo lo que él quiere, aun antes que se lo mande (2).»

Decia nuestro Padre (3) que hay tres maneras de obedecer: una, cuando me mandan en virtud de obediencia, y es buena; la segunda, cuando me ordenan que haga esto ó aquello; y esta es mejor, porque mas sujecion y prontitud muestra el que hace la cosa con una simple ordenacion, que el que aguarda á que se lo manden en virtud de santa obediencia; la tercera manera de obedecer es, cuando hago esto ó

(1) Refiérelo Santa Catalina de Sena en sus *Diálogos, cap.* 165.
(2) Part. I, lib. 7, cap. 39 *de la Crónica de S. Francisco.*
(3) Rusbr. *tract. de praecipuis quibusdam virtutibus*, cap. 9, pag. 243, et refert Blosius cap. 7 *Monil. spirit.*
(4) P. VI. Constit. cap. 1, § 1.—Reg. 33. *Summarii.*

(1) Verus obediens nunquam praeceptum expectat, sed solum voluntatem praelati sciens, vel credens, ferventer exequitur pro praecepto. *Albertus Magnus, lib. de virtutibus, cap.* 3.
(2) Praecedit praecipientem. *Bernard. serm. de obedientia.*
(3) Lib. 5, cap. 4 de la *vida de N. P. S. Ignacio.*

aquello, sintiendo alguna señal de la voluntad del superior, aunque no me lo mande ni ordene espresamente. Y esta obediencia dice que es mucho mas perfecta y agradable á Dios: asi como allá en el mundo el siervo y criado que á media señal entiende la voluntad de su señor y la procura poner en ejecucion, agrada y contenta mas á su señor que el otro á quien es menester que todo se lo digan espresamente. "Es acepto al rey el ministro que entiende," dice el Sábio (1). Asi es tambien acá en la obediencia; el que acude á la significacion de la voluntad del superior, es mejor y mas perfecto obediente, y agrada y contenta mas á los superiores y á Dios. Y es doctrina de Santo Tomás, el cual tratando de la obediencia, dice (2) que de cualquiera manera que uno entienda la voluntad del superior, aquel es un precepto y mandamiento tácito, y que entonces se echa mas de ver la prontitud de la obediencia del súbdito; y asi habemos de procurar que se estienda á esto nuestra obediencia; porque algunas veces acontece, y aun muchas, que el superior no quiere mandar la cosa espresamente, por proceder con mas suavidad y no mortificar al súbdito, ó por no saber cómo tomará su mandamiento: y entonces, constándole de la voluntad del superior, será gran falta no salir al camino y ofrecerse á aquella obediencia. Andaba Dios á buscar á quién enviar á Jerusalen á predicar, y dijo donde lo oyó Isaías: "¿A quién enviaré, quién irá á esta mision (3)?" Entendió Isaías la voluntad de Dios, que queria que él se convidase, y asi luego se ofreció: "Véisme aqui, Señor, enviadme (4)." Asi es razon que nos convidemos y ofrezcamos nosotros, cuando con alguna palabra ó señal declara su voluntad el superior.

Muchos ejemplos pudiéramos traer que nos enseñan bien la presteza y puntualidad que habemos de tener en la obediencia: entre ellos es muy bueno el que cuenta la Sagrada Escritura del Profeta Samuel, cuando era mancebo y servia en el templo como de sacristan al sacerdote Helí. Una noche estaba él durmiendo en el templo, y dále Dios una voz: *Samuel, Samuel*, para revelarle un castigo que queria hacer contra Heli. Samuél despierta á la voz, y como no entendia aquel lenguage, porque hasta entonces no le habia hablado el señor, ni revelado nada, pensó que le llamaba Helí, su sacerdote; y levántase de presto y va corriendo allá: "Véisme aqui, señor, ¿qué es lo que mandais, pues me habeis llamado (1)?" Helí mándale tornar á acostar, diciéndole que no le habia llamado (2). Tórnase á acostar y á dormir, y tórnale Dios á llamar segunda vez, y despierta, y pensó que le llamaba Helí, porque no le parecia que habia otro que le pudiese llamar, y levántase y va corriendo allá como la primera vez. Helí pensó que lo debia de soñar, y mándale que se vuelva á acostar. Tórnase á acostar y á dormir: torna Dios tercera vez á llamarle, y despierta, y acude luego á su superior, pensando que él le llamaba (3). Entonces cayó en la cuenta Helí, que Dios le debia de llamar para revelarle algo, y dícele: «Vuélvete, hijo, y duerme; y si otra vez oyeres que te llaman, estáte quedo y dí: Decid, Señor, que vuestro siervo oye (4).» Tórnase á acostar y á dormir, y tórnale Dios á llamar: *Samuel*,

(1) Acceptus est Regi minister intelligens. *Prov.* XIV, 35.
(2) S. Thom. 2.-2, *quaest.* 104, *art.* 7.
(3) Quem mittam, et quis ibit nobis? *Isaiae* VI, 8.
(4) Ecce ego, mitte me. *Ib.*

(1) Et dixit, ecce ego, vocasti enim me. *I. Reg.* III, 4.
(2) Non vocavi te, fili mi; revertere, et dormi. *Ib.*
(3) Ecce ego, quia vocasti me. *Ib.*
(4) Loquere, Domine, quia audit servus tuus. *Ib.*

*Samuel*. Él despierta á la voz, y como ya estaba instruido, responde: "Decid, Señor, que vuestro siervo oye." Entonces háblale Dios y revélale lo que queria. Pues consideremos aqui la obediencia de Samuel y su grande prontitud, que con haberse hallado burlado primera y segunda vez, y con haberle dicho el mismo Helí que él no le llamaba, que se tornase á dormir, y no entender él que habia otro que le pudiese llamar; con todo eso, torna segunda vez y tercera vez á levantarse y acudir á él, á ver lo que le mandaba. Pues con esta prontitud y presteza habemos nosotros de acudir y obedecer á nuestros superiores.

Tambien es muy buen ejemplo el que pondera la misma Escritura Divina de la prontitud de la obediencia de Abrahan, cuando le mandó Dios que sacrificase á su hijo único Isaac. Dice (1) que aun no aguardó á la mañana, sino luego de noche, antes que amaneciese: en mandándoselo, al punto vá á poner por obra la obediencia, y una obediencia tan dificultosa. Y nota mas la Sagrada Escritura, que dejó los criados al pie del monte, y no los quiso llevar consigo, para que no hubiese quien le pudiese impedir la ejecucion de su obediencia.

## CAPITULO IV.

### Del segundo grado de obediencia.

El segundo grado de obediencia consiste en conformar uno su voluntad con la del superior, y no tener otra voluntad, ni otro querer, sino lo que el superior quisiere ó no quisiere. Esta es la cosa mas trillada y mas comun que tenemos en la Religion, porque con este presupuesto entramos todos en ella. Y este es el primer principio, que como fundamento se les dice y pone luego delante á todos los que quieren entrar en Religion. Mirad que no venís acá á hacer vuestra voluntad, sino la agena. Y todos dicen: ya lo sé. Pues como lo decimos, y nos lo dijeron, asi es la verdad. Y eso es ser religioso y vivir debajo de obediencia. Dice San Juan Clímaco: «La obediendia es sepulcro de la propia voluntad y despertador de la humildad (1).» En entrando en Religion, habemos de hacer cuenta que sepultamos y enterramos nuestra voluntad, y que ya, de ahí adelante, en todo habemos de seguir la voluntad del superior.

Añade nuestro Padre que habemos de estar muy dispuestos para esto, aunque se nos manden cosas dificiles, y segun la sensualidad repugnantes (2). Antes á estas particularmente, dice que habemos de mostrar mucha prontitud, cuando se nos ordenare, porque en ellas se echa de ver la verdadera obediencia, como notan comunmente los Santos (3). Cuando nos mandan aquello de que gustamos, y que es conforme á nuestra inclinacion y voluntad, no se puede echar bien de ver la obediencia, porque por ventura nos lleva mas á eso nuestro gusto é inclinacion que la voluntad de Dios y de la obediencia; pero cuando la cosa que nos mandan es dificil y repugnante á nuestra sensualidad y á nuestra carne, y la abrazamos con mucha prontitud, entonces dicen que se echa de ver muy bien la obediencia, porque en esto estamos seguros y satisfechos que no nos buscamos á nosotros mismos, sino puramente á Dios y á la obediencia. Y asi es muy bueno, y mucho de loar, lo que vemos en algunos religiosos, que cuando les mandan aquellos oficios ó

(1) Igitur Abraham de nocte consurgens. *Gen.* XXII, 3.

(1) Obedientia est sepulchrum propriae voluntatis et excitatio humilitatis. *Climacus gradu* 4.

(2) Reg. 13 et 31 *Summarii*.

(3) Greg. *lib.* 35 *Moral., cap.* 13. —Bernard. *dd ordin. vitae.* —Alb. Magnus, *lib. de virtutibus, tract. de obedientia*; et citat August. *lib.* 10 *Confess., cap.* 26.

ministerios, de que ellos gustan mucho, andan sospechosos de sí y con una pena y congoja santa: «no sé, dicen, si merezco en esto, porque me parece que hago en ello mi voluntad:» y lo proponen al superior una y otra vez; y por el contrario, cuando les mandan alguna cosa á que ellos no tenian ninguna inclinacion, sino antes dificultad y repugnancia, entonces andan muy consolados pareciéndoles que en aquello están satisfechos, que no hacen su voluntad ni se buscan á sí mismos, sino puramente á Dios: este es muy buen modo de proceder y muy seguro. Dice San Gregorio: «Cuando nos mandan cosas altas y honrosas, no ha de haber allí nada nuestro, sino habémoslas de tomar puramente porque nos lo mandan y porque es aquella la voluntad de Dios; pero cuando nos mandan cosas dificultosas, bajas y humildes, allí, dice (1), ha de haber algo nuestro;» porque á esas cosas nos habemos de procurar inclinar y aficionar, y tomarlas con mucha prontitud y voluntad: y el que asi lo hiciere, bien puede creer y estar satisfecho que tambien en las otras obediencias, que son conforme á su inclinacion, hace la voluntad de Dios y no la suya. Empero el que no obedece con prontitud y voluntad en las cosas bajas, humildes y trabajosas, en que siente dificultad y repugnancia, puede temer que tampoco en las demas cosas que hace, que son conforme á su gusto é inclinacion, hace la voluntad de Dios, sino la suya; y esta es una de las señales que hay para conocer cuándo uno se busca á sí mismo en lo que hace, y cuándo busca puramente la voluntad de Dios.

De aqui se sigue que el que anda deseando y procurando que el superior le mande lo que á él le da gusto, y que condescienda con su voluntad, y para eso está pronto, y para lo demas no, no es obediente. Dice muy bien nuestro Padre: «Engaño es grande, y de entendimientos oscurados con amor propio, pensar que se guarda la obediencia cuando el súbdito procura traer al superior á lo que él quiere (1),» y trae aquello de San Bernardo: «Quien quiera que descubierta ó mañosamente negocia que su Padre espiritual le ordene lo que él quiere, él mismo se engaña, si se tiene y alaba de obediente con vana lisonja; porque en aquello no obedece él al prelado, sino el prelado á él: no hace él la voluntad del superior en eso, sino el superior la suya (2).» Muy comun y sabido es este punto, pero no querria que fuese eso causa de que pasemos ligeramente por él, porque es de los mas importantes y principales que hay en esta materia. Una de las cosas que mas ha de temer el religioso es esta: Temed mucho no os mande el superior algun oficio, ó ministerio, ú ocupacion, porque vos lo deseastes y procurastes, y porque mostrastes mal rostro á otra cosa con que él os acometió y quisiera mas que hiciérades; porque pensareis por ventura despues que habeis hecho algo y que habeis cargado de buenas obras, por haber trabajado mucho, y halláros-eis burlado, y muy vacío de merecimiento delante de Dios; porque haciádes vuestra voluntad, y no la de Dios; y podráos él responder aquello de Isaías: "¿Cómo habemos ayunado, trabajado y cansádonos tanto, y nos ha salido todo en

(1) Debet obedientia in adversis ex suo aliquid habere, et in prosperis ex suo aliquid omnino non habere. *Greg. lib. 35 Moral., cap. 13.*

(1) S. P. N. Ignatius, *epist. de obedientia.*

(2) Quisquis vel aperte, vel occulte satagit, ut quod habet in voluntate, hoc ei spiritualis Pater injungat, ipse se seducit, si forte sibi quasi de obedientia blandiatur: neque enim in ea re ipse praelatus, sed magis ei praelatus obedit. *Bernard. in serm. de tribus ord. Ecclesiae ad Patres in capitulo.*

vano? ¿Sabeis por qué? porque haciádes en ello vuestra voluntad (1)."

San Bernardo trae á este propósito este lugar de Isaías, y añade: «Grande mal es la propia voluntad, porque hace que vuestras buenas obras no sean buenas para vos (2).» Y en otra parte, declarando mas esto, dice: Cuando Cristo nuestro Redentor apareció á San Pablo, y le derribó del caballo, y le convirtió, cayerónsele las cataratas de los ojos de su alma, y con aquella luz del cielo, que recibió, dijo: "Señor, ¿qué quereis que haga (3)?" Dice San Bernardo: esta es la señal de perfecta conversion de uno, y de que ha renunciado de veras el mundo, y determinádose de seguir á Cristo, que llegue á decir con el Apóstol: "Señor, ¿qué quereis que haga (4)?" ¡Oh palabra breve! pero compendiosa y llena de sentencias; pero viva, pero eficaz, digna de ser muy estimada. ¡Oh cuán pocos se hallan el dia de hoy, dice el Santo, que lleguen á esta perfeccion de obediencia, que hayan dejado de tal manera su voluntad, que nunca busquen, ni pretendan, ni deseen que se haga en cosa alguna lo que ellos querrian, sino lo que Dios quiere, diciendo siempre con el Apóstol: "Señor, ¿qué quereis que haga?" y con el Real Profeta: "Dispuesto y preparado está mi corazon, Señor; dispuesto y preparado está para hacer vuestra voluntad (5)." ¡Ay dolor, dice (6), que el dia de hoy muchos mas son los que imitan al otro ciego del Evangelio, que al nuevo Apóstol! Pregunta el Salvador del mundo á aquel ciego: "¿Qué quieres que haga contigo (1)?" ¡Oh cuán grande es vuestra misericordia, Señor, y cuánto os humanais con nosotros! ¿Cuándo jamás se usó que el señor pregunte é inquiera la voluntad de su siervo para hacerla? Bien parece que aquel estaba ciego, pues no consideró, ni se espantó, ni esclamó á tal pregunta de Cristo, como esclamó el Apóstol San Pedro cuando le queria lavar los pies, y San Juan Bautista cuando se vino á bautizar. Si no estuviera ciego habíase de espantar, cuando el Señor le dijo: «¿Qué quieres que haga contigo?» y habia de esclamar y decir, «nunca Dios tal quiera: vos, Señor, me decid á mí qué quereis que haga, porque así conviene que haga yo vuestra voluntad y no vos la mia (2).» A este modo hay muchos religiosos el dia de hoy, dice el glorioso San Bernardo, que es menester que les pregunten: ¿Qué quieres que haga contigo? *Quid tibi vis faciam?* Es menester que ande el superior considerando y pensando, de qué gustará este, qué es lo que hará de buena gana, para mandarle aquello á que él se inclina y de que gusta, habiendo de ser al revés, que ellos habian de andar inquiriendo la voluntad del superior, y procurando saber á lo que se inclina, para hacerlo: pues á eso vinieron á la Religion, no á que el superior ande á la voluntad de ellos y les mande lo que quieren, porque esa no es obediencia ni Religion.

---

(1) Quare jejunavimus, et non aspexisti? humiliavimus animas nostras, et nescistis? Ecce in die jejunii vestri invenitur voluntas vestra. *Isaiae* LVIII, 3.

(2) Grande malum propria voluntas, qua fit ut bona tua tibi bona non sint. *Bernard. serm.* 71 *sup. Cantic.*

(3) Bernard. *serm.* 1 *de Convers. Apostoli Pauli.*

(4) Domine, quid me vis facere? *Actuum* IX, 6.

(5) Paratum cor meum Deus; paratum cor meum. *Ps.* LVI, 8.

(6) Heu plures habemus Evangelici illius caeci, quam novi Apostoli imitatores. *Bern. ubi. sup.*

(1) Quid tibi vis faciam? *Marci* X, 51; *et Lucae* XVIII, 41.

(2) Vere caecus ille, quia non consideravit, non expavit, non exclamavit; absit hoc Domine, tu magis dic quid me facere velis: sic enim decet, sic omnino dignum est, non meam a te, sed a me tuam quaeri, et fieri voluntatem. *Bern.*

## CAPITULO V.

### Del tercero grado de obediencia.

El tercero grado de obediencia consiste en conformar nuestro entendimiento y juicio con el juicio del superior, teniendo, no solo un querer, sino tambien un mismo sentir con lo que él siente, pareciéndonos que lo que él manda está bien mandado, sujetando nuestro juicio al suyo y tomándole por regla de el propio. Para entender la necesidad de este grado de obediencia, bastaba lo que deciamos al principio, que si esto no hay, no será la obediencia perfecta ni entera. Dicen los Santos que la obediencia es un holocausto perfectísimo, en el cual el hombre todo entero, sin dividir nada de sí, ni reservar nada para sí, se ofrece á su Criador y Señor en el fuego de la caridad por manos de sus ministros. Esta era la diferencia que habia en la Ley Vieja, del holocausto á los otros sacrificios, que de los demas parte se quemaba en honra de Dios, y parte se reservaba para el sustento de los sacerdotes y ministros del templo; pero el holocausto todo se quemaba en honra de Dios, sin reservar, ni guardar nada de él. Pues si no obedeceis con el entendimiento, ya ese no será holocausto, ni entera y perfecta obediencia, pues dejais de ofrecer la principal y mas noble parte de vos, que es el entendimiento y juicio. Y asi decia nuestro Padre que los que solamente obedecen con la voluntad, y no con el juicio, no tienen sino un pie de la Religion (1).

El bienaventurado San Bernardo va declarando cuál y cómo haya de ser esta obediencia de entendimiento, prosiguiendo aquella historia de la conversion de San Pablo, y aplicándola á esto. Cuando San Pablo, espantado con la luz del cielo, se convirtió y dijo: "Señor, ¿qué quieres que haga?" Respondió el Señor: "Entra en la ciudad, y allí te dirán loque te conviene hacer (1). Dice San Bernardo (2): á esa traza, y para ese mismo fin fué el entrar vos en la Religion: no sin alto y divino consejo púso-os Dios temor y espanto de vuestra salvacion, y dió-os un deseo grande de servir á Su Magestad, y para eso os inspiró que entrásedes en esta ciudad y en esta escuela de virtud: aquí os dirán lo que quiere Dios de vos, y qué es lo que habeis de hacer para agradarle. Pasa adelante la historia y dice que entrando San Pablo en la ciudad, abiertos los ojos no veia nada, si no era llevado y guiado de otros (3). Este, dice San Bernardo (4), es el dechado y modelo de la obediencia que ha de tener el religioso; en esto consiste la perfeccion de ella, en que abiertos los ojos, no veais, ni juzgueis nada, sino que os dejeis llevar y guiar de vuestros superiores, poniéndoos del todo en sus manos: guardaos no se os vayan abriendo los ojos para vuestro mal como se le abrieron á Adan. Dice la Escritura Divina de nuestros primeros padres, que despues que pecaron, se les abrieron los ojos, y que conocieron que estaban desnudos, y tuvieron gran vergüenza de sí mismos. ¿Pues cómo? Antes del pecado, ¿no estaban tambien desnudos y tenian abiertos los ojos? Claro está que sí, porque no los crió Dios ciegos: pero no echaban de ver su desnudez, ni reparaban en eso, porque vivian en aquella santa simplicidad y pureza de la justicia original, como ángeles en la tierra: pues aquella santa simplicidad y perfeccion, que ellos perdieron por la desobediencia, habe-

(1) Lib. 5, *cap. 4 de la vida de N. P. S. Ignacio.*

(1) Ingredere civitatem, et ibi dicetur tibi, quid te oporteat facere. *Actuum* IX, 7.
(2) Bernard. *serm.* 1, *in Convers. Apostoli Pauli.*
(3) Apertis oculis nihil videbat: ad manus autem trahebatur ab his, qui comitabantur eum. *Act.* IX.
(4) Haec plene, fratres, perfectae conversionis forma est. *Genes.* III, 7.

mos nosotros de procurar imitar con nuestra obediencia en este paraiso de la Religion; que no tengamos los ojos abiertos para ver las faltas agenas, y que aunque el otro descubra su falta y desnudez, no lo echemos de ver, ni reparemos en ello, y mucho menos en cosas que toquen á la obediencia.

San Juan Climaco, tratando del cuidado y diligencia que en esto se ha de tener, dice que si nos vinieren algunos pensamientos ó juicios contra la obediencia, nos habemos de haber como cuando nos vienen pensamientos de blasfemias contra Dios y contra la fé ú otros feos y deshonestos, no dándoles lugar, ni entrada en ninguna manera, sino antes tomando de allí ocasion para confundirnos y humillarnos mas. San Gerónimo, escribiendo á un monje, instruyéndole cómo se habia de haber en la Religion, una de las cosas que le encarga mucho es esta: «Mira, dice (1), que no trates de juzgar, ni examinar los mandamientos y ordenaciones de los superiores, por qué mandaron eso ó aquello, y si fuera mejor de otra manera; porque eso no pertenece al súbdito, sino al superior.» San Basilio, exhortando á lo mismo, dice: «Aun allá en el mundo, cuando uno quiere aprender un oficio mecánico para ganar de comer, vemos que se pone con un maestro por aprendiz, y le está mirando á las manos, y obedeciéndole en todo lo que le dice, sin contradecirle, ni juzgarle en cosa alguna, ni pedirle razon de lo que le manda; y de esa manera sale buen oficial (2).» De Pitágoras leemos que mandaba á sus discípulos, que habiendo él dicho una cosa, no inquiriesen mas: y lo guardaban tan inviolablemente, que en diciendo: «Él lo dijo *ipse dixit*, no habia mas.» ¿Cuánto mayor razon será que hagamos nosotros esto con el que es mas que Pitágoras, porque está en lugar de Cristo nuestro Señor, y que en viendo que una cosa es obediencia, no sea menester mas para sujetar luego nuestro juicio y creer que aquello es lo que conviene?

Eusebio Cesariense refiere que tenian una ley muy buena los lacedemonios, y era, que ninguno de los mozos que entraban de nuevo á gobernar fuese osado á disputar si las leyes eran buenas ó malas, ni buscarles inconvenientes, sino que rindiesen sus juicios y las mirasen como cosa dada por Dios; y bastase haberlas dado sus mayores y predecesores para tenerlas por muy justas: y que si á alguno de los ancianos se le ofreciese algun inconveniente por haberse mudado los tiempos, que no le propusiese delante de los mozos, sino que acudiese á los viejos que gobernaban, para que ellos viesen lo que convenia y no se les diese ocasion á los mozos de perder el respeto y veneracion á las leyes: que es, dicen, un grande mal para la república (1). Pues si aquellos filósofos gentiles querian que se tuviese tanto respeto á las leyes dadas por sus mayores, y les parecia que era esto tan necesario, mayor razon será que nosotros, cristianos y religiosos, tengamos esta reverencia y respeto á las ordenaciones y mandamientos de nuestros prelados espirituales, fundados no solo en razon natural, como los de aquellos filósofos, sino en la luz de fé y en la gracia del Evangelio.

Nuestro Padre, en aquella carta maravillosa que escribió de la obediencia, va mostrando muy bien que, si no hay esta obediencia del juicio, es imposible que la obediencia de voluntad y ejecucion sea cual

(1) Non de majorum sententia judices, cujus officii est obedire, et implere quae jussa sunt, dicente Moyse: audi Israel, et tace (*Exod.* VI, 3). *Hyer. epist. 4 ad Rusticum Monachum.*

(2) Basil. in *Constit. Monast., cap.* 20.

(1) Eusebio Caesariense, *de praeparatione Evangelii ex Platone.*

conviene; y pone muchos daños é inconvenientes que se siguen de la falta de esta obediencia: á la cual carta me remito como á testo de todo lo que se puede decir en esta materia.

## CAPITULO VI.

### De la obediencia ciega.

Decia nuestro bienaventurado P. San Ignacio (1), que así como en la iglesia militante ha Dios nuestro Señor abierto dos caminos á los hombres para poderse salvar; uno comun, que es de la guarda de los Mandamientos; otro, que añade á este los consejos evangélicos, que es propio de los religiosos: así en la misma Religion hay dos géneros de obediencia; uno imperfecto y comun, y otro perfecto y acabado, en el cual resplandece la fuerza de la obediencia y la virtud perfecta del hombre religioso. La obediencia imperfecta, dice, tiene ojos; mas por su mal: la perfecta es ciega, mas en esta ceguedad consiste la sabiduría. La una tiene juicio en lo que se le manda; la otra no: aquella se inclina mas á una parte que á otra; esta, ni á una, ni á otra, porque siempre está derecha, como el fiel del peso, igualmente dispuesta y preparada para todas las cosas que le mandaren. La primera obedece con la obra y resiste con el corazon, y así no merece el nombre de obediencia; la segunda hace lo que le mandan y sujeta su juicio y voluntad á la voluntad y juicio del superior, teniendo por bueno todo lo que por los superiores es ordenado, y no busca razones para obedecer, ni sigue las que se le ofrecen, antes obedece por sola esta consideracion que aquello es obediencia. Esta es la obediencia ciega, tan usada y encomendada de los santos y maestros de la vida espiritual. No se llama ciega, porque hayamos de obedecer en cualquiera cosa que nos mandasen, ahora sea pecado, ahora no, que eso seria error, y lo declara espresamente nuestro Padre en las Constituciones (1); sino llámase ciega, porque en todas las cosas donde no se viere pecado, habemos de obedecer simple y llanamente, sin inquirir ni buscar razones de lo que nos mandan, presuponiendo que lo que se manda es santo y conforme á la divina voluntad, y contentándonos con sola esta razon, que es obediencia y me lo manda el superior. Y así Casiano llama á esta obediencia obediencia sin inquisicion, sin exámen (2); porque no habeis de disputar, ni preguntar, ni examinar por qué, ni para qué, sino obedecer simplemente á lo que os mandaren. San Juan Clímaco dice: «Obediencia es obra sin exámen, muerte voluntaria, vida sin curiosidad, resignacion de su propio juicio y discrecion, no sin grande discrecion (3).» San Basilio, tratando cómo Cristo nuestro Redentor encomendó á San Pedro que apacentase sus ovejas (4), y en él á todos los superiores, dice (5) que así como las ovejas obedecen á su Pastor, y van por el camino que él quiere, así el religioso ha de obedecer á su superior é ir por el camino que él quiere, con mucha llaneza y simplicidad, como buena oveja, sin inquirir, ni escudriñar lo que le mandan.

San Bernardo habla muy bien de esta

---

(1) Lib. 5, cap. 4 *de la vida de N. P. S. Ignacio.*

(1) P. III. Constit. cap. 1, § 23; et P. VI. c. 1, § 1, litera *B.* y en la carta de la obediencia.

(2) Sine discussione, sine examine. *Casian. lib. 4, de instit. renuntiantium, c. 1, 10, 24, 25, 26, 41; et lib. 12 de spiritu superbiae c. 32; et collat. 18, c. 3; et collat. 2, c. 10.*

(3) Obedientia est inexaminatus, atque indiscussus motus, spontanea mors, vita curiositate carens, discretionis depositio inter divitias discretionis. *Climacus, gradu 4 in principio.*

(4) Pasce oves meas. *Joann. XXI, 7.*

(5) *Basilius, in Constitutione Monastic. cap.* 28.

obediencia ciega, y dice que esa es la perfecta obediencia: «La perfecta obediencia, especialmente en el que comienza, ha de ser indiscreta (1).» ¿Sabeis, dice, qué llamo indiscreta? de vuestra parte ha de ser indiscreta, esto es, que no querais vos discernir, ni examinar para qué, ó por qué me mandan esto; sino que á ojos ciegos, con humildad y confianza obedezcais, no mas de porque os lo mandan (2). Caro les costó á nuestros primeros Padres el querer inquirir y examinar la razon de lo que se les habia mandado: por ahí les entró y derribó el demonio, y ese fué el principio de todo su mal y nuestro. Dícele: «¿por qué os mandó Dios que no comiésedes de todos los árboles del Paraiso (3)?» Responde Eva: «Porque por ventura no muramos (4).» Habíales dicho Dios determinadamente que en comiendo de aquel árbol moririan (5), y ya Eva lo pone en duda pareciéndole que aquella sentencia de Dios no seria absoluta sino conminatoria; disposicion manifiesta para ser engañada, y asi lo fué. Dícele el demonio: «Andad, que no morireis; antes, si comeis de este árbol, sereis como dioses, y sabreis el bien y el mal, y por eso os mandó Dios que no comiésedes de él, porque no supiésedes tanto como él (1).» Dejóse Eva llevar del apetito de subir y ser mas de lo que era, y comió é hizo que Adan comiese. Pusiéronse á inquirir y examinar la causa de aquella obediencia, y de allí vinieron á comer y desobedecer, y á ser echados del Paraiso (2). Murieron luego muerte espiritual, porque pecaron mortalmente, y despues muerte corporal: y como al demonio le fué tan bien por allí, y echó tan buen lance, acométenos á nosotros muchas veces por ahí. Y asi nos previene y avisa de esto el Apóstol San Pablo, diciendo: "Temo os engañe la serpiente antigua, como engañó á Eva, y os haga caer de la santa simplicidad (3)." Guardaos de la serpiente, no la tomeis por la cabeza, que os morderá; tomad lo que os mandan por el cabo, ejecutándolo sin inquirir ni examinar por qué ni para qué, y de esa manera la obediencia os será vara y regla de lo que habeis de hacer. Especialmente á los principios, dice San Bernardo (4), que importa mucho acostumbrarse uno á obedecer de esta manera, á ciegas y sin inquisicion ninguna; porque es imposible, moralmente hablando, que pueda durar en la Religion el que desde luego quiere ser muy prudente y saber la razon de todo. Pues ¿qué ha de hacer? ¿cómo se ha de haber? Háse de hacer tonto y necio para ser sábio. Y esta ha de ser toda su discrecion, que en las cosas de la obediencia no tenga ninguna discrecion ni juicio, porque eso de discernir y mirar las razones, por qué y para qué, es propio del superior;

(1) Perfecta vero obedientia est, maxime in incipiente, indiscreta. *Bernardus epist. seu tractat. de vita solitaria ad Fratres de Monte Dei; et de ordine vitae, et morum institut. col.* 12.— Et Greg. *sup. lib. II. Reg. cap.* 4, dicit: «Vera obedientia, nec praepositorum intentionem discutit, nec praecepta discernit, quia qui omne vitae suae judicium majori subdidit, in hoc solo gaudet, si quod sibi praecipitur operatur; nescit enim judicare quisquis perfecte didicerit audire: quia hoc tantum bonum putat, si praeceptis obediat.»—Idem Cassianus *ubi supra.*

(2) Hoc est non discernere quid, vel quare praecipiatur, sed ad hoc tantum niti, ut fideliter, et humiliter fiat, quod a majore praecipitur. *Bern. ubi sup.*

(3) Cur praecepit vobis Deus, ut non comederetis de omni ligno Paradysi? *Gen.* III, 1.

(4) Ne forte moriamur. *Ibid.*

(5) In quocumque enim die comederis ex eo, morte morieris. *Gen.* II, 17.

(1) Nequaquam morte moriemini, sed eritis sicut dii scientes bonum, et malum. *Gen.* III, 4.

(2) Discrevit, comedit, et inobediens factus est, et de Paradyso ejectus est. *Bern.*

(3) Timeo autem, ne sicut serpens Evam seduxit astutia sua, ita corrumpantur sensus vestri, et excidant a simplicitate, quae est in Christo. *II. ad Corinth.* XI, 3.

(4) Novitium prudentem, incipientem sapientem in cella diu posse consistere, in congregatione durare, impossibile est. *Bern. epist. ad Fratres de Monte Dei, col.* 6.

y del buen súbdito no es sino abrazar con mucha humildad, simplicidad y confianza, lo que le ordenare el superior. La discrecion, dice el Santo (1), ha de estar en el superior, en el súbdito la ejecucion.

El glorioso Apóstol San Pablo pondera muy bien á este propósito la obediencia ciega del Patriarca Abraham en sacrificar á su hijo Isaac (2). Habíale Dios prometido (3) que multiplicaria su generacion como las estrellas del cielo y como las arenas de la mar, haciéndole padre de muchas gentes; y no tenia mas de aquel hijo Isaac en quien se pudiese cumplir esta promesa, ni tenia esperanza de tener mas hijos, porque era ya viejo y su muger tambien; y aunque la hubiera, en el mismo Isaac le habia Dios hecho la promesa (4); y con todo eso mandóle Dios que le sacrificase ese único y deseado hijo Isaac. No dudó en la obediencia, ni dudó tampoco del cumplimiento de la promesa que Dios le habia hecho; sino con una obediencia ciega comienza á poner en ejecucion lo que Dios le mandaba y alza ya el cuchillo para degollarle. "Contra la esperanza natural, tuvo esperanza (5);" venció la esperanza sobrenatural á la desconfianza natural que los ojos veian, pues veia que se quedaba sin hijo sacrificándole, y con todo eso no dudaba de la promesa de Dios (6), sino estaba muy cierto que se la habia de cumplir, ó resucitando despues á su hijo, ó de otra manera que él no entendia, ni sabia, dice el glorioso Apóstol San Pablo (7). Y agradó á Dios tanto esta obediencia que luego alli le hizo la promesa que naceria Cristo de él y que de esa manera se habia de multiplicar su generacion como las estrellas del cielo: "Por mí mismo he jurado, dice el Señor, que porque asi lo has hecho, y no perdonaste á tu hijo unigénito por obedecerme, te echaré mi bendicion y multiplicaré tu generacion, para que sea como las estrellas del cielo y como las arenas del mar; se enseñoreará tu generacion de las puertas de sus enemigos, y en tu generacion serán benditas todas las gentes de la tierra, porque obedeciste á mi voz (1)." Dice San Gerónimo: mirad cuánto agradó á Dios la obediencia ciega de Abrahan, pues asi la premia y galardona; por un hijo que quiso sacrificar á Dios, le manda que cuente las estrellas del cielo, y de esa manera dice que se ha de multiplicar su generacion (2). De aquí vinieron aquellos Padres antiguos á estimar tanto esta obediencia ciega, y á practicarla y ejercitarla tanto, que tenemos los libros llenos de ejemplos de esto, y muchos de ellos confirmados con milagros, para que entendamos cuánto agrada á Dios esta manera de obediencia.

Nuestro Padre siguiendo esta doctrina comun de los Santos, nos la declara con dos comparaciones muy propias y provechosas. «Cada uno, dice (3), de los que viven debajo de obediencia, haga cuenta que se ha de dejar llevar y regir de la divina providencia por medio del superior,

---

(1) Stultus fiat, ut sit sapiens.—Et haec omnis sit ejus discretio, ut in hoc nulla sit ei discretio; et haec omnis sapientia ejus sit, ut in hac parte nulla ei sit.—Discernere superioris est, subditorum est obedire. *Ib.*

(2) Ad Rom. IV, 18.

(3) Gen. XV, 4; et Gen. XVII, 4.

(4) In Isaac vocabitur tibi semen. *Ad Rom.* IX, 7.

(5) Contra spem in spem credidit, ut fieret pater multarum gentium. *Ad Rom.* IV, 18.

(6) Non haesitavit diffidentia. *Ib.*

(7) Sed confortatus est fide, dans gloriam Deo; plenissime sciens, quia quaecumque promisit, potens est et facere. *Ib.*

(1) Per me metipsum juravi, dicit Dominus; quia fecisti hanc rem, et non pepercisti filio tuo unigenito propter me, benedicam tibi, et multiplicabo semen tuum, sicut stellas coeli, et velut arenam, quae est in littore maris: possidebit semen tuum portas inimicorum suorum; et benedicentur in semine tuo omnes gentes terrae, quia obedisti voci meae. *Genes.* XXII, 16.

(2) Cum unico non parcit in terris, stellas pro filiis annumerare jubetur in coelis. *Hyeronimus, epist. de vera Circumcis.*

(3) P. VI. Constit. cap. 1; §. 1. Regul. 36 *Summarii.*

como si fuese un cuerpo muerto, que se deja llevar donde quiera y tratar como quiera.» La cual comparacion usaba el bienaventurado San Francisco y la repetia muchas veces á sus religiosos: «Ya somos muertos al mundo y á sus cosas (1).» Eso es ser religiosos, estar muertos al mundo, y por eso llaman muerte civil á la entrada en Religion; pues hayámonos como muertos. La señal de ser uno muerto es no ver, no responder, no sentir, no quejarse; pues no tengamos ojos para ver ni juzgar las cosas del superior; no tengamos réplicas ni respuestas para lo que ordena la obediencia; no nos quejemos ni nos sintamos cuando nos mandan lo que no nos dá gusto. Para el cuerpo muerto búscase lo peor de casa para vestirle y amortajarle, la sábana mas vieja y rota: asi el religioso ha de querer el vestido mas viejo y desechado; cada uno se ha de persuadir que lo peor de casa ha de ser para él, asi en el vestido como en la comida, aposento y en todo lo demas; y si no tiene esto, antes se siente de ello, no está muerto ni mortificado.

Mas dice nuestro Padre, que nos habemos de dejar llevar y regir de la divina providencia, por medio del superior, como un báculo ó baston de un hombre viejo, que donde quiera y en cualquiera cosa que de él se quiera ayudar el que le tiene en la mano, de todo le sirve. Asi como el báculo va donde le llevan, y donde le ponen alli asienta, y no tiene movimiento por sí, sino el que le dá quien le rige, asi el religioso no ha de tener movimiento propio, sino dejarse regir y gobernar del superior; por donde le llevaren, por alli ha de ir; á donde le pusieren, alli ha de sentar el pié, ahora sea en el lodo, ahora en lo enjuto, ahora en lo alto, ahora en lo humilde, sin resistencia, ni contradiccion alguna. Si el báculo, que os ha de ser de ayuda y alivio para andar, os hiciese alguna resistencia y no quisiese asentar donde vos quereis, sino en otro cabo, en lugar de ayudaros os seria estorbo é impedimento, y le arrojariades de vos: asi tambien, si cuando el superior se quiere ayudar de vos y poneros en tal lugar y en tal oficio y ocupacion, resistís á la mano del superior y teneis movimiento contrario al suyo, de obra, voluntad ó juicio, en lugar de ayudar estorbareis, y sereis carga, y dareis en qué entender á los superiores, y desearán descargarse de vos, y echaros de sí y arrojaros á otra parte, y andarán paloteando con vos de casa en casa, porque no sois buen báculo, ni se pueden servir, ni ayudar de vos como quieren. Un báculo, por pasatiempo y recreacion le toma uno para traerle en la mano, porque hace de él lo que quiere y juega de él como quiere. Asi ha de ser el religioso, que sea placer traeros en la mano y mandaros, y que pueda el superior hacer de vos lo que quisiere y gloriarse con el Centurion: "Tengo debajo de mi soldados, y digo á este que vaya, y vá; y á aquel que venga, y viene; y al otro que haga esto, y lo hace (1)."

San Basilio trae otra buena comparacion para esto (2). Asi como el oficial, que edifica ó hace alguna obra, usa de los instrumentos de su arte á su voluntad, y jamás hubo instrumento que no obedeciese muy fácilmente al artífice para que se sirviese de él como él quisiese, asi el religioso ha de procurar ser instrumento útil en la Religion, para que el superior se sirva de él como le pareciere que conviene para

(1) Mortui enim estis, et vita vestra est abscondita cum Christo in Deo. *Ad Colos.* III, 1.

(1) Habeo sub me milites, et dico huic, vade, et vadit: et alii, veni, et venit: et servo meo, fac hoc, et facit. *Matth.* VIII, 9.

(2) Basil. *in Constit. Monast. cap.* 20 *et* 28.

el edificio espiritual, y en ninguna manera ha de resistir á lo que quisiere hacer de él. Y mas: asi como el instrumento no escoje en lo que ha de servir, asi tampoco lo ha de escojer el religioso, sino dejarlo á juicio y parecer del artífice, que es el superior. Y mas abajo, prosiguiendo esta comparacion, dice que asi como el instrumento no se mueve cuando está ausente el artífice, porque no tiene movimiento de suyo, sino solamente el que le da el oficial, asi el religioso no se ha de menear, ni hacer negocio ninguno sin parecer y órden del superior: ni aun en las cosas mínimas ha de tener señorío de sí, ni aun por un solo punto de tiempo: *ne ad punctum quidem temporis*, sino siempre y en todas las cosas ha de ser movido y gobernado del superior. Esta es la forma y traza de la obediencia que habemos de tener en la Religion.

Acuérdome que decia un Padre muy grave (1), y que habia sido mucho tiempo superior en la Compañía, que quince años se le habian pasado en ella que no entendió que era menester dar razon de ninguna cosa de la obediencia: parecíale que hacia agravio al súbdito en darle razon de lo que le ordenaba. Procedian todos con tanta simplicidad y rendimiento, que no habia quien se pusiese á discurrir sobre las cosas que ordenaba el superior; sino en sabiendo «obediencia es,» sujetaban su juicio infiriendo «luego bueno es, lo mejor es, él sabrá el por qué.» Esto habemos de procurar llevar adelante; y los mas antiguos se han de aventajar y esmerar mas en ello, y no pensar que por esto tienen mas licencia para juzgar y examinar las obediencias y ordenaciones de los superiores.

De nuestro bienaventurado Padre San Ignacio leemos (1) que, siendo ya general en la Compañía, dijo diversas veces que si el Papa le mandase que en el puerto de Hostia, que es cerca de Roma, entrase en la primera barca que hallase, y que sin mástil, sin gobernalle, sin vela, sin remos, y sin las otras cosas necesarias para la navegacion y para su mantenimiento, atravesase la mar, que lo haria y obedeceria, no solo con paz, mas aun con contentamiento y alegria de su ánima. Y como oyendo esto un hombre principal se admirase y le digese: «¿y qué prudencia seria esta?» Respondió: «La prudencia, señor, no se ha de pedir tanto al que obedece y ejecuta, cuanto al que manda y ordena.»

## CAPITULO VII.

De la obediencia que se ha de tener en las cosas espirituales.

No solamente habemos de sujetar y rendir nuestro juicio y parecer en las cosas que parecen conformes á nuestra carne y sangre, sino tambien en las que le son contrarias y de suyo muy espirituales y santas. No piense nadie que en esas cosas tiene licencia de apartarse de la voluntad y juicio del superior; antes ahí es mas necesaria esta obediencia de juicio, porque como las cosas espirituales son tan altas, será mayor el peligro y la caida si no llevamos guia. Y en tanto grado es esto verdad, que viene á decir Casiano (2) que con ningun otro vicio trae tanto el demonio al monge á despeñarse en su perdicion, como cuando le persuade que, despreciados los consejos de los mas ancianos, se fie en su juicio, resolucion y ciencia. Y trae Casiano y

(1) P. Antonio de Araoz.

(1) Lib. 5, cap. 4 de la *vida de N. P. San Ignacio*.
(2) Cassian. *collat.* 2 *abbatis Moysis*, *cap.* 12.

tambien San Juan Clímaco (1) muchos ejemplos de monjes, que eran muy espirituales y muy dados á la oracion y ya antiguos y viejos; y por fiarse de su propio juicio, y quererse regir y gobernar por él, vinieron á ser muy gravemente engañados del demonio. A uno le hizo que viniese á querer sacrificar á su hijo que estaba juntamente con él en el monasterio, haciéndole creer que seria otro Abraham; y pusiéralo por obra, sino que el muchacho, viéndole aguzar el cuchillo y preparar los cordeles para atarle, sospechándolo, huyó. A otro le vino á traer á que se despeñase, persuadiéndole que seria mártir y que se iria luego derecho al cielo. De Heron monje, cuenta Casiano, que era de tanto recogimiento y abstinencia, que aun el dia solemne de la Pascua, cuando los demas monjes se juntaban en la iglesia y tomaban alguna recreacion y comian alguna cosa mas, él no queria salir de su celda, ni quebrantar su abstinencia, añadiendo siquiera algunas yervas, sino su comida era siempre pan y agua, y eso con mucha medida; y vino con esto á engendrársele una soberbia y un juicio propio tan grande, que le persuadió el demonio que era tan santo que ya para él no habia peligro ninguno en esta vida, y que aunque se echase en un pozo, no se haria daño alguno, sino que los ángeles le recibirian en palmas para que no se hiciese mal. Y asi una noche se echó en un pozo muy hondo para probar su virtud y merecimientos grandes; pero hirióse malamente y murió de ello al tercero dia. Acudieron luego los monjes al ruido, y con grande trabajo le sacaron medio muerto, y con ver al ojo el daño que habia recibido, y persuadirle todos que se arrepintiese, no hubo remedio de que creyese que habia sido ilusion, y asi acabó miserablemente. Para que por aqui entendamos el peligro grande que hay en fiarse uno de su propio juicio, y no se rendir y sujetar á quien debe, y esto por muy antiguo y espiritual que sea. Y asi vino á decir un Santo, y con mucha razon, que el que se cree á sí mismo, no ha menester demonio que le tiente, porque él es demonio para sí.

San Crisóstomo dice (1) que el que se fia de su propio juicio, por muy espiritual que sea, está á mayor peligro de errar que el muy principiante que se deja guiar y gobernar por otro: y compara al primero á un gran piloto que, fiado de su destreza, se entrase en medio de la mar en un navío sin remos, ni velas; y al segundo, al que no sabiendo nada de la facultad, se fiase de un muy diestro marinero que en su navío muy aprestado le pasase.

Pues no se engañe nadie pareciéndole que en cosas espirituales, como en ayunos, oraciones y otras penitencias y mortificaciones, se puede apartar de la obediencia y guiarse por su propio juicio; porque, como nota muy bien Casiano (2), una misma manera de desobediencia es quebrar el mandamiento del superior por gana de trabajar como por gana de estar ocioso. Y San Basilio dice: «Id siempre muy fundado en este principio, que no habeis de hacer cosa alguna, por buena que os parezca, contra el parecer y voluntad del superior; porque ya no sois vuestro, sino de la Religion: y asi eso será hurto, y aun sacrilegio, porque es de cosa que estaba ya dedicada y ofrecida á Dios;» y dá una buena razon: «si lo que haceis es bueno y cosa que os conviene; ¿para qué lo quereis hacer á escondidas y sin licencia (3)?» Tanto de-

(1) Cassian. *ubi sup. cap. 6 et sequent.*—Climacus, *gradu 4.*

(1) Chrysost. *hom. 7, super I. epist. ad Cor.*
(2) Cass. *collat. 4 Abbatis Daniel, cap. 20.*
(3) Hoc apud te constanter teneto, ut nihil omnino quidquam praeter illius sententiam facias; quidquid enim eo insciente facis, id furtum, et sacrile-

sea el superior vuestro bien como vos: decídselo, y él os dará licencia para ello, y así lo hareis con bendicion y con provecho; no lo hagais de manera que no solamente no aproveche, sino antes os dañe; no se os diga á vos aquello de Isaías: «¿Para qué os quereis cansar en valde (1)?»

Dicen muy bien los santos Gregorio y Bernardo (2): cosa mala nunca se ha de mandar; y en cosa que sea pecado, claro está que no ha de obedecer el súbdito; pero el dejar de hacer alguna cosa buena porque la obediencia lo prohibe, débese hacer. No era malo, sino bueno, el árbol del paraiso que Dios prohibió á nuestros primeros padres; pero para que con aquella obediencia pudiesen merecer mas y mostrar la sujecion y reconocimiento que debian á su Criador y Señor, quiso Dios prohibirles y mandarles que no comiesen de aquello que pudieran lícita y santamente comer si no se les hubiera prohibido. Pues así tambien los superiores prohiben algunas veces cosas que de suyo son buenas, ó porque no le convienen al súbdito por entonces, ó para probar su virtud y obediencia.

Añade en esto San Basilio una cosa particular; dice (3) que la verdadera y perfecta obediencia del súbdito no se echa tanto de ver en dejar de hacer lo malo, cuanto en dejar de hacer lo que de suyo es bueno y santo cuando le mandan que lo deje: y la razon de esto es, porque lo malo, aunque no se lo prohibieran, lo habia de dejar por ser malo: pero lo que de suyo es bueno y santo, solamente lo deja porque se lo mandan; y así resplandece ahí mas la virtud de la obediencia, pues si ella no estuviera de por medio no parece que habia por qué dejarlo. Y por el contrario tambien, cuando uno no se rinde y sujeta en las cosas espirituales, y que de suyo eran buenas y santas, muestra mas su propia voluntad y dureza de juicio, porque en otras cosas hay algun gusto y sensualidad, que hacen á uno faltar en el silencio, en la modestia, en la templanza, ó en otras obediencias semejantes: pero en estas, que son contra nuestra carne y sensualidad, no hay otro gusto sino hacer uno su propia voluntad y seguir su propio juicio, todo es desobediencia y dureza de cabeza: y así viene á ser que en lo que uno piensa que agrada mas á Dios, y que hace una obra de supererogacion y perfeccion, en eso muestra mas su imperfeccion y desagrada mas á Dios y á los superiores. Dios os guarde del caballo duro de boca, que como no siente ni obedece al freno, se sale con lo que quiere, y cuando menos penseis dará con vos en una esquina ó en un despeñadero. El buen caballo ha de ser blando de boca, que tome bien el freno, y se deje llevar y gobernar: así el religioso ha de ser blando de juicio, que tome muy bien el freno de la obediencia y se deje gobernar y llevar fácilmente á una parte y á otra.

En la Historia Eclesiástica se cuenta (1) de aquel gran Siervo de Dios, que llamaban Simon Stilita, que quiere decir: «El sentado en la columna:» *In columna sedens.* Tenia su asiento y estaba haciendo penitencia siempre en una columna de cuarenta codos en alto, en el invierno padeciendo gravísimos frios y en verano grandísimos calores; y era tan grande la penitencia y abstinencia que allí hacia, que venian algunos á

---

gium est, tibique exitium, non autem utilitatem ullam apportat, esto tu id bonum judices. Nam si bonum est, quid ita clam fit, ac non in aperto? *Basil. serm. seu exhort. ad vitam monasticam.*

(1) Ne offeratis ultra sacrificium frustra. *Isaiae* I, 13.

(2) Greg. *lib.* 3 *Moral., cap.* 13.—Bernard. *de ordine vitae et morum institutione.*

(3) Basil. *serm. de institut. Monast., et serm.* 1 *exercitationis ad pietatem.*

(1) Evagrius Epiphaniensis, lib. 1, cap. 13; et Theodoretus ut testis ocularis, et refertur in VII Synodo generali.

dudar si era hombre, porque no parecia que hombre humano podia hacer ni padecer lo que él alli padecia, especialmente que veian que cada año ayunaba todas las cuaresmas sin comer ni beber nada en toda ella. Pues viendo aquellos santos Padres del Yermo aquella manera de vida tan estraña y peregrina, hacen junta y congregacion sobre el caso para ver lo que convenia, y la resolucion que tomaron fué enviarle un recaudo en esta manera: «¿Qué manera de vivir tan nueva y nunca usada es esa? ¿Qué quiere decir que hayais vos dejado el camino usado y trillado de los Santos, y tomado un camino tan peregrino y tan nuevo que nunca nadie lo usó? Los Padres se han juntado en congregacion, y mandan que os bajeis luego de ahí y que sigais el camino comun y ya hollado que siguen los demas monjes, y os dejeis de novedades.» Pero advierten al mensagero, que si él en oyendo este recaudo le obedeciese y luego con prontitud y alegria quisiese bajar de su columna, que le daban licencia para que se estuviese quedo y perseverase en aquel tan nuevo como rigoroso modo de vivir, porque su obediencia era suficiente testimonio de que aquel camino era de Dios; pero si resistiese y no quisiese bajar y obedecer, mandan que por fuerza le haga bajar y quitar luego de alli. Va el mensagero con aqueste recaudo al Santo, y apenas habia acabado de declarar el mandato que llevaba de los Padres, de que bajase de alli, cuando él habia echado el un pie para bajar y obedecer. Entonces el mensagero dále el segundo recaudo que llevaba, y dícele: «Tened buen ánimo, Padre mio, y perseverad en hora buena en esa manera de vivir que habeis tomado, porque de Dios es, y asi les ha parecido á aquellos Padres (1).» Débese ponderar mucho aqui, por una parte la grande obediencia y rendimiento de juicio del Santo en una cosa tan buena y que entendia él que era de Dios; y por otra, cuánto caso hicieron todos aquellos Padres de aquella obediencia y rendimiento, pues la tuvieron por señal bastante para juzgar que aquel era espíritu de Dios; y si no se rindiera y sujetara luego á la obediencia, luego lo juzgaran por suficiente para no tenerlo por bueno.

Esta señal es muy buena, y usan comunmente de ella los confesores y maestros de espíritu en muchas cosas, para conocer si nacen de buen espíritu, ó no. Está el penitente muy aficionado á comulgar muy á menudo, y dícele el confesor que no comulgue tan á menudo. Está deseoso de hacer mucha penitencia, muchos ayunos, disciplinas y cilicios; y el otro querria dormir en el suelo, y el otro dormir menos, y otras cosas semejantes. Muy bueno es por cierto, y muy loable el deseo de mucha penitencia y mortificacion; y de los dos estremos, lo que tiene menos sospecha es inclinarse antes contra sí que por sí; porque la naturaleza del amor propio siempre se ha de temer y tener por sospechosa. Pero lo que es mejor en todas estas cosas, y sin sospecha ninguna, es dar uno cuenta al superior, ó al confesor, de todo lo que hace y de todo lo que desea, y regirse por lo que él determinare: con eso agradará mas á Dios y merecerá mas. Y nótese aquesta teología, que es muy buena y muy cierta: si uno tiene deseo eficaz de hacer algunas penitencias, ó mortificaciones, y dando cuenta de ello al superior le ordenare que deje las tales obras, obedeciendo en esto, no solamente no pierde el mérito y ganancia de aquellas obras, antes la acrecienta y dobla; porque gana por una parte el valor y mérito de las tales obras y penitencias por la voluntad eficaz

(1) Bono animo sis, et strenue rem gere; statio tua a Deo est instituta.

que tenia de hacerlas; y por otra parte, gana el valor y mérito de la obediencia, dejándolas por obedecer. Y algunas veces será mayor este mérito que el primero, por la mayor abnegacion y resignacion de su voluntad y juicio, dejando lo que tanto deseaba por obedecer y hacer la voluntad de Dios declarada por el superior. Y asi le fué enseñada del cielo esta teología á la bienaventurada Santa Brígida: era esta santa muy aficionada á grandes penitencias, y el Padre espiritual que la gobernaba, quitóle en un tiempo parte de ellas, porque asi convenia á la salud. Ella, aunque obedeció, hízosele dificultoso, y temia no recibiese su alma algun detrimento en la virtud. Apareciósele la Vírgen Sacratísima, y díjole: «Mira, hija, si dos hombres desean ayunar un dia por su devocion, y el uno, que está en su libertad, ayuna de hecho, recibe una paga por aquel ayuno; y si el otro, que está en obediencia, no ayuna porque se lo ordena asi el superior, este recibe la paga doblada; la una, porque deseó ayunar de buena gana; la otra, porque negó su voluntad y obedeció (1).»

Aun allá los filósofos gentiles conocieron y estimaron mucho esta manera de obediencia y rendimiento. Cuenta Plutarco, de Agesilao, que era un capitan famosísimo de los lacedemonios, que andando él muy ocupado en las guerras contra los enemigos de la patria, y sucediéndole las cosas muy prósperamente, con grandes victorias y pujanzas, le llegó un dia un recaudo de su república, mandándole que se retirase; y estando él en medio de sus honras, y con gran ventaja sobre los contrarios, luego cesó y se retiró. Y dice Plutarco que ganó mayor honra y fama con esto que con cuanto habia hecho en toda su vida.

(1) Lib. IV. *revelationum S. Brigidae, cap.* 26.

Pero dejemos ejemplos estraños, pues los tenemos propios. ¿A quién no espantará aquella grande obediencia del P. San Francisco Javier (1) (que con razon estimaba en tanto nuestro P. San Ignacio), que teniendo en las manos la conquista y conversion de un nuevo mundo, y llamándole nuestro Padre á Roma con sola una letra, que puso al fin de la carta, junto á su firma, que era una I, que en romance quiere decir *id*; estaba muy satisfecho que luego dejaria aquella tan grande empresa, y tomaria el camino para Roma desde casi lo último del Oriente, y sin duda lo hiciera, si antes que llegara la carta no fuera ya ido á gozar de sus trabajos al cielo?

## CAPITULO VIII.

En que se confirma lo dicho con algunos ejemplos.

Del abad Nesteron se dice que el dia que entró en Religion hizo cuenta consigo: «Yo, y el jumento de casa todo es uno. De hoy mas has de ser como él. Todo lo que le echan á cuestas lo lleva, sin decir por qué, ni para qué; mucho es, ó poco es; no resiste en cosa alguna, ni tiene juicio contrario; y aunque le den de palos, no se injuria ni deja de trabajar, y por ser animal humilde y despreciado, de todos es tenido en nada, y con un poco de paja le hacen pago (2).» Y mas, asi como la bestia no va por donde quiere, ni descansa cuando quiere, ni hace lo que quiere, sino en todo y por todo obedece al que la rige; asi ha de hacer tambien el religioso. Y como la bestia no come para sí, ni descansa para sí, sino todo es para servir mas á su due-

(1) Lib. 6, *cap.* 8 *de su vida.*

(2) Ego, et asinus unum sumus. Quidquid ei imponitur, hoc portat, et sine mora. *In vitis Patrum libelo de humilit. pag.* 652 *in nova impressione.*

ño; así tambien el religioso no ha de comer para sí, ni dormir, ni holgar, ni descansar para sí, sino todo eso ha de ser para servir mas á Dios nuestro Señor y á la Religion. "Como un jumento, Señor, estoy delante de tí," decia el Profeta David (1). Pues haceos vos como un jumento en la Religion, y de esa manera aprovecharéis mas en ella.

Cuenta Simeon Metafraste, y tráelo Surio en la vida de Santa Melana romana, un ejemplo que solia ella contar á sus religiosas. Llegó un mancebo á uno de aquellos grandes monjes antiguos, diciendo que queria ser su discípulo: el viejo, queriéndole mostrar cuál habia de ser, si queria ser religioso ó discípulo suyo, mandóle que á una estátua, que allí estaba, la azotase y diese de palos y de coces. El mancebo hízolo así. Y hecho, preguntóle el viejo, si la estátua se habia quejado ó resistido. Respondió el mancebo que no. Pues torna, dice, de nuevo á herirla, como de primero y fuera de eso, dile muchas injurias y baldones; y como el mancebo lo hiciese así segunda y tercera, tornóle á preguntar el viejo si se habia sentido y agraviado de aquello la estátua. Respondió el mancebo que no, porque al fin era estátua que no sentia ni hablaba. Entonces dícele el viejo: «pues si tú puedes sufrir que yo haga contigo lo que tú has hecho con esta estátua, sin resistir, ni contradecir, ni agraviarte de ello, entra en buen hora á ser mi discípulo; pero sino, vuelve á tu casa que no eres para religioso.»

De Santa Gertrudis se lee que tenia una abadesa de mucha santidad, pero era mal acondicionada y daba respuestas desabridas. La Santa rogaba á Dios que le quitase aquella mala condicion. Respondióle el Señor: «¿Para qué quieres que se la quite, pues con esto tiene ocasion de mantenerse en humildad, que viendo que ha caido en alguna impaciencia se humilla y reconoce su flaqueza? Y tambien ¿qué mereceríades vosotras en obedecer si ella fuese bien acondicionada? Yo le dejo esa falta para ejercicio vuestro y para que aprendais á obedecer.»

Semejante á esto es lo que cuenta Blosio (1) de la misma Santa, que orando ella una vez por un defecto de cierta persona que gobernaba una congregacion, le apareció el Señor y le dijo: «Yo por la abundancia de mi piedad, dulzura y amor divino, con que escogí esta congregacion, permito que tengan algunos defectos aun los mismos que la gobiernan, para que por ese camino se aumente el merecimiento de la congregacion, porque mucho mayor virtud es sujetarse á alguno, cuyas faltas se conocen, que á otro cuyas obras parece que son perfectas. Yo permito que los superiores tengan algunos defectos y que por las muchas ocupaciones y diversos cuidados que tienen, algunas veces se descuiden, para que se humillen mas. El merecimiento de los súbditas crece y se aumenta así con los defectos como con las virtudes de quien los gobierna, y de la misma suerte crece el merecimiento de quien los gobierna y rige, como es razon, así con el aprovechamiento y virtudes como con los defectos de los súbditos.» En las cuales palabras del Señor, entendió Santa Gertrudis la abundantísima piedad de la sabiduría divina que tan secretamente dispone la salvacion y remedio de sus siervos, permitiendo faltas en ellos para hacerlos mas perfectos.

En la vida de San Antonio escribe San Atanasio, de aquellos monges antiguos que se dedicaban á la obediencia, que buscaban

(1) Ut jumentum factus sum apud te, et ego semper tecum. *Ps.* LXXII, 33.

(1) Blos. *cap.* 4. *Monil. spiritualis.*

superiores ásperos y desabridos que no les agradeciesen lo que por ellos hacian, sino que los reprendiesen, como lo hacia Pacomio á Teodosio su discípulo, para purificarle, si habia algun polvo de vanagloria. Y mientras los superiores eran mas difíciles y desabridos, ellos eran mas obedientes. Una de las maneras religiosas de vivir, que usaban aquellos santos padres antiguamente, era estar dos discípulos debajo de la disciplina y correccion de un padre viejo, al cual tambien servian en todas las cosas, de la manera que un siervo sirve á su señor. Por donde asi como el señor á cada paso tiene ocasion de reprender y castigar á su siervo, por no hacer las cosas á su voluntad, asi tambien aquellos maestros tenian esta misma ocasion: y asi unas veces por la aspereza de su condicion, otras por ejercicio de su virtud, usaban tratar ásperamente á sus discípulos: hasta los treinta años, dice San Juan Clímaco que los probaban en varios trabajos é injurias.

Cuenta Casiano (1) de una muger noble y rica, que vivia en la ciudad de Alejandría muy religiosamente, que recibia tanto gusto en padecer que no se contentaba con llevar de buena gana las penas y trabajos que se le ofrecian, sino andaba buscando y procurando que se le ofreciesen nuevas ocasiones para ejercitarse mas en la paciencia y mortificacion. Y con este deseo fué al santo obispo Atanasio, y pidióle que le diese una viuda, de las que sustentaba la Iglesia, para sustentarla y regalarla en su casa. El santo obispo, alabando su buen deseo, mandó que le diesen una, la mas sierva de Dios, y de mas buenas y apacibles condiciones que hubiese. Llevóla á su casa, y servíala y regalábala mucho. Pero como viese la blandura y comedimiento de la muger, y que todo era darle gracias y alabarla por los servicios y buenas obras que le hacia, volvió al obispo, y quejósele mucho que ¿cómo habiéndole pedido una muger á quien sirviese, para ejercitarse y aprovecharse, no se la habia dado? El Santo, no entendiendo bien su deseo, pensando si por descuido no le habian dado muger alguna, informóse de ello, y hallando que le habian dado la mejor de todas, y entendiendo por allí el fin y motivo de su peticion, respondió que él proveeria. Y manda que le den la mas mal acondicionada y de menos virtud de cuantas habia. La cual, dice que fué mas fácil de hallar que la buena. Escogen, pues, una muger seca, desgraciada, ingrata, melancólica, airada, habladora, rencillosa, etc. Llévala á su casa, comiénzala á servir con gran caridad y humildad como á la primera, y aun mas. Y de todo no recibia de ella otra paga, ni otro agradecimiento, sino riñas, afrentas, maldiciones; dábala en rostro con todo, y decia que no la habia traido allí para regalarla, sino para atormentarla; y aun algunas veces se encolerizaba tanto que venia á poner en ella las manos. A todo esto callaba la santa muger y sufria, doblando y tresdoblando el servicio y el regalo; mientras mas injurias recibia, mayores servicios y beneficios le hacia: con los cuales ejercicios sentia ella grande ayuda y provecho en su alma. Y asi fué á dar las gracias al obispo, porque le habia cumplido su deseo, dándole tal maestra de paciencia, con quien tuviese perpétua ganancia; y ocupada en estos y otros ejercicios, murió en el Señor.

Solia contar el abad Pemenes lo que le habia acontecido con el abad José, siendo novicio. Y era, que teniendo en su monasterio el abad José una higuera muy hermosa, le enviaba cada mañana á que comiese de ella, que para la abstinencia que los monjes profesaban era una cosa estraordinaria. Un dia que se lo dijo era viernes, y

(1) Cassian. *colat.* 18, *cap.* 11.

él no osó comer entonces por no quebrantar el ayuno de aquel dia, tan recibido y universal de todos ellos: remordiéndole despues la conciencia por no haberle obedecido, fué á él y díjole: «Perdóname, Padre, en lo que te quiero preguntar; ¿qué es la causa por qué, profesando nosotros tanta abstinencia, me has mandado todos los dias que coma de los higos, y especialmente en un dia como este? porque te hago saber he estado muy confuso hoy, por causa del ayuno que todos solemos tener en este dia, por la cual causa no me he atrevido á comer; por otra parte tengo vergüenza y remordimiento de no haberte en esto obedecido, pues sé que sin causa no me mandarías tal cosa.» Respondió á esto el santo viejo: «Hijo, los Padres antiguos del Yermo no mandaban á los monjes á los principios cosas tan concertadas y hacederas, sino cosas que á prima faz algunas veces parecian desatinos y locuras, para probarlos si tenian rendimiento de juicio y verdadera resignacion de su voluntad; y cuando veían que hacian estas cosas sin replicar ni dudar, de allí adelante no les mandaban sino las cosas necesarias y convenientes.»

En las *vidas de los Santos Padres* se cuenta que uno de aquellos Santos antiguos vió una vez cuatro órdenes de justos en el cielo. El primero, era de los hombres enfermos, que en sus enfermedades habian tenido paciencia y dado gracias á Dios. El segundo, superior á este, era de los que acogían y hospedaban á los pobres y peregrinos y servian á enfermos, y finalmente se ejercitaban en obras de caridad. El tercero, era de los que dejadas todas las cosas vivian en el Yermo con mucha pobreza y abstinencia, ocupados en oracion. El cuarto órden, superior á estos, era de aquellos que por amor de Jesucristo vivian en obediencia, sujetos á voluntad agena en todo: y estos vió que estaban con cadenas y collares de oro y que tenian mas gloria que los demas. Maravillado de ver esto, preguntó cómo tenian aquellos mas gloria que los monjes solitarios y los demás. Y fuéle respondido que la causa era porque los monjes en su soledad, y los que se ocupaban en obras de caridad, en lo que hacian cumplian su propia voluntad; pero el obediente no, antes la sacrificaba á Dios; y como la voluntad era cosa tan estimada en el hombre, así el sacrificarla era de tanto mérito delante Dios; y aquella honra de aquellos collares de oro, era porque abajaron sus cervices al yugo de la obediencia.

Concuerda con esto lo que se cuenta de el abad Pambo, que viniéndole á visitar cuatro monjes del Yermo, todos muy señalados en virtud, porque el primero se señalaba principalmente en ayunos y asperezas grandes que hacia; el segundo en pobreza; el tercero en caridad para con sus prójimos; el cuarto habia veinte y dos años que vivia debajo de obediencia; el santo abad antepuso este último á todos los otros tres, porque aquella virtud que tenian, la habian conservado de su voluntad; y este, dejando totalmente su voluntad, se habia hecho siervo de la agena. Y diciendo esto añadió que los que esto hicieren, perseverando hasta el fin, se pueden llamar verdaderamente mártires.

## CAPITULO IX.

**De dónde nace el tener juicios contra la obediencia, y de qué medios nos ayudaremos contra ellos.**

La raiz de donde nace el ofrecérsenos juicios y razones contra las cosas que ordena la obediencia, es nuestra inmortificacion. Pero dirá alguno: «eso parece que es como si preguntáramos de dónde nace ser soberbio, y respondierádes que de falta de humildad. Claro está que si yo tuviera

mortificado el juicio, tuviera simplicidad en la obediencia y no tuviera juicios contra ella.» Pues no digo eso, sino lo que digo es, que de no estar nosotros mortificados en nuestras pasiones y apetitos, y de ser muy amigos de nuestras propias comodidades y cumplir nuestra propia voluntad, y de no estar indiferentes y resignados para todo lo que nos pueden mandar: de ahí nace que, cuando lo que nos mandan es contra nuestra voluntad y apetito, se nos ofrecen muchas razones y juicios contra ello; sino, entre cada uno dentro de sí, y mire cuándo se le suelen comunmente ofrecer los juicios y réplicas contra la obediencia, y hallará que cuando le mandan aquello á que tiene repugnancia, cuando no le conceden lo que quiere, cuando le mortifican y tocan en lo vivo y en lo que le duele, entonces vienen á montones las razones aparentes contra lo que se ordena; empero cuando le mandan lo que le dá gusto y es al sabor de su paladar, no se le ofrecen ningunos juicios ni razones contrarias, antes le parece que viene de molde y que es la cosa mas acordada del mundo.

San Gerónimo, sobre aquellas palabras del profeta Oseas: "Fué hecho Efraín como una paloma engañada que no tiene corazon (1)," pregunta por qué Efraín no se compara á otras aves, sino á la paloma. Y responde: Esotras aves procuran defender sus pollitos, aun con peligro de su vida; y cuando ven que el milano ó el gavilan, el cuervo ó la culebra llega á su nido, anda volando ó revoloteando, defendiendo cuanto pueden á sus hijuelos; y cuando mas no pueden, muestran el dolor que sienten con una voz ó quejido lastimero. Pero la paloma no defiende á sus pollitos, no se queja ni muestra sentimiento cuando se los quitan, ni los anda despues á buscar (1). Por eso se compara Efraín á la paloma. Y por esto nos dice á nosotros Cristo nuestro Redentor (2), que imitemos á la paloma, que cuando nos quitaren á nuestros hijuelos, aquello que amamos y á que estamos aficionados, seamos como la paloma, que no resistamos ni contradigamos, ni nos quejemos, ni mostremos sentimiento de ello. De manera, que de nuestra inmortificacion y de la dificultad y repugnancia que sentimos en aquello que es contra nuestra voluntad, de ahí nacen los juicios; y asi, el medio principal que podemos poner de nuestra parte contra esta tentacion, es procurar mortificarnos y no tener propia voluntad, sino estar muy indiferentes y resignados para todo lo que el superior quisiere hacer de nosotros, y que no se nos dé mas que nos manden esto que aquello.

Por eso aquellos santos Padres antiguos, como buenos maestros de espíritu, ejercitaban mucho á sus súbditos mandándoles cosas que parecian fuera de propósito, para probar su obediencia y quebrarles la propia voluntad y juicio; y asi, aquel sin propósito, era muy á propósito; porque mucho mas va en que vos os mortifiqueis y en que os quiebren vuestra voluntad y juicio, trayéndoos al retortero, que en lo que se podia ganar haciendo la cosa de otra manera. Muchas veces quiere el superior que se pierda aquello y lo otro, por ganaros y aprovecharos á vos; y no es pérdida esa, sino ganancia. Asi como los que doman los caballos briosos, los hacen andar unas veces apriesa, otras despacio, otras al rededor, otras al medio del caracol volver al revés, y en medio de la carrera parar de repente, para que asi se acostumbren á obedecer al freno y á no seguir sus ímpe-

(1) Et factus est Ephraim, quasi columba seducta, non habens cor. *Oseae* VII, 11.

(1) Sola columba ablatos pullos non dolet, non requirit. *Hier. loc. cit.*

(2) Matth. X, 16.

tus y movimientos; de esa manera hacen los buenos maestros de espíritu. Así leemos que lo hacia el gran Antonio con su discípulo Paulo; haciale coser la vestidura, y luego tornarla á descoser; y tejer la cestilla, y luego destejer lo que habia tejido. Y otros hacian á sus discípulos que sacasen agua del pozo y que luego la derramasen en el mismo pozo; y del bienaventurado San Francisco leemos que en medio del camino hacia á su compañero Fray Maseo que diese tantas vueltas al rededor, hasta que desvanecido y aturdido caia en tierra; y á los otros que querian entrar en su Religion, les mandó plantar lechugas y colino al revés, las raices hácia arriba, para probar su obediencia y desarraigar de ellos todo el propio sentido y que no quedase rastro de propio juicio, ni de propia voluntad. ¡Y pluguiese á Dios que se usase mas el dia de hoy este ejercicio, porque si uno estuviese acostumbrado á que le hiciesen deshacer lo bien hecho, no se sentiria cuando le reprendiesen lo mal hecho!

Pero porque esta mortificacion y resignacion entera pide grande perfeccion, mientras no llegamos á ella, nos podemos ayudar de nuestra propia inmortificacion, conociéndola y atribuyéndolo todo á ella. Y ese será muy buen medio para que los juicios y razones que se os ofrecen contra la obediencia no os hagan daño ninguno, porque entendiendo que aquello es falta é imperfeccion vuestra, no hareis caso de ello. Un enfermo que conoce su enfermedad, bien sabe que aunque tenga sed, no le conviene beber, y que aunque le amargue la purga y le duela la sangría, aquello es lo que le conviene, y por esto no cree á su apetito ni se fia de sí, sino sujétase al médico, siguiendo su parecer y teniendo aquello por lo mejor. El conocer que está enfermo, le ayuda para no fiarse de sí, sino seguir el parecer del médico; así nosotros estamos enfermos, llenos de amor propio y de pasiones desordenadas, no sabemos apetecer sino lo que nos hace daño, como el enfermo, y lo que es bueno y provechoso, eso nos da en rostro y nos enfada. Pues usemos del remedio que usa el enfermo que quiere sanar; no nos creamos á nosotros, sino creamos al superior, que nos cura y nos rige, y tengamos por acertado lo que él manda y ordena, no haciendo caso de los juicios que se nos ofrecen, sino teniéndolos por antojos de enfermos. De esta manera no solo no os dañarán los juicios y razones que se os ofrecen contra la obediencia, antes sacareis fruto de ellos y os confirmareis mas en la obediencia, porque volvereis luego sobre vos diciendo: «como estoy enfermo, dame en rostro lo bueno y lo que me hace provecho; no he menester yo otra señal para entender que aquello es lo que conviene y lo mejor, que darme á mí en rostro y ofrecérseme dificultades contra ello, porque estoy enfermo y tengo estragado el gusto.»

Este es gran remedio contra todos los juicios que se nos ofrecen, no solo contra la obediencia, sino tambien contra nuestros hermanos; volverlos luego contra sí; «yo soy el que ando ciego y errado, que lo que va bien me parece mal, ¿qué juicio tengo yo para quererle hacer regla de otros?» Y cuando os diere en rostro la condicion de vuestro hermano y su modo de proceder, habeis de echaros á vos toda la culpa: «yo soy el que tengo la mala condicion, y por eso me da en rostro aquello y lo otro; en mí esta la falta y no en el otro.»

Contra todas las tentaciones es gran remedio entender que aquella es tentacion, y por eso el demonio cuando nos quiere tentar, trabaja cuanto puede por que su tentacion no parezca tentacion, sino razon, para que caigamos en ella. Como el cazador,

cuando arma el lazo procura siempre que no parezca lazo, sino cebo, porque aun la bestia y el ave no caeria en él si le tuviese por lazo. Asi hace el demonio; transfigúrase en ángel de luz (1), para que pensemos que es luz y claridad lo que es oscuridad y tinieblas. ¡Dios os libre de la tentacion que no parece tentacion sino razon! Cuando vuestros juicios os llevan tan de vencida, que os hacen creer que aquello no es pasion ni tentacion, y que no lo decís por lo que á vos os toca, sino por ser cosa clara y que cualquiera lo echará de ver, entonces grande es vuestro peligro y trabajoso el remedio. Esas que vienen con apariencia de bien, son las mas graves y peligrosas tentaciones (2): cuando la tentacion viene descubierta la cara, podeis ayudaros de muchos medios para vencerla; pero cuando no se conoce por tentacion, sino antes se tiene por razon, ¿cómo la habemos de desechar? Cuando no se conoce uno por enemigo, sino antes se tiene por amigo, ¿cómo nos habemos de guardar de él? Decia un gran siervo de Dios que él no tenia miedo á los defectos que conocia y aborrecia, sino á los que no conocia, ó no estimaba, ó escusaba.

Pues volviendo á nuestro punto, digo que será gran remedio para cuando se nos ofrecen razones y juicios contra la obediencia, volvernos contra nosotros y entender que esa es enfermedad é inmortificacion y falta nuestra, y asi no hacer caso de ellos: y tenemos harta razon para hacer esto; porque tal es nuestra carne y sensualidad, que luego inventa y halla muchas razones aparentes para lo que le da gusto y contento, y muchos inconvenientes para lo contrario. Ciéganos tanto el amor propio y las pasiones que tenemos, que fácilmente nos hacen creer y juzgar de la cosa muy al contrario de lo que ella es. Asi como al hombre que tiene gran sed, el agua le parece la cosa mejor y mas dulce y sabrosa del mundo, porque juzga segun la disposicion que tiene, asi al que tiene alguna pasion viva, la aficion desordenada que tiene le representa la cosa muy diferente de lo que es y le hace juzgar lo contrario de la verdad; y pues el hombre conoce de sí que no está limpio de las aficiones terrenas y que tiene vivas muchas pasiones, no se ha de fiar fácilmente de su propio juicio, antes le ha de mirar como á enfermo y enemigo para guardarse de él.

Y no nos habemos de contentar con no dejarnos llevar de estos juicios, sino habemos de procurar quedar mas aprovechados de la tentacion, y mas confundidos y humillados, diciendo: «¿Cómo? ¿que yo sea tan soberbio que tenga juicios contra mi superior? ¿Que vine yo á la Religion á ser estropajo de todos y que me quiera yo anteponer al que es mi cabeza y superior de todos? No vine yo á mandar, ni á regir, ni gobernar, sino á obedecer y ser mandado: no tengo yo de juzgar á mi guia, sino ella á mí.» Este es un remedio general, y muy provechoso para sacar fruto de todas las tentaciones (1). De la misma soberbia y vanagloria que nos viene, habemos de tomar ocasion para humillarnos mas: asi como el demonio procura hacer de la triaca ponzoña, haciendo que nos ensoberbezcamos de la virtud y del mismo acto de humildad que hacemos; asi nosotros habemos de hacer de la ponzoña triaca, humillándonos mas de la soberbia que nos viene. «¡Que siendo yo tan ruin y tan imperfecto como soy me viene soberbia! ¡Que de lo que hago mal me viene vanidad y quiero

(1) Ipse enim Satanas transfigurat se in angelum lucis. *II. ad Cor.* XI, 14.
(2) Part. II, trat. 4, cap. 19.

(1) Part. II, trat. 4, cap. 22.

ser tenido y estimado por ello! Ahí se verá bien quien yo soy.» Esta es una maravillosa contramina para los ardides del demonio, procurar sacar ganancia de dónde él procura nuestra pérdida (1).

De otras muchas cosas nos podemos tambien ayudar para no dar crédito á nuestras razones, ni hacer caso de nuestros juicios, sino tenerlos siempre por sospechosos. Lo primero, porque si en todas las cosas dicen comunmente los sábios que es prudencia verdadera no fiarse uno de su propia prudencia, ¿cuánto mas lo será en las cosas propias, donde uno es parte? Cosa clara es, y primer principio en filosofía moral, que ninguno es buen juez de sí mismo (2). En las cosas propias, comunmente no son los hombres buenos jueces, por la pasion y amor propio que nos ciega; y asi no es razon que nos fiemos de nuestros juicios, sino que sigamos el juicio del superior y ese tengamos por acertado.

Lo segundo, nos puede ayudar para esto que el súbdito mira algunas razones particulares que se le ofrecen, y el superior mira estas y otras muchas que el súbdito no sabe ni puede saber; y aunque considerando solas aquellas razones particulares, fuera por ventura lo mejor lo que á vos se os ofrece; pero considerando juntamente todas las razones que el superior sabe que hay, no es esto lo mejor; y asi no solo en via de Religion y de perfeccion, sino en ley de prudencia, es grande indiscrecion y soberbia ponerse uno á juzgar y sentenciar lo que ordena el superior, por una razon ó dos que se le ofrecen, á las cuales ha dado el superior muchas vueltas, y tiene él otras por las cuales conviene hacer otra cosa. San Agustin trae una buena comparacion de la cabeza, que es la parte superior del hombre. El ánima, dice, anima y vivifica todo nuestro cuerpo; pero en la cabeza resplandecen todos los cinco sentidos, ver, oir, oler, gustar y tocar. En los demas miembros solo hay el sentido del tacto, y por eso todos los miembros están sujetos á la cabeza, y ella está encima de todos ellos, como superior, para regirlos y gobernarlos; pues asi en el superior, como en cabeza, resplandecen todos los cinco sentidos, y en vos, como en miembro, solo uno. Vos tocais una sola razon particular, y el superior las toca todas; oye, ve y sabe todo lo que hay en aquel caso, y asi es razon que se sujeten los miembros á la cabeza. Aun allá suelen decir que mas sabe el nécio en su casa que el cuerdo en la agena; cuánto mas sabrá el cuerdo en su casa que el otro en la agena. Dice el Sábio: "No juzgueis contra el Juez, porque él juzga segun es justo (1)." Mirad que es indiscrecion querer juzgar lo que no sabeis por donde va ni por donde viene, ni lo podeis saber, ni es bien que lo sepais.

Lo tercero, ayudará para rendir nuestro juicio y sujetarnos al del superior, considerar que el superior mira el bien comun de toda la casa y de toda la Religion, y vos como particular mirais en derecho de vuestro dedo, y teneis ojo á vuestras comodidades particulares, y el bien comun y universal háse de preferir al particular; que aun acá vemos que las cosas naturales dejan de hacer segun las particulares inclinaciones por el bien comun y universal, como el agua deja de correr hácia abajo en la cantimplora y otras veces sube arriba porque no se dé vacío, por la perfeccion del universo, que dicen los filósofos: *Propter perfectionem universi.* Asi cada particular ha de

(1) Salutem ex inimicis nostris, et de manu omnium, qui oderunt nos. *Luc.* I, 71.
(2) Nemo est rectus judex sui ipsius.

(1) Non judices contra judicem, quoniam secundum quod justum est, judicat. *Eccl.* VIII, 17.

ceder de su comodidad é inclinacion para que se cumpla con el bien comun á que atiende el superior.

Lo cuarto, ayudará tambien para que no demos crédito á nuestros juicios la esperiencia que tenemos de nosotros mismos. ¿Cuántas cosas creimos y tuvimos por muy averiguadas, y las afirmamos por ciertas, en las cuales manifiestamente fuimos engañados, mudamos parecer, y nos avergonzamos despues de haber creido lo que creimos y juzgado lo que juzgamos? Si un hombre os hubiera engañado dos ó tres veces, no os fiárades mas de él: pues ¿por qué os fiais de vuestro propio juicio habiéndoos engañado tantas veces? Y asi esta esperiencia que tiene uno de su ignorancia y de haberse engañado otras veces, suele ser causa que en las cosas en que los mozos fácilmente se determinan, los mas antiguos procedan con mas recato y consideracion como gente madura, prudente y esperimentada.

## CAPITULO X.

Decláranse tres razones que dá el Apóstol San Pablo para obedecer.

"Obedeced á vuestros superiores y sujetaos á ellos, porque velan como que han de dar cuenta de vuestras almas, para que hagan esto con alegría y no con pena; porque esto no os conviene á vosotros (1)." Tres razones nos dá el Apóstol San Pablo en estas palabras para exhortarnos á obedecer á nuestros superiores, que pues son razones del Espíritu Santo, y dichas por boca del Apóstol, no pueden dejar de ser muy buenas y provechosas. La primera es: Obedeced á vuestros superiores y haced todo lo que os mandaren: siempre se entiende donde no hubiere pecado, como queda declarado (1), y en ese fundamento vamos siempre en todo lo que dijéremos. Pues sujetaos á ellos, porque ellos velan como quien ha de dar cuenta á Dios de vuestras ánimas. Uno de los mayores descansos y consuelos, que tenemos los que estamos en Religion, es este, que estamos seguros que, haciendo la obediencia, vamos acertados. El superior es el que podrá errar en mandar esto, ó aquello; mas vos cierto estais que en hacer eso que os mandan no errais, porque á vos solamente os pedirá Dios cuenta si hicistes lo que os mandaron, y con eso dareis vuestro descargo muy suficientemente delante de Dios. No tencis que dar cuenta, si fué bien aquello, ó si fuera otra cosa mejor; porque eso no pertenece á vos, ni se pondrá á vuestra cuenta sino á cuenta del superior. En haciendo la cosa por obediencia, quita Dios eso de vuestro libro, y lo pone en el libro del superior. Y asi dice San Gerónimo: «¡Oh libertad y seguridad grande la de la obediencia, con la cual apenas puede uno pecar (2)!» En cierta manera, dice, nos hace impecables la obediencia.

Especialmente, para los que nos ocupamos en ministerios con prójimos, es gran consuelo estar uno satisfecho que hace en ello la voluntad de Dios. Si estuviéramos allá en el mundo, por buenos que fuéramos, y por mucho deseo que tuviéramos de agradar á Dios, siempre estuviéramos ardiendo entre estos dos fuegos; ¿si se servirá Dios mas de que atienda á los prójimos ó á mí solo? Pero acá en la Religion ya es-

(1) Obedite praepositis vestris, et subjacete eis. Ipsi enim pervigilant, quasi rationem pro animabus vestris reddituri, ut cum gaudio hoc faciant, et non gementes: hoc enim non expedit vobis. *Ad Hebr.* XIII, 17.

(1) Cap. VI.

(2) O summa libertas, qua obtenta vix possit homo peccare! *Hyeron. in Regul. Monachorum, cap.* 6.

tamos libres de esas dificultades, porque nuestro instituto es ocuparnos en ayudar á los prójimos, y para eso nos llamó Dios á la Compañía, y él nos pone en eso; y asi estamos ciertos que agradamos á su Magestad en ello. No se atreviera el otro á confesar allá fuera, y si lo hiciera, anduviera con temor si agradaba á Dios en ello ó no, ó si se habia de perder por allí ó no; y ahora confiesa con seguridad, y está cierto que sirve á Dios en ello. No os pusistes vos en ser confesor, ni en ser predicador, ni en ser superior; si sois para ello ó no, los superiores, que os pusieron, darán cuenta á Dios de eso, porque ellos velan, como que han de dar cuenta de vuestras almas (1).

Concuerda muy bien con esto San Juan Clímaco que tratando de la obediencia (2), entre otros epitetos que le dá, dice que la obediencia es escusa delante de Dios. Si me preguntaren ¿por qué hicistes eso? Señor, porque me lo mandaron; con eso responderé á Dios y quedaré bien escusado delante de él. Es, dice, navegacion segura, camino que durmiendo se pasa. Asi como el que va en el navío sentado y durmiendo, va caminando y no tiene que tener cuidado de su camino porque el piloto lo tiene, asi el religioso que vive debajo de obediencia, echándose á dormir, esto es, sin trabajo ni cuidado de lo que ha de hacer, va caminando al cielo y á la perfeccion, porque velan por él los superiores, que son los pilotos y maestros de este navío. No es poco, sino mucho, pasar el golfo de este mundo en brazos y hombros agenos. Pues esa es la merced que ha hecho Dios al religioso que vive debajo de obediencia, que toda la carga echa acuestas del superior, y él se va descansado y sin cuidado de si será mejor esto ó lo otro.

Esta es una de las cosas que mueve mucho á vivir debajo de obediencia y entrar en Religion á gente virtuosa, librarse de infinitas perplejidades y congojas que tienen allá en el mundo, y acertar á servir y agradar á Dios; porque aunque las cosas en que allá quieren ocuparse sean buenas, no saben si es dado á ellos entender en ellas, porque no es de todos hacer lo que es bueno, especialmente cuando escede de nuestras fuerzas, como es la obra de enseñar ó tener cargo de otros. Y asi dice un doctor muy grave, que mas querria él coger pajas del suelo por obediencia, que entender en otras obras grandes por su voluntad; porque en aquello que hace por obediencia, está cierto y seguro que hace la voluntad de Dios, y en esotro no; y no solo en los ministerios y ocupaciones con nuestros prójimos nos asegura la obediencia y nos libra de muchas dudas y dificultades, sino tambien en las cosas particulares de nuestro propio aprovechamiento espiritual; porque si estuviera yo allá en el mundo y deseara servir á Dios, tuviera pena y estuviera en duda si cómo mucho ó si cómo poco, si duermo mucho ó si duermo poco, si hago poca ó mucha penitencia, si tengo poca ó mucha oracion; y acá en la Religion todas esas dudas están allanadas, porque cómo lo que me dan, duermo el tiempo señalado, hago la penitencia que me tienen tasada. Todas esas cosas están acá tan miradas y pesadas por los superiores, que estoy muy seguro y cierto que siguiendo el órden de la obediencia hago la voluntad de Dios, y no solamente en lo espiritual, sino tambien en lo temporal; es esta una vida muy quieta y descansada, porque, al fin, como quien va en una nave bien abastecida, asi el religioso no tiene necesidad de procurar las cosas necesarias. De manera, que no solo vela el superior sobre nuestras almas, sino tambien sobre nuestros cuerpos; que no te-

(1) Ipse enim pervigilant, quasi rationem pro animabus vestris reddituri. *Ad Hebr. ubi sup.*

(2) Climacus, *gradu 4.*

neis vos que tener cuidado de lo que habeis de comer, ni de lo que habeis de vestir, para que asi esteis mas libre y desembarazado para emplearos todo en servicio de Dios. Lo cual es de tanta codicia y estima, que refiere Casiano (1) del abad Juan, que habiendo estado primero treinta años en el monasterio en congregacion, le pareció dejar el monasterio y escoger vida solitaria, para darse mas á la contemplacion: é hízolo asi, que lo podian entonces hacer, y estuvo en esta vida heremítica y solitaria otros veinte años, con tantos regalos de Dios y con tan alta y contínua contemplacion que se olvidaba de su cuerpo, y sus sentidos no hacian su oficio, y á la tarde no se acordaba si habia comido hoy ó ayer. Y con estar en tan alto grado de contemplacion, é irle tan bien en esta vida solitaria, acordó de dejar este estado de soledad y tornarse otra vez al monasterio á vivir en congregacion y debajo de obediencia, y asi lo hizo. Y la razon que le movió fué, porque aunque en el monasterio no haya tanto de estas elevaciones y contemplaciones como en la soledad, empero esto, dice, se suple en el monasterio con aquel descanso y descuido santo de que goza un religioso, libre de toda solicitud y cuidado de lo que ha menester para otro dia (2); pero mucho mas se recompensa todo eso con lo que vamos diciendo, que es estar uno seguro que agrada á Dios en lo que hace y que no puede hacer por entonces cosa mas agradable á su divina Magestad (3).

Hános dado Dios, á los que estamos en Religion y vivimos debajo de obediencia, otro Moisés, como á los hijos de Israel, que suba al monte y nos declare la voluntad de Dios: y asi podemos decir lo que decian los hijos de Israel cuando tenian alguna duda ó dificultad: "Vamos á consultar y preguntar al que vé (1)." Al Profeta llamaban *el que vé*, porque veia y entendia de Dios su voluntad y se la declaraba al pueblo. Pues ese bien tenemos nosotros, que en todas nuestras dudas y dificultades podemos decir: «vamos al que vé, vamos al que nos dió Dios por Profeta y nos puso en su lugar para declararnos por él su voluntad;» y asi gozamos de aquella bendicion ó bienaventuranza que dice el Profeta Baruc en persona del pueblo de Dios: "Bienaventurados somos, oh Israel, porque se nos ha revelado lo que es del agrado de Dios (2)." Dichosos y bienaventurados los religiosos que entienden y saben cuál es la voluntad de Dios, y qué es lo que quiere de ellos, y con qué agradarán y contentarán mas á su Divina Magestad.

La segunda razon del Apóstol San Pablo, es: «Obedeced á vuestros superiores, para que ellos lleven con alegría y gozo la carga del oficio que tienen y no vayan gimiendo con ella (3).» Compadecióse el Apóstol de los superiores y túvoles lástima, viendo la carga que llevan sobre sí. Y asi nos encomienda que seamos fáciles en la obediencia para que les hagamos mas liviana esta carga. Pues que el superior tiene harto trabajo y lleva gran peso sobre sus hombros, en haber de dar cuenta á Dios de lo que él hace y de lo que vos haceis, no le añadais esa sobrecarga tan grande, mostrando dificultad en obedecer y en dejaros gobernar. Es grande trabajo para el superior que esté el súbdito tan inmortificado

(1) Cas. *Collat.* 9, *cap.* 13.
(2) Quia non est solicitus in crastinum. *Matth.* VI, 34.
(3) Gerson, part. 1, Alphab. 19, littera *B*.

(1) Eamus ad videntem. *I. Reg.* IX, 9.
(2) Beati sumus, Israel, quia quae Deo placent, manifesta sunt nobis. *Baruch.* IV, 4.
(3) Ut cum gaudio hoc faciant, et non gementes. *Ad Hebr. ubi sup.*

que no pueda hacer de él lo que querria, ni se atreva á mandarle lo que le parece que conviene, sino que haya de andar con cuidado y con temor, si lo tomará bien, si replicará y pondrá luego inconvenientes para lo que no le dá gusto, y cómo se lo dirá de manera que lo tome bien y guste de hacerlo. Da gran pena mandar á semejantes, como la dá mandar y mover un miembro enfermo. Teneis el pie malo ó el brazo, y habeis menester mandarle ó menearle, ¡cuán grande trabajo es! ¡cuánto dolor y pesadumbre os cuesta! ¿Qué es la causa de tanto dolor y molestia? Está enfermo, y por eso no se manda bien, sino con mucha dificultad. Es tanto el dolor que sentís en el pie, cuando le meneais, que no os atreveis á ir de aqui alli, aunque sea de mucha importancia, y dejais perder los negocios por no pasar tanto dolor. Y es tan grande el dolor que recibís de menear el brazo enfermo, que aun no os atreveis á llegar la mano á la boca para comer. Cada uno de nosotros es miembro de la Religion, porque toda ella es un cuerpo, como de la Iglesia dice San Pablo (1). Pues si sois miembro enfermo é inmortificado, dareis grande trabajo á la Religion y al superior al tiempo de menearos y mandaros. Pasa tanto dolor el superior cuando vé que el súbdito hace las cosas con dificultad y de mala gana, que aunque haya necesidad de hacer la cosa, y aunque se dejen de hacer los negocios y ministerios, muchas veces no se atreve á mandarle por el gran dolor que siente en mandar el brazo ó pie enfermo.

Esto es muy bueno para los que piensan que es cosa dulce y sabrosa el ser superior y el tener súbditos é hijos espirituales á quien mandar. De Rebeca dice la Sagrada Escritura que habia deseado mucho tener hijos, y dióselos Dios; pero cuando sintió los dolores de parto, y que allá dentro en su vientre estaban peleando los dos niños Jacob y Esau sobre cuál habia de salir primero, arrepintióse, y dice: "Si el negocio de tener hijos habia de ser de esta manera, con tanto dolor y trabajo, mas valiera no tenerlos (1)." Asi les acontece á los superiores cuando ven que el uno hace las cosas de mala gana, y que el otro replica, y el otro se queja, y el otro murmura; entonces siente el superior los dolores, y gime con la carga, y dice: «¡Oh! ¡quién se estuviera en un rincon, y no tuviera cuenta sino con hacer lo que le mandasen! ¿Esto es tener hijos? ¿Esto es ser superior y tener súbditos? Si de esta manera habia de ser el negocio de tener súbditos, mas valiera no los tener.»

No sabe cuánto dolor sea este, sino el que lo ha esperimentado. Suelen decir comunmente que para ser uno buen superior, y saber bien cómo ha de mandar, es menester que haya sido primero buen súbdito y que haya sabido por esperiencia qué cosa es obedecer, para que se pueda decir de él con verdad aquello que dice el Apóstol San Pablo del mismo Cristo: "No tenemos prelado que no sepa compadecerse de nuestros trabajos y flaquezas, pues ha pasado por ellas, y las ha esperimentado en sí (2)." Razon hay por cierto de decir eso; pero yo digo otra cosa, en la cual creo juzgarán todos tengo bastante razon: y es, que asi como para ser uno buen superior y saber bien cómo ha de mandar, ayuda mucho el haber sido uno buen súbdito y el haber sabido por esperiencia qué cosa es obedecer; asi tambien para ser uno buen súbdito y

(1) I. ad Cor. XII, 12.

(1) Si sic mihi futurum erat, quid necesse fuit concipere? *Gen.* XXV, 22.

(2) Non enim habemus Pontificem, qui non possit compati infirmitatibus nostris, tentatum autem per omnia. *Ad Hebr.* IV, 15.

buen obediente, ayuda mucho haber tenido oficio de superior y de mandar, porque habrá esperimentado la dificultad y dolor grande que es mandar cuando no se menean ni obedecen bien los súbditos, y no querrá dar ese dolor al superior. Y no es menester para esto haber sido superior, basta haber tenido cuidado de mandar á algun compañero: ¡cuántas veces les habeis dejado de mandar por no os atrever, y cuántas veces sentís mas el mandar al otro la cosa que si vos solo la hiciérades! Pues ahí verá cada uno el dolor que siente el superior, y el trabajo que pasa cuando el súbdito muestra dificultad á lo que le mandan. Estos tales hacen que el superior vaya gimiendo y rebentando con la carga de su oficio y que desee hacerlo todo, si pudiese, antes que mandarlo. Y no es el mayor dolor del superior su trabajo, sino el mal del súbdito: porque al fin el superior es Padre, y no puede dejar de sentir la enfermedad de sus hijos: llégale al alma al superior, cuando ve su imperfeccion y su poca virtud, y que habiendo de hacer con mas prontitud las cosas bajas y humildes y en que siente mas repugnancia, para esas son todas las réplicas y escusas y para esas se le ofrecen luego mil inconvenientes. Dice Tomás de Kempis que el religioso tibio y flojo, para lo que no quiere luego está enfermo é indispuesto, nunca le falta un achaque para no hacer lo que no le da gusto. No podemos lo que no queremos, y lo que queremos luego lo podemos, aunque sea mas trabajoso. Y díjolo muy bien San Crisóstomo: «Grande es la fuerza de nuestra propia voluntad, que nos hace poder lo que queremos, y no poder las cosas que no queremos (1).» Ese es el mayor dolor del superior; eso es lo que le llega al corazon, la enfermedad espiritual del súbdito, su imperfeccion y poca mortificacion.

Pues obedeced á vuestros superiores, y sedles sujetos, y no les deis ese dolor, porque no vayan gimiendo y rebentando con la carga, que esto tampoco os conviene (1). Esta puede ser la tercera razon. Mirad que tampoco os conviene á vosotros eso, porque ireis tambien gimiendo y rebentando con la carga, y vivireis una vida muy desconsolada, como lo esperimentan bien los que andan de esta manera. Mirad que os dejarán por miembro enfermo, y se quedarán por hacer las cosas; y esto no os está bien á vos: mirad que condescenderán con vuestra imperfeccion, y os dejarán hacer lo que quereis, y asi hareis en las cosas vuestra voluntad y no la de Dios, que es una cosa que debemos mucho temer, como dijimos arriba (2).

## CAPITULO XI.

De un medio muy principal y eficaz para alcanzar la perfeccion de la virtud de la obediencia, que es obedecer al superior, como á Cristo nuestro Señor.

Uno de los medios mas principales y eficaces para alcanzar la perfeccion de esta virtud, ó el mas principal y eficaz, es considerar á Dios en el superior, y hacer cuenta que Dios es el que nos manda y que no obedecemos á hombres, sino al mismo Dios. Este medio nos encomienda y repite el Apóstol en muchos lugares; escribiendo á los de Éfeso, manda á los súbditos que obedezcan aun á los superiores temporales y gentiles, como á Cristo nuestro Señor (3).

(1) Magna vis est voluntatis, quae nos efficit posse, quod volumus, et non posse illa, quae nolumus. *Chrys. serm. de Zacheo.*

(1) Hoc enim non expedit vobis. *Ad Heb. ubi sup.*
(2) Cap. IV.
(3) Servi, obedite dominis carnalibus cum timore, et tremore, in simplicitate cordis vestri, sicut Christo, *Ad Ephes.* VI, 5.

Nota muy bien San Basilio (1): «Si el Apóstol San Pablo manda que obedezcamos á las potestades del mundo como á Cristo, y lo que mas es, á aquellos cuya vida entonces toda era maldad (y concuerda San Pedro diciendo (2): "No solo á los buenos y modestos, sino aun á los díscolos y fastidiosos"), ¿cuánta mayor razon será que nosotros, religiosos, á superiores espirituales y religiosos y que desean en todo hacer la voluntad de Dios, obedezcamos como á Cristo? Y torna luego á decir que no se sirva solo á la vista, como quien agrada á hombres; mas como siervos de Jesucristo, cumpliendo la voluntad de Dios de corazon y con buena gana, como quien sirve al Señor, y no á hombres (3). No habemos de mirar al hombre con los ojos esteriores, sino á Dios con los interiores; que no vivimos ya con hombres, ni venimos á la Religion á servir á hombres, sino á Dios. Y escribiendo á los colosenses lo torna á repetir: "Todo lo que haceis, hacedlo de buena gana, como quien sirve á Dios y no á los hombres, y como quien espera el galardon de Dios y no de los hombres (4)."

Nuestro Padre, fundado en esta doctrina, nos encomienda mucho este medio, y hace gran fuerza en él, y nos le repite muchas veces en las Constituciones. En una parte dice: «Es muy espediente para aprovecharse, y mucho necesario, que se den todos á la entera obediencia, reconociendo al superior, cualquiera que sea, en lugar de Cristo nuestro Señor (5).» En otra parte dice: «Asimismo es mucho necesario que obedezcan todos, no solo al superior de la Compañía ó casa, pero aun á los oficiales subordinados que de él tienen autoridad, acostumbrándose á no mirar quién es la persona á quien obedecen, sino es aquel por quien y á quien en todos obedecen, que es Cristo nuestro Señor (1).» Y en la sesta parte, donde trata mas de propósito de esta virtud de la obediencia, pone esto por fundamento: «Si quereis alcanzar la perfeccion de esta virtud, es menester que procureis tener siempre delante de los ojos á Cristo nuestro Señor, por quien y á quien en el hombre obedeceis (2).»

La fuerza y eficacia de este medio se verá bien por aqui: si el mismo Cristo en persona se os apareciese visiblemente y os mandase que hiciésedes esto ó aquello, ¡con qué prontitud obedeceriades! ¡con qué voluntad y alegría! ¡con qué conformidad y rendimiento de juicio! no se os levantaria el pensamiento á juzgar, ni á discernir, ni dudar, si era bien ó mal, sino á ciegas, sin discurso alguno, lo abrazariades por aquella razon, que es sobre toda razon: «Dios me lo manda;» «Dios lo quiere, esto es lo mejor,» y os tuviérades por muy dichoso en que quisiera servirse de vos; y mientras la cosa que os mandase fuese mas árdua y dificultosa, lo tendríades por mayor merced y favor. Pues ese es el medio que ahora damos, y dándole San Basilio para que le estimásemos en lo que es razon, dice: No penseis que es esta consideracion ó devocion mia (3), no es sino verdad espresamente declarada en el Sagrado Evangelio, porque el mismo Cristo dice: "El que á

(1) Basilius *in Const. monastic. cap.* 23.
(2) Non tantum bonis, et modestis, sed etiam dyscolis. *I. Petr.* II, 18.
(3) Non ad oculum servientes, quasi hominibus placentes, sed ut servi Christi, facientes voluntatem Dei ex animo, cum bona voluntate servientes, sicut Domino, et non hominibus. *Ad Ephes.* VI, 6.
(4) Quodcumque facitis, ex animo operamini, sicut Domino, et non hominibus; scientes quod a Domino accipietis retributionem. *Ad Colos.* III, 23.
(5) Part. III, Const. cap. 3, §. 23; et part. VI, cap. 1, §. 2. *Reg.* 31 *Summarii.*

(1) Part. III, cap. 1, §. 24. *Reg.* 35 *Summarii.*
(2) Versari autem debet ob oculos Deus creator, ac Dominus noster, propter quem homini obedientia praestatur. *Part.* VI, *Const. cap.* 1, §. 1.
(3) Nec enim ad hanc similitudinem inducendam mea sponte, sed divinis litteris inductus accessi. *Basilius in Const. Monastic. cap.* 23.

vosotros oye, á mí oye (1)." A este propósito y en este sentido declaran los Santos (2) estas palabras, y dicen que no las dijo Cristo solamente por los Apóstoles, sino por todos los demas prelados. De aquí vino Casiano (3) y todos aquellos santos monjes á practicar esta doctrina y tomar todos los mandamientos de los superiores como mandámientos de Dios, porque el mismo Cristo lo dice así, y nos manda espresamente que no miremos la persona del superior, sino á Dios en él, aunque el superior no fuese el que debia. "Sobre la cátedra de Moisés se asentaron los escribas y fariseos: haced todas las cosas que os dijeren, pero no hagais conforme á sus obras (4)."

De manera, que lo que habemos de mirar en la obediencia es á Dios y á su voluntad; y esa, que nos la declare por sí mismo, ó por medio de ángel, ó por medio de hombre, ó por medio de Pedro ó de Juan, todo es uno. De la misma manera habemos de tomar lo uno que lo otro; porque Dios es el que lo manda, y el superior en su nombre. Y así San Bernardo trae las mismas palabras de San Benito (5), que lo dice así: «La obediencia que se da á los mayores se da á Dios, porque él mismo dijo: «el que á vosotros oye, á mí oye;» de donde todo lo que en nombre de Dios manda el hombre, que no es cierto que desagrade á Dios, no de otra suerte se ha de recibir que como si lo mandase Dios; porque ¿qué importa que él por sí ó por sus ministros, sean hombres, ó sean ángeles, manifieste á los hombres su voluntad?» Y allí trae tambien San Bernardo aquella autoridad y sentencia comun: «Ahora sea Dios, ahora sea hombre vicario suyo, el que os mandare alguna cosa, con igual cuidado debe ser obedecido, con igual reverencia respetado, cuando empero el hombre no manda cosas contra Dios (1).» No habemos ya de esperar milagros, ni querer que venga el mismo Dios en persona á hablarnos y á mandarnos lo que habemos de hacer, que ya se pasó ese tiempo; cuando fué menester, tambien bajó á hablarnos y enseñarnos el mismo Dios en persona, dice San Pablo (2). Y el Apóstol y Evangelista San Juan: "El Unigénito, que está en el seno del Padre, lo dijo (3)." Ahora quiere Dios que vivamos en fé, y que tengamos al superior en su lugar.

San Agustin dice que esto nos quiso Dios dar á entender en aquello que hizo con Cornelio Centurion, que se cuenta en los Actos de los Apóstoles (4). Era este Cornelio gentil, pero temeroso de Dios, y ejercitábase en buenas obras, en limosnas y oraciones, y quiso el Señor convertirle y enseñarle la verdad de nuestra fé, y envíale un ángel que le diga: «Cornelio, tus oraciones y limosnas han sido aceptas delante de Dios; por tanto envia á llamar á Pedro, que posa en tal parte, y él te dirá (5) lo que has de hacer para salvarte.» Dice San

(1) Qui vos audit, me audit. *Luc.* X, 16.

(2) Clemens 1, *epistol.* 1, *ad Jacobum fratrem Domini.*—Benedict. *in Reg. cap.* 5.—Bern. *lib. de dispensat. et praecepto.*

(3) Cass. *lib.* 9 *institutionum, cap.* 10.

(4) Super Cathedram Moysis sederunt scribae, et pharisaei. Omnia ergo quaecumque dixerint vobis, servate, et facite: secundum opera vero eorum nolite facere. *Matth.* XXIII, 2.

(5) Obedientia, quae exhibetur majoribus, Deo exhibetur; ipse enim dixit, qui vos audit, me audit. Unde quidquid vice Dei praecipit homo, quod non sit certum displicere Deo, haud aliter accipiendum est, quam si praeciperet Deus: quid enim interest, utrum ipse, aut per suos ministros, sive homines, sive Angelos, hominibus innotescat suum beneplacitum? *Bernard. lib. de dispensatione, et praecepto.*

(1) Sive Deus, sive homo Vicarius Dei, mandatum quodcumque tradiderit, pari profecto obsequendum est cura, pari reverentia deferendum: ubi tamen Deo contraria non praecipit homo.

(2) Novissime diebus istis locutus est nobis in Filio. *Ad Hebr.* I, 2.

(3) Unigenitus Filius, qui est in sinu Patris, ipse enarravit. *Joann.* I, 18.

(4) Aug. *super Ps.* 96.

(5) Hic dicet tibi, quid te oporteat facere. *Act.* X, 6.

Agustin: «Por ventura ¿no le podia enseñar el ángel (1)? Ya que le habia enviado ángel ¿por qué no le enseñó Dios por él?» Responde el Santo: «Envíale á Pedro y no le quiere enseñar por sí mismo ni tampoco por ángeles, sino por hombres, porque quiere Dios honrar al hombre y que le obedezcamos y nos sujetemos á él; especialmente despues que él se hizo hombre, y se sujetó y obedeció por nosotros á los hombres (2).» Lo mismo notan los Santos en la Conversion del Apóstol San Pablo, que apareciéndole Cristo en persona, y preguntándole: «Señor, ¿qué quieres que haga?» no quiso declararle por sí mismo su voluntad, sino envíale á un hombre que se la declare: "Entra en la ciudad, le dice (3), y pregunta allí por un hombre, que se llama Ananías, y él te dirá lo que te conviene hacer." Dice San Bernardo: «¡Oh suavidad grande de la sabiduría de Dios! ¿A quien vos, Señor, hablais por vos mismo, le enviais á hombres para que le enseñen vuestra voluntad? Sí, dice San Bernardo, porque quiere Dios autorizar al hombre y darle esta honra, que le tengamos en su lugar y que tomemos la voz del superior como si fuera del mismo Dios (4).»

Y no somos por esto de peor condicion nosotros que aquellos á quien habló Dios por sí mismo; antes, así como por creer las cosas de la fé, que no vimos, merecemos mas que si las viéramos, conforme á aquello que dijo el mismo Cristo á Santo Tomás: "Porque me viste, Tomás, creiste. Bienaventurados los que no vieron y creyeron (1);" así en esta obediencia, con la cual obedecemos al superior como á Dios, procediendo en ella al modo de la fé, entendiendo que todo lo que el superior ordena es ordenacion de Dios y voluntad suya, en cierto modo merecemos mas, y nos es mas de agradecer que si obedeciéramos al mismo Cristo en persona. Como dicen tambien los Santos de la limosna, y lo dice el mismo Cristo: "De verdad os digo, que lo que hicistes á uno de mis pequeñuelos, á mí lo hicistes (2)." Así pagará Dios la limosna hecha á un pobrecito como si á él mismo se hiciera. Y notan algunos Santos, que en cierta manera hace mas el que dá limosna á un pobrecito por amor de Cristo que si la diera al mismo Cristo: como mas hace y mas muestra uno el amor que tiene á su amigo, recibiendo y regalando á un criado suyo por el amor de él, que si recibiera y regalara á su mismo amigo: que eso no parece tanto, porque el respeto y valor de la persona lo merece. Pero que se estienda tanto el amor que á cualquiera cosa suya por amor de él reciba y le haga tan buen tratamiento como á él, eso es mas: pues de esa manera es en la obediencia. Y así dice San Buenaventura (3): Alto grado de obediencia es obedecer á lo que inmediatamente manda y ordena Dios, mas en alguna manera es mas alto grado el obedecer al hombre por Dios, y algunas veces el merecimiento y el premio será mayor, porque obedeciendo al hombre por Dios, se humilla mas el corazon y se niega mas la voluntad y se resigna mas el hombre en Dios, como mas hace uno en obedecer á un criado del rey por amor del rey, que si obedeciese al mismo rey. Si el

(1) Numquid non illum poterat docere Angelus?
(2) Et erat subditus illis. *Luc.* II, 51.
(3) Ingredere civitatem, et ibi dicetur tibi, quid te oporteat facere. *Act.* IX, 7.
(4) O sapientia suaviter vere omnia disponens! Eum, cui tu loqueris, erudiendum de voluntate tua mittis ad hominem, ut socialis vitae commendetur utilitas. *Bernard. serm. 1 de Convers. Sancti Pauli.*

(1) Quia vidisti me, Thoma, credidisti. Beati, qui non viderunt, et crediderunt. *Joann.* XX, 29.
(2) Amen dico vobis, quamdiu fecistis uni ex his fratribus meis minimis, mihi fecistis. *Matth.* XXV, 40.
(3) Bonav. *tract. de gradibus virtutum, cap.* 2.

mismo Dios en persona os viniera á mandar, ¿qué mucho que obedeciérades con prontitud y resignacion? Pero que por el amor de él obedezcais á un hombre como vos, y os sujeteis á él con resignacion entera, eso es mucho de agradecer y estimar.

## CAPITULO XII.

**Que este medio de obedecer al superior como á Cristo, es necesario para alcanzar la virtud de la obediencia.**

Este medio de no considerar la persona del superior como hombre, sino mirar á quien en el hombre obedecemos, que es Cristo nuestro Señor, no solamente es para obedecer mejor y con mas perfeccion, sino es absoluta y precisamente necesario para alcanzar la virtud de la obediencia. De manera, que el que no hiciere cuenta que Dios es el que le manda y quiere aquello, y por eso obedeciere, no solo no será perfecto en la obediencia, pero ni será buen obediente, sino siempre andará manco en esta virtud; lo cual mostraremos prácticamente, y á vista de ojos, como dicen, por ser punto de mucha sustancia. Si considerais la persona del superior como á hombre, hombre por hombre, tambien sois hombre. Y aunque el superior sea muy santo, y muy prudente, y muy docto, direis que al fin es hombre y que no puede saber todas las cosas ni todas las razones que hay en cada cosa, y que se puede engañar y errar en algo. Y mas; si le mirais como hombre, tambien podeis decir que al fin, como hombre, puede tener sus particulares aficiones y respetos que le muevan mas á una parte que á otra, y que aquello le hace no mirar vuestras cosas con tan buenos ojos como las del otro, y especialmente, cuando las cosas que se ordenan son dificiles y repugnantes á vuestra sensualidad, el amor propio, que es grande solicitador, inventará razones muy agudas y delicadas en vuestro favor y mil réplicas y soluciones de lo contrario. Y asi nunca acabareis de acallar y quietar del todo vuestra voluntad y entendimiento, porque á razones humanas no os faltarán otras razones humanas que contraponer. Pero si no considerais la persona del superior como á hombre sujeto á errores y miserias, sino que mirais á quien en el hombre obedeceis, que es Cristo nuestro Señor, sapiencia suma, bondad inmensa, caridad infinita, que sabeis que ni puede engañarse ni quiere engañaros, entonces cesan todas las dificultades y todas las razones y juicios, y queda uno del todo rendido. Porque aquella razon: «Dios lo quiere, Dios lo manda, esta es la voluntad de Dios:» no tiene réplica ni solucion. Y asi decia el Profeta David: "No me quejé, Señor, en los trabajos, sino como si fuera mudo callé y no abrí mi boca porque sé que sois vos el que me los enviais (1)." ¡Oh si anduviésemos de esta manera! ¡con qué espíritu andaríamos! ¡con qué prontitud y perfeccion obedeceríamos! luego dejaríamos la letra comenzada á la voz del superior, acordándonos que es Cristo, y nos pareceria descomedimiento y villanía detenernos y decir, «ya voy» «luego iré;» ¡cómo conformaríamos nuestra voluntad! ¡cómo rendiríamos nuestro juicio! todas las dificultades se allanarian con esto.

De aqui se entenderá la solucion de una duda que hace mucho á nuestro propósito; ¿de dónde nace que há tanto tiempo que está uno en Religion, obedeciendo todos los dias, y con todo eso no tiene hábito de obediencia, ni ha alcanzado esta virtud, siendo doctrina comun de todos los filósofos y teólogos que los hábitos de las virtudes se alcanzan con los actos y ejercicio de ellas?

(1) Obmutui, et non aperui os meum, quoniam tu fecisti. *Ps.* XVIII, 10.

La causa y solucion de esto es porque los hábitos alcánzanse con actos semejantes, que se hacen por la razon formal de aquella virtud; y esta obediencia de que tratamos, es virtud religiosa y especie de la virtud de religion (como dicen los teólogos), la cual mira á Dios y el culto y honra de su Divina Magestad; y porque aquel cuando obedece no mira puramente á Dios en el superior, ni obedece porque aquella es la voluntad de Dios, sino ó por dar contento al superior, ó porque le tengan en algo, ó por miedo de la penitencia, ó de la reprension, ó porque le cuadra lo que le dijeron, ó porque se lo dijeron con cortesía, ó por otros respetos semejantes, no son esos actos de esta virtud de obediencia religiosa, porque les falta la razon formal y religiosa de obedecer: por eso no ha alcanzado la virtud de obediencia, ni la alcanzará en toda su vida, si de esa manera procede. Bien podrá tener una obediencia política, como hay entre los soldados y en un navío, y en cualquiera congregacion y comunidad; pero no será verdadera virtud de religion. Por esto decia nuestro Padre (1) que no habemos de obedecer al superior, ni porque sea muy prudente, ni porque sea muy bueno, ni porque sea muy calificado en cualesquiera otros dones, sino porque tiene las veces y autoridad de Dios nuestro Señor; porque si os apartais de esto y poneis los ojos en esotras razones humanas, decia que se pierde la fuerza de la obediencia. Ya esa no será virtud de obediencia, ni acto de religion; porque de esa manera allá fuera siguiérades vos el parecer de un hombre prudente y muy docto ó muy esperimentado: eso es vivir con hombres y no con Dios. Cuanto mas miráredes en esas razones humanas y mas os guiáredes por ellas, tanto mas os apartais de lo divino y de la verdadera virtud de la obediencia, y os abajais á obedecer á solos hombres. Y prosiguiendo esto mismo, añade (1) que en ninguna manera habemos de mirar si el que nos manda es el cocinero ó el superior de la casa, si es este ó aquel, pues no obedecemos por ellos, sino por solo Dios. Con la misma humildad, prontitud y resignacion quiere que obedezcamos á los oficiales subordinados que al supremo superior.

A esta perfeccion de obediencia habia llegado el bienaventurado San Francisco, el cual decia: «Entre otras mercedes, que la divina piedad benignamente me concedió, esta gracia me quiso otorgar, que asi préstamente obedezca á un novicio de una hora de hábito, si me fuese dado por guardian, como á un muy antiguo y prudente fraile (2).» Habia caido bien en la cuenta de cómo habia de obedecer, y asi no miraba á la persona del superior, sino á Dios, á quien en ella obedecia. Decia mas el glorioso Santo: que cuanto el superior, á quien obedecemos, tiene menos partes y menos autoridad, tanto aquella obediencia es en su modo mas perfecta y mas agradable á Dios. Y eso es lo que solemos decir comunmente, que el que obedece bien al cocinero, al refitolero, al sacristan, á los demas oficiales subordinados, mas muestra su obediencia que cuando obedece al ministro; y el que obedece á este, mas que el que obedece al rector; y el que al rector, mas que el que obedece al provincial ó general: y la razon de esto es, porque aquella obediencia es mas puramente por Dios: en la obediencia del supremo superior, podrá ser que os mueva el respeto y la autoridad de la perso-

(1) Lib. 5, cap. 4 de la *vida de N. P. S. Ignacio.*

(1) Cap. 4, *exam.* §. 29.
(2) Part. I. lib. 1, cap. 28 de la *Crónica de San Francisco.*

na, ó el deseo de agradarle y tenerle contento; pero cuando obedeceis á un oficial subordinado, no parece que hay otra cosa que os mueva á obedecer sino Dios.

Añade nuestro Padre, en confirmacion de lo dicho, que el que no es enteramente obediente á los oficiales subordinados, tampoco lo será á los demas superiores, porque la verdadera obediencia, como queda dicho, no considera la persona á quien se obedece sino á Dios, por quién y á quien en todos obedece. Y á este tal fáltale la razon formal de la verdadera obediencia, porque si obedeciera por Dios, tambien obedeciera á los oficiales subordinados que tienen, cuanto á aquello, las veces de Dios; y pues á esos no obedece, señal es que, cuando obedece á los demas superiores, no obedece por Dios, sino por respetos humanos, y asi no será su obediencia perfecta ni religiosa.

## CAPITULO XIII.

**De otros bienes grandes que hay en obedecer al superior como á Cristo.**

Fuera de lo dicho hay otros bienes grandes en esta obediencia de mirar y obedecer al superior como á Cristo, y no como á hombre. Y sea el primero, que cobraremos esfuerzo y confianza grande de que podremos lo que nos mandan y que saldremos con ello; porque esta diferencia hay de lo que manda Dios á lo que mandan los hombres; que los hombres muchas veces nos mandan lo que no podemos hacer, ni nos dan fuerzas ni poder para hacer lo que mandan; pero Dios nunca nos manda sino lo que podemos, y dá poder y fuerzas para hacer y cumplir lo que manda. Y acá en la Religion tenemos muy particular necesidad de este esfuerzo y confianza en Dios, porque somos llamados para cosas grandes y dificultosas; y asi, para no desmayar en ellas, ayuda mucho y dá grande ánimo y confianza considerar que me lo manda Dios, y que pues él me ha puesto en tal oficio y ministerio, me dará lo que me manda. Y asi uno de los grandes consuelos que tienen los que van á misiones á Indias y á otras empresas grandes, en medio de los trabajos y peligros que se les ofrecen, asi en la mar como en la tierra, asi espirituales como temporales, es este: «Vos, Señor, me pusistes en esto; vos me sacad bien de ello (1).» Esto dice San Crisóstomo (2) que nos quiso dar á entender Cristo nuestro Redentor, cuando enviando sus discípulos á predicar y convertir el mundo, les dijo: "Mirad que yo os envio (3)." Que fué decirles: «aunque vosotros sois flacos, y los enemigos fuertes, y los peligros grandes, no teneis que temer, ni por qué desmayar, porque vais por órden y obediencia mia. Yo soy el que os envio, que os libraré de todos los males y daños que os pueden suceder y os daré victoria de todos vuestros enemigos.» Este fué el consuelo de los discípulos en todos sus trabajos y peligros, y ha de ser tambien el nuestro en todos nuestros ministerios y en todas las cosas que nos mandare la obediencia: «Dios me envia, Dios me lo manda, él me dará fuerzas para ello.» Manda Dios al Profeta Abacuc que la comida que tenia aderezada para sus segadores la lleve á Babilonia á Daniel, que estaba en el lago de los leones. Él no sabia á Babilonia, ni dónde estaba aquel lago (4). Tómale un ángel por un cabello de la cabeza, y pónele sobre el lago, para darnos á entender la

(1) Tuus sum ego, salvum me fac. *Ps.* XVIII, 94.
(2) Chrysost. *hom.* 31.
(3) Ecce ego mitto vos. *Luc.* X, 2.
(4) Domine, Babylonem non vidi, et lacum nescio. *Daniel, último*, 32.

facilidad y presteza con que acude y ayuda Dios á lo que manda.

Mas: hay en este obedecer al superior como á Cristo un contínuo ejercicio de andar haciendo siempre la voluntad de Dios. Con lo cual puede andar uno perpétuamente encendido y abrasado en amor de Dios y en contínua oracion; porque actuarse uno en que está haciendo la voluntad de Dios, y holgarse y regocijarse en eso, es muy buena y provechosa oracion y muy buen modo de andar en la presencia de Dios.

Mas: al que anda de esta manera, no se le da mas que le manden esto que aquello, porque no tiene cuenta, sino con que en hacer lo que le mandan está haciendo la voluntad de Dios, y ese es su manjar y su gusto y entretenimiento en todo lo que hace.

Mas: el que considera en el superior á Dios, y hace cuenta que se ha puesto en las manos de Dios, y que él es el que le rige y gobierna, vive en grande paz, sin trazas ni cuidados de lo que han de hacer de él; porque se ha puesto en buenas manos (1). «El Señor me rige y gobierna, nó me faltará nada (2). Cierto estoy que no se hará de mí sino lo que él quisiere, y que no querrá sino lo mejor.»

¡Oh qué de bienes y riquezas espirituales hallaríamos si nos acostumbrásemos á reconocer en el superior á Dios y hacer cuenta que vivimos con Dios y no con hombres! Decia un Padre muy antiguo, que se le pasaron mas de veinte y tantos años en la Religion, que no habia entendido qué cosa era obediencia como á Cristo y como quien sirve á Dios y no á hombres; ¿y pensareis vos por ventura que lo entendeis porque lo habeis leido ú oido? No basta eso; es menester que lo sepamos poner en práctica de la manera que habemos dicho, para que así alcancemos la perfeccion de esta virtud y gocemos de todos estos bienes.

(1) In pace in idipsum dormiam, et requiescam. *Ps.* IV, 9.

(2) Dominus, regit me, et nihil mihi deerit. *Ps.* XXII, 1.

## CAPITULO XIV.

Que toma Dios por suya la injuria y murmuracion contra el superior.

Así como cuando obedecemos al superior obedecemos y honramos á Dios á quien representa y en cuyo lugar está el superior, así tambien cuando hacemos algun desacato al superior, le hacemos á Dios: la misma razon es de lo uno y de lo otro; y así de la misma manera dijo Cristo nuestro Redentor lo uno que lo otro: "El que á vosotros oye, á mí oye; y el que á vosotros menosprecia, á mí me menosprecia (1)." Y San Pablo, escribiendo á los romanos dá esta razon: "porque no hay poder sino de Dios, y el que resiste al poder y ordenacion de los superiores, resiste á la ordenacion de Dios (2)." Llena tenemos de esto la Sagrada Escritura. Cuando murmuraron los hijos de Israel contra Moisés y Aaron, que erán los que Dios les habia dado por superiores, porque se hallaban en el desierto y no tenian que comer, y arrepentíanse de haber salido de Egipto, dice luego el testo: "Dijeron Moisés y Aaron al pueblo; el Señor ha oido lo que habeis murmurado contra él; que nosotros ¿qué somos? no son contra nosotros esas murmuraciones, sino contra Dios (3)." Y cuando los hijos de Israel desecharon á Samuel y pidié-

(1) Luc. X, 16.

(2) Ad Rom. XIII, 1.

(3) Dixeruntque Moises, et Aaron ad omnes filios Israel: audivit murmur vestrum contra Dominum: nos vero quid sumus, quia murmurástis contra nos? nec contra nos est murmur vestrum, sed contra Dominum. *Exod.* XVI, 7, 8.

ron que les diese rey como tenian las demas naciones, dijo Dios á Samuel: "No te han desechado á tí, sino á mí (1)." De esa manera declara tambien aquello de Isaías: "¿Pareceos cosa de poca importancia ser molestos y pesados á los hombres que Dios os ha enviado para que os rijan y gobiernen? Pues entended que no es poco, sino mucho; porque á Dios se hace la ofensa y él la toma por suya (2)."

Veráse tambien cuánto aborrece Dios estas murmuraciones contra los superiores, y cómo toma por propia esta injuria, por los castigos grandes y estraordinarios con que las ha castigado. A Coré, Datan y Abiron, cuenta la Sagrada Escritura (3) que los castigó Dios con un horrendo castigo porque murmuraban contra Moisés y Aaron, y decian que se alzaban con el gobierno. Abríose la tierra, y tragólos vivos en el infierno, con sus mugeres, casas y familias, y bajó fuego del cielo, y abrasó á otros doscientos y cincuenta. Pondera aquí Santo Tomás (4) que castigó Dios mas rigorosa y atrozmente á aquellos que murmuraron contra sus superiores que á los que inmediatamente habian injuriado al mismo Dios, idolatrando y adorando al becerro de oro; porque á estos se contentó con pasarles á cuchillo (5), pero á aquellos baja fuego del cielo, y ábrese la tierra, y trágalos vivos el infierno, para darnos á entender, dice Santo Tomás, cuánto siente Dios el desacato é injuria que se hace á los que él pone en su lugar.

De aqui se entenderá de camino la razon por qué en la Sagrada Escritura el pecado de la desobediencia se compara al pecado de idolatría: "como el pecado de consultar al demonio es repugnar, y como maldad de idolatría no querer obedecer," dijo el Profeta Samuel á Saul, cuando le reprendió de su desobediencia (1). Pondera muy bien San Gregorio y San Bernardo (2): «mirad cuán gran mal y pecado es la desobediencia, pues el Espíritu Santo le compara al de la idolatría y de consultar los demonios." Y dan la razon de esta comparacion; porque asi cómo el pecado de idolatría, y de consultar al demonio, quita el culto y reverencia que se debe á Dios; asi tambien la desobediencia y desacato á los superiores quita á la reverencia y honra que se le debe, porque están en lugar de Dios. Y mas: asi como el idólatra, dejando al verdadero Dios, adora y honra á un ídolo de palo; asi el desobediente, dejando de seguir la verdadera regla, que es Dios, sigue la falsa, que es su propio juicio y sus razones humanas.

Pero volviendo á nuestro punto, otra vez por poco asolára Dios á todos los hijos de Israel porque murmuraron contra Moisés y Aaron (3): envióles unas serpientes que les hirieron. Y tráelo San Pablo á los de Corinto (4). Y á María, hermana de Moisés, la castigó tambien Dios por lo mismo con una lepra muy grande; y con ella quiso que estuviese apartada de los reales siete dias, por mas que rogó por ella Moisés, tan querido suyo. Y el que pudo detener la ira de Dios para que no descargase de golpe sobre aquel pueblo idólatra, no alcanzó que perdonase á su hermana sin debida satisfaccion. De aqui tomó San Basilio el castigo que manda dar

(1) Non te abjecerunt, sed me, ne regnem super eos. *I. Reg.* VIII, 7.
(2) Numquid parum vobis est molestos esse hominibus, quia molesti estis et Deo meo? *Isaiae* VII, 13.
(3) Numeror. XXVI, 31.
(4) S. Thom. 2.-2., *quaest.* 93, *art.* 2.
(5) Exod. XXII, 27.

(1) Quoniam quasi peccatum ariolandi est repugnare; et quasi scelus idololatriae, nolle acquiescere. *I. Reg.* XV, 23.
(2) Greg. *lib.* 35 *Moral.*, *c.* 12.—Bern. *de ordine vitae, et morum instit.*
(3) Numeror. XXI, 5.
(4) Neque murmuraveritis, sicut quidam eorum murmuraverunt, et perierunt ab exterminatore. *I. ad Cor.* X, 10.

al religioso que murmura contra la obediencia ó contra su hermano; dice (1) que le aparten de la comunidad, y no solamente la persona, sino tambien sus cosas, no mezclando el trabajo suyo con el de los otros; como hacen acá con el apestado, que no solo su persona, mas la ropa y todo lo que ha tocado y tratado, se echa fuera para que no se pegue la peste á otros. Asi este tal ha de ser apartado de la comunidad como descomulgado: esté solo, nadie se le junte en la oracion, ni en la comida, ni en la hora del reposo, ni del trabajo, porque de esta manera avergonzado se enmiende.

Nicolao I, escribiendo al emperador Miguel, reprendiéndole como á descomedido porque habia puesto lengua en los prelados, trae á este propósito aquella historia de David (2), cuando andándole persiguiendo Saul y trayéndole muy acosado, le halló un dia solo en una cueva donde le podia matar á su salvo, y no quiso poner las manos en él pareciéndole que era crímen de lesa magestad poner las manos en el ungido del Señor, aunque era por otra parte malo y tan enemigo suyo; pero atrevióse á cortar un poquito del ruedo de su vestidura. Y despues dice la Sagrada Escritura que le pesó á David y se compungió de haber hecho aquello (3). Asi, dice este Pontífice, ha de hacer el buen súbdito que reconoce en el superior á Cristo nuestro Señor, no se ha de atrever á cortar la vestidura del superior con el cuchillo de su lengua; y si alguna vez por descuido ó flaqueza, ó por estar con alguna pasion, viene á brotar y decir alguna faltilla, luego ha de volver sobre sí, y compungirse como David, por haber tocado en la orilla de la vestidura del superior, por pequeña y menuda que sea la falta. Y añade aquel dicho comun de los Pontífices: «Las cosas de los superiores, aunque alguna vez pareciesen dignas de reprension, no se han de cortar con el cuchillo de la lengua; porque los que las hacen y ordenan tienen el lugar y veces de Dios (1).» Y por eso dijo el mismo Cristo: "No murmurarás de los dioses (2)." Dioses los llama, y quiere que como á tales se les tenga respeto. Añádese á lo dicho que no solamente hace uno en esto injuria á Dios y al superior, sino hace tambien mucho daño al súbdito á quien dice la tal murmuracion, porque desacredita con eso al superior, y disminuye la buena opinion y estima que el otro tenia de él, y es causa que cobre alguna manera de aversion y desamor con él. Con lo cual se menoscaba mucho la autoridad y fuerza de la obediencia, y suele ser causa que el otro no se aproveche de cuanto el superior le dijere ó hiciere con él, que es cerrarle la puerta para su aprovechamiento que ha de ser por medio del superior. Y asi por todas partes conviene guardarnos mucho de esto para que no se impida tanto bien, conforme á aquello del Apóstol: "No sea que brote arriba alguna raiz de amargura, y por ella se inficionen muchos (3)." Y es menester tener gran cuenta con esto, aunque sea en cosas livianas y pequeñas; porque no será cosa liviana ni pequeña quitar al superior el amor y estima y el crédito y confianza que el otro tenia de él. Lo cual se suele seguir de semejantes murmuraciones y hablillas: y esto es lo que se ha de mirar en ellas, y no solamente si la cosa que se dice es de suyo grave ó leve.

(1) Basil. *in quaest. brevioribus, q.* 26, 27 *et* 39.
(2) I. Reg. XXIV, 5.
(3) Percussit cor suum David, eo quod abscidisset oram clamydis Saul. *ib.*

(1) Facta superiorum oris gladio ferienda non sunt, quamvis reprehendenda videantur. *Greg. in registro lib.* 22, *cap.* 31.
(2) Diis non detrahes. *Exod.* XXII, 28.
(3) Ne qua radix amaritudinis sursum germinans impediat, et per illam inquinentur multi. *Ad Haebr.* XII, 15.

## CAPITULO XV.

**Que la obediencia no quita el proponer, y el modo que se ha de tener en esto.**

No solo no es falta ni imperfeccion e proponer al superior, antes es mayor perfeccion; y seria falta el no proponer á su tiempo. Y asi tenemos regla de ello: «Como la solicitud demasiada, en lo que toca al cuerpo, es reprensible; asi el cuidado competente de mirar cómo se conserve para el divino servicio la salud y fuerzas corporales, es loable, y deberian todos tenerle: y á la causa, cuando sintiesen alguna cosa serles dañosa, ó alguna otra necesaria, cuanto al comer, vestir, estancia, oficio ó ejercicio, y asi de otras cosas, deben todos avisar de ello al superior ó á quien señalare (1).» Con mucha razon nos puso nuestro Padre esta Regla; porque aunque es verdad que el principal cuidado de las cosas necesarias á la salud, y en su modo total, ha de ser de los superiores; mas al fin, ellos son hombres y no ángeles, y como tales no pueden saber si habeis menester otra cosa fuera de lo comun, ni acordarse de todas las particularidades, y asi es menester que vos les ayudeis en eso, acordándoselo y proponiéndoselo para que ellos puedan proveer en ello. El punto está en proponer como se debe, porque hay mucho peligro que se mezcle el amor y juicio propio; y asi, para proceder en esto sin sospecha, dice nuestro Padre que se han de guardar dos cosas. La primera, que antes de proponer se recojan á hacer oracion; y despues, sintiendo que deben representar á quien tiene el cargo, lo hagan. Y esto no quiere decir que receis alguna Ave Maria y propongais luego lo que se os antojare, sino la oracion que quiere que se haga antes de proponer, es que os recojais primero á mirar si conviene para mayor gloria de Dios el proponer aquello, ó si os buscais en ello á vos mismo; porque si es esto segundo, no lo habeis de proponer; pero si os parece que conviene para mayor gloria de nuestro Señor proponerlo, habeislo de proponer.

La segunda cosa que se ha de guardar, es: «que habiéndolo representado de palabra, ó en un breve escrito porque no se olvide, dejen al superior todo el cuidado, teniendo por mejor lo que ordenare, sin replicar, ni hacer instancia por sí, ni por otra persona alguna, ahora conceda lo que se pide, ahora no; pues se ha de persuadir cada uno que lo que el superior, siendo informado, ordenare, será lo que mas conviene para el divino servicio y su mayor bien en el Señor nuestro.» De manera, que asi antes como despues de haberlo propuesto y representado, habeis de estar en una indiferencia grande, no solamente para la ejecucion de tomar, ó dejar la cosa de que se trata; pero aun para contentaros mas y tener por mejor lo que el superior ordenare. Esto es lo mas principal que hay en el proponer, que esté uno tan indiferente en aquello que pide que quede tan contento y consolado, ahora se le conceda, ahora se le niegue. Y en esto se verá bien si buscaba en ello la gloria de Dios, ó si se buscaba á sí mismo; porque si buscaba puramente la voluntad y gloria de Dios, holgaráse con cualquier cosa que el superior ordenare: pues ya sabe que aquella es la voluntad de Dios, declarada por el superior; pero si queda con queja y con desabrimiento ó murmuracion interior, cuando se lo niegan, es señal que no iba indiferente, ni buscaba puramente á Dios, sino que se buscaba en ello á sí mismo y sus comodidades; porque por eso quedó desconsolado y tentado, porque no alcanzó lo que queria. Y asi, una de las cosas que uno ha de procurar sacar

(1) Part. III. *Const.* cap. 3, §. 1. *Reg.* 46 *Summarii.*

de la oracion que hace antes de proponer, es ponerse muy indiferente para cualquier cosa que le respondieren, que no se le dé mas que le digan que *sí* que *no*. Y esa es la mejor disposicion que puede llevar cuando propone; porque de esa manera, tan contento y tan alegre quedará con el *no* como con el *sí*. Y aun sería buen consejo, que cuando le dicen el *sí* que él quiere, haga reflexion y mire si le dijeran el *no* si quedara tan contento; porque esa será muy buena señal, y entonces puede estar satisfecho que en el *sí* no hace su voluntad, sino la de Dios nuestro Señor.

Pues digo que el proponer de esta manera, no solo no es contra la perfeccion de la obediencia, pues no quita la indiferencia y resignacion, antes es mas perfeccion y mas mortificacion: y el no proponer, fuera de que es desobediencia espresa contra la Regla dicha, es imperfeccion é inmortificacion manifiesta. Siente uno que le hace daño alguna cosa, ó que tiene necesidad de otra, y estáse sin decir nada, si me lo dieren bien, y si no tambien. Y pensará por ventura que es eso mortificacion ó deseo de padecer: no es sino inmortificacion y deseo de no padecer; porque siente mayor dificultad y repugnancia en proponer y en ir con aquello al superior, que en padecer lo que padece; pareciéndole que le tendrá el superior por hombre que mira mucho por sí y por sus comodidades. Otras veces es esto inmortificacion de poca indiferencia, porque el otro dia propuse no sé qué cosa y echóme por alto el superior, respondióme con un modo y con una resolucion que salí determinado de nunca mas ir á proponerle cosa alguna, sino es á mas no poder. Todo es porque no vais á proponer con indiferencia, ni teneis virtud para recibir un *no*, y por eso quereis antes padecer que proponer. Débese considerar aquí el engaño del demonio y la fuerza de nuestra propia voluntad, que nos hace que queramos padecer la necesidad que tenemos, por nuestra propia voluntad, y padecer antes que proponer por temor de que nos nieguen lo que pedimos. Lo cual, aun en via de amor propio y de nuestro propio interés, es error y ceguedad; porque hagamos cuenta que el superior os ha de decir de no; echémoslo á la peor parte, á vuestro parecer, ¿no será mejor, eso mismo que ahora padeceis, padecerlo entonces por obediencia y por voluntad de Dios, que por vuestra propia voluntad, como ahora lo padeceis? Claro está eso. Y mas, que ganaríades el mérito de haberlo propuesto y guardado vuestra regla, que para vos no será pequeño; y no tendríades que temer los inconvenientes que despues de haber propuesto se siguieren; porque esos no corren entonces por vuestra cuenta, como corrian, si no hubiérades propuesto; sino quedan á cuenta del superior y á cuenta de Dios, que os rige y gobierna por él. Pues para prevenir todos estos inconvenientes y quitarnos toda la dificultad y vergüenza que en esto se nos podia poner delante, nos pone nuestro Padre regla de ello; porque quien hace lo que su regla le manda, ¿qué tiene que temer, y de qué tiene que tener vergüenza? no le puede parecer mal al superior, sino bien, que uno guarde su regla. Y el uso que hay en esto en la Compañía, tan comun y ordinario, de acudir al superior en cosas muy menudas, hace esto muy fácil; no os lo haga á vos vuestra inmortificacion dificultoso.

Todo el punto de este negocio está en proponer con la indiferencia y resignacion que se debe, lo cual es menester declarar un poco mas. No ha uno de ir á proponer, ya determinado y resuelto, en que aquello que pide es lo que conviene, que eso será causa de que quede inquieto y tentado, si no le sale como él pensaba; sino siempre ha de ir á proponer con duda, esperando

la resolucion y determinacion del superior con indiferencia. Y de esa manera quedará con quietud, con cualquiera cosa que se le responda. Asi como el que vá á preguntar una duda especulativa á su maestro, queda contento y quieto con la respuesta que le dá, porque iba como discípulo y con duda al que es su maestro, y asi tiene aquella por la verdad y por resolucion de lo que dudaba; de esa manera ha de ir el buen obediente á proponer al superior las dudas prácticas que se le ofrecieren; dudoso de lo que conviene, y no determinado mas á una parte que á otra, hasta que el superior declare lo que se ha de hacer; y aquello ha de tener por lo mejor y mas acertado, y como tal lo ha de seguir y contentarse mas con ello. De manera, que en la oracion que uno hace antes de proponer, no se ha de determinar que aquello conviene mas para la gloria de Dios, sino solamente ha de determinar que conviene proponer aquello al superior, y que en proponerlo le parece que no se busca á sí, sino á Dios; pero siempre se ha de quedar en duda, en si ello en sí conviene ó no, hasta que el superior lo resuelva y determine.

Esto se debe notar mucho, porque de aqui depende el proponer bien y el quedar con quietud con cualquier cosa que responda el superior. Y como esta es cosa que se usa y practica tanto acá en la Religion, importa grandemente que la acertemos á hacer como conviene; y seria gran detrimento de la Religion y mucho de sentir, si fuésemos desdiciendo tanto en esto que ya apenas puedan negar los superiores cosa alguna á los súbditos, sin que de ello se sigan amarguras, desconfianzas y quejas de que son poco amados, y queden con opinion, y por ventura con murmuracion, de que el superior es rígido y duro y no se deja doblegar. Deberíamos considerar que si sufríamos que nuestros padres naturales nos negasen muchas cosas, de las que les pedíamos, sin que por eso los tuviésemos por severos, ni les perdiésemos el debido amor; y esto, cuando no profesábamos hacer guerra á nuestra propia voluntad, ni alcanzar victoria de nosotros mismos; ahora que profesamos eso, mucho mayor razon será que guardemos lo mismo con nuestros Padres espirituales. Antiguamente solíase usar que los superiores algunas veces de propósito negaban á los súbditos lo que les pedian, aunque sin inconveniente alguno se les pudiese conceder, por solo ejercitarlos en la mortificacion y que se hiciesen á llevar bien el negarles lo que pedian; y ellos tomaban con gusto y alegría aquella ocasion, que se les ofrecia, de quebrantar su voluntad, por el deseo grande que tenian de su aprovechamiento. Pues ¿qué seria si ya no solo eso, pero ni aun lo que no nos conviene, se nos pudiese negar sin que de ello se sigan amarguras y quejas? ¿Y qué seria si llegase eso á ser causa que los superiores condescendiesen algunas veces con los súbditos, concediéndoles lo que no quisieran, por evitar mayor mal, que es una cosa que, como dijimos arriba (1), ha de temer mucho el religioso?

Para que este proponer se haga con mas perfeccion, no solamente ha de tener uno la indiferencia y resignacion, que habemos dicho, interiormente, si no hála de mostrar tambien esteriormente en las palabras y modo de proponer, para que las palabras concuerden con los deseos y lo esterior ayude á lo interior. Y aquel es buen modo de proponer que declara la indiferencia y resignacion interior que hay allá dentro; y cuanto mas la declara, tanto será mejor. Y si uno propusiese de tal manera,

(1) Cap. IV.

que aun el superior no entendiese á qué se inclina, sino que propuesta la razon, él vea lo que conviene, este será muy buen modo de proponer. Entenderáse esto bien por aquí: dice una Regla del Provincial (1), que en las consultas, cuando propone alguna cosa á los consultores, para que digan en ella su parecer, la proponga de tal manera que no muestre mas inclinacion á una parte que á otra, para que así digan mas libremente los consultores su parecer, y no les sea ocasion el ver inclinado al superior á una parte, para que ellos tambien se inclinen á ella. Pues este es tambien muy buen modo de proponer al superior, proponer con unas palabras tan llanas y sencillas que apenas entienda el superior qué es á lo que os inclinais, para que no sea esa causa que condescienda con lo que quereis, mirando á vuestra flaqueza, sino que vea lo que de suyo mas conviene en aquello sin tener respeto á vuestra inclinacion y deseo.

Dos ejemplos muy buenos tenemos de esto en el Sagrado Evangelio. El primero es el modo con que propuso nuestra Señora á su precioso Hijo la necesidad que habia de vino en aquellas bodas á que habian sido convidados: "No tienen vino (2)." No dice: «suplid vos, Señor, esta falta, pues podeis, porque no caigan en afrenta;» sino solamente representa simplemente la necesidad. El segundo ejemplo es el modo con que propusieron Marta y María á Cristo nuestro Redentor la enfermedad de su hermano Lázaro. Dice el Sagrado Evangelio, que le enviaron un recaudo en esta forma: "Señor, el que amais está enfermo (3)." Nota allí muy bien San Agustin: «No dijeron: *Señor, venid*: no se atrevieron á decir: *venid y sanadle*; ni se atrevieron tampoco á decir: *mandadlo vos y haráse*, como el Centurion; sino solamente: *Señor, mirad que está enfermo el que amais*. Al que ama, no es menester mas de significarle la cosa (1).» Pues de esta manera habemos de proponer nosotros á nuestros superiores, con palabras tan llanas y tan simples que declaren la necesidad, pero no lo que yo deseo, ni á lo que me inclino; y de esta manera quedaremos bien seguros de que no se condescienda con nosotros, ni nos buscamos á nosotros mismos.

Este modo de proponer nos pone espresamente nuestro Padre en las Constituciones, tratando de los enfermos que sienten les hace daño el cielo de alguna region. Dice (2) que el tal enfermo no ha de pedir mudanza, ni mostrar inclinacion á ella, sino solamente ha de proponer al superior su enfermedad é indisposicion y la inhabilidad que siente para ejercitar los ministerios, y todo lo demas lo ha de dejar al superior. Él verá entonces si convendrá enviarle á otra parte, donde pueda hacer mas estando mejor, ó si será mayor gloria de Dios nuestro Señor que se esté allí, aunque haga menos, ó aunque no haga nada, que por ventura será eso mas provechoso para él. Pues si en esto, en que tanto parece que nos va, pide nuestro Padre tanta indiferencia y resignacion, que no solamente quiere que no pidamos mudanza, pero que ni aun mostremos inclinacion á ella, ¿qué será en otras cosas en que no va tanto? Y porque algunas veces no podemos ó no sabemos proponer, sin que el superior entienda lo que

(1) Reg. 15 *Provincialis*.
(2) Vinum non habent. *Joann*. II, 3.
(3) Domine, ecce quem amas infirmatur. *Joann*. XI, 3.

(1) Non dixerunt veni: amanti enim tantummodo nunciandum fuit. Non ausae sunt dicere, veni, et sana; non ausae sunt dicere, ibi jube, et hic fiet, ut Centurio; sed tantum, Domine, ecce quem amas infirmatur. Sufficit, ut noveris; non enim amas, et deseris. *August. hom. 1 sup. hoc Evang.*
(2) P. III. Constit. c. 2, lit. *G*.

nosotros deseamos ó á lo que nos inclinamos, es muy bueno y mucho de loar lo que hacen algunos, que despues de haber propuesto con claridad y llaneza, piden a superior muy de veras que no tenga respeto ninguno á darles contento, sino solamente al mayor servicio de Dios, afirmándole que en eso recibirán grandísima caridad y consuelo, por entender que hacen en ello la voluntad de Dios, y que si entendiesen que se condescendia con ellos, les seria gran desconsuelo por parecerles que hacian su voluntad y no la de Dios n de la obediencia. i

## CAPITULO XVI.

De la solicitud demasiada de lo que toca al cuerpo; y cuánto conviene huir en esto las singularidades.

Asi como dice nuestro Padre (1) que es loable el cuidado competente de mirar cómo se conserven para el divino servicio la salud y fuerzas corporales, asi tambien dice que la solicitud demasiada en lo que toca al cuerpo es reprensible, y pues habemos tratado de lo primero, trataremos ahora de lo segundo. En todas las cosas es dificultoso acertar con el medio; pero en esto, que toca al cuidado de nuestro cuerpo y de nuestra salud, hay particular dificultad, porque el amor propio es gran procurador de eso, y asi luego se hace gran médico y dice que esto es malo para el pecho, eso otro para el estómago, esto para la cabeza, aquello para los ojos; y asi, so color de necesidad, se suele entrar muy ordinariamente la sensualidad y el regalo.

San Bernardo decanta muy bien sobre esto contra los que tienen demasiado cuidado de su salud y con título de conservarla hacen estas diferencias de los manjares; y dice que son discípulos de Hipócrates y Galeno, y no de Cristo; porque esas diferencias y propiedades de los manjares, no las hallareis en el Evangelio, ni en la Escritura Sagrada, sino en los libros de medicina: «Las legumbres, dicen, son ventosas; el queso es pesado para el estómago; la leche hace daño para la cabeza; el beber agua no es bueno para el pecho; las coles engendran melancolía; los puerros encienden la cólera; los peces de estanques y de agua lodosa, no dicen con mi complexion. ¿Qué habemos de hacer con vos, si ni en rios, ni en huerta, ni en despensa, apenas podemos hallar que daros? Mirad que no sois médico, sino religioso, y que habeis de tener mas cuenta con vuestra profesion, que con la complexion (1).» Y dá San Bernardo cuatro razones muy buenas y muy prácticas, para las cuales conviene mucho seguir la comunidad y evitar la singularidad. Lo primero, por vuestra quietud y descanso (2); porque es grande la inquietud que traen consigo estas singularidades; si me lo dan ó no, y si reciben pesadumbre y enfado en dármelo; y ya que me lo dan, me hacen esperar; y si una vez viene, muchas falta. No sabe la inquietud que en esto se pasa sino el que lo esperimenta; y el poder pasar con lo comun, es gran descanso. Lo segundo, mirad el trabajo que dais en esto al cocinero y al refitolero y al que sirve la mesa, que los haceis andar todos al retortero, yendo y viniendo, para

(1) P. VIII. Constit. c. 2. § 1. *Reg.* 46 *summarii.*

(1) Legumina, inquit, ventosa sunt, caseus stomachum gravat, lac capiti nocet, potum aquae non sustinet pectus, caules nutriunt melancoliam, coleram porri accendunt, pisces de stagno, aut de lutosa aqua, meae penitus complexioni non congruunt.—Quale est hoc, ut in totis fluviis, agris, hortis, cellariisve, reperiri vix possit, quid comedas?—Puta, quaeso, Monachum esse, non medicum, nec de complexione judicandum, sed de professione. *Bernard. serm.* 30, *sup. Cant.*

(2) Parce obsecro primum quidem quieti tuae,

contentaros á vos; procurad escusarlos de este embarazo (1). Lo tercero, mirad que sois muy pesado á la casa con vuestras singularidades, porque lo comun y ordinario ya está preparado para todos, y eso hácese sin pesadumbre; pero el haber de acudir fuera de eso á vuestros antojos y particularidades no necesarias, es de mucha pesadumbre y enfado (2). Lo cuarto, tened cuenta con la conciencia, no digo con la vuestra, sino con la de vuestro hermano (3), que está sentado junto á vos y come lo que le dan, al cual escandalizais con vuestro no comer; porque le dais ocasion para que esté murmurando interiormente de vos, juzgándoos por regalado; ó si no os juzga á vos, por entender que teneis necesidad de aquello, está juzgando y murmurando interiormente del superior y de los que habian de tener cuidado porque no os acuden con lo necesario.

Algunos, dice el bienaventurado San Bernardo, quieren defenderse y apoyar lo que hacen en esta parte, con el ejemplo de San Pablo, que amonesta á su discípulo Timoteo que beba un poco de vino por la flaqueza del estómago: "No quieras, dice (4), beber agua, sino usa un poco de vino por la debilidad de tu estómago y tus frecuentes enfermedades." A esto responde lo primero, que adviertan que San Pablo no toma este consejo para sí, sino dále á otro y que el otro tampoco pidió este regalo, sino que sin procurarlo, ni pedirlo él, se lo dan: pero vos procurais y pedís para vos el regalo y la singularidad. Y asi, mucha sospecha tengo, dice el Santo, que se entre la prudencia de la carne, so color de discrecion, y que sea sensualidad lo que pensais que es necesidad. Lo segundo, dice, adviertan estos que San Pablo no habla allí con algun religioso como vos, sino con un obispo como Timoteo, cuya vida y salud era entonces tan necesaria al principio de la Iglesia: «Dadme otro Timoteo, y yo le daré á comer oro molido y á beber bálsamo (1).» Y de camino dice: «Querria á lo menos, que si os agrada este consejo que da el Apóstol á su discípulo, de beber vino, que os agrade tambien aquel *módico*, que añade que sea muy poco (2).» San Gerónimo, en la Epístola ad Eustoquium, *de custodia virginitatis*, el primer consejo que le dá para guardar castidad, es, que no beba vino. «La Esposa de Cristo ha de huir del vino, como de veneno (3).» Nótese mucho esta palabra, que concuerda bien con lo de San Pablo: "En el cual está la lujuria (4)." Y añade San Gerónimo: «Esta es una de las principales armas con que el demonio hace guerra á los mancebos. Ni la avaricia, ni la soberbia, ni la ambicion les hacen tanta guerra. El vino y la mocedad son dos incentivos y dos incendios de lujuria: ¿pues para qué cebais la llama con aceite, y estando el cuerpo ardiendo con la mocedad, añadís otro fuego (5)?» Pero volviendo á nuestro propósito, lo que pretendemos ahora encomendar á los religiosos es lo que encargan mucho los Santos Basilio, Bernardo, Buenaventura (6) y otros, que pro-

(1) Parce deinde labori ministrantium.
(2) Parce gravamini domus.
(3) Parce conscientiae. Conscientiae dico, non tuae, sed alterius.
(4) Noli adhuc aquam bibere, sed modico vino utere propter stomachum tuum, et frequentes tuas infirmitates. *Ad Timoth.* V, 23.

(1) Da mihi alterum Timotheum, et ego cibo eum, si vis, etiam auro, et poto balsamo. *Bern.*
(2) Id te saltem volo admonitum esse, ut si tibi ista authoritas Apostoli placet, de bibendo vino: modico, quod ille adjunxit, non praetermittas.
(3) Sponsa Christi vinum fugiat pro veneno. *Hier.*
(4) In quo est luxuria. *Ad Ephes.* V, 18.
(5) Haec adversus adolescentiam prima arma sunt daemonum.—Non sic avaritia quatit, inflat superbia, delectat ambitio. Vinum, et adolescentia duplex incendium voluptatis est. Quid oleum flammae adjicimus? quid ardenti corpusculo fomenta ignium ministramus?
(6) Basil. *serm. de renuntiat. seculi istius, et spirituali perfectione.*—Bernard. *ubi supra, et in formula honestae vitae.*—Bonav. *ubi infra.*

curemos acostumbrarnos á contentarnos con lo comun que se usa en la Religion, y á no querer ser singulares en nada, en cuanto fuere posible. Y para persuadirnos esto, bastaba ver que de esta manera ahorraremos muchos desasosiegos y disgustos, y muchos juicios propios y agenos, como habemos dicho. Y asi, aunque no fuese sino por nuestro propio interés, por tener quietud y contento en la Religion, lo habiamos de procurar, aunque pasásemos alguna incomodidad; porque mucho mas pesa eso que el provecho que nos puede venir de las singularidades. Pero lo que nos ha de hacer mas fuerza es que de esta manera edificaremos mucho á nuestros hermanos, daremos grande contento á los superiores y agradaremos mucho á Dios. Nótese mucho esto, porque es una doctrina muy práctica y muy provechosa.

Uno de los mayores servicios y sacrificios que uno puede hacer á Dios en la Religion, y aun de las mayores y mejores penitencias y mortificaciones mas agradables á su Magestad, y mas provechosas para vos, y de mayor edificacion para vuestros hermanos, es pasar toda la vida en la Religion sin particularidad, y vivir siempre con este teson y entereza, guardando en todo el rigor comun de la Religion, contentándoos siempre con lo comun que todos comen, que todos visten y que todos hacen, no queriendo usar de privilegio ni de exencion, ni de singularidad ninguna; y pues habeis de hacer alguna penitencia y tener algun ejercicio de mortificacion, sea esa vuestra principal penitencia y mortificacion. Y asi dicen los Santos y maestros de la vida espiritual (1), que esotras penitencias se han de moderar de tal manera que queden fuerzas para esto, como para lo mas principal; porque muy poco estimará el superior vuestras disciplinas y vuestros silicios, si despues no os contentais con lo ordinario que usan los demas, sino que buscais el regalo y comodidad propia en el vestido y en el aposento, etc. Pues veis aquí una penitencia que teneis ya licencia para hacerla, y que gustarán mucho los superiores que la hagais, y la podeis hacer sin peligro de vanagloria; porque no parece que haceis penitencia, ni los otros echan de ver si os mortificais ó no: y por otra parte, es de las mejores y mas agradables á Dios que podeis hacer. Parece una vida llana y comun, y delante de Dios es singular, y una perfeccion y santidad muy sólida y segura.

Por el contrario, una de las cosas mas perjudiciales y que mas daño hacen en la Religion, es comenzar algunos á usar de singularidades y de privilegios y exenciones aunque sea con el color que quisieren, y con título á su parecer muy justificado. Y en tanto grado es esto verdad, que el glorioso San Buenaventura pone esta por una de las causas principales de la tibieza y relajacion de las religiones. Aunque seais muy antiguo y aunque hayais trabajado mucho en la Religion, haceis, dice (1), mucho daño con esto; porque los que vienen despues de vos á la Religion, no ven vuestra virtud interior, ni miran lo que trabajastes antes que ellos viniesen, sino solamente están mirando al ejemplo que de presente les dais en la observancia regular; en la cual querrian los mas nuevos que los antiguos siempre les fuesen delante, y que como fueron los primeros en venir á la Religion, asi lo fuesen en guardar sus reglas, siendo guia y ejemplo á los que entran con nuevos fervores de servir á Dios: y de otra manera, ó se escandalizan de ellos, ó los comienzan á

(1) Bonav. *de informat. Novitiorum, cap.* 9.

(1) Bonav. *in quaest. circa Reg. quaest.* 49 *et de informat. novitior., cap.* 9.

imitar, aflojando ellos con el ejemplo de los otros. Bien entendió esto nuestro Padre; y asi, para prevenir el daño grande que de ello podia resultar, una de las cosas que manda se pregunte á los que entran en la Compañía y quieren ser incorporados en ella, es: «Si serán contentos de vivir en los colegios, y pasar como pasan los demas, sin usar de privilegios y singularidades, ni querer que se haga con ellos mas de lo que se hace con el menor de la casa (1).» Y particularmente manda se pregunte esto á los letrados, y á los que han de ser la gente grave en la Religion, porque en estos parece que podia haber algun peligro de que quisiesen usar de algunas singularidades y esenciones. No entienden los tales el daño que hacen en esto, aunque sea en cosas menudas, porque luego el otro, que le parece que ha trabajado tanto y que tiene tanta necesidad, quiere lo mismo; y luego el otro, que tiene un poco menos, y luego el otro; y asi se viene á relajar y arruinar la disciplina religiosa. Por lo cual San Bernardo llama á estos «divisores de la union y enemigos de la paz.» Mas valiera que no predicárades ó que no entendiérades en esos negocios, que usar de esas singularidades y exenciones; porque mas es lo que deshaceis con eso que lo que haceis con esotro. Pues por esto nos previene y nos avisa nuestro Padre que en la Compañía no ha de haber exenciones, ni singularidades, ni han de valer para eso antigüedades, ni ser lector, ni predicador, ni haber sido superior. Antes habemos de ir siempre en este fundamento, que no puede uno perder con cosa mas en la Compañía que con dar ocasion para que se entienda de él que por ser antiguo, ó letrado, ó predicador, etc., quiere exenciones y privilegios, y que se le haga otro tratamiento diferente del comun que se usa con los demas. Los mas antiguos en la Compañía y los mas letrados, esos son los que han de dar mas edificacion en todas las cosas, y los que con su ejemplo han de sustentar y llevar adelante la disciplina religiosa, conformándose con los mas humildes (1): de eso han de servir las letras y la antigüedad en la Religion.

(1) An contentus futurus sit eodem atque alii modo in collegio agere, nullisque privilegiis, aut praerogativis minimum omnium, qui in eo fuerint, anteire; omnem sui curam superiori relinquendo. *Cap. 7, exam.*

## CAPITULO XVII.

Respóndese al escrúpulo de la obligacion de mirar por la salud.

Porque lo que principalmente y con mas justo título nos suele hacer guerra para usar de algunas singularidades, es la obligacion que nos parece tenemos de mirar por nuestra salud y conservar la vida; para satisfacer á esto, diremos aquí algunas cosas que acerca de esto dicen los doctores. Cuanto á lo primero, notan, y es doctrina comun, que una cosa es matarse uno á sí mismo, ó procurar de propósito abreviar la vida, tomando alguna cosa para eso, y esto es ilícito y pecado gravísimo; otra cosa es no tratar uno de conservar su salud ó su vida, ni quererla prolongar; y esto, dicen, que no es ilícito, sino lícito; porque ninguno está obligado á procurar alargar su vida, ni á conservarla, usando de manjares delicados y cosas estraordinarias; asi como no está uno obligado á vivir en los lugares mas saludables, aunque supiese que alli viviria mas tiempo y mas sano, asi tampoco está obligado á procurar los manjares mas saludables y que dicen mas con su complexion, aunque supiese de cierto

(1) Non alta sapientes, sed humilibus consentientes. *Ad Rom.* XII, 16.

que con eso alargaria mas la vida y viviria mas sano. Esto está claro, porque lo contrario seria condenar todos los ayunos, abstinencias y penitencias de la Iglesia y de las Religiones. Antes andar á buscar esas cosas, dicen los teólogos y los Santos, que de ordinario es reprensible, especialmente en los religiosos. Tampoco está uno obligado, cuando está enfermo, á buscar medicinas esquisitas y muy preciosas ó costosas, para conservar la vida, ni médicos raros y eminentes; antes todo eso es reprensible en el religioso que profesa humildad y pobreza. Basta usar de los medios comunes y fáciles que ordinariamente son convenientes; porque como la vida y salud del cuerpo sea un bien temporal y perecedero, y respecto de la vida y salud del alma sea de muy poco valor, no quiso Dios obligar á mas que eso; y no solo de lo estraordinario y esquisito es lícito quitar, sino de lo comun y ordinario. Y asi vemos que los religiosos y los siervos de Dios quitan del mantenimiento, sueño, regalo y tratamiento de su cuerpo, de que otros comunmente usan y ellos pudieran lícitamente usar; y se lo damos, no solo por lícito, sino por santo, aunque sepan que les ha de hacer algun daño á la salud y que de esa manera han de vivir menos. Asi como es lícito, y de grande virtud y merecimiento, ponerse á peligro de muerte y dar la vida temporal, no solamente por el ánima del prójimo, sino tambien por su vida temporal, como lo hacen los que sirven y curan los heridos de peste y de otras enfermedades contagiosas; asi tambien es lícito y de mucha virtud, para ayudar á la propia alma con el fruto de la mortificacion, ofrecerse á un pequeño detrimento de la vida, ó á algun poco de daño de la salud corporal. Si por ganar un pedazo de pan, para sustentar su casa y para mantener un poco de honra, atraviesa uno la mar, y va á Flandes y á las Indias, y pasa malas noches y peores dias, con mucho detrimento de su salud y peligro de su vida, y se lo damos por lícito; ¿cuánto mas será esto lícito y santo por la salud espiritual de su propia alma, para tener la carne sujeta y rendida al espíritu, que no se rebele contra él y nos haga alguna traicion? Y asi eso decimos que es hacer penitencia; y si esto quitásemos, seria quitar casi todas las penitencias que se usan en la Iglesia de Dios. Mas: tratan allá los teólogos una cuestion, si es lícito á un siervo de Dios, que tiene un dolor grande de hijada ó estómago, ó una llaga que le da mucho dolor, no querer curarse ni aplicar medicina alguna, sino padecerlo por Cristo, como no haya peligro de muerte, y dicen que sí (1). Traen para esto el ejemplo de Santa Agueda, que viniendo San Pedro en figura de un hombre anciano á curarla de los pechos que le habia cortado el tirano, no queria consentir que la curase, diciendo: que nunca habia usado tomar medicina alguna corporal (2). Y traen tambien para esto el ejemplo de muchos varones espirituales y perfectos, que quieren padecer un dolor de hijada ó estómago, sin aplicar remedio alguno, para mortificar la carne y sujetarla al espíritu, y sentir y participar algo de los dolores y Pasion de Cristo; y están muy contentos, y muy alegres y aprovechados en aquellos dolores. Y mas: para que se vea que no es de tanta estima la salud, ni aun la vida, que estemos obligados á mirar tanto por ella, ni hacer tantas diligencias para procurarla y conservarla, como algunos imaginan, ponen este caso los teólogos: estáse uno muriendo, si no le

(1) Cayet. 2.-2., quaest. 97, art. 1.—Navar. *in summa. cap.* 11, *num.* 41.

(2) Quia medicinam carnalem corpori meo nunquam exhibui.

cortan el pie ó el brazo, y preguntan si estará obligado á dejar que se le corten, y dicen que no. Y traen lo que dijo el otro en semejante caso: no es de tanta codicia, ni de tanta estima la salud ni la vida, que esté yo obligado á padecer tanto dolor por ella (1). Y mas: dicen los teólogos que no está uno obligado á usar de medicinas para alargar su vida, aunque sepa que será mas corta si no usa de ellas. Como si le dijesen los médicos que cada mes ó cada año se purgase, y tomase tales medicinas, ó que se haga una fuente acá, y otra acullá. No está obligado á ello, aunque se hubiese de morir diez años antes. Y añaden los mismos doctores, que aunque sepa uno que bebiendo vino ó bebiendo con nieve vivirá menos, no está obligado debajo de pecado mortal á dejar el vino, ni la nieve. Pues apliquemos esto á nuestro propósito. Si por gozar de una golosina, por beber frio, y por comer cosas sabrosas y golosas, y por gozar de otros deleites semejantes no tienen cuenta los hombres con conservar la salud, ni con alargar la vida, ni miran en eso, ni los condenamos por ello; ¿por qué ha de tener el religioso tanto cuidado de la salud, que atropelle la observancia regular por la imaginacion que se le ofrece de que le hará aquello daño, ó lo otro mas provecho? Y demos que no sea imaginacion, sino verdad. Pongamos en una balanza esa necesidad y el provecho que eso le ha de hacer (que es bien incierto, y puede ser otra buena razon para esto), y pongamos en otra balanza la inquietud y desasosiego suyo y ageno, y la desedificacion é inconvenientes que de ahí se siguen, y veremos cómo sin comparacion pesa esto mas que aquello. Lo que los del mundo hacen, y vos por ventura habeis hecho muchas veces por gozar de un deleite y de una golosina, ¿no será razon que lo hagais por gozar de la vida religiosa, y andar con la comunidad, y no dar escándalo y desedificacion á vuestros hermanos, con vuestras singularidades y regalos?

A lo menos sacamos de aqui que no está uno obligado á procurar esas particularidades y comodidades. En lo que toca al escrúpulo, bien seguro podeis estar que no hay que tenerle, aunque se hiciese con vos menos de lo que se hace, cuando se hace mas mal, asi en tiempo de salud como en tiempo de enfermedad; y aunque por ello padezcais algun detrimento en la salud, sino que hareis mejor y será mas perfeccion padecer alguna cosa y tomar eso por penitencia, que andar procurando el regalo y la comodidad, y andaros quejando porque no miran por vos y porque no hacen tanto caso de vos: que no quiere Dios que miremos tanto por la salud. Sobre aquellas palabras de Cristo: "El que amare desordenadamente su vida, la perderá; y el que la aborreciere y despreciare por amor de mí, la hallará en la vida eterna (1)," dice San Bernardo (2): «Hipócrates y sus secuaces enseñan á salvar las vidas en este mundo; Epicuro enseña á amar mucho el deleite y á buscar el regalo con gran cuidado: Cristo nuestro Redentor nos enseña á perder las vidas, y á despreciar los deleites y regalos del cuerpo, y á tenerlo todo en poco, respecto del bien del alma. Mirad á cuál de estos maestros quereis seguir: mirad si quereis ser discípulo de Cristo, ó de Hipócrates y Galeno.» Y podremos añadir aqui, que vemos por esperiencia que los que andan con estos

(1) Non est tanto digna dolore salus.

(1) Qui enim voluerit animam suam salvam facere, perdet eam: qui autem perdiderit animam suam propter me, inveniet eam. *Matth.* XVI, 25.

(2) Bernard. serm. 30 *sup. Cantica.*

melindres y singularidades, siempre andan enfermizos y achacosos, y muchas veces por los mismos medios que buscan la salud la pierden. Y por el contrario, los que fiados de Dios y de la obediencia siguen la comunidad, y se hacen á todo, viven sanos y recios en la Religion.

Casiano advierte (1) aqui otro punto muy bueno. Dice que hay algunos que quieren que se hagan con ellos algunas de estas singularidades, no tanto por necesidad que tengan de ello, cuanto por autoridad y presuncion y soberbia; porque quieren que se haga mas caso de ellos que de los otros, y que haya alguna diferencia, porque son antiguos predicadores, lectores y maestros. Y estos, dice Casiano, nunca son hombres muy espirituales, ni señalados en virtud. Aquellos Padres antiguos, que como lumbreras resplandecian en la Iglesia de Dios en la disciplina religiosa, vemos, dice Casiano, que eran muy amigos de la comunidad y enemigos de singularidades, á los cuales debemos nosotros imitar.

Pero no pretendemos por esto que nadie se encoja en proponer lo que hubiere menester, porque claro está que donde hay muchos siempre hay algunos que tienen necesidad de algunas cosas particulares, porque no pueden tener todos igual salud, ni iguales fuerzas corporales. Y asi es tambien razon que lo entiendan todos, y que nadie tome ocasion, de lo que habemos dicho, para juzgar á otros, sino que cuando viere que alguno usa de algunas singularidades, entienda que aquella es necesidad, y se compadezca de él y de su enfermedad. Dice San Bernardo: «No seais como algunos, que tienen envidia de lo que habian de tener lástima y compasion. Acontece, dice (2), que algunos viendo que ponen al otro mejor plato, y que le tratan mejor, tienen envidia de lo que habian de tener compasion; y juzgan al otro por mas dichoso, por aquello por que él se tiene por desdichado y miserable, por estar sujeto á aquella necesidad y no poder seguir la comunidad: lo cual aun siente él mas que la misma enfermedad.» Asi como no tendriamos envidia, ni murmuraciones, sino antes lástima del que estando mas enfermo le diesen mas medicinas y mas costosas: asi, si vos entendiésedes bien lo que aquel padece con aquella singularidad, no le tendríades envidia, sino compasion; y daríades muchas gracias á Dios de que vos no teneis necesidad de mas comida, ni de mas sueño, ni de mas vestido, ni de mas regalo, sino que os podeis pasar con lo comun de todos. Y dice San Bernardo que el que anda mirando las singularidades que otros usan y se le van los ojos tras aquello, muestra bien tener bajos pensamientos y corazon inclinado á sensualidad y regalo.

Concluye el Santo, con lo que yo tambien puedo concluir. No digo esto, hermanos mios, porque tenga ahora de quién me quejar acerca de ello, sino parecióme necesario amonestaros y preveniros, por haber algunos entre vosotros tiernos y delicados, con los cuales es menester usar de alguna dispensacion, ó por su edad, ó por su enfermedad y flaqueza: pero doy muchas gracias á Dios nuestro Señor, dice, que veo á muchos tan cuidadosos de sí, y tan deseosos de ir adelante, y tan lejos de esos bajos pensamientos, que no teniendo cuenta con los flacos y necesitados, que andan entre ellos, ni echando de ver en sus singularidades, siempre traen puestos los ojos en

(1) Cassian. lib. 5 de *instit. renunt. cap.* 23.
(2) Videt hoc alter quispiam, et fortassis incipit invidere, cui condolere debuerat. Hinc accidit, ut saepe beatificet eum in corde suo ea de re, unde miserum se ille reputat, moleste ferens necessitatem suam. *Bern. ser.* 1 *de altitud. et lasitud. cordis.*

sí, y andan quejosos de sí, pareciéndoles que ellos son los que hacen menos que todos; y así á todos tienen por superiores y mejores, conforme al consejo del Apóstol San Pablo (1).

Añade otro consejo; dice que es muy bueno, no teniendo cuenta ninguna con los que tienen necesidad de particularidades, ni echando de ver en eso, poner los ojos en uno ó dos de los que vemos que andan mas fervorosos y son mas ejemplares en casa, y procurar imitarlos. Y refiere lo que le aconteció á él con uno de sus monjes, que dice le dió mucho contento. Vino á él un monje lego una mañana en amaneciendo, y postrado á sus pies le dijo: «¡Ay de mí, Padre, que esta noche en los maitines estuve contando y considerando en uno de mis hermanos treinta virtudes, y ninguna de ellas hallo en mí!»

Ese es muy buen ejercicio, andar mirando y considerando en nuestros hermanos sus virtudes. Y este sea el fruto de este nuestro sermon, dice el Santo, que siempre miremos en los otros á lo alto de sus virtudes, y no á lo imperfecto y defectuoso: y en nosotros al contrario, no á lo que nos puede ser materia de vana presuncion, sino de verdadera humildad; porque ¿qué hace al caso que vos podais trabajar ó ayunar mas que el otro, si el otro os sobrepuja á vos en virtud, si el otro tiene mas humildad y mas paciencia que vos? ¿Qué hace al caso que no pueda ayunar ni trabajar tanto como vos? «Pues de aquí adelante, dice (2), en vuestros hermanos siempre mirad á lo bueno que en ellos hay y vos no teneis; y en vos no mireis á lo bueno que os parece teneis, sino mirad á lo mucho que os falta para llegar á la perfeccion.» De esta manera nos conservaremos en humildad y en caridad, y aprovecharemos mucho en la Religion.

(1) Superiores sibi invicem arbitrantes. *Ad Philip.* II, 3.

(2) De cactero, ea magis attende, quae alius habet, tu non habes. Sed esto magis solicitus, ut scias, quid dessit tibi. *Bernard.*

## CAPITULO XVIII.

En que se confirma lo dicho con algunos ejemplos.

Cuéntase (1) de Rabaudo, príncipe en Francia, cuya vocacion y venida á la Religion fué un singular milagro, que habiendo entrado en la Religion, y haciéndosele esta vida muy áspera y dificultosa, por haberse criado con grandísimo regalo, el abad Porcario, que era entonces superior del convento, le permitia comer algunas cosas particulares y estraordinarias y que decian mas con su complexion, y mandaba que se las diesen; con lo cual, no solo no medraba, antes se iba haciendo cada dia mas delicado y achacoso. Acaeció, que estando una vez comiendo en la mesa con los demas, á los cuales solo ponian para comer un poco de pan duro y habas, le pareció que veia dos venerables viejos, el uno calvo y con dos llaves colgadas al cuello, y el otro monje, con un vaso de cristal en la mano, y que dando una vuelta á todo el refectorio, echaban á cada monje en su plato cierta cosa que sacaban del vaso, y que á él solo dejaron sin darle de ella, y le miraron con rostro severo y airado: pero él cogió, como pudo, del plato de los que estaban sentados cerca de sí algo de aquello que les habian dado; y así como lo gustó, sintió con ello tanta suavidad, que le pareció no tenian que ver con aquel manjar, ni eran tan sabrosos cuantos en toda su vida habia comido. Y habiendo visto esto mismo tres veces, se fué á su abad, y contándo-

(1) Hieron. Plati. *lib.* 3 *de bono status Religionis, cap.* 16.

selo, le preguntó con mucha instancia quiénes eran aquellos dos viejos que habia visto. Cayó luego en ello el abad, y entendió que eran el Apóstol San Pedro, patron de aquella casa, y Honorato, fundador de ella, y que la causa por que no le daban á él de aquel manjar que á los demas repartian, era porque no seguia en todo la comunidad y usaba de algunas singularidades. Lo cual oido de Rabaudo, esforzándose y determinándose á seguir en todo el comun rigor y disciplina religiosa, se le hizo mucho mas fácil y llevadera que antes le habia parecido. Y poco despues vió los mismos santos, que repartiendo, como solian, aquel manjar á los monjes, le daban á él tambien de ello, con lo cual quedó su alma muy confortada y él muy resuelto de llevar cualesquier trabajos y asperezas que en la Religion hubiese.

Cesario cuenta otro ejemplo semejante. Dice (1) que habia en la Orden del Cister un religioso, mas en el hábito que en las obras, y por ser médico, lo mas del año andaba fuera del convento sin venir á él sino en las fiestas señaladas. Un dia de Nuestra Señora estaba con los demas en el coro cantando, y vió entrar á Nuestra Señora con grande resplandor y andar entre los que cantaban; y de una cajita que traia en la mano, sacaba con una cuchara cierta bebida y daba á cada religioso de ella; y llegando á él se pasó de largo, diciendo: «Tú no has menester mi bebida, porque eres médico y te regalas harto.» Él quedó muy triste, pensando en su falta. Desde entonces mudó estilo, no salia sino mandado, y mortificábase mucho. Y asi, en la siguiente fiesta de Nuestra Señora, viniendo ella como la vez pasada á regalar á los religiosos, llegó á este y parándose le dijo: «Porque te has enmendado posponiendo tus medicinas á las mias, ves aquí de mi bebida, bebe como los demas.» Desde entonces con aquella suavidad quedó muy firme en el monasterio, teniendo por estiércol todos los deleites del mundo, porque aquella bebida fué la de vocacion, la cual todo lo hace sabroso.

Cuenta el mismo Cesario que vino al convento de Claraval un clérigo muy regalado, y no arrostraba el pan del convento, que era basto; antes de solo pensar que aquello habia de comer, parece que se enflaquecia. Una noche se le apareció Cristo nuestro Señor con un pedazo de aquel pan, y dándoselo, le decia que comiese. Respondió que de ninguna manera podia comer aquel pan de cebada. Cristo mojó el pan con la Sangre del Costado, y mandóle que lo comiese: gustólo, y súpole mas que miel. Y desde entonces, asi el pan como los demas manjares groseros de la Comunidad, que antes no podia comer, le eran muy sabrosos (1).

En las Crónicas de la Orden del bienaventurado San Francisco (2) se cuenta de aquel capítulo célebre llamado de las Esteras, porque los aposentos eran en el campo con repartimientos hechos de esteras, donde se juntaron casi cinco mil frailes, y se halló allí tambien el bienaventurado Santo Domingo. Dícese allí, que era tanto el fervor y espíritu de penitencia que tenian entonces aquellos santos religiosos, que era menester irles á la mano. Y asi, siendo informado San Francisco que muchos de ellos traian sayas y cotas de malla junto á la carne, y otros cercos de hierro, y que por eso muchos enfermaban y eran impedidos de poder orar y servir á la Orden, y algunos morian, mandó por obediencia que todos los que tu-

(1) Cesar. lib. 7. *dialog.* c. 48.

(1) Cesar. *lib. 4 dialog., cap. 80.*
(2) Part. I. lib. 1, cap. 53 de la *Crónica de San Francisco.*

viesen cotas ó cercos de hierro, se las quitasen y se las trajesen, y fueron halladas quinientas piezas de sayas y cercos de hierro. Pues andando la Orden en este fervor, y juntándose ellos en este capítulo, para tratar del bien y progreso de la Orden, fué revelado al Padre San Francisco que los demonios hacian otro capítulo contra este en un hospital que estaba entre la Porciuncula y Asís, al cual se juntaron mas de diez y ocho mil demonios. Y como muchos de ellos diesen sus sagaces y diversos consejos, cómo pudiesen pelear y destruir á San Francisco y á su Orden y seguidores, al fin un demonio mas artero y sutil dió un consejo de esta manera: «Ese Padre San Francisco con sus frailes, con tanto fervor huyen y andan apartados del mundo, y con tantas fuerzas aman á Dios, y se ocupan en la oracion, y atormentan sus cuerpos, que al presente poco ó nada podreis hacer contra ellos: aconséjoos que no os mateis ahora tanto, mas dejemos á este cerrar los ojos, y que sean mas frailes, y haremos entrar en su Orden mozos sin celo de perfeccion, y viejos honrados, y nobles regalados, y letrados arrogantes y de flaca salud, y ellos recibirán á todos por sustentar honra y gran número. Y de esta manera los traeremos al amor propio y de cosas del mundo y á deseos de ciencias y honras: entonces nos vengaremos de ellos, teniendo á muchos á nuestra voluntad.» Y pareció muy bien á todos este consejo y quedaron muy satisfechos con esta esperanza.

## TRATADO SESTO.

### De la observancia de las reglas.

#### CAPITULO I.

De la merced y beneficio grande que nos hizo el Señor en cercarnos con reglas.

Entre otras mercedes que nos ha hecho el Señor en la Religion, fué una muy grande de cercarnos con tantas reglas y avisos santos, para que asi estuviésemos mas guardados y defendidos de nuestros enemigos. Comparan muy bien los Santos los consejos del Evangelio al antemuro ó barbacana de una ciudad; porque asi como la ciudad está mas guardada, cuando tiene no solo un muro, sino otro antemuro, el cual si rompieren y derribaren los enemigos, les queda el muro con que están defendidos y guardados, asi Dios ha hecho esta merced á las religiones en lo espiritual (1). Hános cercado y guardado primeramente con el muro fortísimo de su Ley y Mandamientos Santos, y tambien con otro muro ó barbacana, que es con las reglas y constituciones de la Religion: para que cuando nuestros enemigos nos acometieren, que siempre traen guerra contínua con nosotros, cuando mucho, rompan y derriben algo de ese antemuro; pero el muro principal de la Ley y Mandamientes de Dios quede siempre entero, y nos-

(1) Urbs fortitudinis nostrae Sion, Salvator, ponetur in ea murus, et antemurale. *Isaiae* XXVI, 1.

otros en salvo. Gran merced de Dios es que la tentacion que os combate, cuando mucho, os haga faltar en una reglita, que aun no llega á pecado venial, y que hagais ahora mas caso de quebrantarla que hiciérades por ventura allá fuera de pecados graves.

De donde se verá cuán grande engaño es el que suelen tener algunos flacos en la Religion, que cuando ven que hacen faltas en las reglas y que caen en algunas imperfecciones, les parece que para andar de aquella manera desaprovechados y desasosegados, les valiera mas estarse allá fuera que ser acá tan imperfectos. Esa es tentacion muy grave del demonio, pues os toca en una tecla tan principal, como es la vocacion; no quisiera él sino cogeros en escampado allá en el mundo, fuera de esa cerca y antemuro de las reglas y consejos del Evangelio; porque entonces él jugára al descubierto de su artillería contra el muro de la Ley de Dios, y por ventura os hiciera caer presto en algun pecado mortal. Lo cual ahora no puede tan fácilmente hacer, por estar vos tan guardado y defendido con este antemuro, donde recibís todos los golpes y se quiebran todas sus lanzas, quedando vos muy lejos de caer en pecado mortal. Por muchos disgustos é imperfecciones de esas que tengais, una sola culpa de las que hiciérades allá en el mundo pesa mas que cuantas haceis acá: y así, por tibio y desaprovechado que os parezca que andais, tened entendido que sereis mucho mejor que fuérades allá. Esta es una de las cosas por que habemos de estimar en mucho la Religion, y dar cada dia infinitas gracias al Señor por la merced y beneficio tan grande que nos ha hecho en traernos á ella. Aunque no hubiera otro bien en la Religion sino este, era muy grande, y por solo él era ella de mucha codicia y estima. ¿Paréceos poco andar los otros en el coso, entre los toros y bestias fieras, y estaros vos en talanquera, mirándolos á vuestro salvo? ¿Andar los otros en medio de las tempestades y olas del mar, y estaros vos en el puerto muy seguro? ¿Andar los otros en medio del rio de Babilonia anegándose, y estaros vos en la ribera muy sentado y quieto?

Tienen mas las reglas y consejos evangélicos, que ayudan mucho para guardar los Mandamientos de la ley de Dios; porque al que profesa guardar la perfeccion de los consejos, muy fácil se le hace guardar los Mandamientos; y al contrario, el que no quiere guardar los consejos, ni tratar de perfeccion, con mucha dificultad guardará los Mandamientos de Dios. De esta manera declara Santo Tomás aquello que dijo Cristo nuestro Redentor en el Evangelio: "De verdad os digo, que el rico con dificultad entrará en el reino de los cielos (1)." ¿Sabeis por qué? dice Santo Tomás (2); porque es muy dificultoso guardar los Mandamientos, por los cuales habemos de entrar en el reino de los cielos, si no queremos guardar los consejos y tratar de perfeccion. Pero al que trata de guardar los consejos, ésle muy fácil la guarda de los Mandamientos, porque claro está que el dejar las riquezas, y el no poseer cosa propia, ni usar de cosa alguna como propia, sirve para estar mas seguro de codiciar lo ageno; y el rogar á Dios por los que nos persiguen, y hacer bien á los que nos hacen mal, sirve para estar muy léjos de tener ódio á nuestros enemigos; y el nunca jurar, aunque sea con verdad, sirve para estar muy lejos de jurar con mentira. Y así notan los Santos que las

(1) Amen dico vobis, quia dives difficile intrabit in regnum coelorum. *Matth.* XIX, 23.

(2) Quia difficile est, quod homo praecepta servet, quibus intratur in regnum, nisi sequens consilia, divitias relinquat. *S. Thomas, quodlibeto 4, art.* 23.

reglas y consejos que profesamos en la Religion, no solo no son carga, sino son ayuda y alivio para llevar mejor la carga de los Mandamientos de Dios. Declara esto muy bien San Agustin con dos comparaciones (1). Tratando de la suavidad de la Ley de Gracia, compara su peso al peso de las alas del ave; las alas no cargan, ni embarazan al ave, antes esas son las que la hacen ligera y que pueda volar. Y las ruedas del carro algo pesan; empero ese peso no solo no carga, antes ayuda á los bueyes y les alivia tanto la carga, que si no fuese por ellas, no podrian llevar la mitad de lo que llevan. Pues de esa manera son los consejos del Evangelio que tenemos en nuestras reglas, que no solo no nos cargan ni embarazan, antes nos sirven de ruedas con que llevamos el peso y yugo de la Ley de Dios con grande facilidad y suavidad, el cual llevan los del mundo gimiendo y rebentando con la carga, y dando mil caidas, porque no tienen estas ruedas ni aquesas alas. Por lo cual debemos ser muy agradecidos al Señor, y estimar en mucho las reglas, y aficionarnos de corazon á la observancia de ellas.

## CAPITULO II.

Que nuestra perfeccion consiste en la observancia de las reglas.

"Guarda los Mandamientos y los consejos, dice el Sábio (2), y será vida para tu ánima, y gracia, dulzura y suavidad para tu garganta y paladar espiritual," conforme aquello del Profeta: "¡Oh qué dulces son para mi garganta tus preceptos; mucho mas que la miel son ellos para mi boca (3)!" El bienaventurado San Gerónimo, en la Epístola *ad Hebdibiam*, que es respuesta á doce cuestiones ó preguntas que le habia propuesto: La primera de ella es, ¿cómo podrá ser uno perfecto? Responde el Santo con lo que respondió Cristo nuestro Redentor á aquel mancebo que dice el Sagrado Evangelio que vino á él, é hincado de rodillas delante de él, le preguntó: «Señor, ¿qué haré para salvarme? porque deseo grandemente asegurar mi salvacion.» Dícele: «Ya sabes los Mandamientos de Dios, guárdalos, y de esa manera te salvarás.» Responde: «Maestro, esos siempre los he guardado desde mi niñez.» Dice el Evangelista San Marcos, "que le miró Cristo y le amó (1)." En el modo y gracia con que le miró, le mostró esteriormente el amor. Es cosa muy amable la virtud y la bondad, y lleva tras sí los ojos y el corazon de Dios. Dícele el Señor: «Una cosa te falta, si quieres ser perfecto; vé y vende todo lo que tienes, y dálo á los pobres, y tendrás tesoro en el cielo, y ven y sígueme.» En eso está la perfeccion, dice el bienaventurado San Gerónimo, en añadir á los Mandamientos de Dios los consejos del Evangelio.

El venerable Beda dice que á estos que no se contentan con los Mandamientos, sino que guardan tambien los consejos, les corresponde aquella otra corona segunda que mandaba Dios á Moisés poner sobre la primera (2). Por esa segunda corona de oro se dá á entender la ventaja del premio y gloria que han de tener sobre los demas los que acá se aventajaren á ellos, guardando fuera de los Mandamientos de Dios los consejos del Evangelio. Y por eso añadió Cristo nuestro Redentor: «No solo alcanzareis la vida eterna, si guardais los

(1) Aug. serm. 22 *de verbis Apostol.*—Idem Bern. *epist.* 341.
(2) Custodi legem, atque consilium, et erit vita animae tuae, et gratia faucibus tuis. *Prov.* III, 21.
(3) Quàm dulcia faucibus meis eloquia tua, super mel ori meo. *Ps.* CXVIII, 103.

(1) Jesus autem, intuitus eum, dilexit eum. *Marci* X, 22.
(2) Et super illam alteram coronam aureolam. *Exod.* XXV, 25.

consejos del Evangelio, sino sereis muy rico allá en el cielo, tendreis un tesoro muy grande (1).» Esta merced nos ha hecho el Señor á los religiosos, que no solamente nos llamó, no solo nos sacó de las tinieblas á la luz admirable de su Fé y Evangelio (2), como á todos los demas cristianos, y no solo nos quiere llevar al reino del cielo con sus queridos y escogidos, sino quiere aventajarnos, y que seamos grandes en el reino de los cielos, y para eso nos llamó á la guarda de los consejos Evangélicos, que es el estado de perfeccion que profesamos en la Religion.

Pues razon será que correspondamos á tan grande beneficio, lo cual haremos si guardamos nuestras reglas como nuestro Padre nos pide: «Todos los que en la Compañía entraren y viven, deseen guardar enteramente todas las constituciones y reglas y modo de vivir de ella, y se esfuercen con la divina gracia, de todo su corazon y fuerzas, á guardarlas perfectamente (3).» En esto está nuestro aprovechamiento y perfeccion. Si esto hacemos, seremos buenos religiosos; y si las guardáremos perfectamente, seremos perfectos religiosos. Y el mismo nombre nos dice la obligacion que á esto tenemos; por eso nos llamamos religiosos, porque nos habemos obligado y atado á guardar las reglas y consejos del Evangelio. Eso quiere decir religioso, *religado ó reatado*; porque está no solo ligado y atado con los Mandamientos de Dios, como lo están todos los cristianos, sino tambien con los consejos del Evangelio que se contienen en las reglas. Y por la misma razon llama la Iglesia á los religiosos *reglares ó regulares*, por la obligacion que tienen á guardar sus reglas, que es un nombre muy honroso de que usa el Derecho canónico. Y á nosotros nos llama el Concilio Tridentino (1), y los Sumos Pontífices en sus Bulas Apostólicas, «clérigos regulares.» Pues procuremos llenar el nombre; seamos muy regulares y muy observantes de nuestras reglas, para que asi concuerde la vida con el nombre que tenemos.

San Bernardo, escribiendo á unos religiosos que andaban muy fervorosos, animándoles á ir adelante en su fervor, les dice: «Ruégoos, hermanos mios, y encarecidamente os pido, que andeis siempre con solicitud y diligencia en guardar la disciplina y reglas de la órden para que la órden os guarde á vosotros (2).» De manera, que guardando las reglas de la Religion, la Religion nos guardará á nosotros y nos conservará en virtud y perfeccion.

En el libro de los Jueces cuenta la Sagrada Escritura (3) que la fortaleza de Sanson estaba en los cabellos de su cabeza; y quitados, quedó sin fuerza, y fué fácilmente vencido y maniatado de los filisteos; figura muy espresa de lo que vamos diciendo; porque asi como á Sanson le puso Dios la fortaleza en los cabellos de su cabeza, porque era Nazareo, que era entonces ser religioso; y conforme á la Religion y secta de los Nazareos, estaba obligado á criar cabellera y no habia de llegar navaja á su cabeza, y porque le cortaron los cabellos con engaño, por haber él descubierto el secreto, vencido del demasiado amor que tuvo á Dalila su muger, perdió con los cabellos la Religion y juntamente la fortaleza: asi nuestra virtud y fortaleza está en guar-

(1) Et habebis thesaurum in coelo. *Matth.* XIX, 21.
(2) De tenebris in admirabile lumen suum, et transtulit in regnum Filii dilectionis suae. *I. Petri* II, 9.—*Ad Colos.* I, 13.
(3) Part. VI. Const. cap. 1, § 1.

(1) Concilio Tridentino, ses. 25, cap. 16.
(2) Rogo vos, fratres, et multum obsecro, sic agite, et sic state in Domino dilectissimi, soliciti semper circa custodiam Ordinis, ut Ordo custodiat vos. *Bernard. epist.* 321 *ad fratres de S. Anastasio.*
(3) Judicum XIII, 5, et XVI, 19.

dar esas reglas (que parecen cosas ligeras y de poca importancia, como los cabellos), porque somos Nazareos, que es religiosos, y estamos obligados á criar y sustentar estos cabellos; y si os los cortan, quedareis como otro Sanson, sin fortaleza, y sereis fácilmente vencido y maniatado de vuestros enemigos los filisteos, que son los demonios. Y asi como á Sanson, cuando le tornaron á crecer los cabellos, le volvió Dios su fortaleza, asi os la volverá á vos si tornais á daros á la observancia de las reglas y ceremonias y cosas menudas de vuestra Religion.

## CAPITULO III.

Que nuestras reglas no obligan á pecado; pero no habemos de tomar de ahi ocasion para dejarlas de guardar.

Nuestras reglas y constituciones no obligan á pecado alguno ni mortal ni venial, y lo mismo es de las demas ordenaciones y obediencias, sino es cuando el superior lo manda en nombre de nuestro Señor Jesucristo ó en virtud de obediencia, como se declara en las mismas constituciones (1). No quiso nuestro Padre que nos fuesen lazo de pecado; empero nadie ha de tomar ocasion de aqui para quebrantarlas, que suele ser una tentacion muy comun con que el demonio hace faltar á muchos en la observancia de las reglas. Y asi, deseando nuestro Padre por una parte quitarnos la ocasion y lazo de pecado que podia nacer de la obligacion de las constituciones y reglas; y por otra, que las guardásemos entera y perfectamente, sin perder un punto de perfeccion, dice: «En lugar del temor de la ofensa, suceda el amor y el deseo de toda perfeccion y de hacer lo que fuere mayor gloria y honra de Cristo nuestro Criador y Señor (1).» Y al principio de las Constituciones y de las Reglas, dice: «La interior ley de la caridad y amor, que el Espíritu Santo escribe é imprime en los corazones, ha de ayudar para esto, que es lo que dijo el Señor por San Juan: "Si me amais, guardad mis mandamientos (2)." Al que ama, bástale saber la voluntad del amado. Al buen hijo, bástale entender la voluntad de su padre, sin otros miedos ni temores. Y el que por no obligar las Reglas á pecado ni á infierno, las quebranta y tiene en poco, no es buen hijo, ni aun buen siervo tampoco. Si no, pregunto yo: ¿quê tal seria el siervo que estuviese determinado de nunca hacer cosa que su Señor le mandase si no se lo mandase desembainada la espada y so pena de muerte? ¿Y qué tal seria la muger que dijese á su marido: «yo no tengo de ser mala muger, ni haceros traicion; mas fuera de esto sabed que tengo de hacer todo cuanto se me antojare, aunque os pese de ello?» Pues tales son, los que por no obligar las Reglas á pecado y á infierno, las quebrantan. Eso es propio de esclavos que no sirven sino por temor del azote y del castigo. Dijo el otro: «Los malos dejan de pecar y hacer mal, por temor de la pena y del castigo; empero los buenos huyen del pecado, y de hacer mal por amor de la virtud, y por agradar y contentar mas á Dios (3).»

San Gregorio cuenta (4) de un santo monje llamado Marcio, que recogiéndose á la soledad del desierto, en el monte Mársico, se ató al pié una cadena de hierro, la

(1) P. VI. Const. cap 5.

(1) Et loco timoris offensae, succedat amor, et desiderium omnis perfectionis, et ut major gloria, et laus Christi Creatoris, ac Domini nostri consequatur.

(2) Si diligitis me, mandata mea servate. *Joann.* XIV, 15.

(3) Oderunt peccare mali formidine poenae.—Oderunt peccare boni virtutis amore.

(4) S. Greg. *lib.* 3 *dialog.*, *c.* 16.

cual estaba asida de una peña, para no andar mas de lo que la cadena le diese lugar. Súpolo el bienaventurado San Benito, y envióle á decir con un discípulo suyo: «Si eres siervo de Dios, no te tenga la cadena de hierro, sino la cadena de Cristo (1).» El cual obedeció luego, y se quitó la cadena; pero no anduvo mas de lo que la cadena le daba lugar cuando estaba atado á ella. Asi á nosotros (á quien nuestro Padre quitó la cadena de hierro, no queriendo tenernos atados á las reglas con obligacion de pecado, ni de infierno, sino con cadena de amor de Cristo), eso nos ha de hacer mas fuerza y movernos mas á guardar las reglas, que la cadena de hierro del temor del pecado y de la pena.

Pero hánse de advertir aqui dos cosas: La primera, que cuando las constituciones ó reglas contienen alguna cosa que toca á alguno de los votos que hacemos, ó que es prohibida por ley natural, entonces aquello obligará á pecado, no por virtud de la regla ó constitucion, sino por razon del voto ó ley natural, como lo notamos arriba (2). Lo segundo, se ha de advertir que aunque la regla de suyo no obligue á pecado, puede uno pecar cuando la quebranta, por mezclarse allí alguna negligencia, pereza, desprecio ó desestima de la regla, ú otra cosa semejante, como lo notó muy bien Santo Tomás (3) tratando de las reglas de la órden de Santo Domingo, que de suyo tampoco obligan á culpa alguna, ni mortal, ni venial.

(1) Si servus Dei es, non te teneat catena ferrea, sed catena Christi. *Ib.*

(2) Trat. 3, cap. 10.

(3) S. Thom. 2.-2, *quaest.* 186, *art.* 9 *ad* 3; et Cayetan. *ibi ad 4 dubium.*

## CAPITULO IV.

Que el ser cosa pequeña la que manda la regla, no escusa, antes acusa mas al que no la guarda.

Otra tentacion suele traer el demonio muy comun, para que faltemos en la observancia de algunas reglas, diciendo que son cosas livianas y de poca importancia, y que no está en eso la santidad y perfeccion, con lo cual, ayudado de nuestra flogedad y tibieza, nos hace muchas veces faltan en ellas; y asi es menester prevenirnos contra esta tentacion. Y cuanto á lo primero digo que eso que toma uno por escusa, diciendo que son cosas livianas y ligeras, no escusa ni aligera la culpa, antes en cierta manera la hace mas grave. Doctrina es esta de San Agustin; tratando de la desobediencia de Adan, dice: «Asi como la obediencia de Abrahan en sacrificar á su hijo Isaac, se tiene con razon por grande, por habérsele mandado una cosa dificultosa; asi la desobediencia de Adan en el Paraiso fué tanto mayor cuanto fué mas fácil y ligero el precepto que Dios le puso, porque no tiene escusa ninguna (1).» ¿Qué escusa pudieron tener nuestros primeros padres para no obedecer en una cosa tan fácil, como era el no comer de un solo árbol, teniendo tantos otros, y por ventura de mejores frutas, de que podian comer? ¿Qué hiciera Adan, si le mandáran una cosa grande? Si como mandó Dios á Abrahan que le sacrificase su hijo, mandára á Adan que le sacrificára su muger, ¿cómo obedeciera en sacrificarla él, que por no descontentarla, no quiso dejar de comer de la manzana, mandándoselo Dios? Pues de la misma manera, el ser las reglas, que uno quebranta, tan fáciles de cumplir, agravan mas su culpa y desobediencia. Asi lo nota tam-

(1) Ita et in Paradiso, tanto major inobedientia fuit, quanto id, quod praeceptum est, nullius difficultatis fuit. *Aug. lib. 14 de Civitate Dei, cap. 15.*

bien San Buenaventura: «Las faltas en cosas pequeñas, tanto mas condenan á uno y le hacen mas digno de reprension, cuanto mas fácil fué el evitarlas y no caer en ellas (1).» Si lo que se manda fuera muy grave y muy difícil de hacer, tuviérades alguna escusa; pero en una cosa tan fácil y ligera, ¿qué escusa podeis tener?

Y mas: ¿cómo creeré yo que obedeceréis en cosas grandes y dificultosas, si no obedeceis en cosas fáciles y ligeras? No hay por qué pensar que será para lo mas el que no es para lo menos. Dice San Bernardo: «El que no puede acabar consigo de refrenar la lengua y vencer la gula, no es religioso (2).» Y era este como un principio comun entre aquellos monges antiguos, y por eso comenzaban su ejercicio por la abstinencia; porque decian ellos: el que en esto esterior, que es mas fácil, no se venciere, ¿cómo se vencerá en lo interior, que es mas dificultoso? ¿Cómo se habrá con los enemigos espirituales é invisibles (3) el que con estos esteriores, que ve, no se sabe valer?

Por aqui podremos entender si son verdaderos ó falsos los deseos que algunas veces tenemos de cosas grandes, como de padecer grandes trabajos, y mortificaciones, y aun martirios en tierras de infieles. Porque si acá no sois para padecer y sufrir una mortificacion muy ligera; si acá quebrantais una regla, y otra, por solo no mortificaros en ir á pedir licencia, ¿cómo se puede creer que acometereis las cosas árduas y dificultosas? Dice muy bien San Buenaventura: «Muchos dicen que desean morir por Cristo, los cuales no quieren padecer por Cristo cosas muy livianas y palabras muy ligeras. Empero el que se espanta del sonido de una hoja que lleva el viento, ¿cómo esperará el golpe de la espada que le está amenazando (1)?» Si una palabrilla que os dijo el otro, que es cosa de aire, os turba y desasosiega, ¿qué será cuando se levantaren las persecuciones de veras? ¿qué será cuando os impusieren falsos testimonios en cosas graves y se tuvieren por verdades? Y así aconseja San Buenaventura que «nos acostumbremos á vencer y mortificar en cosas pequeñas, porque el que no se sabe mortificar y quebrantar su voluntad en estas cosas, menos lo hará en las grandes (2).»

Cuenta Dionisio Cartusiano (3), que un novicio comenzó con mucho fervor los primeros dias, y despues vino á aflojar y andar tibio, como suele acontecer. Al principio todo se le hacia fácil, y despues ya se le comenzaban á hacer dificultosos los oficios humildes y los ejercicios de mortificacion; y entre otras cosas, dice que se le hacia muy pesado traer cierta vestidura ó hábito pobre y humilde que acostumbraban traer los novicios. Durmiendo él una vez despues de medio dia, vió en sueños á Cristo nuestro Redentor, que iba cargado con una cruz muy larga y muy pesada, y que cansado y anhelando procuraba subir con ella por una escalera que allí estaba; empero como la cruz era tan grande, no cabia por la escalera. Viendo esto el novicio, compadecióse grandemente de verle en aquel trabajo, y queriéndole ayudar, le di-

(1) Minima neglecta, eo turpius moribus maculam ingerunt, quo vitari facilius cognita potuerunt. *Bonavent. in spec. discip. ad Novit. in Prolog.*

(2) Qui linguam suam, et ventrem custodire non potest, monachus non est. *Bern. de interiori domo cap.* 50.

(3) Contra spiritualia nequitiae, in coelestibus. *Ad Ephes.* VI, 12.

(1) Multi pro Christo optant mori, qui pro Christo nolunt levia verba pati.—Sed quem terret sonitus folii volantis, quomodo sustineret ictum gladii terribiliter vibrantis? *Bonav.*

(2) Minima etiam adversa tollerare patienter assuescamus; quia majora non superat, qui minora tollerare non discit. *Bonav.*

(3) Dion. Cart. *in scala Religios. art.* 16.

jo: «Suplícoos, Señor, que tengais por bien que os ayude yo á llevar esa cruz.» Vuelve el Señor los ojos á él con un rostro grave y severo, y díjole con indignacion: «¿Cómo presumes tú de llevar esta mi cruz tan pesada, pues no puedes sufrir el traer por amor de mí ese hábito que pesa tan poco?» Y en diciendo esto desapareció, y despertó el novicio, y quedó con aquella reprension tan confundido y tan animado, que de allí adelante, cuanto antes habia sido el disgusto, tanto era mayor el gusto y contento que sentia en traer aquel hábito pobre y humilde.

## CAPITULO V.

Del daño grande que se sigue de hacer poco caso de las reglas, aunque sea en cosas pequeñas.

"El que es fiel en lo poco, tambien lo será en lo mucho; y el que es infiel y malo en lo poco, tambien lo será en lo mucho (1)." Por ser tan comun esta tentacion con que el demonio procura que nos descuidemos en la observancia de las reglas, diciendo que son cosas livianas y de poca importancia, y que no está en esto la perfeccion, ni el aprovechamiento, declararemos cerca de esto dos cosas: la primera, cuánto daño se sigue de menospreciar estas cosas pequeñas y no hacer caso de ellas; la segunda, el bien grande que se sigue de lo contrario; que ambas cosas dice Cristo nuestro Redentor en las palabras propuestas. De lo primero dice que el que es malo é infiel en lo poco, tambien lo será en lo mucho. Y antes lo habia dicho el Espíritu Santo por el Sábio en estos términos: «El que desprecia las cosas pequeñas poco á poco irá cayendo (1).» Esto habia de bastar para hacernos muy diligentes y cuidadosos en la observancia de las reglas, y para que no nos atreviésemos á faltar en ellas por parecernos cosas pequeñas y de poca importancia; pues sabemos que es palabra de Dios, que el que menospreciare las cosas pequeñas, poco á poco caerá, y no parará hasta venir á las grandes. De esta manera se viene á perder una ciudad y á ser tomada de los enemigos. Dice el Profeta Jeremías: «Quiso el Señor destruir la ciudad de Jerusalen, aquella ciudad tan fuerte y tan torreada y que estaba cercada con muro y antemuro. Echó sus trazas, sus cordeles y medidas, y no levantó la mano de ello, hasta ponerlo por obra. Pero ¿cómo se puso por obra? ¿Sabeis cómo? (dice Jeremías), cayó el antemuro, y luego fué rompido y desbaratado tambien el muro, y asi entrada y tomada la ciudad (2).» Pues de esa manera entran y ganan los enemigos la ciudad de nuestra alma. Las reglas, como dijimos al principio (3), son el antemuro y barbacana, que guarda y defiende el muro de la ley y Mandamientos de Dios; y asi, si vos dejais caer ese antemuro, presto caerá tambien el muro y será saqueada y robada vuestra alma. Dice el Sábio: "Si comenzais á romper ese seto de las reglas y á desportillar ese vallado, por ahí entrará la serpiente antigua y os morderá (4)." Si quitais el cerco á la viña, no hagais caso de lo que teneis dentro, presto os la vendimiarán toda (5).

(1) Qui fidelis est in minimo, et in majori fidelis est: et qui in modico iniquus est, et in majori iniquus est. *Luc.* XVI, 10.

(1) Qui spernit modica, paulatim cecidet. *Eccles.* XIX, 1.

(2) Cogitavit Dominus dissipare murum filiae Sion, tetendit funiculum suum, et non avertit manum suam a perditione. Luxitque antemurale, et murus pariter dissipatus est. *Thren* II, 8.

(3) Cap. I.

(4) Qui dissipat sepem, mordebit eum coluber. *Eccles.* X, 8.

(5) Destruxisti maceriam ejus, et vindemiant eam omnes, qui praetergrediuntur viam. *Ps.* LXXIX, 13.

Pero para que se entienda esto mejor, porque es un punto de mucha importancia, dejemos metáforas y figuras y hablemos llanamente. ¿Quereis saber cómo es esto que nos dice el Espíritu Santo, que el que menosprecia las cosas pequeñas poco á poco vendrá á caer en las grandes? Es á la manera que dicen los teólogos y los Santos del pecado venial, y lo decimos á los niños en la cartilla: el pecado venial, dicen, es una disposicion del pecado mortal. Los pecados veniales, por muchos que sean, no hacen un mortal, ni bastan para matar el alma, ni quitar la gracia y amistad de Dios; pero van disponiendo el alma, enterneciéndola, enflaqueciéndola y entibiándola, para que asi fácilmente pueda ser vencida con alguna tentacion ú ocasion que se ofrezca, y venga á caer en algun pecado mortal; como los primeros tiros de arllería, que baten un muro, aunque no dén con él en tierra, todavía le atormentan y disponen para que los postreros le derriben; y las gotas de agua, que caen sobre una piedra, aunque cada una por sí no basta para cavarla y hacer ahujero en ella; pero basta para disponerla de tal manera, que en virtud de esa disposicion las gotas siguientes la caven y hagan ahujero. "Las aguas cavan las piedras, y la avenida poco á poco se lleva la tierra," dijo Job (1). De esa manera va el pecado venial disponiendo para el pecado mortal. Va uno poco á poco perdiendo el miedo al pecado; comienza á hacer lo que es fuera del amor de Dios, presto hará algo que sea contra él. A quien no se le dá nada de mentir, ni jurar sin necesidad, presto tropezará y atropellará lo uno con lo otro, jurando con mentira ó alguna cosa dudosa, y veísle ahí caido en pecado mortal. A quien no se le dá nada de murmurar en cosas livianas, presto se le ofrecerá alguna cosa que no sea tan liviana y se verá en peligro de pecado mortal. El que se descuida en mirar livianamente y es negligente en desechar los pensamientos malos y deshonestos que le vienen, cerca está de caer: alguna vez, cuando él esté mas descuidado, se le irá el corazon trás los ojos ó trás el pensamiento, y se hallará caido en un momento: que eso es lo que pretende el demonio con esos descuidos y pecados veniales, disponer para los mortales.

Pues á ese modo es el quebrantar las reglas y el hacer poco caso de ellas. Vános disponiendo y llevando poco á poco á mayor mal, hasta hacernos caer en cosas graves. Al principio tiene uno remordimiento de conciencia en quebrantar la reglita, despues no tanto, despues ya lo hace sin remordimiento. De esa misma manera y á ese paso se va tambien uno entibiando y descuidando en la oracion, y en los exámenes y en todos los ejercicios espirituales; porque eso tampoco es mas que regla: una vez lo deja, otra lo hace mal hecho y por cumplimiento y sin sacar fruto ninguno de ello.

De estos principios, que parecen pequeños, suelen venir las caidas grandes del religioso. Asi lo notan los Santos, sobre aquellas palabras del Evangelio, cuando Judas murmuró de la Magdalena por haber empleado aquel ungüento en ungir los pies del Señor, diciendo que fuera mejor venderlo y dar el precio á pobres. "No dijo esto Judas, dice el Evangelista (1), porque le daban cuidados los pobres, sino porque era ladron;" y como él era el que habia de vender el ungüento, por tener oficio de dispensero, pesole de perder aquella ocasion de sisar de diez uno, y en recompensa

(1) Lapides excavant aquae, et alluvione paulatim terra consumitur. *Job.* XIV, 19.

(1) Dixit autem hoc, non quia de egenis pertinebat ad eum, sed quia fur erat, et loculos habens, ea, quae mittebantur, portabat. *Joann.* XII, 6.

de eso determinó de vender á Cristo nuestro Redentor en aquellos treinta dineros que allí habia perdido. Dice San Agustin: «advertid que no se perdió Judas cuando vendió á Cristo; no comenzó entonces su mal, que de atrás lo traía; ya era ladron, y estaba perdido, y seguia á Cristo solamente con el cuerpo, y no con el corazon (1).» Pues asi tambien, cuando viéredes alguna gran caida de algun religioso, no penseis que entonces comenzó su mal, que antes estaba ya perdido. Mucho habia que solamente con el cuerpo estaba en la Religion, y no tenia espíritu, ni oracion, ni exámen, ni se le daba nada de quebrantar las reglas: y de aquellos polvos nacieron esos lodos. Lo mismo nota San Gerónimo: «El infeliz Judas, el daño que creyó se le habia seguido de la efusion del ungüento, lo quiso compensar con la venta de su Maestro (2).» Mirad á qué estremo de males llevó á Judas la codicia, y el comenzar á sisar poco á poco, y el ser amigo de tener algo, para que temamos nosotros de comenzar á faltar, aunque sea en cosas pequeñas. Esto es lo que dice Job: «Antes de la presencia del enemigo, viene la pobreza (3).» Porque primero se empobrece y enflaquece el ánima con la muchedumbre de las imperfecciones y culpas veniales, y con la falta de oracion y de los ejercicios espirituales; y de ahí viene á caer en las graves y mortales. El que anduviere con mucho descuido tragando imperfecciones, presto tragará pecados claros y manifiestos. Por eso guardémonos de dar esa entrada al demonio, y de ir perdiendo el miedo á las reglas y hacer poco caso de ellas. "Aprende, Jerusalen, que no sea que mi alma se aparte de tí; no sea que te haga desierta é inhabitable," dice Dios por el Profeta Jeremías (1). Procurad de amoldaros á esta disciplina religiosa y á esta observancia que nos enseñan las reglas, porque por ventura no se aparte Dios de vos y os desampare, y asi vengais á dar una caida grande.

(1) Aug. *tract.* 50, *super Joann.*
(2) Infelix Judas damnum quod ex effusione unguenti se fecisse credebat, vult Magistri pretio compensare. *Hyeron. in cap.* 26 Matth. *sup illa verba:* Quid vultis mihi dare, et ego vobis eum trádam?
(3) Faciem ejus praecedit egestas. *Job* XLI, 13.

## CAPITULO VI.

De los bienes grandes que se siguen de guardar las reglas y hacer mucho caso de ellas, aunque sea en cosas pequeñas.

"Alégrate, siervo bueno y fiel, que porque has sido fiel en lo poco, yo te pondré y levantaré sobre lo mucho: entra en el gozo de tu Señor (2)." En estas palabras de Cristo nuestro Redentor se nos declaran bien los bienes grandes que se siguen de ser uno muy diligente en guardar las reglas y en hacer mucho caso de ellas, aunque sea en cosas pequeñas y menudas. Será tan grande y tan aventajado el gozo y galardon que os darán por haber sido fiel y diligente en lo poco, que no dice que entrará en vos el gozo, porque no cabrá; sino que vos habeis de entrar en él y sobrará, como cuando entrais en una sala, que sobra mucho. Y en otra parte dice: «La medida del premio y de la gloria, que nos han de dar por eso, no es escasa, ni arrasada, sino medida colmada y superabundante (3).»

Pero veamos cuál sea la causa porque el Señor premia y levanta tanto á los que son fieles en lo poco. La causa es porque

(1) Erudire, Hierusalem, ne forte recedat anima mea a te; ne forte ponam te desertam terram inhabitabilem. *Jerem.* VI, 8.
(2) Euge, serve bone, et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis, super multa te constituam: intra in gaudium Domini tui. *Matth.* XXV, 21.
(3) Mensuram bonam, et confertam, et coagitatam, et superefluentem dabunt in sinum vestrum. *Lucae* VI, 28.

en esas cosas pequeñas se echa de ver la fidelidad de uno y lo que hará cuando se le ofrezcan cosas mayores. Asi lo dice el mismo Señor por San Lucas: "El que es fiel en lo poco, tambien lo será en lo mucho (1)." Es de notar que no dijo: «el que es fiel en lo mucho, tambien lo será en lo poco;» sino al revés; porque mas parece que se echa de ver la fidelidad de uno en lo poco que en lo mucho. Como la fidelidad de un despensero ó contador no se echa tanto de ver en que no le alcancen en cien ó mil ducados, cuanto en que no le alcancen ni en un maravedí; y el buen criado y el buen servicial no se echa tanto de ver en las cosas grandes como en las pequeñas y menudas y que no habia obligacion de hacerlas; y el amor y obediencia del buen hijo para con su padre no se echa tanto de ver en que le obedece en las cosas graves y de mucha importancia, cuanto en que aun en las cosas muy menudas no quiere salir un punto de la voluntad de su padre, ni hacer cosa alguna en que le dé el menor disgusto del mundo. De la misma manera el buen religioso no se echa tanto de ver en que se guarda de caer en faltas graves y en pecados mortales, cuanto en que es muy cuidadoso y diligente en el cumplimiento de todas las reglas y obediencias por pequeñas y menudas que sean. Pues por esto el Señor premia y levanta tanto á estos tales, y les hace tantas mercedes, y es tan liberal con ellos; porque ellos son liberales con Dios, que es lo que dice el Apóstol Santiago: "Acercaos vos á Dios y acercarse há él á vos (2)." Y cuanto vos mas os allegáredes á Dios, y mas liberal os mostráredes con él, tanto él será mas liberal con vos, haciéndoos mayores mercedes y favores. El que anda con mucho cuidado y diligencia para agradar á Dios, no solo en las cosas de obligacion, sino en las de consejo y de supererogacion, y no solo en las mayores, sino tambien en las menudas, y en todo procura hacer lo mejor y mas perfecto y lo que entiende que es mas conforme á la voluntad de Dios, ese es liberal con Dios, y con ese es Dios tambien muy liberal.

Estos son los que privan con Dios y los que se llevan las mercedes y las ventajas, y los que crecen y medran, y se señalan sobre los otros en virtud y perfeccion: asi lo vemos por esperiencia. Algunos habemos conocido de estos, muy aventajados en espíritu y dones de Dios; y de otros habemos oido decir que con ser muy antiguos, tenian gran cuenta con la observancia y puntualidad de cualquiera reglita y de cualquiera obediencia, por mínima y pequeña que fuese, que eran ejemplo y confusion á todos; y por este camino los levantó y aventajó tanto el Señor. Aun acá en el mundo vemos que los que sirven de esa manera á los señores, desvelándose en darles contento en todo lo que pueden, grande y pequeño, ordinario y estraordinario, esos son los que les ganan la voluntad y los que se llevan las mercedes y favores. Pues asi es tambien en la casa de Dios: á los que se hacen niños, humillándose y preciándose de la observancia de las cosas pequeñas y menudas de la Religion, á esos abraza Dios y los regala y hace muchas mercedes (1). Pero á los que se levantan á mayores, y van cobrando libertad, y hacen de los antiguos, y ya no se precian de esas cosas, sino antes se desdeñan de ellas, pareciéndoles cosas de novicios, humillarálos Dios y echarálos de sí, conforme á aquello del Profeta: «Si me levantare á mayores, acaézca-

(1) Luc. XVI, 10.
(2) Appropinquate Deo, et appropinquabit vobis. *Jacob.* IV, 8.

(1) Sinite parvulos, et nolite eos prohibere ad me venire; talium est regnum coelorum. *Matth.* XIX, 14.

me, Señor, lo que al hijo que desteta la madre, la cual quita los pechos y la leche al niño, que es ya grande; pero al chiquito, tráele en los brazos, y dále el pecho. Pues si no me humillare como un niño, echadme, Señor, de vos, y despedidme, como la madre echa y despide de sí al niño que desteta (1).» Y mas; al niño que destetan, pónenle acíbar en los pechos, para que donde antes hallaba gusto y dulzura, halle despues amargura. Esa maldicion se echa tambien David, y alcanza á los que se alzan á mayores y se desdéñan de ser niños y pequeños, que donde antes hallaban gusto y dulzura, en la oracion y en los ejercicios espirituales, hallan despues amargura, todo se les convierte en acíbar.

Por lo cual dice San Gerónimo: «El que desea darse de veras á Dios y agradarle mucho, con tanto cuidado y solicitud anda en las cosas menores como en las mayores; porque sabe que aun hasta de una palabra ociosa y de un pensamientoo ocioso ha de dar cuenta á Dios (2);» y entiende muy bien, que de las cosas menores viene uno poco á poco á caer en las mayores: y está cierto, que si él es fiel en lo poco, le premiará y galardonará Dios con lo mucho. Y asi ninguna cosa tiene por pequeña, sino de todo hace mucho caso. Y San Basilio, encargando esto mismo, dice: «De tal manera habeis de procurar poner los ojos en las cosas mayores, que no os descuideis en las menores. Ninguna falta, por pequeña que sea, la tengais en poco (3);» porque no hay enemigo, que despreciado, no sea muy perjudicial y nos pueda hacer mucho daño.

(1) Si non humiliter sentiebam, sed exaltavi animam meam; sicut ablactatus est super matre sua, ita retributio in anima mea.—*Ps.* CXXX, 2.

(2) Mens Christo dedita, neque, et in majoribus, et in minoribus, intenta est; sciens etiam pro otioso verbo reddendam esse rationem. *Hier. epist.* 3 *ad Heliodorum.*

(3) Studeto, ut majorum virtutum compos efficiare, neque minores tamen negligito.—Nullum omnino sit erratum, quod parvipendas, quamvis illud tenuissima bestiola minutius sit. *Basil. in principio, tom.* II. *fol.* 4, *pag.* 2.

## CAPITULO VII.

En que se confirma lo dicho con algunos ejemplos.

En el cuarto libro de los Reyes cuenta la Sagrada Escritura de Naaman que era un hombre muy rico y poderoso y muy privado del rey de Siria, general de todo su ejército, pero estaba lleno de lepra. Oyó decir que en Samaria estaba un Profeta, Eliseo, que curaba y sanaba de todas enfermedades y resucitaba muertos. Alcanza favor y carta del rey de Siria para el rey de Israel, que le hiciese curar luego en llegando. Va allá á Samaría con grande aparato de caballos y coches. Llega á la puerta del Profeta Eliseo; entran los criados con el recaudo; el Profeta no salió, sino envíale á decir: "Decidle que vaya al Jordan, y se lave alli siete veces, y sanará (1)." Naaman enojóse grandemente con aquella respuesta. «Pensé, dice (2), que habia de salir el Profeta, y que con grandes ceremonias habia de invocar sobre mí el nombre de su Dios, y que habia de tocar con sus manos el lugar de la lepra, y que asi me sanara; y ahora me sale con eso, que me vaya á lavar al Jordan. Como si no tuviéramos allá en nuestra tierra mejores aguas para lavarnos; vámonos, que para esto no teníamos que venir acá.» Y como diese la vuelta para tornarse á su casa, pareciéndole que aquella era cosa de poca importancia, que no habia que hacer caso de ella, sus criados, que debian de ser mas avisados, dícenle: «Señor, aunque el Profeta os mandara una

(1) Vade, et lavare septies in Jordane, et recipiet sanitatem caro tua, atque mundaberis. *IV. Reg.* V, 10.

(2) Putabam, quod egrederetur ad me, et stans invocaret nomen Domini Dei sui, et tangeret manu sua locum leprae, et curaret me.—Numquid non meliores sunt Abana, et Pharphar, fluvii Damasci, omnibus aquis Israel, ut laver in eis, et munder? *Ib.*

cosa muy grande y muy dificultosa, la habíades de hacer por vuestra salud; ¿cuánto mas mandándoos una cosa tan fácil, como es ir á aquel rio, que está tan cerca, y lavaros en él (1)?» Convencióle la razon, y va allá, y lávase siete veces en el Jordán, y quedó sano de su lepra: quedó su carne tan limpia y fresca como la de un niño pequeño (2). Es de notar cómo en aquello que á él le parecia cosa pequeña y de poca importancia estuvo su salud. Lo mismo sucede en las cosas espirituales. En esas cosas pequeñas y menudas que nos dicen las reglas, está nuestra salud y nuestro aprovechamiento y perfeccion: como vemos tambien que la perfeccion de una imágen está en unos punticos y rayitas muy pequeñas. Pues si para alcanzar esta salud espiritual, y este aprovechamiento y perfeccion, os dijéramos que era menester hacer unas cosas muy árduas y dificultosas, por cierto que era mucha razon hacerlas: *certe facere debueras*, y que lo habíades de dar por muy bien empleado; ¿cuánto mas diciéndoos que la alcanzareis haciendo unas cosas tan fáciles? Y asi, el ser las reglas de cosas tan lijeras y pequeñas, no solamente no nos ha de ser ocasion de descuido, antes de ahi habemos de tomar ocasion para animarnos mas á guardarlas, viendo que en unas cosas tan pequeñas y tan fáciles está librado nuestro aprovechamiento y perfeccion.

Cuéntase en el libro de los varones ilustres de la orden del Cister, que tenian una regla estos monjes, que al fin de la mesa recogiesen las migajas del pan y las tomasen ó las echasen en algun plato. Aconteció una vez que un monje de aquellos, muy temeroso de Dios y muy observante de las reglas, habia recogido las migajas en la mano, y absorto y elevado con la leccion de la mesa, teníaselas en ella; y estando en esto, hizo señal el prior para que se acabase la leccion y se levantasen. Entonces volvió sobre sí el monje, y hallóse perplejo, porque ya no habia lugar de comerlas, ni de echarlas en el plato, y muy confundido de la negligencia que habia tenido en la guarda de aquella regla, parecióle que no tenia ya otro remedio, sino ir á decir su culpa al superior y pedirle penitencia por ella: y guarda las migajas en su puño cerrado, y en acabando de dar gracias, váse á él, y postrándose á sus pies, manifiéstale la culpa que habia hecho y pídele penitencia de ella con mucha humildad. El prior dióle una reprension conforme á la culpa, y preguntóle qué habia hecho de las migajas. Respondió: «Padre, aqui las tengo en la mano.» «Mostrad.» Estiende el brazo, y abre el puño, en lugar de las migajas halla unas perlas preciosísimas. Y nota alli el autor que quiso nuestro Señor dar á entender con este milagro cuánto le agradan los religiosos fervorosos que hacen mucho caso, no solo de las reglas graves, sino tambien de las pequeñas y menudas. Este ejemplo cuenta tambien Surio en la vida de San Odon abad (1), y dice que le aconteció esto á él, siendo súbdito, aunque él por su humildad lo contaba como cosa acontecida á otro religioso.

Cuenta Cesário (2) que en tiempo del emperador Federico vacó una de las abadías imperiales que solian proveer los emperadores. Y habiendo sido elegidos dos de los monges para ella, y no pudiendo concertarse, el uno de ellos ofreció al emperador Federico una gran suma de dinero, que habia allegado en el monasterio, porque le

(1) Pater, et si rem grandem dixisset tibi Prophetа, certe facere debueras; quanto magis quia nunc dixit tibi, lavare, et mundaberis? *Ib.*

(2) Restituta est caro ejus, sicut caro pueri parvuli. *Ib.*

(1) Surius, *in vita S. Odonis, mensis novembr.*

(2) Ces. *lib. 6 dial., cap. 15.*

eligiese. Recibió el dinero el emperador y dióle palabra de hacerlo. Mas despues, siendo informado que su competidor era muy buen religioso, sencillo y virtuoso y muy observante de sus reglas, tomó consejo con los suyos, qué modo tendria para elegir á este, que lo merecia, y dejar al otro. Díjole uno de los suyos: «Señor, yo he oido decir que estos monjes tienen regla de traer cada uno consigo la aguja con que se cose; pues cuando vuestra Alteza esté en su Capítulo, pídale prestada la aguja á ese, que es menos observante, como para limpiarse los dedos; y si no la tuviere, habrá buena ocasion para no darle la abadía, como á hombre que no guarda su regla.» Hízolo asi el emperador; y como no la tuviese, dícele al otro su competidor: «Padre, prestadme vos vuestra aguja: el cual, al punto la sacó, y se la dió.» Entonces el emperador le dijo: «Padre, vos sois buen monje, y por tanto, digno de tanta honra: yo tenia determinado de elegir á vuestro competidor; pero él se ha hecho indigno de eso, pues no guarda su regla; y bien se deja entender que quien se descuida y no hace caso de las cosas pequeñas, que mas se descuidará en las grandes.» Y con esta ocasion le quitó la abadía y la dió al observante de su regla.

Cuenta el mismo Cesario (1), que una matrona principal, queriendo dejar el mundo y tomar el hábito de Religion en un monasterio donde era vicario un monje llamado Florino, el dia de su despedida hizo un convite á sus deudos y conocidos, y con ellos convidó al dicho vicario. A los seglares se les servia carne, y al religioso pescado, porque conforme á su regla y á la obediencia que de ello tenia de su abad, no podia comer carne. Pero viendo él la carne, fuéronsele los ojos tras ella, y con aquel apetito tomó con donaire un bocado de carne asada del plato del que estaba junto á él, y entrólo en la boca; pero por justo juicio de Dios, de tal manera se le atravesó el bocado en la garganta, que ni le podia pasar ni echar fuera. Y como se estuviese ahogando y ya vueltos los ojos para espirar, otro religioso compañero suyo que allí estaba, le dió una puñada tan grande en la cerviz que le hizo echar el bocado; y todos entendieron que aquello habia sido en pena y castigo de su desobediencia.

En la historia general de Santo Domingo (1), cuenta el P. Fr. Hernando del Castillo, que viviendo Santo Domingo en Bolonia, súbitamente una noche comenzó el demonio á atormentar á un fraile lego con tanta crueldad, que despertaron á los golpes y ruido los otros religiosos; los cuales por mandado de Santo Domingo le llevaron á la iglesia, y apenas podian con él diez frailes. Entrando por las puertas, de un soplo mató las lámparas, de suerte que quedaron todos á oscuras, y el demonio por mil maneras descoyuntaba al pobrecillo. El Santo le mandó en virtud de Jesucristo le dijese por qué le atormentaba y por qué habia entrado en él. A lo cual el demonio respondió: que porque la tarde antes habia bebido sin licencia y sin echar la bendicion, yendo contra los establecimientos de la órden. Estando en estas pláticas tañeron á Maitines, y el demonio dijo: «no puedo estar mas aquí, que ya los capillados se levantan á alabar á Dios.» Y dejó al fraile medio muerto y tan molido y quebrantado que hasta otro dia no pudo tenerse en pié ni menearse. San Gregorio cuenta (2) otro ejemplo semejante de una monja que comió

(1) Cesar. *lib. 4 dialog., cap.* 39.

(1) Part. I, lib. 1, cap. 60 de la *historia de la Orden de los Predicadores.*

(2) Greg. lib. 1 *dialog., cap.* 4.

de una lechuga sin echar la bendicion, y luego entró el demonio en ella.

## CAPITULO VIII.

De algunas otras cosas que suelen ser causa de faltar en las reglas y del remedio para ellas.

Algunas veces el faltar en las reglas suele provenir de una cortedad y encogimiento, ó por mejor decir, inmortificacion, por la dificultad que uno siente en ir á pedir licencia al superior para aquello que sin ella no puede hacer, y asi será menester allanar esta dificultad. Yo no digo que no bebais y comais, ni hableis, ó que no tomeis ni recibais lo que el otro os quiere dar; sino lo que digo es que se haga todo eso con licencia. Lo que vos podeis hacer con bendicion de Dios y de los superiores, ¿para qué lo quereis hacer sin ella? Pero direis: «¿tengo de ir tantas veces al superior con cada niñería? está ocupado, y enfadarse há.» Ese es el engaño que querria yo ahora quitar: no solo no se enfadan los superiores de eso, sino antes esa es una de las cosas con que mas se consuelan y edifican, porque ese es su oficio. Y estima tanto la Religion que vos seais muy obediente y que no hagais cosa alguna sin licencia, para que asi aprovecheis y merezcais mas, que tiene por muy bien empleado el tener un superior y otro, cuyo oficio sea daros licencia para todo lo que fuere menester. Pues sabiendo ellos que ese es su oficio, y que para eso les ponen en él, claro está que no se han de enfadar, sino holgar, de que vos acudais á ellos. Como no se suelen enfadar los mercaderes y oficiales, de que se les ofrezca ocasion de ejercitar sus oficios; antes, mientras mas corre el oficio, y mas merchantes acuden á ellos, mas se huelgan. Asi lo hacen tam bien los buenos superiores; y pensar vos lo contrario de alguno de ellos, es no tenerle por buen superior.

Mas: ¿cómo se ha de enfadar el superior de que acudais á él á pedirle licencia para aquello que él sabe no podeis hacer sin licencia? Si fuérades á él con algunas impertinencias, ó con algunas cosas escusadas, pudiérades temer que se enfadara; pero en lo que hay regla espresa, antes se huelga mucho, porque es gran contento ver que sus súbditos andan tan observantes en las reglas y tan puntuales en la obediencia, y que hacen caso de cosas muy pequeñas y menudas. Y por el contrario, el no acudir á ellos con esas cosas, es lo que sienten los superiores y lo que les da mucha pena, por ver que va uno cobrando libertad y exencion, y se atreve ya á hacer esas cosas sin licencia, como si no hubiera en casa superior á quien poder acudir, y como si no hubiera regla que tratára de eso. Esto es razon que sienta el superior, como buen padre que desea nuestro bien y se duele de nuestro mal: y asi esto es en lo que habiamos de tener la dificultad, por no dar este disgusto á los superiores.

De aqui se infiere tambien que asi como decimos que no tiene uno de qué tener empacho de ir al superior á pedirle licencia para aquello que él sabe que es regla y que no lo puede hacer sin licencia, asi mucho menos habemos de tener empacho en decir á nuestro hermano que no tenemos licencia para lo que él sabe que es regla y que no lo podemos hacer sin licencia. Este es un aviso de mucha importancia, porque algunos suelen quebrantar algunas reglas, por no mortificarse en decir «no tengo licencia para hablar, ó para recibir eso que me dais.» Algunas veces se quieren estos escusar, diciendo que, por no mortificar al otro, pasaron con eso, y no se atrevieron á decir que no lo podian hacer. Eso es juzgar al otro de poco religioso y de

poco observante de las reglas; entended que no quedará el otro mortificado, sino edificado de veros tan observante. Y por ventura os quiso probar con aquella ocasion para ver cómo practicábades las reglas. Preciaos vos de religioso, pues lo sois, y de muy observante de vuestras reglas, que eso no puede parecer á nadie mal, sino muy bien.

Otros se suelen escusar en esto, diciendo: «hícelo por no parecer escrupuloso.» Esta es tambien muy mala escusa, porque ser uno observante de sus reglas no es parecer escrupuloso, sino religioso; y avergonzarse uno de parecer religioso y siervo de Dios, y muy observante de sus reglas, seria muy mal caso, porque ese es uno de los abusos que hay en el mundo, que en tratando uno de virtud y de frecuencia de Sacramentos, y de tener un poco de recogimiento, luego murmuran y hacen burla de él, por lo cual muchos no se atreven á darse á la virtud descubiertamente, como dice el Sagrado Evangelio (1) del otro hombre principal, que fué á Cristo nuestro Redentor de noche, que no se atrevió á ir de dia. Pero en la Religion es al contrario; y asi habemos de procurar que sea siempre. Entre otros bienes grandes de que gozamos los religiosos, es uno este, que estamos en compañía de tal gente que todos procuran ser mas virtuosos y mas religiosos, y el que en eso se aventaja mas, es mas estimado; y el buen religioso ha de estar tan fundado y tan firme en el amor de Dios y de la virtud, que aunque tuviese en eso alguna contradiccion, no por eso ha de desistir de lo bueno y de lo mejor, ni avergonzarse de parecer religioso y siervo de Dios; y quien se avergonzare de esto, ha de temer no se avergüence tambien el Hijo de Dios de tenerle y confesarle por siervo suyo delante de su Padre, como lo dice él en el Evangelio (1). Si un caballero tuviese un criado para que le acompañase y honrase, y el criado fuese tan soberbio y mal mirado que, cuando va con su amo, se quedase de propósito muy atrás por no parecer criado suyo, claro está que mereceria ser despedido y echado de su casa. Pues ese mismo castigo ha de temer el que se avergüenza de parecer siervo de Dios y observante de sus reglas.

Para que quedemos mas desengañados en esto, es bien que nos persuadamos que no solamente los de casa, sino los de fuera, se edifican mucho cuando nos ven muy puntuales y muy observantes en nuestras Reglas: como cuando estando con ellos tañen á alguna obediencia, y les decimos: «Señor, ahora nos llaman á esto;» y dejando la conversacion con buen término, nos vamos á cumplir la obediencia. Bien sabemos que algunos seglares se han edificado y aprovechado mas de esto que de lo que se les pudiera decir, quedándose con ellos; y mientras la persona que hace esto es mas antigua y de mas prendas, mas se edifica. De manera, que el ser uno muy puntual y muy esacto en guardar sus reglas, y el decir que ha menester licencia para lo que el otro sabe que no lo puede hacer sin ella, no es cortedad ni mala crianza, aunque el otro sea un padre muy antiguo, ni es ser escrupuloso, sino ser buen religioso y cuidadoso de su aprovechamiento; y asi no puede ofender sino edificar mucho á todos. Si fuera hacer alguna cosa singular y estraordinaria, parece que pudiera tener algun color decir «no quiero parecer singular, no piensen que es hipocresía;» pero

(1) Joann. III, 2.

(1) Qui me erubuerit, et meos sermones, hunc Filius hominis erubescet, cum venerit in majestate sua, et Patris, et sanctorum Angelorum. *Luc.* IX, 26.

esto no es sino guardar vuestra regla. Y mas, con esto de una vez dejais cerrada la puerta para cosas semejantes, que es gran descanso; y si la abrís, dais ocasion para que os acometan con lo mismo otras veces; y fuera del bien y provecho que en esto grangea uno para sí, hace mucho bien á su hermano, porque por ventura el otro no reparaba en aquella regla, y con aquel ejemplo repara y la estima, y no se le pudo dar mejor recuerdo.

En la Crónica de la Orden de San Gerónimo (1) se cuenta de un religioso que resplandecia mucho en el silencio, por lo cual era tenido de todos en gran reverencia. Un caballero principal, oyendo su fama, fué al monasterio con deseo de hablar con él, y viéndole que iba solo á su huertezuelo, comenzó á ir tras él, llamándole para hablarle; mas el siervo de Dios, ni se paró á esperar al que le llamaba, ni le respondió palabra. Y yendo asi en pos de él, entraron los dos en el huerto; y entrando, el santo varon derribóse en tierra, y cerrando los ojos con la mano, dijo á el que le hablaba: «¿Por ventura, señor, ignorais que yo no os puedo hablar sin licencia de mi prior?» Y dichas estas palabras, tornóse á derribar en tierra, y no le habló otra cosa alguna; y como vió esto el caballero, no le quiso ser mas importuno, sino dice la historia que se tornó á su casa mas edificado de la guarda de su silencio que si le hubiera hablado mil palabras.

De otro santo varon de la misma órden se cuenta en la misma Crónica (2), que entre otras muchas virtudes, tenia esta, que hablaba poco, mayormente en los tiempos de silencio y lugares entredichos, como en el claustro é iglesia; y no solo se guardaba de hablar en los lugares susodichos, mas ni queria responder á otro que le hablase en ellos. Y acaeció una vez que el rey don Enrique vino al monasterio, y paseándose acaso por el claustro, vió á este religioso que pasaba por alli, y llamóle para hablarle, porque le amaba mucho por la santidad de su vida. Mas él no se curó de parar ni de responder; y como el rey vió que no le respondia, comenzó á alzar mas la voz é irse en pos de él llamándole. Mas el siervo de Dios nunca se paró, ni respondió palabra hasta que salió fuera del claustro. Y como ya ambos estuviesen fuera, díjole el rey; ¿por qué no le habia respondido antes? Él entonces dando la causa, dijo: «En el claustro, donde vuestra Alteza me llamaba, no conviene hablar á los religiosos, y esta es la causa por que no respondí hasta que salí de él.» Y dice la historia que quedó el rey muy edificado de aquella respuesta.

(1) *Crónica de la Orden de San Gerónimo*, cap. 28.
(2) Ibid. cap. 21.

## CAPITULO IX.

### De otros medios que nos ayudarán para guardar las reglas.

Fuera de lo dicho, nos ayudará mucho para ser diligentes y cuidadosos en la observancia nuestras reglas; lo primero, el buen ejemplo y edificacion que estamos obligados á dar, conforme á aquello del Apóstol San Pablo: "No basta que seamos buenos para nosotros, sino es menester que demos luz al mundo con nuestra vida y ejemplo (1)." De tal manera habemos de resplandecer delante de los hombres, que viendo ellos nuestra vida tan ejemplar, alaben y glorifiquen á nuestro Padre que está en los cielos (2), como suelen alabar

(1) Providentes bona non tantum coram Deo, sed etiam coram omnibus hominibus. *Ad Rom.* XII, 17; et *II. ad Cor.* VIII, 21.
(2) Sic luceat lux vestra coram hominibus, ut videant opera vestra bona, et glorificent Patrem vestrum, qui in coelis est. *Matth.* V, 16.

y bendecir los hombres á Dios cuando ven un árbol muy florido ó muy cargado de fruta, ó una rosa muy hermosa y muy olorosa. A todo el mundo tenemos obligacion de dar este buen ejemplo y resplandor con nuestra buena vida; pero especialmente á nuestros hermanos, con quien mas tratamos y conversamos. Pues este buen ejemplo y edificacion no está en que no hagais faltas graves, sino en evitar las pequeñas y que vean todos que sois muy puntual en la obediencia y en la observancia de las reglas, y que estimais las cosas pequeñas y menudas de la Religion y haceis mucho caso de ellas. El que en esto se esmera y señala mas, ese da mas ejemplo y edificacion; y mientras mas antiguo es uno y mas letrado, mas se edifica el verle cuidadoso y diligente en estas cosas menudas. Esa ha de ser la antigüedad, en eso se ha de echar de ver el mas antiguo, en que sea mas humilde, mas mortificado y mas puntual en la observancia de las reglas y en todas las obediencias por pequeñas que sean: conforme á lo que nos enseñó Cristo nuestro Redentor y Maestro en el Evangelio: "El que es mayor entre vosotros, hágase como el menor, y el superior como el súbdito (1)." Estos son los que con su buen ejemplo sustentan la Religion y hacen que vaya adelante la virtud y disciplina religiosa; estos son las columnas que la tienen en pie. "Haréle columna en el templo de mi Dios," que dice Dios en el Apocalipsi (2): "Hoy te he puesto como columna de hierro y como muro de bronce," que dijo Jeremías (3). Y por el contrario, no puede uno hacer mayor daño en la Religion que dando mal ejemplo en ella; y mientras mas antiguo fuere y de mayores partes, mayor daño hará, porque el ejemplo es eficacísimo para mover y llevar tras sí á otros, como los Santos y la esperiencia nos enseñan, y para el mal es mucho mas eficaz. Pues si el otro os vé á vos, que sois mas antiguo, practicar de esa manera las reglas y que no haceis caso de cosas pequeñas, ¿qué ha de hacer él con la inclinacion natural que todos tenemos á libertad y anchura, y repugnancia y aversion á andar en regla y en pretina? ¿qué ha de hacer viendo el camino hollado y el portillo abierto, sino irse por él? Eso es lo que él se queria, y no estaba esperando sino quien le hiciese la guia y le quitase la vergüenza. De esa manera se viene á relajar la disciplina religiosa y venís vos á ser la causa y principio de ello; y tendreis que dar cuenta á Dios, no solamente de vuestras culpas, sino de las agenas, porque fuistes causa de ellas con vuestro mal ejemplo; conforme á aquello del Profeta: "Límpiame de mis ocultas culpas, y los agenos pecados perdónalos á tu siervo (1)." Pues esto nos ha de ayudar á que seamos muy observantes de nuestras reglas y á que no hagamos cosa que pueda desedificar.

El segundo medio para que esté siempre en pié la observancia de las reglas, es muy casero y muy fácil, y ponénosle nuestro Padre en las mismas Constituciones y reglas, donde dice: «Algunas veces entre año, todos rueguen al superior les mande dar penitencia por la falta de observar las reglas; porque este cuidado muestre el que se tiene de aprovechar en el divino servicio (2).» Habemos de estimar en tanto las reglas, que cuando faltáremos en ellas, no

(1) Qui major est in vobis, fiat sicut minor, et qui praecessor est, sicut ministrator. *Luc.* XXII, 26.
(2) Faciam illum columnam in Templo Dei mei. *Apoc.* III, 12.
(3) Et ego dedi te hodie in columnam ferream, et in murum aereum. *Jerem.* I, 18.

(1) Ab occultis meis munda me, et ab alienis parce servo tuo. *Ps.* XVIII, 13.
(2) P. III. *Constit.* cap. 1. § 28. Reg. 51 *summarii.*

solo lo sintamos interiormente, pesándonos de ello, sino que lo mostremos tambien esteriormente, pidiendo y haciendo alguna penitencia por ello: y de esa manera, aunque falte uno algunas veces en las reglas, con la penitencia se suelda y satisface esa quiebra, y quedan las reglas en su entereza y en su vigor y observancia, como si no las hubiera quebrantado. Dicen allá los doctores juristas, y los teólogos tambien, que la ley entonces está en su fuerza y vigor: *in viridi observantia*, verde, fresca, entera, como si entonces se acabara de hacer, cuando castigan al que la quebranta. No es menester, para que la ley se diga estar en su vigor y observancia, que no la quebranten los súbditos, basta que se tenga cuenta con castigar y penar á los que las quebrantan. Pero cuando la ley se quebranta á rienda suelta y aquello ya no se castiga, ni se repara en ello, entonces dicen que es señal que aquella ley no está en observancia, ni tiene fuerza de ley, sino que está ya derogada ó abrogada *per non usum*, porque no se usa, ó por el uso contrario; de la misma manera podemos decir en las reglas. Cuando en la Religion hay tanto cuidado, que en haciéndose la falta y en quebrantándose la regla, luego se sigue la penitencia, entonces anda muy buena la observancia de las reglas; empero cuando por una parte se quebrantan las reglas y se hacen muchas faltas en ellas, y por otra no vemos que se piden y hacen penitencias por ello, entonces bien podemos decir con verdad que no se guardan las reglas; pues que ya se quebrantan tan libremente y tan á rienda suelta, que no se repara en ello, ni se castiga, ni se hace caso de ello; mañana dircis que esa regla ya no tiene fuerza de regla; porque el uso contrario la ha abrogado, pues á vista de los superiores, ó sabiéndolo ellos, se quebranta y no se dá penitencia por ello.

De aqui es que los superiores, que tienen obligacion de hacer que las reglas estén en pie y en observancia, y son centinelas y guardas de la Religion, están obligados á dar penitencias por las faltas de observarlas; de manera, que cuando el superior os da la penitencia y la reprension, no es porque tiene tema con vos, ni porque tenga menos estima de vos; bien sabe que somos hombres y que no es mucho faltar en una ú otra regla; sino hácelo por cumplir con su oficio, que le obliga á volver por las reglas; y si él, cuando se quebrantan pasase por ello y disimulase, y no diese penitencia ninguna, seria mostrar poca estima de ellas, y consentir en que se quebranten y que asi se vaya poco á poco perdiendo el uso y ejercicio de ellas, y aflojando y relajando la Religion. Esta dice San Buenaventura (1) que es la diferencia que hay de las religiones observantes y reformadas á las relajadas; no que en estas se peque, y en aquellas no, que eso es imposible (2); sino que en las observantes y reformadas, el que quebranta la regla es reprendido y castigado, y en las otras no.

Pues esto que el superior hace por la obligacion que tiene, por razon de su oficio, quiere nuestro Padre que se lo ayuden todos á hacer; y asi dice que «algunas veces entre año, todos rueguen al superior les mande dar penitencia por la falta de observar las reglas.» Porque fuera mucho trabajo obligar al superior á que anduviera hecho alguacil ejecutor tras cada uno, dándole penitencias por cada regla que quebranta; ni eso era posible, ni aunque lo fuera, convenia á la suavidad que se usa en la Compañía. Vos habeis de tener ese cuidado y ser el primero que habeis de decir vuestra culpa al superior y pedirle la penitencia, y

(1) D. Bonaven. *tract. de sex alis Seraphim ala* 1.
(2) In multis enim offendimus omnes. *Jacobi* III, 2.

nunca habíades de permitir que el superior supiese vuestra falta primero de otro que de vos, porque vuestro es ese negocio, y vos ganais mas en ello que ninguno.

Y pondérese mucho la razon que da de esto nuestro Padre en la misma regla: «Porque este cuidado muestre el que se tiene de aprovechar en el divino servicio.» De manera, que en tener uno cuidado cuando falta en la regla de ir á pedir penitencia por ello, muestra que le tiene de su aprovechamiento; y el que quebrantando las reglas y haciendo muchas faltas en ellas no tiene cuidado de pedir penitencia por ello, muestra tener poco cuidado de su aprovechamiento. De aqui es, que cuando se usa mucho en casa este ejercicio, y hay muchas penitencias y mortificaciones, nos parece que anda muy buena la casa y que hay mucho fervor, y andan todos muy edificados y animados.

Pues este es el segundo medio que damos ahora, que es bien fácil. Yo no digo que no habemos de hacer faltas ningunas en las reglas, que para eso era menester que no fuéramos hombres, sino ángeles (1); muchas veces faltaremos en ellas; y ¿quién hay, por justo que sea, que se escape de faltas ni de pecados veniales? Pero cuando faltáredes, mostrad algun sentimiento, échese de ver que sois religioso, y que teneis estima y aprecio de las reglas, y que andais con deseo de guardarlas. Véan-os siquiera decir luego vuestras culpas, porque con esa penitencia de nonada que haceis, soldais la quiebra de la regla, y aun ganareis mas de lo que perdistes, y no quedará el demonio ufano de la falta que os hizo hacer, sino corrido y avergonzado de cuán bien la supistes satisfacer. Asi lo confesó el mismo demonio á Santo Domingo, mal de su grado, cuando le llevó por todas las oficinas del monasterio, para que le dijese cómo tentaba en cada una de ellas á sus religiosos; y llegando al lugar del capítulo, que es donde dicen sus culpas y les dan las reprensiones y penitencias, dijo el demonio: «Aqui pierdo todo cuanto gano en el locutorio, y en el refectorio, y en todos los demas lugares. «Y no solo para con Dios, sino tambien para con los hombres se satisface y se suelda mucho la quiebra de las reglas haciendo estas penitencias. ¿Descuidastes-os en tañer ó en acudir puntualmente á alguna obediencia; hicistes una falta pública que todos la vieron? con una penitencia pública quedará soldada esa quiebra, con que digais siquiera vuestra culpa. Mas si ven la falta, y no ven penitencia ninguna por ella, con razon se podrá decir que en esta casa no se tiene cuenta con la puntualidad, sino que van las cosas á poco mas ó menos.

Empero débese advertir aquí que aunque es verdad que se usa mas en la Compañía el pedir las penitencias que el darlas, y asi es razon que sea siempre; mas no conviene que se olvide la segunda manera de hacer penitencias, que dice la regla (1) que es, «cuando el superior obliga á ellas por el mismo fin,» porque seria esto causa de que se viniesen á hacer dificultosas las penitencias dadas por el superior, y de que algunos viniesen á sentir demasiado que les diesen á ellos esas penitencias, lo cual seria notable detrimento de la Religion y de mucha desedificacion; y asi conviene que vaya adelante ese uso y que se ejercite generalmente con todos, que siempre habrá ocasion para ello. Y aunque no la hubiese, dice nuestro Padre (2) que «todos estén dispuestos para aceptar y cumplir de

(1) Non est enim homo qui non peccet. *III. Reg.* VIII, 46.

(1) Regul. 4, *summarii.*
(2) Regul. 17, *summarii.*

buena voluntad todas las penitencias que les fueren impuestas, aunque no se diesen por falta alguna culpable.» En lo cual se muestra mas la virtud y humildad y el deseo que tiene uno de aprovechar; conforme á aquello del Apóstol San Pedro: «¿Qué gracia es, si sufrís el castigo cuando pecais? la gracia delante de Dios está en sufrir con paciencia cuando obrais bien (1).» Muchas gracias, ó pocas, por mejor decir, si cuando haceis la falta, y hay buen por qué, entonces llevais en paciencia la reprension y penitencia. Pero cuando uno no hizo por qué, y despues le reprenden y le dan la penitencia como si hubiera tenido culpa, y la lleva con paciencia y edificacion, aquello es de mucha estima.

Ayudará tambien para guardar las Reglas lo que dice la última Regla del sumario, y la última de las comunes, que es saberlas y entenderlas: y asi manda que todos las tengan y lean, ú oigan leer cada mes. Algunos no se contentan con oir leer las reglas en el refectorio, sino que con la leccion espiritual que tienen, leen juntamente cada dia tres ó cuatro reglas, con que las vienen á pasar todas cada mes, despacio y con consideracion; y es muy buen uso este y muy buena leccion espiritual. Ayudará tambien mucho para esto traer el exámen particular sobre la observancia de las reglas, no sobre todas juntas, sino sobre aquella de que cada uno sintiere mas necesidad, y despues sobre otras, y otras veces sobre las de su oficio; y será un exámen de mucho provecho.

## TRATADO SETIMO.

### De la claridad que se ha de tener con los superiores y padres espirituales, dándoles entera cuenta de la conciencia.

CAPITULO I.

Cuán importante y necesario es andar con claridad con nuestros superiores.

Casiano dice (2) de aquellos padres antiguos, que á los que de nuevo entraban á servir á Dios les proponian, como primera letra del A. B. C., que todas sus tentaciones y pensamientos malos, y todo lo que pasase por su alma, lo habian de descubrir luego á sus mayores y maestros; y este era como primer principio entre ellos. Dice el bienaventurado San Antonio: «Si es posible, no ha de dar paso el religioso, ni se ha de menear, que no dé cuenta de ello al superior: hasta cuantos vasos de agua bebe al dia le ha de manifestar, para que todo vaya nivelado por la obediencia (1).» San Juan

(1) Quae enim est gloria, si peccantes, et colaphizati suffertis? sed si bene facientes, patienter sustinetis, haec est gratia apud Deum. *I. Petr.* II, 20.

(2) Cas. lib. 4 de *institut. renuntiant. cap.* 9, *et collatione* 2. *Abbatis Moysi, cap.* 10.

(1) Si potest fieri, quot passus ambulat monachus, vel quot calices aquae bibat in cella sua habet declarare senioribus, ut non devietur in ipsis. *In vitis Patrum, pag.* 2, §. 104.

Clímaco dice (1) que halló en un monasterio de gran santidad á muchos monjes que traian un librito pequeño colgado de la cinta, en el cual escribian cada dia todos sus pensamientos para dar cuenta de ellos á su Pastor, y dice que era aquel mandamiento de su superior. Este mismo documento ponen espresamente San Basilio, San Gerónimo, San Ambrosio y San Bernardo (2).

Pues esto, que es comun doctrina de los Santos, y era primer principio entre aquellos Padres antiguos, nos encarga á nosotros nuestro Padre, como cosa muy importante y necesaria, con las palabras mas graves que se hallan en las Constituciones: «Habiéndolo pensado, y considerado, y encomendado mucho á Dios, nos ha parecido delante del acatamiento de la divina Magestad, que conviene en gran manera que los súbditos se den totalmente á conocer á sus superiores (3).» No suele hablar de esta manera nuestro Padre en otras cosas, aunque sean de mucha importancia; y no se contenta con decirlo de esta manera, sino póncse á probarlo con razones muy eficaces. La primera razon de la importancia y necesidad de esta claridad con los superiores, es para que asi puedan ellos mejor gobernar y enderezar los súbditos. El superior está obligado á regiros y enderezaros, porque ese es su oficio, eso es ser rector y superior. Pues si no os conoce, ni vos os declarais con él, claro está que no puede hacer eso. Dice el Sábio: "El que esconde y encubre sus culpas, no puede ser enderezado (4);" si el enfermo no descubre al médico su enfermedad, no le podrá curar; porque, como dice San Gerónimo, «la medicina no cura lo que no conoce (1).» Es menester que declareis al médico vuestra enfermedad, si quereis que os cure; si teneis muchos achaques y enfermedades, todas se las habeis de manifestar; porque, si le encubris alguna, podrá ser que os dé tal medicina que os haga mas daño á lo que no le digistes que provecho á lo que le declarastes, porque lo que es bueno para el hígado, es malo para el bazo; y asi es menester que lo declareis todo, para que de tal manera temple la medicina en lo uno que no haga daño á lo otro. Pues de la misma manera y por la misma razon es menester que declareis al médico espiritual, que es el superior, todas vuestras indisposiciones y achaques. Cuando el médico conoce bien al enfermo, y sabe todas sus indisposiciones y achaques, y entiende su complexion, entonces tiene andado medio camino para curarle; porque luego cae en la raiz de la enfermedad y sabe qué humor peca y lo que puede hacer provecho ó daño, y asi fácilmente le aplica el remedio que le conviene. Y por esto los príncipes y grandes señores traen consigo médicos que anden con ellos, y asistan á sus comidas: no es para que el médico les ande diciendo á cada paso, no comais de eso, no bebais tanto, que eso seria enfadarles y serles pesados; sino para que viéndoles comer, y viendo sus ejercicios, y á lo que se inclinan mas, y lo que les suele hacer daño ó provecho, entiendan bien su complexion, y despues en el tiempo de la enfermedad les sepan curar y aplicar mejor los remedios. Pues este es el regalo que quiere nuestro Padre que tengamos nosotros, médicos que

(1) Joannes Climacus, *cap. 4 de obedientia.*

(2) Basil. *in Constit. Monast. et aliis multis locis.*—Hyeron. *in Reg. Monast., cap. 34.*—Ambros. *lib. 3 officiorum, cap. 16.*—Bernard. *de ordine vitae, et morum instit.*

(3) Re in Domino considerata, visum est nobis in Divinae Majestatis conspectu mirum in modum conferre, ut superioribus subditi omnino conspecti sint. *Cap. 4, exam. §. 34.*

(4) Qui abscondit scelera sua, non dirigetur. *Prov. XXVIII, 13.*

(1) Quod ignorat medicina non sanat. *Hyeron. sup. illud Eccles. X, 1:* «si mordeat serpens in silentio.»

anden siempre con nosotros, que entiendan muy bien nuestra complexion é inclinacion, nuestra flaqueza ó fortaleza, para que asi nos sepan mejor curar y gobernar. El gobierno de la Compañía es espiritual é interior, no va enderezado á castigo, y asi de ordinario no procede por via jurídica de informaciones y denunciaciones, sino solo pretende el remedio y provecho de vuestra alma; y asi es menester que vos mismo os manifesteis y descubrais al superior como á médico y como á Padre que está en lugar de Dios: y si no lo haceis, será poneros en peligro y tentar á Dios, el cual os quiere regir y gobernar por medio de hombres, y ellos no pueden gobernaros bien, si no os declarais con ellos, porque no os conocen.

La segunda razon, que declara mas la pasada, es, porque claro está que cuanto los superiores estuvieren mas al cabo de todas las cosas interiores y esteriores de sus súbditos, tanto con mayor cuidado y amor les podrán ayudar y guardar sus ánimas de diversos inconvenientes y peligros en que podrian caer, poniéndoles en este ó en el otro puesto ú ocasion por no saber sus tentaciones y malas inclinaciones, ni cuánto sea el caudal y suficiencia de virtud. Especialmente que en la Compañía siempre habemos de estar dispuestos, conforme á nuestra profesion é instituto, para discurrir por unas y otras partes del mundo todas las veces que por el Sumo Pontífice ó por nuestros superiores inmediatos nos fuere mandado. Y para que se acierte en las tales misiones, en enviar á unos y no á otros, ó á los unos á tal cosa y á los otros á otra, dice nuestro bienaventurado Padre que no solo importa mucho, sino sumamente (1), que el superior tenga entera noticia de las inclinaciones y tentaciones de sus súbditos, y á qué defectos ó pecados son ó han sido mas inclinados; porque con eso les podrá regir y enderezar mejor, no mandando á nadie cosa sobre sus fuerzas, ni poniéndoles en mayores peligros ó trabajos de los que buenamente puede llevar cada uno. Una de las cosas que hace el gobierno de la Compañía fácil, suave y muy acertado, es esta claridad de los súbditos y esta noticia que los superiores tienen de cada uno, de su talento, de sus partes y habilidades buenas y malas, y para lo que es, y para lo que no es; porque de esa manera saben lo que han de hacer de cada uno y en qué le pueden poner. Y asi no os mandarán cosa sobre vuestras fuerzas espirituales, ni corporales, ni os pondrán en peligro, sino repartirán á cada uno segun sus fuerzas y talento, como dice el Sagrado Evangelio (1).

Lo tercero, importa mucho, dice nuestro Padre, para que asi el superior pueda mejor ordenar y proveer lo que conviene al cuerpo universal de la Compañía, por cuyo bien y honor, juntamente con el vuestro, está obligado á mirar. Y cuando vos os declarais con él, y le dais cuenta de vuestra alma, entonces el superior, mirando en todo por vuestra honra, y sin nota ninguna vuestra, puede mirar por el bien universal de todo el cuerpo de la Compañía; y si no os declarais bien con él, por ventura pondreis á peligro vuestra honra y vuestra alma, y tambien la honra de la Religion, que depende de la vuestra.

De camino será bien que consideremos y ponderemos aqui cómo los medios que la Compañía nos dá para nuestro propio aprovechamiento, son conformes y proporcionados al fin de ella. Si nuestro instituto fuera estarnos encerrados en nues-

(1) Non solum refert valde, sed summopere.

(1) Unicuique secundum propriam virtutem. *Matth.* XXV, 15.

tras celdas, é irnos al coro y al refectorio, no hubiera necesidad de tanta claridad, ni de tantas cuentas de conciencia; pero en la Compañía, donde se hacen y han de hacer tantos guisados de los sugetos, y han de fiar tanto de ellos y enviarlos por este mundo entre fieles é infieles, y algunas veces solos, y por mucho tiempo, menester es que sepa bien el superior lo que hay en cada uno, para que no le ponga en peligro á él y á la Compañía. Y al mismo particular le importa mucho el declararse, para descargo y seguridad de su conciencia; porque, sino, irán sobre él todos esos peligros; porque si él declarára al superior su flaqueza y pocas fuerzas espirituales, no le pusieran en esas ocasiones y peligros.

Trae Plutarco (1) una comparacion que declara bien esto: Los pobres que quieren parecer ricos empobrécense mas y vienen á acabarse de perder; porque quieren gastar como ricos mas de lo que puede su costilla. Pues de la misma manera, si un religioso es pobre de virtud, y por falta de humildad quiere encubrir su pobreza, y parecer rico y que tiene lo que no tiene, empobrecerá mas, y por ventura se acabará de perder, porque le tratarán como á rico y aprovechado, poniéndole en ocasiones y peligros para los cuales no tiene costilla, ni virtud, y todo irá sobre él, por no haberse declarado: y asi, aunque no fuese sino por sola nuestra satisfaccion y seguridad, y para descargo de nuestra conciencia, y quedar sin escrúpulo, y que no vayan sobre nosotros esos peligros, habiamos de dar esta cuenta clara al superior, y para tener con eso mas obligado á Dios que nos acuda y nos saque bien de los peligros y de las ocasiones.

¡Oh qué contento y satisfaccion tiene un religioso que se ha declarado del todo con el superior y le ha manifestado todas sus miserias é imperfecciones, cuando despues le envian á la mision ó le ponen en tal oficio! ¡Y qué confianza tiene en Dios, que le ha de ayudar y sacar de vergüenza en las ocasiones y peligros que se le ofrecen! «Señor, yo no me puse en este oficio, ni en este puesto, antes propuse mi insuficiencia y mis pocas fuerzas espirituales para ello. Vos, Señor, me pusistes y me lo mandastes; vos suplireis lo que á mí me falta.» ¡Con qué confianza dice aquello de San Agustin! «Señor, dadme lo que mandais, y mandadme lo que quisiéredes (1).» Parécele que con aquello tiene obligado á Dios para que le dé lo que le manda. Pero el otro, que no se declaró, antes por ventura, porque le pusiesen en aquello, ó porque no le quitasen lo otro de que gustaba, dejó de manifestar alguna tentacion, ó pasion, ó imperfeccion y flaqueza suya, ¿qué consuelo puede tener? porque á ese tal no le envia Dios, ni la obediencia le pone en aquello; porque la ignorancia, como dicen los filósofos, causa involuntario; y asi no es esa la voluntad del superior, sino él por su propia voluntad se ingiere y entremete: intruso es, no llamado ni enviado. De los cuales se puede muy bien decir lo que dice Dios por Jeremías: "No los enviaba yo, y ellos se ingerian: no les hablaba, y ellos hacianse Profetas (2)." Estos tales ¿qué mucho que falten y que no les suceda bien? Razon tienen de temer y de vivir desconsolados: y adviertan mucho estos tales que no cumplirán con su conciencia con pedir al superior que no les ponga en tal ocupacion ú ocasion, diciendo en general que no sienten en sí virtud, ni fuerza para ello, sino es

(1) Plutarco, *in mor.* §. 12.

(1) Domine, da quod jubes, et jube quod vis. *August. lib.* 10. *Confes. cap.* 29.

(2) Non mittebam prophetas, et ipsi currebant: non loquebar ad eos, et ipsi prophetabant. *Jeremiae.* XXIII, 21.

menester declarar la causa mas en particular, como diremos despues (1); porque todo lo demas lo atribuye el superior á humildad, y los mas Santos suelen decir mas de eso.

Pues por estas razones nos encomienda esto tanto nuestro Padre y nos lo repite muchas veces en las Constituciones, como cosa de mucha importancia para el buen ser de toda la Compañía; y está tan lleno nuestro Padre de este sentimiento, que en la cuarta parte, tratando de que nadie tenga cosa, ni puerta, ni arca cerrada, dice: «ni la conciencia propia (2):» aunque parecia no venir á propósito. Tanto es el sentimiento y estima que tiene de eso. Y lo mismo hace en la sesta parte, donde dice: «No tengan encubierta cosa alguna al superior, ni de lo esterior, ni de lo interior (3).» Tiene esto por tan necesario en la Compañía, que oportuna é inoportunamente, como dice San Pablo (4), á todo tiempo nos lo quiere acordar. En la quinta congregacion general, tratándose cuáles eran las cosas sustanciales de nuestro instituto, se dice (5) que son aquellas que se propusieron en la fórmula ó regla de nuestro instituto á Julio III, y fueron por él y por sus sucesores aprobadas y confirmadas; y tambien todas aquellas sin las cuales esas no pueden estar en pié, ó con mucha dificultad se pueden conservar: y una de ellas, dice que es el dar cuenta de la conciencia á los superiores. De manera, que es esta una cosa tan sustancial que sin ella no se puede conservar la Compañía; y en esto decimos todo lo que se puede decir. Aun en otras religiones han observado y notado esto algunos historiadores (1), que todo el tiempo que duró en ellas esta santa costumbre, de acudir con todas sus cosas á sus superiores y padres espirituales y tenerles toda su alma descubierta, anduvieron con mucho fervor; y por el contrario, la esperiencia nos muestra que este suele ser el camino comun por donde se viene uno á perder y á faltar en la Religion: comienza poco á poco á dejarse llevar de la tibieza y de la pasion y mala inclinacion, y á faltar en los ejercicios espirituales, y á caer en una falta y en otra; procura encubrir su imperfeccion y no dá cuenta de su enfermedad; váse de esa manera enconando la llaga y afistolando; y lo que era poco se viene á hacer mucho, y asi viene despues á ser casi incurable y arruinarse del todo el edificio, porque habia mucho que se iba desmoronando, sin ponerle remedio. Lo cual notó bien San Doroteo, por estas palabras: «Algunos dicen, por esto cayó aquel, por esto salió el otro; la enfermedad le echó, ó sus padres le sacaron de la Religion; pero yo digo que ni eso ni esotro fué la causa, sino el haberse cerrado al principio y no haber querido dar cuenta de las cosas que pasaban por su alma (2).»

(1) Cap. últim.
(2) Part. IV. Constit. cap. 10, §. 5.
(3) Nihil ex externis, vel internis cos celent. Part. VI. Constit. cap. 1, §. 2.
(4) Opportune, et importune. *II. ad Tim.* IV, 2.
(5) In Congregatione V. generali, *Canon.* 17.

## CAPITULO II.

Cuán gran descanso y consuelo es andar uno con claridad con su superior y padre espiritual, y los bienes y provechos grandes que hay en ello.

Los Santos y doctores de la Iglesia Ambrosio, Agustino, Gerónimo y Bernardo dicen (3) que uno de los mayores consuelos que puede tener un hombre en esta vida es

(1) Refert Bernard. Rosignolius, lib. 1 de *disciplina Christianae perfectionis*, cap. 1.
(2) Dorotheus *serm. seu doctrina* 5.
(3) Ambros. *lib.* 1, *offic., cap.* 6.—August. *lib. unico de amicit. cap.* 5.—Hieron. *in Reg. Monachor. cap.* 34.—Bern. *de ordin. vitae, et morum instit.*

tener un amigo fiel, con quien poder descansar, descubriéndole todo su pecho y todos los secretos de su corazon, conforme á aquello del Sábio: "El amigo fiel es medicina de vida (1)." No hay medicina mas eficaz para curar las llagas, dice San Agustin, como un tal amigo que os pueda consolar en vuestros trabajos, daros consejo en vuestras dudas, alegrarse en vuestras prosperidades y compadecerse en las adversidades. «El que ha hallado un tal amigo, ha hallado un tesoro. ¿Qué digo tesoro? No hay cosa que se le compare. Cuanta plata y oro llevan las Indias y goza todo el mundo, no vale tanto como un amigo semejante (2).» Pues esta merced nos ha hecho el Señor en la Compañía, que tengais un amigo tal, conviene á saber, el superior, que es vuestro padre espiritual, vuestro maestro, vuestro médico, vuestra madre y hermano; y tiene pecho y entrañas para con vos mas que de madre, y tomará vuestras cosas como propias y mas que propias. Pues sabeos aprovechar de un tal amigo, y descubrios á él con grande confianza. Si hallárede un amigo tal, dice el Sábio (3), acudid á él, frecuentad su aposento consultando y comunicando con él todas vuestras cosas, que en él hallareis consuelo, consejo y remedio para todo lo que hubiéredes menester. Asi como al enfermo le es alivio y consuelo declararse al médico que le ha de curar; asi al religioso afligido y desconsolado le es grande alivio y consuelo declarar y manifestar sus penas y aflicciones á quien le puede consolar y ayudar.

Uno de los medios que ponen los filósofos morales para desechar la tristeza y aliviar el corazon afligido, es contar y declarar sus trabajos á otro. Y le trae Santo Tomás (1), tratando de la tristeza, y da la razon de esto, porque cuando uno quiere pasar sus trabajos á solas consigo mismo, llevan tras sí mas la atencion y el corazon, y asi afligen mas; pero cuando se comunican, divíértese uno algun tanto de aquello, porque se reparte la atencion, y dilátase y descansa el corazon. Y asi lo vemos por esperiencia, y lo dicen comunmente los hombres: «Señor, perdonadme, que descanso en contaros mis trabajos.» El santo abad Nilo, discípulo de San Juan Crisóstomo, dice (2) que era este un medio comun que daban aquellos padres antiguos para esto: el cual declaraban ellos con una buena comparacion: ¿no habeis visto unas nubes que están muy negras y oscuras, cuando están muy cargadas de agua; y asi como la van echando y despidiendo de sí y se van descargando, se van parando claras y resplandecientes? Pues asi, mientras uno anda cargado y cerrado con sus tentaciones, vive en gran tristeza y confusion, y con grandes pesadumbres y melancolías; pero en echando de sí esta cargazon, asi como va destilando y echándola de sí, descubriéndose y manifestándose al superior, asi va aliviando el corazon, mitigando la tristeza (3), y queda alegre y consolado, y con una paz y contento grande.

San Doroteo cuenta de sí (4) que sentia él tan grande paz y contento descubriendo y manifestando todas sus cosas á su maestro y padre espiritual que, por sentir tanto contento como sentia, le venia temor y sospecha si iba bien, y se indig-

(1) Amicus fidelis medicamentum vitae. *Eccles.* VI, 16.
(2) Qui autem invenit illum, invenit thesaurum. Amico fideli nulla est comparatio. Non digna ponderatio auri, et argenti, contra bonitatem fidei illius. *Eccles.* VI, 14.
(3) Si videris sensatum, evigila ad eum, et gradus ostiorum illius extorat pes tuus. *Eccles.* VI, 36.

(1) S. Thom. 1.-2, *quaest.* 38, *art.* 2.
(2) Nilus monachus, *de interemptione Patrum, qui erant in Sina.*
(3) Sic velut exinanitur aegritudo animi.
(4) Dorot. *serm.* 5.

naba contra sí mismo; porque decia él que á los que van camino del cielo les están profetizados trabajos (1); y como veia que él no sentia trabajo, sino mucho contento y consuelo, veníanle aquellos temores, si iba camino del cielo ó no; hasta que consultó á su maestro que era el abad Juan, y le dijo que no tuviese pena, porque aquella paz y contento, que sentia, estaba prometida á los claros de conciencia como él.

Por ser esto de tanta importancia, nos lo encarga nuestro Padre tanto, como habemos dicho en el capítulo anterior, y quiere que los superiores hablen y traten á menudo á sus súbditos (2); porque fuera de otros provechos que en ello hay, con este trato particular y familiar se animan mucho los súbditos á acudir á los superiores y tratar con claridad con ellos. Y para mas abundancia y mayor consuelo de todos, manda en las Constituciones (3) que haya en cada casa y colegio un prefecto de las cosas espirituales, á quien todos puedan acudir para descansar y consolarse con él y para ser enderezados y ayudados en las cosas de sus almas. Dice muy bien Casiano (4); vemos que todas las disciplinas humanas y todas las artes mecánicas, que no sirven sino para provechos temporales, con ser tan materiales que las podemos ver con los ojos y palpar con las manos; con todo eso no se pueden aprender ni saber bien, si no se hace uno aprendiz y se sujeta á algun maestro que las enseñe. Pues ¿en qué seso cabe pensar que para sola esta ciencia de vuestro aprovechamiento espiritual no habeis de haber menester maestro que os enseñe y diga cómo os habeis de haber, siendo ella tan oculta y tan espiritual é invisible que no solo no se puede ver con los ojos del cuerpo, pero ni aun con los del ánima, si no hay mucha puridad en el corazon; y en errar ella, no vá, como en las demas, pérdida temporal que se puede reparar fácilmente, sino perder ó salvar el alma para siempre? No peleamos aqui contra enemigos visibles, sino contra invisibles; y no contra uno ó contra dos, sino contra innumerables catervas de demonios que de dia y de noche siempre nos están haciendo guerra. Por lo cual, dice Casiano, es menester que con mucha diligencia acudamos á nuestros mayores y Padres espirituales, declarándoles todo lo que pasa por nuestra alma, para que asi seamos enderezados y ayudados de ellos.

Y dejadas otras razones, el fruto y provecho grande que resulta de haber en cada casa un prefecto de las cosas espirituales y del recurso á él, veráse claramente por las cosas que con él se tratan y comunican, que son: dar uno cuenta de cómo le vá en la oracion; qué modo de proceder tiene en ella; qué fruto saca; si guarda las adiciones y avisos que para eso tenemos; de qué trae exámen particular, y si le apunta y confiere; si tiene leccion espiritual, y cómo se aprovecha de ella; si tiene algunas tentaciones, y cómo se há en ellas; qué penitencias y mortificaciones hace, asi particulares como públicas; cómo le vá en la obediencia, en la indiferencia, en la humildad, en la guarda de las reglas y en otras cosas semejantes. Pues quien sabe que ha de dar cuenta de todo esto, claro está que le ayudará á tener un poco de mas cuenta para poderla dar mejor. Y mas: no hay duda sino que es grande medio ver que se hace mucho caso de una cosa y que se tiene grande cuenta con ella para que nosotros tambien la tengamos y hagamos mas caso de ella. Pues el ver que me preguntan una y otra vez estas cosas, claro está que me ha de obligar á que tenga mas cuidado con ellas;

(1) Quoniam per multas tribulationes oportet nos intrare in regnum Dei. *Actor.* XIV, 21.
(2) Regul. 25, *Rectoris.*
(3) P. III. cap. 1, § 12 et part. IV, cap. 10, § 7.
(4) Cass. *collatione* 2, *Abbatis Moysi*, c. 10.

y si falté una vez, procuraré no faltar otra. Mas: asi como dicen los teólogos y los Santos que la confesion sacramental es un freno grande para retraer á los hombres de pecar, y se lo ha mostrado bien la esperiencia á los herejes que la han negado y dejado, tanto que hallándose por esto en Alemania los pueblos llenos de vicios y de insultos, y no estando nadie seguro de su vecino, pidieron los mismos herejes al emperador Cárlos V (1) que mandase él por ley que todos se confesasen; porque despues que no se confesaban, no podian vivir ni valerse unos con otros, de lo cual no se rió poco el emperador, como si pudiera él ponerles ley de esto; pues asi como retrae á uno mucho de pecar el saber que se ha de confesar, asi retrae mucho á uno de hacer faltas é imperfecciones el ver que ha de dar cuenta de ellas.

Y para que llevemos adelante la comparacion: asi como la frecuencia de la confesion es uno de los medios mas principales que podemos dar á uno para su salvacion, porque fuera de la gracia y perdon de pecados que se da en este Sacramento, están alli encerrados todos los remedios y consejos que se le pueden dar á uno; y asi, cuando queremos que uno allá en el mundo se aproveche mucho, dámosle un consejo; una vez, que rece el Rosario; otra, que oiga misa cada dia, si puede; otra, que oiga sermones; otra, que haga exámen de su conciencia; otra, que haga algunas penitencias y que procure no se le pase dia ninguno en que no haga alguna penitencia; pero finalmente, para echar el sello, dámosle por remedio que se confiese á menudo con un buen confesor. Y en eso nos parece que le damos todos los remedios juntos, y que le decimos todo lo que se le puede decir y todo lo que ha menester; porque si él hace eso, el confesor le irá dando cada ocho, ó cada quince dias, ó cada mes, los medios y remedios que vos no le podiades dar ni el otro tomar de una vez, y le irá pidiendo cuenta de cómo pone por obra los que le ha dado; que asi lo han de hacer los buenos confesores, procurando que sus penitentes vayan siempre creciendo en virtud. Y por esto aconsejan los maestros de la vida espiritual á los penitentes, que tenga cada uno su confesor firme, porque el confesarse hoy con uno y mañana con otro suele ser causa de aprovecharse poco. De la misma manera en este medio de dar cuenta de la conciencia, están cerrados todos los medios y remedios particulares que á uno se le pueden dar para su aprovechamiento; porque aquí ve el superior ó el prefecto de las cosas espirituales cómo os aprovechais del medio de la oracion, de los exámenes y de la leccion espiritual: aquí ve cómo venceis las tentaciones y las inclinaciones y condicion mala que teneis: aqui ve cómo os va en el silencio, en la humildad, en la indiferencia y resignacion, y si vais aprovechando, ó si volveis atrás: aqui se os dá el remedio y el aviso particular que habeis menester, conforme á vuestra necesidad y disposicion, corrigiéndoos en lo uno y animándoos en lo otro. Y haciéndose esto con la suavidad y caridad que se ha de hacer, y se hace por la bondad del Señor en la Compañía, de manera que entendais vos que solamente se desea y pretende en esto vuestro mayor bien y provecho espiritual, no puede dejar de ser de grande efecto y eficacia este medio.

(1) Dominicus Soto, *tom. 1 in 4. sentent. dist. 18, quaest. 1, art. 1.*

## CAPITULO III.

Que el descubrir las tentaciones al superior, ó padre espiritual, es medio muy eficaz contra ellas.

Doctrina es comun de los Santos y primer principio entre aquellos Padres anti-

guos, como habemos dicho en el capítulo primero, que todas las tentaciones se han de descubrir y manifestar luego á los mayores y maestros; y nuestro Padre nos avisa á nosotros de ello en las Constituciones (1). Pero veamos qué es la causa de encomendársenos esto tanto, porque nos hará mucho al caso para que esta verdad quede mas asentada en nuestro corazon. La razon de esto, dice Casiano (2), es, porque de esa manera no os podrá el demonio engañar con sus mañas y tentaciones, como á nuevo, pues llevais armas de vuestro maestro antiguo. No os engañará como á ignorante y no esperimentado, si vos acudís luego á vuestro Padre espiritual, docto y esperimentado, y os guiais por lo que os dice. No pelea entonces el demonio con algun soldado nuevo y visoño, sino con soldado viejo y versado en esta espiritual milicia. Toda la ciencia y toda la prudencia y esperiencia de vuestro confesor y maestro haceis vuestra, cuando os descubrís luego á él y os guiais por lo que os dice. Y asi dice Casiano, que de esta manera se alcanza la verdadera prudencia y discrecion: virtud tan grande y tan alabada del bienaventurado S. Antonio. Comenzaron á conferir y á tratar entre sí aquellos santos monjes, en una colacion ó conferencia espiritual, qué virtud era la que mas puede ayudar á la perfeccion. Dijo uno que la castidad; porque por ella tiene el hombre sujeta la sensualidad á la razon; otro dijo que la abstinencia, con que el hombre es señor de sí; otro, que la justicia; y asi cada uno dijo lo que le parecia. San Antonio, habiéndolos oido á todos, y resolviendo lo que se habia de tener, dijo: «La virtud mas necesaria, y la que mas ayuda para ser uno perfecto, es la prudencia y discrecion; porque todos los ejercicios de las virtudes, si no van hechos con ella, no agradan á Dios, ni son actos de virtud.» Pues ¿quereis, dice Casiano, un modo muy fácil y muy breve para alcanzar esta virtud? Registrad y comunicad todas vuestras cosas con el superior, y guiaos por su parecer y consejo, y de esa manera la alcanzareis y hareis vuestra la prudencia y discrecion del superior. Lo mismo dice San Bernardo tratando de esta virtud; «porque esta virtud de la discrecion es una cosa muy rara, dice (1), procurad suplir su falta con la virtud de la obediencia, que no hagais mas, ni menos, ni de otra manera de como lo ordenare la obediencia. De esta manera, dice, se suple y remedia la falta de discrecion y esperiencia, y se alcanza la verdadera prudencia.»

Por esto encomiendan tanto los Santos el descubrir luego las tentaciones; y por la misma razon, una de las cosas que con mas diligencia procura el demonio es que no se descubran, porque pretende otro fin contrario, que es nuestro daño y perdicion. Dice San Doroteo (2) que no hay cosa con que tanto se huelgue el demonio, como con aquel que no quiere descubrir sus tentaciones y pensamientos al superior, pareciéndole que con eso tiene cierta la victoria, porque entonces pelea á solas con él. ¡Ay! del solo (3), que no tiene quien le ayude para que no caiga, ni quien le dé la mano para que se levante! Y por el contrario, dice, no hay cosa que tanto tema el demonio, ni de que mas le pese, que de ser des-

(1) P. III. Const. cap. I, §. 12. Regul. 41. *Summarii.*

(2) Cas. *lib. IV de institut. renuntiant. cap.* 9 *et collatione* 2. *Abbatis Moysi, cap.* 10.

(1) At vero quia omnino rara ista avis est in terris, hujus discretionis locum in vobis suppleat virtus obedientiae; ut nihil plus, nihil minus, nihil aliter, quam imperatum sit faciatis. *Bernard. serm.* 3 *de Circumcis.*

(2) Dorot. *serm.* 5. Idem Abbas Poemon ut habetur in vitis Patrum, p. 2, §. 147.

(3) Et vae soli! *Eccles.* IV, 10.

cubierto, porque con eso pierde toda la esperanza de vencer, y desmaya y huye. Declara esto muy bien nuestro Padre en el libro de los Ejercicios (1), con una comparacion, que pues él la trae, bien la podemos nosotros traer. Dice que nuestro enemigo el demonio se há con nosotros en tentarnos, de la manera que acá un hombre mal amistado se há en solicitar y requestar á una doncella que tiene unos padres muy honrados, ó á una muger casada con un hombre de bien y muy celoso; el cual, queriéndola engañar, lo primero que procura con gran diligencia es que le guarde secreto; y ninguna cosa tanto teme, ni siente, como que la doncella vaya á decir á su padre lo que pasa, ó la muger á su marido; porque habiendo eso, luego se dá por desauciado y despedido de alcanzar lo que pretendia; pero mientras le guardan secreto, esperanza tiene de alcanzar algo. De la misma manera, dice nuestro Padre, cuando el demonio quiere engañar á uno, lo primero que procura con toda diligencia es que le guarde secreto y que no descubra á nadie aquellas tentaciones y razones que le trae, porque con eso tiene por cierto que le vencerá y alcanzará de él lo que pretende. Y por el contrario, no hay cosa que tanto sienta como que vaya á descubrir y manifestar estas cosas á su confesor ó superior, porque como el demonio puede y acaba mas por engaños que por fuerza, en viéndose descubierto, se dá por vencido y por desbaratados todos sus embustes y marañas; y es propio esto de todos los que andan con engaño, conforme á aquello del Evangelio: "El que obra mal, aborrece la luz (2)."

San Doroteo trae á este propósito (3) lo que le aconteció á San Macario. Dice que el gran Macario, discípulo del gran Antonio, se encontró una vez con el demonio, y preguntóle cómo le iba con sus monjes. Respondió que muy mal, porque no entraba en ellos pensamiento malo que no le descubriesen luego á su superior; pero «uno de ellos, dice, es muy grande amigo mio. A uno de ellos tengo en mi mano, del cual hago lo que quiero y como á un trompillo le hago andar al retortero (1):» y declaróle el nombre del monge. Oido esto por San Macario, váse á visitar aquel monge, y halla que estaba engañado en esto, que no daba cuenta á su Padre espiritual de sus tentaciones, ni se regia por él. Exhortóle el Santo á que se descubriese, y que de ahí adelante no se fiase mas de su propio juicio; tomó bien el aviso, y con eso se remedió. Tornó otra vez San Macario á ver al demonio, y preguntóle cómo le iba con aquel monge su amigo: al cual respondió con grande rabia: «ya no es mi amigo, sino mi enemigo.» Pondera muy bien aquí San Doroteo que á todos los monges de San Macario tentaba el demonio, pero á los demas no los podia vencer, porque luego daban cuenta clara á su Padre espiritual de todo lo que pasaba por su alma, y se gobernaban por él. A aquel solo tenia el demonio vencido y engañado que se fiaba de su propio juicio, y se regia por su parecer, y no queria declararse y manifestarse á su superior ó Padre espiritual: el cual luego que se manifestó fué tambien remediado. Casiano dice que no puede ser engañado el que en todo se manifiesta y declara á su Padre espiritual; y trae en confirmacion de esto aquello que dice el Espíritu Santo por el Sábio: "Si descubriéredes y manifestáredes sus celadas y ardides," que son sus

(1) S. P. N. Ignatii *lib. Exercit. spiritual. in regulis ad motus animae discernendos, regul.* 13.
(2) Omnis enim, qui male agit, odit lucem. *Joann.* V, 3.
(3) Doroth. *ubi supr.*

(1) Habeo unum de fratribus tuis, quem uti turbinem, cum volo, verso.

tentaciones ocultas y escondidas, no os engañará, ni os llevará trás sí (1). Y aquello del Eclesiastés: "Dios os libre, dice (2), de que la serpiente os muerda callando." Ya cuando la serpiente ó víbora trae cascabel, y viene silvando, y haciendo ruido, y la oye el encantador, remedio hay. De la misma manera Dios os libre de que el demonio, serpiente antigua, os muerda á solas en silencio; ya cuando lo oye vuestro maestro espiritual, que puede con versos de la Sagrada Escritura encantarla, remedio tiene.

Y hay mas en esto: estima Dios tanto esta obra de acudir al superior ó Padre espiritual y declararse con él, y agrádale tanto esta humildad, que con solo descubrirse uno, sin aguardar el remedio, y aunque no se le diga, ni responda nada, queda muchas veces deshecha la tentacion. Asi lo dice Casiano: «No dura mas la tentacion de cuanto se encubre en el corazon, y en descubriéndola, luego se deshace; aun antes que os responda el superior, está ya deshecha; asi como la serpiente, que está escondida en una cueva oscura, ó debajo de una piedra, en descubriéndola, luego huye;» levantad la piedra, y vereis como luego huyen los sapos, culebras y sabandijas que estaban alli debajo, y no pueden sufrir la luz; «asi el demonio, serpiente antigua, dice Casiano (3), en descubriéndole, luego huye; porque es padre de tinieblas, y no puede sufrir la luz.» Y mas: como el demonio es tan soberbio, siente mucho que se descubran sus poquedades y bajezas, y de soberbio no lo puede sufrir, y así huye luego, en viendo que es descubierto.

Pongámonos aqui á considerar y ponderar si para las enfermedades del cuerpo hubiera tales médicos que nos sanaran con solo manifestárselas, ¿cuánto lo estimáramos? Pues lo que en los cuerpos no puede ser, se ve y esperimenta cada dia en el alma; que con solo manifestar las tentaciones al superior se quitan muchas veces antes que os responda. Y aun mas digo, con solo determinaros de decírselo al superior ó padre espiritual, se deshace y quita muchas veces la tentacion: íbades á decírselo, y antes que llegueis á su puerta ha deshecho ya Dios todo el nublado y quitado la tentacion y turbacion que teníades.

Tenemos ejemplo de esto en las *Vidas* de aquellos Padres de Egipto. Cuéntase alli de uno que ayunó sesenta semanas y hacia oracion muy continua, porque Dios le declarase una duda que tenia; y como no lo pudiese alcanzar en tanto tiempo, determinó de ir á otro monje, que moraba en aquel desierto, á comunicarla; y en saliendo de su celda para eso, halló luego un ángel que se la declaró, diciéndole que por aquella humildad habia merecido mas la declaracion de aquella duda que por cuantas oraciones y ayunos habia hecho. Y en el sagrado Evangelio tenemos tambien un buen ejemplo de esto en aquellos diez leprosos que, yendo Cristo nuestro Redentor á Jerusalen, le salieron al encuentro dando voces: "Jesus, Maestro, habed misericordia de nosotros (1)." Mándales que vayan y se manifiesten á los sacerdotes (2). Y dice el Sagrado Evangelio: "En el camino, antes de llegar allá, quedaron sanos (3)." Contén-

---

(1) Si denudaveris absconsa illius, non persequeris post eum. *Eccl.* XXVII, 19.
(2) Si mordeat serpens in silentio. *Eccles.* 10.
(3) Tamdiu enim suggestiones ejus noxiae dominantur in nobis, quamdiu celantur in corde: illico enim ut patefacta fuerit cogitatio maligna, marcescit; et antequam discretionis judicium proferatur, serpens teterrimus, velut e tenebroso, ac subterraneo specu, virtute confessionis protractus ad lucem, et traductus quodam modo, ac dehonestatus abscedit. *Cass. collat.* 2, *Abbatis Moysi, cap.* 10.

(1) Jesu, praeceptor, miserere nostri. *Lucae* XVII, 13.
(2) Ite, et ostendite vos Sacerdotibus. *Ibi,*
(3) Et factum est dum irent, mundati sunt.

tase Dios tanto de que nos humillemos y sujetemos á los hombres, que él nos tiene puestos en su lugar, que para mostrar cuánto se agrada de esto lo quiere él confirmar con milagros. Y muchas veces con solo amenazar al demonio que le habeis de descubrir, toma él tanto miedo que os deja y huye; y asi es bueno hacer en esto lo que hacen los niños, cuando alguno les enoja, que le amenazan que se lo han de decir á su padre.

## CAPITULO IV.

Que ninguno ha de dejar de descubrir sus tentaciones á su Padre espiritual, por parecerle que ya sabe los remedios que le ha de dar.

Podrá decir alguno: «ya yo he oido tratar muchas veces de los remedios de las tentaciones, y de lo que he visto y leido en libros espirituales sé lo que me puede responder el superior ó Padre espiritual; ¿para qué tengo de acudir á él?» Bien tenemos que temer no se nos entre acá esta tentacion; y tanto mas cuanto á uno le pareciere que está mas adelante en esta ciencia. San Doroteo era muy fatigado de esta tentacion, pero sabia sacudirse bien de ella. Cuenta él (1), que cuando queria ir á manifestar su tentacion al superior, luego se le ofrecia «¿para qué has de gastar el tiempo en vano? Él te ha de responder esto, y esto; tú ya lo sabes, no hay para qué ir á molestar al superior.» Y yo, dice, indignábame mucho contra la tentacion, y contra mi juicio y parecer, y decia: «Apártate de mí, Satanás, descomunion, anatema y maldicion sea para ti (2).» Y no me curaba de la tentacion, sino íbame á mi superior, y decíale todo lo que pasaba; y cuando acontecia que me respondia el superior lo mismo que á mí se me habia ofrecido, luego me decia el corazon con no sé qué sobresalto y alboroto: «¿No te »lo decia yo, que te habia de responder esto »y que no era menester ir allá?» Al cual yo por el contrario respondia: Ahora es bueno el remedio, ahora es del Espiritu Santo (1), cuando salia de tí era sospechoso, y no lo tenia por seguro.» De esta manera desechaba esta tentacion San Doroteo, y nunca la daba entrada, sino con todo acudia luego á su superior. Pues asi lo habemos de hacer nosotros, no dando crédito á nuestro juicio ni fiándonos de él; porque sentencia es comun de los sábios y de los Santos que no es el hombre buen juez en sus propios negocios. Y si esto es verdad, aun cuando no hay tentaciones, ¿qué será cuando las hay, que ciegan los ojos del alma para que no vean lo que conviene, conforme á aquello del Profeta: "Apoderáronse de mí mis pensamientos malos y no podia entonces ver (2)." No sabe uno entonces el remedio que le conviene; y si le sabe especulativamente, no acertará á aprovecharse de él, ni á ponerle en práctica, porque está deslumbrado y turbado con la tentacion y con la pasion, y mas le ayudará Dios por una palabra del superior que con cuanto él sabe.

San Agustin trae un caso gracioso para esto. Dice que tenia uno una enfermedad, y llamó al médico, el cual viéndole le aplicó cierta medicina con que estuvo luego bueno. Aconteció que de alli á algunos dias le tornó el mismo achaque: y como le habia ido tan bien con el remedio que le habian aplicado la vez pasada, no se curó de médico, sino tomó el mismo remedio que se le

(1) Dorotheus *serm.* 5.
(2) Anathema tibi, et judicio tuo, et intelligentiae, ac prudentiae tuae, cogitationi, et scientiae tuae.

(1) Et nunc bonum est, nunc a Spiritu Sancto est.
(2) Comprehenderunt me iniquitates meae, et non potui, ut viderem. *Psalm.* XXXIX, 13.

habia quedado bien en la memoria; pero aunque le tomó, no sintió con él provecho alguno: entonces maravillado del caso, envió á llamar al médico, y cuéntale lo que pasaba, y pregúntale qué era la causa porque habiendo tomado la misma medicina, no le habia aprovechado nada. Respondió el médico graciosamente: «Señor, la causa porque no os aprovechó ahora esa medicina, fué porque no os la dí yo.» Pues lo mismo podemos decir en nuestro propósito. Ese remedio que vos sabeis y habeis oido muchas veces, no os aprovechará nada, porque no os le dió vuestro superior, ó confesor, que es vuestro médico espiritual. Otra fuerza y eficacia tiene la medicina dada de mano del médico, que sabe el punto y las circunstancias: asi es tambien en las medicinas y remedios espirituales. Buenas eran las aguas de los rios de Damasco, y mejores que las del Jordan; pero no bastaron para quitar la lepra de Naaman, sino aquellas en que le mandó el Profeta Eliseo que se lavase (1). Concurre Dios con las palabras que os dice el superior y con el medio que os dá, porque está en su lugar; y asi el remedio fácil y comun, dado de mano del superior, os aprovechará mas que cuantos vos sabeis, aunque supiésedes mucho mas.

## CAPITULO V.

Que ninguno ha de dejar de manifestar las cosas por parecerle pequeñas.

Otra cosa suele traer tambien el demonio á algunos para impedirles que no acudan al superior, y es decirles que aquello es nada y que no es menester acudir al superior con niñerías, que es vergüenza ir á él con cada cosilla. A esto digo lo primero, que el que trata de perfeccion no ha de aguardar á que la cosa sea grave, ni de necesidad y obligacion, sino siempre ha de procurar lo que es mejor y mas perfecto: y asi, de cualquier cosa, por pequeña que sea, ha de hacer caso y dar cuenta de ella al superior; porque eso es tratar de perfeccion; y una de las cosas que edifica mucho, es el acudir al superior aun en cosas muy menudas; y mientras mas antiguo y mas letrado es uno, mas edifica, porque eso es hacerse niño y pequeñuelo por Cristo.

Lo segundo, digo que algunas veces no es tan pequeña la cosa como á uno le parece, sino que la vergüenza y repugnancia que siente en decirla le hace buscar razones para disminuirla y persuadirse que no importa nada, para no la decir. Como suele acontecer en la confesion, cuando uno tiene vergüenza de decir una poquedad y una bajeza (1), luego acude el demonio ayudándose de aquella vergüenza y repugnancia natural que siente, persuadiéndole que aquello no es pecado, ó á lo menos, que no es mortal, y que asi no está obligado á confesarlo. ¡Oh, á cuántos ha engañado el demonio por aqui y les ha hecho dejar de confesar lo que era de necesidad, y asi venir á hacer malas confesiones y comuniones! Eso solo de sentir repugnancia y dificultad en descubrir y manifestar alguna cosa al superior, habia de bastar para tenerse uno por sospechoso y entender que conviene decirla. Y asi dice Casiano (2) que esa es una de las mas ciertas señales que hay para entender que aquella es cosa mala y tentacion del demonio, y dice que esta era comun sentencia de aquellos Padres. Lo malo luego lo procuramos encu-

(1) IV. Reg. V, 10.

(1) Tract. 4, cap. 4.

(2) Generale namque, et evidens indicium diabolicae cogitationis esse pronuntiant, si eam seniori confundamur aperire. *Cass. lib. 4 de instit. renuntiant., cap.* 4

brir (1). Y asi, cuando uno anda solapando alguna cosa, dá sospecha que no anda bueno el negocio. "El que hace mal, aborrece la luz (2)."

Lo tercero, digo que aunque ahora sea cosa pequeña, pero lo poco, encubriéndolo, se suele venir á hacer mucho; y asi conviene, cuando es poco, manifestarlo para que se remedie con tiempo, pues es fácil entonces el remedio y despues suele ser dificultoso. Dice San Juan Clímaco que asi como los huevos de las aves, si están encubiertos y calientes debajo de las alas de la madre ó debajo de estiércol, poco á poco se van empollando y vienen á recibir vida y producir otras aves; asi los malos pensamientos cuando están escondidos en el corazon, sin descubrirse á quien los pueda curar, vienen comunmente á salir á luz y á ponerse por obra.

Otra cosa tambien suele el demonio poner delante á algunos para que no acudan al superior, y es parecerles que le serán pesados y le enfadarán con esas cosas; y por no darle fastidio y pesadumbre dejan de acudir á él. Este es un engaño grande, porque ese es el oficio del superior, y una de las cosas mas principales que él tiene que hacer es esa. Y asi haceis mucho agravio al superior en juzgar de él que se enfada y recibe pesadumbre en hacer una cosa tan principal y tan necesaria de su oficio; antes se huelga mucho de estar ocupado en una cosa tan sustancial como esta, de la cual depende tanto el aprovechamiento espiritual de los súbditos, como digimos arriba (3) en otro caso semejante.

Casiano trae un ejemplo (4), que le aconteció al abad Serapion, cuando era mozo, y le solia él contar muchas veces á sus religiosos para animarlos á dar cuenta de todas sus cosas al superior: «Siendo yo novicio, era, dice, muy tentado de la gula: nunca parece que me hartaba; y asi despues que habia comido con el abad Teonás, que era mí superior, alzando la mesa, cada dia escondia secretamente en el seno un panecillo, y me le comia despues á la tarde, sin que él lo supiese; y aunque yo, vencido de la gula, cometia cada dia este hurto y golosina; empero en acabándolo de comer, me venia siempre un remordimiento tan grande que era harto mayor el tormento y pena que sentia que el deleite que en ello habia recibido. Y con todo eso, dice, me tenia tan sujeto esta tentacion que otro dia tornaba á hacer lo mismo, y hurtaba otro panecillo, y le comia secretamente, y no me atrevia á declarar esta tentacion á mi superior, hasta que el Señor por su misericordia fué servido librarme de esta servidumbre y cautiverio en que estaba, de la manera que diré. Vinieron acaso á visitar al santo abad Teonás unos monjes, y como despues de comer comenzasen á tratar de cosas espirituales, como tenian de costumbre, aconteció que, respondiendo el santo viejo á sus preguntas, trató del vicio de la gula, y tambien de la fuerza que tienen las tentaciones cuando están encubiertas. Y como yo andaba ya con grande remordimiento de conciencia, pareciame que todo aquello se decia por mí y que Dios debia de haber revelado mi tentacion y falta al santo abad. Y asi, movido y espantado con la fuerza de sus palabras, comencé primero á llorar secretamente conmigo; pero creciendo la compuncion y sentimiento, no me pude contener, sino que prorrumpiendo en grandes lágrimas y sollozos, alli delante de todos saqué del seno el panecillo, que aun aquel dia habia hurtado y escondido, y postrado en tierra, pidiendo perdon y penitencia, declaré públicamente mi ten-

(1) Omnis iniquitas oppilabit os suum. *Ps.* CVI, 42.
(2) Joann. III, 20.
(3) Trat. 6, c. 8.
(4) Cass. *collatione* 2. *Abbatis Moysi*, cap. 11.

tacion, y cómo vencido de ella hacia aquello cada dia. Entonces el santo viejo comenzóme á consolar y animar, diciendo: «Ten, »hijo mio, gran confianza, que tú confesion, »y este acto tan heróico que has hecho de »manifestar y declarar aquí públicamente »delante de todos tu tentacion y falta, te ha »librado de este cautiverio y servidumbre: »hoy has vencido al demonio y triunfado de él »mas poderosamente que él habia triunfado »de tí. Entiende que por eso permitió el »Señor que el demonio te tuviese tan cau»tivo y sujeto con esa tentacion, porque »la tenias escondida; y asi ten por cierto que »ahora que la manifestaste, no tendrá el de»monio señorío sobre tí, sino que luego »huirá aquella serpiente antigua, como »quien no puede sufrir la luz.» Apenas habia acabado de decir esto el santo abad, cuando salió, dice, de mi seno un fuego como relámpago ó hacha encendida que hinchó toda la celda de un hedor abominable é infernal que casi no habia quien pudiese parar allí. Entonces el santo viejo, tornando á su tema, dijo: «Ves aquí, hijo mio, cómo »el Señor te ha querido mostrar por obra, »lo que te he dicho de palabra; pues has »visto con tus ojos salir y huir al demonio »de tí por virtud de tu confesion, que no »pudo sufrir la luz y manifestacion de sus »enredos, y asi no hayas miedo que se »atreva á tornar mas á tí.» Y asi fué, porque de ahí adelante nunca mas tuvo esta tentacion, ni aun á la memoria le venia nada de aquello.

## CAPITULO VI.

Comiénzase á satisfacer á las dificultades que suelen impedir esta claridad.

Ya habemos dicho la importancia y necesidad que hay de andar con claridad con los superiores; pero cuanto una cosa es mas importante y necesaria y de mas perfeccion, tanto nuestra naturaleza estragada por el pecado suele sentir mayor repugnancia en ella, y el demonio envidioso de nuestro bien suele ayudar, representándonos mayores dificultades para impedirla: por lo cual convendrá que vamos satisfaciendo á ellas. Y no haremos poco, sino mucho, si en una cosa tan principal y necesaria como esta hallamos el camino: y aunque vamos hablando con los religiosos, cada uno puede aplicar á sí la doctrina; porque cosa es esta que puede tocar á todos. Y asi Gerson la trata generalmente para todos, tratando de la confesion, como luego veremos.

Cuanto á lo primero, porque naturalmente somos amigos de huir el trabajo y la dificultad, y esto de que ahora tratamos se nos suele representar como cosa difícil y trabajosa, comenzaremos por aquí, declarando y probando que padecerá uno mayor trabajo, sin comparacion, en andar cerrado y encubierto que en descubrirse y manifestarse al superior: y nótese este punto, porque es una cosa que hace mucha fuerza contra los amadores de sí mismos, que dejan las cosas de virtud y perfeccion por la dificultad y trabajo que sienten en ellas. Yo consiento que hay alguna dificultad y mortificacion en descubrir uno al superior todas sus tentaciones, inclinaciones y deseos; pero digo que es mucho mayor el trabajo y pena que traerá consigo, si anda encubriendo y solapando estas cosas, que la que puede recibir en descubrirse y manifestarse. Bien nos lo muestra esto la esperiencia, y cada uno será buen testigo de ello, si alguna vez le ha acontecido quererse cerrar y encubrir con el superior. ¡Oh, qué congojas! ¡qué remordimientos y sobresaltos tiene el que anda encubierto y solapado! Siempre anda como con dolores de parto; si lo diré, si lo callaré. Ya

lo quiere decir, y ya se torna á arrepentir; ya llegaba á la puerta del superior para decírselo, y se vuelve del camino porque no se atrevió (1). Estaba ya á punto de echar á luz aquella tentacion y mal pensamiento que el demonio, padre de tinieblas, habia puesto en su pecho, y no tuvo virtud, ni uerza para ello; siempre se queda con dores de parto (2); y mientras mas dilata el descubrirlo, mayores dolores siente, porque se le hace mas dificultoso y vergonzoso despues el decirlo. Ya le torna á pesar porque no lo descubrió al principio, y la mayor dificultad que siente es: «¿pues cómo iré yo ahora al superior, al cabo de tanto tiempo? si fuera al principio, dijéraselo; pero ahora, ¿con qué cara pareceré delante de él? Habiéndome cerrado tanto tiempo con él, ¿qué dirá? que no me he fiado de él, pues que no se lo quise decir al principio.» No tendrá uno descanso, ni reposo, mientras anduviere cerrado y encubierto. La conciencia le estará siempre remordiendo, y atormentando, y dando garrote, porque no quiere hacer una cosa tan importante y principal: y en descubriéndose y declarándose, luego se sosegará toda esa tempestad y quedará muy quieto y consolado.

Es como cuando uno no se atreve á confesar algun pecado por vergüenza, que anda siempre con unos temores y sobresaltos y con unas congojas muy grandes; y en confesándolo, queda tan contento y descansado que le parece que ha echado de sobre sí una gran torre que traía á cuestas. Dice San Gregorio: «Las llagas y postemas cerradas, claro está que dan mayor dolor, porque está la materia y ponzoña allá dentro hirbiendo, y cuando se abren sale fuera toda aquella podre y hediondez, y asi naturalmente se aplaca el dolor (1).» De la misma manera es cuando uno confiesa su pecado y declara sus tentaciones y flaquezas. El confesar y manifestar sus culpas y tentaciones es como el abrir de la postema y de la llaga (2); ó como cuando el estómago está lleno de mal humor, ó mucha comida, y anda uno con vascas y dando arcadas por echarlo, que hasta que lo acaba de echar no tiene quietud ni reposo, y en echándolo, luego queda sosegado y quieto. Pues por aqui se verá bien cómo es mucho mayor el tormento y pena que trae consigo el que anda cerrado y encubierto, que la que podia recibir en descubrirse y manifestarse, porque esta es una cosa de poca vergüenza y mortificacion, que se pasa en un credo, y despues queda con mucha paz y contento de haberse declarado; y asi, al que por huir la dificultad y el trabajo no se declara, bien le podemos responder que antes por esa misma razon se habia de declarar; porque andará con mayor trabajo, pudriéndose, carcomiéndose y consumiéndose de pena (3), y en declarándose, quedará con mucha paz y sosiego.

(1) Colligata est iniquitas Ephraim, absconditum peccatum ejus, dolores parturientis venient ei. *Oss.* XIII, 12.

(2) Venerunt filii usque ad partum, et virtus non est pariendi. *Isaí.* XVII, 3.

(1) Vulnera clausa plus cruciant; quia cum putredo, quae intrinsecus fervet, ejicitur ad salutem, dolor aperitur. *Greg. lib.* 7, *Moral. cap. ultimo*; *et lib.* 3, *Past. admonit.* 15.

(2) Quid est peccatorum confessio, nisi quaedam vulnerum ruptio? *Ib.*

(3) Quoniam tacui, inveteraverunt ossa mea. *Ps.* XXXI, 3.

## CAPITULO VII.

Satisfácese á la dificultad principal que suele impedir esta claridad.

Una de las mayores dificultades, ó la mayor, que se suele poner delante á algunos para no declararse y descubrir su pecho al superior, es parecerles que quedarán

afrentados y perderán el buen nombre y crédito que por ventura tenia de ellos, y que de ahí adelante les traerá entre ojos, y no se fiará de ellos ni les tendrá tanto amor. Con esto engaña el demonio á muchos y les hace que no se declaren ó que no se declaren del todo. Pero si mostrásemos que todo esto es al contrario, y tan al contrario, que antes descubriéndose y manifestándose ganan honra y estimacion y mas amor, y no se declarando, pierden todo eso, parece que quedaria bien allanada esta dificultad. Pues con la gracia del Señor lo mostraremos aquí, para que se vea cuán al revés es de lo que el demonio nos representa para engañarnos; y así es ordinariamente en todas sus tentaciones, porque es padre de mentiras. Digo, pues, que no hay cosa con que uno pierda mas reputacion y mas estima cerca del superior como con andar encubriéndose y recatándose de él, y dándole ocasion para que le comienze á tener en posesion de cerrado y doblado: con ninguna falta que descubriera pudiera perder tanto como con esto, porque una falta es una; pero el tener á uno por cerrado, comprende mucho, porque le hace sospechoso de muchas faltas. «Este es hombre cerrado de pecho, qué sé yo si como encubrió esto encubrirá lo otro y lo otro:» solo esto pesa mas que cuanto él podia decir. Y por el contrario, cuando uno descubre toda su ánima al superior y le declara todas sus tentaciones, inclinaciones y defectos, no solamente no pierde, sino gana mucho crédito con él, porque le tiene por humilde y mortificado, por claro y llano, y que no tiene otra cosa allá dentro de lo que muestra de fuera.

Iremos declarando esto mas de raiz, porque es un punto de los mas principales que hay en esta materia. Digo lo primero, que no puede uno tomar medio mas eficaz, para ser querido y amado del superior y ganarle la voluntad, como manifestarle y descubrirle todo su corazon sin tenerle cosa encubierta. La causa de esto es, porque una de las razones mas fuertes para amar, es ser amado, como lo dicen comunmente los filósofos y los Santos. Y el Evangelista con esta razon nos convida á amar á Dios, "porque él nos amó primero á nosotros (1)." Pues una de las cosas mas principales en que uno puede mostrar que ama mucho al superior, es en descubrirle todo su pecho y todos sus secretos grandes y pequeños; porque cuando el amor de dos llega á tanto, que no hay entre ellos cosa encubierta, es muy grande y muy estrecha amistad. Y así dijo Cristo nuestro Redentor á sus discípulos: "A vosotros os he llamado amigos, porque os he descubierto y manifestado todo lo que oí de mi Padre (2): A los otros hábloles yo en parábolas; pero á vosotros como á amigos, dígoos claramente los misterios del reino de los cielos (3)." Pues cuando el superior ve que uno le descubre todo su pecho y que no se le queda allá nada, entonces entiende que le ama verdaderamente, y que le tiene por padre en lugar de Dios, pues fia de él toda su alma y honra, y lo pone todo en sus manos; y eso le roba el corazon y le obliga á amarle mas y á mirar mas por él. Pero si el superior ve que no se acaba de declarar, sino que antes anda con él con recato y por rodeos, y que le habla en parábolas para que no entienda la cosa como es (4), eso es causa bastante para que no haga buen concepto de él, y le tenga menos amor, porque ve que el otro no le ama á

(1) Quoniam ipse prior dilexit nos. *I. Joann.* IV, 10.

(2) Vos autem dixi amicos; quia omnia quaecumque audivi a patre meo, nota feci vobis. *Joann.* XV, 15.

(3) Vobis datum est nosse mysterium regni Dei; caeteris autem in parabolis. *Luc.* VIII, 10.

(4) Ut audiendo non intelligat. *Luc.* VIII, 10.

él, ni le estima, ni le tiene por Padre, pues no se fia de él, ni se atreve á descubrírsele; eso naturalmente causa desamor; ¿cómo quereis que os ame el superior como á hijo, si vos no le amais á él como á padre? amadle vos como á padre, fiándoos de él y tratando con claridad y llaneza con él, y él os amará como á hijo. Lo mismo diremos despues (1) de los superiores con los súbditos, que cuando el superior habla con claridad al súbdito cualquiera cosa que sea, y le dice: «mirad que teneis esta y esta falta, en esto se repara, esto se murmura de vos, procurad enmendaros de ello;» entonces le ama, porque este es trato de verdadero amor; pero cuando el superior anda con el súbdito con rodeos, y no le acaba de decir las faltas que tiene, ni en lo que querria que se enmendase, sino que le muestra una cosa de fuera y tiene otra dentro, ese no es trato de verdadero amor, sino trato doblado y fingido. Y asi digo que cuando se procediere con esta claridad y llaneza de entrambas partes, entonces habrá verdadero amor de los superiores á los inferiores, y de los inferiores á los superiores, y verdadera union de corazones, y andaremos bien; y cuando no, todo será cumplimiento y ficcion. De manera, que por descubrirse y declararse uno al superior, no pierde amor, sino antes le gana mayor.

De aqui se sigue lo segundo, que tampoco perderá uno por eso el buen nombre y estima que tenia de él el superior, porque donde hay amor, siempre hay estima, y la voluntad no ama sino lo que el entendimiento le representa por bueno y por digno de ser amado. Y ási, estas dos cosas, amor y estima, ordinariamente andan juntas; pero fuera de esto, descendiendo mas en particular, cuanto á lo primero, claro está que por tener uno tentaciones, por malas y feas que sean, no pierde nada, porque eso antes es propio de los que sirven á Dios y tratan de espíritu, que esotros muchas veces no saben qué cosa es tentacion, ni las echan de ver, ni el demonio ha menester gastar tiempo con ellos, porque de su voluntad, sin nada de eso, le siguen. Contra los que se recogen á servir á Dios y tratan de virtud y perfeccion suele ser la guerra de las tentaciones; conforme á aquello del Sábio: "Hijo, acercándote á servir á Dios, prepara tu alma para la tentacion (1)."

A algunos se les suele poner delante que su tentacion es muy vergonzosa, y les parece que es aquella una cosa muy particular y muy estraordinaria y que nadie debe de haber tenido cosa semejante; y asi no se atreven á declarar, temiendo que se le hará aquello muy nuevo al superior. Pero esta es tentacion propia de novicios, que como no tienen esperiencia, ni saben de tentaciones, piensan que es cosa nueva la que es muy vieja y comun. Tened por cierto que no direis cosa al superior ó confesor que se le haga nueva, por estraordinaria que os parezca; otros muchos habrá encontrado con esa tentacion, y por él mismo por ventura habrá pasado. "Nada hay nuevo debajo del sol," dice el Sábio(2): todas son cosas viejas, no se os hagan á vos nuevas.

Mas: tampoco perderá uno con el superior, por descubrirle sus faltas é imperfecciones, que es lo que se suele hacer mas dificultoso. La razon es porque de hombres es caer, que al fin somos de barro, que se quiebra fácilmente, y por sí mismo conoce

(1) Trat. 8, cap. 1.

(1) Fili, accedens ad servitutem Dei, praepara animam tuam ad tentationem. *Eccl.* II, 1.

(2) Nihil sub sole novum. *Eccl.* I, 10.

el superior la flaqueza del súbdito, porque todos somos de una misma masa; y así no se espanta cuando le descubre sus faltas é imperfecciones. Gerson, persuadiendo á las personas de poca edad que no dejen de confesar nada por vergüenza, que suele ser falta muy ordinaria en semejantes, dice (1): «¿pensarás que te querré ó tendré en menos por saber tus pecados y flaquezas? engáñaste, que antes entonces te amaré como á hijo muy querido, y como á quien fió de mí y me descubrió lo que á su propio padre no se atrevicra á descubrir. Sabe Dios, dice, la aficion y ternura que siento con el que me descubre sus miserias; y cuanto mas bajas y vergonzosas son, tanto mas se me enternecen las entrañas y el corazon para con él.» Aquella humildad y llaneza con que uno declara su culpa; aquel deseo que muestra de su aprovechamiento y de ser curado y remediado, naturalmente mueve y hace que el superior le quiera meter en las entrañas y darle su corazon. Aun cuando viene á nosotros un estraño, y nos descubre sus trabajos y miserias, le cobramos un amor y un deseo grande de ayudarle, y le procuramos consolar y animar; ¿qué será á un hijo? É importa mucho que todos entiendan y se persuadan esta verdad, que en descubrir sus imperfecciones y flaquezas á su Padre espiritual, no perderán, sino antes ganarán mayor amor y estima, para que nadie deje una cosa de tanta importancia como esta por las representaciones contrarias del demonio, falsas y mentirosas.

Para mayor confirmacion de esto se ha de advertir aquí que el hacer el mal, y la voluntad y propósito de hacerle, es cosa vergonzosa ó indigna de parecer delante de Dios y delante de los hombres; pero aborrecer lo mal hecho, el arrepentirse y confundirse de ello, el llorar y confesar uno sus yerros y pecados, no es cosa vergonzosa, sino muy honrosa delante de Dios, y así lo ha de ser tambien delante de los hombres que están en lugar de Dios. Tratan allá los teólogos una cuestion: si el dia del juicio han de salir á plaza tambien los pecados que hicieron los Santos y bienaventurados. Opiniones hay en ello; pero una cosa podemos decir en esto de cierto, que hace á nuestro propósito, y es, que si salieren en público, no será en confusion y en vergüenza de los que los hicieron, sino en honra y alabanza suya; porque saldrá juntamente con ellos tal penitencia y satisfaccion, que no queden confundidos ni avergonzados, sino mas honrados y estimados: lo cual sabe Dios muy bien hacer, y vemos que lo hace ahora con muchos Santos, porque cada dia salen á plaza y se publican los pecados de la Magdalena, y el dia de su fiesta se cantan en el Evangelio con grande honra y estima suya y para grande honra y gloria de Dios, que aun de los pecados sabe sacar tanto bien (1). Y lo mismo vemos en los pecados de los Apóstoles San Pedro, San Pablo, San Mateo y del Profeta David. De manera, que por aquellos pecados, á los cuales se siguió tal penitencia y satisfaccion, no pierden honra ni estimacion, sino antes la ganan. Suelen traer una comparacion buena para declarar esto: hace uno una ropa nueva de damasco, salió muy bien hecha y parecia muy bien; asióse no sé dónde y rasgóse, ya parece que queda perdida; hecha en aquel rasgado un ribete, ó unos pasamanos de oro, ó un bordado muy rico, y con aquello queda la ropa mas graciosa y vistosa que antes, y no parece sino que se

(1) Gers. *tract. de parvulis trahendis ad Christum* part. 2.

(1) Qui sugit mel de petra, oleumque de saxo durissimo. *Deut.* XXXII, 13.

hizo de propósito aquel rasgado para hermosearla mas. De esa manera saldrán en público, si hubieren de manifestarse, los pecados de los Santos y bienaventurados el dia del juicio final, que no les causarán confusion ni vergüenza, sino antes gloria y honra por haber salido de ellos como salieron. Pusieron ribete de oro y bordadura rica en el rasgado, con que quedaron mas honrados y hermoseados. Pues de esa manera es acá cuando uno descubre al confesor ó superior sus flaquezas y miserias con confusion y arrepentimiento y con verdadero deseo de ser curado y remediado; no solamente no pierde con él, sino antes gana mas honra y mas estimacion y amor. Dice el Sábio: "Hay una confusion que trae consigo pecado y otra que trae consigo gracia y gloria (1)." Aquella confusion y vergüenza con que manifiesta uno sus culpas, esa trae consigo gran honra y gloria; pero la confusion y vergüenza que hace á uno encubrir sus culpas, trae consigo pecado.

Cúentase de nuestro bienaventurado Padre San Ignacio (2), que para ganar á un sacerdote religioso, de vida muy disoluta y profana y muy contrario suyo, habiendo tentado otros medios para ganarle y no aprovechando, tomó por medio irse á confesar con él; y despues de haber dicho las culpas cotidianas, dijo que tambien se queria acusar de algunos pecados de la vida pasada que mas le remordian, y comenzó á confesar las flaquezas de su mocedad y las ignorancias de su vida pasada con tan gran dolor y sentimiento, y con tantas lágrimas, que el confesor vino á trocarse de tal manera con aquello que comenzó á amar y reverenciar al que primero aborrecia y á tomarle por maestro y guia suya; y asi hizo los ejercicios espirituales, dándoselos nuestro Padre, é hizo una gran mudanza de su vida con notable edificacion de los que antes le conocian. Por donde se verá cuán lejos está uno de perder con esto honra y reputacion; porque por lo que uno cobrá mejor figura en los ojos de Dios y gana mas cerca de él, no ha de perder, sino ganar tambien en los ojos de los hombres, que son ministros de Dios y han de imitar su condicion. De lo cual infiero una verdad muy esperimentada y muy digna de ser considerada, y es, que cuando uno anda cerrado y encubierto y no se acaba de declarar, es señal que no se quiere enmendar ni trata de eso, sino que se está todavía en sus faltas y que no quiere salir de ellas; porque si tuviese verdadero dolor y arrepentimiento de sus culpas y firme propósito de ser de ahí adelante el que debe, bien vé que no perderia con el superior en declararle su culpa, juntamente con ese arrepentimiento y propósito, sino que antes ganaria; y asi es esta una cosa por la cual pierden mucho los que no se acaban de declarar, porque dan á entender que no están enmendados, ni tratan de eso.

(1) Est enim confusio adducens peccatum, et est confusio adducens gloriam, et gratiam. *Eccles.* IV, 25.
(2) Lib. 5, c. 10 *de la vida de N. P. S. Ignacio.*

## CAPITULO VIII.

### Respóndese por otra via á la dificultad pasada.

Por otra via pudiéramos tambien responder á esta dificultad; y es, que si nosotros fuésemos muy humildes, ó deseásemos y tratásemos de veras serlo, nos habíamos de holgar que el superior nos conociese y tuviese en lo que somos; y por eso solo habíamos de manifestarle todas nuestras malas inclinaciones y defectos; porque no es razon que quiera yo ser tenido por otro de lo que soy. La verdadera humildad, no solo hace que uno se conozca á sí y se ten-

ga en poco, sino que se huelgue que los otros tambien le conozcan y tengan en poco. Para otros fines está ordenada en la Religion esta claridad y cuenta de la conciencia, como habemos dicho en el capítulo primero. Mas aunque no hubiera en ello otro bien sino este, ese nos habia de bastar, si nosotros tuviésemos verdadero deseo de la humildad, porque este es muy grande ejercicio de ella; pero si falta esta humildad, si desea uno ser tenido y estimado, si desea oficios y puestos altos y honrosos, no me espanto que se le ponga delante un vano temor que suele espantar, ó por mejor decir, engañar á semejantes personas: «si mis faltas llegan á noticia del superior, nunca medraré ni alzaré cabeza, sino siempre andaré arrinconado y olvidado.» Los Santos y siervos de Dios, vemos que fingian faltas y aun pecados para que no echasen mano de ellos y los levantasen á dignidades y puestos honrosos, sino que les dejasen en su rincon. Pero el que por el contrario procurase encubrir las verdaderas faltas que tiene, para que le estimen y levanten y tengan en mas de lo que es, muestras dá de estar muy lejos de la virtud.

Y débese advertir aquí un punto muy principal que tocamos tambien en otra parte (1); y es, que una de las cosas principales en que ha de ejercitar y mostrar el religioso la humildad y mortificacion y las demas virtudes, ha de ser en aquello que es menester para guardar muy bien sus reglas, porque en eso consiste nuestro aprovechamiento y perfeccion; y si no tiene virtud para ejercitar y poner por obra las cosas de humildad y mortificacion á que le obliga su regla é instituto, haga cuenta que no tiene nada. Porque ¿de qué sirve la virtud y la mortificacion, si cuando se le pone delante una vergüenza natural, ó que perderá un poco de estima, atropella con una regla tan principal como esta? Si hubiese verdadera humildad y conocimiento y dolor de la culpa, esa vergüenza y confusion que recibe uno en declararla, habia de tomar de buena gana en recompensa y satisfaccion de ella, y por solo eso habia de acudir al superior, como hizo el emperador Teodosio, que es ejemplo muy digno de ser imitado. Cuando Rufino le dijo que no fuese á la iglesia porque estaba San Ambrosio muy puesto en no dejarle entrar en ella, dice el emperador con mucha cristiandad y humildad: «Yo quiero ir á la iglesia y oir allí del obispo lo que merezco.» Pues asi habeis de decir vos: «quiero ir á mi superior, quiero ir á mi confesor y oir de él lo que merezco; conózcame y téngame por quien soy y reciba el Señor esta vergüenza y afrenta en satisfaccion y recompensa de mis pecados.» Esa es buena humildad y confusion y buena señal de arrepentimiento, y que no sienta uno por ventura mas el descubrirse á un hombre que el haber ofendido á Dios. Muy lejos está esto de la verdadera humildad; si no dando nosotros ocasion para ello, habiamos de desear pasar injurias y falsos testimonios, y ser tenidos por locos, como dice nuestra Regla, ¿cuánto mas lo habiamos de desear, haciendo un acto de virtud y de obediencia y Religion, y guardando una regla tan importante como esta?

Pero porque no parezca que lo queremos llevar todo por la via del espíritu solamente para allanar y facilitar mas este negocio, tomamos ese otro camino que digimos en el capítulo pasado, que es tambien bueno y verdadero: mostrando que no solo pierde uno con el superior, descubriéndose y manifestándose, sino antes gana con él honra y estimacion y mas amor; y no se declarando, pierde todo eso con él. A lo cual añado

(1) Part. II, trat. 3, cap. 25.

otra cosa, que se sigue de ahí, que cuando hay esta claridad, entonces el superior se fia mucho del tal, y con razon, porque conoce y entiende lo que hay en él, y está satisfecho que con lo que hubiere acudirá á él; pero cuando uno no se declara del todo, lo cual fácilmente se deja entender, entonces no se puede el superior fiar de él, porque no le conoce, ni sabe lo que hay en él; y asi por fuerza ha de andar con recato, mirándole á las manos y trayéndolo siempre entre ojos.

Y débese notar mucho esto, porque es una de las principales raices, de donde suelen nacer muchos disgustos y amarguras en los súbditos, las cuales se atajarian y cesarian, si anduviese uno con claridad con el superior. Esperiencia tenemos muy comun que con este trato y comunicacion se desenconan cosas y se deshacen aprensiones é imaginaciones que los superiores tenian de los inferiores, y los inferiores tambien algunas veces de los superiores. Suelen ser estas sospechas y temores, como las fantasmas de noche, que asombran y espantan de lejos, y si os llegais á tocarlas, hallareis que era una rama de un árbol lo que os parecia cosa del otro mundo.

Asi acontece en estas cosas, que lo que os asombraba y espantaba y parecia que era algo, tocándolo, tratándolo y comunicándolo se deshace, y hallareis que es nada. Dijo muy bien Séneca, tratando del ánimo y fortaleza con que habemos de acometer las cosas: «Algunas cosas hay que el dejarlas de acometer no es por ser ellas en sí difíciles; sino porque nosotros no nos atrevemos á acometerlas, por eso se nos hacen difíciles (1);» que si nos pusiésemos á ello y nos animásemos á acometerlas, veriamos que no tienen tanta dificultad como se nos representa. Y trae á este propósito la comparacion que habemos dicho de las fantasmas, y lo que dijo el otro: «Eran las formas al parecer terribles (1).» Y nota que no dijo que las cosas eran terribles, sino que parecian terribles; pero llegad y tocad y vereis que todo es nada: asi es en lo que vamos diciendo.

(1) Non quia difficilia sunt, non audemus; sed quia non audemus, dificilia sunt. *Seneca.*

## CAPITULO IX.

Que debemos mucho á Dios por habernos hecho tan fácil y tan suave en la Compañía el dar cuenta de la conciencia, y de las causas de esta facilidad y suavidad.

Mucho debemos al Señor por la merced y beneficio tan singular que hace á la Compañía, en que haya en ella esta claridad con los superiores y que se use con tanta suavidad y alegría, porque de suyo es mas difícil que las penitencias y mortificaciones esteriores. Entenderáse bien la dificultad que esto tiene de suyo, por la que hay en el precepto de la confesion sacramental, en el cual suelen sentir comunmente los fieles mas dificultad que en los demás mandamientos; y para allanarla fué menester que hubiese tambien precepto divino del sigilo y secreto tan estrecho de la confesion: y con todo eso se les hace á algunos tan dificultoso, que por no declararse, escogen antes infierno, comenzado en esta vida con los remordimientos, congojas y sobresaltos que traen, y en la otra consumado para siempre. Pues aun mas que eso haceis vos cuando descubris todo vuestro pecho al superior, porque le descubris y declarais, no solo los pecados y lo que es materia de con-

(1) Terribiles visu formae.

fesion, sino lo que no es pecado ni materia de ella. Y muchas veces suele uno sentir mas repugnancia en decir una bajeza y poquedad suya, que tuviera en decir otros pecados mayores: y todo eso lo decís aun fuera de confesion, que es mas. Pues que una cosa de suyo tan dificultosa, y por otra parte tan provechosa, nos la haya hecho el Señor tan fácil y tan suave, mucho se debe estimar y darle infinitas gracias por ello.

Pero veamos qué es la causa de que haya tanta facilidad y suavidad en esto en la Compañía. Lo primero y principal es la gracia de la Religion, porque Dios ayuda particularmente á cada Religion con los medios proporcionados á su aprovechamiento, conforme al fin ó instituto que profesa; y eso es lo que llamamos gracia de la Religion. Y como para el fin que profesa la Compañía, que es estar espuestos para discurrir por todas las partes del mundo, para ayudar á las almas y tratar con todo género de gentes, es medio tan importante y necesario que el superior nos conozca de pies á cabeza, y de dentro y fuera, por las razones que quedan dichas (1); de ahí es que Dios nos dá particular favor y ayuda para esto.

Lo segundo, que hace esto fácil y suave, es el buen acogimiento de los superiores, las entrañas de padre que los súbditos hallan en ellos; la blandura y amor con que los reciben, que no parece que están allí para otra cosa sino para oiros y consolaros á vos. Esta es una cosa de mucha importancia, y es menester que los súbditos se persuadan que hallarán esta buena acogida en los superiores, para que todos acudan á ellos con confianza y no dejen de hacer una cosa tan importante como esta, por temerse de los superiores y por tenerles por austeros. Y ayudará á persuadirse esto, que á los mismos superiores les importa mucho hacer esta buena acogida á los súbditos, porque ese es su oficio; y si no hiciesen esto, faltarian á lo que deben.

El bienaventurado San Bernardo, sobre aquellas palabras de los Cantares: "Alegrarémonos y regocijarémonos en tí, acordándonos de tus pechos y de tus entrañas, mas dulces y mas sabrosas que el vino (1):" dá muy bien este recuerdo á superiores. Dice San Bernardo: «Oigan esto los prelados y superiores que tratan mas de ser temidos de los súbditos que del provecho de ellos. Aprendan los superiores á ser madres y no á ser señores; procuren mas ser amados que temidos, y muestren siempre á los súbditos entrañas de madre y pechos cargados de leche, y no pechos hinchados de mando y autoridad (2).» Y trae á este propósito aquello de San Pablo: "Hermanos, y si cogiéredes á algun hombre en algun delito, vosotros que sois espirituales, corregidlo con espíritu de blandura, consideraos á vosotros mismos si fuerais tambien tentados (3)." Y aquello del profeta Ezequiel: "El impío morirá en su iniquidad, mas de su vida te haré á tí cargo (4)." «¡Ay! dice, de los superiores que no hacen buena acogida á sus súbditos, cuando acuden á ellos en sus tentaciones y flaquezas. Ay de ellos, si

(1) Trat. 1, cap. 7.

(1) Exultabimus, et laetabimur in te memores uberum tuorum super vinum. *Cant.* I, 3.

(2) Audiant hoc praelati, qui sibi commissis semper volunt esse formidini, utilitati raro.—Erudimini, qui judicatis terram; discite subditorum matres vos esse debere, non dominos. Studete magis amari, quam metui: et si interdum severitate opus est, paterna sit, non tyrannica. Matres fovendo, patres vos corripiendo exhibeatis; mansuescite, ponite feritatem, suspendite verbera, producite ubera, pectora lacte pinguescant, non typo turgeant. *Bern. serm. sup. Cant.*

(3) Fratres, et si praeoccupatus fuerit homo in aliquo delicto, vos qui spirituales estis, hujusmodi instruite in spiritu lenitatis, considerans te ipsum, ne et tu tenteris. *Ad Galat.* VI, 1.

(4) Ipse impius in iniquitate sua morietur; sanguinem autem ejus de manu tua requiram. *Ezech.* III, 18.

los envian exasperados, y no les muestran entrañas paternales; porque si por eso muriere ó empeorare el súbdito, como suele acontecer, Dios se lo demandará al superior.» De manera, que aunque no fuese por vos, sino por lo que á él toca, el superior ha de procurar hacer bien su oficio para que vos hagais bien el vuestro.

Lo tercero, que hace fácil y suave esto en la Compañía, es el ejemplo y uso tan frecuente y comun que de ello hay y vemos cada dia en nuestros hermanos. Y asi podemos decir en esto lo que dice San Agustin (1) que le aconteció á él cuando se queria convertir á nuestra Religion cristiana y se le hacia dificultosa la guarda de la castidad, y no se osaba determinar: dice que se le puso delante la continencia á manera de una dueña muy honrada, y enseñándole muchos niños y niñas que traia debajo de un gran manto, y otra mucha gente de diversos estados y edades, todos muy castos y honestos, y sonriéndose, como quien hacia burla de él, le decia: «¿Tú no podrás lo que estos y estas pueden? ¿O piensas que lo que estos y estas pueden lo pueden por sus fuerzas y no por las de su Dios?» Y con esto quedó el Santo muy animado. Asi podeis vos decir cuando el demonio os representare en esto dificultad; ¿pues cómo? ¿no podrás tú lo que pueden todos? ¿No harás tú lo que hace el otro, que es mas antiguo y mas letrado, y mas prudente y avisado que tú? Esto allana tanto este negocio, que no solamente lo facilita, pero aun hace que sintamos dificultad en no hacerlo, pareciéndonos que será nota y desedificacion dejar de hacer lo que todos hacen. Y asi todos habemos de procurar que vaya adelante este uso y buena costumbre, para que el ejemplo de los unos anime á los otros, y los mas antiguos y letrados tienen mas obligacion á sustentar esta y otras cosas semejantes con su ejemplo y con sus pláticas y conversaciones; con las cuales, asi como pueden hacer mucho bien, pueden tambien hacer mucho mal; porque los demas les están mirando á las obras y á las palabras, y estiman y siguen lo que á ellos les ven seguir y estimar. Añádese á esto que le importa á cada uno usar y ejercitar esto, porque con eso se le hará fácil; y si lo deja de usar, dentro de pocos dias se le hará muy dificil, como acontece en los demas ejercicios de humildad y mortificacion, y lo vemos tambien en la confesion, que á los que se confiesan de año á año se les hace muy dificultosa, y á los que se confiesan á menudo, fácil y suave.

Lo cuarto, ayuda tambien á esto saber que lo que se dice al superior ó al prefecto de las cosas espirituales, cuando uno dá cuenta de su conciencia, no se le dice como á juez, sino como á padre, para que le consuele y le dé consejo y remedio; y asi, por lo que en este fuero se dice, no puede uno ser castigado, aunque el caso de suyo lo mereciese, como ni por lo que se dice en la confesion; porque son esos distintos fueros y no se ha de traer á consecuencia el uno para el otro.

Lo quinto, que facilita mucho esta claridad de conciencia y con que se confirma mas lo pasado, es una cosa que advierten las mismas constituciones; y es, que el superior os guardará todo secreto. De manera, que podeis estar seguro que lo que dijéredes dando cuenta de la conciencia se quedará en el pecho del superior, y no se sabrá, ni descubrirá á nadie, ni os vendrá por ello daño ni deshonor ninguno. Esto, fuera de que el secreto natural obliga de suyo á pecado, y á pecado mortal, nuestro Padre general Claudio Aquaviva lo ha apo-

(1) Aug. *lib. 3 Confess., cap. 11.*

yado con graves y severas ordenaciones, y añadiendo penas y castigos á los que en esto se descuidasen, hasta ser depuestos del el oficio; y quiere que los súbditos, no solo tengan noticia de este órden suyo, sino que tambien sepan que, faltando los superiores en la ejecucion y observancia de él, serán castigados (1). Asi como para que los hombres no se retirasen de la confesion sacramental, fué necesario poner tambien á los sacerdotes precepto estrecho del sigilo y secreto de ella; asi tambien, para que nadie tenga ocasion de retirarse de dar cuenta de la conciencia, juzgó nuestro Padre ser necesario apretar tanto en el secreto de ella, para que no se resfrie y menoscabe una cosa de tanta importancia, que no sé, dice, si podria haber cosa mas perniciosa al buen gobierno de la Compañía, la cual desea encaminar los suyos á la perfeccion mas por via de cultura interna y de direccion espiritual que por todas las otras leyes y penitencias exteriores: de donde entenderán bien los superiores el daño grande que harian á la Religion, si se descuidasen en el secreto de estas cosas.

## CAPITULO X.

Del modo que habemos de tener en dar cuenta de la conciencia.

"Derramad vuestro corazon como agua delante del Señor (2)." Con esta comparacion del Profeta Jeremías se nos declara bien cómo habemos de manifestar y declarar nuestro corazon al que está en lugar de Dios cuando damos cuenta de la conciencia; ha de ser como quien derrama un vaso de agua: cuando se derrama un vaso de aceite ó de miel, quédase algo pegado en el vaso; y si es de vino ó de vinagre, queda á lo menos el olor: pero cuando se derrama un vaso de agua, no queda nada pegado, ni queda olor, ni sabor, ni rastro alguno de lo que tuvo, sino como si nunca hubiera tenido nada. Pues de esa manera habeis de derramar y declarar vuestro corazon delante del superior, cuando dais cuenta de vuestra conciencia, que no se quede allá nada pegado, ni quede olor, ni sabor, ni rastro alguno.

Por ser esta una cosa de tanta importancia y un medio tan principal y eficaz para el aprovechamiento espiritual de nuestras almas, quiso nuestro Padre que, fuera de las veces que esto se hace entre año, se hiciese mas particularmente de seis en seis meses, de todo aquel tiempo, y que preceda siempre esto á la renovacion de los votos. Asi se ha usado siempre en la Compañía; y despues de la cuarta Congregacion general, se puso en las reglas comunes (1). Asi como fuera de las confesiones ordinarias, que hacemos á menudo, quiere que entonces se haga una confesion general de todo aquel tiempo; asi quiere que fuera de la cuenta ordinaria, que se dá á menudo, se dé entonces una cuenta general de todo aquel tiempo. No le pareció que podia poner medio mas á propósito para la renovacion espiritual interior de cada uno; y asi nuestro Padre general Claudio Aquaviva, en la instruccion de los visitadores, encomendándoles mucho el uso de este medio, dice: «Si este medio de dar cuenta de la conciencia, se hace de parte de los súbditos como conviene, y de parte de los superiores se toma como se debe, sin duda será de gran momento para la renovacion

(1) Claudius Aquaviva, *instruct. de paterna exigenda ratione conscientiae a subditis, et secreti fide servanda.*

(2) Effunde sicut aquam cor tuum ante conspectum Domini. *Thren.* II, 19.

(1) Reg. 4 *communium.*

del espíritu, y para que vaya en aumento la virtud y perfeccion en la Compañía (1).» Y concuerdan con esto unas palabras muy graves que dice San Basilio: «El que quisiere, dice (2), alcanzar alguna perfeccion señalada y notable, ha de procurar que no pase movimiento por su alma de que no dé cuenta al superior. Asi como en el agua clara se ven las piedrecitas y arenillas muy menudas, que están allá en lo hondo, asi el súbdito ha de andar tan claro y transparente con el superior, que vea todas las moticas é imperfecciones de su alma; porque de esa manera, lo que fuere bueno, se confirmará, y lo que no fuere tal, se remediará: y asi poco á poco, yendo quitando lo malo, y plantando y arraigando lo bueno, vendrá á alcanzar la perfeccion.»

Para que podamos hacer esto mejor y con mas facilidad, tenemos en la Compañía una instruccion muy buena: acerca de la cual solo quiero advertir que, de dos partes principales que tiene, la primera, que es el proemio ó cabeza, es la mas principal; porque en ella se pone toda la sustancia de la regla cuarenta del sumario de las Constituciones, que trata del dar cuenta de la conciencia, y declara cómo se ha de hacer eso. Despues de haber dicho que cada uno piense cuánta estima hace nuestro Padre de esto en las Constituciones, dice: «Por tanto, cada uno, con gran puridad, en confesion ó en secreto, como mas le pluguiere y le consolare, manifieste enteramente toda su ánima, sin celar cosa alguna, en que haya ofendido al Señor de todos, despues de la última cuenta que dió de su conciencia; ó á lo menos descubra los defectos que mas agravan su alma desde aquel tiempo.» Pues digo que aqui está lo mas principal de este negocio; el que dejase lo que se dice en este proemio, no daria bien ni entera cuenta de su conciencia, aunque fuese discurriendo por toda la segunda parte, que tiene catorce puntos particulares.

Y para que se vea esto claramente, no será menester discurrir por los demas puntos, sino solo poner ejemplo en uno de los mas principales de ellos; y sea el tercero, que es dar cuenta de sus tentaciones, pasiones y malas inclinaciones. Esta es una de las cosas principales de que uno ha de dar cuenta: qué tentaciones tiene; si son molestas é importunas; de la facilidad ó dificultad, y modo que tiene en resistirlas. Y lo mismo de las pasiones y malas inclinaciones. No dice mas esta pregunta, ni en toda la segunda parte de esta instruccion se dice mas acerca de esto. Pues pregunto yo: ¿bastará para dar uno buena y clara cuenta de su conciencia á su Padre espiritual, para que conozca el estado de su alma cuanto á este punto, decirle todas sus tentaciones y todas sus malas inclinaciones? Digo que no, sino es menester decir tambien las caidas, si por ventura las hay; porque una cosa es decir «soy inclinado á soberbia:» y otra decir «soy tan inclinado á soberbia que he deseado ó he hecho tal cosa por ser tenido y estimado, y me sentí mucho de que me mandasen esto y esto, y puse tal escusa por no lo hacer; y no era sino porque no tuve virtud, ni humildad para eso, que en lo demas bien pudiera.» Una cosa es decir: «soy colérico é impaciente»; y otra decir: «soy tan impaciente y tan colérico que he llegado á descomponer-

(1) Si sicut oportet a subditis reddatur, atque a superioribus accipiatur, magnum proculdubio momentum habebit ad spiritus renovationem, et augmentum.

(2) Debet unusquisque eorum, qui inferiores sunt (siquidem memorabilem ullam facere progressionem studet, et ad perfectionem pervenire), nullum animi sui motum apud se ipsum celatum retinere: hoc enim modo fiet, ut et quod laude dignum sit, in nobis confirmetur, et quod minus probandum, congruo remedio sanetur; atque ex hujusmodi mutua exercendi inter nos consuetudine, per modicas accessiones ad perfectionem perveniamus, *Basilius in quaestionibus fusius disputatis, respons.* 26.

me y á hacer ó decir tal cosa de desedificacion. Una cosa es decir «tengo tentaciones deshonestas,» y otra decir «he tenido tanta flaqueza en esto, que me he detenido ó deleitado etc.» Claro está que otro juicio diferente se forma del que ha caido en la tentacion que del que la ha tenido y la ha resistido con fortaleza y valor; y otro remedio y otra cura es menester para el uno que para el otro. Es como la calentura en un sugeto recio y fuerte, ó en un sugeto flaco, que le importa mucho al médico el conocer esto, y al enfermo tambien le va mucho en que el médico lo conozca; porque de otra manera se ha de curar la calentura en el flaco que en el fuerte. Asi le importa mucho al médico espiritual, y á vos tambien, que él entienda vuestra fortaleza ó vuestra flaqueza, para saber cómo os ha de curar y el remedio que os ha de aplicar; y asi no basta que le digais vuestras tentaciones y malas inclinaciones, si no le decís tambien vuestras caidas, si las hay; porque por ahí se conoce cuánta sea vuestra flaqueza ó vuestra virtud y fortaleza. Y por esto la regla cuarenta y una del Sumario, que trata tambien de esto, dice que ha de manifestar uno al superior, no solamente las tentaciones, sino tambien los defectos.

Pues esto se declara en el proemio de esta instruccion, donde se dice espresamente que ha de declarar uno toda su ánima al superior, sin celar cosa alguna en que haya ofendido á la divina Magestad, ó á lo menos descubriendo los defectos que mas agravan su alma, y no se dice ni se declara esto mas en los catorce puntos siguientes. Y asi, si uno no guardase esto, seria hacer ceremonia y cumplimiento de una cosa tan principal y que tanto estima la Religion; y á todos generalmente puede aprovechar esta doctrina, para que sepan cómo han de dar cuenta de su alma á sus padres espirituales.

Para proceder en esto con mas claridad, no se ha de contentar uno con decir sus faltas en general, sino las ha de decir en particular, porque de esa manera dá clara noticia de sí, y de esotra no; el cual es muy buen aviso para la confesion. No os habeis de contentar en la confesion con decir en general: «héme dejado llevar de pensamientos malos;» sino habeis de decir hasta dónde os han llevado; y aunque las cosas no sean mas que veniales, y los pecados veniales no sean materia necesaria de confesion, con todo eso, ya que los confesamos, como es razon confesarlos, no habemos de decir las cosas por generalidades, que encubren mucho la culpa, sino háse de decir lo particular que declara mas la gravedad de la culpa. Porque claro está que no declara uno bien su culpa diciendo que dijo palabras mortificativas, impacientes ó de murmuracion, cuando la palabra fué tal que pareciera mayor la culpa diciéndola que diciendo esta generalidad; y si uno ha faltado en la obediencia con particular desedificacion, no se ha de contentar con decir: «Acúsome que he faltado en la obediencia;» sino ha de especificar aquella cosa ó aquel modo particular que declara mas su culpa y hace formar otro concepto de ella. De la misma manera digo en el dar cuenta de la conciencia: no ha de ser con generalidades y rodeos, sino con mucha sinceridad, puridad y claridad, sin que quede rinconcillo encubierto, ni bolsillo por desplegar, conforme á aquello que dice el Apóstol San Pablo de la Iglesia: «que hizo Cristo gloriosa á la Iglesia, sin mancha, ni ruga ó cosa de esto, para que fuese santa é inmaculada (1).» En las arrugas se suele esconder la suciedad y la

(1) Ut exhiberet ipsi sibi gloriosam Ecclesiam, non habentem maculam, aut rugam, aut aliquid hujusmodi sed ut sit sancta, et immaculata. *Ad Ephes.* V, 27

mugre, y asi no ha de haber en nuestra alma arruga ni doblez alguno, sino todo llano y liso.

Quiere nuestro Padre (1) que dé uno tan clara y enteramente cuenta de su conciencia, cuando entra en la Religion, que no solo declare las malas inclinaciones que tiene de presente y á qué vicios y pecados es ahora mas inclinado, sino que tambien las malas inclinaciones que ha tenido, y qué vicios y pecados le han molestado y hecho mas guerra en su vida pasada. Porque asi como al médico le ayuda mucho que el enfermo le diga no solo la enfermedad que siente de presente, sino las antiguas que ha tenido, porque pueda conjeturar si le viene de alli tal accidente y darle de tal manera el remedio para esto que no reverdezca lo otro, asi es el espíritu: si quereis dar clara y entera noticia de vuestra alma al médico espiritual, no solo le habeis de decir vuestros malos hábitos é inclinaciones presentes, sino tambien las pasadas; porque de alli se colige muchas veces la causa y raiz de la presente enfermedad. Y por esto suelen dar por consejo, al que quiere hacer confesion general, que la haga con el confesor con quien de ahí adelante se piensa confesar de ordinario, para que tenga mas noticia de su alma, y asi le pueda mejor ayudar. Muchas veces las tentaciones y movimientos malos que tiene uno al presente, suelen ser rastros y reliquias de las enfermedades antiguas, y pena y castigo de la mala vida pasada: y asi, por muy recogido que ahora ande y por muy encerrado que esté, padecerá contra su voluntad lo que no querria, en pena y castigo de la libertad y mala costumbre pasada: y asi no hay que espantarse, sino tener paciencia y humildad, y procurar sacar de eso dolor y confusion, no solo de lo presente, sino tambien de lo pasado, y de esa manera no dañará.

Ultimamente se ha de notar aqui que el dar cuenta de la conciencia y el confesarse generalmente son cosas distintas en la Compañía, como consta de diferentes reglas que de ello tenemos, y porque el fin y la materia de ellas es diversa. Mas tambien es cosa cierta que puede cada uno dar cuenta de su conciencia, ó en confesion, ó fuera de confesion, como mas le pluguiere ó se consolare en su ánima, porque asi lo dicen espresamente las Constituciones (1). Pero hase de advertir una cosa que advierte nuestro Padre general Claudio Aquaviva en la instruccion que dió á los visitadores, donde dice: «Asi como no habemos de obligar á nadie en la Compañía á dar cuenta de la conciencia fuera de confesion, pues la Constitucion da licencia á cada uno para que lo pueda hacer en confesion; asi son de loar los que dejadas algunas cosas, que son propiamente para la confesion, en lo demas dan esta cuenta de la conciencia fuera de confesion, manifestando toda su alma, para que los superiores mas libremente, y sin respeto alguno de la confesion, puedan usar de aquella noticia para enderezarlos y gobernarlos mejor en el camino de la perfeccion.» Y por ser esta una cosa tan grave, me pareció poner aqui las mismas palabras formales suyas, que son las siguientes: Despues de haber puesto la diferencia que hay del dar cuenta de la conciencia á la confesion, y de haber dicho que puede uno, si quiere, dar cuenta de la conciencia en confesion, añade: «Por lo cual, asi como no se ha de obligar á los nuestros á dar cuenta de conciencia fuera de la confesion, porque esto lo deja libre la regla por el con-

(1) Cap. 4. *exam.*, § 33.

(1) Cap. IV, exam. §. 36 et 38; part. VI, Constit. cap. 1, §. 2; Regul. 40 *Summar.*

suelo de cada uno; así han de ser alabados los que, dejando lo que propiamente pertenece á la confesion y que lo podrán confesar al superior, dan cuenta de conciencia fuera del Sacramento, y se descubren totalmente para que mas libremente y sin respeto alguno puedan los superiores usar de la tal noticia para gobernarlos á mayor servicio de Dios (1).» De manera, que es mejor dar cuenta de la conciencia fuera de confesion, y es hacer mas confianza del superior, como el que da una joya á su amigo en sus manos, para que él se la guarde, mas confianza hace de él que si se la diese en un cofre cerrado y sellado.

## CAPITULO XI.

**En que se responde á algunas dudas que resultan de lo dicho.**

De lo dicho resultan algunas dudas que se le podrian haber ofrecido á alguno. La primera es, habemos dicho por una parte que es mejor dar cuenta de la conciencia fuera de confesion; y por otra que este dar cuenta de la conciencia ha de ser, no solo de las tentaciones y malas inclinaciones, sino tambien de los defectos y caidas si las hay; y que si esto no se declara, no dá uno bien cuenta de su conciencia. Pues preguntó yo: si, lo que Dios no permita, vencido uno de la fuerza de la tentacion cayese en una cosa grave y vergonzosa; ¿es posible que quiera la regla que dé cuenta de aquello al superior fuera de confesion? Parece esa una cosa muy dificultosa y muy cuesta arriba y que comunmente no se podria llevar. A esto digo que en tal caso no es intencion de la regla ni de nuestro Padre que eso se diga fuera de confesion; antes una de las razones principales porque puso la regla aquella disyuntiva, que se pudiese hacer esto en secreto ó en confesion, como cada uno mas se consolare, fué por esto; y así está declarado espresamente en las reglas del Provincial: donde tratando del modo de dar y tomar cuenta de la conciencia, y diciendo que, despues que uno ha dicho, le puede preguntar el provincial lo que le pareciere convenir, le advierte: «cuando la cosa fuese tal que parece que no se atreve uno á decirla fuera de confesion, entonces muy bien hace en guardarla para la confesion (1).» Y tales cosas como esas, no solo no las ha de preguntar el superior, ni padre espiritual fuera de confesion, pero ni ha de querer que el otro se las diga. No sufren las piadosas orejas oir cosas semejantes fuera de confesion, y así mejor es guardarlas para ella. Y eso es lo que quiere decir nuestro Padre general en las palabras que referimos en el capítulo pasado, cuando, diciendo que hacen mejor los que dan cuenta fuera de confesion, añade: «dejadas algunas cosas, que son propiamente para la confesion.»

La segunda duda es mas grave. Dijimos por una parte (2), y lo dice espresamente nuestro Padre en las Constituciones, que el dar cuenta de la conciencia á los superiores es para que así puedan mejor regir y gobernar los súbditos, no ignorando nada de ellos, y puedan mejor ordenar y proveer lo que conviene, así á los particu-

(1) Quare, ut non sunt cogendi nostri ad rationem conscientiae reddendam extra confessionem, cum constitutio id liberum permittat, pro cujusque consolatione: ita laudandi, qui semotis his, quae ad confessionem proprie spectant, quae in confessione superiori manifestari poterunt, extra confessionem eam reddunt; totosque se ipsos patefaciunt, quo liberius, et absque ullo respectu, superiores ad illorum directionem, et utiliorem gubernationem ea notitia ad majus Dei obsequium uti possint. *Idem omnino habetur in instructionibus resultantibus ex Congregatione 6 generali, instruct. 1, cap. 2, num. 2.*

(1) Quamvis, quae hominem pudore multum afficerent, ea extra confessionem interroganda non essent. *In fine Regularum Provincialis.*

(2) Cap. 1.

lares como al cuerpo universal de la Compañía : por otra parte , segun las mismas Constituciones , puede cada uno dar esta cuenta en confesion : luego el gobierno de la Compañía y de los superiores de ella es por las confesiones. No ha dado poco en qué entender esta dificultad á algunos por no entender bien lo que en esto se practica en la Compañía. Y asi, para que se entienda digo , lo primero , que está tan lejos la Compañía de gobernar por las confesiones , que aun lo que algunos teólogos dicen que puede hacer el confesor sin detrimento del sigilo , aprovechándose algunas veces de lo que sabe en confesion, manda nuestro Padre general (1), y muy severamente , que en la Compañía ninguno enseñe esa doctrina, ni use de ella en ninguna manera, sino que se hayan los confesores en las cosas como si nada hubiesen sabido en la confesion. Lo cual es conforme á un decreto y mandato que de esto dió (cuatro años despues) la Santidad de Clemente VIII, del cual hace mencion el Padre Francisco Suarez y otros (2). Y mas que eso hace la Compañía; porque aun de la cuenta de la conciencia que se dá fuera de la confesion, manda que se guarde el secreto con gran cuidado, como digimos en el cap. IX. Pues quien en las cosas que se saben fuera de confesion anda con tanto recato, ¿qué hará en las cosas que tocan á la confesion , para que no se haga odiosa ni se cometa algun sacrilegio contra el sigilo?

Pero respondiendo al punto de la dificultad , digo lo segundo , que el gobierno espiritual é interior de las almas no es inconveniente que sea por medio de la confesion; antes ese es uno de los frutos y provechos grandes de ella. Porque como descubre uno claramente todas sus llagas , enfermedades y flaquezas , puede mejor el confesor, como médico de su alma, aplicarle alli la medicina y darle el remedio que mas le conviene y enderezarle como se ha de haber adelante. Y en tanto grado es esto verdad , que en el Derecho Canónico el Papa Alejandro III manda (1) que para solo este fin de guiar y enderezar las almas y darles el consejo que les conviene , se oigan las confesiones de algunas personas tan malas y pecadoras que no son capaces de absolucion , porque dicen que no se pueden contener ni dejar de pecar, y asi no tienen verdadero propósito de enmendarse; y con todo eso, aunque no hayan de ser absueltas , les aconseja alli el Sumo Pontífice que vayan al confesor y confiesen todos sus pecados , y le den cuenta de toda su mala vida y de la mala disposicion que traen para aquella confesion. Y manda que el confesor las reciba y oiga benignamente para darles consejo y remedio saludable; porque por ventura con eso se les ablandará el corazon, y se apartarán de las ocasiones; y mediante aquel ejercicio de humildad y algunas buenas obras, en que les mandará ejercitar, les abrirá el Señor los ojos para acabar de dejar del todo el pecado y hacer buena confesion. De manera , que no es cosa nueva, sino muy antigua y muy usada y aprobada en la Iglesia el tomar la confesion por medio para guiar y enderezar de esta manera las almas.

De nuestro bienaventurado Padre San Ignacio leemos en su vida (2) que, siendo elegido por Prepósito general de la Compañía, de todos aquellos primeros Padres, una y otra vez, y resistiendo él á su eleccion,

(1) Claudius Aquaviva, *in ordin. impressis.*
(2) P. Suarez, *tom. 4 de Poen. disp.* 33, *sect.* 7. —P. Thomas Sanchez, *tom.* 1 *de matrim. lib.* 3, *disput.* 16, *quaest.* 1.

(1) Cap. *Quod quidam de poenitentiis, et remissionibus.*
(2) Lib. 3, cap. 1 *de la vida de N. P. S. Ignacio.*

diciendo que no era suficiente para ello; y siendo muy importunado de todos para que aceptase, diciéndole que no aceptar era resistir á la voluntad de Dios, que estaba bien declarada por la eleccion tan conforme de todos; al fin, por mucho que hicieron, no lo pudieron acabar con él por entonces, sino que hubieron de venir y condescender con él en un medio que tomó, y fué este: «Yo, dice, pondré todo este negocio en manos de mi confesor; yo le daré cuenta de los pecados de toda mi vida, y le declararé los malos hábitos é inclinaciones de mi alma, y mis flaquezas y miserias pasadas y presentes, espirituales y corporales; y si él con todo eso en el nombre de Jesucristo nuestro Señor me mandare ó aconsejare que tome sobre mí tan grande carga, yo le obedeceré.» Hízolo asi: recogióse algunos dias, hizo su confesion general con un santo varon llamado fray Teófilo, de la orden de San Francisco, y despues de hecha preguntóle qué le parecia. Él respondió que su parecer era que se encargase del gobierno de la Compañía y que en resistir á su eleccion resistia al Espíritu Santo: y con esto aceptó la carga que le ponian. Pues pregunto yo ahora, ¿habrá por ventura alguno, por malévolo que sea, que pueda poner la boca en este hecho de nuestro bienaventurado Padre San Ignacio para murmurar ó poner algun dolo en él? No creo que habrá nadie que pueda poner la boca en esto, sino es para alabarlo; y asi se cuenta en su vida por grande loa y alabanza suya. Pues de la manera que nuestro Señor llevó á nuestro Padre, como cabeza y fundador de esta Religion, de esa manera le enseñó que nos encaminase á nosotros; y así él nos dá este medio de declarar al superior en confesion, ó en secreto, todas nuestras malas inclinaciones, vicios y pasiones, y todas nuestras faltas é imperfecciones, para que asi el superior nos pueda mejor enderezar en el camino de la virtud y perfeccion que profesamos.

Y asi digo que el gobierno político y exterior de la Compañía no es ni puede ser por las confesiones; pero el gobierno espiritual é interior de las almas muy conveniente es, y muchas veces necesario, que sea por via de confesion de la manera que queda dicho. Y asi vemos que se usa en toda la Iglesia de Dios, que cuando uno tiene dudas y dificultades, en cómo se ha de haber en tal ó tal cosa, escoge un confesor prudente y docto, y en confesion ó en secreto, como mas se consuela, le da cuenta de todo el negocio para que le aconseje y enderece en él. Pues eso es lo que pretende nuestro Padre, cuando dice que esta cuenta de conciencia la pueda dar en confesion el que se consolare mas de hacerlo asi. De manera, que no se hacen ni se quitan los rectores en la Compañía por lo que se sabe en la confesion, ni los profesos, ni los lectores, ni los demas oficios, que eso seria error, y muy grande, y de quien tal pensase tambien.

Pero es menester advertir aquí una cosa de mucha importancia, que tal disposicion puede haber en alguno y tales circunstancias pueden concurrir que le obligue el confesor, cualquiera que sea, en conciencia, so pena de pecado, á que proponga al superior que no le ponga en tal oficio, ó que no le envie á tal mision, y que le aparte de tal ocasion, declarándole la causa y el peligro manifiesto que en ello siente conforme á su flaqueza. Y en tal caso, pregunto yo, ¿qué mejor medio, ni mas honroso se le puede dar á este tal que decirle que se vaya á declarar al superior en confesion? porque entonces con mucha honra suya y de la Religion le puede el superior apartar de la ocasion y no ponerle en mayores peligros de los que sufren sus fuerzas, y así quedará remediado y honrado: y todo esto

hace el superior entonces, no solo con su licencia y consentimiento, sino pidiéndoselo él, por lo mucho que le importa: y otras veces aunque no está uno tan cierto si se pone en peligro ó no, está con temor y con duda. Y es gran descanso y consuelo en semejantes casos declarar su duda y dificultad al superior y ponerse en sus manos; porque entonces si le pusieren en tal cosa, no irá el peligro sobre él, como fuera si no se declarara, sino todo quedará á cargo del superior, y Dios concurrirá con la obediencia y le dará fuerzas para que salga bien de lo que le mandaren, por haber él hecho lo que es de su parte.

Lo tercero digo, que aunque es verdad que puede uno dar cuenta de su conciencia en confesion, conforme á la Regla; pero lo mejor y mas loable es hacer esto fuera de confesion, como queda dicho (1); y como ya todos saben esto, comunmente quieren escoger lo mejor, que es darla fuera de confesion; y con esto cesan todos los escrúpulos y todas las murmuraciones y sospechas que podia haber de que los superiores gobiernan por lo que saben en confesion, porque todos comunmente dan esta cuenta fuera de ella. Y aun en el caso que declamos en la primera duda, de que uno quiere dar cuenta en confesion, no hay ninguno, por imperfecto que sea, que no huelgue y pida que para lo que hiciere para el bien de su alma, y para quitarle de ocasiones y no ponerle en peligros, el superior se pueda ayudar de lo que le dicen en confesion, con tal que sea de manera que de ello no le pueda venir mal, sino bien, y que otros no puedan entender su falta ó imperfeccion, porque con esto no pierde nada y gana mucho, y obliga al superior á que mire aún mas por su honor. Y asi viene á ser que aun el gobierno espiritual é interior de las almas, que podia ser lícito y santo por lo que se sabe solamente por confesion, como queda dicho, no le usa la Compañía hacer, sino por lo que sabe fuera de confesion; porque todos se huelgan y consuelan mas de dar cuenta fuera de la confesion de todo lo que es necesario para eso, para que asi el superior mas libremente, y sin respeto ninguno de la confesion, pueda enderezarlos y ayudarlos en el camino de la perfeccion.

San Buenaventura pone espresamente esta doctrina, y dice (1) que conviene mucho que el superior conozca muy bien las conciencias de sus súbditos y sus inclinaciones y costumbres, y que entienda muy bien las fuerzas corporales y espirituales de cada uno, para que asi los pueda mejor regir y gobernar, repartiendo y encomendando á cada uno el peso y carga que le conviene conforme á sus fuerzas, porque no todos pueden igualmente todas las cosas; y trae á este propósito aquello de la Escritura: "Aaron y sus hijos entrarán al Santuario, y ellos dispondrán los trabajos de todos, y dividirán lo que cada uno deberá llevar (2)." Dice San Buenaventura que Aaron y sus hijos son los prelados y superiores mayores y menores, los cuales han de entrar allá en lo interior de los súbditos, conociendo su virtud, fuerzas y caudal, para que asi puedan repartir y dividir los oficios, cargos y ministerios de la Religion, conforme á la virtud y caudal de cada uno (3).

(1) Cap. 10.

(1) Bonav. *tractat. de sex alis Seraphin*, *cap.* 7.
(2) Aaron, et filii ejus intrabunt in Sanctuarium, ipsique disponent opera singulorum et dividunt quid portare quis debeat. *Numerorum* IV, 19.
(3) Unicuique secundum propriam virtutem. *Matth.* XXV, 15.

# TRATADO OCTAVO.

## De la correccion fraterna.

### CAPITULO I.

Que la correccion es señal de amor, y del bien grande que hay en ella.

El bienaventurado San Bernardo dice (1) que es gran señal de que Dios nos ama como á hijos el reprendernos y castigarnos, y está llena la Sagrada Escritura de esto. Dice el Sábio, y San Juan en el Apocalipsi, y el Apóstol San Pablo: «A quien Dios ama y tiene por hijo, repréndele y castígale (2);» y asi dicen los Santos que uno de los particulares beneficios y mercedes que Dios suele hacer á una alma, es cuando la reprende y le dá un remordimiento interior allá en su conciencia, en haciendo el pecado y la falta. Esa es gran señal de amor de Dios y de que sois del número de los escogidos, pues que no os deja del todo, sino que os está llamando y convidando con ese remordimiento; y cuando no hay esa reprension y remordimiento interior, ni envia Dios castigo ninguno, dicen que es señal de grande ira suya, y que es ese uno de los mayores castigos que Dios dá en esta vida. Y trae San Bernardo para esto aquello del Profeta Ezequiel: "Y descansará mi indignacion en tí, porque se apartará mi celo de tí, no me mostraré mas enojado contigo, reprendiéndote (1);" que es aquello que dijo el Señor por Isaías, donde por grande amenaza dice Dios, y lo jura, «no me enojaré mas contigo, ni te reprenderé (2).» Dice San Bernardo: ese enojarse Dios y no reprender á uno, es mayor ira de Dios. Si el celo y la reprension de Dios os ha desamparado, tambien su amor; porque aquel es regalo que hace Dios á los que ama (3). Pues asi como en Dios es esto muestra y señal de que nos ama como á hijos, asi tambien una de las cosas en que mas se muestra el amor que el superior tiene al súbdito, es en corregirle y avisarle con caridad de las faltas que le nota para que se enmiende de ellas. Dice el Sábio: "Mejor es la correccion manifiesta que el amor encubierto (4)." Muy buena es la caridad y amor interior que vos me teneis; empero eso es para vos, que á mí poco me aprovecha si no llega á que me lo mostreis por la obra. Pero cuando el amor del superior llega á que me avisa de la falta que yo no veia ó no tenia por falta, para que la enmiende, ese es mayor amor y de mucho provecho para mí. Ese es amor de obras y verdadero amor de padre, que desea el bien

(1) Bern. *serm.* 42, *sup. Cant.*

(2) Quem enim diligit Dominus, corripit, et quasi pater in filio, complacet sibi. *Prov.* III, 12.—Ego quos amo, arguo, et castigo. *Apoc.* III, 19.—Quem enim diligit, Dominus, castigat; flagellat autem omnem filium, quem recipit: quis enim filius, quem non corripit pater? *Ad Hebr.* XII, 6.

(1) Et requiescet indignatio mea in te, et auferetur zelus meus a te, et quiescam, nec irascar amplius. *Ezech.* XVI, 42.

(2) Juravi, ut non irascar tibi, et non increpem te. *Isai.* LIV, 9.

(3) Vides, quia tunc magis irascitur Deus, cum non irascitur.—Si ergo te zelus deseruit, et amor; neque eris amore dignus, qui indignus castigatione censeris. *Bern.*

(4) Melior est manifesta correptio, quam amor absconditus. *Prov.* XXVII, 5.

de su hijo; porque si el superior no os amára como á hijo y deseára vuestro bien y provecho espiritual, no os corrigiera ni avisara de vuestra falta. Como vemos acá, que cuando un padre halla á su hijo haciendo alguna travesura, luego le reprende y castiga, porque es su hijo, y le ama como á hijo, y desea que sea bueno y virtuoso; pero al que no es su hijo, aunque le vea hacer alguna cosa mal hecha, déjale y no le dice nada, ni hace caso de él, porque no es su hijo; allá su padre mire por él y le doctrine bien, que á mí no me toca.

Más no solo muestra en esto el superior el amor que os tiene como á hijo, sino muestra que está satisfecho de que vos tambien le amais á él como á padre, y que estais satisfecho de que él os ama á vos, y que os dice aquello con entrañas de Padre y por el deseo que tiene de vuestro bien; y muestra tambien en esto que está satisfecho de vos, que teneis virtud y humildad para recibir el aviso y correccion, porque de otra manera no os avisára.

Por el contrario, cuando el superior no procede con vos con esta claridad y llaneza avisándoos de las faltas que teneis y de lo que se repara y murmura de vos, es porque no os ama como á hijo, ó porque entiende que vos no le amais á él como á Padre, ó porque piensa que no teneis virtud para tomar bien el aviso y correccion: todo es falta de amor y de estima, no hay verdadero amor. Podrá por ventura esteriormente parecer que le hay, pero no será verdadero, sino aparente y fingido; porque ¿qué aprovecha mostraros esteriormente amor y estima, si allá interiormente os tiene por defectuoso é imperfecto en esto y en lo otro y no se atreve á avisaros de ello? Eso es andar con doblez y con fingimiento, mostrando otro pecho y otro rostro esteriormente del que interiormente tiene. Ese es trato y lenguage del mundo: allá tratan de esa manera, porque no se atreven los hombres á decir lo que sienten, y asi muestran uno de fuera y tienen otro en el corazon: muchas veces os alabarán y lisongearán, mostrando sentir bien de vuestras cosas, é interiormente sienten otra cosa; conforme á aquello del Profeta: "Sus palabras son mas suaves que el aceite, mas ellos son unas lanzas (1)." "Con su boca hablaban bien, y en su corazon aborrecian (2)." "Trataban engañosamente con sus lenguas (3)," porque estaba "el veneno de áspides debajo de sus labios (4)." Pero acá no ha de haber nada de esos dobleces, sino todo ha de ser claridad y lisura, que no sufre otra cosa la caridad y union que profesamos. ¿Cómo? que tenga yo una falta, ó muchas, que por ventura no las echo de ver, ó no las tengo por faltas, ni pienso que los demas reparan en eso, y que lo eche el superior de ver, y sepa que se ofenden y murmuran los otros de ello, y no haya quien me lo diga á mí? no es caridad esa. Dice muy bien nuestro P. San Francisco de Borja: «Si llevásedes el manto al revés ó el rostro tiznado, claro está que os haria caridad el que os advirtiese de ello y que se lo agradeceriades; y por el contrario lo sentiriades y lo recibiriades por agravio, si viéndolo el otro no os avisase. Pues mayor razon tenemos de estimar y sentir esto en las faltas de virtud que desedifican á nuestros hermanos (5).»

Y asi habemos de tener por gran beneficio que haya quien con amor y caridad nos avise de ellas; porque nosotros, con el amor grande que nos tenemos, muchas ve-

---

(1) Molliti sunt sermones ejus super oleum, et ipsi sunt jacula. *Psal.* LIV, 22.

(2) Ore suo benedicebant, et corde suo maledicebant. *Psalm.* LXI, 5.

(3) Linguis suis dolose agebant. *Psalm.* V, 11.

(4) Venenum aspidum sub labiis eorum. *Psalm.* CXXXIX, 4.

(5) S. Francisco de Borja *in Epist. ad Societatem.*

ces no las echamos de ver, ni las tenemos por faltas: ciéganos la aficion y amor propio, como á la madre el amor grande que tiene á su hijo le hace que lo feo le parezca hermoso y lo negro colorado. Asi á nosotros nunca nos faltan colores y razones para colorear y encubrir nuestras faltas. Y por esto dicen muy bien los filósofos que el hombre no es buen juez en sus cosas; porque si es sospechoso por las leyes el juez, amigo de la parte, ¿cuánto mas lo será el hombre en su propia causa, siendo tan amigo de sí mismo? Pero el otro tercero, como mira nuestras cosas con ojos desapasionados, echa mejor de ver nuestras faltas y es mejor juez de eso; fuera de que cuatro ojos, como dicen, ven mas que dos.

Plutarco dice (1) que habíamos de dar dineros por un enemigo, porque estos son los que dicen las verdades, que ya los amigos todo es adular y lisongear y deciros que no hay mas que pedir, no habiendo cosa en vos que no les parezca bien. Mucho vemos que se usa esto el dia de hoy en el mundo, y plega á Dios no se nos vaya entrando tambien en la Religion. Y somos los hombres tan vanos, que oimos esas cosas de buena gana, y aun las creemos, habiéndolo de hacer al contrario, como lo hacia el Real Profeta cuando decia: "El justo me corregirá con piedad, y con ella me reprenderá; mas el óleo del pecador no ha de ser el que unja mi cabeza (2)." Dice el bienaventurado San Agustin (3) que por esta uncion blanda del pecador se entiende la adulacion y lisonjas: y esas aborrece el Profeta, y mas quiere ser corregido del justo con severidad y misericordia que ser alabado y lisongeado con blandas adulaciones, porque esas no sirven sino de hacer á uno mas loco y de que ande mas engañado; y trae aquello de Isaías: "Pueblo mio, los que te alaban y dicen maravillas de ti, esos son los que te engañan y te echan á perder (1);" y por el contrario, los que nos corrigen y avisan nos hacen gran beneficio. "Mejores son las heridas del que ama, que los engañosos ósculos del que aborrece (2)." "Mejor es ser corregido de un sábio, que ser engañado con la adulacion de los nécios (3)." Porque eso que escuece es lo que sana; que esotro antes hace mas dificultosa la cura, porque nos persuadimos que no hay falta, y así no tratamos de la enmienda.

Diógenes decia que para enmendarse uno de sus faltas es menester que busque ó un muy verdadero amigo que le amoneste, ó un muy áspero enemigo que le reprenda; para que amonestado del uno ó reprendido del otro, quite el vicio y falta que tiene. Esto segundo se usa en el mundo, donde no se dicen las faltas, sino cuando hay enemistades; entonces se descubren las verdades. Pero acá en la Religion no se dicen las faltas, ni se dá la reprension y el aviso con ódio, ni rencor, ni por tema y ojeriza que tengan con vos, sino con verdadero amor y deseo de vuestro bien. Gozamos de lo primero, porque tenemos en el superior un fiel y verdadero amigo que con grande amor nos avisa de nuestras faltas: lo cual habemos de estimar en mucho, y hacer cuenta que nos descubre un tesoro cuando nos avisa de algun defecto, el cual, como nosotros no conocíamos, no lo enmendábamos.

(1) Plutarc. *lib. de utilitate ex inimicis capta.*

(2) Corripiet me justus in misericordia, et increpabit me; oleum autem peccatoris non impinguet caput meum. *Ps.* CXL, 5.

(3) Aug. *epist.* 147 *ad Proculianum episcopum.*

(1) Populi mei, qui te beatum dicunt, ipsi te decipiunt. *Isai.* III, 12.

(2) Meliora sunt vulnera diligentis, quam fraudulenta oscula odientis. *Prov.* XXVII, 6.

(3) Melius est a sapiente corripi, quam stultorum adulatione decipi. *Eccl.* VII, 6.

## CAPITULO II.

Que la causa de no recibir bien la correccion es la soberbia.

Una de las cosas en que mas se echa de ver la soberbia grande del hombre, es en la dificultad tan grande con que toma la correccion y aviso de sus faltas: tanto, que apenas hay quien quiera ser corregido y avisado de ellas. Dice esto muy bien San Agustin: «¿Quién hallará alguno que quiera ser reprendido? ¿á dónde hallaremos aquel sábio, de quien dice Salomon en los Proverbios, "corrige al sábio, y amarte há (1)?" Sábio es ese por cierto, pues sabe agradecer con amor un beneficio tan grande, como es el de la correccion; empero ¿dónde hallaremos esos sábios? "¿Quién es este para que le alabemos (2)?"

San Gregorio dice: «estamos tan llenos de soberbia, y tenémosla tan arraigada en las entrañas, que no podemos oir nuestras faltas, ni sufrir la reprension, porque nos parece que aquello es desestima nuestra y caso de menos valer; y como nos toca en lo vivo, que es en cosa de nuestra honra, luego saltamos, y en lugar de agradecerlo, lo tomamos por agravio y por injuria y persecucion (3).» Y asi lo suelen algunos decir claramente, cuando les andan corrigiendo y avisando á menudo de sus defectos, dicen que los andan persiguiendo y que tienen ojeriza con ellos. Y mas, dice el Santo (4), hay algunos que confiesan y dicen ellos sus faltas de buena gana; empero cuando otros se las dicen ó se las reprenden, luego se azoran, y las defienden y escusan, porque no pueden sufrir ser tenidos por tales; y esos no son humildes, ni dicen sus culpas con verdadero conocimiento; porque si lo fuesen, y se tuviesen por defectuosos, y con verdad dijesen y sintiesen aquellas cosas de sí, no se sentirian tanto cuando otro se las dice, ni se escusarian ni defenderian tanto.

La verdadera humildad consiste en que uno se conozca y se tenga en poco, y desee que los otros tambien conozcan sus faltas y le tengan en poco. Y estos claramente dan á entender, dice San Gregorio, que no decian sus faltas por desear ser tenidos en poco, sino por parecer buenos y humildes. Porque está escrito: "El justo es el primero que se acusa y confiesa sus faltas (1)." Quereis ganar honra y ser tenido por húmilde, y porque para eso os parece buen medio decir vuestras faltas, por eso las decís; pero como no os parece buen medio para ganar honra que otro os las diga y os reprenda, sino antes os parece que redunda en deshonor y desestima vuestra, por eso no lo podeis sufrir. Lo uno y lo otro es soberbia. De aqui es, que aunque vea uno algunas veces que lo que le avisan es verdad, y que el otro tiene razon en decírselo, con todo eso se turba y se siente mucho de ello.

De manera que ya no diremos: "Reprende al sábio y amarte há (2);" porque no hallamos ya de esos sábios que huelguen de ser reprendidos y agradezcan la correccion y el aviso; sino lo que podemos decir el dia de hoy, es lo que un poco antes de eso dice el mismo Sábio: «Guardaos de corregir y reprender al burlador y soberbio, porque no os aborrezca y os hagais

(1) Quis facile inveniet, qui velit reprehendi? et ubi est ille sapiens, de quo dictum est Proverbiorum 9. «Argue sapientem, et diliget te?» (*Prov.* IX, 8).—Aug. *epist.* 87, *ad Faelicitatem, et Rusticum.*

(2) Quis est hic, et laudabimus eum? *Eccles.* XXXI, 9.

(3) Isti cum se impeti redargutione conspiciunt, gladium persecutionis credunt. *Gregor. lib.* 10 *Moral., cap.* 3.

(4) Gregor. *lib.* 22 *Moral., cap.* 14, *et lib.* 24, *cap.* 12.

(1) Justus prior est accusator sui. *Prov.* XVIII, 17.

(2) Argue sapientem, et diliget te. *Prov.* IX, 8.

mal quisto con él (1).» Eso es lo que ahora se usa y lo que vemos comunmente en el mundo. Los malos no aman, sino antes aborrecen á los que les avisan de sus defectos y les dicen las verdades (2). Comparan los Santos (3) á estos á los enfermos que están frenéticos y locos, que no permiten que venga á ellos el médico, antes huyen de él y resisten á las medicinas que les aplican y las echan de sí por la grandeza del mal y porque no sienten estar enfermos. Y es comparacion del Espíritu Santo: «El que aborrece la correccion y el aviso, no solo digo que tiene falta de virtud y humildad, sino que tiene falta de seso y de juicio (4);» loco y frenético está, pues aborrece la medicina y se vuelve é indigna contra el médico que le quiere curar y remediar.

## CAPITULO III.

**De los inconvenientes y daños que se siguen de no recibir bien la correccion.**

Llega á tanto esta soberbia y locura, que ya apenas hay quien se atreva á corregir y avisar á otro de sus faltas; porque nadie se quiere hacer mal quisto, ni buscar ruido, como dicen, por sus dineros. Y su merecido se tiene el hombre en esto; porque ¿qué merece el enfermo que no se quiere dejar curar? Que no le curen, que le dejen morir, dice el Sábio (5). Pues esto merece el que no quiere que le corrijan y toma á mal el aviso que le dan. Merece que no le corrijan ni le avisen de nada, sino que venga á tener faltas graves y que á todos los demas sean públicas y se murmure de ellas, y que á él no haya quien se las diga. Y asi suele acontecer á los tales, y es de los mayores castigos que les pueden venir. No se quiere aprovechar de la cura y de la medicina, dejémosle (1). Cuando la viña se deja sin podar y sin cavar, por perdida se deja. Pues asi dejan á uno por perdido y por desauciado, cuando le dejan de corregir por no tomar bien el aviso y correccion.

Nuestro P. San Francisco de Borja, tratando de los inconvenientes y daños que se siguen de no recibir bien la correccion y aviso, dice (2) que de ahí vendremos á parar en uno de dos inconvenientes graves, y serán que ó por falta de correccion y avisos se estarán los defectos aposentados y de asiento en aquellos que los tuvieren, por no haber quien ose tratar de poner medicina á enfermo tan impaciente; ó si los avisos se dan á quien tiene necesidad, si en lugar de agradecimiento sacan de ello amaritud y pasion ó division con el que les avisa, en breves dias vendrá la casa á ser una laguna de hiel y amargura, causada por falta de conocimiento de los imperfectos, que no admiten el aviso y correccion; sino que toman por injuria lo que habian de tomar por gran beneficio, y quedan agraviados y enconados de lo que habian de quedar agradecidos, haciendo de la triaca ponzoña. Y asi habia de temer uno mucho ¿si me dejan á mí de curar por ser yo mal enfermo? ¿si me dejan

(1) Noli arguere derisorem, ne oderit te. *Prov.* IX, 8.

(2) Non amat pestilens eum, qui se corripit, nec ad sapientes graditur. *Prov.* XV, 12.—Veritas odium parit.

(3) Aug. *epist.* 87. *ad Faelicitatem*, *et Rusticum*, *et epist.* 167.

(4) Qui odit increpationes, insipiens est. *Prov.* XII, 1.

(5) Qui increpationes odit, morietur.—Et qui abjicit disciplinam, despicit animam suam. *Prov.* XV, 10 *et* 32.

(1) Curabimus Babylonem, et non est sanata, derelinquamus eam. *Jerem.* LI, 9.

(2) P. S. Francisco de Borja, *in epist. ad Societatem*.

de avisar de mis faltas porque alguna vez no tomé bien la correccion y el aviso? Y desea allí nuestro P. San Francisco que conservemos y llevemos adelante aquella simplicidad, caridad y llaneza de los principios, cuando no solamente no daba ocasion de amaritud la correccion y aviso del defecto, sino engendraba un amor entrañable y un agradecimiento grande.

Un doctor grave compara á los que no quieren ser corregidos al demonio, porque se hacen incorregibles (1): y el ser corregible ó incorregible es lo que distingue al hombre pecador del demonio; porque el hombre, por pecador que sea, mientras está en esta vida mortal, es capaz de correccion, y el demonio no. Y trae para esto aquello del Sábio (2): "El que aborrece la correccion es pisado del pecador;" esto es, del diablo, que por antonomasia se llama pecador. De manera, que asi como la pisada y huella del pié es semejante al pié; asi el que aborrece la correccion es muy semejante al demonio; porque se hace incorregible, pues cierra la puerta á uno de los medios mas propios y de mas fuerza y eficacia para su enmienda.

San Basilio dice de estos una cosa digna de consideracion: «La conversacion y compañía de estos tales, que no quieren ser corregidos y reciben mal el aviso, es, dice (3), muy perniciosa para los demas religiosos con quien viven; porque con su mal ejemplo les van pegando la roña y poco gusto, ó por mejor decir, disgusto de ser corregidos y avisados;» y asi los retraen de aquello á que vinieron á la Religion, que es á enmendarse y reformarse. Y manda San Basilio (1) que á estos tales los aparten de la comunicacion y trato de los demas, porque no les peguen esta peste.

(1) Qui non vult corripi, non vult corrigi.
(2) Qui odit correptionem, vestigium est peccatoris (id est, diaboli). *Eccles.* XXI,
(3) Qui hujusmodi est, hujus conversatio inter reliquos fratres pernitiosa est, siquidem exemplo suo a suscepto certamine caeteros abducit. *Basilius in Regul. brevior. num.* 159, *et in epistola ascetica ad quamdam canonicam.*

## CAPITULO IV.

### Cuánto importa recibir bien la correccion y el aviso.

Un filósofo da en esto un consejo muy bueno, que no parece que se puede pedir mas en la materia, y es Galeno (2), que no se contentó con escribir aforismos para curar los cuerpos, sino escribió tambien un libro para conocer y curar las enfermedades del ánima. Dice allí este filósofo: el que quisiere enmendarse de sus faltas y aprovechar en la virtud, busque un hombre bueno y prudente que le avise de ellas; y si le hallare tal como conviene para esto, llámele aparte y pídale muy encarecidamente le haga tanto bien que le avise de todas las faltas que notáre en él; y ofrézcale y prométale que se lo agradecerá mucho y le tendrá por verdadero amigo, y que le hará mayor merced y beneficio en eso que si le curase alguna enfermedad del cuerpo, cuanto es mas el alma que el cuerpo; y si el otro se encargáre de esto y dijere que lo hará y despues se pasaren algunos dias y no os avisare de ninguna cosa, quejáos, dice, de él, y tornadle á rogar mas encarecidamente que de primero que no lo haga así, sino que os avise luego en viendo en vos alguna falta. Y si él respondiere que no se ha descuidado por cierto de lo que os prometió, sino que en todo aquel tiempo no ha habido cosa de que haya sido menester advertiros, no lo creais en ninguna manera, sino entended que la causa de no haberos avisado ha sido,

(1) Basilius, *in animadversionibus adversus canonicos delinquentes*, §. 2.
(2) Galenus, *lib. de cognoscendis, curandisque animi morbis.*

no por no haber habido faltas de que poder avisaros, sino una de tres: ó por negligencia y descuido suyo, que no ha tenido cuenta con vuestros defectos ni se ha acordado de eso, porque hay muy pocos que quieran tener ese cuidado y encargarse de esa manera de vuestro aprovechamiento; ó lo segundo, si ha advertido y notado algunas faltas en vos, que por ventura las ha notado, entended que os las ha dejado de decir de vergüenza y empacho, ó porque no quiere desgraciarse con vos, ni perder vuestra amistad, porque sabe que el dia de hoy eso se saca de decir las verdades; ó lo tercero, porque por ventura vió que alguna vez no tomastes bien la correccion y aviso que os dieron, y con eso no acaba de creer que deseais de veras que os corrijan y avisen por mas que lo digais, porque cree mas á las obras que á las palabras.

Y añade mas y dice: mirad que aunque alguna vez os parezca que no es asi aquello de que el otro os avisa, ó que no fué tanto como él dice, no lo deshagais ni escuseis: lo primero, porque puede ser que el otro lo haya notado mejor que vos; porque mucho mejor vé uno las faltas en otro que en sí; lo segundo, porque aunque no hubiese sido asi, todavía os aprovechará para que andeis mas recatado y sobre aviso en lo que haceis y para que tengais mas cuidado de allí adelante de no dar ocasion para que se puedan decir ni sospechar cosas semejantes.

Todo esto dice aquel filósofo, y todo es menester para que hallemos quien de buena gana haga este oficio con nosotros; porque es grande la dificultad que hay en él, la cual cada uno echará de ver por sí, no solo por lo que siente cuando le corrigen y reprenden, sino tambien por lo que él siente en corregir y avisar á otro, cuando le acontece mandarle les avise que enmienden tal y tal falta que tienen. Hasta el mismo superior, uno de los grandes trabajos que tiene, cuando en los súbditos no hay mucha virtud y humildad, es este; porque como por una parte se siente obligado á corregirlos por razon de su oficio, y por otra teme que han de sentir la correccion y el aviso, anda como si les hubiese de dar un boton de fuego, con trasudores y algunas veces perplejo, ¿si se lo diré, ó si lo dejaré? Unas veces le parece que será bien decírselo, aguardando alguna buena oportunidad y coyuntura, y haciéndoles alguna salva y azucarándoselo con algunas palabras para que no les amargue tanto. Otras veces siente tanta dificultad en el súbdito que tiene por mejor dejárselo de decir aunque se quede con la falta; porque teme que el decírselo no será de provecho, sino antes de daño, y que no servirá sino de que quede mas enconado y desabrido con él, y de que por ventura no haga tan bien ni con tanto gusto y aliento su oficio ó ministerio de ahí adelante. El sol ablanda y derrite la cera, pero seca y endurece el barro; y á las plantas que están arraigadas en la tierra, el agua, aire y sol las ayuda á crecer y fructificar; pero á las que no están arraigadas, esas mismas causas é influencias las secan y pudren mas presto. Así al humilde, que está arraigado en su propio conocimiento, la correccion le ablanda y enternece y le ayuda á crecer; pero el que no es humilde ni está arraigado en la tierra de su propio conocimiento, tomará de ahí ocasion para pudrirse y secarse y endurecerse mas. Pues por eso dejan los superiores de avisar á algunos súbditos de sus defectos, porque empeoran con la medicina y hacen de la triaca ponzoña, pensando que es tema y aversion ú ojeriza lo que es amor y deseo de su bien, y así merecen que los dejen.

Pues si quereis que no os dejen por incorregible ó incurable, es menester que

tomeis muy bien el aviso y la correccion. ¡Oh cuán bueno es y cuán bien parece, cuando corrigen y avisan á uno de su culpa, que la conozca y muestre pesar de ella y propósito de enmendarla (1)! Y aunque alguna vez no hayais hecho aquella falta que se os avisa, ó no haya sido de aquella manera ni tanto como eso, no lo habeis de mostrar, sino agradecer al otro la voluntad y buena obra que os hace y ofrecerle la enmienda, diciendo que vos tendreis cuenta con eso de ahí adelante y que os ha hecho mucha caridad; porque con eso le animareis para que os avise otra vez; y si luego os quereis escusar y defender, no os avisará otra vez de lo que habeis por ventura bien menester. Hay algunos que lo primero que hacen, cuando les avisan de alguna falta es escusarla; y cuando no la pueden escusar del todo, buscan algunas razones para disminuirla y deshacerla y mostrar que no fué tanto, lo cual es cerrar la puerta para que otra vez no os avisen; porque como el otro ve que habiéndoos avisado algunas veces, nunca habeis conocido vuestra culpa, sino que siempre hallais escusas y salida para todo, queda determinado de jamás avisaros de cosa. Esto es lo que ganais con vuestras escusas, que llamais satisfacciones, que nadie os quiera ya avisar, fuera de que todo eso desedifica y parece muy mal.

Aun en los superiores se tiene por gran falta no tomar bien los avisos y consejos que les dan, ni mostrar oirlos de buena gana, tanto, que dicen se ha de escoger antes para gobernar un hombre que sepa menos, si conoce sus faltas y toma bien los avisos y consejos de los sábios, que otro que sepa mas y esté muy confiado de sí, pensando que él se lo sabe todo, y no gusta de que le avisen, ni toma de buena gana los consejos que le dan. Y está llena de esto la Escritura, especialmente los Sapiencíales (1). Y así, una de las condiciones que pone el Apóstol Santiago, de la sabiduría que del cielo desciende, es no ser porfiada ni tiesa, sino pacífica, y que se deja persuadir (2). Pues si en los superiores es tan alabado el oir de buena gana el aviso y el consejo de los particulares, y vituperado y reprendido lo contrario, ¿con cuánta mayor razon deben ser reprendidos los inferiores que ni aun de sus superiores toman bien el aviso y correccion?

Para que estimemos mas esto, y nos animemos mas á ello, es bien que entendamos y consideremos un grande bien que hay en ello; y es, que cuando uno recibe bien el aviso y correccion, y el superior está satisfecho de eso, dánle poco cuidado las faltas, porque si estas se ven, se ve juntamente el remedio de ellas; pero cuando esto no hay, dan mucho cuidado y pena, porque viéndose las faltas se ve juntamente cerrada la puerta para su remedio. Esas son las angustias y congojas de los superiores; y así es muy buen consejo declarar uno en particular al superior la buena disposicion y deseo que tiene de ser avisado y pedirle muy de veras que como padre le corrija y avise con claridad y llaneza de todos sus defectos, y que no mire en que alguna vez por ventura habrá sentido la correccion como hombre y no tomádola tan bien como debiera; y no se ha de contentar con pedírselo esto una vez, ni con decírselo como por cumplimiento, sino muchas veces y

(1) Quam bonum est correptum manifestare poenitentiam. *Eccles.* XX, 3.

(1) Vidisti hominem sapientem sibi videri? magis illo spem habebit insipiens, *Prov.* XXVI, 12.—Via stulti recta in oculis ejus; qui autem sapiens est, audit consilia. *Prov.* XII, 15.—Ego sapientia habito in consilio. *Prov.* VIII, 12.—Salus autem ubi multa consilia. *Prov.* XI, 24.

(2) Quae autem desursum est sapientia, primum quidem pudica est, deinde pacifica, modesta, suadibilis, bonis consentiens. *Jacob.* III, 17.

muy de veras; y tened por cierto que todo es menester para que os crea y haga bien y con cuidado este oficio con vos, segun tiene de dificultad: y asi, aunque en otras cosas nos habemos de holgar que nos tengan por imperfectos é inmortificados, pues hay hartas en qué; pero en esto no consintais, ni deis ocasion para que el superior piense de vos que sois tan soberbio y tan inmortificado que no tomareis bien la correccion y aviso que os diere. Antes procurad que esté muy satisfecho en este punto, porque no os prive de un beneficio tan grande y de un medio tan principal para vuestro aprovechamiento.

Dice San Basilio : asi como el enfermo, deseoso y ansioso de cobrar salud (1), toma de buena gana la cura que el médico le hace, aunque sea áspera y dificultosa (2), sin indignarse con el médico, ni pasarle por pensamiento que lo hace con mala intencion; asi el humilde y el que desea de veras aprovecharse, toma de buena gana la correccion y el aviso, sin pasarle por pensamiento que sea con tema ó pasion. Si por la salud corporal recibimos de buena gana medicinas muy amargas, y consentimos que el médico ó cirujano corte y queme por donde le parece, y se lo agradecemos y lo tomamos por gran beneficio, razon será (dice San Basilio) que por la salud espiritual de nuestra alma y por el bien universal de toda la Religion hagamos lo mismo, aunque la cura y correccion fuese áspera y dificultosa.

## CAPITULO V.

En que se confirma lo dicho con algunos ejemplos.

San Crisóstomo, para exhortarnos á recibir bien la correccion y el aviso, trae el ejemplo (1) que cuenta de Moisés la Sagrada Escritura : el cual siendo un varon tan sabio y eminente, que al fin le habia escogido Dios por caudillo de su pueblo y hecho por él tantas maravillas asi en Egipto como en el desierto, con todo eso tomó muy bien el aviso y consejo que le dió un hombre particular, que fué Jetró, su suegro, sobre el gobernar y juzgar al pueblo; que no lo quisiese hacer él solo, sino que escogiese algunos que le ayudasen en ello (2). Y pondera alli San Crisóstomo que no respondió : «Mirad quién nos viene ahora á dar consejo;» como suelen hacer algunos, que aunque el consejo sea bueno, se desdeñan de que tal persona se le dé; sino con humildad tomó el consejo y le puso luego por obra.

San Cipriano y San Agustin ponderan (3) á este mismo propósito el ejemplo del Apóstol San Pedro, cuando San Pablo le reprendió acerca de la circuncision que queria recibiesen entonces los que se convertian de la gentilidad (4). Mirad, dice, cómo el Apóstol San Pedro no presumió de sí, ni se levantó á mayores, diciendo: «Yo soy el Primado de la Iglesia, y á mí se ha de dar mas crédito y han de seguir y obedecer todos.» Mirad cómo no menospreció á San Pablo por haber sido ayer perseguidor de la Iglesia, ni se desdeñó de ser corregido y avisado de él, sino que recibió muy bien el consejo y se rindió luego á la razon y á la verdad.

Digno es tambien de memoria el ejemplo que en esto nos dió el emperador Teodosio, tomando con tan grande humildad

(1) Anxius de salute sua. *Basil. in Regul. brevior. n. 158, et in regul. fusius disputatis, num.* 52.
(2) Licet acerba sit, et aspera curationis ratio. *Ibid.*

(1) Chris. *hom.* 1, *super* 1. *epist. ad Corinth.*
(2) Non bonam (inquit) rem facis, stulto labore consumeris. *Exod.* XVIII, 17.
(3) Cyprian. *epist.* 15, *ad Quintum.*—August. *lib.* 2, *contra donatistas, cap.* 1.
(4) Ad Galat. II, 11.

la correccion y el aviso que San Ambrosio le dió, asi cuando le descomulgó y vedó la entrada de la iglesia por el castigo cruel é injusto que habia egecutado en la ciudad de Tesalónica; como cuando habiendo ofrecido su don al altar, y quedándose dentro de la reja, le envió á decir que se saliese al cuerpo de la iglesia, porque aquel lugar era solamente de los sacerdotes y la púrpura hacia emperadores, mas no sacerdotes, como se cuenta largamente en la Historia Eclesiástica (1), donde con razon se pondera cuál será mas de loar, la constancia y fortaleza del Santo Pontífice, ó la obediencia y humildad maravillosa del religiosísimo príncipe.

Del mismo San Ambrosio se dice en su vida, que cuando le avisaban de alguna falta hacia gracias por ello y lo tenia por singular beneficio. En las Crónicas de la Orden Cisterciense se cuenta de un monge del monasterio de Claraval, que cada vez que le reprendian ó avisaban de alguna falta, rezaba por lo menos un *Pater noster* por quien le avisaba. Y dícese allí que quedó aquella costumbre en aquel monasterio y se guardaba como ley inviolable.

Cuenta Simeon Metafraste del Santo abad Arsenio, que era un varon famoso en santidad entre todos los monges y en el mundo habia sido muy principal y maestro de los hijos del emperador Teodosio, Arcadio y Honorio, que despues sucedieron á su padre y fueron tambien emperadores, que con toda su santidad tenia algunas faltillas, que no quitan esas la santidad. Como habia sido tan principal y tan regalado en el mundo, quedáronsele algunas reliquias de aquel regalo y libertad de palacio, donde se habia criado; y cuando se sentaba con los demas, solia muchas veces poner un pie sobre otro. Pareciales aquello mal á todos aquellos Padres por ser contra la modestia, y deseaban avisárselo y no habia quien se atreviese, porque sentian mucha dificultad en ir con aquella niñería á un Padre tan grave y venerable. Entran en consulta sobre ello, y el abad Pastor, que era muy prudente y santo, dá un medio muy bueno; concierta con todos los demas Padres; «hagamos esto; la primera vez que nos juntemos todos, yo me pondré de aquella manera, y vosotros reprendedme de ello, y yo me corregiré, y asi quedará él avisado.» Parecióles á todos muy buen medio, y hácenlo asi la primera vez que se juntaron á su conferencia espiritual: pónese el abad Pastor de aquella manera que estaba San Arsenio, y dánle aquellos viejos una muy buena reprension, por la inmodestia y mal ejemplo que les daba, y él compónese luego muy bien. El abad Arsenio, como vió lo que pasaba por su vecino, baja disimuladamente poco á poco su pie, y dice la historia que tomó tan bien el aviso, que nunca mas cayó en aquella falta. Asi ha de tomar cada uno el aviso y reprension pública que dan á otro; por donde se verá tambien la dificultad que digimos que hay en corregir y avisar á otro.

(1) *Historia Eclesiástica, et Tripartita, part.* 2, *lib.* 7, *cap.* 6.

## CAPITULO VI.

**De la regla y constitucion, que tenemos en la Compañía, de descubrir las faltas de nuestros hermanos inmediatamente al superior.**

La regla nona del Sumario de nuestras Constituciones dice asi: «Para mas aprovecharse en espíritu, y especialmente para mayor bajeza y humildad propia, deben todos contentarse que todos los errores y faltas y cualesquiera cosas que se notaren y supieren suyas, sean manifestadas á sus mayores por cualquiera persona que fue-

ra de confesion las supiere (1).» Por fundamento de lo que habemos de decir, es bien que sepan todos que aunque todas nuestras Constituciones están aprobadas y confirmadas por los Sumos Pontífices, y se puso al principio de ellas la cláusula del *motu proprio* de Gregorio XIII, en que se aprueban; pero esta regla y constitucion de la correccion fraterna fué aprobada en particular por el Sumo Pontífice y en juicio contradictorio, que es calidad particular; porque en Roma, un sacerdote que habia sido de la Compañía y fué despedido de ella por inquieto y revoltoso, imprimió un pedazo de la suma del cardenal Toledo, y en ella hizo un capítulo diciendo que cierta Religion, á quien él deseaba servir por haber en ella hombres doctos, tenia esta Regla contra el Evangelio (2), de que inmediatamente se descubriesen las faltas al superior, sin avisar primero á la persona, y que esto tenia muchos inconvenientes. El P. Everardo Mercuriano, que era entonces general, se quejó al Papa, y Su Santidad quiso ver el libro y la regla nuestra, é informóse del modo como se practicaba en la Compañía; y declaró que no solo no era esta regla contra el Evangelio, pero que estaba muy lejos de estar sujeta á calumnia, y que contenia evangélica y apostólica perfeccion: y mandó que aquella parte del libro se prohibiese, como lo hizo el cardenal Sirleto, á quien esto pertenecia (3).

Con esto quedaba suficientemente justificada esta regla; pero para mayor satisfaccion y consuelo nuestro, dejando las disputas y razones escolásticas para las escuelas, trataremos aqui dos cosas: lo primero, la importancia y necesidad de esta regla; lo segundo, algunas razones que muestran y declaran cuán puesta en razon está. Cuanto á lo primero, la importancia y necesidad de esta regla se entenderá bien por otra que tenemos de mucha importancia, que es la que dijimos en el tratado pasado (1), de dar al superior cuenta de la conciencia; porque todas las razones y conveniencias que trae nuestro bienaventurado Padre en las Constituciones, para manifestar y declarar cada uno al superior su propia conciencia, todas concurren en esta regla y prueban la importancia y necesidad de ella: las cuales digimos alli largamente, y se pueden reducir á dos cabezas: la primera, para que los superiores le puedan mejor regir y enderezar y curar; la segunda, para que asi el superior pueda ordenar y proveer mejor lo que mas conviniere al cuerpo universal de la Compañía. Pues por estas mismas razones juzgó nuestro Padre que era muy importante que el superior fuese avisado de vuestras faltas y defectos por cualquiera que fuera de confesion las supiese. Quiso tener un fiador en esta parte, por si vos os descuidásedes en lo que sois obligado y tanto importa para vuestro bien y para el bien universal de la Compañía; y asi en esto hace vuestro hermano lo que vos habiades y estais obligado á hacer conforme á vuestro instituto. Todo es para mayor bien vuestro y de la Religion, y para que andemos mas seguros en nuestros ministerios y que los superiores no pongan á nadie á peligro de quebrar.

Cuanto á lo segundo, muchas razones se pueden traer en confirmacion y justificacion de esta regla. Y sea la primera, el uso que de esto hay en otras religiones antiguas. En la Religion del bienaventurado San Francisco tienen este mismo orden que tiene la Compañía, de que se digan las fal-

(1) Cap. 4. *Exam.* §. 8.
(2) Matth. VIII, 15.
(3) Refiérelo el P. M. Gil Gonzalez, en sus *Pláticas espirituales*, como testigo de vista, porque era entonces asistente en Roma.

(1) Trat. 7, cap. 1.

tas al superior sin que preceda admonicion del hermano, como se ve en el libro que se llama *Serena conciencia*, en la cuestion ciento y cuatro: y en unos estatutos generales que llaman de Barcelona (porque se hicieron en un capítulo general suyo, hecho en Barcelona, año de mil cuatrocientos y cincuenta y uno), se dice que cuando salen algunos fuera del monasterio, despues cuando vuelven, han de decir al prelado las cosas graves que hubieren acaecido á sus compañeros; y que el que no lo hiciere asi, sea castigado con ayunos de pan y agua, ó con otras penitencias, á arbitrio del superior. Y lo mismo se dice en los estatutos mas antiguos de la Religion, en el capítulo quinto; y siendo general el glorioso San Buenaventura, en un capítulo general, de consentimiento de todo el capítulo, se confirmó y aprobó esto mismo; y se determinó que la doctrina contraria se desterrase de la Religion como pestífera y destruidora de toda la disciplina regular; y que el que fuese osado á enseñarla, fuese privado de los libros y de voz activa y pasiva y hasta ser encarcelado.

Y para que se vea cuán antigua es esta doctrina y cuán recibida fué siempre de los que trataban de perfeccion, Esmaragdo abad trae un decreto de Estéfano y Paulo, abades antiguos, que dice de esta manera: «Si alguno viere á otro hacer ó decir alguna cosa mala, y no lo dijere luego al superior sin dilacion, entienda que es fautor y ayudador de aquel pecado, y que es como si él pecara é hiciera aquello; porque no carece de sospecha de cómplice del pecado quien pudiéndolo remediar no lo remedia. Y entienda, dice, que es enemigo cruel, no solo de su ánima, sino de la de aquel á quien encubre, porque le hace obras de enemigo (1).» Y luego pone otro decreto que dice así: «Si alguno supiere que otro trata de huir del monasterio, y no le descubriere luego, no dude sino que es participante de su perdicion; y sea este tal apartado de la comunicacion y trato de los demas religiosos, hasta que el otro se reduzga (1).» De manera que no es esta cosa nueva, ni propia y particular nuestra, sino muy antigua y comun á otras religiones; y este uso de las Religiones se funda en el fin del mismo precepto de la correccion fraterna, que es la enmienda y remedio de mi hermano: el cual comunmente se espera que se conseguirá por medio del superior y no por medio del particular.

Lo segundo, con que se justifica esta regla y se declara que no hay en ella tanto rigor ni tanta dificultad como algunos han imaginado, es que lo que nos manda y se usa en la Compañía, es decir la falta de nuestro hermano al superior como á padre espiritual, para que él con su paternal caridad y amor le corrija, y el que habia caido; ó estaba para caer, se levante y enmiende; como lo declaró tambien la regla veinte de las comunes, que dice así: «El que supiere alguna grave tentacion de alguno, avise de ello al superior para que él con su paternal cuidado y providencia le pueda poner conveniente remedio (2).» De manera, que no se dice la culpa del otro al superior como á juez, ni de manera que pueda proceder por eso á castigo; sino como á Padre que puede aprovechar y no dañar,

(1) Si quis alterum in quacunque parte viderit illicitum quid operari, vel sermonem facientem, et distulerit Priori publicare, cognoscat se esse nutritorem peccati; et per omnia aequalem peccanti: quia et animae suae, et illius, quem tegit, est durissimus inimicus. *Esmaragd. abbas, in comentariis sup. Regul. S. Benedict. cap.* 23.

(1) Si quis autem qui districtionem monasterii non ferens, fugam meditari cognoverit, et non statim prodiderit, perditionis illius participem se esse non dubitet, et tamdiu a conventu Fratrum sequestrandus est, quamdiu ille valeat revocari. *Esmarag. ibidem, cap.* 24.

(2) Regul. 20 *communium.*

para que se ponga en ello el remedio que conviene y se prevengan los inconvenientes que se podian seguir si no se supiese y remediase (1).

Lo tercero, confirmaba esto el P. Maestro Nadal, varon insigne en letras y virtud, con una buena razon. Vemos, dice, en la Iglesia de Dios, asi en el gobierno eclesiástico como en el seglar, que para las elecciones de oficios se hace inquisicion de cosas muy secretas, segun la calidad que requieren los oficios; porque aquello no se hace para proceder á castigo, aunque hallasen algo que lo mereciese; sino porque quiero saber de quién fio mi Iglesia, ó mi casa, ó mi hacienda, ó mi alma. Pues en la Compañía todos pueden ser elegidos para misiones, porque eso es propio de nuestro instituto, para las cuales se requiere una virtud muy sólida, no flaca y quebradiza que venga á perder y destruir el buen nombre de la Religion: luego puede el superior informarse y ser informado de esas cosas secretas y poner esta regla para ello, para que asi pueda acertar y no errar en una cosa de tanta importancia como esta y en que tanto os va á vos y á toda la Religion.

Lo cuarto, para que se vea más cuán puesta está en razon esta regla, pongamos en una balanza el daño que se os sigue á vos, de que se diga vuestra falta al superior como á Padre, y en otra los daños é inconvenientes que se siguen de que no se diga, y veamos cuál pesa mas: el daño vuestro es un poco de vergüenza ó una poca de honrilla que os parece que perdeis; pero el daño que se puede y suele seguir, cuando no se descubren estas cosas al superior, es primeramente quedarse el mal por remediar; y como no se remedia ni se ataja, suele ir creciendo y aun cundiendo y pegándose á otros: y más, suélese seguir de esto deshonra vuestra y nota é infamia de la Religion, porque al fin tarde ó temprano, por aquí ó por allí, todo se viene á saber (1). Y lo que antes se pudiera remediar muy fácilmente con agua bendita, si lo dijérades al superior al principio, como se lo habiades de decir, será menester despues venir á remediarlo con cauterios de fuego y cortando y despidiendo. Harto mas pesa esto que un poco de vergüenza ó una poca de honrilla que os parece que perdeis en que el superior sepa vuestra falta. Y asi digo, que no solamente no hace uno contra la caridad en descubrir al superior la falta de su hermano, sino que hay obligacion de hacerlo y escrúpulo en no lo hacer; y tan grande, que puede llegar algunas veces á ser pecado mortal: no por virtud de la regla, porque nuestras reglas no obligan á pecado, como dijimos arriba, sino por la gravedad de la cosa y por los inconvenientes y daños grandes que de ello se pueden y suelen seguir, de los cuales es causa el que los pudo prevenir avisando con tiempo y no lo hizo debiéndolo hacer.

Dice el bienaventurado San Basilio, exhortando á esto: «Ocultar el pecado de vuestro hermano, y no querer manifestarlo al superior, no es otra cosa sino ayudar á morir mas presto al enfermo que se va á la muerte (2).» Porque el pecado encubierto y disimulado es como una postema interior que va cundiendo hácia dentro hasta llegar al corazon y matar; y asi como nos haria muy buena obra el que nos abriese la postema y echase fuera aquella ponzoña que estaba allí encerrada, aunque fuese con algun dolor nuestro; y por el contrario,

(1) P. Francisco Suarez, *disputat.* 34 *de Poenitentia, sect.* 4, *num.* 22, *tom.* 4.

(1) Nihil occultum, quod non reveletur.

(2) Peccatum occultare, nihil aliud est, quam aegrum sua sponte ad mortem ruentem impellere, et procliviorem reddere. *Basil. in Regul. fusius disputatis, num.* 46.

el que socolor de compasion no quisiese abrir la postema y echar fuera aquella materia y podre, nos haria obra de enemigo; asi, dice San Basilio, no hace obra de amigo, sino de enemigo, el que encubre la falta de su hermano y no la quiere manifestar al superior como á médico y padre para que le cure y remedie, porque eso es ayudarle á morir.

San Agustin tratando de esto dice: «No penseis que haceis mal cuando descubrís esto al superior; antes haceis mal, cuando descubriendo á vuestro hermano, le podíades corregir, y por callar y disimular le dejais perecer; porque si él tuviese una llaga en el cuerpo, y la quisiese ocultar por temor del cauterio, ¿no seria crueldad si vos la callásedes, y obra de caridad y de misericordia si la manifestásedes? ¿pues cuánto mas será en las llagas interiores del alma (1)?»

Y asi no es ley de caridad la disimulacion que algunos suelen tener por guardar la ley que ellos llaman de hombres de bien. Hay algunos que toman por punto de honra y de buen término el no ir con faltas agenas al superior, y sienten mucha dificultad en avisar de ellas porque les parece caso de menos valer; y dicen que no quieren andar con chismerías, ni hacer mal á nadie, ni ponerle mal con el superior. No es ese espíritu de Religion, y mucho menos de la Compañía; sino leyes de mundo, malos fueros, confidencias y amistades seglares y muy perjudiciales á la Religion. No es eso andar con chismerías, ni hacer mal á vuestro hermano, sino bien; y lo contrario es hacerle mal á él y á la Religion. ¿En qué razon cabe dejar de ser fiel á la Religion por hacer placer á otro? ¿A quién teneis mas obligacion, á aquel particular ó á la Religion? El ser encubridor y ser tenido por tal eso há uno de tener por afrenta y por caso de menos valer, no el ser leal á la Religion y guardar su regla. Y asi concluye San Basilio: «Por tanto, no haya nadie que encubra el pecado de su hermano, porque en lugar de amarle y hacerle bien, no sea causa que se acabe de perder (1).» No busqueis escondrijos para encubrir el mal y la enfermedad de vuestro hermano, sino manifestadla luego al médico que la ha de curar y remediar, antes que se haga incurable ó sea menester quemar y cortar; y ese será verdadero amor y verdadera caridad; porque de esa manera ganareis á vuestro hermano, y de esotra por ventura se perderá.

Estas razones y otras que traen los teólogos y los Santos, prueban bastantemente ser esta regla muy justa y santa, aunque el religioso no haga renunciacion alguna de su derecho, como no se hace en otras religiones. Pero en la Compañía hay, fuera de lo dicho, otra razon particular, que cuando uno quiere entrar en ella, le dan las reglas y un sumario de las Constituciones que ha de guardar, donde está esta regla, y le preguntan: si será contento de pasar por aquestas reglas, y en particular en esta misma regla se le pide su consentimiento para lo que en ella se dice; y lo mismo se le torna á proponer y preguntar cada seis meses en los dos primeros años del noviciado antes que sea admitido á los votos. Y el maestro de novicios tiene regla (2) de declarar á los novicios mas en particular las cosas que

(1) Nec vos judicetis esse malevolos, quando hoc indicatis; magis quippe nocentes estis, si fratres vestros, quos indicando corrigere potestis, tacendo perire permittitis. Si enim frater tuus vulnus habet in corpore, quod velit occultari, cum timet secari; nonne crudeliter a te sileretur, et misericorditer indicaretur? quanto ergo potius debes manifestare, ne deterius putrescat in corde? *Aug. Regul.* 3, *cap.* 23, *tom.* 1 *in fine.*

(1) Nemo sit ergo, qui aut peccato alterius latebras quaerat, ne pro amore, quem fratri debet, exitium illi conciliet. *Basil. ubi supra.*

(2) Regul. 15 *magistri novitiorum.*

despues les podrian hacer alguna dificultad, entre las cuales se especifica esta: y lo hace asi, y ellos dicen que son contentos de pasar por esto para mas aprovecharse en espíritu y para mayor bajeza y humildad propia, como dice la regla, que es otra particularidad que ayuda á allanar mas esto. Y cosa cierta es que puede cada uno, cuando entra en Religion, por mayor perfeccion ceder en esto de su derecho y consentir que todas sus faltas sean manifestadas inmediatamente al superior sin que primero le avisen á él en particular; porque cada uno es señor ó administrador de su honra y fama, y por su bien y aprovechamiento espiritual la puede perder cerca del superior y de quien quisiere, mientras no hay alguna particular circunstancia que obligue á no perderla, como es cierto que aquí no la hay. Asi como él puede lícitamente manifestar al superior su pecado, por grave y secreto que sea, asi tambien puede dar licencia á otro que le manifieste. Pues esto hacen los que entran en la Compañía, por el consentimiento que habemos dicho que se les pide para hacer lo que se manda en la dicha regla, y ellos responden que le dan: lo cual no es otra cosa sino ceder á su derecho. Como si uno en confesion ó en secreto me dijese un pecado grave suyo, y yo le dijese: si para acertar mejor en el remedio queria ó era contento que lo tratase con mi superior, que era hombre muy docto y muy prudente, y él dijese: «yo soy contento;» claro está que por el tenor de estas palabras, cedia él el derecho que tenia de que su falta no se dijese á nadie, y que yo adquiria derecho para poderlo consultar con mi superior. Y añádese á lo dicho la práctica ordinaria que los novicios ven en la Compañía, de esta regla, por dos años, antes que hagan los votos: la cual noticia basta para que se entienda haber renunciado en esto su derecho, aunque en particular y espresamente no digan que le renuncian. Como el monje cartujo renuncia el derecho natural que tiene para conservar la vida, comiendo carne, por la práctica que de eso hay en su religion, aunque no diga en particular y espresamente que le renuncia, siendo mayor este derecho que el de conservar la fama. Y el que se ordena de orden sacro, renuncia el derecho de poder casarse y queda obligado con voto solemne de castidad, aunque en particular y espresamente no hace voto de ella. Y asi nuestro P. San Francisco de Borja, siendo General, respondió á algunas Congregaciones provinciales de España, que se lo preguntaron, que los que entraban en la Compañía renunciaban su derecho en esto (1). Y el General de la Compañía tiene autoridad apostólica para declarar nuestras Constituciones, como consta de nuestras bulas y privilegios. Finalmente, despues de esto escrito, se determinó lo que habemos dicho en la Congregacion sesta general, y se mandó se declarase asi á los novicios (2). Y como allí se nota, la Congregacion general tiene privilegio de la Sede apostólica para declarar las cosas dudosas de su Instituto. Y añade allí la Congregacion, que aquellas palabras de la regla (por cualquiera persona que fuera de confesion las supiere) se entiendan de aquellas cosas que otro notare y advirtiere, y no de las que ellos mismos comunicaren con otro en secreto y pidiendo consejo para ser enderezados ó ayudados.

Con esto quedan allanadas todas las dificultades y las ocasiones de queja que podia haber; porque al que sabe y es con-

(1) Refiérelo el P. M. Gil Gonzalez. *Plática* 15 sobre esta regla.

(2) Congreg. VI general. Societ. Jesu, decreto 49, can. 10 et 11; Decreto 35, can. 6.

tento de ello, no se le hace injuria (1). Ya os dijeron al principio, cuando os recibieron, que habia esto acá, y digistes que os holgábades de pasar por ello; si despues os sentís y agraviais de que vuestras faltas se digan al superior, no echeis la culpa á la regla ni á vuestro hermano que la guarda, ni os quejeis de eso, sino de vos, que habiendo de tener ahora mas virtud y humildad que al principio, teneis menos; pues no sentís la disposicion que entonces sentíades. En esto está todo el punto de la dificultad que algunos sienten en esta regla; y asi nuestro Padre puso en la misma regla el fundamento que es menester para ella, que es la humildad y deseo de aprovecharse en espíritu. Si esto tuviéremos, holgarémonos que se sepan nuestras faltas para ser tenidos en poco, cuanto mas para ser corregidos y avisados de ella, y muy poca virtud y humildad tendrá el que aun para esto no la tuviere.

## CAPITULO VII.

### De algunos avisos importantes en esta materia.

De lo dicho podemos colegir algunos avisos, asi para el que es corregido como para el que ha de corregir ó avisar. Lo primero, cuanto al que es corregido ó avisado, es menester advertir que es muy grande falta y arguye mucha imperfeccion, cuando el superior reprende ó avisa á uno de algun defecto, sentirse de ello y andar luego discurriendo é inquiriendo quién se lo diria al superior, y si dijo mas ó si lo exageraron mucho, y andarse quejando despues y dando satisfaccion al uno y al otro de que no fué así, ó que no fué tanto como aquello. Mayor falta es, y mas pierde y desedifica uno muchas veces con esto que con la misma falta; porque bien sabemos todos que sois hombres y que teneis faltas; pero cuando uno se resiente de esa manera, juzgámosle por mucho mas imperfecto; porque dá muestras de mucha soberbia, y dá ocasion para que sospechen de él que no trata de enmendarse ni de aprovechar, sino solamente de entretenerse y parecer bien en lo esterior y de ser tenido y estimado. Dice muy bien San Bernardo: «El que aun las faltas en que le cogen quiere encubrir y quizá algunas veces dice la mentirilla para escusarlas, ¿cómo creeré yo que manifestará las culpas ocultas que solo él las puede saber (1)?» El verdadero humilde que se conoce á sí y se tiene en lo que es, no se espanta de lo que dicen de él, ni se le hace nuevo nada, porque siempre él conoce en sí mayores faltas y le parece que le dicen poco en comparacion de lo que habia que decir. A vos paréceos vuestra falta menos de lo que es, y algunas veces ninguna, porque la mirais con ojos ciegos de propio amor; pero al otro, como la mira con ojos desapasionados, parécele mayor y lo que ella es en sí. Pero demos caso que el otro se hubiese alargado, porque á él le pareció asi, ¿no os acordais que cuando entrasteis en la Religion os preguntaron si seríades contento de sufrir injurias, y falsos testimonios, y afrentas de personas de dentro y de fuera; y dijisteis que sí? ¿cómo estais ya olvidado y arrepentido? Habíades-os de holgar de que el otro con buena intencion y sin culpa suya hubiese dicho mas de lo que pasó; y aunque el otro no lo hubiera dicho con buena intencion ni con buenas entrañas, os habíades de holgar por lo que á vos toca,

(1) Scienti, et volenti non fit injuria.

(1) Qui procaciter etiam aperta defendit, quomodo occultas, et malas cogitationes cordi suo advenientes humiliter revelabit abbati? *Bernard., de gradibus humilitatis, gradu* 8.

por vuestra mayor humillacion y por parecer é imitar á Cristo nuestro Señor; cuánto mas diciéndolo con buena intencion y entendiendo que dice verdad en lo que dice, porque así lo entendió él: de esta manera se gana mas con Dios y con los hombres tambien; y de esa otra manera, por donde pensais ganar perdeis.

Mucho mayor falta seria, si habiendo uno caido en quien pudo ir á decir aquello se lo fuese á decir á él y á quejarse por qué lo dijo ó por qué dijo mas, ó de otra manera de lo que fué, ó le mostrase ceño ó mal rostro, dándole á entender que está sentido de él por aquello. El que desea de veras enmendarse y aprovechar, antes querria que anduviesen muchos ojos sobre él, para que le ayudasen y obligasen mas á lo que desea, como lo deseaba San Bernardo: «¡Quién me diese, dice (1), que anduviesen cien pastores balando por mí! cuantos mas siento andar sobre mí, tanto ando mas seguro. ¡Oh locura digna de espanto! ¿que se atreva uno á encargarse de mucha multitud de almas agenas, y que no pueda sufrir que vele uno sobre la suya propia? Mas temo los dientes del lobo que el cayado del pastor.» Aquello es de temer, que el recuerdo y silvo del pastor no es sino de desear.

Cuanto al que ha de avisar, es menester advertir, lo primero, que el descubrir las faltas de vuestro hermano ha de ser al superior, inmediatamente, sin rodeos, como á Padre, y con el secreto que la culpa pidiere, para que él como Padre remedie y prevenga el daño que de allí se podia seguir. Y esto se debe advertir mucho, porque algunas veces podria acontecer no querer decir uno al superior las faltas y decirselas á otro particular que no las ha de remediar, lo cual seria muy mal hecho, porque seria murmurar.

Lo segundo, cuanto al modo de proceder en esta manifestacion, dice la regla (1) que ha de ser con debido amor y caridad, que son palabras que al Papa Gregorio XIII dieron mucha satisfaccion, cuando examinó estas reglas. El que quisiere acertar en esto, ha de mirar mucho no le mueva alguna pasion ó enviduela, ó que el celo indiscreto no le haga apresurar y pasar del pie á la mano, y hacer alguna relacion torcida, ó exagerar las cosas, haciendo de una mosca un elefante, ó de un particular un universal, ó vender por cierto lo que es sospecha y quizá antojo suyo, que es cosa de mucho escrúpulo y causa de muchas turbaciones.

Lo tercero, se ha de advertir que el que avisa no ha de dejar de hacer lo que debe aunque el otro no lo haga ni lleve aquello, como es razon. San Agustin, tratando que el que no recibe bien la correccion es como el loco frenético que resiste al médico y á la medicina, dice: «pero ¿qué habemos de hacer con él? ¿habemos por ventura de dejar por eso de curarle? no, en ninguna manera: porque aunque el frenético no quiera que le aten, ni le curen, y el que tiene modorra y sueño mortal no quiera que le despierten, todavía persevera la diligencia de la caridad, atando y curando al uno, y despertando al otro: ambos parece que se ofenden y reciben molestia y pesadumbre mientras están con aquella enfermedad; pero despues de sanos, agradecen el beneficio y bien que les han hecho (2).»

(1) Quis dabit mihi centum in mei custodiam deputari pastores? quanto plures sentio mei curam gerere, tanto securior exeo in pascua.—Stupenda insania! animarum non cunctor turbas mihi custodiendas colligere, et unum super propriam gravor habere custodem?—Plus timeo dentes lupi, quam virgam pastoris. *Bernardus, epist.* 42.

(1) Regul. 10, *Summarii.*

(2) Nam et frenetici nolunt ligari, et lethargici nolunt excitari, sed perseverat diligentia charitatis,

Asi habemos de esperar que lo hará tambien nuestro hermano, que aunque entonces, cuando le reprenden, se sienta; pero despues cuando vuelva sobre sí y considere aquello á sus solas y con Dios, echará de ver la razon, y vendrá á reconocer y agradecer el beneficio que se le hizo. Si á los animales brutos, aunque mas resistan, con todo eso los curan los hombres con mucho trabajo, y algunas veces con peligro suyo, de los cuales no esperan ningun agradecimiento, porque no tienen entendimiento para eso (1); ¿cuánto mayor razon será, dice el Santo (2), que curemos y corrijamos á nuestro hermano para que no perezca para siempre? Y al fin tiene entendimiento y podrá despues venir á reconocer y agradecer ese beneficio que le hicieron, conforme á aquello del Sábio: "El que corrige á otro despues recibirá las gracias de él mejor que el que lo aduló (3)." San Basilio trae (4) á este propósito aquello del Apóstol San Pablo á los de Corinto: «Esa pena y tristeza que tomais de la correccion, á mi me da alegría, porque veo que ha de parar en bien (5).» Eso que ahora da dolor, es causa de salud, porque hace tener cuidado y diligencia para adelante (6). Es tristeza segun Dios, porque es causa de enmienda. Pero direis que algunos se empeoran con la correccion y aviso: á esto responde muy bien San Agustin: «¿Por ventura háse de menospreciar la medicina, y hánse de dejar de curar los enfermos, porque algunos no sanen con ella (1)?» No por cierto: pues tampoco se ha de dejar la correccion porque algunos no se aprovechen de ella. Siempre el médico, asi espiritual como corporal, ha de hacer lo que es de su parte y lo que su arte le enseña, y no desauciar luego al enfermo, sino usar y probar sus medios.

Acerca del modo que se ha de tener en la correccion, dice San Basilio (2) que el que corrige á otro ha de imitar á los médicos, los cuales no se enojan con el enfermo, sino toda su guerra y tema es contra la enfermedad, y para esa ponen todos los medios y remedios. Asi, el que corrige no se ha de enojar ni indignar contra el que pecó, sino todo su cuidado y diligencia ha de poner en procurar quitar el defecto y vicio del ánima de su hermano. Y el modo que ha de tener en esto, dice el Santo que ha de ser el que tendria un Padre médico que curase á su hijo de una herida y llaga dolorosa: mirad con qué tiento y con qué blandura y suavidad le curaria; al fin, como quien siente el dolor del hijo como propio. Pues de esa misma manera, con ese tiento, blandura y suavidad ha de corregir el superior á sus súbditos, que son sus hijos espirituales, con espíritu de blandura, como dice San Pablo (3). Dice muy bien San Agustin: «El tirano que despedaza, y el verdugo que descuartiza, no tiene cuenta con las coyunturas, ni por dónde irá mejor; pero el que cura, considera primero muy bien por dónde ha de cortar, y va con mucho tiento y recato, porque

---

freneticum ligare, lethargicum stimulare, ambos amare.—Ambo offenduntur, sed ambo diliguntur, ambo molestantur; quamdiu aegri sunt, indignantur, sed ambo sanati gratulantur. *Aug. epist.* 167 *et epist.* 87 *ad Faelicitatem, et Rusticum.*

(1) Quibus non est intellectus. *Ps.* XXXI, 9.

(2) Aug. *epist.* 50 *ad Bonifacium.*

(3) Qui corripit hominem, gratiam postea inveniet apud eum, magis quam ille, qui per linguae blandimenta decipit. *Prov.* XXVIII, 22.

(4) Basilius *in regulis fusius disputatis, num.* 52.

(5) Et quis est, qui me laetificet, nisi qui contristatur ex me? *II. ad Cor.* II, 2.

(6) Ecce enim hoc ipsum, secundum Deum contristari vos, quantam in vobis operatur solicitudinem. *II. ad Cor.* VII, 11.

(1) Numquid ideo negligenda est medicina, quia nonnullorum est insanabilis pestilentia? *Aug. epist.* 48 *ad Vincentium.*

(2) Basilius *in Reg. fusius disputatis, num.* 50, *et* 51; *et in Reg. brev., numero* 9.

(3) In spiritu lenitatis. *Ad Galat.* VI, 1.

pretende sanar y no despedazar (1).» Pues de esa manera ha de ir el superior que pretende sanar al súbdito con la correccion y el aviso; y no lastimarle ni hacerle mal.

Esta es una cosa de mucha importancia y que la encomiendan mucho los Santos. «Guárdese mucho, dicen (2), el que corrige á otro, de mostrar alguna pasion, ira ó indignacion, porque echará á perder todo el negocio: no será eso curar y remediar al otro, sino empeorarle.» Y traen aquello del Apóstol: "Corrigiendo con mansedumbre á los que resisten á la verdad (1)." Con mansedumbre, dice; aunque otra letra dice «con modestia;» pero todo viene á ser uno; porque para corregir con modestia, es menester no mostrar pasion ni turbacion alguna. Finalmente, la correccion ha de ser con tan buen término y modo, y con tan buena gracia, que entienda el corregido que nace de entrañas de caridad y del deseo grande que se tiene de su bien, porque de esta manera suele ella ser de gran provecho.

(1) Qui trucidat, non considerat quemadmodum laniet; qui autem curat, considerat quemadmodum secet. *Augustinus, epist.* 48 *ad Vincentium.*

(2) *Part. II, trat.* 2, *cap.* 8.—Basilius, *in Reg. fusius disputatis, num.* 50.

(1) Cum mansuetudine corripientem eos, qui resistunt veritati. *II. ad Tim.* II, 25.

# INDICE

## DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE SEGUNDO TOMO.


TRATADO QUINTO.—*De la aficion desordenada de parientes.*

CAPÍTULO I. Cuanto le importa al religioso huir visitas de parientes y las idas á su tierra. . . . . 5

CAP. II. Que el religioso ha de evitar tambien, cuanto pudiere, el ser visitado de parientes y la comunicacion por cartas. . . . . 9

CAP. III. Que aunque sea con título de predicar, ha de huir el religioso el trato de parientes y las idas á su tierra. . . . . 11

CAP. IV. Que particularmente se ha de guardar mucho el religioso de ocuparse en negocios de parientes. 13

CAP. V. En que se confirma lo dicho con algunos ejemplos. . . . . 15

CAP. VI. De otros males y daños que causa la aficion á los parientes, y cómo nos enseñó Cristo nuestro Redentor el desvío de ellos. . . . . 16

CAP. VII. Cómo se suele disfrazar esta tentacion con título, no solo de piedad, sino de obligacion, y del remedio para esto. . . . . 18

TRATADO SESTO. — *De la tristeza y alegría.*

CAPÍTULO I. De los daños grandes que se siguen de la tristeza. . . . 20

CAP. II. En que se ponen algunas razones por las cuales nos conviene mucho servir á Dios con alegría. . 23

CAP. III. Que no han de bastar las culpas ordinarias en que caemos para quitarnos esta alegría. . . . . 26

CAP. IV. De las raices y causas de la tristeza, y sus remedios. . . . 27

CAP. V. Que es gran remedio para desechar la tristeza acudir á la oracion. . . . . 29

CAP. VI. De una raiz muy ordinaria de la tristeza, que es no andar uno como debe en el servicio de Dios y de la alegría grande que causa la buena conciencia. . . . . 31

CAP. VII. Que alguna tristeza hay buena y santa. . . . . 34

TRATADO SÉTIMO.—*Del tesoro y bienes grandes que tenemos en Cristo, y del modo que habemos de tener en meditar los Misterios de su Sagrada Pasion, y del fruto que habemos de sacar de ellos.*

CAPÍTULO I. Del tesoro y bienes grandes que tenemos en Cristo. . . . 37

CAP. II. Cuán provechosa y agradable sea á Dios la meditacion de la Pasion de Cristo nuestro Redentor. . 44

CAP. III. Del modo que habemos de tener en meditar la Pasion de Cristo nuestro Redentor, y del afecto de compasion que habemos de sacar de ella. . . . . 45

CAP. IV. Del afecto del dolor y contricion de nuestros pecados, que habemos de sacar de la meditacion de la Pasion de Cristo nuestro Señor. 48

CAP. V. Del afecto de amor de Dios. 51

Cap. VI. Del afecto de gratitud y hacimiento de gracias. . . . . 52
Cap. VII. De los afectos de admiracion y esperanza. . . . . 55
Cap. VIII. De la imitacion de Cristo que habemos de sacar de la meditacion de sus misterios. . . . . 57
Cap. IX. En que se confirma con algunos ejemplos cuán provechosa y agradable sea á Dios la meditacion de la Pasion de Cristo nuestro Redentor. . . . . 60

TRATADO OCTAVO.—*De la Sagrada Comunion y Santo Sacrificio de la Misa.*

Capítulo I. Del beneficio inestimable y amor grande que el Señor nos mostró en instituir este divino Sacramento. . . . . 62
Cap. II. De las escelencias y cosas maravillosas que la fé nos enseña que habemos de creer en este divino Sacramento. . . . . 65
Cap. III. Comiénzase á tratar de la preparacion que pide la escelencia y dignidad de este divino Sacramento. . . . . 71
Cap. IV. De la limpieza y puridad, no solo de pecados mortales, sino tambien de veniales é imperfecciones, con que nos habemos de llegar á la Sagrada Comunion. . . . . 72
Cap. V. De otra disposicion y preparacion mas particular con que nos habemos de llegar á este divino Sacramento. . . . . 74
Cap. VI. En que se ponen otras consideraciones y modos de prepararse para la Sagrada Comunion, muy provechosas. . . . . 77
Cap. VII. De lo que habemos de hacer despues de recibido este divino Sacramento, y cuál ha de ser el hacimiento de gracias. . . . . 79
Cap. VIII.—De otra manera de accion de gracias. . . . . 80
Cap. IX. Del fruto que habemos de sacar de la sagrada Comunion . . 81
Cap. X. Que el frecuentar la sagrada Comunion es gran remedio contra todas las tentaciones, y particularmente para conservar la castidad. . 83
Cap. XI. De otro fruto principal que habemos de sacar de la sagrada Comunion, que es unirnos y trasformarnos en Cristo . . . . . 85
Cap. XII. De otro fruto muy principal que habemos de sacar de la sagrada Comunion, que es ofrecernos y resignarnos enteramente en las manos de Dios. Y de la preparacion y hacimiento de gracias que conforme á esto habemos de hacer. . . . 87
Cap. XIII. Qué es la causa que, obrando este divino Sacramento tan maravillosos efectos, algunos que le frecuentan no los sienten en sí. . 91
Cap. XIV. Del santo sacrificio de la Misa. . . . . 93
Cap. XV. De qué manera se ha de oir la Misa. . . . . 99
Cap. XVI. Algunos ejemplos acerca de la devocion de oir Misa y decirla cada dia, y la reverencia con que habemos de estar en ella. . . . 105

## PARTE TERCERA.

**Del ejercicio de las virtudes que pertenecen al estado religioso, y otras cosas que ayudarán á la perfeccion.**

Al lector . . . . . 111

TRATADO PRIMERO.— *Del fin é instituto de la Compañía de Jesus, y de algunos medios que nos ayudarán á conseguirle, muy provechosos para todos.*

Cap. I. Cuál sea el fin é Instituto de la Compañía de Jesus. . . . . 113
Cap. II. De la excelencia de esta empresa de ganar almas, y de su grande mérito y valor. . . . . 116
Cap. III. Que esta empresa es de todos los de la Compañía, y todos tienen mucha parte en ella, aunque no sean sacerdotes. . . . . 119
Cap. IV. Cuán necesario sea para este fin fundarnos primero muy bien en virtud . . . . . 123
Cap. V. Que por los prójimos no nos habemos de descuidar de nosotros; antes por eso tenemos necesidad de andar con mas cuidado de nuestro aprovechamiento . . . . . 127

Cap. VI. Que nos habemos de guardar de otro estremo, que es retirarnos del trato de los prójimos socolor de atender á nosotros . . . . . 135
Cap. VII. De algunos remedios contra la pusilanimidad de los que por miedo de perderse se retiran de ayudar á los prójimos. . . . . 137
Cap. VIII. Del primer medio para hacer fruto en los prójimos, que es la buena y santa vida . . . . . 141
Cap. IX. Del segundo medio para ayudar á los prójimos, que es la oracion 147
Cap. X. Del tercer medio para aprovechar á los prójimos, que es el celo de las almas. . . . . 151
Cap. XI. Cuán eficáz medio sea este celo para ayudar y aprovechar á los prójimos . . . . . 153
Cap. XII. De tres cosas que nos ayudarán á tener este celo . . . . . 155
Cap. XIII. Cuál es el bueno y verdadero celo que agrada á Dios, y cuál no. . . . . 157
Cap. XIV. De otro medio para hacer bien nuestros ministerios, que es poner los ojos en lo interior de las almas y no en lo esterior que se parece de fuera . . . . . 161
Cap. XV. De otro medio para aprovechar á los prójimos, que es desconfiar de nosotros y poner toda nuestra confianza en Dios. . . . . 164
Cap. XVI. De la eficacia grande de este medio de confiar en Dios para alcanzar mercedes de su mano. 169
Cap. XVII. Cuánto desagrada á Dios la desconfianza . . . . . 172
Cap. XVIII. Que no habemos de desmayar ni desanimarnos, aunque veamos que se hace poco fruto en los prójimos . . . . . 173

TRATADO SEGUNDO.—*De los votos esenciales de la Religion y de los bienes grandes que hay en ella.*

Capítulo I. Que la perfeccion del religioso consiste en la perfecta guarda de los votos que hace de pobreza, castidad y obediencia. . . . . 179
Cap. II. Por qué se hacen y confirman estas cosas con voto. . . . . 181
Cap. III. De otros bienes y provechos grandes que trae consigo el obligarse con votos . . . . . 182
Cap. IV. Por qué llaman los Santos otro segundo bautismo y martirio á esta entrega que hace uno de sí á la Religion por estos tres votos. . 184
Cap. V. Que no se quita ni disminuye la libertad por los votos, antes se perfecciona. . . . . 186
Cap. VI. De los bienes grandes que hay en la Religion, y del agradecimiento que debemos á Dios por habernos traido á ella. . . . . 188
Cap. VII. Prosigue lo mismo que en el capítulo pasado. . . . . 194
Cap. VIII. De la renovacion de los votos que usa la Compañía, y del fin y fruto que con ella se pretende. 195
Cap. IX. Prosigue lo mismo que en el capítulo pasado. . . . . 198

TRATADO TERCERO.—*Del voto de la pobreza.*

Capítulo I. Que el voto de la pobreza es el fundamento de la perfeccion evangélica. . . . . 201
Cap. II. Del premio grande con que el Señor premia á los pobres de espíritu. . . . . 204
Cap. III. Que no solo en la otra vida sino tambien en esta paga Dios á los pobres de espíritu. . . . . 206
Cap. IV. En qué consiste la pobreza de espíritu. . . . . 208
Cap. V. De los religiosos que, habiendo dejado cosas mayores, se aficionan en la Religion á cosas menores. 212
Cap. VI. De tres grados de pobreza. 214
Cap. VII. De algunos medios para alcanzar la pobreza de espíritu y conservarnos en ella. . . . . 215
Cap. VIII. De otro medio que nos ayudará mucho para alcanzar la pobreza de espíritu y conservarnos en ella. . . . . 219
Cap. IX. En que se confirma lo dicho con algunos ejemplos. . . . . 221
Cap. X. A qué y cómo obliga al religioso el voto de la pobreza. . . 223
Cap. XI. En que se declara cómo es contra el voto de la pobreza reci-

bir ó dar alguna cosa sin licencia del superior, aunque la tal cosa no fuese de la casa. . . . . 226
Cap. XII. Desciéndese á algunos casos particulares, que son contra el voto de la pobreza. . . . . 228
Cap. XIII. Respóndese á una objecion con que se declara mucho esta materia. . . . . 231
Cap. XIV. Que el voto de la pobreza obliga á pecado mortal, y qué cantidad bastará para que lo sea. . . 233
Cap. XV. Si puede el religioso recibir dineros para repartir en obras pías sin licencia del superior, y cuándo pecará en esto contra el voto de la pobreza. . . . . 235
Cap. XVI. En que se confirma lo dicho con algunos ejemplos. . . . 238

TRATADO CUARTO.—*De la virtud de la castidad.*

Capitulo I. De la escelencia de la virtud de la castidad, y de los grados por donde habemos de subir á la perfeccion de ella. . . . . 240
Cap. II. Que para conservar la castidad es necesaria la mortificacion y guarda de los sentidos, y especialmente de los ojos. . . . . 243
Cap. III. Que en esta virtud de la castidad especialmente es necesario hacer mucho caso de cosas pequeñas. 245
Cap. IV. Que especialmente en la confesion habemos de hacer caso de cualquiera cosa que sea contra la castidad. . . . . 246
Cap. V. Cuán vehemente y peligrosa es la pasion del amor, y cuánto la debemos temer. . . . . 248
Cap. VI. De algunos remedios contra las tentaciones deshonestas. . . 251
Cap. VII. Que la penitencia y mortificacion de la carne es muy propio y principal remedio contra esta tentacion. . . . . 253
Cap. VIII. De otros remedios contra las tentaciones deshonestas. . . 257
Cap. IX. Del temor de Dios. . . . 259
Cap. X. De los bienes grandes que hay en este temor de Dios. . . . 263
Cap. XI. En que se confirma lo dicho con algunos ejemplos. . . . . 265

TRATADO QUINTO.—*De la virtud de la obediencia.*

Capitulo I. De la escelencia de la virtud de la obediencia. . . . . 267
Cap. II. De la necesidad que tenemos de la virtud de la obediencia. . . 271
Cap. III. Del primer grado de obediencia. . . . . 275
Cap. IV. Del segundo grado de obediencia. . . . . 277
Cap. V. Del tercero grado de obediencia. . . . . 280
Cap. VI De la obediencia ciega. . . 282
Cap. VII. De la obediencia que se ha de tener en las cosas espirituales. 286
Cap. VIII. En que se confirma lo dicho con algunos ejemplos. . . . 290
Cap. IX. De dónde nace el tener juicios contra la obediencia y de qué medios nos ayudaremos contra ellos. 293
Cap. X. Declárase tres razones que da el Apóstol San Pablo para obedecer. . . . . 298
Cap. XI. De un medio muy principal y eficaz para alcanzar la perfeccion de la virtud de la obediencia, que es obedecer al superior como á Cristo nuestro Señor. . . . . 302
Cap. XII. Que este medio, de obedecer al superior como á Cristo, es necesario para alcanzar la virtud de la obediencia. . . . . 306
Cap. XIII. De otros bienes grandes que hay en obedecer al superior como á Cristo. . . . . 308
Cap. XIV. Que toma Dios por suya la injuria y murmuracion contra el superior. . . . . 309
Cap. XV. Que la obediencia no quita el proponer, y el modo que se ha de tener en esto. . . . . 312
Cap. XVI. De la solicitud demasiada de lo que toca al cuerpo, y cuánto conviene huir en esto las singularidades. . . . . 316
Cap. XVII. Respóndese al escrúpulo de la obligacion de mirar por la salud. . . . . 319
Cap. XVIII. En que se confirma lo dicho con algunos ejemplos. . . 323

TRATADO SESTO.—*De la observancia de las Reglas.*

Capítulo I. De la merced y beneficio grande que nos hizo el Señor en cercarnos con Reglas. . . . . 325
Cap. II. Que nuestra perfeccion consiste en la observancia de las Reglas. 327
Cap. III. Que nuestras Reglas no obligan á pecado; pero no habemos de tomar de ahí ocasion para dejarlas de guardar. . . . . 329
Cap. IV. Que el ser cosa pequeña la que manda la Regla, no escusa, antes acusa mas al que no la guarda. 330
Cap. V. Del daño grande que se sigue de hacer poco caso de las Reglas, aunque sea en cosas pequeñas. . 332
Cap. VI. De los bienes grandes que se siguen de guardar las Reglas y hacer mucho caso de ellas, aunque sea en cosas pequeñas. . . . 334
Cap. VII. En que se confirma lo dicho con algunos ejemplos. . . . . 336
Cap. VIII. De algunas otras cosas que suelen ser causa de faltar en las Reglas, y del remedio para ellas. . 339
Cap. IX. De otros medios que nos ayudarán para guardar las Reglas. 341

TRATADO SÉTIMO.—*De la claridad que se ha de tener con los superiores y padres espirituales dándoles entera cuenta de la conciencia.*

Capítulo I. Cuán importante y necesario es andar con claridad con nuestros superiores. . . . . 345
Cap. II. Cuán gran descanso y consuelo es andar uno con claridad con su superior y padre espiritual, y los bienes y provechos grandes que hay en ello. . . . . 349
Cap. III. Que el descubrir las tentaciones al superior ó padre espiritual, es medio muy eficaz contra ellas. . 352
Cap. IV. Que ninguno ha de dejar de descubrir sus tentaciones á su padre espiritual, por parecerle que ya sabe los remedios que le ha de dar. . 356
Cap. V. Que ninguno ha de dejar de manifestar las cosas por parecerle pequeñas. . . . . 357
Cap. VI. Comiénzase á satisfacer á las dificultades que suelen impedir esta claridad. . . . . 359
Cap. VII. Satisfácese á la dificultad principal que suele impedir esta claridad. . . . . 360
Cap. VIII. Respóndese por otra via á la dificultad pasada. . . . . 364
Cap. IX. Que debemos mucho á Dios por habernos hecho tan fácil y tan suave en la Compañía el dar cuenta de la conciencia, y de las causas de esta facilidad y suavidad. . . . 366
Cap. X. Del modo que habemos de tener en dar cuenta de la conciencia. 369
Cap. XI. En que se responde á algunas dudas que resultan de lo dicho. 373

TRATADO OCTAVO.—*De la correccion fraterna.*

Capítulo I. Que la correccion es señal de amor; y del bien grande que hay en ella. . . . . 377
Cap. II. Que la causa de no recibir bien la correccion es la soberbia. . 380
Cap. III. De los inconvenientes y daños que se siguen de no recibir bien la correccion. . . . . 381
Cap. IV. Cuánto importa recibir bien la correccion y el aviso. . . . 382
Cap. V. En que se confirma lo dicho con algunos egemplos. . . . . 385
Cap. VI. De la regla y constitucion, que tenemos en la Compañía, de descubrir las faltas de nuestros hermanos inmediatamente al superior. 386
Cap. VII. De algunos avisos importantes en esta materia. . . . 392

TRATADO SESTO.—De la observancia de las Reglas.

Capítulo I. De la merced y beneficio grande que nos hizo el Señor en cercarnos con Reglas. . . . 325

Cap. II. Que nuestra perfección consiste en la observancia de las Reglas. 327

Cap. III. Que nuestras Reglas no obligan á pecado; pero no habemos de tomar de ahí ocasion para dejarlas de guardar. . . . . 329

Cap. IV. Que el ser cosa pequeña la que manda la Regla, no escusa, antes acusa mas al que no la guarda. 330

Cap. V. Del daño grande que se sigue de hacer poco caso de las Reglas, aunque sea en cosas pequeñas. . 332

Cap. VI. De los bienes grandes que se siguen de guardar las Reglas y hacer mucho caso de ellas, aunque sea en cosas pequeñas. 334

Cap. VII. En que se confirma lo dicho con algunos ejemplos. . . . 336

Cap. VIII. De algunas otras cosas que suelen ser causa de faltar en las Reglas, y del remedio para ellas. . 339

Cap. IX. De otros medios que nos ayudarán para guardar las Reglas. 341

TRATADO SÉTIMO.—De la obediencia que se ha de tener con los superiores y padres espirituales, dándoles entera cuenta de la conciencia.

Capítulo I. Cuán importante y necesario es andar con claridad con nuestros superiores. . . . . 345

Cap. II. Cuán gran desconsuelo y consuelo es andar uno con claridad con su superior y padre espiritual, y los bienes y provechos grandes que hay en ello. . . . . 347

Cap. III. Que el descubrir las tentaciones y pensamientos al superior ó padre espiritual, es medio muy eficaz contra ellas. 352

Cap. IV. Que ninguno ha de dejar de descubrir sus tentaciones á su padre espiritual, por parecerle que ya sabe los remedios que le ha de dar. 356

Cap. V. Que ninguno ha de dejar de manifestar las cosas por parecerle pequeñas. . . . . 357

Cap. VI. Comiénzanse á satisfacer á las dificultades que suelen impedir esta claridad. . . . . 359

Cap. VII. Satisfácese á la dificultad principal que suele impedir esta claridad. . . . . 360

Cap. VIII. Respóndese por otra vía á la dificultad pasada. . . . . 364

Cap. IX. Que debemos mucho á Dios por habernos hecho tan fácil y tan suave en la Compañía el dar cuenta de la conciencia, y de las causas de esta facilidad y suavidad. . . . 366

Cap. X. Del modo que habemos de tener en dar cuenta de la conciencia. 369

Cap. XI. En que se responde á algunas dudas que resultan de lo dicho. 373

TRATADO OCTAVO.—De la corrección fraterna.

Capítulo I. Que la corrección es señal de amor; y del bien grande que hay en ella. . . . . 377

Cap. II. Que la causa de no recibir bien la corrección es la soberbia. 380

Cap. III. De los inconvenientes y daños que se siguen de no recibir bien la corrección. . . . . 381

Cap. IV. Cuánto importa recibir bien la corrección y el aviso. . . . 382

Cap. V. En que se confirma lo dicho con algunos ejemplos. . . . . 385

Cap. VI. De la regla y consideración que tenemos en la Compañía de descubrir las faltas de nuestros hermanos inmediatamente al superior. 386

Cap. VII. De algunos avisos importantes en esta materia. . . . . 392

# INDICE

## de las cosas mas principales que se contienen en esta obra (1).


*Abstinencia.*

Esto es lo primero que enseñaban aquellos padres antiguos á los que comenzaban. Tomo I, pág. 80.

Cuán sutilmente se entra el vicio de la gula. I, 75.

De qué manera ha de tomar el siervo de Dios el mantenimiento necesario. I, 91, 391.

Un medio de que se ayudaba un monge para guardar la abstinencia. I, 65.

Cómo se ha de dividir y tomar por partes esta virtud para traer examen particular de ella. I, 245.

En qué consiste la virtud de la templanza. I, 451.

A dónde lleva á uno la gula. I, 587.

La abstinencia grande del abad Palemon, y un medio muy bueno para ella. II, 61.

La abstinencia que tenia una Santa cuando comulgaba. II, 81.

Por nombre de ayuno se entiende todo género de penitencia. I, 357.

*Aficion y deseo de la virtud.*

Es tan principal medio este para alcanzar la virtud que de ahí pende toda nuestra medrad, 9.

Del que no tuviere esta aficion y deseo, poca esperanza hay. I, 6.

Cuando la virtud no sale del verdadero deseo del corazon no puede durar. I, 7.

Esta aficion y deseo es medio y disposicion principal para que el Señor nos dé la virtud y perfeccion que deseamos. I, 9, 11.

Quiere Dios que lo deseemos, para que cuando nos lo diere, lo sepamos estimar. I, 11.—(*Véase la palabra* Perfeccion.)

*Aficion á parientes.*

Con qué amor se deben amar los parientes. II, 5.

Cuánto le importa al religioso huir el trato y conversacion de parientes y escusar sus visitas y las idas á su tierra. II, 6, 19. Aunque sea con título de predicar. II, 11. Y el ser visitado de ellos. II, 9. Y la comunicacion por cartas. II, 10.

Cuando los parientes ó seglares piden semejantes cosas, en manos del particular está el deshacerlo. II, 8, 10.

Háse de guardar mucho el religioso de ocuparse en negocios de parientes. II, 13.

No es escusa de esto decir que ya ha pasado por la obediencia II. 8, 14.

Algunos ejemplos con que se confirma lo dicho. II, 15.

La aficion á parientes suele hacer á algunos que hurten de la Religion para socorrerlos, y cuánto suele cegar esta aficion. II, 16.

Aunque uno no hurte á la Religion sino el tiempo que gasta en negocios de parientes, es mucho. II, 17.

Cómo nos enseñó Cristo nuestro Redentor el desvío de parientes con palabras y ejemplos. II, 17.

Los parientes son nuestros enemigos, y los habemos de tener un ódio santo como á nosotros mismos. II, 17.

Cómo se suele disfrazar esta tentacion con título no solo de piedad sino de obligacion, y el remedio para ello. II, 18.

Lo que puede uno hacer con los estraños muchas veces no conviene hacer con los parientes. II, 19.

Cuando fuese menester ayudar uno en


(1) El número romano indica el tomo; los arábigos las páginas.

algo á sus parientes, es mejor y mas seguro hacerlo por medio de otro. II, 19.

Lejos están del espíritu de religiosos los que quieren y procuran que sus padres ó parientes sean mas de lo que fueran si ellos no fueran religiosos. II, 19.

*Agradecimiento.*

Cuán bueno y provechoso sea. II, 52.

En qué consiste. II, 53.

Tres maneras de agradecimiento; y cuál es el mejor. II, 53.

Cada uno ha de agradecer los beneficios como si á él solo se hicieran. II, 54.

Cuánto estima el Señor que seamos agradecidos á sus beneficios. II, 52.

El pedirnos este agradecimiento es por nuestro mayor bien. II, 54.

La gratitud nos hace dignos de nuevos beneficios, la ingratitud indignos. II, 54.

*Alegría.*

Conviénenos mucho andar siempre con alegría en el servicio de Dios, porque así lo quiere él. II, 23.

Redunda en mucha honra y gloria suya, II, 23; en provecho y edificacion de los prójimos y abono de la virtud. II, 24.

La alegría da fuerzas para obrar, hace la obra de mayor mérito y valor, y dá esperanzas de perseverancia. II, 25.

Medios para andar alegre, vivir bien. I, 385; II, 31; estar indiferente para todo, y poner su contento en hacer la voluntad de Dios. II, 28; tener mortificadas las pasiones. I, 383.

No han de bastar las culpas ordinarias para quitarnos esta alegría. II, 26.

La verdadera alegría está en el corazon, II, 31.

Cuál ha de ser la alegría esterior de los siervos de Dios. II, 25, 36. (*V. Tristeza*).

*Amar á Dios.*

En esto consiste la perfeccion. I, 262, 294, 369, 422.

Este es el primero y mayor de todos los mandamientos. I, 23.

Su última perfeccion no es de esta vida, sino de la otra. I, 23.

Por qué nos le puso Dios por el primero. I, 23.

La grandeza de Dios resplandece mucho en que ningun servicio, por grande que sea, es grande delante de él, si no es grande el amor. I, 95.

Este fuego nos ha de hacer subir y crecer, y lo que por él se hace dura. I, 7, 8,

Poder amar á Dios es gran beneficio. I, 182, 183.

No nos pide Dios amor tierno, sino fuerte y apreciativo. I, 197.

Si quiero ser amigo de Dios luego lo puedo ser. I, 225.

El amor de Dios no consiste en palabras sino en obras, y cuanto las obras son mas dificultosas tanto mas manifiestan el amor. I, 268, 269.

Cuál es el verdadero y perfecto amor de Dios. I, 96, 266, 293.

Tres grados por los cuales podemos ir subiendo á grande y perfecto amor de Dios. I, 101.

Otros tres grados de amor de Dios. I, 312.

La contemplacion es hija del amor y su fin es amor. I, 321.

Un ejercicio muy alto y muy perfecto de amor de Dios. I, 347.

Cuán encomendado y repetido es este ejercicio en la Escritura divina. I, 350.

Cómo nos podemos estender mas en este ejercicio. I, 352.

Cómo se puede tambien ejercitar este ejercicio de amor con la Sacratísima Humanidad de Cristo nuestro Señor y con la gloriosa Virgen Madre suya y con los Santos; y es muy buena devocion en sus fiestas y nos la enseña la Iglesia. I, 352.

Lo que nos moverá á amar á Dios. II, 51.

Habemos de mostrar á Dios el amor con obras que sean costosas. II, 52.

En ofrecernos y resignarnos del todo en las manos de Dios se muestra mucho el verdadero amor. II, 52.

El amor hace las cosas fáciles. I, 406.

El amor es fuerte como la muerte. I, 407.

*Amistades particulares.*

Son condenadas de los Santos. II, 216.

Suélense fomentar con donecillos. II, 218.

Es gran remedio de ellas huir el trato. II, 250. (*V. Amor.*)

Traen consigo muchos inconvenientes. I, 137, 245.

Remedios contra esta tentacion. I, 148, 247.

*Amor.*

Cuán vehemente y peligrosa es la pasion del amor, y cuanto la debemos temer. II, 248.

Aunque el amor parezca bueno y sea con personas de mucha virtud, se ha de temer mucho. II, 250.

El amor espiritual suele fácilmente convertirse en sensual. II, 250.

Algunos se suelen cegar en esto con decir que no les pasa por pensamiento cosa ninguna mala. II, 250.

No hemos de poner los ojos en los cuerpos ni en la apariencia esterior. II, 161.

*Amor de Dios con los hombres.*

Cuán grande fué. II, 51, 54, 65.

Por qué se llama esceso de amor. II, 51.

Cómo nos mostró el amor con obras y muy costosas. II, 51.

Amó Dios tanto á los hombres que dió á su Unigénito Hijo para que padeciese y muriese por ellos. I, 269, 285.

Fué tan grande su amor que le hizo abajar é igualarse con los hombres; y nos llama ya no siervos sino amigos. I, 120.

Muéstrase mucho su amor en que no podemos amar á Dios sin amar al prójimo, ni ofender al prójimo sin ofender á Dios. I, 115.

No hay entrañas de amor que se puedan comparar á las que Dios tiene con nosotros. I, 285.

*Amor á enemigos.*

Algunas razones sacadas de la Sagrada Escritura para amar los enemigos. I, 115.

Habemos de ser fáciles en pedir perdon y en perdonar y prevenir en esto al otro sin mirar en puntos. I, 135.

No ha de quedar en nosotros aversion ni amargura ninguna contra el que nos ofendió, sino perdonar de corazon y olvidar las injurias como Dios hace con nosotros. I, 136, 138.

Ejemplo notable de uno que no queria perdonar. I, 158.

*Amor de los prójimos.*

Cuál es la verdadera prueba de él. II, 153.

Lícito y santo es ponerse á peligro de muerte, no solamente por la salud espiritual de los prójimos, sino tambien por la temporal. II, 154.

*Angel.*

Cuál fué el pecado de los ángeles. I, 533.

Cada uno trae un ángel de guarda, y tambien un demonio que le solicita á mal. I, 595.

Los ángeles interceden por nosotros. II, 103.

*Antonio abad.*

Miraba en cada uno aquello en que mas resplandecia para imitarlo. I, 55.

Poníase en oracion á la tarde y estaba en ella hasta que el sol esotro dia le daba en los ojos y quejábase del sol porque madrugaba tanto. I, 164.

Confundíase de ver la santidad de Paulo. I, 26.

No temia á los demonios ni á las bestias. I, 286.

*Arsenio abad.*

Preguntábase á sí mismo muchas veces: ¿Arsenio, Arsenio, á qué viniste á la Religion? I, 40.

Tomaba un dia cada semana para darse mas á la oracion. I, 213.

*Ausilio de Dios.*

Es necesario y suficiente para no caer, nunca le niega Dios á nadie. I, 28.

El especial y eficaz no le da á todos. I, 29.

Hácese uno indigno de este ausilio especial y eficaz, no solamente por los pecados mortales, sino tambien por los veniales y por sus faltas é imperfecciones. I, 30, 34.

Hácese digno de él por la buena vida, y cuánto nos importa esto y no le desmerecer. I, 29.

*Beneficios.*

El que usa bien de los beneficios recibidos se hace digno de otros nuevos; y el que mal, indigno. I, 33.

En la oracion nos habemos de ejercitar

en el agradecimiento de los beneficios recibidos. I, 186.

El acordarnos de los beneficios recibidos nos ha de ser ocasion para sentir mas los pecados cometidos. I, 256.

*Bernardo abad.*

Siempre se tenia por novicio y era el primero en los ejercicios comunes y humildes. I, 39.

No juzgaba, antes escusaba á los que se exentaban de ellos. I, 39.

Traia siempre en el corazon, y muchas veces hablando consigo mismo decia: «Bernardo, Bernardo, ¿á qué viniste á la Religion?» I, 40.

Cómo deseaba la muerte por estar seguro de no ofender á Dios. I, 320.

*Bienes y deleites temporales.*

No pueden hartar nuestra alma. I, 12.

Dánse algunas razones de esto. I, 273, 274.

En gustando uno de Dios todas las cosas del mundo le parecen desabridas, I, 12.

Para que hagamos poco caso de ellos quiso el Señor que nos fuese incierta la hora de la muerte. I, 64.

*Caridad fraterna.*

Cuán escelente cosa es. I, 105.

Cómo edifica y trae á la Religion, I, 106.

Cuánto la estima Dios, y cuán encomendada nos la dejó. I, 107, 115.

Por qué se llama nuevo este mandamiento. I, 107.

San Juan Evangelista, ya muy viejo, no predicaba otra cosa. I, 108.

En esto quiere el Señor que nos conozcan por discípulos suyos. I, 108.

Esto quiere que baste para convencer al mundo de la verdad de nuestra fé. I, 108.

Cuando en una comunidad hay esta union, es señal que Dios la ama con amor singular. I, 109.

No hay cosa en la tierra que tan al vivo represente la junta del cielo, como la junta de los religiosos unidos con caridad. I, 110.

La caridad es tambien virtud teologal cuando amamos al prójimo. I, 108, 109.

La necesidad general que hay de esta union. I, 109.

Que en la Compañía la hay mas particular y las causas y remedios de ellas. I, 110, 115.

Lo que hay que temer en la Religion es la desunion, no las persecuciones de fuera. I, 112, 114; 152.

Los romanos mientras tuvieron esta union entre sí fueron señores del mundo, y en entrando las guerras civiles entre ellos fueron destruidos. I, 112.

La union entre nosotros ha de ser como la union que tienen entre sí los miembros de nuestro cuerpo. I, 117.

Para consigo ha de tener uno espíritu de de mortificacion y de rigor, para con otros espíritu de amor y de suavidad. I, 131.

La caridad hace suyo el bien de los otros, con solo holgarse de él. I, 121.

Cuán aborrecible es á Dios y á los hombres el que siembra discordias entre los hermanos, y mas el que entre los súbditos y el superior. I, 125.

*Medios para conservar la caridad.*

Ser uno obsequioso, amigo de servir y dar contento á todos. I, 118, 119.

Con obras se sustenta la caridad. I, 116, 123.

Sufrir y hacer bien á todos, y si no hay paciencia y sufrimiento no se podrá conservar la caridad. I, 119, 120.

Ayuda la igualdad; y la singularidad y privilegio y no vivir como los demás es causa de desunion. I, 113, 114.

La comunicacion. I, 114.

El guardar la obediencia. I, 114.

Algunas razones sacadas de la Sagrada Escritura, que nos obligan á esto. I, 115.

Holgarse del bien del prójimo y compadecerse de su trabajo. I, 117, 121, 123.

No tener cosa propia ni desear la honra y estima para sí. I, 119, 122.

Tener mucha estima de nuestros hermanos. I, 124.

Hablar siempre bien de ellos. I, 124.

Amar es medio único para ser amado. I, 124.

Las palabras buenas y blandas causan union, las ásperas y desabridas desunion. I, 127, 132.

Guardarnos de decir palabras que puedan ofender á otro. I, 128.

Nunca decir á alguno lo que otro dijo de él siendo cosa que le pueda dar disgusto. I, 125.

No decir palabras picantes. I, 128.

No porfiar ni contradecir, I, 129.

No reprender á otro cuando no está á su cargo. I, 131.

El castigo con que castigó Dios unas palabras mortificativas de un religioso; y el que otro tomó á imitacion de este. I, 131, 132.

Guardarnos de juicios y sospechas. I, 139.

Cómo se han de ver y satisfacer cuando hubo algun encuentro entre dos. I, 133.

Habemos de estar muy lejos de desear género alguno de venganza del que nos ofendió. I, 136.

No ha de quedar en nosotros aversion ni amargura alguna con él. I, 136.

Cómo castigó Dios á un monge que se llegó á comulgar sin haberse reconciliado con su hermano, I, 135.

Cómo se ha de dividir y tomar poco á poco por partes esta virtud para traer exámen particular de ella. I, 244.

De tres maneras de union muy contrarias á la caridad. I, 148.

*Carne.*

Cuál quedó despues del pecado. I, 563.

Es el mayor enemigo que tenemos. I, 564.

De ella nacen las tentaciones. I, 562.

La propia voluntad es causa y raiz de todos los pecados y del infierno. I, 402.

Entregar á uno á este enemigo es uno de los mayores castigos de Dios y de las mayores señales de su ira. I, 565.

Mortificando la carne se vencen los demonios. I. 568.

*Castidad.*

Hácenos semejantes á los ángeles. II, 241.

El Apóstol San Pablo la llama santidad. II, 240.

Cristo nuestro Redentor la llama virtud celestial y angélica. II, 241.

Cuánto agrada á Dios. II, 241.

La razon de ser San Juan Evangelista mas especialmente amado de Cristo fué por ser virgen. II, 241.

Siete grados de castidad. II, 242.

Para conservar la castidad es menester acostumbrarse uno á quebrantar su propia voluntad. II, 245.

Guardar las puertas de los sentidos y particularmente los ojos. II, 244.

En esta virtud especialmente es necesario hacer mucho caso de cosas pequeñas. II, 245.

Cualquier cuidado en esto es bien empleado. II, 246.

Especialmente en la confesion hemos de hacer caso de cualquiera cosa que sea contra la castidad. II, 246.

Muchas cosas hay en esto que los que no saben piensan que no son pecados mortales y lo son, y de otras hay duda. II, 247.

*Remedios contra las tentaciones deshonestas.*

La oracion. II, 251.

Acogerse á pensar en la Pasion de Cristo. II, 251.

Acordarse de los Novísimos. II, 251.

Hacer la señal de la cruz, decir Jesus. II, 252.

La devocion de Nuestra Señora. II, 252.

La devocion con los Santos y con sus Reliquias. II, 253.

Visitar muchas veces al Santísimo Sacramento, y recibirle á menudo. II, 253.

La penitencia y mortificacion, y la discrecion con que se ha de tomar. II, 253, 257.

Abstenerse del vino. II, 317.

Llorar muy bien los pecados; juzgarse por digno de aquel castigo; desconfiar de sí y poner toda su confianza en Dios; y generalmente la humildad. II, 257, 258.

El temor de Dios (*V. Temor de Dios*).

Sacar humildad y confusion de estas tentaciones. II, 259.

Baldonar y afrentar al demonio. II, 258.

Como se conocerá cuándo nace esta tentacion de la carne, y cuándo por sugestion del demonio; y del remedio para lo uno y para lo otro. II, 254.

Cómo se ha de dividir por partes esta virtud para traer exámen particular de ella. I, 247.

*Ciencia.*

Sin virtud poco aprovecha; antes daña. I, 3.

En letras y talentos grandes hay grande peligro. I, 113, 305, 306.

La ciencia hincha, y cria en el hombre estima de sí mismo, desestima de otros, y dureza de juicio. I, 113, 149.

Los letrados no suelen ser tan aplicados á devocion como los sencillos. I, 113.

Levántanse los ignorantes y roban el reino de los cielos, y nosotros con nuestras letras andamos metidos en el infierno. *S. Agustin.* I, 226.

El camino ordinario por donde se puede venir á perder un estudiante religioso I, 149.

Con oracion y devocion se aprende mas que con industria y estudio humano. II, 132.

No se han de atropellar los ejercicios espirituales por los estudios. II, 132.

*Compañía de* Jesus.

Por qué se le dió este nombre. I, 464.

Su Instituto y modo de proceder fué inspirado por Dios á nuestro bienaventurado Padre S. Ignacio, y cuánta oracion y lágrimas le costó cada palabra de las que dejó escritas en las Constituciones. I, 153, 154, 156, 171.

Ha sido aprobado y confirmado su Instituto por todos los Sumos Pontífices que han sucedido despues de ella y por el Santo Concilio Tridentino. I, 156.

El Sagrado Concilio Tridentino no quiso alterar ni innovar cosa alguna del Instituto de la Compañía, sino que procediese conforme á él. I, 156.

Lo que han establecido los Sumos Pontífices contra los que fueren osados á impugnar ó contradecir cosa alguna de su Instituto, Constituciones ó Decretos. I, 158.

La perfeccion grande que pide su Instituto. I, 375, 519.

La causa de ser suave el gobierno y modo de proceder de ella. I, 375.

Debemos ser agradecidos á Dios que habiendo en ella cosas de suyo muy dificultosas nos las haya hecho fáciles y suaves. I, 377.

Por qué han faltado algunos de ella. I, 378.

Para qué levantó Dios la religion de la Compañía. II, 114.

Cuál fué el fin é instituto. II, 118.

Por qué nuestro Padre dejó de ordenar algunas cosas en ella. II, 123.

Por qué prueba tanto á los suyos. II, 125.

Cómo y por qué se encarga de proveer á los suyos de todo lo temporal. II, 195.

*Comunion.*

Cuán inestimable beneficio fué la institucion de este Divino Sacramento. II, 62, 97.

Cómo nos declaró en esto el Señor el amor grande que tenia á los hombres. II, 63, 97.

Cuánto resplandece aquí la humildad de Cristo nuestro Redentor. II, 88.

Las cosas maravillosas que la fé nos enseña que habemos de creer en este Divino Sacramento. II, 65.

Este es el mas escelente de los Sacramentos y el que mayores gracias y efectos obra en las almas. II, 71.

Por qué se llama Eucaristía y Comunion. II, 71, 87.

Pide grande preparacion, y cuánto nos importa á nosotros ir bien preparados. II, 72.

La limpieza y puridad que pide no solo de pecados mortales, sino tambien de veniales é imperfecciones. II, 72, 73.

Ejemplo raro de un sacerdote que se atrevió á celebrar en pecado mortal. II, 74.

En qué consiste la devocion actual con que dicen los Santos hemos de llegar á comulgar, y algunas consideraciones para despertar en nosotros esos afectos. II, 74, 75,

Es buena preparacion considerar algun paso de la Pasion. II, 77.

Otras consideraciones y puntos para prepararnos. II, 77.

Una preparacion muy fácil y de mucho consuelo y provecho. II, 78.

Es menester tomar algun tiempo para prepararse. II, 78,

Otra preparacion principal que es el concierto de la vida. II, 90.

Cómo habemos de hacer el hacimiento de gracias despues de la Comunion y en qué se ha de emplear aquel tiempo. II, 79.

Otras consideraciones provechosas para despues de la Comunion. II, 80.

Cuál ha de ser la composicion del lugar en estas consideraciones. II, 81.

Cómo nos habemos de ocupar despues de la Comunion en ofrecernos enteramente

en las manos de Dios, y que este ha de ser uno de los principales frutos que habemos de sacar de la Comunion. II, 87.

Hémonos de ejercitar en aquel tiempo en los actos de algunas virtudes, especialmente en aquellas de que cada uno tiene mas necesidad. II, 88.

Cómo habemos de ir descendiendo á otras cosas mas particulares procurando en cada Comunion mortificarnos en algo y ofrecer eso en hacimiento de gracias. II, 88, 90.

Cuán mal hacen los que dejan perder este tiempo, y una cosa particular que nos ayudará á emplearle bien. II, 80, 81.

Lo que hacia una Santa cuando comulgaba. II, 81.

Todos los efectos que obra el mantenimiento corporal en los cuerpos, obra espiritualmente este divino Sacramento en las almas. II, 82.

No solo recrea el espíritu sino dá tambien fuerzas corporales. II, 82.

Frecuentar la Comunion, es gran remedio contra todas las tentaciones, y particularmente para conservar la castidad. II, 83.

El ánimo y fortaleza que hemos de sacar de la Sagrada Comunion. II, 83.

Es efecto propio de este Sacramento trasformar al hombre en Cristo haciéndole semejante á él, y este fruto principalmente hemos de sacar de la Sagrada Comunion. II, 85.

Una señal muy principal de ser el alma trasformada en Dios. II, 86.

Que está en nuestra mano comulgar bien y sacar mucho fruto de la Comunion, y por dónde se ha de medir esto. II, 90.

La obligacion que nos pone el haber comulgado para andar concertados. II, 87.

La consideracion de que se ayudaba una Santa para esto. II, 87.

Qué es la causa de no sentir algunos tanto fruto con la frecuencia de este Sacramento. II, 91.

Algunas veces recibe uno gran fruto aunque no lo siente. II, 92.

Es fruto y muy principal de este divino Sacramento conservar á uno que no caiga en pecados. II, 92.

Mejor es llegarse á este divino Sacramento con amor que abstenerse por temor. II, 118.

En el trato con Dios no ha lugar aquello de «la mucha conversacion es causa de menosprecio.» II, 91.

Ejemplo notable para animar á comulgar bien. II, 93.

Qué es comulgar espiritualmente. II, 104.

Para comulgar espiritualmente es menester estar en gracia de Dios. II, 104.

El que comulga espiritualmente puede recibir mayor gracia que el que comulga sacramentalmente aunque esté en gracia de Dios. II, 104.

Algunos bienes y provechos que hay en la Comunion espiritual que no hay en la sacramental. II, 104, 105.

Un modo bueno de comulgar espiritualmente. II, 105.

*Conciencia. (Claridad de)*

Cuán importante y necesario es andar con claridad con nuestros superiores, y cuán encomendado de los Santos. II, 316.

Cuánto nos lo encarga N. Padre. II, 349, 351.

Esta es una de las cosas sustanciales de nuestro Instituto. II, 349.

Las razones de la importancia de esto. II, 346, 351, 376.

Cuánto le importa esto al mismo particular. II, 348, 375.

Una de las cosas que hace el gobierno de la Compañía fácil, suave y acertado es esta. II, 347.

El no andar con esta claridad suele ser el camino comun por donde uno se viene á perder y faltar en la Religion. II, 349.

Cuán gran descanso y consuelo es andar con esta claridad. II, 349.

Para este fin hay en la Compañía en cada casa y colegio un prefecto de las cosas espirituales y los bienes y provechos grandes que hay en esto. II, 351.

Descubrir las tentaciones á su Padre espiritual es remedio muy eficaz contra ellas. II, 346, 358.

Cuánto estima y procura el demonio que no descubra uno sus tentaciones. II, 353.

Muchas veces con solo manifestar uno la tentacion, aunque no se le responda, queda ella deshecha, y algunas veces con solo determinarse de manifestarla. II, 354.

Una de las mas ciertas señales para en-

tender ser una cosa mala y tentacion, es tener repugnancia en manifestarla. II, 357.

Ninguno ha de dejar de descubrir sus tentaciones á su Padre espiritual por parecerle que ya sabe él los remedios que le ha de dar. II, 356.

Ni por parecerle que son cosas pequeñas. II, 357.

Ni por parecerle que se enfadará el superior. II, 540, 358.

Ni por parecerle que su tentacion es estraordinaria y parecerá cosa nueva. II, 362.

Mayor trabajo padecerá uno en andar cerrado que en descubrirse. II, 359.

No solo no pierde uno amor y estima declarándose con el superior, antes la gana, y no declarándose la pierde. II, 361, 364.

Cuánto importa que cada uno se persuada de esto. II, 363.

Mientras los súbditos procedieren con esta claridad con los superiores y los superiores con los súbditos, habrá verdadero amor y andaremos bien. II, 362, 378.

Cuántos disgustos se atajan con esta claridad y comunicacion. II, 366.

Si hubiese verdadero deseo de la humildad, por solo ser tenido en poco habia uno de manifestar sus faltas. II, 364.

Una de las cosas principales en que el religioso ha de mostrar la virtud y humildad, es en lo que es menester para guardar las cosas de su Instituto. II, 365.

El andar uno cerrado y no quererse declarar, es señal de que no se quiere enmendar. II, 364.

Que debemos mucho á Dios por habernos hecho tan fácil y suave en la Compañia el dar cuenta de la conciencia, y las causas de esta facilidad. II, 366.

Cuánto les importa á los superiores hacer en esto buena acogida á los súbditos y que estén satisfechos de esto. II, 367.

Cuán obligados están los superiores á guardar el secreto de las cosas que se les dicen dando cuenta de la conciencia. II, 368.

El modo que ha de tener en dar cuenta de la conciencia. II, 350, 366.

Declárase la instruccion que de esto tenemos. II, 370.

Distintas cosas son dar cuenta de la conciencia y confesarse. II, 372.

Aunque puede uno dar cuenta de su conciencia en confesion mejor es darla fuera de confesion. II, 372, 376.

Satisfácese á algunas dudas que resultan de lo dicho. II, 373.

*Confesion.*

El exámen general de la conciencia es la preparacion propia para la confesion. I, 258.

El dolor necesario para la confesion ha de tener dos cosas, pesar y arrepentimiento de lo pasado y propósito de no tornar mas á pecar, y cualquiera de ellas que falte no será disposicion bastante para la confesion. I, 258.

Mas son las confesiones malas por falta de verdadero dolor y propósito de la enmienda, que por dejar de confesar algun pecado por vergüenza. I, 258.

No ha de declarar uno, cuándo se confiesa, la persona de quien se le ofreció algun juicio malo ni la persona de quien se ofendió por tal ó tal cosa que hizo. I, 140.

Siempre se ha de confesar uno como para morir. I, 62.

La confesion sacramental es un freno grande para retraer á los hombres de pecar. II, 352.

Hay precepto divino del secreto estrecho de la confesion. II, 366, 368, 374.

El confesar á menudo es uno de los medios mas principales que podemos dar á uno para su salvacion. II, 352.

Es muy buen consejo tener para esto un confesor firme. II, 352.

El que quiere hacer confesion general es consejo hacerla con quien se ha de confesar de ordinario. II, 372.

A los que se confiesan de tarde en tarde se les hace la confesion dificil; á los á menudo, fácil. II, 368.

Debe uno guardarse mucho de dejar de confesar cosillas vergonzosas con decir: «esto no es pecado ó á lo menos no será mortal.» II, 247, 357, 362.

El que confiesa alguna cosa de manera que no parezca pecado ó de manera que el confesor no entienda la gravedad y circunstancia necesaria, es como si del todo dejara de confesarla. II, 247.

Tambien está uno obligado á confesar, so pena de pecado mortal lo que duda si llegó á pecado mortal ó no. II, 247.

Las congojas y tormento que trae consigo el que no se atreve á confesar algun pecado por vergüenza y el descanso con que queda en confesándole. II, 360.

La vergüenza que pasa uno en manifestar su culpa, ha de tomar en satisfaccion de ella. II, 365.

No se ha de confesar uno por generalidades, sino decir lo particular que declara mas la gravedad de la culpa. II, 374.

El fruto grande que hay en confesar á mozos de tierna edad. II, 174.

*Confiar en Dios*

Poner toda la confianza en Dios y desconfiar de sí es medio muy principal y eficaz para hacer mucho fruto en las almas y para alcanzar mercedes de Dios. II, 164, 169.

Por qué acude Dios tanto á los que desconfian de sí y ponen su confianza en él. II, 171.

No hemos de desmayar, viéndonos llamados á un Instituto tan alto, por ver nuestras pocas partes; antes de allí hemos de tomar ocasion para animarnos mas. II, 166.

Por qué escoge Dios instrumentos flacos para hacer cosas grandes. II, 165.

Una razon particular que tenemos los que vivimos debajo de obediencia para tener mucha confianza en Dios. II, 171, 308, 309.

Cuánto desagrada á Dios la desconfianza. II, 172.

Algunas desconfianzas y desmayos hay que parece nacen de humildad, y nacen de soberbia. II, 175.

En todos nuestros negocios y trabajos lo primero ha de ser acudir á Dios y poner en él toda nuestra confianza. II, 173.

Hemos de poner todos nuestros medios; y puestos, desconfiar de ellos y poner toda nuestra confianza en Dios. II, 168.

*Conformidad con la voluntad de Dios.*

Cristo nuestro Redentor de palabra y mas con su ejemplo nos la enseñó. I, 262, 282.

Ninguna cosa puede acontecer en el mundo que no venga registrada por la voluntad de Dios. I, 265, 289, 311, 322.

La costumbre grande que tenian aquellos padres antiguos de atribuir á Dios todos los sucesos. I, 288.

Aunque el trabajo venga por medio del demonio, le habemos de tomar como enviado de la mano de Dios. I, 266, 285.

En esta conformidad con la voluntad de Dios consiste nuestro aprovechamiento y perfeccion, y cuanto esta mas creciere, tanto mas crecerá el amor de Dios; y cuán alta y aventajada perfeccion sea esta. I, 262, 267, 269, 279, 294.

Esta conformidad es la resignacion verdadera y perfecta que tanto engrandecen los Santos y estima el Señor. I, 267.

El que la tuviere habrá alcanzado entera y perfecta mortificacion. I, 267.

Es el mayor y mas alto sacrificio que el hombre puede ofrecer de sí á Dios. I, 268.

Es una felicidad y bienaventuranza en la tierra. I, 269.

A los que han llegado á esta conformidad que todo su contento es el contento y voluntad de Dios, no hay cosa que les pueda turbar ni quitar su paz y contento. I, 102, 269, 270, 271, 275, 278, 283.

Esta es la causa de la alegría continua que traian los Santos. I, 270, 275, 282.

Declárase por otra via cómo es este medio para tener contento. I, 275, 278.

Esta perfecta conformidad con la voluntad de Dios es de las mejores disposiciones que de nuestra parte podemos poner para que el Señor nos haga mercedes. I, 278.

Es medio muy eficaz para adquirir todas las virtudes. I, 279.

Es muy buen remedio contra cierto género de tentaciones. I, 279, 280.

Confírmase lo dicho con algunos ejemplos. I, 280, 281.

Para que esta conformidad con la voluntad de Dios se nos haga fácil y suave habemos de tomar todas las cosas como venidas de la mano de Dios prácticamente, y entender que vienen para nuestro bien y provecho. I, 283, 285, 327, 330.

Ayudará mucho ahondar en la oracion en aquella riquísima mina de la providencia paternal que tiene Dios de nosotros. I, 284, 287, 295.

De aquí nace en los verdaderos siervos de Dios una muy familiar y final confianza en él, y una paz y seguridad grande en todos los acaecimientos. I, 285, 286.

Algunos lugares y ejemplos de la Sagra-

da Escritura en que resplandece la providencia particular de Dios en cosas menudas. I, 288, 293, 296.

El concierto que hizo Cristo nuestro Señor con Santa Catalina de Sena. I, 293, 296.

De cuánto provecho y perfeccion sea aplicar la oracion á este ejercicio. I, 293, 296.

Para el tiempo de las adversidades es principalmente menester este ejercicio. I, 294.

No basta que tengamos en general esta conformidad sino habemos de descender á casos particulares. I, 295.

No habemos de parar en este ejercicio hasta que nos sea tan dulce la voluntad de Dios que con esta salsa endulcemos todo lo amargo que nos viniere, que es el tercero grado de conformidad. I, 295, 296.

La indiferencia y conformidad que ha de tener el religioso de la Compañía para ir y estar en cualquiera parte del mundo donde la obediencia le enviare. I, 296.

Ni el respeto de la salud corporal ha de bastar para quitarle esta indiferencia, ni para pedir mudanza de lugar, ni para mostrar inclinacion á ella. I, 299.

Los deseos de ir á convertir infieles serian imperfectos si quitasen la indiferencia para otras cosas, y cuál sea en esto la mejor disposicion. I, 298.

Esta misma indiferencia y conformidad ha de tener para cualquiera oficio en que la obediencia le quisiere poner. I, 300.

Aquel es buen siervo de Dios, que no tiene cuenta si lo que le manda Dios es conforme á su voluntad, sino con querer él lo que Dios le manda. I, 301, 302.

Esta misma conformidad con la voluntad de Dios ha de tener cada uno en el repartimiento de los talentos y dones naturales. I, 303.

El principio de todo nuestro mal fué porque quisieron nuestros primeros Padres ser y tener mas de lo que Dios queria. I, 305.

De la conformidad que habemos de tener con la voluntad de Dios en las enfermedades. (*Véase* Enfermedad.)

De la conformidad que habemos de tener así para morir como para vivir. (*V.* Muerte.)

Habemos de tener conformidad con la voluntad de Dios no solamente en los trabajos particulares nuestros sino tambien en los generales que el Señor envia á su Iglesia, aunque por otra parte los sintamos y nos pese del trabajo de nuestros prójimos. I, 325.

No habemos de escudriñar sino reverenciar los juicios de Dios. I, 326.

De la conformidad con la voluntad de Dios que habemos de tener en la sequedad y desconsuelos de la oracion; y qué entendemos aqui por desconsuelos. I, 331.

Satisfácese á la queja de los que tienen estas sequedades y desconsuelos. I, 168, 169, 203, 334, 336, 337.

Es engaño y grave tentacion dejar uno la oracion ó no perseverar tanto en ella por hallarse de la manera dicha y parecerle que no hace allí nada. I, 339.

Algunos ejemplos con que se confirma lo dicho. I, 341.

Habemos de tener conformidad con la voluntad de Dios en el repartimiento de todas las virtudes y dones sobrenaturales. I, 343.

Muchas personas sirven mas á Dios con no tener la virtud y desearla, y andan con esto mas fervorosas y diligentes que si luego les diera el Señor lo que deseaban. I, 249, 345.

Pero habémonos de guardar no se nos entre por aqui la tibieza y dejemos de hacer lo que es de nuestra parte. I, 211, 344.

Habemos de tener conformidad con la voluntad de Dios en los bienes de gloria holgándonos mas en el cumplimiento de la voluntad de Dios que en nuestro interés. I, 345.

Habémonos de ejercitar en tener el querer y voluntad que Dios tiene de su misma gloria y ser sumamente perfecto y glorioso. I, 347, 348.

Cómo se ha de traer el exámen particular de la conformidad con la voluntad de Dios I, 248.

*Conocimiento propio.*

Es medio para tener buena oracion I, 173.

El medio propio y eficaz contra la vanagloria. I, 85.

Es la piedra fundamental de todo el edificio espiritual. I, 572.

El olvidarse de ejercitarse en su propio conocimiento les ha sido á algunos causa de caer en pecado. I, 167.

Poner siempre los ojos en nuestros defectos causa grandes bienes, y mirar los agenos grandes males. I, 141, 142, 468. (*V.* Humildad.)

Es principio y fundamento necesario para alcanzar la humildad tenernos en lo que somos. I, 466.

El conocimiento propio y el desconfiar uno de sí y confiar en Dios es muy principal medio para que Dios obre por él grandes cosas y le haga mercedes. I, 460, 544.

Para todas las cosas es remedio universal el propio conocimiento. I, 477.

La razon por que Dios hace tantas mercedes y favores á los humildes que desconfian de sí, y los niega á los otros. I, 460, 554.

Cuánto estima Dios que no estribemos en nuestras fuerzas ni nos atribuyamos nada, sino todo á él. I, 461.

Por qué nos niega el Señor muchas veces sus dones ó los dilata y permite que duren en nosotros las malas inclinaciones. I, 589.

Por confiar de sí han venido muchos siervos de Dios á dar miserables caidas. I, 471, 472.

El conocimiento propio no causa desmayo, sino antes ánimo. I, 464, 476.

La humildad no es contraria á la magnanimidad, antes es fundamento y causa de ella. I, 544.

No es humildad algunos desmayos que nos suelen venir unas veces acerca de nuestro aprovechamiento, otras acerca de los ministerios con los prójimos. I, 476.

Cómo hemos de ir cavando y ahondando en nuestro propio conocimiento, comenzando del ser corporal. I, 466.

El no saber si se está en gracia ó en pecado es gran medio para andar humillado. I, 469.

Que por mas que ahondemos en nuestro propio conocimiento hay mas que ahondar. I, 474.

Cuán dificultoso es conocerse el hombre á sí mismo. I, 479.

Que es ésta mas alta y mas provechosa ciencia que cuantas han inventado los hombres. I, 479.

Cómo se ejercitaban los Santos en este ejercicio para venir en mayor conocimiento y amor de Dios. I, 474.

Otros bienes y provechos grandes que hay en este ejercicio. I, 477.

Por qué ama Dios tanto la humildad. I, 466.

Por qué los Santos se tienen en tan poco y son tan humildes, y mas cuanto mas Santos. I, 540.

Cómo nos habemos de ejercitar en el propio conocimiento para no desmayar ni desconfiar. I, 471.

Cuánto conviene que no se nos pase dia en que no gastemos algun tiempo en esto. I, 479.

Este ejercicio no es de solos principiantes, ni es triste y melancólico, ni causa turbacion y desasosiego, sino antes grande paz, quietud y alegría. I, 481. (*V.* Humildad.)

*Consolaciones y gustos sensibles.*

Los bienes que traen consigo las consolaciones y gustos espirituales, y cómo los suele dar el Señor á los principiantes. I, 184.

No ha de parar uno en estas cosas tomándolas por su gusto, sino para los fines dichos; y aun en eso ha de estár muy conforme con la voluntad de Dios si él no fuere servido dárselas. I, 184, 332.

La verdadera devocion y fervor de espíritu no está en esto sino en tener una voluntad pronta y dispuesta para todas las cosas del servicio de Dios. I, 177.

La bondad y merecimiento de los actos no está en que se hagan con sentimiento, sino basta que uno quiera aquello con la voluntad; antes muchas veces son mas meritorios los actos que se hacen sin gusto ni consolacion sensible, y son señal de virtud mas sólida. I, 197.

No se echan de ver los siervos de Dios en tiempo de gustos y consolaciones, sino cuando eso falta. I, 177.

Compáranse los gustos á los bienes muebles, que duran poco. I, 177.

*Contricion.*

No está la contricion en que uno tenga lágrimas ó dolor sensible, sino en que con la voluntad le pese de haber ofendido á Dios sobre todas las cosas por ser él quien es, I, 197.

Nuestra oracion por mucho tiempo ha de ser dolernos de nuestros pecados; y cuán agradable es á Dios este ejercicio, y cuán provechoso para nosotros. I, 167, 169, 319.

Habemos de insistir en la oracion en la contricion y dolor de los pecados hasta sentir un horror y aborrecimiento grande de ellos. I, 188.

Este ejercicio no solamente asegura del perdon de los pecados pasados, sino es medicina muy preservativa y medio muy eficaz para no caer en pecado. I, 167, 253.

La causa por que muchos tornan á caer tan fácilmente en los mismos pecados que acaban de confesar, es por falta de verdadero dolor y propósito de la enmienda. I, 253.

Este ejercicio no solamente es de los que comienzan, sino tambien de los que van adelante. I, 233, 234.

Dilatar la contricion y enmienda es gran tentacion. I, 63. (*V.* Confesion.)

*Conversion de las almas.*

La escelencia de esta empresa y su grande mérito y valor. II, 116, 153.

La confusion y humildad que hemos de sacar de vernos llamados á una cosa tan alta. II, 119, 168.

Cómo se nos ha de ir el corazon tras esto. II, 119.

Que esta empresa es tambien de los religiosos legos. II, 119.

Cómo estos tienen su ganancia mas segura. II, 123.

Todos han de procurar ayudar á los prójimos con buenas pláticas y conversaciones. II, 121.

Muchos que parecen hijos espirituales del predicador ó confesor lo son de la oracion del coadjutor. II, 122.

Aprovecharse á sí y aprovechar al prójimo hacen un fin en la Compañía, y lo uno se ordena y ayuda á lo otro. II, 124, 141.

Así como nosotros no nos hemos de contentar con ser buenos sino irnos adelantando en virtud, así lo hemos de procurar con los prójimos. II, 113.

Para aprovechar mucho á los prójimos es menester que primero se aproveche uno á sí mismo, y cuán grande y peligroso engaño es querer tratar de aprovechar á otros sin estar bien fundado en virtud. II, 124, 195.

Cómo nos enseñó esto Cristo nuestro Redentor con su ejemplo. II, 125.

Cuáles han de ser los sacerdotes que tratan estos ministerios con los prójimos. II, 130, 144.

No se ha de olvidar uno de sí por acudir á los prójimos. II, 127, 130.

Mucho menos por las ocupaciones corporales de su oficio. II, 132.

Los ejercicios espirituales que tocan al propio aprovechamiento no se han de dejar por eso, y cuando hay mas negocios hay mas necesidad de esto, y cuando uno anda fuera de casa, mas. II, 132, 134.

Hémonos de guardar de otro estremo, que es retirarnos del trato de los prójimos socolor de atender á nosotros. I, 133.

Oracion y recogimiento que retira de los ministerios con los prójimos, es tentacion y engaño en la Compañía. II, 157.

Por atender al aprovechamiento de los prójimos no perderemos de nuestro propio aprovechamiento. II, 135, 141.

Las mercedes que hace el Señor á los que se ocupan en esto. II, 136.

Remedios contra la pusilanimidad de los que por miedo de perderse se retiran de ayudar á los prójimos. II, 137, 140.

*Medios para hacer fruto en los prójimos.*

El ejemplo de la buena y santa vida. II, 141.

Cuánto aprovecha á otros la buena y santa vida de los siervos de Dios. II, 147, 148, 150.

La oracion. II, 147.

El celo de las almas. (*V.* Zelo.)

Mostrarles entrañas compasivas y lo que nos ayudará á esto. II, 160, 161.

Poner los ojos en las almas y no en los cuerpos. II, 161.

Algunas razones para aplicarnos mas á

tratar con los pobres que con los ricos. II, 163.

Desconfiar de sí y poner toda la confianza en Dios. II, 164. (*V.* Confiar en Dios.)

No habemos de desmayar ni dejar de hacer nuestros ministerios, por ver que se hace poco ó ningun fruto. II, 173, 176.

En cierta manera hace y merece mas el que trabaja no viendo fruto. II, 178.

Si es buen medio para ganar los prójimos y aficionarlos á la confesion, repartirles limosnas. II, 235.

*Correccion fraterna.*

La correccion es señal de amor. II, 362, 375.

Hemos de tener por gran beneficio que haya quien nos corrija. II, 378.

Cuánto importa recibir bien la correccion y el aviso. II, 382.

Algunos hay que dicen sus faltas y no pueden sufrir que se las digan. II, 380.

La causa de no recibir bien la correccion es la soberbia. II, 380.

Los inconvenientes que se siguen de no recibir bien la correccion. II, 381.

La dificultad que tiene el corregir á otro. II, 383.

Debe uno temer no le dejen de corregir y avisar de sus faltas, por no tomar bien el aviso. II, 381, 384.

Compáranse los que no quieren ser corregidos á los frenéticos y al demonio. II, 382.

El castigo que San Basilio manda dar á estos. II, 382.

Cuando se recibe bien la correccion y el aviso, no dan cuidado las faltas. II, 385.

La correccion y aviso que se da á otro, le ha de tomar cada uno como si á él se diera. II, 386.

Algunos ejemplos con que se confirma lo dicho. II, 385.

Declárase la regla que tienen algunos religiosos de manifestar las faltas de sus hermanos inmediatamente al superior. II, 386.

Cuánta obligacion hay de hacer esto y ser fieles á la Religion. II, 389.

Cómo puede uno ceder y cede al derecho que en esto podia tener. II, 390, 391.

Algunos avisos para el que es corregido y para el que ha de corregir. II, 392.

La correccion ha de ser de manera que entienda el corregido que nace de entrañas de caridad y del deseo grande que se tiene de su bien. II, 394.

*Cosas pequeñas.*

Cuánto importa hacer caso de ellas. I, 26.

De allí comienzan y vienen las caidas grandes en los siervos de Dios. I, 26, 31; II, 333.

Que en parte es mayor peligro el de las culpas pequeñas que el de las grandes. I, 27.

Importa tambien mucho hacer caso de cosas pequeñas, porque no nos niegue el Señor sus auxilios especiales y eficaces que da á los que hacen caso de ellas, y así vengamos á caer. I, 28, 30, 54.

Mientras uno hiciere caso de cosas pequeñas andará bien; y cuando no, andará en mucho peligro. I, 54.

Cuán graves penitencias daban y tomaban aquellos monges antiguos por culpas pequeñas. I, 53, 78, 315.

Cuánto importa no las menospreciar. I, 396.

Dos maneras de culpas pequeñas, y cuánto importa no las hacer de propósito. II, 92.

Hacer caso de cosas pequeñas es señal que trata uno de perfeccion. I, 438.

Cuánto mal hacen los que á los que son muy exactos en cosas pequeñas, les dán en rostro con ello, y que no ha de dejar uno esto por el qué dirán. I, 396, 430.

El ser cosa pequeña la que se manda no escusa la culpa, antes en cierta manera la hace mas grave. II, 268, 330, 356.

El que no es para lo poco, ¿cómo será para lo mucho? II, 331.

Hémonos de acostumbrar á mortificar en cosas pequeñas para que así podamos las grandes. II, 331.

El daño grande que se sigue de hacer poco caso de cosas pequeñas. II, 332, 334, 357.

Los bienes grandes que hay en hacer caso de cosas pequeñas, y por qué lo prémia Dios tanto. II, 334.

El buen religioso se echa de ver en las cosas pequeñas, y eso es ser liberal con Dios. II, 355.

Confírmase lo dicho con algunos ejemplos. II, 356.

*Costumbre.*

Hace las cosas fáciles. I, 66.

Con la costumbre crece la virtud y tambien el vicio y la pasion. I. 68.

Cuánto importa acostumbrarse uno á la virtud desde el principio. I, 68.

Cuando la pasion está arraigada con la costumbre es dificultoso el vencerla; cuando no está arraigada, fácil. I, 71.

*Demonio.*

No acomete á los siervos de Dios de primera instancia con cosas graves, sino con pequeñas, y la razon de ello. I, 27.

Procura reconocer la parte mas flaca de nuestra ánima para combatirnos. I, 238.

Procura que no pongamos por obra los deseos ó inspiraciones de Dios. I, 11.

Procura ponernos delante lo bueno que tenemos, para que nos ensoberbezcamos y tengamos á los otros en poco. I, 19.

Procura que no hagamos caso de cosas pequeñas. I, 31.

Para impedirnos el bien presente, pónenos pensamientos de lo que está por venir. I, 61.

Procura con mucha diligencia impedir la meditacion y oracion. I, 313.

*Devocion.*

El silencio y guarda de los sentidos es medio para conservar la devocion. I, 421, 426.

En tiempo de devocion no se echa de ver lo que es uno. I, 573.

Algunas veces se comunica el Señor mas abundantemente á los menos perfectos y á los que han sido mas pecadores. I, 565, 566.

*Ejemplo.*

Hízose Dios hombre por redimirnos y darnos ejemplo. I, 262.

Cuán eficaz es el buen ejemplo para mover á otros. I, 35.

Cuánto ayuda leer y oir los ejemplos de los Santos, y el considerar sus virtudes heróicas. I, 25.

La obligacion que tenemos de dar buen ejemplo á nuestros hermanos y á todo el mundo. I, 36, 37.

El mal ejemplo es mas eficaz para mover á lo malo. I, 36.

*Ejercicios espirituales.*

Los ejercicios espirituales han de tener el primer lugar, y no dejarse por las ocupaciones esteriores. I, 5.

Cuando hay alguna ocupacion forzosa se ha de suplir, y el verdadero siervo de Dios siempre halla tiempo para ello. I, 5.

San Doroteo aunque hubiese estado muy ocupado se levantaba con los demas á la oracion. I, 5.

Del recogerse á hacer los ejercicios espirituales. (*V.* Oracion).

*Envidia.*

Envidia es pesarle á uno del bien de su prójimo. I, 303, 304.

La envidia nace de desear uno la honra para sí. I, 123.

La envidia, el bien ageno hace mal propio. I, 122.

Cómo se ha de haber uno cuando ve que el otro va creciendo en virtud, y él se queda atrás. I. 97.

*Enfermedad.*

En la enfermedad nos habemos de conformar con la voluntad de Dios y tomarla como venida de su mano y no acaso, y tambien las cosas que suelen suceder en ella. I, 308, 310.

El enfermo no ha de poner su confianza en los médicos ni en las medicinas, sino en Dios, el cual unas veces quiere dar la salud por esos medios, otras no. I, 310.

No nos ha de impedir esta conformidad la carga y pesadumbre que con ella podemos dar á la casa. I, 308.

Ni el fruto que pudiéramos hacer estando sanos, y falta que hacemos por estar enfermos. I, 308.

Ni el no poder seguir la comunidad. I, 309.

Los bienes que trae consigo la enfermedad. I, 309, 315.

No ha de tomar uno ocasion de la enfermedad para hacer su voluntad y olvidarse de su aprovechamiento. I, 312.

Cómo podrá el enfermo tener oracion con

facilidad, y debe hacer tambien el exámen de la conciencia. I, 236, 239.

Algunos ejemplos en que se confirma lo dicho. I, 308, 312.

*Exámen de la Conciencia.*

Es uno de los principales y mas eficaces medios que hay para nuestro aprovechamiento, y muy encomendado de los Santos. I, 237.

Aún los filósofos gentiles conocieron la importancia y eficacia de él. I, 238.

Sirve como la bomba en el navío que hace agua, y de escardillo para ir arrancando la mala yerva y semilla que brota. I, 28, 238.

Con el exámen se ha de ir ejecutando y poniendo por obra lo que uno saca de la oracion. I, 239.

Cuánto estima y nos encomienda nuestro Padre este exámen, y con cuánta diligencia habemos de andar en él. I, 238, 261.

De qué cosas se ha de hacer el exámen particular, y cuánto importa acertar uno á traerle de lo que mas le conviene. I, 239, 241.

El exámen particular se ha de traer siempre de una cosa sola. I, 243.

Aun un vicio ó virtud conviene muchas veces dividir en partes y grados. I, 244.

Pónense algunas virtudes principales de que se puede traer exámen particular, divididas en partes y grados. I, 244.

No se ha de mudar fácilmente la materia del exámen. I, 248.

Cuánto tiempo será bien traer exámen particular de una misma cosa. I, 249, 250.

Cómo se ha de hacer el exámen particular. I, 250.

Cuánto ayuda tomar la enmienda de las faltas poco á poco. I, 65, 251.

En el exámen así particular como general, habemos de insistir y detenernos principalmente en el dolor y propósito de la enmienda, y por falta de esto muchos se aprovechan y enmiendan poco con los exámenes. I, 252, 254, 257.

Ayudará mucho para enmendarse uno y alcanzar de Dios lo que desea, añadir al exámen algunas penitencias. I, 254.

Cómo se ha de hacer el exámen general de la conciencia. I, 256.

Háse de hacer siempre juntamente el exámen general con el particular. I, 257.

Cómo podrá uno acordarse fácilmente de sus culpas para ocuparse lo mas del tiempo en el dolor y propósito de la enmienda. I, 258.

En el exámen no solamente ha de tener uno cuenta con las culpas en que cae, sino mucho mas con la raíz de ellas, para prevenirse y guardarse de ellas en adelante. I, 259.

El exámen de la conciencia es medio muy eficaz para poner por obra todos los demas medios y avisos espirituales, y para remediar todas las faltas. I, 259.

Tres cosas habemos de procurar con el exámen, y cuáles son. I, 261.

El exámen de la oracion cómo se ha de hacer, y la importancia de él. I, 220.

*Fervor.*

Con qué fervor habemos de andar, y cuánto importa andar con él y no dejarse caer en la tibieza. I, 33, 42, 68.

Mas fácil es conservar el fervor que despues de perdido volver á él. I, 34, 35.

Al fervoroso no se le hace largo el tiempo del trabajo. I, 65, 66.

El justo nunca dice basta. I, 46.

Esta es la causa que antiguamente para cinco mil monjes bastaba un superior, y ahora no basta para diez. I, 7.

San Doroteo se animaba mucho al fervor con el que habia tenido para alcanzar las letras. I, 42. (*V.* Tibieza y Perfeccion.)

*San Francisco.*

Como hizo su regla por revelacion ó inspiracion de Dios. I, 154.

Pasábansele las noches enteras en aquellas dos breves palabras: «quién Vos y quién yo, Dios mio y todas las cosas.» I, 194.

Encubria los dones de Dios. I, 84.

Lo que decia de la necesidad de la oracion. I, 162.

*Gloria.*

Nunca se hartan los bienaventurados de estar mirando á Dios, siempre se les hará nuevo aquel divino Maná. I, 13, 168.

Cómo nos trasformaremos en Dios en la gloria. I, 104.

Más se alegran los bienaventurados en el cumplimiento de la voluntad de Dios que en la grandeza de su gloria. I, 103.

En el cielo no hay envidia, antes se goza el uno de la gloria del otro como si fuese suya propia. I, 121.

Cómo podrá uno salvarse. I, 8.

*Gracia de Dios.*

No podemos tener certidumbre infalible de estar en gracia de Dios sin particular revelacion suya. I, 14, 62.

Pero podemos tener algunas señales y conjeturas que nos causen alguna probabilidad moral de ello. I, 14, 62.

Una de ellas y muy grande es andar uno con deseo de crecer é ir adelante en su propio aprovechamiento. I, 13.

Otra señal es cuando llevaria uno bien que entonces viniese la muerte y está muy conforme con la voluntad de Dios en eso. I, 62, 316, 317.

No tomar contento en ninguna cosa fuera de Dios, es señal de tener grande amor de Dios. I, 102.

Por qué quiso Dios que no supiésemos esto de cierto. I, 469.

Servir á Dios con alegría es buena señal de estar en gracia de Dios. II, 33.

El hacérsele á uno fácil el trabajo es señal de mucho amor de Dios. I, 406.

Gustar de hablar y tratar de Dios, es señal de amar á Dios. I, 447.

*Gula.*

El que no puede vencer la gula no es religioso. II, 331.

Por qué comenzaban los monjes su ejercicio por la abstinencia. II, 331.

La tentacion de la gula de un monje, y cómo la venció. II, 358.

Cómo castigó Dios la gula de otro monje. II, 338.

*Hablar de Dios.*

Nuestras pláticas y conversaciones han de ser de Dios, y cuánto importa esto. I, 446, 449.

Algunos medios que nos ayudarán á hacer esto. I, 446.

El P. San Francisco Javier hacia mas fruto con las conversaciones particulares que con los sermones. I, 446, 449.

*Humildad.*

Para que nos humillemos y conozcamos permite Dios las caidas. I, 249.

Dios á los que da grandes dones, niega otros menores y les deja algunas imperfecciones para que se conserven en humildad. I, 144.

Habémonos de avergonzar que una sola cosa que nos parezca que reluce baste para envanecernos, habiendo de bastar sola una cosa mala que tengamos para andar confundidos y humillados. I, 80.

Heredamos de nuestros padres un apetito de divinidad queriendo ser mas de lo que somos. I, 303.

Mientras mas uno va aprovechando es mas humilde, I, 46.

El humilde no quiere vivir en el corazon de ninguna criatura, sino de solo Dios. I, 76.

El humilde á todos los estima como si fuesen superiores. I, 124.

La humildad enfrena las pasiones y el modo con que habemos de hablar. I, 128.

La falta de humildad es causa de las porfias. I, 129, 130.

La humildad repara la quiebra de la caridad. I, 135.

Cómo se ha uno de ejercitar en la oracion en la humildad. I, 188, 190, 219.

Cómo se ha de dividir y tomar poco á poco por partes esta virtud, para traer examen particular de ella. I, 244. —(*V.* Conocimiento propio *y* Oficios bajos.)

Cristo nuestro Redentor fué el maestro de esta virtud. I, 452.

Los filósofos no la conocieron, ni aun el nombre. I, 452, 453.

La necesidad que tenemos de ella. I, 453.

La necesidad particular que de ella tienen los que tratan de ayudar á los prójimos. I, 458.

Es fundamento de todas las virtudes. I, 453, 455.

Ayuda para la castidad. I, 457, 544.

Para conservar la caridad y union fraterna. I, 456.

Por qué se compara á la raiz. I, 454.

No son virtudes verdaderas, sino aparentes, las que no se fundan en humildad. I, 455.

Tres grados de humildad. El primero es tenerse uno en poco, y sentir bajamente de sí mismo. —(*Véase* Conocimiento propio.)

El segundo grado de humildad es desear uno ser tenido de los otros en poco, y holgarse en ello. I, 482, 540.

Si estuviésemos bien fundados en el primer grado, no se nos haria tan dificil este segundo. I, 482.

Algunos dicen mal de sí y no pueden sufrirlo de otros. I, 482.

Humillarse por ser alabados y tenidos por humildes, es gran soberbia. I, 182.

Cuatro escalones para subir al segundo grado de humildad. Primero: no desear ser honrado, antes huirlo. I, 485.

El segundo, sufrir con paciencia las ocasiones de desprecio que se ofrecieren. I, 486.

El tercero, no holgarnos cuando somos alabados. I, 486.

El cuarto escalon es desear ser despreciado y tenido en poco, y holgarse con ello. I, 488.

Dos maneras de humildad: una de los que van aprovechando, otra de perfectos I, 493.

La perfeccion de la humildad y de las demas virtudes está en ejercitar sus actos con deleite y gusto. I, 490, 520.

Cuán importante es esto para perseverar en la virtud. I, 492.

Es buena señal de haber alcanzado la virtud, aun durmiendo resistir á la tentacion. I, 491.

Cómo algunos santos fingian algunas faltas que no tenian para ser tenidos en poco, y lo que les movia á esto. I, 492, 493.

Dos maneras de medios para alcanzar las virtudes. I, 494.

Cuán eficaz y necesario medio fué para que seamos humildes el ejemplo de Cristo. I, 495.

Cuán gran beneficio fué que ya con verdad y santidad podamos ser semejantes á Dios. I, 496; II, 86.

Será buen medio considerar bien qué cosa sea estima de los hombres. I, 497.

El camino cierto y seguro para ser uno amado y estimado, es darse á la virtud y á la humildad. I, 501.

La virtud es como el almizcle, que mientras mas le escondeis, mas se muestra con el olor que dá. I, 518.

La humildad es medio para alcanzar la paz interior, y sin ella nunca la tendremos. I, 457, 504.

No bastan consideraciones para alcanzar y conservar la humildad, es menester ejercicio de ella. I. 507, 509.

Cómo con el oficio ó vestido bajo y vil que está en el cuerpo, puede ganar humildad el alma. I, 509.

Ejemplos con que se confirma lo dicho. I, 511.

El ejercicio grande de humildad que tenemos en la Religion. I, 514.

Con qué espíritu y consideracion se han de hacer estos ejercicios. I, 515.

Cómo nos habemos de ejercitar en la oracion en este segundo grado de humildad. I, 518; II, 58.

Cómo se ha de traer exámen particular de esta virtud. I, 521.

Cómo con la humildad se puede compadecer el querer ser tenidos y estimados de los hombres. I, 525.

Cómo se conocerá si se huelga uno con la honra y estimacion puramente por la gracia de Dios y provecho de las almas, ó por gusto y comodidad. I, 526.

El tercer grado de humildad es cuando uno teniendo grandes virtudes y dones de Dios y grande honra y estimacion, no se ensoberbece en nada ni se atribuye á sí cosa alguna, sino todo á Dios. I, 530.

Cómo se halló esta humildad en nuestra Señora. I, 531.

Cómo se halla en los bienaventurados. I, 531.

Declárase mas en qué consiste este tercer grado de humildad. I, 534, 537.

Por qué llaman á esta humildad de grandes y perfectos varones. I, 530, 535, 548.

Cómo podian los Santos decir con verdad que eran mas malos y pecadores que cuantos habia en el mundo. I, 539, 543.

La humildad se há con las otras virtudes como el sol con las demas estrellas. I, 542.

El verdadero humilde no desprecia á nadie aunque le vea caer en pecado. I, 552.

De los mismos beneficios recibidos toma ocasion para humillarse mas y andar mas temeroso. I, 551.

Cuánto nos conviene acogernos á la humildad para suplir con ella lo que nos falta de virtud y perfeccion, y para que no nos castigue y humille Dios. I, 555.

Aborrece Dios tanto la soberbia que para humillar á uno permite tenga tentaciones, caiga en pecados veniales y algunas veces en mortales, feos y afrentosos. I, 556.

Algunos ejemplos con que se confirma lo dicho. I, 559.

*Ignacio (San).*

Su blason y el ánima y vida de todas sus obras fué la mayor gloria divina. I, 74.

Los regalos y consuelos espirituales que nuestro Señor le daba, y la humildad con que él los recibia. I, 542.

Cuán viles y bajas le parecian todas las cosas de la tierra cuando miraba al cielo. I, 105.

Muchos años antes que muriese no tuvo ni aun tentacion de vanagloria. I, 82.

La conformidad grande que tenia con la voluntad de Dios. I, 191.

No temia á la tempestad del mar ni á los demonios, antes con grande ánimo los desafiaba. I, 287.

Deseaba la muerte por verse con Cristo, y no tanto por su interés, cuanto por estarse gozando de la gloria de Cristo y dándole el parabien. I, 321.

Cedia su gloria por hacer algun servicio notable al Señor. I, 547.

Preparábase para la oracion guardando las adiciones, aun siendo ya viejo. I, 209.

Examinaba cada hora su conciencia y guardaba las adiciones del exámen. I, 258, 261.

Vendió la tentacion de risa á puras disciplinas. I, 255.

De todos hablaba con mucha estima. I, 124.

No juzgaba á nadie aunque la obra fuese evidentemente mala. II, 143.

El celo grande que tenia de la gloria de Dios y salvacion de las almas. II, 155, 176.

El desprecio grande que tenia del mundo y de su honra y estimacion. II, 123.

*Intencion.*

La bondad y perfeccion de las obras depende de la intencion, y cuanto esta fuere mas recta y perfecta serán ellas mas perfectas. I, 57, 74.

Por qué no alabó Dios al hombre en acabándole de criar como á las demas cosas. I, 57.

Mas mira Dios el corazon que el don. I, 95.

Una de las cosas mas encomendadas en nuestras Constituciones, es la intencion recta. I, 74.

El fin é intencion que habemos de tener en las obras ha de ser la mayor honra y gloria de Dios, y que estamos allí haciendo la voluntad de Dios; y este ha de ser nuestro gusto y entretenimiento en todo lo que hiciéremos. I, 86, 271.

No habemos de poner los ojos principalmente en el fruto y buen suceso de la obra, sino en hacer en ella la voluntad de Dios, y en hacerla lo mejor que pudiéremos para agradar á Dios. I, 93, 308.

De esta manera gozaremos de mucha paz, y no se nos dará mas hacer este oficio que aquel. I, 88, 93.

Cómo habemos de enderezar actualmente todas nuestras obras á Dios, y con qué frecuencia. I, 87.

No habemos de parar en este ejercicio hasta que vengamos á hacer las obras como quien sirve á Dios y no á hombres, y que mas parezca que estamos amando que obrando. I, 88.

Las obras hechas de la manera dicha se dicen obras llenas, y los que viven de esa manera se dicen vivir dias llenos. I, 90.

Cómo habemos de ir creciendo en la rectitud y puridad de intencion hasta servir á Dios por Dios, por ser él quien es. I, 98, 105.

Las virtudes y la misma gloria habemos de desear, no por nuestro interés sino puramente por Dios. I, 100, 345.

Si conociésemos cuán grande bien es agradar y dar contento á Dios, no buscaríamos otro galardon. I, 99.

Tres grados de perfeccion por los cuales podemos ir subiendo á gran pureza de inten-

cion y á grande y perfecto amor de Dios. I, 101.

Tres señales principales para conocer cuándo uno busca puramente la gloria de Dios, ó á sí mismo. I, 96.

Cómo se ha de traer el exámen particular de hacer todas las cosas puramente por Dios. I, 244.

El fin é intencion que hemos de tener en todas nuestras obras. I, 391, 392.

Cómo habemos de ir creciendo en esta rectitud y puridad de intencion. I, 522.

Cómo iba subiendo y creciendo en esto N. P. S. Ignacio. I, 413.

La puridad y perfeccion con que hemos de hacer las obras. II, 178.

Una señal para conocer cuándo hace uno en las cosas la voluntad de Dios ó la suya. II, 278.

*Ira.*

Hace parecer á un hombre furioso, y aun serlo. I, 358, 382.

Cómo venció un filósofo la ira. I, 582.

El desasosiego con que queda el que se deja llevar de la ira. I, 584.

*Jesucristo.*

Habemos de unir nuestras obras con las de Cristo y suplir nuestras faltas con sus merecimientos. I, 203.

Un ejercicio muy alto y muy perfecto de amor de Jesucristo nuestro Señor. I, 551.

Necesidad de su Encarnacion y Pasion. II, 37, 48.

La obra de la Encarnacion es manifestadora de la omnipotencia de Dios, de la dignidad del hombre y del caudal que Dios hace de él y amor que le tiene. II, 58, 62.

Hízose Dios hombre para redimirnos y para darnos ejemplo. II, 58.

El tesoro y bienes grandes que tenemos en Cristo. II, 59.

Es nuestro mediañero, abogado é intercesor con su Padre. II, 42, 43.

Por qué quiso que le quedasen las señales y agujeros de las Llagas despues de su Resurreccion. II, 41, 45.

Todas las cosas nos es Cristo, y todas las tenemos en él. II, 42.

Por qué la Escritura atribuye á Cristo innumerables nombres y títulos. II, 42.

La confianza que hemos de tener en Cristo. II, 43.

Las armas con que nos hemos de armar para resistir á todas las tentaciones, es Cristo. II, 42.

Todas nuestras obras, si tienen algun valor, es por Jesucristo. II, 42.

Todos los bienes y dones que nos vienen, es por medio suyo y por sus merecimientos. II, 42.

*Juicios temerarios.*

En qué consiste, su malicia y gravedad. I, 139.

Cuándo cae uno en este pecado. I, 140.

Háse uno de guardar de decir á otro el juicio que se le ofreció de su prójimo. I, 140.

Aun confesándose no se ha de declarar la persona contra quien se le ofreció el juicio. I, 140.

Echar las cosas á buena parte es buena señal, y lo contrario mala. I, 172.

Algunos ejemplos que declaran cuánto aborrece Dios los juicios temerarios, y cuánto le agrada la simplicidad. I, 144.

De qué raíz nazca este vicio I, 141.

De sus remedios. I, 142.

Cuándo viéremos algun defecto en otro, cómo le habemos de escusar. I, 142.

Suele ser castigo de Dios permitir que caiga uno en lo que juzga á otros. I, 147.

La penitencia que hicieron algunos Santos por haber juzgado á otro. I, 145.

El que juzga á otro de alguna culpa debe temer no venga á caer en la misma. I, 552.

Remedio contra los juicios temerarios. II, 295.

Considerar en los otros las virtudes y en nosotros las faltas. II, 323.

*Justicia original.*

Los efectos que causaba, y cuán llagada quedó nuestra naturaleza por el pecado. I, 562.

*Leccion espiritual.*

Cuán importante sea y encomendada de los Santos. I, 221.

Cómo se tendrá bien. I, 222.

Háse de tomar como un espejo en que

él alma se mira, procurando de quitar lo feo y malo que allí se reprende, y adornarla con lo bueno que allí se lee. I, 222.

No ha de ser apresurada ni corrida como quien lee historia, sino con pausa y ponderacion. I, 223.

Háse de interrumpir algunas veces para detenernos en algun afecto que resulta de ella. I, 223.

No se ha de buscar en ella tanto el saber cuanto el sabor y gusto de la voluntad. I, 223.

No ha de ser prolija de manera que canse el espíritu, ni de cosas dificultosas, sino llanas y devotas. I, 224.

Habemos de sacar siempre algo de la leccion para aprovecharnos de ello despues. I, 224.

Ayudará al principio de la leccion pedir gracia al Señor para aprovecharnos de ella. I, 224.

Cuán compañera y hermana es de la oracion. I, 225.

Comparan los Santos la leccion espiritual con el oir la palabra de Dios, declarando algunas comodidades que hay en ella que no hay en los sermones. I, 424,

Los libros buenos son un tesoro publico. I, 225.

Algunas conversiones por medio de la leccion. I, 225.

*Mentir.*

Cuán baja y afrentosa cosa es. I, 442, 443.

Hémonos de guardar de todo género de mentiras, no añadiendo, ni encareciendo, ni hablando palabras que tengan diversos sentidos. I, 442.

Es buen consejo no afirmar ni negar con demasiada aseveracion lo que uno sabe. I, 442.

*Misa.*

Todos los sacrificios de la vieja Ley significaban el que habiamos de tener en la Ley de Gracia. II, 94.

La Misa no solamente es memoria del Sacrificio en que Cristo nuestro Redentor se ofreció por nosotros al Padre Eterno en la cruz, sino es el mismo Sacrificio que entonces se ofreció, y del mismo valor y eficacia. II, 95.

No solo es el mismo Sacrificio, sino el que ofrece ahora este Sacrificio de la Misa es el mismo que ofreció aquel en la cruz; y el sacerdote que dice la Misa representa la persona de Cristo, y como ministro suyo y en su nombre ofrece este Sacrificio. II, 95.

Aunque el sacerdote que dice la misa sea malo, no por eso deja de aprovechar la misa á aquellos por quien se ofrece, ni disminuye nada de su valor. II, 96.

El amor grande que nos mostró Cristo nuestro Redentor en dejarnos este sacrificio, y el tesoro y riquezas grandes que en él tenemos. II, 97, 103.

La traza que inventó Dios para que este Sacrificio fuese por todas partes acepto, agradable y eficaz. II, 95.

Cómo la fiesta del Santísimo Sacramento es la mayor de cuantas celebra la Iglesia de Cristo nuestro Redentor. II, 96.

Es tan alto y tan soberano este Sacrificio, que solo á Dios se puede ofrecer. II, 97.

En qué consiste la esencia de este Sacrificio, y la diferencia que hay de él, en cuanto es Sacrificio y en cuanto es Sacramento. II, 88.

Todos los que oyen misa, ofrecen este Sacrificio juntamente con el sacerdote. II, 98.

De qué manera se ha de oir la misa. Dánse tres devociones principales para ello. La primera, considerar algun misterio de la Pasion. II, 99.

Las significaciones de lo que se hace y dice en la misa, y de los ornamentos del sacerdote. II, 99.

La segunda y mas principal manera de oir misa es ir juntamente con el sacerdote ofreciendo este sacrificio, y haciendo, en cuanto pudiéremos, lo que él hace. II, 100, 102.

Cómo han de hacer los mementos de la misa, asi los que la dicen como los que la oyen. II, 102.

Tres cosas principales por las cuales debe ofrecer este sacrificio, asi el que dice como el que oye la misa. II, 103.

Es bueno ofrecer este sacrificio por todo aquello que Cristo nuestro Redentor le ofreció estando en la Cruz. II, 103.

Es bueno ofrecerse uno á sí mismo jun-

tamente con Cristo cada dia en la misa por las cosas dichas. II, 103.

Cómo al tiempo que el sacerdote ofrece este sacrificio asiste allí gran multitud de ángeles y claman allí á Dios por nosotros, y cuán oportuno tiempo es este para negociar con Dios, y la confianza con que hemos de ir á la misa á ofrecer este sacrificio. II, 103, 119.

Los bienes particulares de que gozan los que oyen misa. II, 102.

La reverencia con que se debe estar en la misa. II, 119, 120.

La tercera devocion de la misa es comulgar espiritualmente. (*V.* Comunion.)

Algunos ejemplos acerca de la devocion de oir misa y decirla cada dia. II, 115.

*Misericordia de Dios.*

Es propio de Dios tener misericordia y perdonar. II, 56.

Aun en el mismo castigo muestra Dios su misericordia. II, 57.

El gran consuelo que es considerar que nos sufre y ama Dios, aunque nosotros no le correspondamos tan por entero. II, 27.

Cuál se llama misericordia de Dios grande, y cuál pequeña. I, 557.

No quiere Dios la muerte del pecador. II, 57.

Huélgase Dios de que le vayan á la mano en el castigo. II, 118.

Ejemplo notable de la misericordia de Dios. II, 160.

*Modestia.*

En qué consiste. I, 417.

El religioso ha de traer una modestia alegre y una alegría modesta. II, 24.

Cuán importante es la modestia y guarda de los sentidos para nuestro propio aprovechamiento. I, 418, 420.

Cuán necesaria es para edificar y aprovechar á los prójimos. I, 419.

La modestia esterior es señal del aprovechamiento interior; y la inmodestia esterior, del vicio interior. I, 418.

Asi como lo esterior ayuda á componer y conservar lo interior, asi tambien lo interior compone lo esterior. I, 423.

Cuán grande engaño es hacer poco caso de estas cosas esteriores diciendo que no está en eso la perfeccion. I, 421, 427.

Cómo podrá uno tratando con prójimos hacerse sordo, ciego y mudo. I, 421.

*Mortificacion.*

Mortificarse y negarse á sí mismo, es mudarse en otro hombre. I, 218.

Cuán encomendada es de los Santos y de la Escritura divina. I, 267.

Es necesaria para la oracion. I, 170.

Al que se mortifica se lo paga luego Dios de contado en la oracion; y al que no, tambien se lo muestra allí. I, 201.

El dia que se nos ofrecieren mas ocasiones de mortificaciones nos habemos de alegrar mas, y nosotros las habíamos de andar á buscar. I, 20.

No habemos de mirar si el otro pierde en la ocasion que dá, sino alegrarnos de nuestra ganancia. I, 20.

Cómo se ha de traer el exámen particular de la mortificacion poco á poco por sus partes y grados. I, 245, 248, 392.

Mortificacion y oracion son dos medios de los mas principales para nuestro aprovechamiento, y han de andar juntos. I, 357.

La mortificacion es disposicion y medio para la oracion, y es el fruto que hemos de sacar de ella. I, 358, 361.

En qué consiste la mortificacion. I, 362.

La necesidad que hay de la mortificacion. I, 361, 364.

Todos los pecados y todas las faltas é imperfecciones que hacemos, es por falta de mortificacion. I, 389.

Cómo todo nuestro aprovechamiento y perfeccion está en la mortificacion. I, 368.

Mas es regirse uno á sí que regir y sujetar á otros, y esa es la verdadera fortaleza de los siervos de Dios. I, 365, 396.

La paz es fruto y efecto de la mortificacion. I, 358, 383.

La mortificacion es necesaria para conservar la caridad. I, 372.

Dos maneras de mortificacion y penitencia, una corporal y esterior, otra espiritual é interior, y esta es mas preciosa y escelente. I, 372, 373.

La mortificacion y penitencia esterior se ha de tomar como medio para alcanzar la interior. I, 375.

Cómo abraza y usa la Compañía estas

dos maneras de mortificacion y penitencia, y mas principalmente la segunda. I, 373, 377.

Por qué insistió tanto nuestro Padre en la mortificacion interior. I, 375.

Justamente se puede uno escusar mas de la penitencia esterior que de la interior. I, 376.

Del ejercicio de mortificacion, que es el principal medio para alcanzarla. I, 385.

El ejercicio de mortificacion, aunque es propio de todos los siervos de Dios, lo es particularmente de los religiosos, y especialmente de los que tratan con prójimos. I, 371.

El que no trata de mortificarse no solo no vive vida espiritual, pero ni racional. I, 381.

Mayor trabajo es andar uno huyendo la mortificacion que el mortificarse. I, 382.

Cuán encomendado es en el Evangelio el ódio santo de sí mismo, y cómo se engendrará en nosotros. I, 367, 475.

De este ódio santo se engendra en el alma un espíritu grande de mortificacion y penitencia. I, 367.

No es ódio el mortificarnos, sino verdadero amor, no solo de nuestra ánima, sino tambien de nuestro cuerpo; y el no mortificarse es verdadero ódio, no solo del ánima, sino tambien del cuerpo. I, 379.

Cómo nos habemos de haber con nuestro cuerpo, y que ayudará mucho para mortificarnos tenernos por enemigos y por enfermos. I, 386.

Cómo se ha de ir poniendo en práctica el ejercicio de mortificacion: primero, en las ocasiones que se ofrecen sin andarlas nosotros á buscar; segundo, en las que nos impiden nuestro aprovechamiento y perfeccion; tercero, en las lícitas; y cuarto, en las cosas necesarias. I, 388, 389, 391.

Principalmente nos habemos de mortificar en aquel vicio ó pasion que reina mas en nosotros y nos hace caer en mayores faltas. I, 393.

Cuán provechosas son las mortificaciones aunque sean en cosas pequeñas, y cuán agradables á Dios. I, 390, 394.

El mal y daño que se sigue de menospreciar las mortificaciones en cosas pequeñas. I, 396.

Que siempre hay necesidad de ejercitarse uno en la mortificacion, por bueno y aprovechado que sea. I, 402.

El dia que no os mortificáredes en algo, tenedle por perdido. I, 404.

El ejemplo grande que en esto nos dió nuestro P. S. Francisco de Borja. I, 404.

Consuelo para los que tienen naturales difíciles. I, 398.

Nuestro S. P. Iguacio, siendo de su natural muy colérico, se habia vencido y mortificado tanto que le juzgaban por flemático. I, 400.

Aviso para el que tiene buen natural. I, 399.

La causa por que algunos no sienten en sí repugnancias ni contradicciones. I, 401.

Medios que nos harán fácil el ejercicio de la mortificacion. La gracia del Señor. El amor de Dios. La esperanza del galardon. El ejemplo de Cristo. I, 405, 407, 412.

Algunos ejemplos en confirmacion de lo dicho. I, 410.

Tres grados de mortificacion. I, 413.

Cuál es la señal de haber alcanzado perfecta mortificacion. I, 416.

*Muerte.*

Habemos de estar conformes con la voluntad de Dios, asi para morir como para vivir. I, 315.

Las causas que suelen hacer á los del mundo dificultoso el morir, y cómo en el religioso están allanadas estas dificultades. I, 316.

Es buena señal de tener uno buena conciencia y estar bien con Dios, cuando llevaria bien que entonces viniese la muerte, y muy conforme con la voluntad de Dios en esto; y por el contrario, pesarle á uno mucho con la muerte y no tener esta conformidad, no es buena señal. I, 62, 317.

Débese examinar uno muchas veces por aqui para ver si anda bien. I, 65.

La muerte se puede desear por salir de los trabajos que trae consigo esta vida, como no sea con impaciencia. I, 318.

Puédese desear con perfeccion por no ver los trabajos de la Iglesia y las ofensas continuas que se hacen contra Dios. I, 318.

Y por verse uno ya libre y seguro no so-

lo de pecados mortales, sino de veniales y de tantas faltas é imperfecciones como cada dia esperimentamos. I, 319.

Y con mas perfeccion por verse ya con Cristo. I, 321.

No solo es incierta la hora de la muerte, sino que vendrá en la hora que no pensais. I, 63.

El Señor que prometió perdon al pecador si hiciese penitencia, no le prometió el dia de mañana. I, 65.

Por qué quiso Dios que fuese esta vida breve. I, 318.

Que fué misericordia de Dios que nos fuese incierta la hora de la muerte; dánse dos razones de ello. I, 64.

Devocion cierta para no morir muerte súbita. I, 62.

No está el negocio en larga vida, sino en buena vida. I, 90.

El desengaño que causó en nuestro Padre San Francisco de Borja el espectáculo de la muerte. I, 373.

Algunos ejemplos con que se confirma lo dicho. I, 322.

Los de Tracia festejaban el dia de la muerte, y lloraban el del nacimiento. I, 325.

*Murmuracion.*

Cuánto se debe uno guardar de cualquier palabra de murmuracion. I, 125.

De la misma manera se debe uno guardar de decir á otro: «fulano dijo esto de vos:» siendo cosa que le puede dar disgusto, aunque la cosa sea en sí pequeña. I, 125.

Cuando otro murmura de nosotros, cómo lo habemos de llevar. I, 83.

El murmurador es aborrecido de Dios y de los hombres. I, 436.

En qué consiste la gravedad y malicia de este vicio. I, 437.

Es mayor pecado que el hurto, I, 437.

Cuándo será mortal y cuándo venial. Puede ser mortal, aunque no se diga de otro cosa de pecado mortal. I, 437.

Ha de estar uno muy lejos de ponerse en duda, si lo que dijo llegó á pecado mortal ó no. I, 438.

No se ha de decir del ausente lo que no dijéramos de él estando presente. I, 438.

Aunque las cosas sean públicas no hemos de murmurar de ellas. I, 438.

Cuando supimos alguna falta de otro cómo nos hemos de haber. I, 438.

Un remedio bueno contra la murmuracion. I, 439.

No dar oidos á la murmuracion, y cómo nos hemos de haber cuando la oimos, y algunos medios para atajarla. I, 439.

Cuándo pecará mortalmente el que oye al que murmura y no le resiste, y cuándo venialmente. I, 439.

Cuál es mejor manera de satisfacer á los que murmuran de nosotros. I, 451.

*Novicios.*

Cuánto les importa aprovecharse del tiempo del noviciado y acostumbrarse en él á hacer los ejercicios de la Religion bien hechos. I, 70.

De cuánto momento es lo que tiene á su cargo el maestro de novicios. I, 70.

De la primera institucion y del puesto en que uno se pusiere en el noviciado, depende comunmente todo su aprovechamiento para adelante, y consiguientemente todo el buen ser de la Religion. I, 70.

Para esto la Compañía instituyó Seminarios donde se tratase solamente del propio aprovechamiento, que llama Casas de Probacion. I, 72.

El que entiende cuanto importa salir bien bastecido del noviciado, no desea salir presto de él, antes teme salir. I, 72.

El que en el tiempo del noviciado anda con tibieza y descuido, tibio se quedará despues. I, 71.

Es grande engaño y grave tentacion dilatar uno su aprovechamiento, y pensar que vencerá despues lo que ahora no se atreve por la dificultad. I, 71.

Por qué decia un Padre que tenia envidia á los novicios. I, 89.

*Obediencia.*

La escelencia de esta virtud. II, 268.

Por qué mandó Dios al hombre que no comiese del árbol de la ciencia del bien y del mal. II, 268, 288.

El voto de la obediencia es el mas principal de la Religion y el que hace á uno religioso. II, 269.

El que fuere obediente alcanzará todas las virtudes. II, 270.

El premio grande que corresponde á la obediencia. II, 268, 271, 294.

La necesidad que tenemos de ella. II, 271.

Por qué nos pide nuestro Padre que nos señalemos en ella. II, 272.

Cómo no tendrá uno miedo á ninguna obediencia ni á ningun superior. II, 273.

Cuál es obediencia entera. II, 273.

La puntualidad y exaccion que pide el primer grado de obediencia. II, 274.

Agrada á Dios tanto la puntualidad de la obediencia dejando la letra comenzada, que lo ha querido confirmar con milagros. II, 274.

Pondérase la puntualidad de la obediencia de Samuel y de Abraham. II, 276, 277. 284.

En qué consiste el segundo grado de obediencia. II, 277.

En las cosas difíciles y repugnantes á nuestra sensualidad se echa de ver mas la obediencia. II, 277; 278.

Como los mártires no escogian el martirio que les habian de dar, sino estaban dispuestos para cualquiera, así lo ha de estar el religioso. II, 185.

A religioso tibio nunca le faltan achaques para no hacer lo que no le da gusto. II, 302.

Cuando el súbdito procura traer al superior á lo que quiere, no hace él la voluntad del superior, sino el superior la suya. II, 278.

Ha de temer mucho el religioso no le manden alguna cosa porque él la procuró y no mostró buen rostro á lo que el superior quisiera. II, 141, 279.

En qué consiste el tercer grado de obediencia. II, 280.

Cuál ha de ser la obediencia de entendimiento. II, 280.

Si no hay obediencia de juicio, es imposible que la obediencia de voluntad y ejecucion sea cual conviene. II, 281.

El religioso que torna á usurpar su voluntad y juicio, comete hurto y sacrilegio. II, 199.

La obediencia ciega cuán encomendada es de los Santos, y por qué se llama ciega. II, 282.

El discernir es del superior, del súbdito la ejecucion. II, 281, 286.

Declárase la obediencia ciega con algunas comparaciones. II, 284.

En las cosas espirituales es aun mas necesaria la obediencia de juicio. II, 286.

Cuán grande y peligroso mal es fiarse de su propio juicio. II, 287.

Por qué aquellos Padres antiguos mandaban á sus súbditos cosas que parecian fuera de propósito. II, 293, 294.

No se echa tanto de ver la obediencia en dejar de hacer lo malo, cuanto en dejar de hacer lo que de suyo es bueno, cuando le mandan que lo deje. II, 289.

Cuando uno no se sujeta en esto muestra su propia voluntad y dureza de juicio. II, 288.

Cuán buena prueba es de uno la obediencia en estas cosas. II, 289.

Ejemplos notables en confirmacion de esto. II, 289, 290.

El que deseaba ayunar ó hacer otra obra buena y la deja por obediencia, no solo no pierde, sino dobla el merecimiento. II, 289.

De dónde nace el tener juicios contra la obediencia y los remedios contra ellos. II, 293.

Con los juicios contra la obediencia nos hemos de haber como con los pensamientos contra la fé y deshonestos. II, 281.

Hemos de tomar ocasion de ellos para confundirnos mas. II, 281, 296.

Cuánta razon hay para no creer ni hacer caso de nuestros juicios. II, 296.

Otras cosas que nos ayudarán para no dar crédito á nuestros juicios. II, 297.

Tres razones para obedecer que dá el Apóstol San Pablo. II, 298.

La seguridad y descanso que causa el vivir debajo de obediencia. II, 298, 299.

Cuán gran trabajo es mandar á quien no obedece bien. II, 300.

Para ser uno buen súbdito y buen obediente, ayuda haber tenido oficio de superior. II, 301.

Un medio muy principal y eficaz para alcanzar la perfeccion de la virtud de la obediencia, que es obedecer al superior como á Cristo nuestro Señor. II, 302, 306.

Este medio no solamente es para obedecer mejor y con mas perfeccion, sino es absolutamente necesario para alcanzar la virtud de la obediencia. II, 306.

Con la misma prontitud hemos de obedecer

cer á los oficiales subordinados que al supremo superior. II, 308.

De dónde nace que obedeciendo uno todos los dias no ha alcanzado esta virtud. II, 306.

Otros bienes grandes que hay en este obedecer al superior como á Cristo. II, 308.

Por qué en la Sagrada Escritura el pecado de la desobediencia se compara al pecado de idolatría. II, 310.

La obediencia no quita el proponer, y el modo que se ha de tener en esto. II, 312.

Cuál es el mejor modo de proponer. II, 314.

Cuán gran detrimento de la Religion seria si apenas pudiesen los superiores negar á los súbditos lo que piden, sin seguirse de ello quejas y amarguras. II, 314.

El que vive debajo de obediencia está cierto de que en lo que hace por obediencia, hace la voluntad de Dios. I, 55.

Cómo podrá el religioso que vive debajo de obediencia hacer todo el dia su voluntad, no solo lícita, sino santamente y con mucha perfeccion. I, 276.

Del voto cuarto solemne de obediencia al Sumo Pontífice que hacen los profesos de la Compañía. I, 297.

Cómo se ha de dividir y tomar poco á poco por partes y grados esta virtud para traer exámen particular de ella. I, 246.

*Obras.*

En hacerlas bien está todo nuestro bien. I, 54, 74.

En qué consiste el hacerlas bien. I, 57.

El valor y perfeccion de las obras no depende del suceso de ellas. I, 93, 308.

No pide Dios sino que haga cada uno lo que puede, conforme á sus fuerzas y talento. I, 94.

Puede uno merecer tanto en lo poco que hace como en lo mucho. I, 94.

En hacer bien las obras ordinarias que hacemos está todo nuestro aprovechamiento y perfeccion. I, 53, 74, 247.

Que nos ha de animar mucho á la perfeccion el habérnosla Dios puesto en una cosa tan fácil. I, 56.

Esta ha de ser la preparacion principal con que nos habemos de disponer para recibir mercedes del Señor en algunas fiestas principales. I, 57.

*Medios para hacer bien las obras.*

Hacerlas puramente por Dios y como quien sirve á Dios y no á los hombres. I, 58, 133.

Andar en la presencia de Dios. I, 58, 236.

Hacer cada cosa como si no tuviésemos otra que hacer. I, 60.

Hacer cada obra como si aquella hubiese de ser la postrera de nuestra vida. I, 61.

No hacer cuenta mas que de hoy. I, 64, 251.

Acostumbrarse á hacerlas bien. I, 8.

Traer exámen particular de hacer las obras ordinarias bien hechas, y cómo se ha de traer este exámen. I, 57, 247.

Recogerse algunos dias á hacer ejercicios espirituales. I, 217.

*Ocupaciones y oficios esteriores.*

No habemos de dejar por ellas los ejercicios espirituales. I, 4.

Que la causa de hallarnos algunas veces distraidos y desaprovechados no son las ocupaciones esteriores, sino el no hacerlas como debemos. I, 88.

Cómo habemos de tomar las ocupaciones esteriores. I, 4.

Cómo se ejercitaban en ellas los Padres antiguos. I, 89.

Cómo se ejercitaba en ellas Santa Catalina de Sena, y otro Santo. I, 90.

El buen modo con que se han de ejercitar los oficios esteriores. I, 132.

Cómo habemos nosotros de recibirlo cuando otro nos sirve. I, 133.

*Oficios bajos.*

Habémoslos de tomar prontamente cuando nos pusieren en ellos. I, 296.

Para esos es menester mas la indiferencia y resignacion, y mas se muestra la virtud de uno en ofrecerse á Dios para esos que para los altos. I, 301.

Hános de animar á esto la seguridad, y el conservarse con ellos la humildad. I, 303.

El ejemplo de Cristo nuestro Señor que ejercitó en ellos. I, 300.

El considerar que estamos allí haciendo la voluntad de Dios. I, 301.

Desear uno puestos ó ministerios altos, aunque sea con título de hacer bien en las almas, no suele ser celo de la mayor gloria de Dios, sino deseo de honra y estimacion y sus comodidades. I, 303.

El humilde antes quiere que otro haga el oficio alto y él el bajo. I, 303.

Ofreciéndose dos cosas de igual gloria de Dios, escoger la mas despreciada por imitar á Cristo, es perfecto grado de humildad. I, 303.

Háse de ejercitar uno en oficios bajos y humildes, no solo por la edificacion, sino por su propio provecho, entendiendo que lo há menester. I, 39.

*Oracion.*

Es cosa mas provechosa, mas dulce, mas alta de cuantas tenemos. I, 159.

Compárase en la Escritura Divina al Timiama, por lo mucho que agradó á Dios. I, 159.

Los ángeles asisten y acompañan particularmente á los que están en oracion, ayudan á tenerla con fervor, presentánla delante de Dios. I, 55, 160.

En la oracion hacemos oficio de ángeles y lo que habemos de hacer para siempre en el cielo. I, 160.

Notan y escriben los ángeles cuál es la oracion de cada uno. I, 55.

La oracion es un medio general y eficaz para concertar nuestra vida, vencer todas las tentaciones y allanar todas las dificultades que se nos pueden ofrecer en el camino de la virtud. I, 162, 184.

Una de las mayores grandezas de la oracion es que el que hace oracion trata y habla con Dios. I, 160.

No hay cosa que tanto haga crecer á uno en virtud, como la frecuente oracion y trato con Dios. Hace el corazon generoso y menospreciador de las cosas del mundo. I, 160, 175.

Cuán viles y apocadas le parecian al abad Silvano todas las cosas de la tierra cuando salia de oracion. I, 105.

La oracion es como una fuente en medio de un jardin que con su riego todo lo conserva y se tiene fresco y hermoso. I, 187.

Unas de las cosas en que se echa mucho de ver la escelencia de la oracion es en la ojeriza grande que el demonio tiene con ella y en la guerra que le hace. I, 206.

La necesidad de la oracion esperimentamos bien por nuestra gran flaqueza corporal y espiritual. I, 160.

Por este medio de la oracion quiere Dios acudirnos, y en él tiene librada la salud y remedio de muchas almas y el aprovechamiento y perfeccion de otras. I, 161.

Comparan la oracion á una cadena de oro colgada del cielo hasta la tierra, por la cual bajan á nosotros los bienes y nosotros subimos á Dios. I, 161.

Compáranla á la escala de Jacob por donde subian y descendian los ángeles. I. 161.

Llámanla llave del cielo. I, 161.

Lo que es el pan y el sueño para el cuerpo, es la oracion para el alma. I, 161, 214.

De ella depende el gobierno de nuestra vida; cuando ella anda concertada, la vida anda concertada; y cuando no, todo se desconcierta. I, 162.

Es como el calor natural del estómago, con ella se conserva la vida espiritual y se digieren y ablandan todas las dificultades y trabajos. I, 162.

En ella hallaremos remedio para todo, como en la mano para todo lo que ha menester el cuerpo. I, 163.

Ha de ser el espejo en que nos miremos cada dia para quitar lo feo y adornarnos con lo hermoso que resplandece en Cristo. I, 162.

Que debemos mucho á Dios por habernos hecho tan fácil una cosa, por una parte tan escelente y por otra tan necesaria. I, 163.

Siempre está en nuestra mano la oracion, y en todo lugar y tiempo la podemos tener. I, 163.

Si no se aparta la oracion de vos, no se aparta la misericordia de Dios de vos. I, 164.

Dos maneras hay de oracion mental, una comun y llana, otra especialísima, estraordinaria y aventajada. I, 164.

Cómo la Sagrada Escritura nos declara estas dos maneras de oracion. I, 166.

En la oracion especialísima y aventajada, mas se recibe que se hace. I, 164.

Es don particularísimo de Dios que dá él á quién es servido. I, 165, 196.

No la podemos nosotros enseñar, ni aun el que la tiene la puede declarar ni entiende cómo es aquello. I, 164, 171.

Trae consigo gran dulzura y suavidad, y todo el tiempo que en ella se gasta por largo que sea parece un soplo. I, 165.

Es al modo de la contemplacion que tienen los bienaventurados viendo á Dios. I, 168.

Divídese en tres grados. I, 165.

No se há uno de poner y levantar á esta oracion, si Dios no le levanta y sube á ella. I, 166,168.

Para alcanzar esta oracion especialísima es menester ejercitarse uno mucho tiempo en mortificar las pasiones y adquirir las virtudes; lo cual llaman los Santos vida activa, que dicen ha de ser primero que la contemplacion. I, 170.

Por falta de este fundamento, muchos que quisieron subir á la contemplacion, al cabo de muchos años de oracion se hallaron muy vacíos de virtud. I, 170.

La oracion mental ordinaria puédese en alguna manera enseñar. I, 171.

El modo de oracion que enseña nuestro Bienaventurado Padre San Ignacio en el libro de los ejercicios espirituales, que es ejercitando las tres potencias del alma, está aprobado por la Sede Apostólica, y es muy usado de los Padres antiguos, y muy fructuoso. I, 171, 196.

Ejercitarse uno en estirpar vicios y adquirir virtudes, es camino seguro; y en otros modos estraordinarios suele haber peligros y engaños. I, 169.

Nuestra oracion por mucho tiempo ha de ser dolernos de nuestros pecados. (*V.* Contricion.)

Que nos habemos de contentar con la oracion ordinaria, y no andar congojados ni quejosos por no llegar á otra mas alta. I, 168, 203, 336.

Antes habemos de tener por particular merced que nos lleve Dios por camino llano. I, 169, 203, 336.

Es engaño de algunos que porque no alcanzan la oracion especialísima les parece que no pueden tener oracion, ó que no son para ella. I, 196.

Aun cuando uno no halla entrada en la oracion ordinaria, sino mucha distraccion y molestia de pensamientos, ha de tener mucha conformidad con la voluntad de Dios. (*V.* Conformidad con la voluntad de Dios.

El modo que habemos de tener en la oracion, y el fruto que hemos de sacar de ella. II, 45, 89.

Hémonos de ejercitar mucho en la oracion en ofrecernos y resignarnos del todo en las manos de Dios. II, 52, 85.

Hémonos de ir descendiendo á casos particulares hasta que sintamos gusto en la obra, I, 250; II, 59.

En qué está el tener buena oracion. II, 90, 92.

La oracion que no tiene por compañera la mortificacion es sospechosa. I, 361.

Por qué se nos hace dificultosa la oracion. I, 359.

La oracion es de suyo gran mortificacion de la carne. I, 362.

La oracion es una vista espiritual de los Divinos Misterios. I, 360.

Por qué en algunas fiestas principales cuando uno pensaba tener mas devocion tiene menos. I, 476.

Por qué suelen algunos sentir mas las tentaciones en tiempo de la oracion. I, 564.

En la oracion suele Dios castigar las faltas que uno hace de propósito. II, 92.

Siete afectos principales en que nos habemos de ejercitar en la oracion. (*V.* Pasion de Cristo.)

Cuán á la mano hemos de tener el remedio de la oracion. I, 590.

La oracion del humilde penetra los cielos. I, 458.

Valor y eficacia de la oracion. II, 147.

Es escudo. II, 148.

Es gran remedio contra todas las tentaciones. II, 251.

No se nos ha de ir toda la oracion en discursos y consideraciones, ni habemos de parar ahí, sino todo eso habemos de tomar como medio para despertar y encender en nuestro corazon los afectos y deseos de las virtudes. I, 178, 181.

En qué habemos principalmente de insistir y detenernos en la oracion. I, 179.

Tanto habemos de usar de la meditacion y discurso del entendimiento cuanto fuere

menester para mover la voluntad al deseo de alguna virtud, y en sintiéndola movida, habemos de cortar el hilo del discurso y detenernos en el afecto de la voluntad hasta embeberlo bien en nuestra ánima. I, 171.

El fruto de la oracion está en aplicar uno lo que medita para su propio aprovechamiento, conforme á lo que ha menéster. I, 179.

De esta manera nos enseñó á orar Cristo nuestro Redentor. I, 181.

Satisface á la queja de los que dicen que no pueden ó no saben meditar y discurrir en la oracion. I, 182.

Que es mejor y mas dichosa suerte la de aquellos á quien cierra Dios la vena de la demasiada especulacion, y abre la de la aficion. I, 185.

Es engaño de algunos que cuando no hallan consideracion en que se detener, les parece que no tienen buena oracion, y cuando las hallan les parece que la tienen buena. I, 185.

Habemos de tomar la oracion no como fin para parar en ella, sino como medio para vencer nuestras pasiones y adquirir las virtudes. I, 185, 198.

Nuestra oracion ha de ser práctica; esto es, enderezada á la obra. I, 184.

Habemos de poner los ojos en aquello de que tenemos mas necesidad, y tomarlo á pechos é insistir y detenernos en eso en la oracion hasta alcanzarlo. I, 185, 217.

Declárase cómo se entiende esto. I, 286.

Cuánto importa para nuestro aprovechamiento el tomar á pechos por algun tiempo una cosa, aquello de que tenemos mas necesidad, y enderezar á eso la oracion y exámen y los demas ejercicios. I, 187.

Cómo nos podremos detener mucho tiempo en la oracion en el afecto de una misma virtud, y pónese un modo de oracion muy fácil y provechoso. I, 189.

Cómo se ha de ir uno ejercitando en esto, no solo hasta que los deseos se estiendan á la obra, sino hasta que la obra se haga con facilidad, con prontitud y delectacion. I, 192.

Así como despues de venido el trabajo es muy buen remedio acudir á la oracion para llevarlo bien, así lo es tomar ese remedio de antemano para que despues lo llevemos bien. I, 191.

Cuando hay algunas ocupaciones de presente, en esas se ha de ejercitar uno primero en la oracion disponiéndose para llevarlas bien, cada uno conforme á su estado. I, 191.

En la oracion siempre habemos de proponer algo que hacer aquel mismo dia. I, 191.

De la oracion siempre habemos de sacar vivir aquel dia bien y con edificacion, cada uno conforme á su estado. I, 198.

En la consideracion de los misterios ha de ir uno tambien deteniéndose en una misma cosa, cavando y ahondando en ella. I, 195.

Coloquios, cómo y cuándo se han de hacer en la oracion. I, 168, 208.

Algunos medios que nos ayudarán para saber tener bien oracion y perseverar en ella. I, 194.

Cuánto importa haber un varon espiritual docto y ejercitado en la oracion que instruya á los que comienzan. I, 195.

Muéstrase prácticamente por dos vías que la oracion mental es para todos, y que está en nuestra mano tener siempre buena oracion y sacar fruto de ella. I, 196.

Pónense algunos modos fáciles para tener buena y provechosa oracion, y con qué podremos suplir y restaurar las faltas de ella. I, 199.

No consiste la oracion en dulzuras y gustos sensibles, sino en los actos de nuestras potencias; y cuánto importa acostumbrarnos á tener la oracion de esta manera. I, 196.

En qué consiste la bondad y mérito de estos actos. I, 197.

Cómo andará uno siempre en oracion. I, 59, 88, 255.

Cuánto importa al fin de la oracion hacer exámen de ella, y cómo se ha de hacer este exámen. I, 220.

Es muy bueno escribir uno brevemente lo que saca de la oracion. I, 220.

*De la distraccion en la oracion.*

Las raices de donde procede son descuidos por andar uno derramado entre dia y con poca guarda del corazon. I, 205.

De tentacion del demonio. I, 206.

Algunas veces, sin culpa, de nuestra propia flaqueza. I, 207.

Los remedios son traer recogido el corazon entre dia y guardadas las puertas de los sentidos. I, 203.

Sacar de eso humildad y conocimiento propio. I, 207.

Considerar que está en la presencia de Dios que le está mirando cómo ora. I, 208.

El estar delante del Santísimo Sacramento; mirar alguna imágen; mirar al cielo. I, 208.

Decir algunas oraciones jaculatorias y hablar vocalmente con Dios. I, 208.

Procurar estar allí como si no tuviésemos otra cosa que hacer. I, 60.

Llevar bien preparado el ejercicio y determinados diversos puntos para la oracion. I, 209.

Un medio muy bueno para restaurar lo que se pierde en la oracion por la distraccion ó por otra causa. I, 198.

Otro consuelo grande para los que son molestados de esta tentacion. I, 211.

Los pensamientos malos á que uno resiste, son purgatorio y corona del alma. I, 242.

Lo que hay aquí que temer es no se nos entre la tibieza y dejemos de hacer lo que es de nuestra parte socolor de «no puedo mas.» I, 211, 344.

Otros remedios contra esta tentacion. (*V.* Conformidad con la voluntad de Dios.)

De la tentacion del sueño, que es otro género de distraccion; de sus raices y remedios. I, 312.

San Romualdo abad al que habia dormitado algo en la oracion no le permitia decir misa aquel dia. I, 213.

Cuánto conviene tomar algunos tiempos estraordinarios para darse mas á la oracion, que llamamos recogerse á hacer ejercicios, I, 213.

Cómo usaron esto muchos Santos. I, 213.

Algunas coyunturas y ocasiones en que será esto mas conveniente. I, 213.

Este es uno de los medios principales que las Bulas de nuestro Instituto ponen no solamente para nuestro propio aprovechamiento, sino tambien para ayudar á los prójimos. I, 216.

La Santidad de Paulo V concedió indulgencia plenaria á todos los religiosos de cualquier órden que sean, que se recogieren á hacer estos ejercicios espirituales por espacio de diez dias, por cada vez que esto hicieren. I, 216.

El fruto que se ha de sacar de estos ejercicios. I, 217.

Ayudará mucho para aprovecharse uno de ellos llevar prevenido en particular lo que pretende sacar, y cómo se hará esto. I, 185, 219.

Ayudará escribir lo que se saca de ellos. I, 220.

Oraciones jaculatorias. (*V.* Presencia de Dios.)

*De la preparacion para la Oracion.*

Ir á la oracion sin preparacion es como tentar á Dios. I, 210.

La preparacion ha de ser llevar bien preparado el ejercicio, y determinados diversos puntos para la oracion. I, 209.

En despertando pensar en eso. I, 210.

Llevar prevenido el fruto que habemos de sacar de la oracion, y cómo se hará esto. I, 185.

Considerar que estamos delante de Dios y que nos está mirando. I, 166, 207.

Hacer la composicion de lugar, que es hacerse uno presente á lo que medita; y cómo se ha de hacer esto. I, 234, 235.

De guardar bien estos avisos, que llamamos adiciones, depende en gran parte el tener bien oracion y el sacar fruto de ella. I, 210, 217.

*De la meditacion.*

La meditacion y discurso del entendimiento es el fundamento de todo lo demas que se hace en la oracion. I, 174.

No puede ser perfecta la oracion, si no precede ó la acompaña la meditacion. I, 173.

La meditacion es principio de todo bien, y grande ayudadora de todas las virtudes y buenas obras. I, 173.

Una de las principales causas de todos los males y pecados que hay en el mundo, es la falta de meditacion y consideracion. I, 174.

Por eso el demonio procura tanto impedirla. I, 174.

De un bien y provecho grande que habemos de sacar de la meditacion y oracion. I, 175, 199.

De la meditacion nace la verdadera devocion, y los que en esta van fundados perseveran; los que en gustos y consuelos, fácilmente caen. I, 177.

De qué manera se ha de tener la meditacion para aprovecharnos de ella. I, 175.

Prefiérese la meditacion á la leccion, á la oracion vocal y á la obra de manos. I, 178.

*Paciencia.*

Es puerta de la sabiduría. I, 513.

Cuánto edifica y predica. I, 530.

El verdadero humilde en ella se conoce. I, 465.

Por qué nos envia el Señor trabajos. I, 544.

Con los trabajos medran y crecen los siervos de Dios. I, 573.

Por qué Cristo nuestro Señor quiso padecer tanto. I, 569.

Mala señal es no tener trabajos. I, 569.

Ayudará á tener paciencia considerar la gloria que por eso nos darán. I, 407.

Acordarse de la Pasion de Cristo. I, 412.

La humildad. I, 456.

Si en el cielo pudiera haber pena y dolor la tuviéramos grande de no haber padecido mas. I, 410.

La impaciencia no siempre nace de ocasion que nos dan, sino de nuestra inmortificacion. II, 27.

Cómo se ha de ejercitar uno en la oracion en la paciencia. II, 58.

Ayudaranos mucho á tener paciencia y conformarnos con la voluntad de Dios en los trabajos, considerar que todos los trabajos y males de pena vienen de la mano de Dios. I, 263, 282.

Considerar y creer que los envia Dios para nuestro mayor bien. I, 283, 326.

Nuestro consuelo y contento en ellos ha de ser ver que aquel es el contento y voluntad de Dios. I, 102, 269, 330.

El amor se muestra en sufrir y padecer trabajos por el amado, y cuanto mayores son los trabajos tanto mas se muestra el amor. I, 268, 293.

Al que ama mucho á Dios ningun trabajo se le hace pesado. I, 281, 302.

Ayudará mucho á llevar con paciencia los trabajos, conocer y sentir nuestros pecados. I, 328.

Cómo los Santos, aun los trabajos que Dios enviaba á su Iglesia, atribuian á sus pecados. I, 330.

Ofreciendo el Señor á Santa Catalina de Sena dos coronas, escogió la de espinas reservando la de oro para la otra vida. I, 327.

Agrada á Dios tanto esta conformidad y humilde sumision al castigo, que algunas veces es medio para que se aplaque el Señor y deje de castigarnos. I, 331.

Tres grados de paciencia. I, 272.

Mas perfeccion es llevar con paciencia y conformidad los trabajos y adversidades que entender en obras muy buenas. I, 309.

La principal parte de la fortaleza es sufrir mas que acometer. I, 312.

La paciencia y conformidad que habemos de tener con la voluntad de Dios en las enfermedades. (*V.* Enfermedad.)

La paciencia es necesaria para conservar la caridad. I, 119.

Cómo se ha de dividir y tomar poco á poco por sus partes y grados esta virtud, para traer exámen particular de ella. I, 246. (*V.* Conformidad con la voluntad de Dios *y* Trabajos.)

Un remedio muy bueno para llevar bien los trabajos. II, 323.

Considerar que enviar Dios á uno trabajos es señal de amor. II, 377.

Ejemplo notable de paciencia. II, 292.

*Palabra de Dios.*

Es como el anzuelo, que quien le prende queda preso. I, 52.

Oirla de buena gana es buena señal; y lo contrario, mala. I, 49.

No habemos de ser solamente oidores de la palabra de Dios, sino obradores. I, 52. (*V.* Pláticas espirituales.)

*Pasion de Cristo nuestro Redentor.*

Cuán provechosa y agradable sea á Dios la meditacion de la Pasion. II, 44, 77, 99.

Algunos ejemplos en confirmacion de esto. II, 51.

El modo que habemos de tener en meditar la Pasion de Cristo nuestro Redentor, y siete afectos principales que hemos de sa

car de ella; con algunas consideraciones que nos ayudarán á ello. II. 45.

Del afecto de compasion, y cuán grandes fueron los dolores de Cristo. II, 46.

Del afecto del dolor y contricion de nuestros pecados. II, 48.

Del afecto de amor Dios. II, 51.

Del afecto de gratitud y hacimiento de gracias. II, 52. (*V.* Agradecimiento.)

Del afecto de admiracion. II, 55.

Del afecto de la esperanza y confianza en Dios. II, 55. (*V.* Misericordia de Dios.)

Del afecto de la imitacion de Cristo nuestro Señor. II, 57.

Cómo en este solo afecto de la imitacion podrá uno hallar materia de oracion para toda la vida. II, 59.

Otros seis puntos en que nos podemos detener en cada misterio de la Pasion. II, 59, (*V.* Jesucristo.)

*Pasiones.*

Hasta donde lleva á uno la pasion. I, 382.

Las pasiones vehementes ciegan y disminuyen la libertad. I, 358.

Las pasiones son nuestros verdugos. II, 28.

La pasion resistiéndola se disminuye, y siguiéndola se acrecienta y se viene uno á hacer esclavo de ella. I, 385.

Cómo haremos de nuestras pasiones escalones para subir al cielo. I, 399.

*Pecado.*

Es peor que el no ser. I, 468.

Y que el infierno. II, 48.

El que peca mortalmente, cuanto es de su parte, torna á crucificar á Jesucristo. II, 65.

No hay cosa que tanto declare la gravedad del pecado, como la necesidad del remedio de la Encarnacion y Pasion de Cristo. II, 48.

El mayor castigo de Dios y su ira grande es dejar á uno que caiga en pecados mortales. I, 556.

Es propiedad del pecado causar tristeza. II, 31.

No hay mayor pena que la mala conciencia. II, 34.

En ninguna cosa es tan bien empleado el dolor como en el pecado. II, 35.

Cuán encomendado es el ejercicio de la contricion, y los provechos grandes que hay en él. II, 49.

El llorar uno sus pecados, aunque por una parte dá pena, por otra consuela grandemente. II, 36.

Cuánto sintió Cristo nuestro Redentor los pecados de los hombres. II, 47.

Háse de fundar uno primeramente en temor de Dios y en guardarse de no caer en pecado mortal, y sobre esto ha de edificar lo demas que toca á perfeccion. I, 202.

Para pecar mortalmente basta que uno quiera simplemente con la voluntad el pecado, aunque no tenga otro sentimiento ni gusto en él. I, 197.

Pondérase la gravedad y malicia del pecado. I, 174.

Cuán gran desatino es, aun hablando de tejas abajo, por un breve gusto y deleite escojer uno el haberle de pesar de ello toda la vida. I, 253.

La causa de tantos pecados es la falta de consideracion. I, 174.

Por qué caen los hombres frecuentemente en algunos pecados, y en otros muy raras veces. I, 189.

Cómo un pecado suele ser pena de otro pecado. I, 30.

Dios no es causa del pecado ni lo puede ser. I, 263, 265.

Pecados veniales (*V.* Cosas pequeñas.)

*Penitencia.*

Cuán encomendada y usada es de los Santos. II, 253.

Cómo es lícito y santo hacer penitencias aunque sea con algun detrimento de la salud. II, 254, 320.

La discrecion con que se han de tomar. II, 254, 285.

La seguridad que en esto tenemos en la Religion. II, 299.

Añadir mas oracion y mas penitencia, siempre fué medio muy usado en la Iglesia para alcanzar misericordia de Dios. I, 215.

Nuestra Señora dijo á Santa Isabel de Hungría que ninguna gracia espiritual venia al alma, regularmente hablando, sino por medio de la oracion y de las aflicciones del cuerpo. I, 256.

*Perfeccion.*

En qué consiste. I, 1, 183, 262, 368, 422.

Está en nuestra mano. I, 494.

Es el mayor de los tesoros y ha de ser todo nuestro negocio. I, 2.

Es lo que estima la Religion y superiores de ella. I, 2, 150.

No es negocio que se ha de hacer por fuerza, sino que ha de salir del corazon y que cada uno le ha de tomar á pechos. I, 7.

Mientras mas se dá uno á la perfeccion, mas hambre y sed tiene de ella. I, 11.

Cómo se compadece tener uno hambre y sed de la perfeccion y estar harto. I, 12.

Mientras uno mas sube á la perfeccion entiende mas lo que le falta, y el pensar que ha llegado á ella es señal de estar lejos de ella. I, 46.

Tres grados de perfeccion por los cuales puede uno ir subiendo á grande y perfecto amor de Dios. I, 136.

La causa por qué no tenemos mucho deseo de la perfeccion. I, 370.

El no aprovechar nace de falta de resolucion. I, 370.

Cómo conocerá uno si ha alcanzado la perfeccion de alguna virtud. I, 491.

Qué es andar en espíritu. I, 371.

La diferencia del hombre espiritual al que no lo es. I, 399.

Una buena señal para conocer si uno es espiritual y si va aprovechando ó no. I, 423, 428.

Mayor trabajo pasa el tibio que el fervoroso. I, 384. (*V.* Cosas pequeñas.)

*Medios para alcanzar la perfeccion.*

Estimacion y aprecio de ella. I, 1.

Aficion y deseo de ella. I, 2, 6, 46.

Ser el desearla señal de estar en gracia de Dios. I, 13.

Ver que el no ir adelante es volver atrás. I, 15.

Olvidarnos del bien pasado y poner los ojos en lo que nos falta. I, 18, 38.

No dejar pasar ocasion de que no procuremos sacar alguna ganancia espiritual. I, 20.

Poner los ojos en cosas altas y aventajadas. I, 22.

Hacer caso de cosas pequeñas. I, 26.

No tomar el negocio de nuestro aprovechamiento en general, sino en particular. I, 31, 190.

Poner por obra los buenos propósitos y deseos que el Señor nos dá para que nos dé otros mayores. I, 33.

Que no se nos pase dia en que no nos egercitemos en alguna virtud. I, 33.

No hacer faltas de propósito. I, 33.

Procurar hacer siempre lo que entendemos ser voluntad de Dios y mayor gloria suya. I. 352.

No dejar resfriar el fervor de la devocion ni hacer paradillas en el camino de la virtud. I, 34.

Poner los ojos en los mejores para imitarlos. I, 35.

La obligacion que tenemos de dar buen ejemplo á nuestros hermanos. I, 36.

La obligacion que tenemos de dar edificacion á todo el mundo para que no pierda por mí la Religion. I, 37.

Habernos siempre como el primer dia que entramos en la Religion. I, 37.

Preguntarse cada uno á sí mismo: «¿á qué viniste á la Religion?» I, 40.

Considerar que somos hijos de Dios y que cuanto mas perfectos fuéremos, tanto seremos mas semejantes á Dios. I, 44.

Dar contento á Dios. I, 44.

Tomar para nosotros lo que decimos á los otros. I, 64.

Tomar á pechos por algun tiempo alguna virtud superior ó aquella de que tenemos mas necesidad y enderezar á eso la oracion, exámen y los demas ejercicios espirituales. I, 186, 279.

Hacer las obras cuotidianas con perfeccion. (*V.* Obras).

Recogerse algunos dias á hacer los ejercicios espirituales. I, 213.

*Perseverancia.*

El comenzar es de muchos, el perseverar de pocos. I, 47.

Pelear legitimamente es pelear con perseverancia. I, 47.

No está la dificultad en el comenzar, sino en el acabar. I, 47.

Poco aprovechará comenzar bien, si no acabamos bien. I, 47.

Cómo podremos perseverar. I, 47.

Qué es convertirse en estátua de sal. I, 48.

Mas es dar Dios á uno el don de la perseverancia y tenerle siempre, que no caiga en pecado, que despues de caido levantarle. I, 203.

La perseverancia y porfia santa es la que vence el vicio y alcanza la virtud, no el dar arremetidas. I, 249.

Remedio para la tentacion que nos hace largo el trabajo. I, 249.

*Pláticas ó ejercicios espirituales.*

Cómo se aprovechará uno de los sermones y pláticas espirituales. I, 49.

Ir á ellas con verdadero deseo de aprovechar. I, 49.

No ir con curiosidad. I, 49.

Tomar cada uno lo que se dice como si para él solo se dijese, y no para otros. I, 51.

Procurar conservar algunas palabras en su corazon que le dén esfuerzo para obrar despues. I, 52.

El fin para que se ordenan estas pláticas. I, 50.

Con qué ha de tener cuenta asi el que predica ó hace estas pláticas, como los oyentes. I, 50.

Cuánto importa en ellas el exhortar á cosas de grande perfeccion. I, 25.

Cuán dignos son de reprension los que van á los sermones por cumplimiento ó están allí durmiendo ó distraidos, y cuánto pierden. I, 52.

Cuánto procura esto el demonio, y por qué. I, 52.

La penitencia que hacia un santo varon por una distraccion liviana que tuvo á la palabra de Dios. I, 53.

No es prudencia en los sermones ó pláticas espirituales querer notar á alguno en particular, ni de provecho, antes daña. I, 51.

Es grande falta juzgar «esto se dijo por fulano,» y mucho mayor decirlo. I, 51. (*V.* Palabra de Dios.)

*Pobreza.*

Es fundamento de la Religion, y ayuda mucho para la union. I, 122.

Cómo se ha de dividir y tomar poco á poco por partes esta virtud para traer exámen particular de ella. I, 246.

Muchos hay que allá en el mundo no tuvieran lo necesario, y en la Religion buscan el regalo. I, 260.

No solo con palabras, sino con su ejemplo, nos la enseñó Cristo nuestro Redentor. II, 201, 221.

El voto de la pobreza es el fundamento y muro de la Religion y de todas las virtudes. II, 197.

Ella es la que tiene en pie la disciplina religiosa. II, 204.

Mejor hace el que deja toda la hacienda por seguir á Cristo, que el que se queda con ella y la reparte á los pobres. II, 185.

Por esto en la primitiva Iglesia los cristianos eran tan buenos y tan fervorosos, y ahora son tan tibios. II, 203.

Por qué llaman á la pobreza «madre, maestra y guarda de las virtudes.» II, 204.

Por qué se llama celestial y divina. II, 208.

Por qué se llaman bienaventurados los pobres de espíritu. II, 204.

El premio grande del reino de los cielos con que premia Cristo nuestro Señor á los pobres de espíritu. II, 204.

Hácelos jueces asesores juntamente consigo el dia del juicio. II, 205.

No solo en la otra vida sino en esta, les dá Dios ciento tanto mas de lo que dejaron. II, 206.

Para qué todo esto. II, 207.

En qué consiste la pobreza de espíritu. II, 208.

Todas las cosas y todo el mundo deja el que deja no solo lo que tiene, sino tambien el deseo de todas las cosas del mundo. II, 210.

El que dejando las cosas del mundo esteriormente no deja la aficion de ellas, no es pobre de espíritu. II, 209.

Ejemplos célebres de algunos filósofos que dejaron y menospreciaron las riquezas. II, 211.

Ejemplos de Santos que siendo muy ricos tenian lo principal de la pobreza de espíritu. II, 209.

Los religiosos que habiendo dejado las cosas del mundo se aficionan acá en la Re-

ligion á cosillas, no han dejado la aficion de las cosas del mundo sino pasádola á esas cosas. II, 212.

Cómo son mas miserables y mas dignos de reprension estos que los del mundo. II, 213.

Tres grados de pobreza. II, 214.

La perfeccion de la pobreza de espíritu está en dejar la aficion no solo de las cosas supérfluas, sino tambien de las necesarias, holgándonos de padecer algo en eso y procurando que en esas resplandezca la pobreza. II, 215, 217.

Para alcanzar la pobreza de espíritu y conservarnos en ella ayudará no tener uso de cosa alguna como propia. II, 215.

Una prueba buena de esta virtud. II, 217.

Ayudará no tener cosa alguna supérflua, y cuánta merced nos hace el Señor en esto en la Compañía. II, 217.

Los inconvenientes que hay en tener estas cosillas, aunque sea con color de devocion. II, 217.

El tener cosas curiosas y no necesarias es señal de espíritu tibio. II, 217.

El religioso ha de ser tan pobre que no tenga que dar. II, 217.

Cómo ha de ser nuestro vestido para que sea conforme á la pobreza que profesamos. II, 219.

Cuán gran pobreza arguye no tener llaves las celdas ni tener cosa cerrada, y cuánto lo hemos de estimar y procurar conservar. II, 218.

Algunos ejemplos con que se confirma lo dicho. II, 221.

*A qué obliga al religioso el voto de la pobreza.*

A no tener señorío, ni propiedad, ni uso de cosa alguna temporal sin licencia legítima del superior. II, 223, 225.

El que de alguno de fuera recibe alguna cosa y la retiene ó dispone de ella sin licencia del superior, peca contra el voto de la pobreza como si la tomara de la casa. II, 226, 228.

Declárase cómo es esto contra el voto de la pobreza y pecado de hurto. II, 226.

Aunque no fuese hurto ni se hiciese en ello agravio á nadie, sería pecado mortal de su género. II, 227.

Si el religioso diese esto á otro sin licencia, el que lo recibiese estaría obligado á restituirlo á la Religion. II, 227.

Aunque las reglas no obliguen á pecado, pero el que hiciese contra las reglas que contienen lo que se prohibe por el voto de la pobreza, pecaría contra él. II, 224.

El religioso á quien el superior dá dineros para algun camino, no los puede gastar en otra cosa aunque lo deje de comer y lo ahorre de lo que podia gastar. II, 228.

Lo mismo es aunque aquel viático no se lo haya dado la Religion, sino otro pariente ó amigo. II, 228.

Lo mismo es de cualquier otra cosa que uno hubiese recibido de otro; pecaria contra el voto de la pobreza, reteniéndola ó dándola sin licencia del superior. II, 228.

Aunque uno esté ya de camino para otra casa, no puede recibir cosa de nadie, ni para su viático, sin licencia del superior presente. II, 229.

El religioso que tiene algunos dineros con licencia del superior para alguna cosa particular, no los puede gastar en otra cosa sin licencia del superior. II, 229.

El religioso no puede prestar, ni recibir prestado, sin licencia del superior. II, 229.

No puede recibir dineros, ni otra cosa en depósito, sin licencia del superior. II, 229.

Así como es contra el voto de la pobreza recibir y tener dineros ú otra cosa que valga en su poder sin licencia del superior, así lo es el tenerlo en poder de otro. II, 229.

Pecará el religioso contra el voto de la pobreza si gasta en cosas ilícitas, vanas ó supérfluas, aunque el superior le diese licencia para ello, ni el superior puede gastar en eso; y el que recibiese las tales cosas estaría obligado á restituirlas á la Religion. II, 230.

Es contra el voto de la pobreza tener el religioso alguna cosa escondida para que no la halle el superior y se la quite. II, 230.

Hará contra el voto de la pobreza el oficial á quien está cometida la distribucion de algunas cosas, si las distribuye por su parecer, y no conforme al parecer y voluntad del superior. II, 230.

Así como pecaria contra el voto de la pobreza el religioso que de industria desperdiciase las cosas de casa, así tambien el

que con notable descuido las dejase perder. II, 230.

No es conforme á nuestra pobreza traer uno consigo libros, imágenes ú otras cosas semejantes, y llevarlas consigo cuando se muda á otra parte. II, 230.

Todo el punto de pecar ó no pecar el religioso contra el voto de la pobreza dando ó recibiendo, está en si tiene licencia del superior para ello espresa ó tácita, ó no. II, 231.

Por esto lo que en algunas religiones es contra el voto de la pobreza, en otras es lícito. II, 231.

Para poder responder á un religioso si peca contra el voto de la pobreza en tal cosa, es menester saber el uso de su Religion para ver si hay licencia espresa ó tácita para aquello. II, 232.

Cuál se dice licencia tácita é interpretativa, para poder dar ó recibir. II, 233.

Si puede el religioso recibir dineros para repartir en obras pias sin licencia del superior, y cuándo pecará en esto contra el voto de la pobreza. II, 235.

Si pecará contra el voto de la pobreza el religioso que sin licencia del superior pide á otro algunos dineros ó limosna para su pariente ó amigo, y la recibe y se la da, ó pide al otro que él se la dé ó envie. II, 237.

El voto de la pobreza obliga de suyo á pecado mortal, y qué cantidad bastará para que lo sea. II, 233.

Cuánto importa hacer caso de cosas pequeñas en lo que toca al voto de la pobreza. II, 238, 333.

Algunos ejemplos en confirmacion de lo dicho. II, 238.

*Predicador.*

Los predicadores que procuran hablar curiosamente, son reprendidos. I, 455.

Mas ayuda á la conversion de las almas el afecto de la verdadera humildad que el mostrar autoridad que tenga algun resabio y olor de mundo. I, 528.

Los predicadores que no hacen lo que predican ¿á qué se comparan? II, 143.

Repréndense los predicadores que se quieren mostrar muy elocuentes y eruditos. II, 145.

El talento de predicar en qué consiste. II, 145.

Cuál es la señal del buen sermon. II, 146.

Cómo la palabra de Dios es cuchillo de entrambas partes agudo. II, 155.

*Premio.*

Cómo premia el Señor conforme al deseo. I, 66.

El premio de la obra no depende del suceso ó fruto de ella. I, 93.

Servir á Dios por el premio de la gloria es bueno, y mejor que por temor. I, 98.

No tener ojo al premio sino á agradar y dar contento á Dios, es mas perfeccion. I, 98.

Cómo respondió un siervo de Dios á la tentacion que el demonio le traia de que no se habia de salvar. I, 100.

Por no tener ojo al premio é interés, no por eso será él menor, antes por eso será mayor. I, 101.

El esceso con que el Señor premia las buenas obras. I, 33.

*Presencia de Dios.*

Andar siempre en la presencia de Dios es comenzar acá á ser bienaventurados y semejantes á los santos ángeles que nos guardan. I, 227.

Cuán grande ejercicio tenian de esto aquellos Patriarcas antiguos. I, 228.

Cuán encomendado es de los Santos este ejercicio. I, 229.

Los bienes y provechos grandes que hay en él. I, 228.

Basta para andar uno muy concertado en todas sus obras. I, 228.

Basta para que no se atreva á pecar. I, 228.

A Tais la pecadora esto bastó para convertirla. I, 228.

Este remedio dá San Basilio para todo. I, 229.

Es un medio breve y compendioso para alcanzar la perfeccion y que encierra en sí la fuerza y eficacia de todos los otros medios, y como tal le dió Dios á Abraham. I, 229.

Por el contrario, todo el desórden y perdicion de los malos nace de no acordarse que está Dios presente y les está mirando. I, 229.

En qué consiste este ejercicio. I, 232.

No es imaginacion sino verdad católica que Dios está presente y nos está mirando, I, 58, 232.

Algunos traen esta presencia de Dios imaginando delante de sí á Cristo nuestro Señor en algun paso de su Vida y Pasion. I, 231.

Cómo se ha de traer la presencia de Dios en cuanto Dios. I, 232.

No solamente se ha de ocupar el entendimiento mirando á Dios presente, sino tambien la voluntad amándole; y en esos actos de voluntad consiste principalmente este ejercicio. I, 232.

Cuáles son actos de la voluntad y cómo nos habemos de ejercitar en ellos. I, 232.

Aquellos monges de Egipto se ejercitaban en este ejercicio con oraciones jaculatorias, y cuánto las estimaban. I, 233.

Declárase mas la práctica de este ejercicio. I, 233.

Pónese un modo de andar en la presencia de Dios muy fácil y provechoso, y de mucha perfeccion. I, 234.

Los actos que se hacen en este ejercicio se han de hacer como quien habla con Dios presente, y no como quien levanta su corazon ó pensamiento lejos de sí ó fuera de sí. I, 235.

Es una de las mejores y mas provechosas maneras que hay de andar siempre en oracion. I, 235, 248.

El que perseverare en este ejercicio, en breve sentirá trocado su corazon con aversion á las cosas del mundo y aficion singular á Dios. I, 235.

Algunas diferencias y ventajas que hay de esta manera de andar en la presencia de Dios á otras. I, 236.

La presencia de Dios no es solo para parar en ella, sino para que nos sea medio para hacer bien las obras. I, 58, 237.

Otro modo bueno de andar en la presencia de Dios. I, 59.

*Propósitos.*

Han de ser eficaces, que nos hagan andar solícitos de agradar mas y mas á Dios, y se estiendan á la obra. I, 11, 192.

Muchas veces no son verdaderos nuestros propósitos, sino unas veleidades ó antojos. I, 10, 193.

Compáranse estos al que sueña que come ó bebe, y cuando despierta se queda muerto de hambre. I, 10.

Compáranse á la muger que está con dolores de parto, y nunca acaba de echarlo á luz. I, 10.

Cuánto procura el demonio que no se pongan por obra. I, 11.

El poner por obra los buenos propósitos y deseos, es medio para que el Señor nos haga mercedes; y lo contrario, para que nos las niegue. I, 32.

Medio para perseverar en los buenos propósitos que sacamos de la oracion y ponerlos por obra. I, 177.

*Reglas.*

La merced grande que nos hizo el Señor á los religiosos en cercarnos con reglas. II, 325.

Las reglas no son carga, sino ayuda para llevar mejor la carga de los mandamientos de Dios. II, 326.

La perfeccion del religioso consiste en la observancia de sus reglas. II, 327.

Nuestras reglas no obligan á pecado. II, 329.

Nadie ha de tomar de ahí ocasion para quebrantarlas. II, 329.

El amor de Dios y el deseo de la perfeccion ha de suplir y sobrepujar eso. II, 329.

Cómo aunque la regla no obligue de suyo á pecado, puede uno pecar quebrantándola. II, 330.

El ser cosa pequeña no ha de ser ocasion para quebrantar la regla, y los bienes grandes que hay en guardarla y males en lo contrario. (*V.* Cosas pequeñas.)

Confírmase esto con algunos ejemplos. II, 336.

No ha uno de quebrantar la regla por la dificultad que siente en pedir licencia al superior. II, 339.

No se enfadan los superiores de que los súbditos les pidan licencia para lo que ellos saben que no pueden hacer sin ella, antes se huelgan, y disgustan mucho de lo contrario. II, 339.

Mucho menos ha de quebrantar uno la regla por empacho de decir á su hermano

que no tiene licencia para lo que el otro sabe que no puede hacer sin ella. II, 339.

Ser uno muy exacto en guardar las reglas no es parecer escrupuloso, sino religioso; y avergonzarse uno de esto seria mal caso. II, 340.

No solamente los de casa, sino los de fuera se edifican mucho cuando ven al religioso muy observante de sus reglas. II, 340.

Confírmase esto con algunos ejemplos. II, 341.

Ayudarános mucho para guardar las reglas el buen ejemplo y edificacion que estamos obligados á dar á nuestros hermanos. II, 341.

Los mas antiguos tienen mas obligacion. II, 342.

Pedir uno penitencia cuando faltare en ellas. II, 342.

Por la penitencia se suelda la falta que se hace en quebrantar la regla. II, 344.

En tener uno cuidado de pedir penitencia por esto, muestra que le tiene de su aprovechamiento. II, 344.

Cómo y por qué están obligados los superiores á dar penitencias por las faltas de observar las reglas. II, 343.

Seria de mucha desedificacion y gran menoscabo de la Religion, si algunos se viniesen á sentir demasiado de que se les diesen á ellos estas penitencias. II, 344.

Aunque las penitencias no se diesen por falta alguna culpable, hemos de estar dispuestos para aceptarlas y cumplirlas de buena voluntad, y en esto muestra uno mas la virtud. II, 345.

Ayudará á guardar las reglas leerlas, saberlas y entenderlas bien. II, 345.

Traer exámen particular sobre la observancia de ellas. II, 345.

*Religion*

La Religion no es invencion de hombres, sino de Dios. I, 153.

Las cosas sustanciales del Instituto y modo de proceder de la Religion las inspiró Dios á los fundadores, y asi se han de tomar, no como trazas ó invenciones humanas, sino de Dios. I, 153.

Habemos de tener por gran beneficio el habernos el Señor traido á la Religion. I, 22,35, 277; II, 188.

A los que trae á ella en su tierna edad, les hace especial merced. I, 73.

Cómo se defendió un hijo de su madre que le impedia el entrar en Religion. I, 43.

A algunos suele Dios traer á la Religion con algunas ocasiones pequeñas, y es tentacion pensar por eso que no fué aquella vocacion de Dios. I, 290.

Uno de los mayores bienes que tenemos en la Religion es, que estamos ciertos que haciendo lo que nos mandan hacemos la voluntad de Dios. I, 55.

Otro fruto es que al religioso no le es amarga la muerte como á los del mundo, sino antes alegre y gustosa. I, 316.

San Gerónimo prefiere la Religion á la vida solitaria por el buen ejemplo que en ella tenemos. I, 35.

Así como el hábito no hace al monge, asi tampoco el lugar, sino la vida buena y santa. I, 41, 54.

*Religioso.*

El religioso ha de dejar el cuerpo allá fuera y el espíritu solo ha de entrar en la Religion. I, 371.

Cuál ha de ser la vida del religioso. I, 451.

No podrá uno durar en la Religion, si no trata de mortificar su voluntad. I, 371.

El religioso no cuando le reciben sino cuando está mortificado da gozo á la Religion. I, 362.

En qué ha de mostrar principalmente el religioso la humildad y mortificacion. I, 315.

La diferencia entre el religioso recogido y el distraido. I, 223.

Cuán mal parecen en la boca del religioso palabras que puedan redundar en estima suya y especialmente de cosa que toque á nobleza. I, 517.

Prefiérese la vida monástica á la solitaria. I, 514.

Los bienes grandes que hay en la Religion. II, 130, 194, 298, 227, 340.

Mas vale tener menor gracia segura en la Religion, que mayor en el mundo sujeta á tantos peligros. II, 182.

Por qué llaman los Santos á la Religion

otro segundo bautismo y martirio. II, 184.

Por qué la llaman órden. II, 195.

Lo que suele mover á muchos á entrar en la Religion. II, 299.

Lo que movió á uno á estimar mas la Religion y entrar en ella. II, 266.

Para qué nos puso Dios en este paraiso de la Religion. II, 200.

Por dónde se viene á relajar la Religion. II, 342.

La diferencia de las religiones observantes á las relajadas. II, 343. (*V.* Votos.)

El religioso está en estado de perfeccion. I, 16; II, 179.

Está obligado á aspirar á la perfeccion. I, 16; II, 180.

El que no trata de eso, es religioso fingido. I, 16.

Declárase esto con algunos ejemplos. I, 17.

El contento del religioso y el hacérsele fácil la Religion, está en no tener propia voluntad, sino hacer suya la del superior. I, 276.

El buen religioso siempre pone los ojos en subir y en cosas altas. I, 23.

En el religioso la falta é imperfeccion se echa mas de ver, y ofende y desedifica mas. I, 45.

Una de las cosas que ha de procurar mucho un religioso, es proceder de tal manera que nadie se pueda quejar de él. I, 241.

Una de las cosas mas de desear en el religioso es la gracia de la oracion. I, 162.

El religioso sin oracion, es soldado en batalla sin armas y desnudo. I, 162.

La confianza filial mas particular que el religioso debe tener en Dios. I. 284.

Hémonos de animar con la esperanza del premio, y por no perder lo hecho. II, 201, 287.

*Religioso tibio.*

Cuánto daño hace en la Religion. I, 36.

Está en peligro de caer en alguna cosa grave. I, 17, 25.

Tiene nombre de vivo y está muerto. I, 92.

Muchos cuentan los años de su conversion, y muchas veces es poco el fruto de la enmienda. I, 91.

Que es muy dificultoso y raro volver el religioso de vida tibia á fervorosa. I, 68.

Por qué se repara tanto en el pecado del religioso y no en el del seglar. I, 69.

Animase al religioso caido para que no desconfie. I, 69.

No tienen razon los del mundo en atribuir la culpa de un religioso á toda la Religion. I, 37. (*V.* Fervor.)

*Renovacion de votos.*

De dónde tuvo origen la renovacion de los votos que usa la Compañía. II, 195.

Qué es renovar los votos. II, 196, 198.

El fin para qué se hace esta renovacion, y el fruto que hemos de sacar de ella. II, 196, 199.

Cuanto ayuda el renovar el religioso sus votos. II, 197.

La preparacion que precede á esta renovacion. II, 197.

Algunas cosas que ayudarán á sacar mucho fruto de ella. II, 197.

*Riquezas.*

Enjendran soberbia. II, 127.

Los ricos son esclavos de las riquezas, no señores. II, 207.

Nunca están hartos, son como los hidrópicos. II, 210.

*Silencio.*

El abad Agaton por tres años trajo una piedra en la boca para alcanzar la virtud del silencio. I, 254.

El medio que tomó Fr. Junípero para guardar por seis meses contínuo silencio. I, 252.

El silencio aprovecha para aprender á hablar. I, 424.

Para saber tratar con Dios y ser hombres de oracion. I, 426.

Es causa de tener buenos pensamientos y santas inspiraciones. I, 426.

Asi como el silencio ayuda á la oracion, asi la oracion al silencio. I, 427.

Es medio muy principal para aprovechar y alcanzar la perfeccion. I, 424, 428.

Basta para reformar á uno y á toda la Religion. I, 428.

Andar con silencio, modestia y recogimiento, no es vida triste, sino muy alegre. I, 430.

El que no anda con silencio y recogi-

miento, es vencido fácilmente del demonio. I, 430.

Cómo premió Dios el silencio de una Santa. I, 436.

En qué consiste la virtud del silencio. I, 431.

Las circunstancias que habemos de guardar en el hablar. I, 431.

Los mozos callando honran á los mayores. I, 433.

Hémonos de guardar de palabras juglares y ridículas, de gracias y donaires, y especialmente de palabras picantes. I, 443.

*Singularidades.*

Hánse de evitar. I, 35.

Son causa de desunion. I, 115.

Aun en los enfermos y achacosos es bueno y de loar sentir el no poder seguir la comunidad. I, 309.

No habemos de juzgar, sino escusar á los que no siguen la comunidad. I, 39, 144.

Cuánto conviene al religioso acostumbrarse á contentarse con lo comun que se usa en la Religion, y huir singularidades. II, 316.

Esta es una de las mayores y mejores penitencias y mortificaciones que uno puede hacer en la Religion, y usar de las singularidades es una de las cosas mas perjudiciales. II, 318.

Cómo previno esto nuestro Santo Padre en la Compañía. II, 319.

La solicitud demasiada en lo que toca al cuerpo es reprensible. II, 316, 319.

Respóndese al escrúpulo de la obligacion de mirar por la salud. II, 319.

No es de tanta estima la salud, ni la vida, que nos obligue á usar de medios estraordinarios para conservarla. II, 320.

Mucho peor seria querer singularidades por autoridad. II, 322.

No se ha de tomar ocasion de esto para juzgar á otros. II, 322.

Algunos ejemplos con que se confirma lo dicho. II, 323.

*Soberbia.*

Es raiz y principio de todo pecado. I, 454.

De todas las heregías. I, 455.

La soberbia es mentira y engaño. I, 466.

Es viento é hinchazon, no grandeza. I, 498.

Por qué se dijo soberbia. I, 466.

La pena y desasosiego que trae consigo. I, 384.

Cuán mala y vergonzosa es la soberbia, y cuán buena y preciosa la humildad. I, 484, 555.

Quien anda con deseo de honra y huye de ser tenido en poco y le pesa si lo es, aunque haga maravillas, lejos está de la perfeccion. I, 455.

El soberbio es loco y aborrecido de Dios y de los hombres. I, 499.

La soberbia y vanagloria muchas veces fué causa de ignominia á los suyos. I, 501.

La soberbia hace á algunos que dejen de confesar algun pecado. II, 74.

Para reprimir nuestra soberbia quiso Dios que nos quedase la contradiccion de la carne. I, 363.

Por qué procura el demonio que seamos levantados y estimados. I, 485.

Dos maneras de soberbia, una carnal, otra espiritual. I, 459.

Cuán ocultamente se nos entra algunas veces la soberbia. I, 543.

En las buenas obras hemos de temer mas este vicio. I, 453.

Habemos de atajar los pensamientos de soberbia. I, 524.

Hémonos de guardar de palabras que puedan redundar en nuestro loor. I, 516.

El escusarse nace de soberbia. I, 522.

Cómo castigó y curó Dios la soberbia de unos monjes, permitiendo que el demonio entrase en sus cuerpos. I, 560.

Un medio que tomó un monje para desechar la tentacion de soberbia. I, 560.

El medio que para esto tomaron otros santos monjes. I, 559.

Otro remedio muy bueno contra la soberbia I, 479.

Ejemplo de un religioso que era tenido por santo y se condenó. I, 498.

*Superiores.*

Han de procurar ser amados mas que temidos, y cuánto les importa hacer buena acogida á los súbditos. II, 367.

Para ser uno buen superior ayuda haber sido súbdito. II, 301.

Los que no toman bien los avisos y consejos, no son buenos para superiores. II, 379.

La injuria y murmuracion contra el superior tómala Dios por suya. II, 309.

El daño grande que hace el que murmura del superior, aunque sea en cosas pequeñas. II, 311.

Los castigos grandes con que Dios ha castigado este pecado. II, 310.

El castigo que San Basilio manda dar á estos. II, 310.

Por qué permite Dios que los que gobiernan tengan algunos defectos. II, 291.

Aquellos monges antiguos buscaban superiores ásperos y desabridos. II, 291.

*Temor.*

El temor servil es bueno y don de Dios. I, 98.

Si uno tuviese esta voluntad: «si no hubiera infierno ni castigo ofendiera á Dios,» seria pecado; pero ayudarse del temor de las penas para servir á Dios y no pecar, bueno es. I, 98.

A algunos el asegurarse demasiado de sí mismos les ha sido causa de caer en pecado. I, 167.

No nos habemos de asegurar con decir «religioso soy.» I, 41.

Lo que se hace por temor no suele durar. I, 7.

*Temor de Dios.*

Es medio muy eficaz para alcanzar la gracia de Dios, para conservarla y para recobrarla. Por el contrario, una de las causas de miserables caidas, aun en grandes Santos, ha sido fiarse de sí y andar con poco temor y recato. II, 259.

Ejemplos notables de algunos grandes Santos que cayeron. II, 260, 265.

Mientras mas dones de Dios hubiere uno recibido, ha de andar uno con mayor temor. II, 262.

Los bienes grandes que hay en el temor de Dios. II, 263.

Algunos ejemplos con que se confirma lo dicho. II, 265.

*Tentaciones.*

No permite Dios que uno sea tentado mas de lo que puede llevar; y si creciere la tentacion, crecerá el favor de Dios. I, 28.

Sabe Dios muy bien como Sapientísimo artífice, cuánto tiempo ha de estar el oro en el fuego, y cuándo se ha de sacar. I, 289.

No ha uno de escoger las tentaciones que ha de tener, sino aceptar las que Dios le enviare y entender que aquellas son las que convienen. I, 302.

Para vencer las tentaciones y no caer en pecado, importa mucho tener grangeado de atrás el ausilio especial de Dios con la buena vida. I, 30.

Por qué cuando estamos en oracion solemos algunas veces sentir mas tentaciones que en otros tiempos. I, 207.

Tentaciones contra la fé, cómo se han de desechar. I, 280.

Esta vida es tiempo de tentaciones. I, 561.

La causa de esta continua guerra. I, 561.

Es engaño de algunos que en teniendo alguna grave tentacion piensan que están en desgracia de Dios. I, 563, 596.

El sentir tentaciones es de hombres que tratan de virtud. I, 563; II, 362.

No está el mal en tener tentaciones, sino en el consentimiento. I, 599.

Unos son tentados al principio de su conversion, otros despues. I, 564.

Por qué algunas veces los que comienzan á servir á Dios sienten algunas tentaciones cuales nunca habian sentido. I, 564.

Quiere el Señor que tengamos tentaciones por nuestro bien. I, 566.

Para que teniendo ejercicio de pelear no nos haga daño la ociosidad. I, 567.

Para que no pongamos nuestro corazon en esta vida sino que suspiremos por la otra. I, 568.

Para que tengamos mayor premio en la gloria. I, 568.

Para que nos sirvan de purgatorio y entremos mas presto en la gloria. I, 569.

Para atraernos á Dios del cual suelen apartar las prosperidades. I, 569.

Para que nos humillemos. I, 571.

Para que conociendo nuestra necesidad, acudamos mas á Dios con la oracion. I, 571.

Para que estimemos mas el favor del Señor. I, 571.

Para que no nos atribuyamos á nosotros cosa buena, sino todo á Dios. I, 572.

Las tentaciones prueban la virtud de cada uno. I, 572.

Purifican á los justos. I, 573.

Hacen que se arraigue mas en el alma la virtud contraria. I, 574.

Hacen al hombre diligente y fervoroso. I, 575.

Aunque uno tenga alguna negligencia en la tentacion, es mas lo que gana con la resistencia que le hace. I, 577.

Por qué deja Dios algunos defectos en algunos siervos suyos. I, 577.

En las tentaciones es uno enseñado no solamente para sí, sino para otros. I, 579.

Hacen que sepa uno tener compasion de su hermano, cuando le ve tentado. II, 34.

Por esto los Santos y siervos de Dios, no solo no se entristecian con las tentaciones, antes se holgaban. I, 577.

Por qué muchas veces no quiere Dios dar luego el consuelo y remedio. II, 38.

Remedio grande contra las tentaciones es mostrar ánimo y alegría en ellas. I, 581.

Para tener este ánimo nos ayudará considerar cuán poco puede el demonio, pues no nos puede hacer caer en pecado, si nosotros no queremos. I, 582.

Considerar que el demonio no puede tentarnos un punto mas de lo que Dios le diere licencia, y estamos ciertos que no se la dará para mas de lo que pudiéremos llevar; y si creciere la tentacion, crecerá el favor de Dios. I, 586.

Considerar que nos está mirando Dios cómo peleamos y no solo como juez para premiarnos, sino como padre y valedor para ayudarnos. I, 584.

Cómo podemos hacer burla del demonio. I, 583, 604.

Dos razones que ayudarán á pelear con grande ánimo y confianza. I, 585.

Es muy principal medio para vencer las tentaciones desconfiar de sí y poner toda su confianza en Dios. I, 544, 588.

Reconocer la parte mas flaca de nuestra ánima y poner allí mayor cuidado. I, 591.

Acudir á lo contrario de la tentacion. I, 592.

Nunca estar ociosos. I, 593.

Resistir á los principios. I, 593.

Considerar que cuando uno se deja llevar de la tentacion va ella creciendo; y si la resiste, descreciendo. I, 575.

Acudir á la oracion, y pónense algunas oraciones jaculatorias acomodadas para el tiempo de las tentaciones. I, 590.

Descubrir las tentaciones al médico espiritual y no á otros. I, 586, 597.

Cuánto conviene guardarnos de las tentaciones que vienen con apariencia de bien. I, 594.

Conocer la tentacion y tenerla por tal, es gran medio para vencerla. I, 596.

Cómo habemos de resistir á las tentaciones de pensamientos malos y feos. I, 596.

La tentacion deshonesta se ha de resistir huyendo. I, 601.

Contra esta tentacion, y generalmente contra todas, es muy buen remedio procurar divertir el entendimiento. I, 599.

Y especialmente acogernos á la Pasion de Cristo. II, 44.

No basta en las tentaciones encomendarnos en las oraciones de nuestros padres espirituales, si no nos ayudamos de los medios dichos. I, 603.

Cuál es el mejor modo de resistir á las tentaciones. I, 604.

Importa mucho en tiempo de tentacion no dejar los ejercicios espirituales ni disminuirlos, antes añadir. I, 602.

El tiempo de tentacion no es á propósito para hacer mudanza, ni tomar nueva resolucion. I, 603.

Las tentaciones que vienen con apariencia de bien, son mas peligrosas. II, 296.

Muchas veces las tentaciones suelen ser rastros y pena y castigo de la mala vida pasada. II, 372.

Es gran remedio contra las tentaciones conocer que aquella es tentacion. II, 295.

Decia un siervo de Dios que no temia él á los defectos que conocia y aborrecia, sino á los que no conocia ó no estimaba. II, 296.

Descubrir las tentaciones á su padre espiritual es medio muy eficaz contra ellas. (*V.* Claridad de conciencia.)

Contra todas las tentaciones es gran remedio la humildad. II, 258.

De la misma soberbia y vanagloria que nos viene, hemos de tomar ocasion para humillarnos mas, y es remedio general para

vencer y sacar fruto de las tentaciones. II, 296. (*V.* Castidad.)

*Tibieza.*

Cuán vergonzosa y peligrosa cosa es contentarse con una vida comun. I, 23.

El tibio debe temer si mora Dios en él. I, 14.

Debe temer no le niegue Dios sus auxilios especiales, y asi venga á caer. I, 30.

En poco tiempo que uno se descuide, pierde lo que habia ganado en mucho. I, 34.

Mirar uno el bien que ha hecho, suele ser causa de tibieza. I, 19.

La tibieza suele ser causa de hacérsenos pesadas las cosas que antes se nos hacian fáciles. I, 9. (*V.* Fervor).

*Trabajos.*

En los trabajos y adversidades se echa de ver la virtud. I, 294.

Mas mereció y agradó á Dios el santo Job en llevar con paciencia y conformidad los trabajos' que en cuantas limosnas y buenas obras hizo estando sano y rico. I, 309.

Quiso Dios que hubiese tantos trabajos en esta vida para que no la amasen tanto los hombres, sino que pusiesen su corazon en la otra. I, 318.

Con las persecuciones y trabajos crecia la Iglesia. I, 112.

El siervo de Dios no ha de escoger en qué y cómo ha de padecer, sino aceptar de buena voluntad los trabajos que Dios le enviare, y entender que esos son los que mas le convienen. I, 301.

Los trabajos generales comunmente los suele Dios enviar por pecados cometidos. I, 328.

Por el pecado de uno castiga Dios á otros y á todo el pueblo. I, 330.

Cuánto deseaban los siervos de Dios que les enviase trabajos. I, 329. (*V.* Paciencia *y* Mortificacion).

*Tristeza.*

Débese huir por los daños grandes que trae consigo. Quita el gusto de la oracion. Pone fastidio en los ejercicios espirituales y obras de virtud. Hace al hombre desabrido y áspero con sus hermanos. Hácele sospechoso, malicioso é inútil para todo lo bueno. Mueve á ira, enojo é impaciencia. Turba el juicio. Es causa de muchas tentaciones y caidas. II, 20.

El cuidado que se debe poner en desechar los pensamientos tristes y melancólicos. II, 27.

De dónde nace la tristeza. II, 27.

La causa de la tristeza del religioso muchas veces suele ser no estar indiferente para todo lo que le pueden mandar, y la falta de humildad. I, 493, 506; II, 28.

Una de las principales causas de la tristeza suele ser no andar uno como debe; y la alegria grande que causa la buena conciencia. I, 384; II, 31.

Acudir á la oracion es gran medio para desechar la tristeza. II, 29.

El siervo de Dios para su honesta recreacion y alivio de sus trabajos y tristezas, no ha de tomar por medio leer ó platicar cosas vanas, sino tratar cosas de Dios. I, 448; II, 30.

Alguna tristeza hay buena y espiritual, la cual nace de cuatro cosas. II, 35.

La tristeza espiritual es en cierta manera alegre, y trae consigo gran consuelo. II, 35. (*V.* Alegria.)

*Vanagloria.*

Debémosla huir mucho. I, 74.

Cuán oculta y disimuladamente se nos entra, y con cuánta suavidad y dulzura. I, 75.

En qué consiste su malicia. I, 75.

Es el primer vicio de los siete capitales. I, 77.

Los daños que trae consigo. I, 77.

Por qué se llama lujuria espiritual. I, 81.

La tentacion de vanagloria no es solamente de los que comienzan, sino de los que tratan de perfeccion; antes de estos es mas propia. I, 79.

A quien no ha podido vencer el demonio con otras tentaciones lo ha vencido con esta. I, 79.

Los que tienen oficio de ayudar á los prójimos, tienen necesidad particular de guardarse de este vicio. I, 80.

No se han de dejar las buenas obras por temor de la vanagloria. I, 85.

Ejemplo de Joab, de Santo Tomás de Aqui-

no, de nuestro Padre San Ignacio. I, 81.

*Remedios contra la vanagloria.*

Considerar la vanidad de la estima de los hombres. I, 82.

No hablar palabras que puedan redundar en nuestro loor. I, 83.

Procurar el secreto de nuestras buenas obras cuanto pudiéremos, y no manifestar los dones recibidos de Dios. I, 84.

Temer no nos pague el Señor con la estima de los hombres. I, 84.

Evitar singularidades y estremos. I, 85.

Rectificar la intencion ofreciendo todas nuestras obras á Dios en levantándonos, y despues cuando venga la tentacion de vanagloria responder: «tarde venís, que ya está dado á Dios.» I, 85.

Responder con San Bernardo, ni por tí lo comencé, ni por tí lo dejaré. I, 85.

Cavar y ahondar en nuestro propio conocimiento y hallaremos que no hay de qué nos venga vanagloria, sino mucho de qué humillarnos, aun mirando á las obras mejores que hacemos. I, 85.

Cómo habemos de tomar las alabanzas de los hombres. I, 85.

La penitencia que dió San Pacomio á un súbdito porque hizo una cosa por vanagloria. I, 78.

Cómo quitó la vanagloria San Doroteo á su discípulo Dositeo. I, 4.

*Virtud.*

Cuando uno la tiene entonces conoce mas su valor, y tiene mas hambre y sed de ella. I, 12.

De qué manera nos habemos de fundar en la virtud para poder durar y perseverar en ella. I, 48.

La verdadera virtud no ha de depender de otros. I, 48.

La prueba y señal de haber alcanzado uno la perfeccion de alguna virtud, es cuando obra las obras de aquella virtud con prontitud y facilidad y con deleite y gusto. I, 193.

Aunque al principio parezca dificultosa, con la costumbre se hace fácil y gustosa. I, 66.

Darse uno de veras á la virtud es el medio verdadero y cierto para ser tenido y estimado, no solamente de Dios, sino tambien de los hombres. I, 150.

La virtud causa alegría en el corazon. II, 32.

Cómo se ha de ir uno ejercitando en actos de la virtud para alcanzar la perfeccion de ella. I, 519.

Cuánto debe uno temer el retraer á otros de la virtud y de lo bueno. I, 430. (*V.* Perfeccion.)

*Voluntad.*

Es potencia ciega que no puede dar paso sin que el entendimiento vaya delante. I, 172.

Es como reina entre las demas potencias del alma. I, 2,

Lo que Dios mas estima y quiere de nosotros es que le demos nuestra voluntad y corazon, y si eso no le damos con ninguna otra cosa le podemos satisfacer. I, 268.

*Votos.*

Los Apóstoles se dedicaron á Dios con votos, y por tradicion de la Iglesia se dedican los religiosos á Dios con ellos. II, 182.

Los tres votos de Pobreza, Castidad y Obediencia, son los medios principales que la Religion tiene para alcanzar la perfeccion. II, 179.

En estos votos consiste esencialmente la Religion, y ellos hacen que sea estado de perfeccion. II, 181.

Lo que se hace con votos es de mayor merecimiento que lo que se hace voluntariamente sin ellos. II, 182.

De cuánto valor es el entregarse uno del todo á Dios con estos tres votos. II, 184.

Todos los votos que uno hubiere hecho en el siglo, cesan y quedan conmutados en estos. II, 185.

Cuán gran remedio es contra las tentaciones estar ligados con estos votos. II, 184.

No se quita ni disminuye la libertad por los votos, antes se perfecciona. II, 186.

Cómo aún tiene mas libertad el que se obliga á Dios con votos que el que no se atreve á eso. II, 187.

*Zelo.*

En qué se conocerá el zelo verdadero de

la honra y gloria de Dios y salvacion de las almas, y el que no es tal. I, 96.

Cómo se han de ejercitar los ministerios con los prójimos. I, 93.

El abad Pambo y el abad Nono lloraron viendo una muger mundana muy ataviada, porque no trabajaban ellos tanto por llevar almas al cielo. I, 21.

El P. S. Francisco Javier se avergonzaba de que primero hubiesen ido los mercaderes al Japon á llevar sus mercaderías que él el tesoro del Evangelio. I, 21.

*Zelo de las almas.*

Cuán grande le tenian los Profetas y Santos. II, 114, 151.

En qué consiste este zelo. II, 151.

Contiene en sí grande amor de Dios y de los prójimos. II, 152.

Su grande mérito y valor. II, 152.

Cuál es bueno y verdadero zelo que agrada á Dios, y cuál no. II, 157.

Ejemplo notable acerca de esto. II, 158.

Cuán eficaz medio sea este zelo para procurar la salvacion de las almas. II, 155.

Tres cosas que nos ayudarán á tener este zelo. II, 155.

Para satisfacer por nuestras culpas es gran medio procurar que otros dejen de ofender á Dios, y le sirvan. II, 156.

Tal ha de ser nuestro zelo como el de Moisés. II, 159. (*V.* Conversion de las almas.)

FIN

DEL TOMO SEGUNDO

Y ULTIMO.

## ERRATAS.

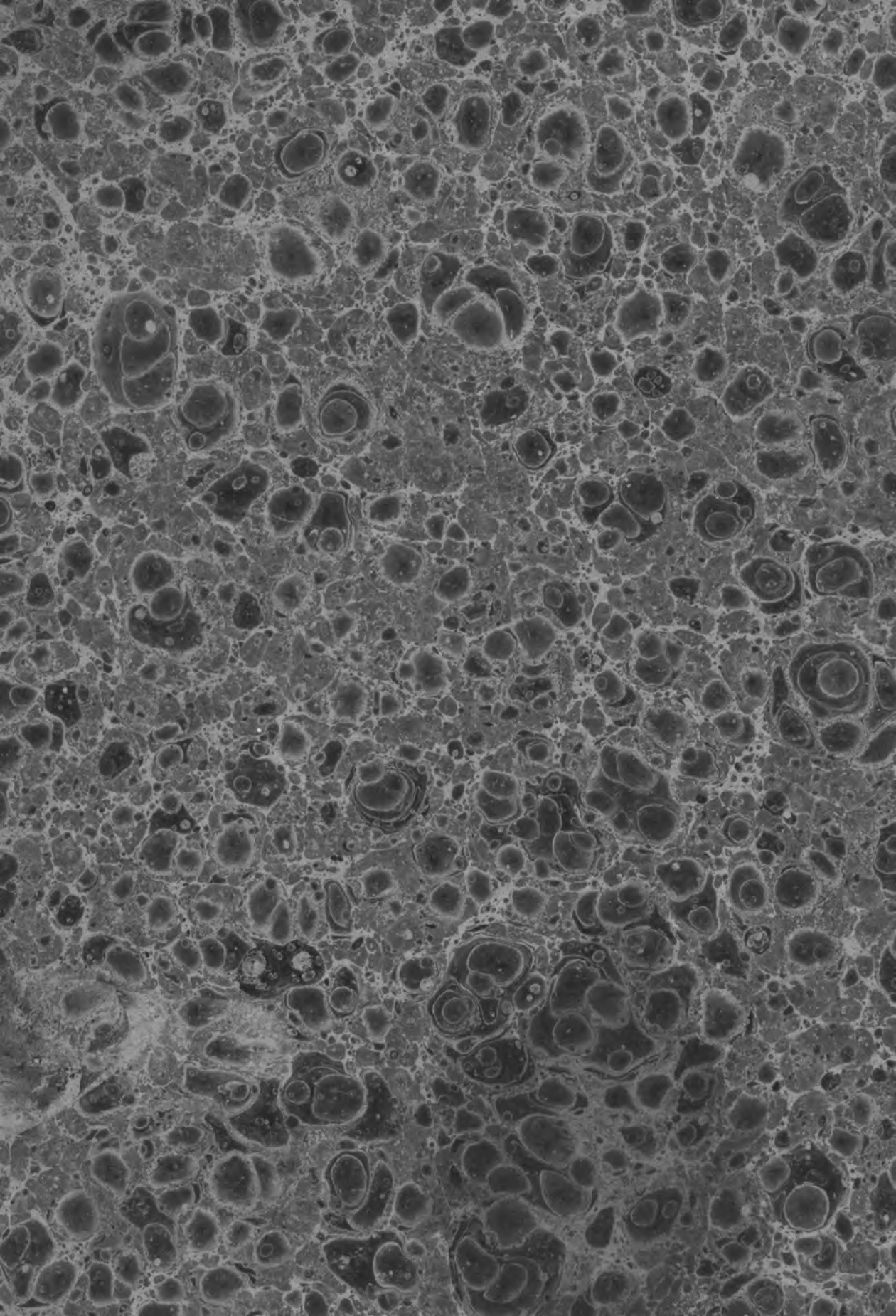
| *Pág.* | *col.* | *linea* | *dice* | *léase* |
|---|---|---|---|---|
| 14 | 2 | 17 | escusé | escuse |
| 37 | 1 | en la nota (2) | ecicietur | ejicietur |
| 57 | 1 | 24 | menster | menester |
| 76 | 2 | 2 | á é | á él |
| 79 | 2 | 7 | defraudado | defraudador |
| 80 | 2 | 13 | (6) | (1) |
| id. | id | 37 | (1) | (2) |
| 88 | 1 | en la nota (2) | *Exerciorum* | *Exerciciorum* |
| 95 | 2 | en la nota (1) | decebet | decebat |
| 97 | id. | id. (3) | (4) | (3) |
| 104 | 2 | 18 | deseo es | deseo de |
| 105 | » | la página | 115 | 105 |
| 106 | » | id. | 116 | 106 |
| 107 | » | id. | 117 | 107 |
| 108 | » | id. | 118 | 108 |
| 109 | » | id. | 119 | 109 |
| 110 | » | id. | 120 | 110 |
| 116 | 2 | en la nota (4) | eroges. | eroges, |
| 124 | 1 | en la nota (1) | *Ib.* | Lib. 5, |
| 126 | 1 | 11 | s niño | es niño |
| id. | 2 | 37 | (1) | es la primera de la plana siguiente. |
| 133 | 1 | 10 | ual | cual |
| 145 | 2 | 13 | escogido Dios | escogido por Dios |
| 162 | 1 | 11 | considérala | considerarla |
| 165 | 2 | 8 | de gente | de gentes |
| 169 | 1 | en la nota (3) | Per vester | Pes vester |
| 185 | 1 | 9 y 10 | perfec-ciones | perfec- cion es |
| 186 | 1 | en la nota (1) | qui erat | qui orat |
| 201 | 2 | en la nota (4) | regnum coelorum. *Matth.* V, 3.. | pertenece á la nota (1) de la columna anterior. |
| 203 | 1 | 4 | edifica ry | edificar y |
| id. | id. | 23 | es, | , es |
| 210 | 1 | 10 y 11 | de- amos | de- jamos |
| 267 | 2 | 8 | P. Antonio | P. S. Antonio |
| 291 | 1 | 9 | o que nos | lo que nos |
| id. | 2 | 9 | nuestral | nuestra |
| 296 | 1 | la nota (2) | está en la segunda columna | |
| id. | 2 | la nota (2) | es de la primera columna | |
| 300 | 2 | 10 | vamos a | vamos al |
| 331 | 2 | en la nota (1) | olii volantis | folii volantis |
| 333 | 2 | en la nota (1) | fuer erat | fur erat |
| 370 | 1 | 8 | cuenta | cuenta |
| 371 | 2 | 37 | ruga | arruga |
| 372 | 1 | en la nota | (2) | (1) |
| 377 | 1 | en la nota (2) | quem nos corripit pater. | quem non corripit pater? |
| ib. | 2 | idem | nom irascar tibi, et non increpentem te | non irascar tibi, et non increpem te. |
| 381 | 2 | ib. | curabimus | curavimus |
| 392 | 1 | 23 | CAPITULO VIII. | CAPITULO VII |

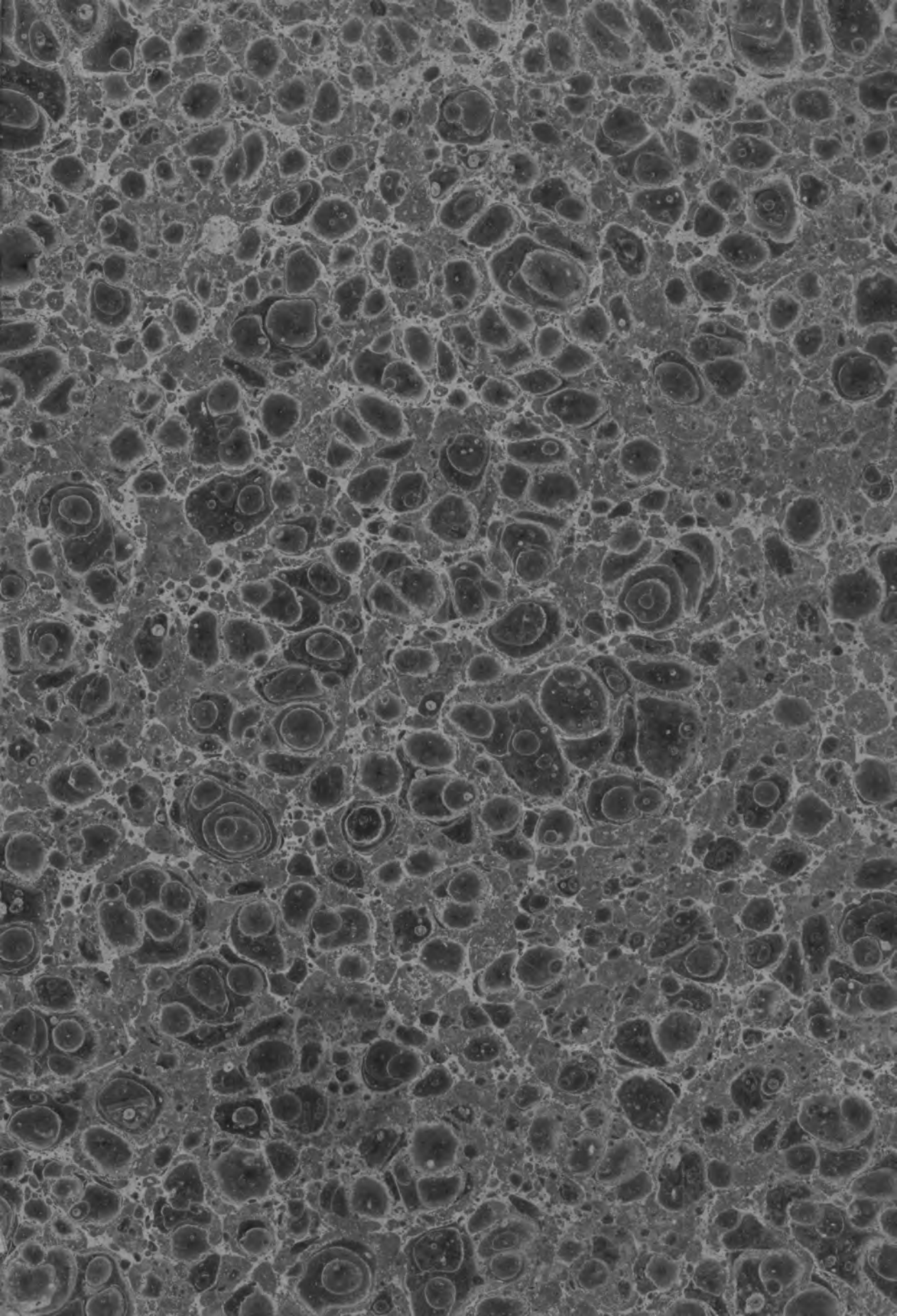
ERRATAS.

| Pág. | col. | línea | dice | lease |
|---|---|---|---|---|
| 14 | 2 | 17 | | |
| 37 | 1 | en la nota (2) | | |
| 37 | 1 | 24 | | |
| 76 | 2 | 2 | | |
| 79 | 2 | 7 | | |
| 80 | 2 | 13 | | |
| id. | id. | 37 | | |
| 88 | 1 | en la nota (2) | | |
| 95 | 2 | en la nota (4) | | |
| 97 | id. | id. (3) | | |
| 104 | 2 | 18 | | |
| 105 | » | la página | | |
| 106 | » | id. | | |
| 107 | » | id. | | |
| 108 | » | id. | | |
| 109 | » | id. | | |
| 110 | » | id. | | |
| 116 | 2 | en la nota (4) | | |
| 121 | 1 | en la nota (1) | | |
| 129 | 1 | 11 | | |
| id. | 2 | 37 | | |
| 133 | 1 | 10 | | |
| 145 | 2 | 13 | | |
| 162 | 1 | 11 | | |
| 165 | 2 | 8 | | |
| 169 | 1 | en la nota (3) | | |
| 183 | 1 | 9 y 10 | | |
| 186 | 1 | en la nota (1) | | |
| 201 | 2 | en la nota (4) | | |
| 203 | 1 | 4 | | |
| id. | id. | 23 | | |
| 210 | 1 | 10 y 11 | | |
| 207 | 2 | 8 | | |
| 191 | 1 | 9 | | |
| id. | 2 | 9 | | |
| 96 | 1 | la nota (2) | | |
| d. | 2 | la nota (2) | | |
| 00 | 2 | 10 | | |
| 81 | 2 | en la nota (1) | | |
| 83 | 2 | en la nota (1) | | |
| 0 | 1 | 8 | | |
| 1 | 1 | 23 | | |
| 2 | 1 | en la nota | | |
| 7 | 2 | en la nota (2) | | |
| | | | | |
| 1 | 2 | 23 | | |
| 2 | 1 | 22 | | |

CAPITULO VIII.







EJERCICIO

de

PERFECCION

I. 2

G 39871